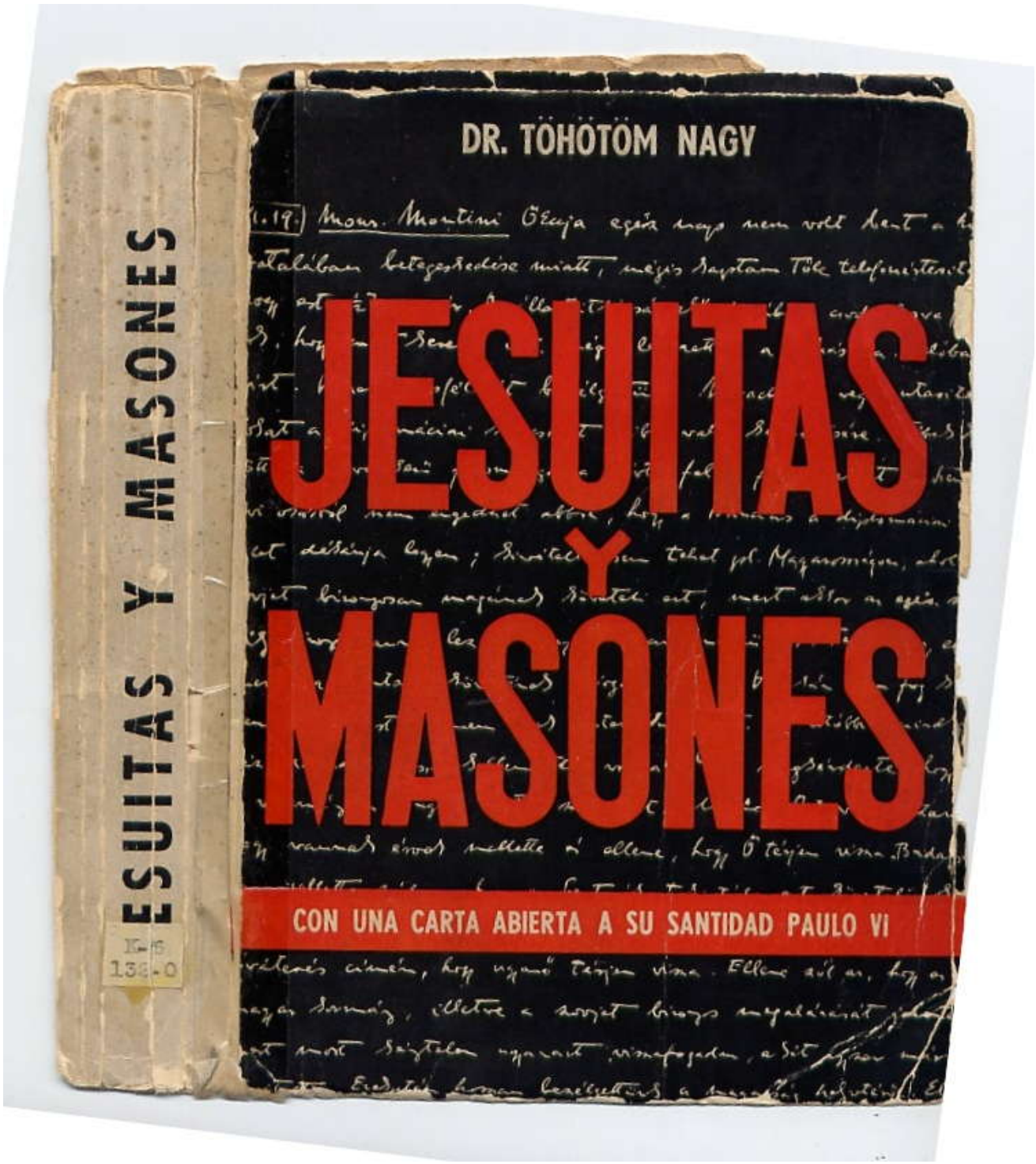

DR. TÖHÖTÖM NAGY
JESUITAS Y MASONES
CON UNA CARTA ABIERTA A SU SANTIDAD PAULO VI
JESUITAS Y MASONES
K-16
136-0

DR TÖHÖTÖM NAGY

JESUITAS Y MASONES

CON UNA CARTA ABIERTA A SU SANTIDAD PAULO VI

EDICION DEL AUTOR
BUENOS AIRES, 1963

Ad Majorem Dei Gloriam

A la Gloria del Gran Arquitecto
Del Universo

MI UBICACIÓN

Soy padre jesuita “professus quattuot votorum sollemnium”, con los cuatro votos solemnes, “reductos ad statum laicalem”, absuelto de mis obligaciones sacerdotales y religiosas, vuelto con permiso al estado laico, por medio de un decreto pontificio, que se me concedió benignamente. Esta importante gracia fue un indulto especial, que me honra y del que he sido merecedor por mi conducta intachable en la Orden. Este indulto fue pedido por mi persona, hecho que deja acentuada la magnitud de la benevolencia con que éste me fue concedido, puesto que ningún j esuita “professus quattuor votorum” puede dimitir por su propio pedido (Epitome Instituti Societatis Jesé. Titulus IV. 99 2).

Desde hace mucho tiempo vivía en mí, una inquietante curiosidad para saber la verdad sobre los masones, enemigos seculares de la Compañía de Jesús. Una vez fuera de la Orden, resolví satisfacer esta curiosidad y, ocultando mi identidad, me afilié a la Francmasonería, guiado por la más franca de las intenciones para descubrir la verdad. Llegué a los grados más altos y ahora que poseo una visión clara y auténtica de ambas instituciones, basada en experiencias propias a través de largos años, he decidido romper mi silencio y presentar al mundo la realidad del enigma.

Buenos Aires, 1 de Diciembre de 1963.

Dr Töhötöm Nagy.

JESUITAS

I. FORMACIÓN ESPIRITUAL Y DISCIPLINA ENTRE LOS JESUITAS

Calle María 25. Toqué timbre en la puerta de la casa central de la Compañía de Jesús. Al abrirse la mirilla, gran sorpresa mía, en vez de un hermano jesuita, fue un señor entrado en años de rostro agradable, con bigotes, quién me preguntó que deseaba. Quiero entrar en la Orden, fue mi respuesta. El señor se sonrió y me invitó a entrar: acto seguido, me envió con alguien a ver al P. Socio del P. Provincial.
Me enteré meses después que el señor que me atendió en la puerto se llamaba Fr. Szepessy y que hacía medio siglo fue maestro de escuela, luego entró en la Orden y como le faltaba entusiasmo o tal vez talento tamvién para estudiar se conformó con quedar en calidad de hermano. Hace una veintena de años es él quien se ocupa con los asuntos exteriores de la Orden: en bancos, comisarías y oficinas públicas y para pasar por desapercibido viste de paisano y usa bigotes.

El P.Socio me hizo algunas preguntas y para ganar tiempo me dirigió a cuatro Padres, quienes me hicieron sendos exámenes en sus respectivos cuartos. Las preguntas eran de rutina y no me tomaron de sorpresa: el por qué de mi deseo de entrar; ¿qué clase de alumno era? ¿si poseía salud o no? ¿disponía del permiso de mis padres? Yo había respondido que sí, lo llevaría escrito al día siguiente; cosa que era mentira, puesto que mis padres no sospechaban ni remotamente mi resolución. Entre las preguntas hubo una que me sorprendió: si tenía ascendencia judía en tres generaciones, porque de ser así, no me aceptaban. Me advirtieron que fuera sincero, porque en caso de un posible engaño, me despedirían a posteriori.

¿Por qué esta rigidez?, pensé. Se me ocurrió al mismo momento que si de aquí fuera a la escuela superior de rabinos a pedir que me admitieran, con toda seguridad me rechazarían por no tener origen judío.

Supe más tarde, durante el noviciado, que San Ignacio, fundador de la Orden, expresaba reiteradas veces, cuanto lamentaba no ser judío y por consecuencia, no poder ser hermano de raza de Jesucristo. Supe también que el primer sucesor de San Ignacio en el generalato, P. Lainez, fue judío; ¿cómo surgió entonces semejante reglamento tan rígido en la Orden? El móvil de este reglamento fue una verdadera revolución que estalló entre los jesuitas españoles, al final del siglo XVI, con una desobediencia sin par, que procuraba cambiar la estructura interna de la Orden. Este desorden fue aplacado y la disciplina reestablecida por la mano férrea de la Curia romana al despedir más de 150 padres de la Orden, la mayoría de los cuales tenía origen judío. Creo que la exagerada pasión del espíritu judío por la libertad, su deseo de independencia y sus inquietudes permanentes hacen al judío inepto para soportar la rigurosa disciplina jesuita y a la profunda entrega interior a la causa.

El primer Padre examinador fue el P. Fiedler. Era un asceta frío y rígido. Estamos acostumbrados a ver figuras así en los retratos de los corredores semioscuros de las residencias viejas. Me dirigía sus preguntas sin levanta la mirada, no sonreía ni una vez; hablaba con acento forzado, porque tenía dificultad de pronunciar la letra “ch” y le costó un esfuerzo lograrlo. Esto motivó que emanara de él una disciplina en grado mayor. Guardaba cierto completo en sus modales: tenía el aspecto de aquellas personas que se exceden en su autodominio. Al cabo de unos años me

encontré con él en una de las casas de la Orden, donde había sido mi director espiritual por unos años; admirábamos todos su severidad sin igual para consigo mismo, pero pocos le querían, aunque lo hubiera merecido. Su muerte fue similar a su vida. En ocasión de una misión popular en un pueblito, bajo un frío muy crudo, enfermó repentinamente, pero como le faltaban tres conferencias para terminar los ocho días, contra todo consejo prudente, se esforzó en el púlpito luego ocupó el confesionario helado por horas, dominado ya por fiebre alta. Sucumbió horas después en la misma parroquia.

El segundo padre, que me examinó fue el viejo P. Elsasser. Me llamaba ora por hijito ora por hermanito. No ocultaba la alegría que le causaba mi entrada en la Orden, aunque nada sabía de mí. Hablaba siempre él y algo confusamente. Me obsequió un librito que publicó él mismo para la juventud, bajo seudónimo. Me colmó de buenos consejos. También con él tuve un encuentro años más tarde cuando cursaba filosofía; era administrador de la casa y cumplía esta tarea con una generosidad tal, que nunca comíamos tan bien bajo su dirección. Cierto es, que en tres cortos años condujo la economía de la casa a la quiebra total. Hubo que acudir a la genialidad financiera del P. Raile para solventar las deudas contraídas. En los últimos años de su existencia el ya caduco padre, tan querido por todos por su bondad, nos obligaba a esquivarlo por sus charlas profusas, que parecían no terminar.

El tercer examinador fue el P. Knézy, quien hacía sus preguntas llanamente y casi con aburrimiento. Me previno que no esperara nada bueno de la Orden, que seré torturado con disciplina y estudios; que la Orden prohibía fumar, y acto seguido sacó de su bolsillo un cigarro corto maloliente y comenzó a fumar, aclarando después, que él era excepción a la regla, puesto que por motivos de salud, el P. Provincial le otorgó un permiso especial que debía ser renovado cada año. Conviví también con él años después. Era P. Ministro por un tiempo, cuidaba rigurosamente de no propasarse con las monedas. Luego fue confesor por años, administraba las almas con la misma rigurosidad como a las monedas.

El último padre quien se dedicó a mí, fue el P. Zsiros: redactor de varias publicaciones, fundador de un movimiento infantil, hombre apostólico y de mucha actividad. Más allá de las preguntas de rutina, mantuvimos largas conversaciones; se interesó mucho al saber que había sido discípulo de Julio Szegfü, eminente profesor de historia. Aquí me decía, hay que poseer conocimientos generales, y me relató el caso del P. Tomcsányi, quien vivía en la mis casa; un destacado jurista de la iglesia a quien acusaban de no saber otra cosa que lo relacionado con el de recho. El P. Tomcsányi para demostrar que lo juzgaban mal, publicó en esos días un libro de centenares de páginas con el título “El comercio de Attica”, con el único propósito de demostrar su capacidad también en otro terreno.

Al volver el P. Socio, éste me despidió diciendo que fuera al día siguiente en busca del resultado. Luego, me puse a meditar sobre lo acontecido: estos cuatro hombres me habían fortalecido en mi resolución de entrar en la Orden. As pocas personas a quienes había confiado secretamente mi decisión trataban de disuadirme, alegando que la Compañía de Jesús era un orden demasiado rígida, donde reducían a sus miembros a un mismo nivel, privándolos de su personalidad y los convertía en una pieza de engranaje. Cuatro jesuitas manosearon hoy mi alma, procurando de conocer hasta su último rincón, mientras yo también logré una impresión personal

de ellos y llegué a la conclusión que una Orden de donde han salido estos cuatro hombres tan diferentes con personalidades tan dispares, no anularía la mía tampoco, si ésta era innata.

Al día siguiente el P. Socio me felicitó y me pidió que tratara de viajar al noviciado dentro de dos días, para llegar a los ejercicios espirituales de 30 días, que comenzarán con la víspera de la fiesta de San Estanislao, yo salía corriendo en mi entusiasmo, cuando el Padre me detuvo, pidiéndome el consentimiento de mis padres. "Lo traeré antes de viajar", prometí.

Corrí al primer correo y envié el siguiente telegrama: *"viernes viajo para siempre, ruego venir en seguida, Töhötöm."* Al escribir estas líneas está delante de mí el telegrama original. A los diez años aproximadamente de mi entrada en la Orden, había vuelto a casa por primera vez con motivo del fallecimiento de mi padre –los jesuitas no frecuentan al hogar paterno-. Aproveché esa oportunidad para buscar documentos viejos entre los cuales hallé este telegrama carente de sentido.

Mi padre llegó a altas horas de la noche, desesperado, sin poder descifrar las intenciones de semejante telegrama. ¿A dónde iría a viajar el viernes para siempre, al fondo del Danubio o la Legión Extranjera? Al enterarse de que su hijo iba a ser jesuita, protestó con violencia y trató en vano de doblegar mi inflexibilidad. Al cabo de una disputa estéril, resignado, con los ojos humedecidos, se sentó en silencio y me extendió el permiso. Luego me miró y preguntó lacónico: ¿qué va a ser de tu novia?-

Tuvimos 12 años cuando nos enamoramos y fue ella mi primero y único amor juvenil y nos prometimos mutuamente. Después de un largo silencio, dije a mi padre que yo sentía una imperiosa necesidad de irme, algo me llevaba hacia la Orden. Y esta era toda la verdad del caso.

***

El noviciado de la provincia húngara en esos años estaba en Érd. Un pequeño pueblo a orilla del Danubio, cerca de Budapest. Al lado de un antiguo minarete turco, su única curiosidad era el antiguo castillo de los conde Károlyi, que ocupaba en noviciado. En 1526, cuando Luis II, rey de Hungría, marchaba con su ejército hacia Mochas para perderlo todo, hasta su vida contra los turcos, hizo escala en este castillo por una noche. En una de las piezas de bóvedas durmió el rey de 16 años. La fachada del castillo fue refaccionada en el siglo pasado en formas neoclásicas. Aquí me enterré por dos años.

El P. Maestro de lo novicios me abrazó con afecto y me entregó a un "ángel", quién se ocuparía de mi en todo. Reinaba en la casa un silencio absoluto; un silencio casi sepulcral. Con el correr del tiempo uno se acostumbró y más tarde se aficionó a este silencio profundo. La orden tiene casas, como la residencia los escritores de Munich, donde era costumbre usar unas pantuflas de fieltro sobre los zapatos para transitar por los corredores sin molestar a nadie.

Una vez en mi cuartito me enteré que estoy en calidad de *"candidato".* Visto de paisano y mi candidatura puede durar de 2 a 3 semanas, pero si entro en otra graduación, ésta puede durar hasta 2 años. Estoy limitado a conversar únicamente

con mis compañeros candidatos y con mi *ángel;* la ley de separación me aísla de todos los demás. Me sorprendió no poder juntarme con la comunidad. Más tarde mi sorpresa fue en aumento al enterarme de que ni después de mi investidura me podré unir, porque los grados están marcadamente separados: como novicio no puedo departir con los hermanos, pero tampoco con los Padres, únicamente con mis superiores, pero con los de filosofía tampoco puedo hablar y así sucesivamente. Más tarde ya como estudiante de filosofía, vivía en el mismo pasillo con los teólogos y pasaban meses sin que hubiera podido conversar con ellos, cosa que estaba permitido únicamente en fiestas importantes. Necesité mucho tiempo para resignarme a esto. Hoy, a través del tiempo veo con claridad lo correcto de este proceder: qué sería si uno al emprender una vida disciplinada ya en su Comienzo tratara de conseguir permisos para fumar y se pasara a conversar con cualquiera que estuviera de paso. De un exagerado fuego juvenil y de un rigor desde el comienzo nace luego una medida adecuada, pero para lograr este fin, es menester el desarrollo por separado y alejado de los ya "viciados".

Por el momento estaba sentado solo en mi cuarto, desolado por el frío otoñal y me pasaba leyendo mi horario, escrito sobre un cartón duro. Me sentí asustado. No entendí ni la mitad, por estar confeccionado en latín, pero me di cuenta de que el tiempo destinado a la vigilia, estaba fraccionado en cuartos y medias de horas: ora meditación, luego reflexión, lectura o conferencia, más tarde otro tipo de lectura, después la memorización de los reglamentos. Traté de saber, qué me correspondería hacer en ese momento: lectura de biografía. Encontré una biografía de algún santo sobre mi mesa; pero apenas comencé hojearlo, cuando ya pasaron los 20 minutos y algo nuevo empezó: opera manualia. Sentí que entré en un engranaje. Al rato mi ángel miró por la puerta preguntando, si necesitaba algo. Tenía deseo de contestarle, que sí: una palabra amable, pero aquí sobre los cuartos de horas rodantes reinaba un verdadero silencio. Aquí uno durante el día no podía conversar más que consigo mismo o con Dios. Oía sonar una campanilla, que llamaba para algo nuevo, luego se oía un golpear de mano, seguramente para arrastrar al rebaño a una nueva actividad.

Al fin veo a través de la ventana, que los novicios —alrededor de 30— salen silenciosamente al jardín y esperan callados con los ojos bajos, rígidos como si fueran recortes de cartón negro, hasta que uno —debe ser su bedel— les dice algo, que rompe el silencio. Se animan las caras y da comienzo una amena charla. Ya viene mi ángel a buscarme y me lleva a la recreación para presentarme a mis futuros compañeros. Cuan grande fue mi sorpresa al ver lo que ocultaba ese gran silencio y la rígida disciplina, ese tonel de alegría interna, atención y afecto. Qué compañía selecta era esa, pensé, si tengo que convivir con éstos, hasta el horario lo soportaré. Ayer todavía entre mis colegas universitarios, como suelen hacer la mayoría de los jóvenes, hablábamos con grandes ademanes, reíamos a carcajadas y nos insultábamos a cada rato; gastábamos bromas irreverentes a cuenta de nuestros profesores; pedíamos préstamos y mentíamos; nos dábamos empujones y nos creíamos varoniles al ser groseros. ¿Y éstos aquí? Un mundo extraño: sus movimientos son apagados, sus palabras reflejan mesura. Aquí percibí por primera vez en mi vida, que la disciplina embellece físicamente. En resumidas cuentas, la etiqueta también perseguía este fin. Pronto se me dieron a conocer los famosas "reglas de modestia" de San Ignacio; éstas fueron leídas mensualmente en el comedor —a lo largo de toda la vida—, junto a las demás reglas. Una de ellas rezaba así: *"No se vuelva ligeramente la cabeza, acá ni allá, sino cuando acaeciese*

con madurez religiosa. Los labios ni muy cerrados, ni muy abiertos. Sea el andar moderado, sin notable prisa, si la necesidad no fuese urgente, guardando el decoro que se podrá". Mis compañeros novicios reflejaban estos consejos, por eso daban la impresión de una generación extraña. Presentaban a un mundo más bello. Más tarde me di cuenta, que había en ellos todavía mucho de barniz exterior, que no iba acompañado con una transformación interior, pero por algo se comenzaba.

La conversación era amena, salpicada aquí y allá con bromas inocentes. Algunos parecían hacer el papel del hombre espiritual y para justificarlo, introducían algún tema beato en la conversación, pero la causa santa tuvo poco éxito. El final de la recreación fue sorprendente: sonó el timbre, acto seguido todos interrumpieron su charla quedando en silencio, con caras rígidas y los ojos bajos. Todos se encaminaban hacia las callejuelas de despiadado horario. Yo fui el único, que terminé mi frase, pero al ver la cara asustada de mi ángel, se me heló la sangre, quien me susurró al oído, que después del timbre, ya no se podía pronunciar palabra, únicamente con permiso.

Así era el noviciado; durante los años de estudio, esta disciplina aflojó algo, pero una vez Padres, habíamos vuelto a una práctica razonable de la disciplina original.

Por muchos años tuve la convicción de que la Compañía de Jesús era extraordinariamente severa con nosotros, pero no era así: ella otorgaba ciertas normas y las controlaba, pero éramos nosotros, que a veces exageramos su práctica. La provincia alemana ejercía una marcada influencia sobre la provincia húngara, puesto que gran parte de nuestros estudios los cursábamos en Innsbruck, así la disciplina alemana nos llevaba a menudo a la micromanía. Al conocer otros pueblos, más tarde, había notado más indulgencia en el ejercicio de las mismas normas. Una de las reglas dice: *"nadie coma, ni beba fuera de casa y en casa tampoco a deshoras".* Esta regla se había arraigado en mí a tal punto, durante el cuarto de siglo de mi estadía en la Orden, que ahora, después de veinte años, si quiero comer algo fuera de hora, me siento como frenado. Esta insignificante regla había penetrado en mi subconsciente y prevalece con tenacidad. El saldo de este ejemplo es la firme convicción, que la Compañía de Jesús actúa correctamente al educar a sus hijos en esa disciplina tenaz, y que cierra los ojos, cuando ellos por idealismo o por entusiasmo fanático cometan exageraciones. La vida disciplinaria de los jesuitas parece ser insoportable únicamente a aquellos que son indisciplinados: quienes comparten esa vida y tienen vocación, no la consideran como carga, sino con satisfacción y con el orgullo de saberse superiores a los demás.

Es un hecho indiscutible de la historia, que a los jesuitas a lo largo de su existencia no hubo necesidad de reformarlos, pues no se han deformado nunca. En cambio, a todas las demás órdenes, exceptuando a los cartujos, al correr de los siglos a menudo hubo que volverlos al buen camino.

Estábamos a la víspera de los ejercicios espirituales de 30 días. No se notaba entre los novicios ninguna tensión nerviosa, la disciplina a la que estaban sometidos durante los tres meses anteriores a los ejercicios, era una escuela suficiente para pasar por la primera prueba. Dos novicios salieron unas semanas atrás, uno fue despedido con cariñosas palabras por ser tan lerdo para comer, que todo el comedor tenía que esperarlo. El otro se despidió solo. El P. Maestro decidió unirme, aunque vestido todavía de paisano, a los novicios para comenzar a los ejercicios.

De no ser así hubiera tenido que esperar hasta el año siguiente. Aprovechando la primera pausa a los doce días, me sería dada la sotana y sería investido oficialmente. Más tarde me contaban mis compañeros, que toda la casa estaba atenta durante estos doce días a mi posible salida. El mismo sastre, convencido que su cliente inexperto no podría soportar esta dura prueba de la vida de los jesuitas, frangolló mi sotana en los últimos dos días. Los ejercicios espirituales de treinta días son realizados por los jesuitas sólo dos veces en su vida.

Estos ejercicios espirituales constituyeron para mí una de las experiencias más grandes de mi vida. No quiero describir el sistema, su singular construcción lógica, el empleo eficaz de los medios más modernos de la psicología, método sentado por San Ignacio cuatro siglos atrás, porque excedería los marcos de este libro. Durante los años posteriores de jesuita había leído una biblioteca entera sobre los ejercicios espirituales, los practicaba en su forma abreviada de ocho días cada año de nuevo, luego yo mismo los dictaba a otros. Durante los estudios de teología nuestro profesor de ascética analizaba la psicología y sus más profundos secretos para los ejercicios espirituales tan sugestivamente, que sus fascinados discípulos le rogábamos que en vez de un semestre obligatorio nos siguiera dictando el tema, y por puro entusiasmo seguíamos frecuentando sus clases semanalmente durante los tres años siguientes antes de estudiar de los demás profesores. No es la fase explicativa de los ejercicios espirituales a la que quiero referirme aquí, sino quiero describir llana y sinceramente lo que había experimentado durante ésos treinta días. Puedo hacerlo fácilmente, puesto que junto a mis recuerdos vividos, varios cuadernos de anotaciones de esa época descansan en mi escritorio.

Me rodeaba un silencio completo: sólo las breves explicaciones del P. Maestro antes de cada meditación quebraba este silencio. Teníamos a nuestra 'disposición 5 horas por día distribuidas desde la mañana a medianoche para meditar sobre las verdades expuestas. El resto del día, casi en su totalidad, lo llenábamos con reflexiones, anotaciones, nuevas meditaciones, reflexiones, oraciones y confesiones. El curso comenzó lentamente con el descubrimiento de algunas verdades básicas: éramos criaturas supeditadas a un poder superior, "ergo" deberíamos reformar nuestra existencia de acuerdo a sus principios. Se colocaban pilares fundamentales, más tarde se descubrían los secretos más íntimos de la vida: la esencia del pecado. Una lluvia de acusaciones caía sobre nosotros. El torrente iba en aumento, ya parecía arrastrarnos. No disponíamos de un minuto de tiempo para descansar, cuando nuevos ataques nos azotaban, una multitud de pruebas nos arrastraba y nos golpeaba en una dirección determinada en cuyo fin esperaba la gran conclusión: aquí no había escapatoria, aquí había que someterse a una voluntad superior. Las verdades iluminaban como faros, edificadas sobre una fría lógica: se apelaba a nuestra inteligencia y a nuestro valor para ver, sentir, reaccionar y sacar conclusiones. En mi desesperación reconocía con claridad, cuál era mi meta, qué era a lo que no podía escapar, y obedeciendo a las leyes de la psicología, mi voluntad después de este reconocimiento comenzó a moverse con lentitud para emprender un camino, luego siguió acelerando, arrastrándome consigo y el duodécimo día de los ejercicios no pude reconocerme. No recurrían a mi vida sentimental, tampoco eran charlas en horas de lánguida emoción con el Niño Jesús, ni con simpáticas Santas Teresitas, sino apelaban a las dos grandes realidades sagradas de mi condición de hombre: a mi inteligencia y a mi voluntad. Estas eran asediadas por posibles e imposibles argumentos y arrojadas en la arena de la lucha.

Aquí se hizo la pausa y yo fui investido. Este es un acto muy simple para los jesuitas: en la sastrería me echaron encima la sotana, me enseñaron el modo de atar el cingulum o faja, acto seguido entré en el aula. El P. Maestro pronunció un breve discurso, los novicios desafinaron alguna canción y después me abrazaron todos uno por uno. A la tarde siguieron su curso los ejercicios espirituales.

Nos colocaron delante la figura de Jesús, no al gran maestro de la vida mística, tampoco ese Jesús, a quien adoraban durante un milenio todos los religiosos con disimulado egoísmo como a una fuente de consuelo y sosiego, sino a un *Cristo militante,* que vino entre nosotros para conducirnos a una guerra sin piedad, porque quiere conquistar. El mundo entero es suyo pero no ha podido tomarlo en posesión todavía, para esta tarea nos necesita a nosotros. La afiliación es voluntaria, pero una vez adictos, ay de los que se arrepienten. La cobardía es el pecado mayor del mundo.

Al correr los días densos de los ejercicios, nuestro entusiasmo creció hasta el paroxismo. Juramos por cielo y tierra que lucharemos contra todas nuestras flaquezas y lucharemos por la gloria de magna causa de Cristo. El resto de los ejercicios moldeaba, argumentaba, variaba este fin con tal fuerza, que al finalizar, vencidos completamente, nos ofrecimos listos para todo. Si en esos momentos nos hubieran deshollado vivos, por la causa, 'hubiéramos resistido sonriendo.

A menudo oigo entre los masones, que los Padres son guiados por bajos intereses humanos en tal o cual tarea apostólica. Muchas veces dudan de la pureza de sus intenciones. Cuan erróneas son estas conjeturas. Cualquiera que pasara por los talleres modeladores del hombre nuevo de los ejercicios espirituales de 30 días, comprendería, que existe una situación hirviente del idealismo, que es capaz de arrastrar al hombre hasta la incoherencia, si éste lo considera bueno y auténtico. La esencia y secreto de la educación del jesuita reside en que en el comienzo de su vida religiosa desmenuzan y ventilan los rincones más recónditos de la psique humana, después descubren los móviles del alma, que dirige al hombre y lo conduce a decidir, y con un sistema secular mantienen este estado alerta. Durante una vida por larga que sea, colmado por múltiples tareas, un jesuita tiene la obligación todas las mañanas temprano, de meditar por una hora sobre éstas verdades, que crearon de él un nuevo ser en el comienzo del noviciado. Para facilitar esta tarea, cada año se repite durante 8 días el ejercicio espiritual con su esencia concentrada del primer gran ejercicio. Y para conservar esta esencia, al cabo de los estudios de 12-14 años, tiene la Orden la dadivosidad de derrochar un año entero de los pocos y preciosos años de cada jesuita para convertir a los recientes Padres —todos de 30 años de edad— en novicios para hacerlos cursar de nuevo los ejercicios espirituales de 30 días, pero esta vez con criterio maduro, cristalizado por los estudios. Yo cursé estos ejercicios renovadores en Florencia de Italia, guiados por un gran maestro como el P. Martín, quien más tarde ocupó en Roma en la Curia Central el cargo de Asistente de las provincias italianas. ¡Qué final y al mismo tiempo qué manera de encomendarnos para el camino de la vida!

Quien posee alguna noción de la psicología humana, debe saber, que en ninguna otra parte del mundo tienen la maestría del empleo de sistemas científicos para refinar en el intelecto asociaciones espontáneas y para implantar importantes complejos, que permanecen en incubación hasta el momento dado, en que se ponen en función y conducen a la decisión.

Quizás la educación comunista se le acerque, con la diferencia de que entre los jesuitas todo este sistema está entretejido por un auténtico cariño interior.

Cuando los jesuitas lean estas líneas, me reprocharán haber omitido la esencia: la fuerza de la gracia de Dios y su influencia decisiva. La influencia transformadora de los sacramentos. Hice la omisión intencionalmente, puesto que yo quiero destacar la fase humana, nada más. No niega a la geometría aquel que escribe un libro de aritmética. De la forma sobrenatural de la educación jesuita ya han escrito una pequeña biblioteca, ¿para qué aumentarla con uno nuevo?

* * *

Los 30 días volaron como horas y nosotros permanecimos extraños y confusos entre los pequeños quehaceres de la vida cotidiana. No habíamos notado en medio del gran recogimiento, que durante los ejercicios, dos de nosotros se habían ido. No interesaba saber si se fueron por sí mismos o fueron despedidos. La Compañía ganó con perderlos.

Cada uno de nosotros había llenado hojas grandes con buenos propósitos y con así llamadas *"reformas de vida".* Yo también había resuelto unas gruesas de cosas: varios ayunos por semana, el ejercicio de la abnegación diaria, abstinencias, el pensamiento permanente de la presencia de Dios, la elección de lo mejor en vez de bueno, etc. Tuvimos cada uno que rendir cuenta semanalmente de nuestra vida interna al P. Maestro. Yo también entré con cara iluminada a su apo sento para leerle la larga lista de mis buenos propósitos. El Padre tomó las hojas con cariño y comenzó a tachar los renglones. Había notado con desesperación, que aquí en vez de ampararme, me hundían. De las 10 hojas no dejó el Padre más que media, pero este fue realizable y razonable. Salí defraudado, pero antes que hubiera llegado la próxima visita al Padre, tuve que reconocer cuan difícil era la realización de estos reducidos propósitos. Descubrí en la biblioteca el "Castillo Interior", una obra maravillosa de la vida mística. Una década después devoraba sus hojas, pero ahora cuando pedí permiso para leerlo —según regla, debimos pedir permiso para la lectura de cualquier libro—, el P. Maestro me lo negó y me dio en cambio algún librito de la caridad fraternal y del cumplimiento honrado de las reglas. A la semana siguiente en mi entusiasmó pedí permiso para levantarme una hora por la medianoche para meditar; a lo que el P. Maestro me explicó que yo no había terminado aún mi desarrollo y por lo tanto no disponía de fuerzas suficientes para derrochar, y levantarme por la noche, además de ser nocivo, me daría sueño al día siguiente y la solución sería, que dedicara doble entusiasmo a la meditación de la mañana.

Toda nuestra vida estaba bajo un control tal que sería complicado describir aquí y correría el riesgo de no ser creído; pero una cosa puedo afirmar, que sin este control algunos de nosotros hubieran llegado a un sanatorio frenopático y otros a la calle.

Junto a las meditaciones diarias la vida tiene de los jesuitas otra práctica característica, que es exigida más severamente aún, que la meditación: esta es el examen de conciencia de un cuarto de hora a mediodía y a la noche. En el coloquio semanal, si había omitido hacer mención del examen de con ciencia, el P. Maestro ni una vez dejó de llamar mi atención al respecto; más tarde, cuando el timbre de la

Orden ya no me avisaba que había llegado el momento del examen de conciencia, sino iba de aldea en aldea, manejando mi auto, organizando el movimiento KALOT, hasta al lado del volante, me fue difícil olvidar a dedicarme aunque por minutos a este examen.

Había otra variación del examen de conciencia, que ya no era tan simple. Este se llamaba *"particular examen".* La primera vez que supe de su existencia, durante los grandes ejercicios, traté de descifrar su significado del texto latino de San Ignacio, y me pareció algo pueril. San Ignacio trazó con prolijidad siete renglones de acuerdo a los días de la semana, y cada renglón fue algo más Corto que el anterior, porque el Santo fundador supuso de sus hijos con benevolencia, que éstos cada día cometerían menos veces las faltas, cuya extirpación se han propuesto. Me pareció mezquino este balance de las faltas y justifiqué a los adversarios de la Orden, que a menudo se burlan de la "contaduría del pecado", como han denominado a este sistema. La Orden, haciendo caso omiso de las burlas, obligó a sus hijos a través de cuatro siglos a practicar sin piedad este raro sistema de la contabilidad del pecado. Esperó serenamente, hasta que el psicoanálisis profano salió a luz, dejó su infancia y justificó ese método tan criticado de los jesuitas de desmenuzar cada falta en las más pequeñas partículas y dirigir el ataque contra éstas.

La Orden, conociendo las flaquezas humanas, preparó para sus hijos un sistema, que no les permitía pasar los 15 minutos soñolientos de los exámenes de conciencia en autosatisfacción. Paso a paso se le avisaba a cada uno sus faltas. El horario tenía los miércoles por la tarde, un cuarto de hora con el título insospechado: manifestación. Nos formamos de a dos y con palabras llanas le decía uno al otro al oído las faltas, que habíamos descubierto en él: Estaba prohibido interrumpir o defenderse. Cuando terminaron dos, cambiaron con los siguientes y así sucesivamente hasta terminar la manifestación de las faltas de todos. He aquí algunos ejemplos de mis anotaciones: "debo sentarme más derecho; las faltas de otros debo mencionar a la hora de manifestación y no en las recreaciones; debo controlarme más, porque se me trasluce demasiado la alegría o la tristeza; no debo apoltronarme en las sillas; no debo abrir mis cajones sin permiso...", etc.

Los sábados por la tarde se dedicaba una hora al ejercicio llamado *"Capítulo".* En la provincia alemana el título era más sincero: *"Lapidación".* Todos se arrodillaban de a uno, en el centro del aula sobre el mosaico —cada sábado tocaba a 4-5 hermanos— y los otros con voz serena le arrojaban las piedras de sus faltas cometidas. A la décima vez de mi lapidación, todavía me sentía profundamente conmovido, considerándome disminuido ante mí y merecedor de la lapidación. Cuan bien me cayó, si alguno de los hermanos más benévolos, al tocarle turno de arrojarme las piedras simbólicas, decía, que no ha notado nada. Después de la lapidación, por horas, no nos atrevíamos a mirarnos a la cara y entrábamos a la capilla a hacer votos frente al altar para ser, en adelante, más abnegados. Claro está, que a la vez próxima, había nuevas y viejas piedras que arrojar. ¿Qué hubiera sido de nosotros sin estas manifestaciones y lapidaciones, si aún con ellas progresábamos tan lentamente?

Todas las veces pedía a uno de los hermanos que anotara todas las palabras de mi lapidación. Nada más fácil, porque en el silencio éstas caían con grandes pausas. Tengo delante de mí toda esta triste colección. He aquí algunos ejemplos: "gesticula en demasía; ventila sus intimidades espirituales; a veces peca por demasiado cortés, hasta lisonjero; muchas veces se excusa; juzga severamente a los demás;

es violento; camina con pasos largos y a veces tiene mirada rara". Podría publicar un librito de estas anotaciones, sobre todo si les sumaría las que se manifestaron de mí en el comedor, a lo largo de los años vividos en la Orden, en las 2 ocasiones anuales. Esta última difiere de la primera, porque son los mismos hermanos que hacen la lista de sus faltas y la entregan, unos días antes, al superior, quien le agrega sus observaciones. Esta manifestación dura mientras tarda la comida, y le toca a cada uno. Aquél, cuyas faltas son leídas, desearía ser tragado por la tierra, sin embargo tiene que ponerse de pie para ser más visible. Aquí no recopilé sólo mis faltas, sino las de toda la casa, para confeccionar un catálogo de ellas, que guardaba a mano para la próxima vez que tenía que hacer mi lista.

Ahora que estoy reposando estas anotaciones de mis antiguas faltas, no puedo menos que reconocer, que el pulimiento consecuente dejó su saldo.

Para los superiores hay un Padre determinado, que tiene el oficio de "admonitor"; a esta regla no se excluye ni el mismo P. General. El admonitor tiene el deber de avisar a los superiores, si cometen una falta; pero cualquiera puede decir al admonitor cualquier observación contra sus superiores para que éste las trasmita a ellos.

Sucedió en el curso de mi noviciado, que el P. Socio del P. Maestro, me autorizó que en adelante le observara sus faltas. Tengo la convicción, que con este ejemplo edificante fue a mí a quien quiso educar o simplemente buscaba una actividad para su vida inactiva al lado de la robusta figura del P. Maestro, quien con su autoridad llenaba todos los rincones de la casa. Yo por mi parte tomé mi nueva y única disposición con un empeño singular, y me pasaba observando al P. Socio con ahínco para descubrir en él alguna falta y de lograrlo, iba con presura a su cuarto para avisarle hasta dos veces por día. Estas observaciones eran los siguientes: al comer se llevó el cuchillo a la boca; sus zapatos están todavía sin limpiar; ayer tenía el sombrero torcido; no me gustó el tono en que habló con un novicio. El Padre resistió heroicamente, por seis meses, mi entusiasmo y años después me confesó riendo, que se sentía descomponer cada vez que oía mi llamado característico en su puerta.
Así pasábamos educándonos mutuamente.

* * *

Para lograr empapar a un jesuita de ese mar de reglas y reglamentos no bastaban los dos años del noviciado, se requería mucho más tiempo.

He hablado ya del uso obligatorio del latín en la vida cotidiana, cosa que motivó en mí muchos recuerdos penosos. Durante los años de estudio se nos permitía sólo tres veces por semana hablar en nuestro idioma materno, en las recreaciones del mediodía y de la noche. El resto del tiempo se hablaba a mediodía en latín y a la noche en un idioma extranjero. Después de una larga jornada de rigurosos estudios, hubiera sido un lenitivo poder conversar sin tropiezos, pero hasta que uno llega a adquirir dominio sobre uno de los idiomas pasan años; y fue así cómo más de una vez perdíamos el deseo de hablar ante tantas dificultades. Cierto es que estos sacrificios fueron recompensados al cabo de los años. Recuerdo mi viaje a Estocolmo, donde los Padres me pidieron que diera una conferencia en la casa sobre las actividades sociales húngaras; al estar en el aula repleto de jesuitas, en

vano traté de hablar en varios idiomas, siempre quedaba un grupo sin entender. Así, me vi obligado al empleo del latín.

No todas las provincias tomaban el uso del latín tan rigurosamente. Cuando cursé teología en Innsbruck, junto conmigo éramos de 18 nacionalidades distintas en el enorme colegio, entre ellos muchos jesuitas norteamericanos cuyo uso del latín nos llamaba la atención porque lo hablaban con marcado acento inglés y en la gramática se ajustaban a sus principios liberales a tal punto que nos costaba trabajo comprenderlos.

En cuestión de disciplina surgían también marcadas diferencias. Entre nosotros, durante las meditaciones y los exámenes de conciencia, un hermano designado iba de puerta en puerta para controlar si cada uno cumplía el reglamento. En la Argentina no rige este control, más en la provincia húngara, un hermano controlaba a la mañana, minutos después de sonar el timbre, si todos se habían levantado, a pesar de que ese timbre, sonaba para los hermanos a las 4, para los padres y estudiantes a las 4.30 horas.

Según otro reglamento, el que cometía una falta o defecto debía confesarlo durante el almuerzo o la cena, de rodillas en medio del comedor, junto con la penitencia recibida. Cuando vivía en Padua, había diariamente una "lluvia de culpas" en el comedor; uno confesó haber comulgado con los zapatos sucios, otro bebió un vaso de agua durante el día, cuando esto estaba permitido únicamente en las comidas, un tercero llegó tarde a las letanías, etc. A menudo los hermanos que servían la mesa tropezaban con los arrepentidos. Durante mi estadía en Alemania, en cambio, ocurría muy rara vez que alguien reconociera alguna culpa. Comenté esto con mi Padre Provincial, que opinó que estas cosas dependían mucho de la idiosincrasia de los pueblos; no es que uno sea mejor que el otro, sino que a uno no le importa mucho humillarse, mientras que el otro prefiere evitar el motivo antes que la humillación.

En todas las casas jesuitas tomábamos el desayuno en silencio, mientras que durante las comidas de mediodía y noche, teníamos lecturas basadas en la directiva de San Ignacio que rezaba así: *"mientras alimentamos el cuerpo, no olvidemos alimentar el espíritu".* De este modo sin percibirlo, hemos leído al cabo de los años, bibliotecas enteras. Figuraban en el programa los libros más recientes y cotizados. Los que servían la mesa —a cada uno le tocaba el turno semanalmente— y los que llegaban tarde por sus tareas apostólicas, recibían el segundo turno, donde según era notorio, la silla estaba caliente y la comida fría.

El comedor, como en parte ya he referido, no era solo un lugar para comer, sino una reunión para dar prueba de abnegación y disciplina. Todos los viernes y durante el tiempo de los ejercicios, se practicaban las penitencias de mesa a elección, uno comía de pie, otro besaba los pies de los otros; una vez en Francia, me sorprendió una penitencia original de un padre que mendigaba el almuerzo de los presentes y cada uno contribuía con una cucharada. Otra de las penitencias era una pequeña mesa en el centro del comedor, donde se comía de rodillas. Esta última se empleaba también para penitencias impuestas por faltas más graves. No creíamos nunca que alguna vez íbamos a presenciar una de estas penitencias, hasta que una vez el P. Olasz, quien a esa fecha ha publicado varios libros de importancia, y era una personalidad reconocida en el país, cometió una grave desobediencia contra el Padre Rector y todavía la agravó con una conducta irreverente, haciéndose merecedor de la aplicación de la penitencia de comer de rodillas, a la pequeña mesa, por una semana.

Escribí su verdadero nombre, porque su figura creció ante nosotros cuando se arrodilló sin inmutarse, con la cara congestionada de vergüenza. Pareció un gigante. Con este hecho el Padre Olasz se hizo acreedor de nuestra admiración y afecto, por soportar esa humillación con tanta entereza y lo mismo sentíamos veneración por el P. Rector, quien tuvo la fuerza de imponer tamaño castigo. Y sacábamos en conclusión de ese singular hecho que valía la pena ser jesuita. Años después, a gran pena nuestra, el P. Olasz se enfermó y hubo que recluirlo, pero felizmente al cabo de un año, salió curado. Cuando volvió entre nosotros, solía jactarse de que él era el único en la provincia húngara, que tenía un certificado oficial de que no era loco.

La cuestión de pobreza se puede presentar bajo distintos aspectos. Uno de ellos es dar a conocer las disposiciones al respecto, por ejemplo: las casas propias "domus professus" no pueden gozar de ninguna renta segura. Su sustento lo proporcionan los padres con honorarios ganados por trabajos apostólicos o las donaciones de los fieles. El sustento de la provincia húngara, estaba constituida por un latifundio de 5.000 hectáreas en Nagykapornak. Muchos nos miraban con celos esta riqueza pero yo puedo documentar que su fruto, mayormente, eran dolores de cabezas. Lo administraban Padres inexpertos a excepción del P. Palo-tay a quien la orden a los 50 años, hizo cursar la academia de agricultura. Se dio el caso también de hermanos irresponsables, como el hermano Agoston, que robaba el trigo por vagones y cuando lo descubrieron, llegó el comunismo que lo convirtió en un gran señor y fue el mismo quien se presentó personalmente para confiscar los bienes de la orden del cual se sacó su buena tajada a mayor gloria de sus principios comunistas. Recuerdo bien la figura de este hermano, que fue connovicio mío, pero en otra graduación. Disponía de más tiempo que nosotros y empleaba en arrastrarse a diario de rodillas en el pasillo helado del Vía Crucis.

Esta beatitud exagerada ya entonces nos causó mala impresión y lo tildábamos de fariseo.

Otro recuerdo con relación a este latifundio era el caso del P. Ladislao Varga, uno de los personajes más coloridos de los conocidos. Junto con otros padres se dedicaba a los problemas sociales con tal intensidad, que los obreros lo tenían por ídolo. Una vez fue a la estancia de Kapornok, donde su indignación llegó al máximo ante la indecencia en que vivían las gentes y los precarios salarios. Sintió el deber de sublevarlos y al volver a la Capital armó un escándalo al P. Provincial, expresando que no volvería a hablar ante los obreros hasta que la Orden no estableciera nuevas disposiciones para levantar el nivel de vida de los peones de la estancia. Dos cosas han resultado de este incidente; la primera fue un mejoramiento notable de las viviendas de los peones y un aumento de sus salarios; la segunda, fue la expulsión del P. Varga de Nagykapornak, cosa que enorgullecía al Padre de sobremanera. De este gesto salomónico el responsable fue el P. Borbely, entonces Provincial. Es un hecho, que la provincia húngara por regla general, luchaba con desequilibrios económicos. En una oportunidad tuvo que presentar quiebra. Nosotros los miembros de la orden, estábamos en plena ignorancia al respecto. Según nuestras experiencias, si bien no disponíamos de ningún dinero, tampoco nos faltaba nunca nada. En mis estudios folklóricos necesité una obra de cinco tomos, que fue bastante costosa, sin embargo me la compraron sin demora. Así sucedía con todo.

Una vez en Oberammergau, daban la famosa Pasión de Jesucristo, con motivo del 300 aniversario, y esta representación coincidía con el viaje a Austria de algunos de nosotros. Dos de nosotros le pedimos permiso al P. Provincial para poder hacer un desvío con gastos mucho mayores, a través de Alemania, para poder pasar unos días en Oberammergau y disfrutar de la famosa representación. El permiso nos fue concedido, a condición de que fuera de nosotros dos, ningún otro pediría lo mismo.

Afortunadamente a nadie más se le ocurrió pedirlo y así enriquecimos nuestras vidas con un recuerdo inolvidable.

La Orden fue siempre magnánima con sus hijos. Más de una vez experimentábamos el efecto prodigado mientras la famosa disciplina jamás degeneró. Era implacable con respecto a nuestros estudios, pero al tocarnos un descanso, nos íbamos hasta por ocho días a excursiones en bote. En verano remábamos y jugábamos al tenis, en invierno patinábamos sobre hielo. Entre las famosas montañas de Innsbruck disfruté de todos los deportes invernales y numerosas veces nadaba en la hermosa bahía de Nápoles. En Polonia hice grandes excursiones; en las montañas del Tirol canté canciones húngaras escalando el pico de Serles. —En la Argentina, los jóvenes jesuitas juegan al football y en la América del Norte, al basquetball—. Había viajado numerosas veces y a distancia larga. Solía llevar mi ropa interior conmigo, hasta que una vez en Venecia tuve que quedarme inesperadamente por tiempo indeterminado y pese a no haber llevado ropas conmigo, el sábado siguiente encontré el típico envoltorio, en el pestillo de la puerta, toda la muda semanal envuelta en una toalla, como si hubiera entrado en mi propia casa. Desde entonces dejé mis cuidados personales para cada una de las casas en que me alojaba y nunca me arrepentí. Hay un refrán conocido que he experimentado en carne propia "los religiosos hacen los votos de pobreza y los profanos los cumplen".

* * *

Una de las partes más interesantes de la organización de la Orden es el sistema interior de defensa para asegurar la castidad de sus hijos. Si yo enumerara ahora todos los reglamentos a este respecto, el lector se horrorizaría y diría que entre los jesuitas no hay afecto. Hay que vivir detrás de las paredes de la Orden, para que uno vea cuan fácil es el cumplimiento de estos reglamentos en la vida jesuítica y recién entonces se podrán ver el verdadero afecto, por encima de los reglamentos.

La Orden hace lo posible para impedir, que amistades particulares puedan desarrollase entré algunos de sus miembros. Esto se arraigó en nosotros desde el noviciado. En primer término está prohibido el tuteo. Una vez estando muy contento tuteé a mis compañeros. Esto tuvo la consecuencia que al capítulo próximo, todos me lo reprocharan como un "pecado capital". Al finalizar el "Capítulo" el P. Magíster solía juntar las observaciones y a este respecto dijo, que en el tuteo comienza la falta de estima. Y tenía razón.

Me imagino cuan diferente hubiera sido un ambiente en que a cada paso se hubiera dicho "che, vení para acá", en vez del respetuoso, venga usted. El tuteo es la puerta hacia el trato confianzudo, abre un lenguaje más vulgar, en el que fácilmente se tropieza con un "no seas idiota". He oído decir aquí, después de tantos años, que actualmente la orden es más indulgente al respecto y permite el tuteo. Allá ellos... Estoy convencido de que con el trato de usted, la orden mantuvo a través de los siglos un clima de reserva y distinción, que con la implantación del tuteo, paulatinamente cae en el olvido.

Según el reglamento 32, *"ninguno tocará a otro, ni aún por juego, si no fuese abrazando en señal de caridad al que va o vuelve de camino".* Esto significaba, que no debíamos tomarnos del brazo, tampoco podíamos posar nuestras manos sobre el hombro del otro. El cumplimiento de estos reglamentos, según mi criterio actual, ha tomado medidas exageradas, al menos en mi provincia; si alguno tocó el brazo del otro, distraído o sin intención, éste lo retiró violentamente y no sin alguna observación. En nada guardábamos un cumplimiento tan estricto como en esto. Yo tampoco fui excepción. Buscando ahora la causa de este fenómeno encuentro que

el reglamento en sí no podía ser el móvil, puesto que era llano y simple, pero desarrolló entre nosotros una disciplina común, que fue lanseado quizás una década atrás, por algunos fanáticos que nos tenían bajo su influencia. De todos modos, era un freno importante que cortaba en seco, todo trato íntimo. Según reglam. com. 11 *"ninguno cierre su cuarto, de manera que no se pueda abrir por fuera, tampoco tendrá arca ni otra cosa cerrada con llave".* El principio era que cada uno y todas sus pertenencias estén a disposición en cada momento, para una inspección. Esto tuvo una consecuencia trágica, años atrás, si mal no recuerdo en la provincia belga: en una noche un hermano enloqueció y fue de cuarto en cuarto a lo largo del pasillo y con una navaja, seccionó la garganta a media docena de padres. Ni a consecuencia de este hecho horrorífico, fue cambiado por la Orden este reglamento antiguo.

Reglamento 31, *"ninguno entre en el cuarto, sin general o particular licencia del superior y esté la puerta abierta tanto cuanto estuviese dentro, según la costumbre aprobada de cada provincia".* Esta última frase fue añadida al comienzo de este siglo, porque en las provincias, bajo clima frío, ese reglamento se convirtió en problema por el enfriamiento de los cuartos, por la puerta abierta. En la provincia húngara, solíamos soportar frío intensos en invierno, sin embargo la puerta si no abierta del todo, tenía que permanecer entornada.

El P. Espiritual daba conferencias mensuales para toda la casa y todos teníamos que acudir a ellas. En estas conferencias el P. Espiritual nos recomendaba siempre que fuéramos todos abiertos y sinceros ante nuestros superiores. Este concepto fue aceptado íntimamente por nosotros, convencidos de su corrección a tal punto que jamás sentíamos indignación al recibir nuestra correspondencia abierta y leída por el P. Rector, lo mismo que la enviada por nosotros, teníamos que entregarla abierta al mismo. Hoy juzgo este proceder exagerado y humillante, pero durante un cuarto de siglo me pareció completamente natural y confieso con absoluta sinceridad, que jamás se me había ocurrido protestar contra esta imposición, ni siquiera íntimamente. Un solo concepto dominaba a nuestra psicología, esta era la seguridad que nosotros servíamos mancomunadamente a una causa y en su ley todo esto estaba justificado. Esto era uno de los tantos hechos que unidos, mantenían la Orden en su nivel; y nosotros amábamos la Orden con este su nivel. La vida en común y el cumplimiento concienzudo de los reglamentos no podían impedir nuestras reacciones individuales al juzgar un hermano de simpático y a otro de antipático. Para este problema la Compañía de Jesús ofrecía su solución; cuando cursaba el primer año de Filosofía, la casa estaba en reparación y nosotros nos veíamos obligados a vivir de a dos en un cuarto. Sabía bien que no fue obra del azar el que me hayan puesto de compañero al hermano que, para mí, era el más antipático. El superior tenía conocimiento de este hecho, puesto que fui yo mismo que se lo había confiado en su oportunidad. Durante un año vivíamos juntos en antagonismo; durante ese año tenía mi ventana siempre abierta, cuando la hubiera querido cerrar y aumentaba la calefacción, cuando deseaba el frío. Como es natural, el hermano Dukay debe guardar el mismo recuerdo de esa convivencia incompatible.

Al seguir una simpatía visible entre dos Padres, por inocente que hubiera sido, la Orden opinaba que ésta no conducía a nada bueno y tomaba medidas severísimas. Recuerdo varios casos en que los implicados fueron separados a distintas casas. En caso del mínimo síntoma morboso, la decisión se hizo en breves horas. Estuve en Roma, cuando I. G. fue expulsado de la Orden de la mañana a la tarde. El pobre infeliz vagó después de lo ocurrido hasta París, donde murió atropellado por un auto. El caso se prestó para conjeturas.

A menudo tuve la impresión de que la Orden perseguía los sentimientos; hasta nuestra vida de oraciones estaba erigida sobre el intelecto y la voluntad y no sobre sentimientos. Si se dio el caso de algún sentimiento entre nosotros, fue objeto de nuestras ironías. Un compañero de Curso P. Adalberto Gyeressy fue un músico de talento, pero a su gran pesar, no le permitían nunca sentarse al viejo y desafinado órgano. Él se sentía extraño e incomprendido entre nosotros, sin embargo, soportó la convivencia durante 12 años, después de los cuales se fue. Con permiso pontificio, pasó a la Orden de los Paulinos. A menudo lo visitaba en el claustro del monte San Gerardo y escuchaba los amargos recuerdos que conservaba de nosotros. Creo que tenía razón. La Compañía de Jesús no es para todos.

* * *

El tema favorito acerca de los jesuitas, tanto para sus amigos, como para sus enemigos, es la obediencia ciega de sus hijos. Trataré de exponer este tema delicado en toda su desnudez. Vuelvo a destacar que es muy distinto mirar las cosas de afuera o experimentarlas por dentro. Esto reza en grado mayor para la obediencia. Los reglamentos por separado suenan fríos, pero en la vida real son practicados por un superior, que a su vez obedece a otra disposición de la misma Orden que le impone, que en el empleo de estos reglamentos fuera guiado por cariño paternal. Quien solo lee los reglamentos que se refieren a la obediencia, en verdad va a tener un concepto oscuro de las casas jesuitas y de sus características del tipo de las escuelas de gladiadores, pero si contempla por dentro observará, que todo esto no significa nada más que el funcionamiento perfecto del engranaje.

Cabe recordar, que la Compañía de Jesús es de carácter militante y por lo tanto su organización es también al estilo militar. Los superiores gozan por poco de poder absoluto, al mismo tiempo que ellos mismos están sujetos a una disciplina rigurosa a través de una jerarquía prolijamente constituida. La obediencia no tenía tanta importancia en las demás Órdenes, porque en ellas querían, en primer término, redimirse a sí mismos, mientras que los jesuitas quieren redimir al mundo entero y con este fin deben asemejarse a un ejército bien ordenado. Es primordial comprender las intenciones de los superiores y hacerlos propios; en esto consiste la exigencia de la obediencia interna. La obediencia externa, por perfecta que fuera, no tiene ningún valor para la Orden, si esta no va acompañada y fundamentada por una sumisión de acuerdo a las exigencias de la conciencia. Esta sumisión, sería inalcanzable en un sistema basado sobre un ascetismo sentimental. En todo otro sistema, hasta los superiores más inmediatos son electos por los miembros. En una elección local semejante, la simpatía tiene un papel incondicional, que luego aparece de nuevo, en los momentos de obediencia y subordinación. Una obediencia semejante no puede ser cristalina; esta exige una orientación intelectual, que empape el alma hasta el fondo, que se logra con la educación jesuítica; a lo largo de la vida jesuita, lo que más nos enseñaban era, que debíamos aceptar en nuestros superiores y en todas sus disposiciones, la voluntad de Dios. Los superiores son designados de arriba aún para las residencias menores, lo mismo que las tareas de cada uno, por pequeñas que fueran y la forma de comunicar estas disposiciones excluye toda apelación.

Cada provincia posee un día en que tiene lugar la "dispositio". En la húngara y la alemana era el 31 de julio, en el día de San Ignacio. Antes de esta fecha nadie tenía conocimiento de noticias, se limitaban a conjeturas. En el día señalado llegó la carta del P. Provincial, entramos todos en el comedor, donde el P. Ministro leía las disposiciones; fulano organizará las misiones; mengano redactará la revista "Cultura"; sutano será el sastre y otro el cocinero, etcétera. Al final de la carta constaban los relevados que desempeñarían cargos en otras casas; estos se

enteran de su traslado, pero no de los cargos que van a desempeñar, esto lo sabrán en el lugar en momento de llegada. Acto seguido hacen sus maletas y viajan lo más pronto posible deseosos de saber sus cargos futuros. Cabe señalar que este sistema arbitrario de movilizar a los Padres de un lugar a otro, se tuvo consideración con aquellos que poseían alguna especialidad o determinadas aptitudes, dejándolos que siguieran en sus tareas, pero también estos a veces fueron trasladados, para cubrir una necesidad o simplemente para que no olvidaran la obediencia.

Una vez al estar en Milán, me relataron los padres una historia singular. Años atrás, tuvieron un P. Provincial que guiado por un capricho poco común en la Compañía, con motivo de una "disposición", revolvió toda la provincia. Todos fueron movidos para otras tareas. Este proceder fue una prueba dura hasta para la obediencia jesuita y escribieron más de 300 Padres, apelando con argumentos justos para que se les permitiera seguir sus tareas anteriores. Contestar 300 cartas era demasiado trabajoso, decidió el Provincial e imprimió 300 tarjetas diciendo: *"Quod scripsi, scripsi".* Lo que he escrito, he escrito (San Juan, 19:22). Seguían comentando en la provincia que era curioso, que un Provincial tenga que recurrir a las palabras de Pilatos para contestar.

Los miembros de grado supremo de la Orden conocidos como "professus quattuor votorum sollemnium" son los que emiten un cuarto voto, además de los tres votos acostumbrados. Este cuarto voto significa obediencia incondicional al Papa. Se menciona mucho este voto, que tuvo su significado más en el pasado que ahora, época en que los Papas más de una vez, tuvieron que emprender luchas contra algunas órdenes rebeldes que ofrecieron su obediencia a precio de grandes privilegios. Es comprensible pues, que en ese tiempo era muy importante para el papado disponer de un ejército tan erudito e incondicionalmente obediente.

Hoy en cambio, cuando el poder del Vaticano está rigurosamente centralizado y los Obispos en su visita "ad limitem" de cada lustro, se hincan ante el Pontífice, como eso es necesario, el cuarto voto de los jesuitas ya no tiene el mismo significado que otrora. Actualmente se impone como selección dentro de la Orden. Yo también fui "quattuor votorum" y actué en una misión papal muy delicada, pero su Santidad jamás tuvo que recurrir a mi cuarto voto. Puedo afirmar además, que los padres de tres votos, no serían menos obedientes en caso preciso, que los de "quattuor vo - torum".

Muchos se preocupan que los pobres jesuitas, en medio de su gran disciplina, pierden su personalidad. Si observaran los miembros de cualquiera de las casas de la Orden, encontrarían diferencias de caracteres tan grandes como en cualquier otra "parte.

Si bien la Orden mantiene su disciplina rigurosa, esto no significa que reduce a sus miembros a un rebaño; por el contrario, les ofrece toda clase de facilidades para que estos desarrollen sus aptitudes, sus personalidades y se destaquen. Una característica de la conducta de la Compañía de Jesús es en que si bien educa a sus hijos en una disciplina férrea y exige de ellos una obediencia incondicional, una vez terminada su formación afloja sus riendas y les otorga, en muchos casos, la más amplia libertad de acción, confiado enteramente en que sus hijos, por encima de toda disciplina, ya están adheridos a los principios de la Compañía. Así es que se ven Padres alejados del control de la comunidad, librados a su propio criterio, actuar siempre de acuerdo a las exigencias jesuitas. Uno de los ejemplos fue el P. Ecker, quien fue enviado a Norteamérica, para organizar misiones donde permaneció por cinco años, solo, lejos de los hermanos y superiores, viviendo independientemente, viajando de un punto a otro, sin ningún control. Más tarde, yo mismo gozaba de una

libertad semejante, al hacerme cargo de las organizaciones sociales. Una semejante tarea independiente, suponía que el miembro de la Compañía fuera previamente formado dentro de ésta y que todo su ser, fuera penetrado de la mentalidad de la misma.

Dejé para el último punto de este tema tan complejo que es la obediencia, la parte más delicada: el problema del "ratio conscientiae", que es el reglamento de la confianza absoluta ante los superiores. Cada jesuita, cada año debe comparecer ante su Provincial y descubrirse totalmente.

La constitución de la Orden califica el "ratio conscientiae", como una de las partes esenciales de la Compañía, su propósito es adquirir un conocimiento perfecto de cada miembro. Este conocimiento permite luego una calificación adecuada para disponer a cada uno, para las tareas de acuerdo a sus aptitudes y virtudes. (Epit. Inst. S. J. Tít. IX, 201 §).

El "ratio conscientiae" suscitó grandes polémicas entre los no jesuitas que alegaban que éste inducía al individuo a la exageración de la obediencia. El nuevo derecho canónigo lo abolió en 1917, pero los jesuitas, poco después, lo pidieron como privilegio y obtuvieron de nuevo el permiso papal.

El "ratio conscientiae" significa en la práctica, que los jesuitas deben confiar todo a sus superiores, como en la confesión sagrada, con la misma sinceridad y veracidad, que ésta exige, pero sin la defensa del secreto sagrado de la misma, librando así a los superiores una posible forma de aprovechar para su gobierno todo lo confiado en la "ratio conscientiae". Esta es una ley del completo abandono a la merced del otro. Al final del capítulo respectivo de la constitución, existe una alternante según la cual queda librado a cada uno si quiere sellar los labios de su superior, con la condición del secreto de la sagrada confesión. (204 §). Debo confesar que jamás tuvimos presente esta posibilidad en hacer la "ratio conscientiae" dentro de los límites de la confesión, tal era nuestra confianza depositada en los superiores.

Este sistema servía siempre de uso, pero nunca de abuso.

El P. Provincial visitaba anualmente todas las casas de la provincia, permaneciendo en cada una 2-3 semanas, según el número de miembros. Los acompañaba el P. Socio, quien revisaba los asuntos económicos de la casa.

En los primeros años de mi vida de jesuita más de una vez, se me hacía un nudo en la garganta, cuando avisaban mi turno para la "ratio conscientiae". Rezábamos de rodillas con el P. Provincial un Ave María luego nos sentábamos. Por regla general, llevaba conmigo anotaciones de lo que iba a exponer. No dejaba excluido nada, luchas internas, repudios, inclinaciones, fallas menores y mayores y al final, la obligación de enumerar mis virtudes, cosa que me costaba mucho, ya que hablar de ellas, me hizo parecer un necio ante mí mismo. El informativo duraba a veces hasta por dos horas, nadie nos apuraba. En una oportunidad le dije al P. Provincial —era un padre sexagenario— que él me resultaba extremadamente antipático, exponiéndole mis motivos; me escuchaba cabizbajo y luego dijo muy serio, en un tono tan triste, que hasta hoy me siento conmover: "¡Va a ver cómo me esforzaré para cambiarme!". Era el P. Somogyi.

Al leer estas líneas, todos pensarán que lo referido fue una enorme falta de tacto, que suele cometer la juventud, pero quien conoce el espíritu de entrega de los

jesuitas, comprenderá que allí existía terreno para tales franquezas, porque éstas fueron siempre admitidas y apreciadas por rudas que hubieran sido.

Al correr el tiempo, estas confidencias se hacían cada vez con más soltura y más profundas, convertían a uno, paso a paso, en un libro abierto ante sus superiores, porque la experiencia enseñaba que su fruto era para nuestro bien.

Después de salir de la Orden, visitaba al P. Moglia, entonces Provincial en la Argentina, por varios años, para rendir mi "ratio conscientiae" anual, sintiendo casi una necesidad de hacerlo. Una educación tan disciplinada al cabo de los años, graba huellas tan profundas en la psicología del individuo que son difíciles de borrar.

II. LOS PRINCIPIOS DE LA VIDA ESPIRITUAL DEL JESUÍTA Y LA ORACIÓN CONTEMPLATIVA

Cuando un joven entra en la Compañía de Jesús, lleva consigo un bagaje espiritual, lleno con todas clases de prácticas religiosas y buenas intenciones. Generalmente son unos buenos muchachos quienes han logrado pasar por los grados de las virtudes. Para mí, como para la mayoría de la gente profana, las prácticas religiosas consistían en manifestaciones sentimentales: uno sentía cierta alegría, emoción, conmoción, culpa y buenas intenciones y sobre estos ejes acarreaba mi vida religiosa. Esta vida, una vez en la Orden recibió nuevos fundamentos: la colocaron sobre los pilares de los grandes reconocimientos y de las decisiones resultantes. O sea: sobre el reconocimiento del papel del intelecto y la voluntad en la oración. San Ignacio, autor del mismo, causó una revolución en su tiempo con este nuevo concepto, porque él con su método, sentado en los Ejercicios Espirituales, se adelantó a la gracia de Dios, actuando por fuerzas naturales, que eran desconocidos por las escuelas ascético-místicas de la era medieval. San Ignacio conoció por sus nuevas teorías por varias veces las prisiones de la inquisición y cuando sus hijos dieron bases filosóficas a su método, fueron acusados de semipelagianismo.

San Ignacio inició una revolución aún mayor con la introducción de un nuevo modo de oración, *"aplicatio sensuum",* expuesto en su libro de Ejercicios Espirituales.

Se da un tema, cualquiera que sea: el infierno o algún misterio de la vida de Jesús y con el ejercicio de nuestros cinco sentidos, tratamos de sumergirnos, ver, oír y sentir las cosas y sacar provecho espiritual de ello.

San Ignacio y sus hijos abrieron camino con esto hacia la contemplación adquirida, desconocida hasta entonces. Toda la era medieval consideraba a la vida de oración superior como regalo y efecto de la gracia especial de Dios, en la que el hombre no tenía parte activa alguna.

No se podía ni siquiera imaginar que pueda existir un intermedio entre la oración simple y la contemplativa. La "aplicatio sensuum" de San Ignacio, fundamentado en el rol extraordinario del intelecto y la voluntad, franqueó este abismo. Pasaron siglos y la Orden tuvo que soportar prolongadas controversias, entre otros con los janzenistas para que la contemplación adquirida fuera hoy día aceptada parcialmente, como realidad. La iglesia tiene de la contemplación clásica libros de relatos hermosos como los de Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, sobre todo el libro de la primera, cuyos renglones están entretejidos, con colores personales.

En cambio, la contemplación adquirida cuenta con una literatura más modesta, como ya por su esencia ella misma es más modesta, al mismo tiempo que no se le puede

negar su triunfo por demoler un concepto y prácticas de mil quinientos años. El ascetismo ignaciano aún hoy tiene enemigos y hay muchos todavía en la actualidad, quienes dudan de que sea posible llegar con propio esfuerzo humano y con la gracia simple de Dios a ciertas alturas de la contemplación.

En un tiempo, hice serios esfuerzos para adelantar y no estaba solo —la soledad pudo haber encerrado el peligro de serios desvíos—, sino bajo un riguroso control de mi Padre Espiritual en base de un obediencia absoluta. Mis intenciones eran puras y yo era excepcionalmente sincero conmigo mismo. A órdenes de mi Padre Espiritual, hice anotaciones diarias, con el sistema más minucioso del psicoanálisis, de mis cambios anteriores y los sometía a una fría observación intelectual. Sopesando prolijamente el matiz de cada palabra, los fue grabando.

Como sepa, se desconoce en la literatura de hoy un autoanálisis de este tipo y en este terreno.

Describiré algunas partes de mis anotaciones diarias de este autoanálisis y algunas estaciones típicas de su desarrollo. Sea ésta una ilustración de la existencia tan discutida de la contemplación adquirida.

Transcribo estos textos literalmente sin hacer cambio alguno, para que no pierdan su frescura y su ingenuidad.

Voy a citar ahora lo que había escrito medio año antes de mi ordenación. Trataba de evadirme de una profunda desolación. "Hoy en lo más hondo de mi desolación, de repente una desesperación brotó de mí. Me pareció una terrible locura el que yo esté rezando aquí, rogando a gritos durante una vida sin recibir jamás respuesta. Aunque fluya algún entusiasmo de mi corazón, nunca tengo certeza de su origen y si no es una autosugestión. Sigo hablando, rogando, exigiendo a Dios y él calla. ¿Cuál es su intención conmigo? ¿Mis gritos se perderán en el vacío? Se me hace insoportable en estos momentos, en estas horas este silencio tan consecuente. Quisiera rebelarme libremente, me siento humillado, por querer provocar a un Dios mudo. Me persigue un hondo instinto interior, me hostiga hacia Dios al mismo tiempo que otro se rebela por no recibir respuesta.

"Ahora veo, con claridad, que aquí se necesita fe, una fe gigantesca para mover así una vida.

"De repente, como un relámpago cae el pensamiento: ¿qué será de mí, si al final descubro que este silencio es auténtico y el mutismo real? Pero al minuto, asustado como un ahogado manoteo por una fe humilde y tranquilizadora. ¡Dame fe, mi Dios! Pero esta tortura en la superficie duró poco y yo vuelvo a sumergirme de nuevo; cada vez parece más difícil mi situación y mi vida; pienso que el cristianismo encierra amargos antagonismos. Este tumulto ruidoso aquí y el silencio sepulcral en el más allá. Cuanto más nos excedemos aquí, tanto más profundo es el silencio allá. ¡Oh, si llegara a poseer una seguridad palpable!"

Al otro día seguía de esta manera: "Reinaba en mí un sentimiento de vacío, sentía la necesidad de algo tranquilizador y feliz. Cuanto más extrañaba a Dios, tanto más deseaba alcanzarlo. Buscaba en todos los rincones de mi alma para encontrarlo, pero constaté con suma tristeza, que todo estaba vacío.

"De este modo divagaba todo el día, hasta que el deseo por Dios se hizo ya doloroso. Ahora que me siento más tranquilo, veo que he desencadenado una santa persecución para alcanzar a Dios. Yo lo persigo y él me huye, se esconde de mí,

luego me tira unas palabras, que son las voces de la gracia. Así juega conmigo, hasta que llega a compadecerme, se adelanta a recibirme y yo correré para alcanzarlo. Y al acercarme, Dios crece cada vez más y sigue aumentando más, la angustia me aprieta la garganta, mientras Dios alcanza dimensiones ilimitadas, mientras yo en el fervor de la consolación llego hasta él; antes de que pueda participar de un encuentro con él, Dios ya creció por encima de mi pequeño horizonte y ya no lo veo más; desapareció".

En estos días, he experimentado graves torturas interiores. "Mi tensión espiritual ha tomado hoy un incremento rayano en la explosión; veo en estos momentos amargos, que todo está fuera de su sitio: Dios nos exige que seamos ignorantes, porque la ignorancia encierra su sabiduría; debo perder mi alma para volverla a encontrar.

"Creo que no puedo soportar estos principios que niegan al mundo experimental con su sobriedad milenaria, tan cruda y rotundamente.

"Somos hombres que vivimos en la realidad, empapados de cosas terrenales y ahora, exigen de mí que niegue esta realidad, que reniegue de este mundo palpable por uno invisible; quieren que reniegue esta vida tumultuosa, por un Dios mudo. A momentos remonté en cólera de este pensamiento; y he aquí lo que pasó conmigo. De repente sentí la mirada de Dios encima mío: me miraba con aprehensión, sentía esto con una certeza tal, que apostaría mi vida que Dios me observara recelosamente. Esto no era un vulgar remordimiento, casi una experiencia de la omnipresencia de Dios. No surgió de mi interior, sino clara y comprensiblemente vino de afuera. Es indescriptible cuan avergonzado y culpable me sentí por no haber luchado suficientemente contra estos pensamientos rebeldes, por más que no los haya cultivado. Me asustaba mi audacia con que osé pensar las verdades más sagradas y estaba asustado, pero muy asustado de Dios".

Algunos de estos momentos claros me servían de muleta durante semanas para la paz interior.

"En estas horas tengo la convicción, que ayer he visto las magnas verdades divinas de un modo inexplicable, más veraces y más claras que el sol mismo. Hoy me aferró a ello. Ayer tuve una experiencia de esa verdad, hoy la observo con escepticismo. Pero no permito que este escepticismo aumente a un estado imperioso en mí, trataré de doblegarlo... Pero está ahí escondido siempre, en acecho para salir en la primera oportunidad, como un vencedor triunfante.

"Esta lucha ahogada, a veces, se convierte en combate. En estos casos el sentimiento de inseguridad domina, pero me rebelo y juro por los cielos que creo y confío y esto no es más que un estado de ánimo, o influencia nerviosa o tentación, o cansancio, o mal funcionamiento de mi hígado, puede ser un cambio atmosférico o humedad del aire, cualquier cosa, menos verdad. La verdad es la que ya he reconocido una vez con claridad, y aunque no tiene fuerza palpable, pero el conocimiento de su existencia me ampara".

A los pocos días seguía así:

"Aunque ningún pensamiento feliz me consuela, una cosa sé con certeza: que yo pertenezco a Dios. ¿Cómo describir la agudeza de este reconocimiento que sería comparable únicamente a una gran experiencia? lo sé con claridad tremenda que mi causa está en manos de Dios. Aunque venga la más desesperante desolación, sabré que viene de Él y no desesperaré. Mas, no mendigo consuelo o alegría alguna; podré mantenerme sin ellos".

Fui embargado por una gran agitación un día al relevarse un peculiar descubrimiento en mi interior. Experimenté una tristeza inferior junto a una alegría superior. *Mi diario reza así:*

"Me siento en la proximidad de Dios mas no siento nada en absoluto. La meditación de la mañana fue completamente estéril: me distraje con nimiedades; al darme cuenta de ello, arrastré mi fantasía al objeto de la meditación, pero todo fue en vano: me volví a distraer. Mientras tanto se filtraron pensamientos que me aseguraban que toda esta vida era un engaño. Es inútil torturarse así bajo una disciplina. Y nuevamente me invadió el deseo por la libertad y una tristeza viscosa inundó mi ser. Al mismo tiempo en medio de estos sufrimientos siento que en un rincón remoto de mi alma, se aloja una convicción firme y muda que todo este caos no es más que una tentación. Por encima de las dudas alevosas que son como harapos arrojados sobre mí, sentí mi musculatura y mis huesos, sentí poseer el vigor y me sabía amparado por Dios. Era una revelación jamás experimentada el sentirme triste por mil obstáculos, al mismo tiempo que sentía una honda felicidad de pilares sólidos, por el hecho de la existencia de Dios y por una conciencia íntima de seguridad. Otra conclusión de esta experiencia era que las fuerzas de ambas cosas no fluctuaban. Una sola atención concebió a los dos antagonismos simultáneamente y yo percibí con nitidez que una era mi obra y la otra la de la gracia. No había lucha entre los dos: existieron simultáneamente. Ni por un segundo pensé que pudiera elegir entre los dos estados de ánimo. ¿Para qué? Estoy convencido que la firmeza que hay en la profundidad es la verdadera y que la tristeza superficial es cambiante y furtiva".

Este dualismo apareció en otras formas también, después de unos días:

"Todo el día estoy a los tropiezos, me siento colmado de pequeñas faltas, me resulta como una carga pesada esta vida prensada en disciplina. Soy como el ahogado a quien el agua sube a ratos a la superficie. En medio de un estado de ánimo semejante, de repente, sin preámbulos, sin palabras para expresar veo cristalina mi dependencia de Dios, mi situación en el plan divino y mis deberes que me retienen entre los jesuitas. Esta luz dura el tiempo de un relámpago, pero este segundo es suficiente para sacudirme, vuelvo en sí y pego un salto. Si analizo su contenido no encuentro más que una luz intelectual, ni alegría, ni felicidad, tampoco un sentimiento de consuelo, pero sí el conocimiento de una seguridad arrasadora, una visión clara de una sistemación correcta de las fuerzas y valores. Veo desaparecer las dificultades anteriores y mi desolación está vencida. Luego de una sacudida disperso las pequeñas faltas que me colmaban, vuelvo a ser diligente y prolijo, con una palabra he nacido de nuevo".

Estos aclarecimientos maravillosos hacían sentir su influencia marcada durante días. Fueron como el pan del profeta Elias "Vi illius cibi"; con ellos podía caminar cuarenta días.

Mi diario en otra oportunidad: "Hoy rezé pequeñas oraciones: Ora pedí la ayuda de Dios, ora le he agradecido, luego pedí de nuevo algo, tal como lo hacen todos en este mundo. De repente me sorprendió el pensamiento que esta es la forma más barata de la oración: pedir y agradecer, hacer del más allá una especie de almacén de donde a cuenta de oraciones pedimos nuestras necesidades a domicilio. La verdadera oración es la pleitesía, el reconocimiento de la superioridad; no es el elogiar a Dios, no lo necesita, sino es un llano descubrimiento y reconocimiento de la gran conclusión de que Él, Dios, es el Creador. Todos somos accidentes pendientes de Él. Pues, con todo respeto me puse de rodillas y ofrecí mi homenaje a Dios, lo veneré hondamente y de todo corazón. Me pareció sentir que estaba ejerciendo la

esencia de mi ser de criatura y esta sí era oración. Me faltan términos para describir éste, mi estado, encuentro que las lenguas son pobres en sinónimos, quizás porque practicamos muy poco el reconocimiento llano y simple de nuestra dependencia absoluta.

"Me esforzaba mucho en estos meses para la meditación y el sobrecogimiento. Toda mi vida dependía de un autocontrol. Perseguía hasta mis faltas más pequeñas; me sonreía cuando hubiera gustado ser irascible y en un día así sucedió lo siguiente:

"Lo ocurrido hoy, quizá nunca lo olvidaré: rezaba el rosario algo distraído porque últimamente no podía concentrarme a ello. Estaba ya al final cuando sentí tropezar mi lengua y comencé a sentir cómo invade la presencia de Dios a todo mi ser conciente. Hice un esfuerzo para terminar el rosario, pero no pude menos que tartamudear. Si uno se encontraría a oscuras con alguno que fuera el señor del mundo sería suficiente para enmudecer. Así me enmudecí yo también y no pude menos que mirar maravillado. Estaba en el pasillo rezando, cuando ocurrió este estado insólito y rápidamente entré en mi cuarto y caí de rodillas junto a la puerta. Algo me obligaba al suelo: hubiera sido incapaz de permanecer en pie. El conocimiento de la presencia de Dios se hizo cada vez más vivo, más intenso y más verosímil. Una fuerza gigantesca y una certeza absoluta me persuadían que el Dios infinito está presente con su ser. Me observa en verdad midiéndome. Un escalofrío corrió por todo mi cuerpo, que ya era conocido de casos semejantes. Es muy importante distinguir que este miedo era peculiar, carecía de servilismo. Además, no es que sintiera miedo porque el Juez Supremo posaba su mirada sobre mí y conoció mis pecados, no le temía. Sabía bien que éste verdadero Señor ni me reta, ni me da penitencia, por el contrario se ocupa cariñosamente de mí. Sentía temor sencillamente porque este alguien, cuya presencia real percibí en una experiencia por mis sentidos interiores, y esta presencia para mí fue tan segura y real como la mía misma. Tenía la impresión que he percibido sólo una parte minúscula de su infinitud, pero ésta bastó para estremecer todo mi ser. Y como sentía acercarse esta luminosidad cada vez —no fue una aparición verdadera— con mayor intensidad, me asustó el pensamiento de lo que va a ser de mí, si esto va en aumento; tenía la seguridad que si esta magnitud llega más cerca a mi alma, no lo soportaría con fuerzas humanas, quizá moriría.

"En una tensión de espera se me ocurrió que algo extraordinario va a suceder, pero el incremento de esta magnitud temible se detuvo en la resistencia de la medida humana.

"Lo que acabo describir largamente, en su momento lo intuí con la radipez de un relámpago y no era desmenuzado, ni enlazado en una cadena lógica. El momento era un complejo de una visión y de un sentimiento.

"En mi cuarto me sentí hollado por el complejo de nulidad. Experimento diariamente este sentimiento de sentirme nulo. Pero estos eran puntos de vista superficiales.

"Veo mi pobreza en sus detalles, pero a pesar de ello todavía existo, más, poseo algo. Esto me humilla y me ruboriza sin embargo me siento autorizado para hablar con Dios. Cuesta describir cuan hondamente reconocí mi nulidad esta vez. Observé la misma esencia y constaté aniquilado, por encima de principios humillantes, esa nulidad, esa posibilidad de existencia, la dependencia absoluta y carencia de valores que reúne mi ser de criatura. Estaba de rodillas ante Dios infinito y sentía cada vez más que el estar de rodilla era demasiado digno para mí; hubiera querido humillarme más y más, reducirme a la altura de polvo, ser de una sola dimensión; convertirme en algo chato que no puede dilatarse hacia arriba y así también mostraba dema-

siado, mucho más de lo que era mi ser. Mejor no puedo interpretar la sensación que tuve de mi ser de criatura.

"La grandeza de Dios al lado de mi nulidad se acentúa más, de ahí el origen de mi gran miedo.

"Lentamente desvaneció esta intensa experiencia y quedó la simple contemplación. Al rato ésta también cesó y pude terminar el rosario. La gran experiencia misma no creo que haya durado más de medio minuto, pero su efecto fue gigantesco y renovador. Desde entonces tengo la certeza de que yo pertenezco a ese otro mundo y la tierra sirve únicamente para que pueda pararme, para que exista".

En este desarrollo espiritual llegué a mi ordenación. Mi diario refleja una lenta y desmenuzada descripción de un concepto permanente de la presencia de Dios, que iluminó mis días durante los largos meses siguientes. Se desarrolló en mí una perfecta atención bilateral: los quehaceres diarios y hacia la realidad de Dios en persona: a menudo tuve la impresión de vivir en dos mundos simultáneos, sentimiento que a veces se intensificó de un modo peculiar.

Otro ejemplo de mi diario:

"El concepto de la presencia de Dios se torna estable. A veces crece hasta una experiencia intensa. Durante la misa de hoy, después de rezar el Padre Nuestro, sentí como si fuese arrastrado por alguien. Al tomar la ostia sagrada en mis manos, observé el vino trasmutado en sangre, cada minuto fijaba más mi vista en los colores sacros. Lo que sentía, pasaba de ser fe, sabía con majestuosa certeza que lo tenía en mis manos, no era menos que el glorioso y bondadoso Dios, Señor de los ejércitos celestiales. Este reconocimiento era aniquilante y penetré en un mundo extraño. Tuve la impresión de que la dignísima majestuosidad de Dios inundaba el altar. Todo parecía tan grave y tan solemne; mis esfuerzos en vano para describir esa maravilla vivida. Sostenía en mis manos un mundo extraño y yo también penetré en ese mundo a través de la experiencia de los sentidos internos. El homenaje, adoración, inhibición, temor y alegría... Todo pululaba dentro de mi alma. Lo más característico era sentir que tenía entre mis manos una persona, a alguien: sabía que la sagrada humanidad también estaba cerca mío, sabía que era uno de nosotros: un hombre había ahí y me miraba, alguien estaba mirando. Sabía que detrás de las capas inanimadas hay vida, la máxima vida, la misma vida que tuvo S. Ignacio en sus manos al celebrar la misa, también San Agustín. No era fe lo que sentía, sino la forma de una experiencia espiritual. Sentí con miedo que ese ser que tengo entre mis manos vive con realidad, que él también devuelve la mirada, cara a cara un pequeño paso más y ese alguien habla. Tal como penetré en este mundo extraño, así me retiré, con la misma lentitud; y no sentí ya más, que el Concepto de presencia".

Durante medio año tuve, cada vez con más frecuencia, estas experiencias repentinas y su influencia produjo en mí una paz permanente. Me concentré en exterminar mis faltas y no escatimé energía alguna para el cumplimiento hasta del último reglamento. Al final todo iba como por rieles. Me proporcionaba alegría saberme permanente en guardia para controlar mis actos y hasta mis pensamientos. Este comportamiento en nada obstaculizaba mis estudios que este año eran más intensos ya que se acercaba el gran examen de grado, que rendí luego con éxito. Mientras tanto mis meditaciones tomaron la forma que voy a presentar *al citar de mi diario.*

"Ayer, en el mismo principio de la meditación me arrastré en seguida a la contemplación simple, hoy en cambio tuve que recogerme yo mismo. Comencé con la oración preparatoria como San Ignacio lo prescribe, pero en un momento determinado la simple e incolora oración tomó una iluminación completamente diferente: como si se hubiera tornado en algo cálido, se llenó de vida e impulso. Parecióme que alguien ha levantado todo mi mundo espiritual interior. Entre los dos estados espirituales existe una enorme diferencia de esencia, una profunda y silenciosa alegría y pacifica felicidad llena al hombre. Percibe del mismo modo el final de este estado: es una impresión como si posaran a uno sobre el suelo y uno termina con un suspiro profundo.

"Durante la meditación de hoy, pasó lo siguiente: desapareció la imagen esfumada de Dios. Cuando no rezo en el plano superior, entonces a Dios o a Cristo los veo en contornos esfumados. Así les pala a todos a base de las leyes psicológicas.

"Al desaparecer esta imagen esfumada, quedó la nada. En cuanto a la fantasía y a la vista no quedó nada pero, en cambio, vino en su lugar el concepto seguro e incondicional de que alguien está delante de mí, dentro de mí, y que alguien se ocupa de mí. Pero éste es un concepto sin fantasía.

"Intentaré describir esa oscuridad densa que la literatura ascética denomina "oscuridad de la fe". No era molesto, ni depresivo ni tampoco tenebroso aunque era una oscuridad completa. Puesto que el intelecto no produjo ningún pensamiento representativo, ninguna luz natural entró en el alma; mi fantasía tampoco presentó imagen alguna porque estaba desconectada. Siguió aleteando libre e irresponsablemente sin causar estorbo alguno, como lo demostraré más tarde. Así que luz podía venir únicamente de arriba o mejor dicho del exterior o sea por vía de la gracia; y de ahí nada vino. Al menos no vino ninguna gracia que hubiera iluminado el intelecto o en otros términos, que le hubiere dado conceptos por vía sobrenatural. Así el alma estaba contemplando sin concepto alguno. Esto significa que no tenía ningún concepto especial de Dios dentro de mi alma sea de su grandeza o de su bondad. Estos hubieran sido rayos de luz. En lugar de éstos supe, a través de la fe, que Alguien está delante o dentro de mí o en cualquier parte (pero nada estaba localizado, esta posibilidad de lugar se me ocurre recién ahora) que en algún lado Existe. Este Alguien no se quiere dejar ver y es por eso que yo no lo veo, si no sé su existencia, lo siento sin conceptos por sus influencias: la quietud y la paz interior. Pero este sentimiento tampoco era un complejo de la fantasía. Sí, la fe es oscura, oscura del todo: afirma, pero no prueba. Podría probar con argumentos intelectuales o con imágenes de la fantasía, pero éstos ahora están ausentes y aquí no existe nada más que la fe. Y esto basta, no se necesita nada más porque este "más" interrumpiría la tarea de Dios. Porque era Dios mismo, quien llenaba esta oscuridad y yo lo sabía con claridad y lo sentía. Ningún término abarca la totalidad de lo que sentí dentro de mí. Quizá diría mejor que lo que experimentaba, era a Dios. Lo experimenté en la oscuridad sin la función del intelecto y sin función creativa, sino pasivamente, por la fe. Y esto era una sensación indescriptiblemente pacífica y consoladora. Resulta más fácil analizar la función de la fantasía tal como sucedió en mis oraciones contemplativas hoy y otras veces. La fantasía en circunstancias ordinarias está bajo el control del intelecto y de la voluntad, ahora en cambio ambos están ocupados y, como consecuencia, la fantasía está abandonada. Es una experiencia maravillosa conocer una fantasía liberada o digamos, enloquecida, que al mismo tiempo no llega a molestar nada dentro del alma: como si no existiera. Podría comparar la función de la fantasía con una película de cine, cuyos cuadritos representan cada uno una escena distinta; ni siquiera escenas, sino cuadros solos, que son luego proyectados. Ahora aparece un puente, ora un jabalí, luego un barco hundido, una pasa de uva, un violín y todo esto en una continuidad con velocidad

loca, sin lógica alguna, a tal punto que ni el sistema nervioso de uno es capaz de percibir cada cuadro y menos verlos con distinción. Uno ni le presta atención aunque posee cierta noción de este proceso. Junto a esta agitación loca y pueril que parece no pertenecerme se destaca más majestuosamente la sólida tarea de la voluntad y la única actuación del intelecto a través de la fe ciega, convencerse de un Alguien quien si bien calla, al mismo tiempo me fascina más que cualquier música grandiosa.

"De la función de la voluntad podría decir mucho si no fuera por la ^pobreza de las palabras. Estas están creadas para traducir la comunicación ordinaria de la gente y no para la presentación de estos fenómenos extraordinarios. La voluntad se adhiere al objeto de su afecto. En toda oración distinta me obligo a fabricar las buenas proposiciones, las arranco de mi interior y en todos los casos éstas se relacionan con detalles, o con hechos concretos o circunstancias y pocas veces serán realizadas. En cambio aquí brotan del alma con una fuerza vencedora nunca vista: me "brotan", simplemente existen en toda la extensión de su integridad. Jamás aparece un caso concreto, sino se aferran a la raíz, toda la disposición del hombre en su totalidad se coloca incondicionalmente en la absoluta disposición ante Dios. Que esto no es un engaño lo prueba el resultado, según el cual en el mismo día y durante la semana, sin el menor esfuerzo, se convierte uno en un hombre bueno y comprensivo: no existe reglamento por pequeño que sea que omita y no se cumpla con alegría, sin hablar de que no comete ningún pecado. Siente tolerancia para con los hermanos y por todas sus flaquezas que ya no le molestan y es incapaz de herirlos con algo. En el interior del alma, principalmente en horas de la oración, y durante el resto del día, reina una paz característica: esto no es un mérito, ni un enternecimiento, sino orden, equilibrio y seguridad. Una especie de felicidad. ¿Felicidad?, más bien una simple consecuencia en vez de obsequio.

"Trataré de describir un fenómeno, que no pertenece para nada a su esencia, sin embargo está presente, como si fuera una característica de aviso: la traba de la lengua.

"Uno cuando piensa, no lo hace con conceptos, sino con palabras, más en un idioma concreto, generalmente en su lengua materna, pero si tiene dominio sobre algún otro, en ese o alternando los dos. Cuando sobreviene, en el principio de la oración, la impresión de que uno es levantado del suelo, de súbito, mientras está rezando una oración verbal, o bien está pensando en alguna verdad, entonces primero comienza a tartamudear, luego apenas puede pronunciar palabra alguna y al final enmudece; entonces ya no se esfuerza uno porque está embargado. Hoy tuve un caso peculiar: en medio de la contemplación tuve la idea de hacer buenas proposiciones, referentes a la caridad con los hermanos; ésta mi intención tampoco fue formada por palabras, sino lo presumí con intuición y comencé la redacción de las buenas proposiciones, pero no llegué más allá de la mitad de la primera palabra; fui incapaz de seguir. En cambio, con una concentración de pensamientos nunca antes experimentada, sabía intuitivamente lo que tenía por hacer y sabía que lo iba hacer. A menudo ocurre que quiero rezar una oración verbal que está vinculada a una indulgencia y me siento incapaz de redactar su contenido en palabras, entonces recurro al texto impreso y leo con el máximo esfuerzo las palabras una por una, por sílaba y todo eso es la consecuencia de que el intelecto se encuentra absorbido cuando la contemplación se exalta. Naturalmente, en esos momentos el tiempo vuela. En grados superiores uno pierde la noción del tiempo sin advertir q ue pasaron los minutos o cinco horas".

Hasta aquí era el texto de mi antiguo diario. Este fue escrito tan detalladamente para el P. Daniel Hunya, entonces mi P. Espiritual, quien lo aprobó y permitió su continuación a condición que cada tanto le refiera el resultado con igual detalle. Así lo hice.

Mis observaciones, al terminar este capítulo son los siguientes: todo lo que he escrito fue tan fiel como una fotografía. Con mis conocimientos de entonces este modo de la meditación era la contemplación adquirida. No quiero hacer conjeturas sobre ella ahora, las dejo libradas al criterio del lector.

Todavía hoy poseo la importante obra en dos tomos del Fi Luis Müller "Ascética y Mística" que trata la historia y teoría de este tema interesante. Releo sus análisis de los hombres "santos" no católicos, el musulmán Al Hallay y el hindú Sadhu Sundar Singh. Explica largamente la posibilidad de llegar, sin gracias especiales y fuera de la Iglesia, a los modos superiores de la oración.

El P. Müller fue mi P. Maestro durante el noviciado y más tarde fue rector en el mismo seminario ínter diocesano, donde yo enseñaba sociología, así tuve la oportunidad de conocer bien sus conceptos. Más de una vez dijo: aquel que practica fiel y consecuentemente la meditación ignaciana, llega a la contemplación simple. Según su libro, las meditaciones del hindú Sadhu Sundar Singh guardan una semejanza notable con la contemplación simple en el concepto católico.

Esta vida de oración intensa fue desapareciendo lentamente. No quiero acusar a nada ni a nadie, pero debo confesar que he lidiado mucho con el brevario. No era por su largo texto, si bien a mí me duraba hora y media para terminar, sino por su contenido. Comencé a rezarlo con gran alegría y entusiasmo cuando llegó su momento, pero el clima de los salmos me era completamente ajeno y de a poco se me tornó en enemigo. Estos salmos no tienen que ver nada con el cristianismo. Desconocen hasta el pensamiento remoto del más allá, como los judíos de su época no tenían noción de la vida de ultratumba; además el Dios de estos salmos tampoco es el Padre bondadoso del Nuevo Testamento, sino un colérico Jehová, que echa eternamente maldiciones. Desde entonces ya han descubierto los investigadores de Biblia de la Iglesia, que gran parte de estos salmos son copias y originales cananeos, uno de ellos es la fiel traducción de un canto hitita. (El salmo Nº XXIX). Ninguno desciende del mismo rey David, o quizás sólo algunos remonten a la primitiva monarquía.

Me fue cada vez más penoso, y contra mi convicción intelectual, la repetición prolongada de este breviario. De a poco me di por vencido en la lucha de querer rezar con recogimiento estos Salmos de ideología extraña y me acoplé a la larga serie de sacerdotes, que rezan su breviario maquinal-mente, por regla general a las últimas horas de la noche, con la rapidez requerida por acaso para no cometer un pecado mortal. Al final llegué a rebelarme contra el breviario. A mí me tocó rezar, el antiguo texto "Vulgata" y aunque sabía bien el latín, gran parte de él no pude comprender por ser una traducción deficiente. Desde entonces ya apareció la nueva traducción —se hizo esperar 1.500 años—, pero la gran mayoría de los sacerdotes de hoy dominan menos el latín que en mis tiempos y así están en la misma situación; sin hablar de las pobres monjas, de las cuales miles están condenadas a hablar diariamente con Dios, durante una hora y media en una lengua desconocida. Pedí que me absuelvan del breviario, cosa que me fue concedida a duras penas y sólo parcialmente, considerando mis actividades apostólicas intensas. Ya se me hizo insoportable recitar estos textos, en que un pueblo echa las maldiciones más horrendas sobre sus vecinos. No es asunto mío que la tribu de Judas odiaba a los Filisteos. El breviario traducido a la situación actual, rezaría de esta manera: "Dios, que tienes asiento en el cerro de San Gerardo de Budapest, asesina a los rumanos y diseca los intestinos de los austriacos porque confabularon contra tu pueblo de Budapest; azota con granizo a la cosecha de los eslovenos, por hablar mal de

nosotros, de tu sagrado pueblo; haz que los servios ululen cual perros rabiosos, porque conspiraron contra los santos habitantes de Budapest".

Cabe señalar que el uso del breviario se desarrolló cuando la actividad apostólica de los religiosos se limitaba casi exclusivamente a salvar sus propias almas; y siendo menos ocupados podían ocupar más tiempo para rezar en coro. Hoy en cambio, las actividades apostólicas de un sacerdote son tan extensas, que la imposición del breviario es una sobrecarga. Y como resultado de lo mismo, no hay que extrañar que lo cumplan deficientemente ora viajando en colectivo, ora esperando en antesalas o bien somnolientos a altas horas de la noche, sin la más mínima dedicación que una oración requiere. ¿Quién se beneficia de la práctica del breviario?, ¿el que lo practica o el a quien va dirigido?

¿Qué diríamos si los soldados de hoy, entre las miles de armas modernas tuvieran la obligación, por respeto a la tradición, de arrastrar permanentemente un escudo de cobre, del tamaño de un metro cuadrado?

Cristo ya dijo una vez su opinión de aquellos que ponen cargas insoportables sobre los demás.

III. LOS ESTUDIOS DE UN JESUÍTA

Al terminar el noviciado, nos vistieron con ropas nuevas y nos enviaron a todos a la *Filosofía.* Viajábamos todos juntos, y sentí vergüenza porque la gente al ver tr/itos sacerdotes juntos, nos miraba con indiscreción y los chicos nos señalaron con el dedo, y hacían observaciones poco corteses. La casa estaba en refección, por eso entramos con un mes de atraso, cuando los de segundo y tercer año ya estaban en pleno estudio. En el noviciado recibimos una preparación de la ideología de la vida espiritual, del latín y de los reglamentos de disciplina; todo esto correspondía al clima silencioso del noviciado.

Aquí, en cambio, hemos caído en medio de una revolución continua. Toda la *Filosofía* estaba dividida en dos bandos, y no exagero nada al afirmar que se estaban matando unos a los otros. Como es de imaginar, nosotros quedamos sin saber nada de los pormenores de esta batalla, deducíamos más bien que aquí se trataba de algo grave. El problema en cuestión era —su debate venía de quince días atrás y según estaban las cosas, prometía otros quince días—: si las partes del entero son reales o potenciales. Al año siguiente yo también adquirí esta varicela filosófica y aprendí que ésta no era una cuestión de menos, porque cada teoría podía ser probada por veinte argumentos, cuya mitad era verdadera y la otra sofisma.

Las clases eran tan ruidosas, que a menudo nos molestaron los de segundo año en el aula contigua. Estudiábamos con diligencia preparándonos al examen eliminatorio, llamado de "cocinero" que, al final del segundo mes, decidió si uno podía seguir sus estudios o sería relegado a cocinero. Pronto nos aclimatamos nosotros también, y después del examen eliminatorio, discutíamos con gran entusiasmo.

La Orden dispone tres años enteros para el estudio en *Filosofía.* En teoría podría ser menos, pero en la práctica no conocí ningún caso. Más años no pueden ser, puesto que la reprobación o la repetición no existían ya que esto significaba ser despedido de la Orden.

A colación describiré el caso del hermano Miklós Farkas, quien entró en la Compañía como un prestigioso abogado, naturalmente con su título. Claro está que es distinto cursar en la Universidad Nacional, que estudiar filosofía dentro de la Compañía de Jesús. Fue reprobado sin remedio, aunque a la vista de su diligencia sin par, querían ayudarlo a pesar de las reglas, pero todo fue inútil y el buen Hermano tenía que dejar la Orden. Pero durante los tres años le había tomado tanto cariño a la Orden, que no quería abandonarla; prefirió pasar al grado de los hermanos. Según la constitución de la Orden, un noviciado no puede reemplazar a otro, así el Hermano Farkas, se hizo novicio de nuevo por dos años enteros en otra graduación, y como ésa exige dos años de candidatura previa, este santo hombre también lo hizo y nada menos que en la misma casa donde estudió primero. Diariamente lavaba los pasillos y pelaba las papas en la cocina, vestido de paisano y ya no podía dirigirnos la palabra, porque regía entre nosotros la regla de separación. Más tarde conviví de nuevo con él en la casa de Budapest, donde reemplazaba al ya anciano Hermano Szepesy, el mismo que me dejó entrar por primera vez por la puerta de la Compañía. El Hermano Farkas ocupó su cargo de factótum de los asuntos exteriores de la Orden —pero sin bigotes—; más tarde se convirtió en ayudante de oficina del P. Provincial, en consideración de sus conocimientos jurídicos y de su práctica en dactilografía.

Uno de los secretos de los jesuitas es, que después de las largas y duras pruebas de estudios, cada uno llega al final al puesto que más le corresponde a sus aptitudes. Los largos estudios de los jesuitas están destinados no solamente para la especialización de sus miembros en las ciencias que sostienen la propagación de Dios, sino sirven para el fin de conocerlos y alejarlos de la Orden, si fuera necesario, o transformarlos si se pudiera y lo merecieran y en algunos casos enviarlos a carreras especializadas, si sus aptitudes lo justificaran.

Por un juego extrañóle la casualidad, un compañero de estudios del Hermano Farkas fue un tal Kufman, un compañero nuestro de Orden, quien tuvo un destino opuesto al de Farkas. Era un talento extraordinario; vino trasladado a la provincia húngara de un país vecino. Sospecho que querían quitarlo del medio y pensaron que en una provincia más numerosa se ubicaría. Su traslado no ocasionó dificultad alguna, porque Kufman, aunque joven, dominaba cuatro idiomas. Se había destacado en la *Filosofía* ya en las primeras semanas, era invencible en las disputas, pero en las recreaciones era provocador y pendenciero, defectos que hubieran pasado a no surgir otros más bajos como la alevosía y la mentira, que colmaron la medida: lo despidieron. Supimos de él más tarde: se inscribió en la Universidad, donde volvió a destacarse, pero sin que se sepa por qué, abandonó a los seis meses y se convirtió en comerciante en maderas. Años después, tuve un encuentro con él; ya era hombre rico, me hablaba en tono de superioridad y me ofreció llevarme en su coche de cinco metros. Le agradecí y tomé el tranvía.

El mayor número de abandonos se dio durante este curso: algunos no podían soportar la Orden y a otros fue la Orden que no los podía soportar. Había algunos pocos que de los estudios excesivos contrajeron jaquecas permanentes. Yo también fui atacado por este mal, todavía en el noviciado. Fui relevado de toda actividad y horario durante mes y medio, y andaba paseando en el jardín a mi antojo . En casos análogos, podía irse el que quería. El Hermano Faludi fue atacado de surmenage y después de esto todo intento de volver a los estudios fue en vano, y pidió su dimisión; su partida nos emocionó. Más tarde logró cursar Medicina y llegó ser médico municipal en Paja. Manteníamos correspondencia con él, a lo largo de una vida.

Los tres años de *Filosofía* son decisivos en la vida de un jesuita, porque el noviciado ofrece hasta cierto punto una idea equívoca del individuo; allá el entusiasmo es tan grande y la disciplina diaria tan dura, que uno arrastra al otro. Pero en la *Filosofía* ceden los horarios, aparecen otros deberes junto a las prácticas beatas y muchas veces en lugar de ellas. Más que un novicio ejemplar hizo una triste figura en la *Filosofía.* Como ocurrió a veces también lo contrario.

Entre la Filosofía y la Teología está el Magisterio, que es el ejemplo de la elasticidad de los jesuitas. En la provincia húngara normalmente dura tres años, pero hay provincias, como las de Sudamérica donde cinco o seis años no son excepcionales. En estos casos, el Hermano joven, vacunado por la *Filosofía* y exento todavía de la *Teología,* va a un Colegio, donde con su falta de experiencia y con sus errores, aprende en carne propia la pedagogía experimental, cuyas ventajas no enseña ninguna escuela superior, ni ninguna Universidad. Se les designa prefectos de los internados del colegio, lidia con los padres, pone en penitencia a los chicos, enseña casi todas las materias sin grandes preparaciones para el caso, comete grandes errores, los grados lo dominan a él o es él quien domina a los grados, a veces con más disciplina que los mismos padres de experiencia. Goza de una libertad de acción tan amplia como no tuvo ni tendrá luego dentro de la Orden.

De esta libertad, nacen dos alternativas: si sus fundamentos son frágiles, el edificio se desmorona y es despedido; en cambio si son firmes, se solidificará más durante la práctica de estos tres, cuatro, cinco o seis años, cuyo número depende de la necesidad de los colegas, de la disposición del P. Provincial y naturalmente de la voluntad de Dios.

Todo lo que hice durante los tres años del Magisterio, lo detallaré más tarde, como prefacio ante la principal obra de mi vida jesuita. Por lo pronto tomé la división destinada a mí y ensayé en ella los detalles de mis organizaciones sociales futuras. Fundé con ella un banco de acciones con dividendos auténticos, una cooperativa, y una bombonería propia de mucho movimiento. Organicé, además, un curso para dirigentes, les enseñaba oratoria y edité una revista de 600 a 700 ejemplares, que por su carácter militante nos causó más de un disgusto con la policía. Uno de mis discípulos, István Vida, que era mi mano derecha en el colegio, se convirtió, una década después, en uno de nuestros colaboradores profesionales.

Después, en la formación de un jesuita, sigue la *Teología* con sus modestos cuatro años; si alguno los rinde con distinción, lo recompensan con un año más para su perfeccionamiento y si éste lo rinde con más distinción, recibe como yapa dos años más con el nombre de "biennium", donde puede sumergirse uno a su antojo en las profundidades existentes e imaginables de algún tema.

Como ejemplo citaré al P. Américo Mócsy, compañero mío, a quien vi por última vez en Roma, antes de venir a la Argentina, al presenciar la exposición y defensa de la tesis de su sexto doctorado en el aula magna de la Universidad Gregoriana ante un público de 4.000 alumnos. El P. Mócsy, en ese tiempo, ya era profesor ordinario de la misma Universidad; sus clases causaban sensación.

Después de los estudios teológicos y después de cursar un año del *"tertia probatio"* el jesuita, al fin, sale a la vida. Pero si es designado para ejercer en uno de los colegios secundarios de la Orden, se inscribe en la Facultad de Filosofía y Letras y

en tres a cinco años logra el título de profesor y desde entonces vivirá enseñando durante toda su vida, la fauna de Australia o la descomposición del agua o, en el mejor de los casos, la noticia alegre de que América fue descubierta. Al menos esa fue la regla en las provincias húngaras, eslavas y de habla alemana. Más tarde he visto en los países latinos, que los jesuitas podían enseñar, en calidad de profesor durante toda la vida sin título universitario, cosa inaudita entre nosotros. Las provincias anglosajonas con su mentalidad práctica abrieron camino a una nueva norma: contrataron profesores profanos para las materias que no eran de ideología, dejando para los Padres sólo literatura e historia. Así éstos podían dedicarse a sus tareas apostólicas con todo esmero y devoción.

Es digno de mencionar el sistema y las circunstancias de los estudios de los jesuitas. Al comenzar el primer año de la Filosofía encontré en mi mesa todos los libros necesarios, de segunda mano, pero encuadernados en cuero, junto a los demás útiles; sentí en ese momento un profundo agradecimiento y afecto por la Compañía. Tuve la seguridad que nunca me faltaría nada para mi dedicación a los estudios, y que en estos, estaré libre de preocupaciones. Y así fue. Aparte de la gran biblioteca de la casa, tuvimos otra chica en la *Filosofía* de textos especializados desde los folios ancestrales hasta los libros más útiles. Todo estaba a nuestra disposición. Un sistema disciplinado impedía que algunos libros quedaran congelados en el cuarto de algún Hermano indolente; cada tanto debíamos hacer todos una razzia de libros y restituir los que no utilizábamos. Los estudios de los jesuitas están enriquecidos por un factor valioso, que es la despreocupación total. Después que salí de la Orden, no he vuelto a encontrar esta despreocupación y tampoco la he experimentado en la vida de la mayoría de mis conocidos. Allá, en cambio, disfrutábamos de ella cual amos y señores. No teníamos ni la menor idea de lo que íbamos a comer, pero la comida nunca nos faltaba. No sabíamos cuántas camisas poseíamos, pero toda nuestra ropa usada de la semana, hecha un atado, la tirábamos todos los sábados a través de una ventanilla que había en cada piso a un tubo que bajaba al lavadero. Cada uno cambiaba su ropa interior de acuerdo a su deseo: una o dos veces a la semana o bien todos los días y nadie le objetaba nada; por el contrario, había un control prolijo del pedido respectivo de cada uno, y los sábados recibían todos la cantidad de ropa pedida.

Les preocupaba mucho también nuestra salud; a ese efecto determinaban las veces que debíamos salir en la semana a pasear —de a dos o de a tres— por la ciudad, para conservar así nuestro vigor. Todos los jueves teníamos por obligación ir a la Villa de la Orden, tanto en invierno como en verano. No debíamos llevar con nosotros libro alguno; practicábamos deportes, cantábamos y volvíamos por la noche alegres y contentos. Quien en circunstancias semejantes no ha podido destacarse, era por una indolencia imperdonable o bien por una desafortunada falta de talento.

Según el sistema de estudio nos dieron un móvil que sacudía nuestro interés intelectual; era la duda de la tesis. Según el sistema escolástico conocíamos los adversarios con todos sus argumentos antes de la defensa misma, y cuando al fin terminábamos de exponer nuestras pruebas convincentes, se desencadenaba un torrente de objeciones con las soluciones más intrincadas. Este sistema provocaba una polémica permanente. A menudo las clases asemejaban a sesiones parlamentarias. Tuvimos profesores que permitían las objeciones momentáneas sin previo permiso contra sus argumentos. Nos educaban para que no aceptásemos nada sin tenerlo en duda al principio y que exigiéramos para cada afirmación un sinnúmero de pruebas. Tenía que convencerse cada uno de la verdad a través de

las posibles objeciones. El alumno, para destacarse, tenía que presentar el mayor número posible de objeciones. El profesor vivía en medio de una contienda contin ua de objeciones.

Según el sistema, había que despertar la duda y llegar a su solución. En algunos importantes colegios de la Orden, donde las clases eran frecuentadas por 400 a 500 alumnos, este método no era aplicable; se designaban para este fin "correpetidores", que se encargaban de dirigirnos después de las polémicas. Estas fueron inolvidables para mí. Tengo que sonreírme ahora al acordarme cómo reñíamos por alguna tesis de dudoso valor.

Estaba dispuesto, el intelecto de cada uno, a un análisis inme diato para descubrir las posibles rendijas para poder infiltrar por ellas y debilitar los cimientos; al mismo tiempo saber deslizarse de en medio del apretón de los argumentos, conocer los caminos transitables de la lógica y su desviación.

Al llegar a la Argentina conocí al joven Padre Bazzano, quien terminó poco antes la *Filosofía* y para el tiempo del magisterio en vez de practicarlo entre niños, lo enviaron a enseñar filosofía en el seminario ínter diocesano de Montevideo. Decían de él que al rendir sus exámenes finales, defendió en las mismas una tesis personal en contra de su profesor y la tesis del texto. Publicó durante el magisterio un libro de texto de filosofía en latín bajo título *"Critica Cognitionis".*

Nos exigían rigurosas formas silogísticas. Esto imponía disciplina al intelecto. Sin este sistema hubiéramos sido víctimas, nosotros también, de las discusiones estériles e interminables del mundo profano, donde antes de llegar al final, ya en el medio de la disputa, la mayoría no sabe lo que sostuvo el otro y muy pocos permanecen en el tema original.

Un compañero de curso, el Hermano Bagaméri, cuando entró entre nosotros, estaba ya a punto de terminar la teología en el seminario de Eger. Alimentaba esperanza que algunos de esos años serían computados a favor. Nada de esto. Tuvo que empezar de nuevo, salvo el magisterio que le fue perdonado para impedir que fuera un anciano cuando celebrase su primera misa. Se acostumbró en el seminario de Eger a las formas libres en las disputas y fue incapaz de hacer suyo nuestro estilo recio y breve; sus conversaciones eran profusas e interminables y como resultado lo interceptaban negándole la palabra. Pero él no se daba por vencido, y durante las recreaciones, siendo algo colérico, nos martirizaba con su argumentación desordenada. Después que terminó todos sus estudios de teología, el P. Provincial lo envió a la Universidad Nacional para cursar, durante cuatro años duros, el profesorado. Al recibirse fue designado en Pees como profesor, pero vinieron los comunistas, confiscaron los colegios religiosos rilos estudios esmerados que tan devotamente cursara el tan diligente P. Bagaméri, le fueron inutilizados.

Además de la práctica diaria de las controversias, se hizo una disputa oficializada por semana. Se anunciaba con siete días de anticipación en el pizarrón la tesis de la materia ya tratada en clases, con los nombres del defensor y de los objetadores.

Estas disputas no perdieron, ni al cabo de los años, su carácter sensacional; eran verdaderas batallas. El defensor se sentó en la cátedra y los objetadores ocuparon su lugar en los costados, preparados para el ataque. Cada paso esta ba prescripto ceremoniosamente como en un duelo medieval: el defensor tuvo que exponer

primero la tesis, determinar el concepto correcto de cada término, describirlo, dividirlo, disponerlo, desmenuzarlo, componerlo, y ejecutar unas cuantas operaciones más. Cuando todo se hizo claro como el sol, vinieron los objetadores y lo oscurecieron todo. Esto también se hizo con ceremonia. Este estilo ceremonioso fue rigurosamente respetado hasta el último día del estudio de la teología. La disputa duró hasta que una de las partes se dio por vencida. A veces se calla el defensor, aunque defendía la verdad; en estos casos intervenía el profesor desde el último banco y daba un empujón al carro atascado. Este sistema tenía un ejemplo agudizante y disciplinante al extremo. Además de estas diputas, había dos veces por año una disputa solemne con la presencia de toda la casa y de invitados. En estos casos, además de los dos objetadores cualquiera podía objetar y el pobre defensor tenía que dominar el tema para no quedar, en la "bolsa" según decíamos. La tesis y los nombres de los participantes de la disputa solemne fueron impresos y enviados a todos los colegios jesuitas del mundo y los programas que enviaban los analizábamos con gran interés. Todo esto coloreaba nuestra vida. El recuerdo de una de estas grandes batallas vivía entre nosotros por mucho tiempo. Significaba una distinción participar de ellas.

Aquí voy a hacer una pausa para una aclaración. Existe una acusación contra los jesuitas que todos sus adversarios le reprochan sin cansancio: que en sus disputas, según ellos, son astutos, tergiversan la verdad, usan sofismas, etc. Quien conoce la técnica de pulimenta mental que practican los jesuitas en una década de sus estudios, reconocerá que son maestros en la disputa. Ahora bien, es una conocida condición humana, lo he experimentado en carne propia, que el vencido al agotar sus argumentos pasa del terreno de la verdad al terreno moral y trata salvarse acusando.

Debo mencionar el sistema de los exámenes y las notas requeridas para el progreso en los grados. En todos los casos son cuatro los profesores examinadores; las notas son puestas en sobre cerrado y enviadas al P. Provincial, quien avisa a todos recién en el comienzo del año siguiente si pasaron por el escalón o no. El que no pasa, tenía que seguir sus estudios ya sin posibilidad de participar en la escala del escalafón. Cada examen, al mismo tiempo era una eliminatoria para una selección especial. Como la carrera posterior de cada jesuita dependía en gran parte del resultado de sus exámenes, las notas de éstos fueron guardadas en secreto para evitar aversiones entre algunos. Cuando alguno, según su disposición anterior, podía echar mano sobre el archivo secreto de la provincia, entonces sacaban de antemano su legajo y lo guardaban en otra parte.

Para un simple curso de estudio bastan cuatro notas suficientes; para escalar los grados y llegar a la cumbre era necesario esforzarse cada año más: al comenzar los estudios bastaba lograr tres ochos de las cuatro notas, luego se exigían dos de diez y en el examen final —gradus— al que generalmente no llegan más que el 20 ó 25 %, se exigían cuatro de diez; en su defecto, el individuo se truncaba, o sea no pasaba de *"coadiutor spiritualis"*.

Para ser fiel a la descripción de la instrucción debo mencionar otro detalle algo complejo, que si bien lo complica, contribuye a su fidelidad y a su integridad.

Hay dos cursos en la teología: curso menor y curso mayor. El menor tenía menos número de clases, no tenía disputas y para eximirse bastaba una nota de seis. Al mayor llegaban aquellos que rendían el examen final de los tres años de filosofía

con el promedio mayor. Si alguno no lo alcanzaba en el primer año de teología lo enviaban a la "dogma chica" para seguir sus estudios.

Era natural que todos trataran de quedar en la superficie y aún más elevarse a costa de esfuerzos máximos tanto por deber como por ambición humana.

He presenciado más de una vez cómo algunos hermanos caían en la desolación al enterarse, tres años después del último examen de filosofía, al cabo de cumplir los años llenos de esperanza del magisterio, que fueron relegados a la "dogma chica", habiendo estado seguros del examen rendido. Esto significaba muchas veces, no sólo la pérdida del "gradus" superior, sino una perspectiva poco alentadora de tener que quedarse, para la continuación de sus estudios en el país, mientras que los otros se iban al extranjero y disfrutaban de los interesantes colegios internacionales. Recuerdo que un padre, quien se enteró en Florencia, durante el "tertia probatio" que su examen de "gradus" no había salido bien a pesar de ser un alumno destacado: posiblemente habrá recibido en vez de los cuatro, tres en el examen que duraba diez horas y abarcaba todo el material hasta entonces estudiado. Fui testigo de que este Padre llegó a dudar de su vocación y pensaba dejar la Orden.

A menudo se ven personas con una apariencia totalmente tranquila y no sospechamos siquiera las amarguras que hay en su alma por haber tenido que enterrar ambiciones, esperanzas y grandes esfuerzos.
El Padre mencionado siguió en la Orden; volví a verlo en Nápoles años después; llegó a ser un orador excepcional-mente popular y su dedicación por la causa era tan devota como si hubiera sido no "quattuor votorum", sino que quattuordecim votorum supersollemnium.

No se hacía sentir esta diferencia de selección porque entre nosotros reinaba un clima cariñoso; en cambio, las monjas sí solían agudizar las diferencias de nuestra selección. Si supieran esas órdenes de monjas de abolengo cómo las menospreciaban los Padres, cuando acudían al Superior a pedir por un Padre para los ejercicios espirituales, a condición de que éste fuera "quattuor votorum", no lo volverían a hacer.

Una vez en Roma, visité uno de esos conventos elegantes por un asunto. Al llamar a la puerta, la hermana que me abrió me preguntó en la misma puerta si era "professus". Al volver a casa relaté este hecho en la recreación, que causó gran hilaridad y me contaron que el mismo convento años atrás invitó cinco padres, los más importantes, de los cuales uno hubiera sido harto suficiente para celebrar una letanía, con exposición del Santísimo, con motivo de una gran fiesta. Ninguno de los cinco padres sabía de los otros y quedaron estupefactos al encontrarse en la sacristía. Estaban por aclarar la situación cuando entró la madre superiora y sonriendo dispuso cuál iba a ser el celebrante, el diácono y subdiácono hasta para monaguillo dispuso a un "professus". Hasta hoy admiro el autocontrol de los cinco padres por no abandonar el convento los cinco juntos, naturalmente antes de la letanía.

* * *

Volviendo al año de estudios, quisiera hablar de su materia. Dos gigantes hicieron sentir su peso: Aristóteles y Santo Tomás de Aquino; quizás no fue la Iglesia misma que se aferró a ellos, sino la Orden de Santo Domingo. Ésta ha dado muestras de

rigidez a través de los siglos, y sigue siendo ejemplo de la inflexibilidad y de una intransigencia en todos los aspectos.

Los jesuitas españoles Suárez y Molina se rebelaron en su tiempo contra este terror. Sus nombres siguen siendo hasta hoy autoridades en la teología, pero ¿qué se puede esperar? la ideología científica de un adversario como un dominico —Mihalik— que estableció una hipótesis absolutamente arbitraria y ridícula en el comienzo de su libro, según la cual, Suárez deriva del alemán Schwartz, y que durante el curso de libro —obra importante— denomina Schwartz a esa figura, quien a través de siglos fue conocido y estimado como Suárez.

De Aristóteles es sabido ya que gran parte de sus tesis y observaciones fueron erróneas, y era Platón quien sobrevivió los pensamientos científicos más nuevos y que está renaciendo en los tiempos más recientes. Es de lamentar que una organización, que pretendía poseer verdades eternas e inmutables, como la Iglesia, se haya aferrado a un sistema filosófico, únicamente porque éste le servía de apoyo en la explicación de gran parte de sus doctrinas. La Iglesia debió proveer que la filosofía aristotélica, por ser obra y doctrina humana, podría sufrir alteraciones y derrotas por lo mismo al aferrarse a ella, corría el riesgo, por la continua evolución de la ciencia, de ver atacada la eternidad de sus verdades.

Y así sucedió. La iglesia ya tuvo suficientes disgustos por encadenarse a un sistema de doctrinas del mundo profano y sus disgustos irán en aumento hasta que la iglesia tendrá que rever su sistema filosófico del mismo modo como revio su resistencia frente a todo lo que antes juzgaba de herejía.

La otra gran figura que oprimía nuestros estudios, era la máxima autoridad de Santo Tomás de Aquino. Ningún profano se puede imaginar cuan elevada es la autoridad de ese santo en la iglesia y para los teólogos, sobre todo, para los dominicanos, que reaccionan con su inflexibilidad conocida frente la mínima disminución de esta autoridad. Si algún profesor de teología llegara a desviarse un poco de las doctrinas de Santo Tomás y esta desviación fuera visible en la tesis del examen de fin de curso, recibirá duros retos desde Roma como si estuviera en camino de convertirse en hereje. Uno de mis profesores, cuyas tesis tenían esta tendencia, sufrió tantas hostigaciones, que cansado, pidió su relevo y se fue a China como misionero.

Fue Santo Tomás quien "bautizó" al ya casi olvidado Aristóteles, después de mil quinientos años de su muerte. Fue él quien amarró el bote científico de la iglesia, a la barca de Aristóteles que desde entonces navegan juntos.

La "Summa Theologiae" figuraba como creación única en su género, y nos enterábamos solo de paso, que en su tiempo no se destacó especialmente, porque había más de una de estas "Summas" y algunas eran superiores a la de Santo Tomás. No hace mucho que fue descubierto un manuscrito más del "Summa" en una biblioteca ancestral italiana.

La filosofía oficial de la iglesia, la escolástica está en letargía ya hace siglos y si bien en los últimos tiempos dio algunas figuras robustas, éstas no aportaron ninguna novedad revolucionaria.

En la filosofía moderna no se palpa en absoluto que en su vecindad vive una escolástica; y esta aunque haya perdido su hegemonía de antaño, al menos podría ejercer algunas influencias.

Los jesuitas, no porque querían desprenderse del pasado, sino porque preveían el futuro, con una elasticidad sin par, pululaban alrededor de todo intento nuevo; acompañaban a los transformismos hasta los límites de exponerse a que sus libros sean puestos en "índice" (Pierre Chardin).

En la investigación de la Biblia, también son ellos que van al frente, y ayudan a aclarar que la reacción del hombre, el primer pecado y el diluvio no fueron redactados por Moisés, sino que Ezdrás los trajo mil años después de Babilonia, como legados súmenos y luego los incorporó a los libros sagrados.

Es más beneficioso para la iglesia, que sean ellos quienes desmenuzan a los libros sagrados, porque así les queda algo de su precioso tesoro; ha llegado el momento en que la iglesia no tendrá más que ir reconociendo día a día que los patriarcas nunca fueron monoteístas, que la historia de Sansón es folklore, el libro de Job es un plagio, Salomón nada tiene que ver con los libros que le atribuyen y casi ningún salmo fue escrito por David, etc. Todo esto hoy aparece en los libros con el "Imprimí potest" de los provinciales jesuitas y yo mismo siento un poco de miedo al leerlos, tan distintos de lo que me enseñaron hace décadas. Puede cualquiera leer en el libro *"De la Edad de Piedra al Cristianismo"* por William Foxwell Albright, en cuya tapa figura *"Revisado, por varios padres de la Compañía de Jesús"* y por dentro reza; "Nihil obstat", y verá que del Antiguo Testamento apenas quedarán algunas hojas para aplicarles la definición del Concilio Vaticano I. según *"Spiritu Santo inspirante concripti Deiim habent autorem"* —Denzinger-Bammwart, 1787—.

Ahora está pagando la iglesia con creces el haber ligado tiempo ha, su conjunto de verdades a las ciencias aparentemente eternas e inamovibles, y el haberse metido en un laberinto caótico de especulaciones filosóficas humanas, y de dudosas interpretaciones, porque pretendía ser sabio en sentido profano en vez de identificarse con la simplicidad, santidad y pureza cristalina evangélica y con lo eterno en el hombre que no es de este mundo. Juan XXIII encabezaba una iglesia así y durante cuatro cortos años ha conquistado más fieles y más honor para su iglesia, que todos los filósofos y teólogos en cuatro siglos.

& # *

Naturalmente, junto a las materias estrictamente eclesiásticas estudiábamos muchas otras cosas, y con dedicación: biología, pedagogía, psicología experimental, historia del arte, etc. Me dediqué a ésta última sistemáticamente y con entusiasmo durante años.

En mis frecuentes viajes, al llegar a una ciudad con pinacoteca de fama o museo, no dejaba de verlos reiteradas veces, para disfrutar de sus bellezas y aumentar mis conocimientos al respecto. Pasaba horas inolvidables acostado en la Capilla Sixtina, y me sentaba durante largos ratos frente a los cuadros de Fray Angélico en el claustro de San Marcos.

Nunca nos prohibía la Orden, cuando pasábamos cerca de Pompeya, que entráramos entre sus muros. Aprovechando esto, era uno de mis paseos favoritos,

llegué a conocerlo, como a una ciudad natal. Mientras que me preparaba para graduarme de folklore, tuve oportunidad de conocer la colección más extraordinaria de esta rama de ciencia en Esto-colmo, en el museo Skansen al aire libre. De ahí fui a Finlandia para visitar un museo similar a Helsinky, al famoso Saura sari.

Puedo afirmar lo que es sabido por todos, que en la Compañía hasta encontraron ubicación los talentos más peculiares. Conocí personalmente al P. Talhammer, quien coleccionó doce mil diferentes tipos de moscas —treinta y dos llevan el nombre de él—, su colección constituía el orgullo del colegio de Kalocsa. Cuando los alumnos cogieron una avispa vulgar y con tinta le pintaron unas líneas y se la mostraron como una curiosidad, el buen viejo sonrió cariñosamente y luego dijo: pobre Bombix Lapidaris. No quiero enumerar aquí, aquellos muchos compañeros de Orden quienes, siendo jesuitas, se destacaron como lingüistas, astrónomos, especialistas de hormigas, etc., porque no es esta mi objetivo.

IV. ORGANIZACIÓN INTERNA Y SU CONTROL

Hace algunas décadas, en la Universidad Nacional de Budapest, un profesor dedicó un semestre para tratar la Constitución de la Compañía de Jesús, como la forma de estado más perfecta, porque une de todas las formas posibles los elementos más ventajosos. Desconozco los detalles de sus conferencias, pero reflexionando sobre esta idea, ella misma me conduce a reconocer, que la Constitución jesuita es tanto democrática, como monárquica, aristocrática, dictatorial, liberal y comunista.

Democrática.

Hay pocas palabras que son tan explotadas, como la *democracia:* todo gobierno, aunque practique en máximo el terror, se denomina democrático. La Compañía de Jesús no se llama democrática, pero ejerce su esencia. Todos los que entran en la Orden comienzan exactamente con las mismas posibilidades. No existe privilegio de cuna, ni distinción de fortuna. Ignorábamos la procedencia de la mayoría de los hermanos. Todo lo que llevamos encima al entrar a la Orden, lo repartían entre los pobres: de este modo habíamos nacido tan desnudos dentro del apartado mundo de la Orden, como dentro de este gran mundo profano. Esto significaba que cada uno de nosotros llevaba consigo la misma posibilidad para escalar los grados, hasta la generalcilla.

Hubiera sido imposible encaminarse más democráticamente.

Así seguía en los miles de detalles de la vida diaria. En el comedor, excepto el superior de la casa, ninguno tenía un lugar indicado: detrás de la puerta del comedor había un armario celular empotrado, y cada célula tenía el nombre de un hermano y guardaba la servilleta de cada uno y sus cartas recibidas. Al entrar en el comedor todos tomábamos nuestras servilletas y nos sentábamos por orden de llegada. En el comedor a todos nos tocaba leer por igual, como también servir la mesa. En la distribución de las tareas lo único que contaba, era la aptitud. Nuestros cuartos, camas y ropas todo era igual. Nuestros cuartos los limpiábamos cada uno de nosotros por igual. En la elección del superior principal —Padre General—, también prevalecían los principios democráticos: se presentaban en Roma delegados de todas las provincias del mundo, a quienes encerraban del mundo, igual que los cardenales en el cónclave, con las puertas selladas. Igualmente les daban menos comida y de la peor calidad cada día, para que apuraran la elección del

Padre General. Antes de las elecciones, para informarse, los delegados se visitaban, pero se prohibía hacer propaganda a favor de quien sea, se limitaban a preguntar cualquier informe de éste o aquél padre.

Un sistema que ya pasa de democrático para convertirse en paternal, es la libertad absoluta de cada uno de acudir al Padre General con su pedido o con alguna queja, teniendo la absoluta seguridad de que su pedido llegaba al destino a través de los Asistentes, y si encima del sobre de sus cartas escribía estas letras "solí", podía estar más tranquilo, que su sobre era abierto y contestado por la misma mano del Padre General. Son frecuentes estas cartas "soli". Un padre polaco me mostró una vez tres de ellas que recibió del Padre General: trataban sobre un antagonismo, que dio motivo de roce entre el padre y el provincial.

A pesar de la apariencia tan exagerada de disciplina teníamos la seguridad absoluta de que en ningún momento estábamos a la merced de nuestros superiores.

El valor de este sistema que sobrepasa todas las medidas y su concepto significante llegué a percibir en su totalidad en las dependencias de mi vida profana posterior. El que vive dentro de la Orden, quizá ni sospecha, que este camino totalmente abierto hasta el foro máximo, cuan raro tesoro es en este mundo.

Otra práctica peculiar que acentúa los principios democráticos de los jesuitas, es que a los superiores para sus casas o colegios, los nombran preferentemente de los padres de tres votos, para dedicarlos a la dirección de la vida diaria, mientras a los profesos se les deja más libertad de acción, al mismo tiempo que se los subordinaban a los primeros.

Monárquica.

La Compañía ha tomado elementos importantes de las formas *monárquicas y* los fundió en su democracia: después de las elecciones del Padre General de la manera más democrática con votos secretos, el general flamante se convierte en un monarca como cualquier rey absolutista siglos atrás. Primero: es inamovible hasta su muerte, privilegio de la Orden por encima del Codex Juris Canonici, porque el derecho canónigo de la iglesia, conociendo las flaquezas humanas, prescribe para todas las órdenes la obligación de elecciones nuevas, de cambiar cada tres o cada seis años sus superiores más altos. El Padre General jesuita no puede rechazar su elección, tiene la obligación de aceptarla; no necesita ser instalado, porque en el momento de su elección entra en posesión de sus derechos.

Más tarde tampoco puede renunciar, ni en caso de enfermedad por grave o crítica que fuera, en todo caso se nombra un vicario general. Otros elementos de la institución del reinado absoluto, fueron fundidos en la constitución de la Orden. Junto con el Padre General funciona un consejo superior compuesto de los asistentes; el Padre General tiene la obligación de escuchar sus opiniones, pero no está obligado a aceptarlas, puede obrar libremente según su criterio. Este es el principio, su práctica es mucho más humana. El fadre General, igual que un monarca, nombra él mismo los superiores de todas las provincias, y lo que es más desacostumbrado en la vida de los religiosos, que los superiores de los colegios y de las pequeñas residencias también son nombrados por él. Sin el expresado permiso por el Padre General, nadie puede hacer sus votos, ni simples, ni solemnes y aunque se tenga

en todos los exámenes las mejores notas, si el Padre General por alguna razón le negara su permiso para sus votos, el padre quedará sin ellos.

Más adelante conoceremos el sistema perfecto que tiene el Padre General a su disposición para tener conocimiento de los valores de cada uno en la Orden. Sin el consentimiento del Padre General, únicamente en algunos casos excepcionales e inpostergables se podía despedir a alguien de la Orden. El traslado de una provincia a la otra dependía también de su voluntad. Y si un Padre con un voto simple se ha destacado muy por encima de los otros, el Padre General es el único que, en consideración de sus méritos, puede concederle el permiso para los cuatro votos solemnes.

Aristocrática.

La organización de la Orden es también *aristocrática:* dispone de una red de jerarquías de grados y durante los largos años de estudio hay una selección permanente.

Para completar, quiero añadir aquí, que si bien el adelanto en los estudios y el puntaje en los exámenes son factores de progreso y éxito final, se exije conjuntamente el pro greso en las virtudes, de acuerdo a la disposición respectiva de la Constitución. V.B. era un hombre interesante y original. Era un extraño entre nosotros, no parecía participar de la comunidad. Aunque se destacó en sus estudios, le fue negado el permiso del voto solemne. Era tan reservado, que no dejó siquiera traslucir hasta qué punto le afectó esta humillación. Ignorábamos el motivo de esta determinación, pero todos opinábamos, que fue justa.

Conozco las proporciones de selección únicamente de mi provincia porque en los catálogos impresos internacionales no constan los títulos, pero creo que esta proporción varía según los países y la severidad de esos profesores y no por las aptitudes de los hermanos.

Al comenzar el noviciado éramos veinticuatro y al cabo de una década, cuando llegó el día de nuestra ordenación frente al altar, éramos cinco. De los aproximadamente seiscientos miembros de mi provincia "professus quattuor vo-torum" eran veinticuatro.

De éstos surgían después los provinciales, sus consejeros y los delegados para la elección del General.

En la modificación de los reglamentos de segunda orden puede decidir únicamente la "Congregatio Generalis" compuesta de professus, el problema de los reglamentos de primer orden fue intocable, y quien hubiera hecho mención al respecto, perdía todos sus derechos.

Tomando las cosas en sentido jurídico, ellos son la columna vertebral de la Compañía, los jesuítas de pleno derecho. De este modo se le puede denominar a la Orden de aristocrática.

Dictatorial.

No va a ser difícil demostrar que junto a las disposiciones democráticas, monárquicas y aristocráticas de la Compañía de Jesús, tiene alguna afinidad también a la forma de estado *dictatorial.*

Si no fuera tan dictatorialmente prescripto a los superiores el espírtiu paternal como a nosotros el cumplimiento de los reglamentos, entonces esta dictadura sería insoportable. Pero mantiene así, dentro de un medida justa, un equilibrio excepcional entre la disciplina y la vida satisfecha.

La forma de estado dictatorial y su práctica en la vida real, es mala, porque el talento y la sabiduría rara vez van paralelos con la ambición desmedida y la intransigencia que generalmente caracteriza a los dictadores. Estos por regla general, se rodean con un pequeño ejército de aduladores y serviles oportunistas; ¿qué se puede esperar de una dictadura semejante?

En cambio, los professus de la Compañía de Jesús que han pasado por todos los filtros y que son ya una minoría en medio de una mayoría excelente, eligen entre ellos a los más destacados de todas partes del mundo, para que en una concurrencia en Roma, tras largas consideraciones y en forma democrática, elijan de entre ellos al más apto.

Este individuo electo ha sido siempre durante cuatro siglos, brillantemente ilustrado; hoy también lo es, y tenemos la plena seguridad de que mañana también lo será. Esta seguridad nos la da el sistema.

Cualquiera puede aceptar la dictadura de un dictador semejante y el peso de ésta lo sentirá únicamente aquel, que lo mereció, de lo contrario participará de sus beneficios. Esto no lo digo yo solamente, quien durante mi vida de jesuíta lo había experimentado en todos los momentos, sino lo dice la lógica razonable. Una dictadura tan refinada ya no debe ser denominada como tal, si bien es cierto que manda, y que sus disposiciones son inapelables, al mismo tiempo una serie larga de condiciones aseguran a todos, que todo esto sirve para el progreso, éxito y la paz de la comunidad.

En un tiempo he sido huésped en el Claustro de los Benedictinos en Pannonhalom. Sus muros macizos han resistido muchas tormentas, su belleza ancestral hasta hoy me fascina. Bajo las bóvedas del enorme refectorio había una serie de frescos, obra de algún hermano beato y sabio, de unos siglos atrás. El tema de uno de ellos era un barril cuyos sunchos estaban rotos y el vino como torrente salpicaba en todas direcciones. Debajo estaba esta inscripción: *Libértate perit,* su libertad lo perdió. No quisiera entrar en repeticiones porque ya he dicho mucho al respecto, pero sí quiero añadir algunos datos más: un jesuíta no puede emprender ningún trabajo de importancia sin permiso previo. Los miles de fracasos de la vida profana sirven de que la mayoría se sobreestima en sus aptitudes, o yerra el momento o sobrepasan las proporciones y no previene las posibles dificultades.

Todos los meses sonaban en nuestros oídos las palabras de San Ignacio con motivo de las lecturas de reglamento en el comedor: *"Difícilmente podemos ser buenos jueces en nuestros asuntos".* Un amigo culto con amplia visión vale un tesoro. ¿Por qué no hemos de tomar a nuestro superior como este amigo?

En mis tiempos de padre joven, un compañero de la Orden, el P. G., con quien había estudiado en el mismo colegio por años, me invitó un día a dar un paseo por las colinas de Buda. Se sentía muy desolado y me contó el motivo. Presentó un proyecto al Padre Provincial de una organización social femenina, y éste, después de retener dicho proyecto durante meses, lo había rechazado. El relato de mi compañero me impresionó sobremanera, porque un mes atrás me llamó el Padre Provincial y me confió un proyecto, naturalmente sin nombre, para pedir mi parecer. Yo por mi parte tomé el asunto a conciencia y en una respuesta de varias hojas expuse que la idea de este proyecto me parecía fuera de actualidad, además existía ya una organización similar guiada por sacerdotes seculares y a mi manera de ver sería mejor activar la promoción de la ya existente y no dividir nuestras fuerzas ya que daría motivo a posibles rozamientos que menguarían nuestras fuerzas. No conozco además, decía, entre padres de la capital a nadie quien fuera apto para esa tarea, mejor sería traer al Padre H. del interior.

Después que el buen Padre allá entre las colinas de Buda me había contado su pena, le pregunté qué le parecía quién había malogrado su proyecto? El Padre Provincial, respondió él. Le sorprendió cuando le dije que yo era uno de aquellos a quienes el proyecto fue confiado para opinarlo. De vuelta en el camino logré convencerlo, ya que era muy buen jesuíta, que abandonara la idea y que se dedicara a otra cosa. Luego, meditando sobre el asunto, me confesé, que de haber sabido de quien se trataba, hubiera fallado en favor suyo, dando así un ejemplo de que el hombre se deja llevar por sus sentimientos personales, simpatías y demás impulsos, que lo conducen muchas veces al error en vez de la justicia.

A menudo ocurría en la Orden que cuando alguno había cobrado un afecto desordenado con su tarea, lo sacaban dic-tatorialmente y lo disponían a otra parte. Cuantas veces vinieron padres después de la "disposición" anual quienes a duras penas podían encajarse en sus nuevas tareas.

El Padre Vid falleció en prisión rusa dando un ejemplo singular de su comportamiento varonil. Muchos años atrás estuvo trabajando en los Estados Unidos. Un buen día recibió no una carta, sino un telegrama del Padre Provincial, que vuelva a casa. Uno o dos años después llegó a ser el superior de la residencia en Budapest.

En medio de esta disciplina, era natural que no se podía dar nada a imprimir, sin previa censura. Esta fue siempre normal y razonable, y no recuerdo un caso que hubiera disgustado los ánimos.

Una vez cayó en mi mano un vulgar panfleto contra la orden jesuita. Era un manojo de posibles o imposibles reglas y reglamentos, de deberes y prácticas y al final se sacó en *é* conclusión que la Compañía era un estado policial. Y eso que no sabía, que entre nosotros las cartas pasaban por previa censura y se controlaba de mañana si todos se habían levantado y después si rezábamos como estaba indicado. ¿Qué hubiera escrito de saber esto? Encima protestó en nombre de la humanidad de que una organización semejante sea permitida en el siglo xx, aunque debió de haber sabido lo que ya el derecho romano dejó sentado: "Volenti non fit injuria" y los jesuítas conscienten con esta norma de vida y la cumplen gustosamente.

Liberal.

Tanto más les gusta esta dictadura, porque está ligada con los elementos principales de un *liberalismo* auténtico. Uno de los elementos esenciales del liberalismo es la iniciativa Drivada. No existe idea alguna con la cual no se pueda ir al superior y si el proyecto era apto y recomendable, o, empleando el término liberal capitalista, un artículo de competencia libre se le otorga campo, y posibilidad económica dado la cual se podía trabajar libremente con la sola condición de una información sobre resultado, de tanto en cuando, cosa justa y exigida en cualquier organización liberal.

La competencia es también principio básico del liberalismo. ¿Acaso no lo realiza la Compañía en la forma más ideal? Quizá se identifique la Compañía, demasiado con los principios liberales en este punto, porque se desprende fácilmente de los mediocres en favor de los más dotados.

Desde que salí de la Orden, no he disfrutado nunca de una libertad semejante como allá. Trabajaba de acuerdo a mis principios y tenía el mundo por delante.

Comunista.

Del sistema *comunista* también se encuentra mucho en la constitución de la Compañía de Jesús, pero ya no es mérito particular de la Orden, sino común con todas las ordenes religiosas. Su mérito especial reside en que la Compañía también esto lo toma en serio, mientras que algunas órdenes son más indulgentes en el ejercicio de las reglas del derecho canónigo. Todos los bienes de la orden pertenecen a la comunidad, cualquier cantidad de dinero que entra, va a la caja común que cubre todos los gastos, adonde acuden todos según sus necesidades. Los padres, al volver de una misión o de ejercicios espirituales, traían siempre donaciones que al llegar, entregaban al P. Minister íntegramente, bajo carga de pecado mortal (según la cantidad), sin poder guardarlo, ni gastarlo.

El límite del libertinaje que se justificaba era, por ejemplo, que durante los ejercicios espirituales, al presentarse la ocasión, sugerir a la madre superiora, la conveniencia de una máquina de afeitar, que luego sería entregada al padre por honorarios. En casa después pedir permiso para su uso ; aunque jurídicamente todo era común, en la práctica alguien usaba las cosas. Estos obsequios siempre fueron mal vistos por la Compañía, y más de una vez fueron confiscados bajo sospecha y dados a otro para usar, especialmente si era artículo de lujo.

Una vez estalló un escándalo en mi provincia; una orden religiosa muy pobre le contó a un padre que el Padre M. pedía en honorarios por los ejercicios espirituales una máquina de escribir y para ellos era un esfuerzo su cumplimiento. La investigación siguiente sacó a luz, que dicho Padre había pedido en todas partes regalos para sí, equipándose con todos los aparatos necesarios que ofrece una vida cómoda, y el permiso indispensable para su uso, ora lo pedía al Rector, ora lo pedía al P. Minister; en otra oportunidad al Padre Provincial, evitando así toda sospecha. De inmediato lo despojaron de sus cargos, y lo enviaron al noviciado en calidad de penitente. El también fue liberado por los rusos, cuando entraron y dispersaron a los sacerdotes. Desde en tonces no he tenido noticias de P. M. y no sé si sigue pidiendo todavía regalos de sus fieles.

Como es natural, las flaquezas humanas afloran en todas partes y ninguna orden religiosa es exento de ellas; grave sería si ésta no tomara las medidas que el caso requiere.

Parte de nuestro comunismo ideal era que el hermano portero estaba munido de monedas para darnos para el viático siempre cuando salíamos. Las sumas mayores para viajes más largos había que pedirlas del P. Minister. Eso de "mayor" dependía siempre de él. Ya mencioné el buen Padre Elsasser, quien llevó la casa a la ruina en tres cortos años, porque si alguien le pedía dinero para viajar hasta Viena, le dio tanto que cómodamente pudo llegar hasta París. En cambio hubo otro ministro, a quien tenía que probar con argumentos que con toda la cantidad que me daba me iré a quedar en Szeged sin poder volver. Esta misma medida era aplicada para la adquisición de lo que necesitaba cada uno. Hubo un P. Ministro que lo negaba, entonces apelábamos más arriba, esto era permitido a condición de referirle la negativa previa.

Voy a mencionar a colación un caso mío: llegué a necesitar como ya otras veces, una obra mayor para mis trabajos. La pedí al Padre Rector, quien me la negó; seguí insistiendo hasta llegar al P. Provincial, pero esta vez también sin éxito. A los pocos meses en la disposición anual cambiaron al rector por un nuevo que era un Padre como Elsasser, quien, conmovido por mi "entusiasmo, autorizó mi pedido con ale-gría paternal.

El verdadero comunismo lo practican las órdenes religiosas, pero ellos son guiados por sus votos, sus oraciones, sus abnegaciones y un ideosinerasia e special.

Al comparar la Compañía con las distintas formas de estado, voy a recalcar cuáles son las alternativas que ella excluye.

No se suponía ni la mera idea de "un golpe de Estado". Jamás se hablaba de que alguien pudiera cambiar la constitución. Ninguna regla pudo ser alterada, únicamente dentro del seno de la Congregatio Generalis.

Al principio de la *Filosofía,* movida por una desolación provocada por el hecho de que en las recreaciones teníamos que hablar en latín a mediodía y alemán de noche, cosa que era todo menos recreación, elevé un escrito en son de protesta al P. Provincial, para que cambiara este reglamento alegando que o nos recreábamos, o estudiábamos idiomas; si era el primer caso, entonces debíamos hablar en húngaro, si era el segundo, entonces pedíamos la designación de un rato para recrearnos. Añadí además otros argumentos. Tuve la idea infeliz de hacer firmar mi escrito por mis compañeros. No he recibido respuesta alguna. Pasaron seis meses, cuando llegó la visita del P. Provincial para el "ratio cons-cientiae". Al tocar el turno, me dijo que había solicitado la opinión de sus consejeros por mi carta, puesto que él quería expulsarme, no por el contenido del escrito, sino por haberlo hecho firmar por los otros. Ese caso me sirvió de escarmiento y aprendí bien que la constitución de la Orden exige la conservación de todo tal cual está, y que arrasa con todo que sea movimiento colectivo en contra.

La Orden era una sociedad humana completa en miniatura, pero excluía del ambiente hasta la posibilidad de cuña o de coima. La primera humanamente pudo haber sucedido, pero buscando entre mis recuerdos no encuentro ni un caso. Relevaban a los superiores tan a menudo, que no había posibilidad que floreciera

alguna protección. Además cada movimiento en que podía haber influido alguna protección, era decidido por cuatro padres. Así la organización misma por su mecanismo impedía abuso alguno.

Aquí llegué a un punto que es poco conocido ante el gran público y que es la retaguardia de la Compañía. Quienes lo conocen y son enemigos de la Orden, han arrojado ya muchas piedras por esto sobre la Compañía. Claro está que por piedras semejantes la Orden no ha variado ni una letra en su Constitución. Se trata de la ambición desmedida del ser humano. Pero existe también ambición meritoria como el deseo de superación. Esta se cultiva ampliamente por la Compañía, mientras que la primera se combate arduamente.

En el título especial de professus, está la palabra "quat-tuor", pero efectivamente comprende cinco votos más. Primero: promete impedir todo cambio referente a la pobreza en la constitución, a no ser que sea una restricción más; segundo: promete que nunca anhelará ningún rango, ni título dentro de la Orden; tercero: promete que tampoco ambicionará ninguna dignidad eclesiástica fuera de ella y tampoco aceptará esta dignidad, en caso que le fuera ofrecida, a excepción que se le ordene bajo pecado mortal quien poseyera autoridad para eso; la única autoridad sería el Santo Padre; cuarto: si descubriere a cualquiera que ambicionara rango o título dentro o fuera de la Orden, tiene por deber avisar a sus superiores; quinto: si fuera investido por órdenes superiores con alguna dignidad eclesiástica, tendrá que aceptar siempre las directivas del Padre General o al que él desingnáse.

Un professus caería en un conflicto con su conciencia, si promoviera para sí la obtención de alguna dignidad, o al descubrir lo mismo en otro, sin avisar a sus superiores. Esto último molesta a la sensibilidad de muchos fuera de la Orden; sin embargo esto es indispensable: a causa de la ilustración de los professus sin una disposición drástica tal, se abriría un camino hacia la ambición y codicia, ocasionando grandes daños a la Compañía.

Solíamos bromear con los demás hermanos por la ventaja que nos llevaban al no emitir estos votos, quedando con el privilegio de poder ambicionar los cargos mencionados, siempre que nosotros no nos enteráramos.

Conozco un solo caso de mi experiencia de largos años, que rozaba el objetivo del voto implicado, aunque este caso tampoco era muy seguro; sin embargo la Compañía obró con su severidad de costumbre. El P. P. era profesor en un colegio, cuando se filtró la noticia que sería designado Eector. El Padre sin poder contener su entusiasmo, se descuidó, y dijo algo sobre lo que haría si fuera rector. Planeaba reformas y refacciones, hasta que un buen día recibió una carta del P. Provincial que le avisaba que por culpa de su ambición estaba excluido para siempre entre los posibles candidatos, para cualquier cargo dentro de la Orden. Conocí bien al Padre P., jugábamos mucho al tenis; era un jugador excelente y estoy convencido que no se excedió en ambición, sino que habló por demás. Quedó desolado con la noticia, y me dijo con amargura que su infortunio se debía a que cada etapa de sus estudios la cursó en otro país, donde fue enviado siempre solo y al volver a casa, al cabo de doce años, no tenía ningún compañero de curso en la provincia; era un extraño entre nosotros. Quizá algo de razón tenía. Este caso vive dentro de mí, como una disposición demasiado severa, que quebrantó algo en alguien que pudo haber quedado entero. Al tiempo, tengo que reconocer, que dentro de la Compañía era desconocido el gobierno de indignos. Podía darse el caso de alguna falla en la dirección, pero debido a la severidad del control, esto no podía florecer.

Pudo suceder que vino un rector nuevo y refaccionó la casa de arriba a abajo, y nosotros caminábamos entre ladrillos durante medio año; a los tres años vino otro y nosotros nuevamente caminábamos entre ladrillos por medio año, porque todo fue vuelto al primitivo estado de tres años atrás. Así variaba también nuestro jardín de la Villa de Szeged; ora estaba lleno de rosas, ora estaba lleno de tomates. El caso más triste ocurrió en Sicilia: la Compañía heredó una mansión aristocrática que reformó para su colegio. Su ver dadero valor no consistía tanto en la casa, sino en su parque hermoso. Después de la colección rosal del parque de Schonbrunn, fue la colección registrada como la segunda más grande del mundo; cerca de trescientos rosales diferentes, de los orígenes más lejanos. Vino un P. Ministro algo práctico, el título suena bien, pero no significa más que la dirección de los asuntos económicos y no va acompañado por el título de excelencia, y pensó que un parque así da mucho trabajo y poca utilidad; en cambio los padres comen mucha papa, por lo mismo cortó las rosas e hizo una huerta de uno de los parques más hermosos del mundo. Nuestra villa en Szeged tenía un frutal de setenta durazneros enanos que daban duraznos del tamaño de un puño. El hermano Kiss estaba a su cuidado; él había sido cocinero durante mi noviciado; una mañana, entusiasmado, pulverizó a los durazneros con una solvencia de nicotina tan concentrada , que no sólo mató los bichos, sino los durazneros también: los quemó todos. Como única penitencia, el hermano a la noche se arrodilló en el centro del comedor y dijo la fórmula... "especialmente por haber destrozado los durazneros, en cuya penitencia teng o que rezar un Padrenuestro y un Ave María" y terminó rezando ahí mismo. Yo también estaba presente y todos nos sonreímos en silencio, porque el hermano tenía 65 años y era un hombre buenísimo; únicamente los ojos del Padre Eaíle echaban chispas de cólera, ya que fue él quien plantó los durazneros con todo cariño y entusiasmo.

La falta de pericia del hermano Kiss no terminó con el caso de los durazneros; pronto sucedió otra desgracia en la villa; fue la misteriosa muerte de la única vaca que nos abastecía para nuestro desayuno. Solíamos decir al buen hermano, en broma, que el motivo por el cual lo habían dejado en su puesto era que él representaba la seguridad de nuestra pobreza.

Ya mencioné varias veces que la Compañía conocía bien a sus hijos y que por eso podía disponerlos a su mejor provecho. Este conocimiento se basaba en una de las partes mejor construidas de la complicada organización de la Orden. La fuerza principal del antiguo imperio romano consistía en una red de comunicaciones maravillosamente construida, que lo unía con todas las provincias y a través de ellas iban y venían todas sus disposiciones y legiones. La Compañía de Jesús también posee una red similar que liga a Roma con todas sus provincias, con todas sus casas y todos sus miembros; éste es un sistema de información elaborado hasta el último detalle.

No exagero nada cuando digo que en la Curia Romana saben todo de cada jesuíta y de inmediato se hace una información perfecta de cualquiera, a pesar de que el número de sus miembros ascienden a cuarenta mil; describir este sistema resultará, tal vez, algo cansador, pero no puedo menos, ya que para reflejar un cuadro vivido de lo mismo necesito de la paciencia del lector.

Todos los provinciales, una vez al mes, envían a la Curia Romana una información general del estado de la provincia, de los trabajos especiales y de sus miembros. Dos veces por año, los superiores de casa envían sus informes generales de la

actividad de los padres que residen en la misma. Cada año, todos los consejeros informan a Roma de la situación de la jurisdicción. Los provinciales visitan anualmente todas las casas y hablan en coloquio privado con los residentes. Al cabo de estas visitas oficiales, envían a Roma sus informes detallados de las impresiones adquiridas. Todas estas informaciones quedarán registradas en la Curia por los Asistentes y por sus colaboradores. Éstas son las informaciones generales que son completadas periódicamente con los informes de los visitadores, quienes son enviados por el Padre General a cada provincia para hablar con todos, desde el novicio más joven hasta el Padre Provincial.

Otro grupo de informaciones es el siguiente: al pasar de un grado a otro, cuatro padres de la misma casa escriben un informe secreto, detalladamente, en base de una fórmula común que incluye todas las virtudes y defectos de la persona; sus inclinaciones, sus ambiciones y sus maneras de trabajar, añadiendo sus opiniones para un aprovechamiento mejor de las aptitudes o talentos especiales de la persona en cuestión. Nadie sabe quiénes son sus informantes, y ellos tampoco se conocen entre sí.

Estos informes de cada persona se repiten cada cinco años, sin causa especial, cambiando siempre a los informantes.

Cada jesuíta tiene en la Curia Romana un legajo personal, donde constan los resultados y notas de sus exámenes y los informes periódicos en forma cronológica. Al cabo de doce a catorce años si se presenta por primera vez el nombramiento de un padre para algún cargo o la contestación de pedidos de algún permiso especial, que se debe pedir siempre a Roma, el legajo de cada uno contiene como mínimo treinta o cuarenta informes de distintos informantes.

Basta ojear estos informes y se ve el desarrollo de un jesuíta; la aparición y desaparición de nuevas virtudes o defectos; sus aptitudes, sus inclinaciones, ambiciones, éxitos o fracasos, y al final de cada informe consta una recomendación del informante recalcando alguna condición de la persona para determinado trabajo. Debido a la variedad de los informantes y al transcurso de los años, el contenido de cada legajo refleja un cuadro completo y fiel de la persona.

El P. General es un observador de lejos de la vida de la Orden y esa perspectiva le permite una visión netamente imparcial de los individuos y del estado de cosas, que es la base de sus decisiones. Esta centralización y el sistema de informes es el secreto principal de las actividades de la Orden.

Antes de adquirir experiencia propia en la Curia Romana, oía decir de los padres, quienes la visitaban y venían impresionados, cómo conocían en la Curia las situaciones de las distintas casas, sus problemas hasta el último detalle, y cómo sabían todo de todo. P. Vukov nos contaba al volver de su viaje que fue a ver al P. General, quien ni bien estuvieron sentados comenzó a caracterizarle la situación exacta del P. Vukov y su provincia; y durante la audiencia de dos horas, el Padre tuvo que asentir más veces que exponer. Entre otras cosas el P. General preguntó si habían terminado ya la pileta de natación del noviciado y si se empleaban ya los profesores particulares en vez de los padres. No es de extrañar pues, que la llegada de alguna respuesta de Roma, permitiendo una cosa o negando otra, no causó nunca sorpresa, sino la impresión que estas respuestas estaban basadas en un conocimiento real del lugar.

Como es natural, este sistema también tenía sus defectos: el P. Legeza fue mi compañero desde el noviciado, gozaba de gran reputación entre nosotros, lo teníamos por un modelo hasta el final. Una vez olvidó pedir permiso por una pequeñez; salió de la casa, si bien lo recuerdo, para participar de la asamblea de una entidad llamada Sagrado Corazón, cuya dirección estaba a su cargo años atrás. La asamblea tuvo lugar en un gran local enfrente mismo de la casa de los jesuítas. Este caso motivó un pequeño incidente que terminó con una "mea culpa" en el comedor. Por lo menos, pensó el asunto se ha terminado, pero no fue así. Uno de los cuatro padres informantes escribió en su informe del final del noviciado, que "salió de la casa sin permiso". Cada vez que viene el P. Provincial, con motivo del Ratio Conscientiae anual, cada uno recibe de él una observación a favor o en contra, según previas informaciones. El hermano Legaza junto a los reconocimientos merecidos, fue amonestado a no salir más de la casa sin permiso. Cuando pasó de la *Filosofía* al magisterio, recibió como es de costumbre del P. Rector, varias admoniciones paternales en nombre del P. Provincial y pudo oír de nuevo que no debía salir sin permiso de la casa. Y esto siguió repitiéndose con nuevos provinciales y con nuevos rectores, al final del magisterio, antes de la ordenación, al "tertia probatio" después del biennium y antes de los votos solemnes. Ya lo sabía media provincia, y fue motivo de hilaridad. Pero los nuevos provinciales y rectores no lo sabían, porque ora eran alemanes, ora italianos, según donde le tocaba al P. Legeza la observación paternal prescripta. Ahora ya no se le observa más que no salga sin permiso de la casa, porque después de la guerra tenía que ir a Roma para ocupar su cátedra en la universidad y como no le dieron pasaporte quiso evadirse a través de las montañas Serles, de Tirol, durante una noche oscura, sin guía, solo y cayó dejando el recuerdo de su alma bondadosa. Lo enterraron en Innsbruck.

* * *

Antes que el P. Legeza, yo también me he evadido por ese mismo camino hacia Italia, cuando al terminar la guerra fui por primera vez a Roma, con una misión importante. Estaba harapiento, hambriento, enflaquecido y poseía un certificado de identidad oficial, en cinco idiomas que decía: *Emilio Faber, judío de Florencia,* escapado de un campo de concentración alemán, vuelve con su familia. Este certificado no lo conseguí por dinero; los mismos judíos me lo dieron; aquellos que había salvado de la deportación, con diferentes certificados; uno de ellos usaba mi sotana durante semanas. A pesar de mi excelente certificado, opté por evadirme a través de las fronteras, temiendo un control más severo que encerraba siempre muchos peligros. Llegué en un camión viejo en plena noche, a la Ciudad Eterna; y como no quería molestar, por la hora avanzada al hermano portero de la Curia, exhausto de cansancio me tendí a lo largo en el umbral de la puerta y me dormí. Desde ese día viví mucho en Roma, y permanecí en la Curia, cerca del Vaticano. Pero de esto más tarde. . .

Ahora quisiera presentar a la Curia misma, cuya vida he vivido y la que es en sueño de todo jesuita. Al menos yo entonces pensaba así. Pero me enteré pronto que los jesuítas romanos e italianos esquivan de lejos a la Curia, y cuando supieron que moraba allí se sorprendieron y me invitaban que fuera a vivir con ellos, al parecer porque allí la vida era más alegre. En una oportunidad me encontré con el Padre Micheci, con quien pasé un año en Florencia y lo invité a que me visitara en la Curia protestó, diciendo que él no iba allí. Claro que fueron los menos los que se

comportaron así y creo que el motivo era la disciplina absoluta de la Curia que los asustaba.

Es claro que no fue fácil, pero sí inolvidable. Estoy convencido que si desaparecieran por arte de magia todas las publicaciones y libros de reglamento de los jesuítas de este mundo, bastaría convivir una semana en la Curia y el libro de reglamentos podría reescribirse.

En cualquier parte del mundo un jesuita, a la mañana, entra en la sacristía y se viste para la misa; siempre hay alguno que llega tarde, otro que viene antes, otro que ha perdido algo, a veces no saben qué día es o quién es el santo del día. No a sí en la Curia. Antes que marque la hora, las catorce o dieciséis padres, vestidos, con el cáliz en mano esperan delante de los armarios largos, toca el timbre, los dieciséis se inclinan a la vez hacia la cruz, doblan a la izquierda y se encaminan en fila hacia los altares. Así comienza el día. Al final del día está la letanía de todos los santos. En cualquier parte del mundo esta letanía es un mecanismo, igual que el breviario en el caso de los canónigos. No así en la Curia, Esa sí que es oración; las palabras se visten de sentido, uno sabe que está rezando y entiende lo que reza. Claro , el que está acostumbrado *et* otro ritmo, la primera vez y aún la quinta, grita el *"Miserere nobis"* con un segundo de anticipación.

Tal es el comienzo y el final de la jornada; en este mismo estilo transcurre el día entero. El silencio es perfecto, nadie llega tarde a comer, todos trabajan sin dar el aspecto de actividad febril, como en otras casas. Las habitaciones son cómodas, pero sin lujo. Todo acá parece una máquina bien lubricada, que trabaja con la velocidad máxima. El clima es tranquilizador. Los padres son los mejores de la Compañía. Allí descubrí mi anterior instructor de Florencia; ahora era asistente italiano. Durante las recreaciones tuve que relatar las novedades que había traído conmigo, de detrás de la cortina de hierro. A la recreación de la noche apareció un padre japonés, quien exponía con una visión extraordinaria la situación de su país; nos enterábamos de cosas que no salían en ningún diario. A los pocos días llegó un jesuita alemán —estábamos en la mitad de 1945—; éste, acosado por las preguntas de los padres franceses, nos aclaraba con sus respuestas muchos enigmas. Un día a mediodía apareció un elegante marino americano, un padre jesuita, capellán de un barco de guerra... a cuyo bordo firmaron el armisticio incondicional del Japón.

Al entrar en la circulación sanguínea de la Curia, poco a poco me fui orientando en los acontecimientos; se desarrolló en mí una opinión reposada y versada de la situación mundial. Pensé para mí, cuan ventajoso era para los que tenían oportunidad de vivir acá permanentemente, entre este torrente de noticias sistematizadas con un alto criterio, que les permitía ser observadores razonables y directores de las mismas, con una visión de perspectiva de la maquinaria enorme de la Compañía.

Para medir la amplitud de la Compañía, basta mirar las estanterías dispuestas alrededor de las paredes del aula de recreación, con una enorme cantidad de publicaciones editadas por los mismos jesuítas —cerca de 1.500—.

Me puse a hojearlas; detrás de una vi un padre fanático luchando eon su peculio en un rincón pobre del mundo, que entre mil dificultades saca a la luz este semanario, en un papel barato pero lleno de vida, mal impreso pero con un texto lleno de interés; y con este cachivache emprende una conquista entre los pantanos espirituales. Después tomé las lujosas publicaciones americanas que emanaban

superioridad y dinero, informaban de sus instituciones científicas, donde agraciados alumnos hacen sus experimentos entre aparatos maravillosos; estaban las importantes revistas de los alemanes y franceses sobre filosofía y teología compitiendo entre sí —recuerdo cuan orgulloso era Innsbruck de sus publicaciones—; además ejemplares pesados de las ciencias orientales con descubrimientos revolucionarios; había también una revista ilustrada para un tribu de Polinesia llena de cuadros y dibujos.

Me pasaba días enteros; los días que recibía para descansar después de mi viaje fatigoso, ante la estantería, impresionado y empequeñecido a la vista de tanto esfuerzo abnegado por un mismo fin.

En el edificio de la Curia estaban alojados los centros de algunas organizaciones de la Compañía. Al final de un corredor se albergaba el centro de la Congregación Mariana; debajo o arriba de ellas estaban las de las Misiones, donde el frío de Alaska y el calor del Ecuador se dieron la mano. El Apostolado de la Oración también recibió su hogar en el edificio de la Curia, lo mismo que la Procura que se ocupaba con los asuntos de los futuros beatos y santos de la Compañía. Varias redacciones de importantes revistas y el Centro de Asuntos Legales también estaban en este conjunto. Me sorprendió que cada uno de estos "centros" que estaba respaldado por millones de miembros, consistía, por regla general, de tres individuos: el P. Director, el P. Ayudante y un hermano oficinista experto. Un archivo enorme, un laboratorio fotográfico, que entregaba fotocopias en minutos, y diversos talleres complementaban las dependencia de la casa. Todo fue dirigido y efectuado por cincuenta padres y cuarenta hermanos.

Poco a poco fui conociendo todo; visité todos ios centros, observaba con respeto las reliquias de los beatos y santos jesuítas que se guardaban en un pequeño cuarto. Me dieron un huesito del novicio San Estanislao —entré en su día en la Orden— con su documento. Me puse contento porque no podía ni ver esa cantidad de reliquias romanas de cuya mayoría sabía que eran falsificadas. El historiador P. Grisar, tuvo que abandonar Roma, a pedido del Vaticano, porque ha demostrado que las reliquias más famosas eran falsificaciones. Además, escribió en dos tomos voluminosos la biografía de Martín Lutero con una objetividad tal que los mismos luteranos la aceptaron.

Visité a los padres del Instituto Histórico, que estaba pegado al edificio de la Curia; estaban trabajando desde hace muchos años en la edición crítica de los documentos relacionados con los primeros hechos de la Compañía, publicando de cuando en cuando un tomo. Estuve muchas veces en la habitación de un padre suizo, donde podía tener en mi mano, con toda reverencia, cartas de la India que databan del siglo XVI; el padre las deletreaba con una dedicación excepcional; cuando aparecía una palabra dudosa, corría al laboratorio fotográfico con la carta marchita, para volver en quince minutos con los diapositivos hechos; entonces los proyectaba sobre la pared en tamaño grande y muchas veces observábamos juntos con paciencia estas letras queriendo descubrir su origen. Como es de suponer, el P. Wicki dominaba a la perfección el idioma portugués antiguo con todas sus curiosidades. La hormiga resultaba holgazana en comparación con este padre, que trabajaba con una perseverancia fanática en descifrar estas cartas y mientras seguía trabajando en esta sola carta, yo ya había vuelto por segunda vez de detrás de la cortina de hierro.

Hasta ahora he presentado el cuerpo de la Curia, pero me callé sobre su corazón y su cerebro, sobre el Padre General y los asistentes. Mi primera observación es sobre la habitación del P. General; ésta no es en nada más linda o cómoda que la de otro padre. El también, durante las recreaciones, pasea para adelante y luego para atrás, para dejar siempre dos filas frente a frente, que permite conservar mejor, como en cualquiera de las otras casas donde practican esta costumbre rara los padres. Para recibir audiencia no requiere anotarse con días de anticipación, porque está al alcance lo mismo que cualquier rector. El título del superior de los Franciscanos es Minister Generalis, siervo de los demás; el de los Dominicanos es Magister Generalis, porque él enseña a todos; y el superior de los jesuítas se llama Praepositus Generalis, porque está antepuesto a los demás; "praepositus" no sólo porque manda, sino porque da el ejemplo. En ninguna orden recae tanta responsabilidad sobre el P. General como entre los jesuítas, porque ninguno practica las decisiones tan independientes en la dirección de los asuntos como en la Compañía.

Al mismo tiempo debe ser un verdadero padre para hacer soportar la rigurosa disciplina de la Orden, que si no fuera paternal podría lesionar la dignidad humana. A. R. Pater Janssens es un general así.

La Compañía está dividida en ocho asistencias, según continentes y grupos de lenguas, por ejemplo italiano, alemán, sudamericano. Exceptuando las *"solis",* todas las cartas llegan al respectivo P. Asistente. El formato oficial para sus cartas debe ser de veintidós a veintiocho, y su idioma, latín. Cada Asistencia consiste igualmente de tres miembros, como los antedichos centros. Ellos estudian la corresponden cía y el P. Asistente confecciona las respuestas en forma de proposiciones. A cada asistente le toca turno semanalmente para ver al P. General, con quien estudian los asuntos, deciden en los casos más simples y los más importantes los suspenden hasta la siguiente conferencia común de todos los asistentes.

La sola decisión del P. General en todos los casos es definitiva, y lo es también contra todos los asistentes, como lo afirma la Constitución. Las tareas de los hermanos laicos en las distintas asistencias consiste en copiar las respuestas a máquina y en archivo las mismas. Al archivo mismo, junto con los legajos que contienen todas las informaciones de todos, lo manejan tres padres.

Al escribir estos datos, yo mismo me asombro de cómo esta Compañía que se extiende a cinco continentes, con sus cincuenta provincias, con mil quinientas treinta y una casas, quince universidades, cuatro mil ciento veintiún colegios, noventa y cinco escuelas superiores técnicas, sus misiones entre los paganos y demás otras instituciones, la maneja un puñado de individuos. No es un manejo simple, sino una administración minuciosa, que atiende pedidos y asuntos personales de estos cinco continentes. Todos tienen que atenerse a las respuestas de Roma y éstas llegan infaliblemente al cabo de una o dos semanas; tienen que llegar, de lo contrario, según la Constitución y la disciplina de la Orden, todo quedaría paralizado.

Siendo un padre joven, pedí permiso al P. Provincial para viajar a Finlandia y ni me había reparado que mi pedido fue a Roma, donde pasó por el camino recién descripto y en Roma me concedieron el permiso para ir a Helsinki. Previamente a este pedido solicité tomar parte de un congreso juvenil internacional en Italia y a través de esta misma administración llegó una respuesta negativa. Y tenía razón, porque sabían que ese congreso, frente a la situación iba a tomar tendencias políticas; tanto yo como la Compañía hubiéramos salido comprometidos.

Mientras vivía en la Curia, me parecía natural que no más de cuarenta padres movieran este pequeño imperio y otros cincuenta hermanos atendieran las tareas físicas de su administración. Llegué a comprender el alcance de esto, cuando constaté personalmente en el rectorado de la Universidad de Buenos Aires, que para el solo control de los empleados de la universidad mantenían una oficina de sesenta o setenta empleados con la dirección de dos jefes que no hacían otra cosa que vigilar a los demás para ver si trabajaban. Con la misma cantidad de individuos, la Compañía de Jesús administraba el mundo entero. Hoy día suelen hacer con grandes poses estudios sociológicos del rendimiento de los empleados, de su aumento en un 1 %, de la simplificación y la complicación de la administración, de estadísticas por encuestas en congresos internacionales, mientras la administración es menos eficaz cada año. Vayan a la Curia Romana de la Compañía —Borgo Santo Spiritu 5— y observen el ritmo y el sistema de trabajo de ellos; claro está, que no es un caso tan simple, porque el lema allí es: espíritu, sentido del deber y voluntad.

Llegué al final de los capítulos por los cuales quería presentar la educación, disciplina, estudios y los detalles de la dirección superior de los jesuítas. Antes de exponer sus iniciativas y sus realizaciones, sus luchas, éxitos y fracasos, quisiera justificar su modus vivendi.

Según las Órdenes antiguas, en la gloria del Señor no existe espacio para la colaboración del hombre. Contra esta filosofía, los jesuítas afirmaron que el esfuerzo humano puede dar mayor gloria a Dios. Éste es el motivo de toda esta educación especialmente disciplinada. A menudo veíamos en la Orden, que debíamos trabajar como si todo depen diera exclusivamente de nosotros, y esperar el resultado y agradecerlo como si todo hubiera dependido absolutamente de la ayuda de Dios.

El que está impregnado de este concepto, lleno de ambición, emprende un programa como la conquista del mundo, que sobrepasa los esfuerzos humanos, debe prepararse concienzudamente. Una meta de conquista forja a los jesuítas en un ejército que posee el conocimiento de qué es lo que necesita para ser eficaz en el terreno movedizo de la vida. El único camino que conduce a este fin el es pulimiento del intelecto y el adiestramiento de la voluntad-Este fin trae a colación todas las características jesuítas que les fueron reprochadas durante siglos, como la obediencia incondicional, el probabilismo, la defensa exagerada del libre albedrío, hasta la acusación de semipelagianismo; o la moral de los casuistas tantas veces burlada. Los jesuítas en consecución de sus fines, tenían que bordear a menudo los límites de los principios morales. Éste es el móvil, la explicación y la esencia del comportamiento de los jesuítas. La Orden quería formar santos militantes y no solamente rezadores. No renunciar al trato con los hombres y de los bienes, sino aprovecharlos para la casa de Dios. La educación interna de los jesuítas se basa en la moral práctica: esfuerzos de voluntad, disciplina, control, numerosas reglas y el cumplimiento estricto de ellas.

V. EN BUSCA DE PONERSE A LA ALTURA DE TIEMPOS MODERNOS

Cursaba el tercer año de la *Filosofía* cuando un día los alumnos del colegio de Kalocsa vinieron a Szeged en excursión para conocer la ciudad y sus curiosidades. Su guía, Maestro Kerkai, los trajo a nuestro colegio; esa fue la oportunidad en que nos conocimos. El M. Kerkai estaba en el último año de magisterio, vino a mi cuarto y me expuso sus ideas, y el deseo de encontrar un colaborador en mi persona.

"Usted tiene nueve o diez años todavía —decía— para terminar sus estudios y llegar a ser Padre", tiempo suficiente para prepararse en un tema nuevo, porque sabía que ya había elegido carrera: pensaba ser orador y escritor y a este fin ya hacía dos años que leía diariamente a los Santos Padres, especialmente a Crisóstomo y San Bernardo de Clara-val, y ensayábamos varias veces a la semana con el hermano Németh ejercicios de oratoria; en aquel entonces varios artículos míos fueron publicados ya en varias revistas de la Orden. Maestro Kerkai me expresó lo siguiente: desde su noviciado venía pensando cuál sería la obra adecuada para darle a la Iglesia, dentro de la situación actual, un gran impulso. Era irrefutable que la Iglesia había perdido notablemente su antigua influencia sobre las masas; más aún, algunas capas, justo las más extensas, como la clase obrera, fundamentalmente la había perdido. De que haya obreros fieles a la Iglesia es un engaño de óptica; aquí se trata de las masas. Y esas ya no se reconquistan con palabras ni con elocuentes artículos. Éstos son escuchados y leídos por esas almas beatas que no los necesitan porque ya están tan adheridos a nosotros, que aun si quisiéramos, no podríamos desprenderlas.

En ese momento se presentó ante mi imaginación el público de nuestra iglesia, que si fuera echado por la puerta principal, entraría por la lateral. Y pensar que todavía nos jactábamos de que escuchamos cuatro mil confesiones al año, sin pensar que trescientas almas beatas las pusieron en nuestras manos. Vivíamos en el siglo de los movimientos de masas y no de almas seleccionadas o de las menos numerosa capa superior. En la época barroca la Compañía de Jesús poseía en Hungría treinta y dos colegios con internados, y apenas había familia noble que no hubiera mandado sus hijos a los jesuítas. Tenían además, seis universidades y escuelas superiores. Hoy, sobran aún estos dos colegios y lo peor es que utilizan a la mayoría de los Padres de la provincia húngara para una vida casi infructuosa. Seamos sinceros: los nobles jóvenes que antaño cursaban en nuestros colegios, al convertirse en hombres eran defensores de la Iglesia, pero los millares de alumnos que cursan en nuestros colegios hoy día, ¿cuándo hicieron sentir sus influencias en la vida pública?

Hoy ya no podemos llegar a las masas por el camino de la caridad, porque ya no prestan oído, debido a los engaños y abusos de que fueron objeto; no se conforman con limosnas y consuelos; exigen derechos. Quien les otorga derechos a una vida mejor, en ése confiarán y en su Dios creerán. Démosle nosotros, la Iglesia, esos derechos y ellos volverán otra vez a tener fe. El camino verdadero del apostolado de hoy, que no quiere remendar o pulir almas puras más brillantes aún, es la justicia social y la organización social de las masas. Si la Compañía de Jesús emprendiera este camino con una nueva meta de conquista, su importancia acrecentaría y sus éxitos competirían con sus conquistas de antaño.

Este sería el camino seguro para salir de las monotonías de las múltiples pequeñas prácticas apostólicas, que hoy día cualquier capellán novato puede llevar a cabo.

En su época estos trabajos apostólicos significaban revolución, porque casi nadie los hacía; pero hoy cualquier cura da ejercicios espirituales, atiende confesiones todo el día. Hoy somos uno de los muchos. No nos rebajamos nosotros, sino que el nivel de los curas se ha elevado desde que dos o tres siglos atrás, los nuestros trabajaban como apóstoles admirados casi solos.

Si San Ignacio despertara y viera a sus hijos guerreros en actividad inerte, ahora, cuando tanto hay que hacer en este mundo sin ideales; qué no haría por sacudirlos

con energía y hacerles comprender su misión preciosa de abrir nuevos caminos, buscando las exigencias del momento, estar siempre a la cabeza y prestar grandes servicios a la humanidad a través de la Iglesia. No puedo librarme de la impresión de que la Compañía de Jesús es como un tractor, que está arando un pequeño jardín.

Nosotros ahora tenemos que tomar impulso y dar un salto grande para realizar de nuevo el *"ad Maiorem Dei Gloriaví".*

Pensemos bien, si vale la pena comenzar nuestro movimiento social con la capa obrera de la ciudad, porque esta capa ya ha resbalado de nuestras manos; nosotros no podemos competir en promesas y luchar contra aquellos que a la clase obrera la tienen ya conquistada. Ahí están los campesinos, ellos serían todavía aptos, pero ya están en camino de la apostasía y por mil causas, este camino se hace cada vez más vertiginoso. Nadie creó todavía un gran programa para beneficiarlos; este es un terreno virgen, que promete éxitos, su significado futuro podrá ser grandioso y seremos nosotros los jesuítas quienes les daremos más derechos, más cultura, más nivel de vida y una orginización, que será el baluarte para el futuro.

En aquella tarde invernal sentí, que estas verdades se me grababan para toda una vida. Desde entonces, brotaron en mi alma torrentes de argumentos que al fundirse se convirtieron en una convicción sólida que sigue sin mella hasta el día de hoy.

El maestro Kerkai me entregó algunos volantes que ya había publicado, porque con los alumnos a su cargo emprendió un movimiento social, en calidad de ensayo, con el nombre de *"Regnun" y* si yo quisiera compartir su obra, pediría al P. Provincial, que el año siguiente sea yo su sucesor para continuar los trabajos ya iniciados, mientras él irá a Inns-brucks a la teología.

Nuevas prespectivas se abrieron ante mí y prometí mi dedicación a la cuestión social. Nos separamos y al día siguiente pedí al Rector que me recomendara algunos libros básicos para el tema de mi nueva inclinación. El Padre se sonrió, pero me recomendó los autores pedidos. Desde entonces abandoné la lectura de los Santos Padres y dedicaba mi tiempo al estudio sistemático de la sociología. Cuando llegué a Kalocsa a tomar a los alumnos de Maestro Kerkai, ya no era más principiante.

Ahí disponía de más tiempo para mis lecturas y aprovechábamos con el Hermano Kerkai los quince días que quedaban de su estadía para dibujar los contornos de nuestros grandes planes lejanos; emprenderíamos un movimiento social de campesinos. Empezará desde abajo con la organización de la juventud por amplias bases culturales, económicas, intelectuales; emplearemos a los jóvenes mismos para los trabajos de organización; por eso mismo comenzaremos con cursos de formación de dirigentes, y con el pasar de los años a medida que se maduren los jóvenes, el movimiento desarrollará una organización campesina extensa; en el principio tendremos que ocultarnos ante la vista de los enemigos eternos del progreso; es por eso que debemos comenzar con la juventud, que no suscita sospecha alguna. Mientras les hablaríamos de religión y tradiciones, les inocularíamos el pensamiento de las reformas sociales, que es nuestra meta principal secreta que a su vez conducirá a una finalidad mayor : mantenerlos para la Iglesia. Darles un ideal, una meta, esperanza para una vida más equitativa, y luchar si es necesario arduamente, con los medios más drásticos por la realización de estas esperanzas para que no vaya a suceder que nosotros también los desfraudemos. Si el caso lo

requiere pondremos en juego todo el peso de nuestra calidad de jesuítas con su prestigio moral. Las reformas sociales ya conquistadas serán las armas más eficaces para la conquista de sus almas y no los sermones piadosos. Queremos estas reformas también por sí mismas, y porque son justos y queremos luchar por los campesinos porque sin Cristo también los queremos y los consideramos nuestros hermanos. Nuestra gran meta oculta será una gran reforma agraria, y si va a ser necesario guardaremos silencio sobre ella por años, para que los grandes señores terratenientes y los prelados (la Iglesia católica poseía cerca de 1.000.000 de hectáreas en el país más pequeño del Centro de Europa), no nos para licen antes de tiempo; los enfrentaremos con nuestras exigencias, cuando ya nos hayamos fortalecido y cuando ya no podrán enmudecernos.

Paseando en la villa de Kalocsa días enteros con el Hermano Kerkai, cambiábamos ideas e impresiones y llegábamos a la conclusión que ésta, nuestra gran empresa, devolvería a la Compañía esa influencia de que gozaba en las épocas de los nobles. Hoy día, la organización de una capa abandonada como la campesina en una confederación disciplinada y movilizable, significará fuerza, influencia y poder. Nos pusimos de acuerdo en la distribución de nuestras tareas respectivas; esto era necesario para cada uno. Yo pude continuar así, en una determinada dirección, más estudios sistemáticos. El Maestro Kerkai, después de las conversaciones, viajó con prisa a Innsbruck para alcanzar a sus compañeros; fue por nuestras conversaciones que se habían retrasado dos semanas. Yo por mi parte me dediqué al trabajo. Como en la biblioteca de Kalocsa no encontraba la obra de Le Bon "Psicología de las masas", pedí que se me permitiera su adquisición. El P. Rector al darme el permiso me preguntó, ¿si pensaba reorganizar a los alumnos del colegio en base a los principios de Le Bon? Ese mismo fue mi pensamiento, al menos quería ensayar las impresiones psicológicas con mis alumnos.

Todos mis alumnos estaban sorprendidos al enterarse que yo quería continuar todo lo que mi predecesor empezó, puesto que esto no era de costumbre. Los nuevos Maestros suelen saberlo todo mejor, que el anterior. A mí me tocó la división superior o sea, los alumnos de diesiséis a dieciocho años.

La revista *"Regnum"* fundada por el Maestro Kerkai fue redactada, confeccionada y administrada por los mismos alumnos. Fue ardua para ellos esa tarea. Escribir los artículos, llevarlos a la imprenta y corregirlos. Yo sólo llevaba el control. Era una redacción formal. El Hermano Kerkai mantenía a la revista con avisos, con el precio de los ejemplares —600-700— y con donaciones. Pronto resultó poco y yo tuve una idea: hice fundar por los alumnos el banco, *"Regnum".* Eligieron entre ellos mismos al presidente, tesorero y contador. Imprimimos también acciones. Los muchachos entusiasmados escribían todos a sus casas, pidiendo dinero para comprar acciones. Algunos resultaron capitalistas, con 700-800 acciones. Este banco daba dividendos mensual-mente. Claro que los dividendos fueron gastados en el *"Kiosco Regnum"* que fue fundado con el capital del *Banco Regnum.* Este kiosko se desarrolló al poco tiempo en una bom-bonería de excelentes ventas; los mismos alumnos trataban con los fabricantes de golosinas por los pedidos y era increíble, que un negocio de un colegio pueda producir ganancias tan cuantiosas; como es natural, el público lo constituía el alumnado del colegio, no solamente los de nuestra división. De golpe disponíamos de tanto dinero que pudimos ampliar la revista *"Regnum".* Agregamos nuevas secciones y un *"Stiplemento Infantil"* para los alumnos menores. Nos suscribimos a un distribuidor de películas y con el proyector de uno de los alumnos, fundamos el *"Cine Regnum",* con dos funciones semanales. Como según las reglas del colegio, estaba prohibido al alumnado frecuentar las funciones cine-

matográficas, puede imaginarse el éxito que tuvo esta nueva empresa y las ganancias que aportó. Los dividendos iban en aumento y las acciones se multiplicaron: el kiosco se amplió con una nueva sección: utensilios escolares. En esos días salió un diario, con el título "Hora 12", que aparecía a mediodía de un solo ejemplar, escrito sobre una hoja de block, durante los recreos y debajo de los bancos. Este diario trataba de asuntos del colegio; noticias trágicas por las malas notas, anécdotas de los Padres, y una novela cotinuada, con el título de "El ventrílocuo manco". La sola lectura del diario costaba a los alumnos diez centavos y a los Padres más: veinte centavos. Su redactor era Vida István, el alumno más destacado, quien después fue en nuestra gran organización uno de los colaboradores profesionales más importantes.

Esto colmó la medida. Algunos pocos Padres pagaban los veinte centavos, para leer el "Hora 12", pero lo3 demás hacían cola ante la puerta del P. Rector, para elevar sus que jas, porque, según ellos, desde que existía el *Regnum* los alumnos eran más negligentes, estudiaban menos y prestaban poca atención durante las clases; además seguían otras quejas cuya mayoría eran suposiciones de acuerdo a las leyes psicológicas en casos similares. Fui llamado por el P. Rector, quien me interrogó a fondo. Le expuse todo con detalles, añadiendo mi opinión según la cual ninguno de los alumnos iba a tener necesidad en la vida de calcular la capacidad de un cono irregular, pero tanto ellos como sus padres nos bendecirían que en estos tiempos, llenos» de dificultades, en vez de añoranzas amorosas, se desahoguen en una actividad febril, que era al mismo tiempo una práctica útil y constructiva para los años venideros. Tuve que prometer que iba a vigilar más los estudios de los alumnos y que el diario se redactará de noche. Ganamos. El P. Csávossy, nuestro rector, vastago de una familia aristocrática ancestral, quien logró un gran prestigio con sus enérgicas conferencias y publicaciones sociales, fue nuestro asiduo protector hasta el final; ahora por vez primera salió exponiéndose por nuestra causa, permitiéndonos continuar con nuestras empresas Regnum.

Pronto formé un curso para formación de dirigentes. En verdad, esto no tenía ningún sentido en el colegio, pero entusiasmaba a los alumnos sobremanera, y tratábamos el problema social de acuerdo a sus alcances y ellos mismos daban conferencias.

Excluimos a los menores de estas actividades; éramos un grupo semisecreto que despertaba interés y prestigio. En las vacaciones del primer trimestre, con dos de los alumnos de la capital, visitábamos las villas miseria, después escribíamos elocuentes artículos, ellos en el *Regnum y* yo en los diarios de la capital, de las experiencias adquiridas. En ese tiempo ya aparecían polémicas en las columnas del *Regnum,* contra el diario *Kürt* de los alumnos benedictinos de Gyor, sobre un tema social.

Una vez un teniente de la Gendarmería hizo encarcelar a un sacerdote, por una supuesta expresión antipatriótica; este hecho suscitó la rebelión de toda la prensa católica húngara; nosotros también nos plegamos a la rebelión y publicamos un artículo extenso contra el teniente gendarme, escrito con impulso juvenil y vehemencia. Brotó un escándalo: nos citaron, por dicho artículo, a la comisaría, porque el comando de la Gendarmería inició proceso contra todos los diarios atacantes, entre ellos también contra el *Regnum.* Bueno, no fue difícil arreglar las cosas; prestamos declaraciones, explicamos, etc.; pero los Padres puritanos, quienes conocían a la policía nada más que de la esquina, pusieron el grito en el cielo. Vivía en estos años entre nosotros un Padre de 98 años, el P. Tóth Mike, ya completamente ciego; aparte de los alumnos a él también lo heredé del Maestro

Kerkai. Él iba diariamente por una hora a leerle los diarios. El Padre se resignó al saber que de ahora en adelante era yo quien iba a reemplazar al hermano Kerkai. No prestó mayor atención al presentarme, de lo que salí beneficiado, porque al estallar el escándalo del teniente gendarme, ignorando que era yo quien respaldaba al *Ragnum,* no me dejó leer mi acostumbrada ración, sino rezongaba todo el tiempo contra ese "maestrillo mocoso", que tendría que ser echado de la Compañía por todos los escándalos que provocaba. Su única ocupación desde una década atrás era protestar contra todo y contra todos, y criticar todo el día. Todos los años hacía llenar tres hojas con sus quejas y las enviaba al P. Provincial, quien trataba de consolarlo con cariño y le prometía cada vez que pondría orden en la provincia.

Al mencionar al viejo P. Tóth, mencionaré también su fin. Las tres últimas noches yo velaba junto a su cama, su gemido era impresionante, daba miedo; su ronquido, te - naz ; estaba todo el tiempo sin conocimiento. La última noche pasó del ronquido a una asfixia desesperante, que conmovía a cualquiera. Desperté al Hermano enfermero, quien al verlo me pidió que despertase al P. Rector, porque había llegado su fin. Los tres estábamos de rodillas al lado de su cama rezando el *"Profiscere anima cristiana",* cuando sucumbió. Después del deceso me quedé por largo rato mirándolo prolongadamente y pensé: "muchos dicen de nosotros, los jesuítas, que nos unimos sin conocernos, convivimos sin querernos y morimos sin llorarnos"; y me pareció que el comienzo y el final eran ciertos, pero no el medio, porque nosotros queríamos a este viejo Padre gruñón y lo extrañamos junto con sus palabras rezongonas.

Durante el magisterio traté de conseguir tiempo para dedicarme a las obras de Marx y Engels; me consagré al socialismo agrario y logré conseguir los libros de Laveley y Geor-ge. Observé cada vez más intensamente la situación húngara y aprendí a juzgar objetivamente los graves abusos que poco a poco convirtieron a Hungría en un museo, en medio de un mundo que fue progresando en sus reformas sociales. Quedé profundamente emocionado al leer el libro del conde Imre Károlyi sobre el primer plan quinquenal ruso y tuve la visión que teníamos que hacer nuestros proyectos para el futuro lejano y aprender de los rusos a calcular todos nuestros pasos con mesura, si queríamos obtener resultados. Trataba de justipreciar a través de los grandes principios católicos expuestos por notables autores, dónde estaba el límite de nuestra actividad en una cuestión de reforma social; porque estábamos decididos a ir conscientes hasta los límites permitidos. Por este motivo estudiaba con esmero la encíclica *Quadra-gesimo anno,* con sus reconocidos comentarios, e hice anotaciones de sus textos, que podrán servir de base para un programa social enérgico.

Volvimos a encontrarnos en la teología de Innsbruck con el P. Kerkai, donde seguíamos confeccionando nuestros proyectos en todos los detalles. Aprovechamos la oportunidad de la composición cosmopolita del colegio para sondear a cada uno sobre la situación de su país y sus problemas y las actividades de los jesuítas. Descubrimos actividades fragmentarias en algunas partes, pero en ninguna había ni rastro de un movimiento único que abarcara la organización social de toda la campaña. Estas organizaciones la Iglesia las cedió cortésmente a sus enemigos. La I. O. C. belga fue la única iniciación, pero no fue trabajo jesuíta.

El P. Kerkai logró permiso para ir a Viena a visitar a Mons. Cardijn, quien viajó a esa.

Después de las conversaciones tuvimos la impresión de que sería mejor emprender nuestro gran movimiento independiente de los demás, porque el programa del Abate Cardijn era notablemente más estrecho y guardaba el espíritu clásico de la Iglesia; empleaba sus medios. Nosotros, en cambio, queríamos vencer al enemigo con sus propias armas. Expresamente queríamos atacar y no limitarnos a la defensa. Una empresa basada en un salvamento defensivo hubiera hallado eco en la generación reposada y nosotros apelamos a la juventud, que no quiere defenderse, sino atacar.

Estuvimos seguros hasta en los últimos detalles de lo que queríamos hacer. Rodeados de exámenes de teología, pataleábamos como caballos de carrera antes de la salida. Un buen día el P. Provincial nos envió a Szeged a los dos.

* * *

La primera condición era no trabajar con colaboradores aficionados. La mayoría de las organizaciones católicas se caracterizan por el hecho que intervienen en ellas colaboradores gratuitos que trabajan por caridad. No se puede mandar a estas bellas almas; únicamente solicitarles, y hay que conformarse con que dediquen sus horas libres para la causa. Nosotros, en cambio, necesitábamos personas a quienes se podía sacar de la cama también a la madrugada, si el caso lo requería. Pronto encontramos dos jóvenes entusiastas y muy aptos para nuestra meta: al Dr. Georges Farkas y a José Ugrin. Sus primeros salarios fueron cubiertos por las donaciones mensuales de familias conocidas que ofrecieron su colaboración por cierto tiempo. Estas sumas las cobraba con insistencia el P. Kerkai, como un cobrador inflexible.

Como es sabido, el movimiento en cuestión fue emprendido y guiado por nosotros, con la aprobación de la Orden, que nos dio toda clase de facilidades para la causa, excepto ayuda monetaria que no le habíamos pedido. Seguros de nosotros mismos, enfrentamos la causa sin dinero alguno, confiados que no nos faltarían medios. Y así fue: pronto renunciamos a las donaciones de las familias y echando mano a todas las fuentes posibles íbamos aumentando nuestro caudal a medida tal, que a los ocho años de nuestra existencia, cuando la invasión rusa del final de la segunda conflagración mundial nos arrasó, trabajábamos con un presupuesto de muchos millones y disponíamos de alrededor de 195 colaboradores pagos que organizaban a las aldeas.

Dos colaboradores empezaban a frecuentar las aldeas próximas a Szeged, yendo casa por casa con el pretexto de la propagación de un diario católico; al encontrar a un joven campesino trababan conversación, y si se vislumbraba algún interés por cualquier organización agraria, anotaban sus datos.

En el ínterin de tres meses visitaron 42 aldeas y trajeron los nombres de seiscientos jóvenes campesinos. Mientras tanto nosotros obtuvimos permiso del P. Rector para utilizar la Villa para la realización de los cursos. Entonces inscribíamos a los jóvenes de cincuenta y sesenta a la vez, invitándolos a una reunión de tres días. No tenían que pagar nada, sólo traer consigo una frazada, un poco de papas, tocino y fideos. Vinieron todos los invitados; dormían en el aula magna sobre los colchones y el comedor estaba preparado para las conferencias. Les exponíamos que había que unir a los campesinos por una vida mejor, pero eso se podía realizar con aquellos que son superiores en espíritu y cultura que los demás. Los instruimos en las destrezas de la organización; que hablaran luego en sus casas con no más de tres o cuatro amigos, de los más serios, para contarles lo que habían aprendido aquí en

estos días; más tarde los amigos debían traer uno o dos más de los suyos, siempre seleccionándolos. Al completar el número de quince o veinte jóvenes, vayan a la parroquia y díganle al párroco que están decididos a hacer una organización juvenil. La villa de Szeged fue testigo de algo nunca visto: jóvenes rústicos se ponían de pie y practicaban oratoria con nuestra ayuda e instrucciones. Acto seguido les enseñábamos cómo realizar teatro aficionado en sus casas y sus complementos: en medio de carcajadas vivas aprendían el maquillaje y se ponían las barbas y bigotes postizos. Luego les instruíamos sobre la agricultura racional, de las enormes ventajas de la cooperativa, de la elaboración de sus productos; les exponíamos datos precisos: cuánto más utilidad les dejaba si no venden su trigo como hasta ahora, sino a una parte le hacen moler en los molinos de la cooperativa y luego, de la harina, producen fideos en la fábrica de pastas de la cooperativa.

Les enseñamos canciones ancestrales ya en olvido y algunas nociones de religión, para guardar las apariencias, porque el programa religioso intenso estaba destinado para más adelante. La última noche apagamos las lámparas dejando una sola vela en la mesa y les dirigimos la palabra solemnemente, diciendo que enviábamos luz a sus aldeas por medio de ellos, que iluminarían el camino para una vida mejor para todos los campesinos, y los aquí presentes seríamos los apóstoles de este nuevo mundo; acto seguido cada joven encendió su vela propia, de la que estaba llameante en la mesa y prometió solemnemente que una vez en su casa, a la luz de su vela reencendida juntaría a sus mejores amigos para la causa.

Al apagarse las velas más de un joven campesino tenía los ojos húmedos; nosotros también.

De todos los cursos anotábamos a los más aptos, observando en lo que se destacaban para llamarlos más tarde a un curso más extenso, o para utilizarlos en las asambleas generales como organizadores o bien como actores.

Al llegar los jóvenes a sus casas, sus respectivos párrocos recibieron una carta de nosotros, indicándoles que jóvenes campesinos irían a afiliarse en una organización que los tomen a su cargo, y les enviamos adjunto el material completo para las cuatro primeras reuniones. Este material consistía en el discurso del párroco, otro discurso de un joven, la descripción de un juego de salón, alguna curiosidad mundial, etc.; el párroco no tenía más que distribuir las hojas respectivas. Contenía además un índice para el párroco, donde había renglones para los nombres de aquellos que participaban de la distribución del material. En una palabra, recibía todo lo necesario para facilitar su tarea en la realización de las reuniones. El resultado era que poco a poco se hablaba, se declamaba, se cantaba y se jugaba lo que nosotros disponíamos en el centro del movimiento. Estos folletos de programa, al cabo de ocho años se repartían en cuatro mil aldeas.

Los jóvenes campesinos, entusiasmados al volver a su pueblo, ya en el primer invierno organizaron el movimiento de cuarenta y dos aldeas, de manera que el KALOT —así se bautizó a la gran empresa— en la primavera siguiente pudo realizar una asamblea general con la participación de dos mil quinientos jóvenes campesinos.

No había tiempo que perder; organizamos conversaciones de dos días con los párrocos, explicándoles el programa y haciéndoles ver el apoyo importante que recibirían en sus aldeas con el movimiento juvenil.

Desde el primer día el Centro abastecía a todos los de la organización. Este "Centro" en el principio consistía en un pequeño patio, que cubríamos con techo, donde en invierno nos congelábamos y en verano nos asábamos. Nosotros vendíamos desde la insignia KALOT, banderines, obras teatrales con instrucciones para su dirección, pinturas, postizos, etcétera. Ya teníamos un periódico lleno de impulso febril y como consecuencia comenzaron las visitas a la comisaría; yo ya era ducho en estas tareas con el antecedente del tiempo del *Regnum.* Poco a poco comenzaron a respetarnos, y los más inteligentes reconocían que éramos necesarios. Eramos una avalancha que ya no se podía detener. Al mismo tiempo nuestro Rector, Luis P. Müller, nos llamaba cada mes y nos decía con toda soldaridad: "Yo no les digo nada, pero quiero que lo sepan que ayer vinieron un prelado y un consejero municipal a quejarse de ustedes; hay que tratarlos bien por - que depende mucho de ello, y sigan siendo inteligentes", etc. Hasta hoy bendigo su recuerdo por su comprensión, solidaridad y entusiasmo por esta noble causa; él fue P. Maestro de ambos nosotros en el noviciado. Como solución hice amistad con el jefe supremo de la policía de Szeged, con el intendente y con todos los que pude. El P. Kerkai no servía para estos pasos de ballet social y me los dejaba a mí según un acuerdo hecho ya en Innsbruck.

El segundo año comenzó con siete colaboradores que, simultáneamente en siete regiones del país, mantenían cursos de tres días, se llevaban consigo el material completo impreso de dichos cursos, con el resultado de las experiencias del año anterior y sus recomendaciones. Ya no podíamos dar abasto a las invitaciones; nos llamaron de todas partes. Al parecer acertamos el tono y las exigencias latentes; educábamos a los mismos jóvenes para cubrir los trabajos. Los empleados del Centro eran verdaderos artistas en descifrar las letras rústicas de los jóvenes. Estas cartas en letras primitivas nos hacían más felices que cualquier bella misiva.

Al final del segundo año ya podíamos realizar en la capital la gran asamblea nacional con el desfile de veinte mil jóvenes. Entonces el primer ministro llamó al P. Kerkai, acto que hizo sentir el peso del movimiento. Antes de terminar el año trasladamos el Centro a la capital, a un apartamento mayor, cerca de la casa de los jesuítas; lo fuimos ampliando año tras año.

Hasta aquí fue el comienzo; todo salió según lo planeamos. Pudimos evitar formarnos, como lo solía hacer la mayoría de las entidades católicas, con presidentes y presidentes honorarios en el palco oficial, con el obispo y el intendente a la cabeza, con los mismos socios que ya son socios activos en la Congregación Mariana, Acción Católica y en el Apostolado de la Oración. Los nuestros salieron de un nuevo material humano y todas las reuniones, mayores o pequeñas, las presidían ellos mismos.

Nunca el P. Kerkai ni yo nos sentamos a la cabeza de ninguna mesa directiva.

* * *

Al principio del tercer año, KALOT salió de la primaria. Han resultado poco los tres días para los cursos; la dimensión de los locales para su realización, muy estrecha; el número de colaboradores, insuficiente, y sobre todo muy cortas las veinticuatro horas del día.

De acuerdo al crecimiento de KALOT, aumentábamos el rigor de la disciplina; nuestro principio era el siguiente: nadie es insustituible; no cazábamos a los socios nuevos con vehemencia; por el contrario, la asociación que no pagaba sus cuotas mensuales, fue borrada de la lista. Y desde entonces era de balde que pidiera cualquier cosa al Centro; su pedido no era atendido.

Años atrás, los jesuítas vendieron el edificio del noviciado de Erd a un colegio de monjas. Al enterarnos ahora que el castillo ancestral estaba de nuevo en venta, nosotros en el tercer año del movimiento, disponíamos de suficiente dinero como para adquirirlo; fue grande nuestro júbilo al transformar el castillo en nuestra primer escuela superior del KALOT. De nuevo estaba en la pieza en que la primera tarde de mi vida de jesuíta estaba sentado como candidato y asustado, observaba el horario fraccionado en cuartos de hora. Sentado en el mismo lugar, esta vez era yo quien confeccionaba los horarios de los jóvenes y no era mucho más indulgente con ellos ahora que ellos conmigo entonces. Desde ése mi primer día de noviciado había aprendido que si uno quería realizar algo grande, algo digno, esto exigía sacrificio.

En esta escuela superior, los cursos más cortos ya eran de una semana y se hizo regla general en todas las asociaciones campesinas, que nadie podía ser presidente o miembro directivo, sin haber pasado por el curso de formación de dirigentes de una semana. Esto motivó un torrente de interesados a tal punto que pronto la escuela superior de Erd resultó chica. Este fue el primer caso en que la realización superó nuestros cálculos de Innsbruck; nosotros pensábamos en dos o tres escuelas superiores en los cuatro años, y al terminar el cuarto año en todas partes del país funcionaban veinte escuelas superiores populares; todas con alumnos internos que cultivaban su agro propio, y su cuerpo de profesores que vivía en las mismas. A esta fecha el número de los que habían pasado por los cursos de una semana en las escuelas superiores, era de treinta y dos mil.

La fundación de estas escuelas era de novela; dos de ellas compramos nosotros, tres mandamos a edificar dentro del estilo característico de la región, seis alquilamos, y las nueve restantes recibimos en calidad de obsequio. La lista de los donantes es una curiosidad aparte; sus integrantes eran: un grupo de campesinos, José Francisco, archiduque real; párrocos de una diócesis, el Dr. conde Imre Hunyady, la ciudad de Szabadka y tres obispos

Las instalaciones costaban fortunas; su manutención más aún porque todos los cursos eran gratuitos; los jóvenes contribuían con algo de sus productos agrícolas únicamente.

Poco a poco nos habíamos perfeccionado en el arte de la adquisición de dinero; hasta el día de hoy no sé si fue nuestra gloria o nuestra vergüenza; lo único que sé, es que todo eso era por la causa. El Kalot tenía sus más importantes entradas de las cuotas mensuales, de sus granjas modelos que funcionaban junto a las escuelas superiores, del Centro de Programas, de su imprenta y de sus comercios, pero... todo esto era insuficiente. Con pretextos o sin ellos promovíamos subsidios de ministerios, de los consejos municipales, del ejército. No había en el país un hombre rico, si estaba dotado de sentimientos sociales, que no hubiera donado alguna suma importante para la causa del Kalot.

La capacidad de las escuelas superiores era entre cincuenta o ciento cincuenta jóvenes. Su función era dirigida por una sección del Centro y una sección de la

tesorería del mismo controlaban la administración de sus bienes. Nuestro principio fundamental regía como siempre: todo recibían ya listo del Centro; el programa escolar, los textos para las clases, consejos prácticos y fórmulas para la administración económica de la escuela.

Preparábamos una especie de escuela cultural; los que la cursaban podían mantener luego en sus aldeas cursos menores para sus compañeros; llevaban consigo todo el material necesario para ello. En el sexto año del movimiento, llamamos de todos los cursos habidos a ciento cincuenta jóvenes seleccionados, los que poseían las mejores clasificaciones en sus legajos. ¡Cuan meritorios eran ya estos jóvenes para convertirse pronto en hombres responsables! Durante tres días disertamos con ellos los problemas sociales más difíciles, las tesis de la religión y los sometimos bajo test. De este modo, de los ciento cincuenta seleccionamos veinte. Despedimos el resto y mantuvimos los veinte para un curso especial de cuatro meses

Al finalizar este curso los veinte jóvenes se incorporaron dentro del seno del Kalot y fueron enviados a las veinte escuelas superiores para instruir a los jóvenes campesinos, quienes los acogieron con una confianza plena por ser del mismo origen. Algunos de ellos se destacaron como excelentes oradores y causaron impresión mucho más profunda que los otros profesores profesionales.

Pensábamos aumentar su número y de a poco ir confián-doles algunas posiciones claves según nuestra idea original, para que las distintas capas sociales sean dirigidas por individuos destacados de entre ellos mismos; era de prever que éstos conocerían y comprenderían mejor sus sentimientos, sus exigencias y sus reacciones.

Después que los rusos ocuparon el país, los comunistas exigieron que nosotros con el P. Kerkai nos retirábamos de Kalot y los colaboradores eligieran a un presidente; la elección recayó sobre Francisco Babothy, un destacadísimo joven de veinticinco años, quien fue uno de esos veinte campesinos seleccionados.

* * *

Nuestra vida jesuíta se había plegado íntegramente a este trabajo febril. Gozábamos del máximo amparo de todos nuestros superiores. Nuestra libertad, de acuerdo a las prácticas resultantes de la Orden fue completa; al mismo tiempo sabíamos que en caso de una falta de disciplina o de espiritualidad, sin piedad o miramiento alguno, de un día para otro seríamos sacados del Kalot y enviados a algún colegio a enseñar latín. De esto nadie hablaba, pero todos los sabían. En un caso supuesto la Orden hubiera designado dos Padres en reemplazo. Cierto que a éstos le hubiera sido cuesta arriba al principio, pero a la larga hubieran cumplido. La Compañía nos enseñó que nadie era insustituible y nosotros tampoco nos considerábamos como tales.

Comenzábamos a las cinco de la mañana con nuestra meditación de una hora, luego celebrábamos la misa, pero en esto ya gozábamos de completa libertad; era el P. Ministro quien disponía para todos el lugar y hora para la celebración de misa; nosotros, en cambio, nos anotábamos en el pizarrón libremente, como era natural, puesto que viajábamos tanto que no se podía contar don nuestra presencia. Estábamos dispensados de todo trabajo apostólico, confesión o predicaciones. A

veces, por la falta de Padres, nos rogaba el P. Ministro alguna suplencia, que nosotros cubríamos si nuestro tiempo lo permitía. El examen de conciencia obligatorio de todos los días, lo efectuábamos a mediodía en el camino hacia nuestra casa, donde llegábamos tan tarde siempre que apenas alcanzábamos el final del segundo turno, donde no sólo la sopa estaba fría, sino la silla también. Pero los hermanos eran muy atentos con nosotros, llevados por un agradecimiento peculiar, debido a que muchos de ellos tenían origen campesino, por eso nos rodeaban con sus atenciones hasta mimarnos; esto nos conmovía hondamente.

Siempre sufríamos de falta de fondos; esto se debió a que contratábamos 40 colaboradores nuevos, generalmente, si teníamos presupuesto para 20. Edificábamos simultáneamente dos escuelas, cuando nuestros fondos cubrían una sola, y para peor, estábamos tratando el arrendamiento de tres más. Logramos convencer a los ministros que con algún pretexto nos dieran una ayuda mayor, movilizando todas nuestras influencias posibles: mientras tanto, controlábamos las publicaciones del Centro, la confección del material de las reuniones semanales y había días que encima de la correspondencia del Centro, la nuestra personal, ascendía a 40 ó 50 cartas.

La situación del país se hizo cada vez más dura; ya pasábamos hambre. El P. Ministro se vio obligado a racionar todo; de mañana encontrábamos junto a nuestra servilleta 150 grs. de pan negro como la tierra, ración para todo el día.

Cada año cumplimos nosotros también con los ejercicios espirituales de ocho días. Yo de mi parte solía retirarme al silencio de una de las villas de la Orden. El P. Kerkai viajó a Nagykapornok, donde tres de las cinco mil hectáreas eran bosques, donde se internaba en la casita abandonada de un guardabosque, llevando consigo suficiente pan, tocino y miel, como para ocho días, y demás enseres, y ahí en medio del misterioso murmullo del bosque, completamente solo frente a Dios reflexionaba sobre su meta y la de todos en este mundo. Volvió enriquecido con unos horizontes y perspectivas espirituales y nuevamente tejimos nuestros proyectos días enteros, controlábamos la pureza de nuestras intenciones y buscábamos soluciones para las dificultades. Una vez vencido por el cansancio, me dominaban fuertes jaquecas y me vi obligado a interrumpir mis actividades y retirarme por un mes; elegí para mi descanso la Villa de las hermanas Inglesas. La tranquilidad del otoño y las actividades de la vendimia, me devolvieron mi salud. Con el tiempo se hizo norma que al tener que hacer un trabajo mayor, su planeaeión, sus proyectos o material entero para un curso, nos retiráramos a una de las villas de la Orden o a una de las escuelas superiores, donde rodeados de silencio nos sumergíamos en nuestros trabajos.

A menudo se presentaban trabajos inesperados. Una vez, la diócesis más grande del país ordenó a sus sacerdotes y a los maestros que el objeto de sus reuniones del distrito de ese año fuera únicamente el Kalot y me pidieron que yo les diera las conferencias. Convinimos de común acuerdo que para cada día tocara una reunión y así en 33 días mantuve 28 reuniones con sus conferencias de cerca de dos horas, sus discusiones interminables y el banquete indispensable. El Kalot poseía varios automóviles. Yo usaba un Opel chico; lo llené de material de propaganda, un montón de publicaciones y por el lapso de cinco semanas ni volví a casa.

Sucedió más de una vez que una reunión de 30 a 40 sacerdotes y el doble o más de maestros me esperaban para presidir sus reuniones, mientras yo estaba en el camino debajo de mi coche, tratando de ponerlo nuevamente en marcha —hice un

curso de mecánica para ese fin—, y al llegar retrasado, sucio y lleno de aceite, me acogieron con tanto júbilo que caí en la tentación de repetir mi desperfecto en otras oportunidades para poder comenzar mis conferencias con un "plus" de simpatía. Pero no había necesidad de recurrir a ninguna triquiñuela semejante porque para esa fecha ya éramos conocidos por nuestra manera franca de decir cosas graves y audaces; y eso siempre fascinaba a la gente.

En otra oportunidad, me dediqué a recorrer Transilva-nia, mi región natal, y después de*su reintegración a la madre patria, emprendimos el movimiento en un nuevo te-rreno. Mantenía ciclos de cursos para jóvenes sacerdotes y dirigentes aldeanos, culminando todos al cabo de tres meses con el funcionamiento de una escuela superior, cuyos proyectos fueron hechos por el famoso escritor y arquitecto Carlos Kós, en el estilo más puro de la región.

La escuela superior funcionaba provisoriamente en un edificio cercano, hasta que al año pudieron estrenar el hermoso edificio nuevo.

Así trabajamos, viajando de noche para llegar a la mañana a la localidad nueva, donde encontraba un campo virgen para conquistar, y mi alma se llenaba de júbilo al ver propagarse el Kalot, en este terreno tan sufrido y de tradiciones milenarias.

* * *

En este tiempo, Hungría poseía nueve millones de habitantes y de ellos cerca de cuatro millones eran campesinos: tres millones de estos campesinos no podían tener ni la remota esperanza de llegar a adquirir una mediana propiedad, cuando su ocupación era labrar la tierra. Un joven periodista escribió un libro sobre ellos y le dio este triste título *"Tres millones de mendigos".* Estos fueron condenados a ser peones durante toda su vida, porque la providencia los arrojó a este mundo a un lugar donde un sistema de latifundios, en vigencia aún a mediados del siglo XX, prohibía el fraccionamiento y venta de los latifundios fideicomisiona-dos. El primogénito indemnizaba a sus hermanos con dinero, por sus partes hereditadas para que el latifundio quedara entero. Este sistema de latifundio tenía sus enemigos acérrimos, que levantaban sus voces pidiendo justicia, pero no sólo fueron acallados sino a menudo castigados por el régimen.

Nosotros con el padre Kerkai nos conjuramos contra este sistema injusto, todavía entre las montañas de Inns-bruck, cuando proyectábamos los pasos a realizar. Nuestra situación era harto difícil, puesto que la misma Iglesia húngara poseía cerca de 1.000.000 de hectáreas en latifundios, y esto en uno de los países más chicos del Centro Europa. El simple proyecto de una reforma agraria radical, ante el cuerpo episcopal, era igual a una traición y si lo hubieran podido hacer, lo habrían castigado con la excomunión. Nosotros salimos con la idea de la reforma agraria y la propa-gábamos en todos los rincones del país, sobre todo a esos tres millones de mendigos.

Como fuimos objeto continuo de tantos vejámenes por nuestro programa, que el P. Provincial tuvo que llamarnos a menudo para recomendarnos menos vehemencia y más tácticas inteligentes, resolvimos elevar abiertamente el problema en cuestión al plenario del cuerpo episcopal, pidiendo invitación a la reunión anual de los obispos. Proyectamos dar a todo eso un aspecto de sumisión. El programa rezaba así: aparte del carácter socialmente injusto del sistema de latifundios fideicomisionados

y de las observaciones respectivas del *"Qvadragesimo anno",* debemos atenernos a que los inmensos latifundios de la iglesia húngara serán antes o después confiscados; pero más antes que después, dada la situación mundial; pues nosotros quedaremos pobres, saqueados e indecorosos. Por qué no nos adelantamos a las consecuencias seguras: demos tierra a esos tres millones de campesinos, que en cambio nos considerarán como sus redentores y nos darán su confianza, su agradecimiento y su fe y los convertiremos en fieles de Cristo; esto le servirá de ejemplo a la aristocracia —que era aún más rica que la iglesia: Esz-terhazy, poseía cerca de 400.000 Ha., los vizcondes Pallavi-cini, 92.000 Ha., etc.—, grabaremos nuestros nombres en la historia y bendecirán hasta nuestro recuerdo. Al mismo tiempo, la distribución de los latifundios no sería gratuita, su entrega se haría con facilidades por 30 años, respaldadas por Cooperativas Agrarias que a su vez saldrían de garantes siendo responsables por los pagos la comunidad misma. Con estas sumas podríamos realizar grandiosas empresas de imprenta; levantar colegios húngaros juntos a universidades extranjeras y miles de jóvenes becados se convertirán así en pilares de la iglesia en la vida pública. Además se podrá fundar numerosas empresas industriales o adquirir acciones de renombre mundial y de este modo saldríamos además de agradecidos, beneficiados.

Hasta este punto nos denigramos con el P. Kerkai, en la exposición de los argumentos en pro, y desesperados, echamos mano a cualquier medio con tal de convencer al cuerpo episcopal de nuestras verdades. La reunión se nos hizo inolvidable para toda una vida; el P. Kerkai era un orador de primera, hacía malabarismos con la combinación de los argumentos ; esta vez también comenzaba de lejos e iba acercando el tema cada vez más, sigilosamente; poco a poco se preveía adonde quiere llegar, rodeaba el problema, quería preparar bien el terreno, ante el plenario del cuerpo episcopal, cuando ya fue llegando por su exposición lógica a las conclusiones, uno de los obispos —quiero callar su nombre porque aún vive 'en Hungría— levantó su brazo y' con una voz imperiosa ordenó diciendo: *¡No vaya a pronunciar esa palabra!* Y esa palabra a la que el P. Kerkai llegó, tan cuidadosamente, desde Adán y Eva era: *"reforma agraria";* no la pronunció, pero tampoco tuvo tiempo de hacerlo, porque se levantó otro obispo diciendo: *Ya sabemos que nos quitarán los latifundios, pero nosotros podremos decir siempre, que no los habíamos entregado.* Había entre los obispos varios que nos apoyaban, entre ellos el barón Apor obispo de Gyor, quien falleció después como caballero y sacerdote, en defensa de la pureza femenina, pero en este entonces en que se trataban sus intereses, ni un noble sacerdote como el obispo Apor levantó su palabra en defensa nuestra. El P. Kerkai acortó su discurso, improvisó un final de lugares comunes y a la noche nos reunimos en el cuarto del P. Ladislao Varga, quien vive actualmente en Bélgica, él es testigo, que la desesperación que nos embargaba por la impotencia, nos llevaba hasta el punto de llorar.

Unos años antes de este suceso podía presenciar en Eger —inclusive los turistas para quienes era un espectáculo— cómo salían los canónigos varias veces en el día de residencias respectivas, en carrozas de cuatro caballos, para ir a rezar a la catedral que distaba cien metros. Estaban respaldados por 45.000 hectáreas. El arzobispo, cuando fue, "ad limitem" a Roma, viajó en su tren exclusivo de lujo llevando consigo su médico de cabecera y a su cocinero.

Qué podíamos esperar nosotros dos jóvenes jesuítas a la sombra de semejantes autoridades cuando de parte del estado, el regente de Hungría, Horthy, quien era de la misma talla, en uno de sus discursos radiales, dijo, a escándalo de medio país, que una reforma agraria sería imposible porque a cada campesino le tocaría una

hectárea y eso no sería rentable. Respecto a la famosa reunión episcopal, se propagó entre los jesuítas húngaros, como una broma que cuando al guno estaba por decir algo inconveniente o desagradable, todos en coro le decían "no vaya a pronunciar esa palabra". No queríamos dejarnos vencer. Estábamos muy bien informados de los principios del Vaticano y por eso acudimos a Su Santidad el papa Pío XII en busca de defensa contra el cuerpo episcopal. Informábamos por vías confidenciales a Su Santidad detalladamente de nuestra situación y al poco tiempo recibimos una breve formal firmada por S. S. Pío XII. Este breve no sin malicia, apuntando al blanco preciso, comenzó con las siguientes palabras: "Nos habéis pedido, nuestros queridos hijos, que otorgásemos a vosotros y a vuestro movimiento nuestra bendición. Cumplimos gustosamente con vuestro pedido, porque sois dignos de nuestra bendición, no solamente por el fin de vuestro movimiento, sino por la confianza con que el Cuerpo Episcopal sigue vuestras actividades. Es de nuestro agrado ver que la alarma del movimiento hizo eco tan inesperado en las almas de nuestra juventud agraria húngara. No podéis servir mejor a la Patria y a la Iglesia, que convirtiendo a la juventud agraria en una clase digna, en que se arraiga el amor de Cristo, su religión".

De este breve se podía sacar las siguientes conclusiones: 1) Somos los "querido hijos" de Su Santidad. 2) Cumple nuestro pedido "gustosamente". 3) Porque somos "dignos" de ellos. 4) Bendice el "fin del movimiento": de no estar de acuerdo, no lo hubiera bendecido. 5) Supone que el cuerpo episcopal debe seguir "con confianza nuestras actividades". 6) Su Santidad sabe y se alegra que nuestros "resultados son inesperados". 7) Sabe y acuerda que acá se va a cambiar una capa social "convirtiéndose en una clase digna", expresión que tiene sentido únicamente en caso si la situación de esta clase, antes, haya sido indigna.

En la segunda parte Su Santidad nos alienta a seguir trabajando: "Seguid trabajando en la formación de esa clase social que de acuerdo a los principios fundamentales de la encíclica *"Quadragesimo armo"* de nuestro honorable antecesor, corresponde a vuestras circunstancias". Quien conoce las prácticas del Vaticano como acostumbra a sopesar las palabras, comprenderán la magnitud de esta carta extraordinariamente compacta, cuyo peso cayó encima del cuerpo episcopal. Enviamos fotocopias del breve a cada uno de los obispos a fin de enterarlos de que habían recibido una instrucción de Roma, según la cual deben seguir "con confianza" nuestro movimiento y que nosotros recibimos un mensaje diciendo: "Seguid trabajando". Creo que no carecíamos de modestia al pensar que no necesitábamos que nos alienten para el trabajo; pero para decir la verdad, nos electrizó y nos hizo muy felices, esta defensa firme y paternal de Su Santidad, manifestada en forma tan determinada.

Nuestro fracaso ante los obispos no fue más que una confusión de sentimientos, pero como ya en Innsbruck dudábamos de su comprensión, continuábamos con tenacidad el movimiento, con los proyectos previamente meditados. Después de los primeros pasos de la organización, que por momento no significaba nada más que su existencia y su crecimiento, era nuestro deber demostrar que la agricultura intensiva era al menos para nosotros los húngaros más beneficioso que la agricultura extensiva, y que, en consecuencia, una reforma agraria, junto al progreso moral, significaba ventajas económicas para el país. La principal producción agraria de este tiempo era el trigo, que el estado adquiría del productor a 20 pengó los cien kilos y los vendía al extranjero a 12 pengo y los 8 pengó de déficit lo cubría el estado del tesoro nacional. Este fue el corroído sistema de *"boleta".* Hungría se vio obligada a vender su trigo a este precio por no poder competir con el trigo

canadiense, egipcio y argentino. El Kalot dio comienzo a una agricultura intensiva, en las 10 y 40 hectáreas pertenecientes a sus ocho escuelas superiores, al mismo tiempo que enseñaba en cursos de ocho meses los métodos de acrecentamiento de beneficios con la producción de hortalizas tempranas. Aumentó así las ganancias de cada hectárea, en comparación a las del trigo, en un 1.000 a 1.500 por ciento. Los jóvenes al volver a sus aldeas, especialmente si eran de hijos de chacareros, pedían a sus padres o arrendaban una o dos hectáreas para demostrarles, que producían más ganancias en una hectárea que sus padres en diez.

En el Centro de Kalot se ocupaba a menudo con la colocación de dichos productos, que le derivaba al mismo tiempo ganancias.

Cada escuela superior reunía anualmente a sus alumnos para una conversación. Hubo un director que en los circulares de invitación pedía a los jóvenes que trajeran una o dos gallinas de obsequio a la escuela y de las 800 ó 900 aves adquiridas de este modo, fundó una avicultura. Estos fueron ejemplos auténticos.

Pronunciábamos el gran lema: *"Queremos una Hungría hortelana"* y no vender trigo en un mercado internacional de super-producción, sino cultivar hortalizas para los países nórdicos, carentes de estos productos. En mi estadía en Finlandia encontré un mercado extraordinariamente ventajoso para una exportación de hortalizas, como también Po-linia ofrecía posibilidades óptimas al respecto, según pude constatar en oportunidad de un viaje. Su realización junto a otras esperanzas fue anulada al perder la guerra.

Instruíamos a los campesinos cómo sacar más provecho de una hectárea de terreno pantanoso, que del mejor terreno con cultivo de trigo. Una de las escuelas superiores recibió en obsequio un terreno pantanoso, de dos hectáreas; se plantó en partes del terreno sauces nobles, cuyas varillas vendían a cesteros hasta que la misma escuela fundó su cestería. Durante el invierno se cortaba la caña del terreno y se vendía por vagones para estuquería; esto sólo dejó más ganancias de lo que hubiera dejado el trigo en un mismo terreno; por añadidura en el mismo pantano, se criaban solos unos 600 patos sin ningún cuidado, dando pingües ganancias.

A todo esto el movimiento gozaba de una confianza tan extensa entre los campesinos, que parecía haber llegado la hora de sacar las cosechas religiosas; se designó a cada escuela superior un sacerdote que vivía en la misma y se dedicaba a la dirección espiritual de los jóvenes. *"La Fuente de Programas"* en adelante surtía también de instrucciones religiosas. En muchas aldeas los jóvenes comenzaron a marchar, los domingos, con estandartes a la iglesia. Aprovechando como ejemplo para los demás campesinos, los publicamos con fotos en el periódico semanal del Kalot. Cada vez se habló más de que las asociaciones debían practicarse ejercicios espirituales por tres días. En un año el P. Provincial puso a la vez 11 padres jesuítas a nuestra disposición, quienes sin descanzar durante más de un mes, daban los ejercicios espirituales uno tras otro en los centros de distritos. Como era nuestra costumbre, habíamos preparado los ejercicios dando instrucciones no solamente a los padres, sino a los dirigentes de las asociaciones que enviaban luego a los jóvenes de las aldeas más lejanas a los ejercicios espirituales. Estos ejercicios tuvieron un éxito tan grande que al año siguiente los repetíamos pero esa vez, a más de los padres jesuítas, los distintos obispos nos dieron más de setenta sacerdotes, quienes iban de un lugar a otro de acuerdo con el itineraiio preconfeccionado por nosotros.

Llegó a ser hazaña esta práctica de la religión, puesto que los que la practicaban no eran los beatos de costumbre, sino los jóvenes más apuestos, conocidos camorreros de otrora que desfilaban ahora con el estandarte en mano en las procesiones.

Además de los ejercicios espirituales el Kalot introdujo otra hermosa costumbre: *La hora nacional de adoración al Santísimo.*

Esta la habíamos realizado en los dos últimos años, después de una preparación circunspecciosa y de un afianzamiento de la piedad de la juventud. El Centro anunciaba a todo el país por medio de los circulares, que en el día de un santo húngaro tendría lugar la adoración colectiva del Santísimo. Este anuncio se hacía con dos meses de anticipación, e iba acompañado por una propaganda intensa: los cantos y oraciones que se usarían, carteles para cada aldea. La práctica colectiva de la adoración del Santísimo, se hizo nacional en el día señalado, las campanas de 4.500 aldeas anunciaban durante una hora que la juventud campesina húngara estaba junto a su Dios, rogando por la igelsia y por la Patria.

Se invitó también a las jóvenes a la adoración colectiva, así ellos y ellas rezaban juntos en diálogo, y respondían alternándose. Acto seguido, cantaban o absorbían las palabras del padre predicador. Qué momento emocionante cuando los jóvenes pedían a Dios, para que las jóvenes se hicieran buenas esposas y dignas madres; a su vez ellas rogaban para que Dios los conservara puros, buenos esposos y dignos padres de familia. Los padres de los jóvenes presentes, al oír estas oraciones, lloraban de emoción. Al terminar la adoración, se impartía la bendición, en la que era Nuestro Señor Jesucristo quien bendecía en verdad aquella juventud hincada ante su presencia.

Este impulso de la vida religiosa a pesar de ser de nuestra parte una intención de la más sincera y pura, significaba ciertas ventajas profanas: el Cuerpo Episcopal parecía olvidar la tensión creada en aquella reunión, por lo de "no vaya pronunciar esa palabra".

Nosotros fieles a nuestro programa original, escarmentamos y duplicamos nuestras fuerzas para la realización de la reforma agraria general, pero cuidando de no pronunciar ciertos términos delicados. De este modo conseguimos que un día todos los obispos del país emitieran en común un pastoral a nuestro elogio. Voy a citar unos párrafos de él:

"No se debe ignorar el movimiento Kalot de la juventud campesina que representa los intereses sociales de esta clase extensa e importante. Unos años atrás, el joven campesino se criaba en el abandono, como el yuyo, lo arrancaba el que se le antojaba; y debido a su ignorancia, era presa de los aprovechadores. En cambio, hoy día, varios millones de jóvenes campesinos, sanos de mente y espíritu, reciben una educación religiosa, cultural y agraria, guiados por aquellos hombres que no sirven intereses demagógicos, sino que quieren glorificar la bandera de Cristo y del honorable trabajador del campo."

"No ha habido otro caso de una organización tan altruista como es el movimiento Kalot de la juventud agraria, cuyos dirigentes no aspiran al lucro o a la ambición vanidosa".

Cada frase era llena de reconocimiento a los jóvenes y a su fervor y de un sincero reconocimiento del altruismo de sus dirigentes. En esto tenían razón los obispos, porque nosotros con toda conciencia y premeditación, siempre que esto era posible, evitábamos todo brillo y los asientos de honor siempre, los cedíamos a otros. Esto era resultado de nuestra educación jesuíta. En lo que respecta nuestro enriquecimiento, yo fui el peor de los dos, porque me adquirí una máquina de escribir portátil —que sigo usando para escribir este libro—; y una cámara fotográfica. El P. Ker-kai en cambio no creo que se haya comprado algo. Era mi tarea la dirección de los asuntos de la prensa del Kalot, y ese fue el motivo de la adquisición de ambos accesorios, que llevaba conmigo hasta en mis evasiones a través de las fronteras.

Muchos de los obispos nos consideraban al P. Kerkai y a mí un mal necesario. Si nosotros no nos adentramos en la clase campesina para organizaría, esta hubiera sido presa de la propaganda de los políticos extremistas; en cambio bajo nuestra tutela podían descargar su tensión ya latente contra el sistema, y hallar esperanzas positivas en un futuro mejor.

La evolución histórica exigía esta reforma agraria, ¿no era mejor acaso que la agresividad que es propia de estos choques, haya sido reemplazada por una intervención reformadora de la iglesia?

El Cuerpo Episcopal reconocía que por momento éramos útiles para silenciar las exigencias de esta clase extensa e inquieta, pero como también sabían de nosotros que esta nuestra meta era sincera y queríamos realizarla con todo ahinco, pensaban frenarnos al terminar la guerra, que según ellos la ganábamos indiscutiblemente.

Estábamos en la segunda mitad de la guerra y teníamos la visión clara de que la perdíamos. Los rusos ya empujaban al frente alemán. Sucedió entonces que estaba yo de paso, en Zalaegerszeg, invitado por el párroco decano *José Pehm.* Ya lo conocía de Erd cuando visitó un curso de una semana para sacerdotes —más de 1.400 sacerdotes frecuentaron estos cursos en este año—, y se quedó por un día.

Ahora, frente a él, sentados en la parroquia conversábamos. No pensaba en aquel entonces, cuan ligados estarán nuestros destinos, después que tomara el apellido húngaro *Mindszenty* en vez del suyo alemán.

Ahí entonces tuve la ocasión de conocer al *archiduque real Albrecht* quien estando de paso, visitó a su servidor más fiel en persona del párroco de Zalaegerszeg, uno de los líderes principales del movimiento monárquico húngaro. Del hecho de que el archiduque fue huésped de la modesta parroquia, conjeturé cuan apreciado era José Pehm por la familia de los Habsburgos.

José Pehn, aparte de esto era una autoridad reconocida y famosa en Zalá por su rigor. El P. Kerkai, había sido alumno suyo en un tiempo, y contaba que en las misas dominicales, cuando los fieles comenzaban a irse antes de su predicación, hubo casos en que hacía cerrar las puertas con llave por el sacristán. La integridad de su moral era intachable. El destino del catolicismo húngaro fue confiado más tarde a este hombre inflexible, pero antes sucedieron muchas cosas.

A pesar de toda observación, consejo y amenaza, seguimos nuestro camino empezado. Las escuelas superiores lanzaban los dirigentes de aldeas; en ocho de

las escuelas, ya comenzó a definirse el nuevo tipo del granjero, lleno de inquietudes, con sus cooperativas; la victoria era cuestión de tiempo no más, pero el mal todavía no estaba extirpado de raíz.

Esto comenzó con la fundación de la *Escuela de Colonización* en Jánosi. Su nombre ya encerraba rebelión: quería colonizar, pero no en América para perder los colonos de la madre patria, sino dentro del mismo país.

En la estación del ferrocarril me esperaba un joven con su carro y nos encaminamos a la escuela distante de la aldea. Esta se hallaba sobre un terreno de doscientas hectáreas. Durante el traqueteo del carro, me contaba que en el curso del eliminatorio, eran como cien, él también temía no entrar entre los treinta destacados, su júbilo ahora era enorme. Ya de lejos se sentía el ruido de un tractor y al acercarnos, el joven que lo guiaba nos saludaba de lejos

Estas por acá ya eran todas nuestras tierras, intercaladas entre grandes latifundios. En un año se convirtió en una hacienda modelo. Por allá estaban arreando el ganado y desde las cuchillas ya se asomaban los edificios de la escuela. Estos pertenecían a una estancia de antes. Detrás de la escuela se extendía una huerta para abastecer las necesidades de la misma, además los establos, las colmenas, los talleres y edificios principales integraban el conjunto. El director me recibió con alegría, los jóvenes se reunían más tarde, porque estaban ocupados cada uno distribuidos en sus diferentes ocupaciones. La distribución de tareas se alternaba semanalmente, y el director de la hacienda cambiaba también. De este modo todos se adiseraban en cada una de las tareas y faenas.

A la noche, cuando todos se reunían alrededor mío, y la conversación matizaba el ambiente, experimentaba profundamente emocionado la calidad de estos jóvenes, todos ya hombres, que cumplieron sus conscripciones y a los que les esperaban sus novias (esta última era una de las condiciones en el eliminatorio). Estos al terminar el año, fundando una única cooperativa de arrendamiento, levantarán una nueva aldea para sí, en un latifundio de mil hectáreas, destinadas para la causa, que habíamos adquirido con mil dificultades. Me contaban que ya estaban ensayando la vida de cooperativa, llevando sus libros de contabilidad, como si estuvieran ya en la futura aldea, en 30 casas nuevas, 30 recién casados, esperanzados de un futuro mejor. Era uno de nuestros proyectos, que con tiempo el Estado y la Iglesia húngara van a reconocer la actualidad de nuestro programa bien planeado: la transformación de nuestro material humano en momentos en que estos fundaban familia y no como se hacía antes en ensayos similares con un grupo de familias ya hechas con costumbres arraigados, con ideas y educación distinta. Los nuestros, educados para el mismo fin, instruidos a la par, preparados con los métodos, en edades parejas, movidos por el mismo ideal, eran un material homogéneo y por lo mismo el más adecuado para la transplantación en el momento más oportuno de la formación de su futuro hogar. Además de la garantía moral que este material humano representaba para la adquisición de tierras, el sistema de cooperativas los respaldaba económicamente. Con la ayuda del Estado pensábamos continuar con 80 ó 100 escuelas superiores de colonización y producir en ellas con todo esmero el material necesario para la colonización interna y la experiencia de 20 y 30 años podía haber sentado tribuna para decidir si los arrendamientos se renovarían, o los arrendatarios estarían en posesión de las tierras o algna otra solución que determinara por fin los destinos de estos tres millones de gente sufrida. En caso de que ni el Estado ni la Iglesia húngara nos prestasen colaboración, entonces con nuestras fuerzas multiplicadas pensábamos sacrificar dinero, y todo lo necesario

para ir multiplicando estas escuelas superiores y en ellas el número de los colonos que ya llegarían a alguna solución. De este modo planeamos el curso de nuestro movimiento.

Con motivo de la fiesta de fin de curso de la escuela, invitaron a los alumnos del año anterior, a los colonos de la primera aldea. Estos vinieron todos con sus esposas y uno de ellos con un vastago, el primer descendiente de la aldea, que fue motivo de aplausos prolongados. Fue grande el júbilo de los dos cursos al encontrarse; los colonos participaban orgullosos los resultados satisfactorios de sus esfuerzos a los futuros colonos, sirviéndoles de ejemplo para el incremento de sus ambiciones y la conciencia de su ideal común.
La segunda aldea ya la hicieron los comunistas a su manera.

José Gergely, hombre capaz, director de la escuela de colonización desapareció, lo habrán matado por el camino, romo a otros tantos valerosos húngaros de ese tiempo.

* * *

Retrocediendo a la época en que el movimiento estaba todavía en su apogeo quiero mencionar todavía nuestro cultivo del arte popular, simultaneo con nuestros esfuerzos de colonización. Los planes de este culto nacieron también en Innsbruck pero los ampliamos con conocimientos locales.

En la primera asamblea general en la capital, los jóvenes aún cantaban canciones modernas, acompañándolas con un acordeón. Hasta hoy siento vergüenza por ello. Al frecuentar las aldeas, conocíamos cada vez más del auténtico espíritu del pueblo, que estaba ya en camino al olvido y descubrimos que en las adeas había dos culturas en duelo luchando a vida o muerte: una cultura de música, canto y decoración basada en tradiciones ancestrales y la otra que se filtró trayendo consigo el sabor cosmopolita que incitaba a la vida, vacía, de afectos baratos; y esta jerga de las artes iba ganando terreno desplazando a la otra antigua y característica del espíritu nacional. En este duelo la iglesia húngara deseaba, como es de suponer, la victoria de la cultura antigua de las artes populares, ya por carácter moral y educativo, pero a parte de condenar el estilo vacío de la ciudad, no aportó ningún apoyo a su compañero de armas, al arte popular antiguo.

Una noche vimos con el P. Kerkai la función al aire libre, ante la Catedral de Szeged, de la ópera conocida de Kodály Hári János. Descubríamos en muchas partes las auténticas canciones populares, las que Kodály orquestó, pero cuya melodía misma sin cambio básico alguno fue tomado del pueblo. Hasta la madrugada estábamos discutiendo sobre el tema y llegamos a la conclusión que lo que logró Kodály y Bartók con la música popular elevándola a un nivel clásico, creando así un estilo nuevo, lo mismo se podría hacer con elementos de la danza antigua, un nuevo estilo de ballet. De los elementos decorativos también se podría crear un nuevo estilo adaptable a la vida moderna, por ejemplo en el arte religioso. Debemos hacer igual que Kodály y Bartók quienes invadieron las aldeas coleccionando durante algunas décadas las canciones populares ya sumergidas en el olvido. Cada hora que pasaba iba creciendo nuestro entusiasmo a la vista de las posibilidades de enriquecimiento haciendo revivir las artes populares ya desplazados. Acto seguido a la misma madruguada de la función de Hári János, nos pusimos a preparar un presupuesto para el comienzo de esta nuestra nueva meta. Este fue el único terreno

en que cometimos errores financieros, porque la *Sección Folklórica* de Kalot consumía mucho dinero, principalmente porque no producía ninguna renta.

Resolvimos con el P. Kerkai que esta sección por ser más próxima a la prensa y al *Centro de programas,* será dejada a mi dirección.

A los pocos días ya buscaba colaboradores. Me presentaron un señor llamado István Molnár, un hombre de edad mediana, con la cara magra. Emanaba fanatismo y era capaz pasar hambriento por las aldeas, coleccionando las danzas antiguas. Le faltaba todavía para concluir su tarea. Este era nuestro hombre, se alistó de inmediato al Kalot. Lo enviamos con su familia a la escuela de Erd, de profesor de danzas folklóricas, mientras podía seguir aumentando su colección visitando aldeas. Proyectábamos editar la colección en cinco tomos, de los cuales un tomo ya estaba completo para editar con más de 750 figuras de danzas con descripción coreográfica completa, pero el derrumbe de la guerra lo sepultó. Años más tarde aquí en la Argentina me enteré que István Molnár publicó su primer tomo.

Un día se presentó un artista llamado Illésy Péter quien de introducción explicaba por horas las características de los motivos lineores húngaras y me mostró una serie de bosquejos de Madonas en estilo húngaro. El también se incorporó a los colaboradores del Kalot, y seguía con sus explicaciones interminables y yo trataba de evadirme de ellas. Además vivía en un estado permanente de déficit financiero.

Así comenzó la *Sección Folklórica* del Kalot. Mientras me ocupaba con cien otros asuntos, frecuentaba las aldeas y sus reuniones, y cuando volvía, atendía a mis nuevos colaboradores de la sección folklórica que me traían sus interesantes informes de los resultados de sus trabajos y de los proyectos por hacer. Le cobré mucho afecto a esta sección y me di cuenta que no seré autoridad ante ellos si no me especializo yo también en el ramo. Resolví inscribirme en la facultad de filosofía y letras y con exámenes acelerados y los cómputos de otros estudios, me gradué de folklore en dos años.

Fui discípulo del famoso profesor Viski Károly; fuimos 15 ó 16 en total quienes elegimos ésta, para muchos inútil, especialidad. Varios de mis condiscípulos se acoplaron al Kalot y a otros les financiábamos la edición de sus trabajos.

Cada curso, desde entonces, recibía amplio material e instrucciones sobre las nociones folklóricas y tampoco faltaba de los programas semanales del *Fuente del Trabajo* el fomento conciente de las tradiciones populares.

Kádár Zoltán, doctor en historia del arte, también aumentó el número de nuestros colaboradores; nos acompañaba a los cursos para sacerdotes y a las conferencias y hacía proyecciones de diapositivos en colores demostrando que todos los pueblos desde los bizantinos hasta las japonesas, condensaban su propia idea de belleza en la imagen de la Madona. ¿Por qué pues no hemos de poder hacer lo mismo nosotros? Nuestros folkloristas aportaban los datos y argumentos de características obligatorias del estilo.

El trabajo fue tornándose cada vez más febril. En la escuela superior de Csiksomlyó ya no se hacían otros cursos que folklóricos; 15 ó 20 jóvenes, que se han destacado en sus aldeas por sus tallados interesantes y valiosos, vinieron a la escuela y bajo la dirección de un viejo maestro en tallado se perfeccionaban. A los cinco meses,

excepto los dos o tres más aptos, los otros volvieron a sus aldeas a practicar el embellecimiento de la vida y la conservación de las tradiciones vernáculas. Después vinieron otros nuevos, y a los cinco meses volvieron estos también, pero siempre se quedaban los dos o tres mejores que trabajaban en la escuela hasta por dos años. Naturalmente, los cursos eran gratuitos. La venta de las cajas artísticamente talladas y de las esta-tuitas cubrían parte de los gastos. La escuela superior de Püspóknádas estaba dispuesta a la floricultura, pero, puesto que esta región podía vanagloriarse de las tradiciones de famosos tallados folklóricos, lo mismo que la de Csiksomlyó, realizábamos acá también cursos de folklore pero nada más que para 5 ó 7 jóvenes. Conseguimos como profesor a un viejo peón que era famoso por sus hermosas cajitas de madera. El viejo vivía en la escuela y pertenecía al cuerpo de profesores.

Aparecían en la *Fuente de Programas* las baladas vernáculas transcriptas para el teatro en un estilo completamente nuevo. Presentábamos una balada de Sinka István en el teatro más grande de la capital. El teatro estaba colmado y la función tuvo un éxito tan excepcional, que el público clamaba frenéticamente la repetición de la misma, que se efectuó de inmediato. En el estreno del congreso internacional de juventud de Weimar y Florencia, los húngaros representaron una balada vernácula confeccionada por el Kalot. En el sexto año del movimiento el Centro era frecuentado por una docena de artistas jóvenes. Estallábamos de los múltiples proyectos, programas, entusiasmos y discrepancias que era comprensible, puesto que eran artistas. Mi oficina se colmó de pinturas y de otros objetos de arte, apenas había lugar en mi escritorio para trabajar.

En vista de tanto entusiasmo resolvimos con el P. Kerkai, para el mes de la cosecha de trigo, mientras los jóvenes trabajaban en el campo y los cursos estaban suspendidos, invitar a los 12 ó 14 artistas del Kalot, como huéspedes para que se dedicaran durante ese mes sin preocupaciones, *a la búsqueda de formas de expresión húngara de un estilo nuevo del arte eclesiástico.*

Vino también el Dr. Kádár Zoltán para guiar las discusiones, las cuales, como era de esperar, duraban diariamente hasta la madrugada.

El resultado fue una exposición extraordinariamente interesante, donde aparte de pinturas y estatuas de singular belleza, había altares acabados en base de un estilo desarrollado de los famosos portones oriundos de Transilvania y candelabros ejecutados en el estilo de hermosos tallados de pastores transdanubianos, y además objetos de arte que revelaban una expresión del antiguo arte húngaro.

El eco de la prensa, como es de costumbre, oscilaba entre los dos extremos, movidos según sus principios estéticos. Como resultado de este fructuoso mes, fundamos una *Escuela Superior de Arte Eclesiástico,* cuyo programa comprendía la sistematización de cursos, búsqueda de estilos, edición de reproducciones, etc. Como éxito resultante de la concordancia de los artistas en confeccionar las bellezas antiguas en expresiones modernas, la escuela superior de Csiksomlyó encargó instalaciones interiores de una iglesia, por un presupuesto importante, en este estilo basado en formas de belleza vernácula. Comenzaron los tallados con gran entusiasmo, pero el final de la guerra puso punto final también a esto.

El breve que nos dirigió Su Santidad Pío XII, fue una aprobación de todo nuestro programa; se refirió al estilo de arte folklórico del Kalot, diciendo entre otros lo siguiente: "Conservad, defended y perfeccionad esos ricos valores de la cultura

húngara, que son la expresión de la verdadera cristiandad y de la sana naturalidad". Con estas palabras aprobaba Su Santidad nuestras tendencias por la salvación de la cultura vernácula.

Me dediqué con una afición especial a la dirección de esta sección, convirtiéndome yo también en folklorista profesional, y fue por eso que me llegó hasta lo más profundo de mi alma, que la última gran actuación pública del Kalot, antes de su disolución por los comunistas, fue una presentación de la que veníamos soñando desde hacía mucho tiempo. En la sala de actos del Conservatorio Nacional de Budapest, simultáneamente y alternando presentamos las bellezas del arte folklórico y clásico.

La idea fundamental de la fiesta era, el *desafío entre el arte folklórico y el arte clásico.* Después de la actuación del coro más famoso de la capital, actuó el coro de los jóvenes campesinos; lo siguió un sencillo pastor auténtico de 66 años que cantó hermosas canciones antiguas en estilo propio. Esta fue seguida por una famosa cantante de ópera, quien cantó similares canciones folklóricas húngaras, pero ya en orquestación por Kodály y Bartók. Un público de dos mil personas ovacionaba frenéticamente la función. Acto seguido dos jóvenes del Kalot bailaban una antigua danza de reclutamiento y un viejo campesino los acompañaba con un instrumento rudimentario de su pueblo; antes de terminar los jóvenes, entraron dos bailarines famosos de la capital. Después un joven campesino tocaba en su flautita "tilinkó" canciones hermosas de pastores, al cabo de ésta, las mismas canciones fueron interpretadas por un profesor del Conservatorio Nacional en transcripciones clásicas. Luego se recitaban baladas antiguas y cuentos modernos. El momento culminante de la función fue, cuando se desafiaron los dos cuerpos de baile; el folklórico que fue integrado por veinte jóvenes campesinos y el del ballet de la Opera del Estado. El baile de los jóvenes era viril, contenía pasión e impulso, parecían flotar en el aire; en este número actuaba el más famoso bailarín de Hungría, Harangozó István.. La función fue coronada por la representación dramatizada de una ancestral balada vernácula, simbolizando con su argumento trágico el destino actual de la Nación. -mientras el de los bailarines del ballet, armonía y sutileza,

Esta función fue una viva interpretación de todos nuestros esfuerzos, dedicaciones y vibraciones por volver a lo antiguo, sacar sus bellezas auténticas y llevarlas al clasicismo, y el público supo interpretarlo y valorarlo.

Estaban presentes algunos dirigentes comunistas y varios oficiales rusos en el gran estreno. Con los oficiales me ocupaba yo durante la función interpretándoles los distintos números; les agradó de sobremanera y nos felicitaban mucho, pero a los pocos días prohibieron el movimiento

Antes de relatar nuestro derrumbe tengo que dar a conocer algo más del Kalot: *el Centro mismo.*

En los últimos años del Kalot, funcionaban *veinte secciones en el Centro,* con sendos directores y empleados, de acuerdo a las necesidades que el caso requería, en una sección dos empleados y en la otra veinticinco. Nosotros los dos padres repartíamos la dirección de las secciones: 10 pertenecían al P. Kerkai y 10 a mí. Era una sección, por ejemplo la administración central, tesorería, escuelas superiores, cooperativas, etc., bajo la dirección del P. Kerkai; organización, prensa, propaganda, centro de programas, folklore, etc., bajo mi dirección.

Cuando el programa anual inició su curso, el P. Kerkai y yo dentro de nuestras secciones controlábamos rigurosamente su desarrollo. Los colaboradores provinciales tenían obligación de mandar sus informes al Centro cada 15 días.

Los colaboradores, indolentes en algunos casos, fueron relevados para tareas menos importantes. La característica de la dirección del Centro era la disciplina jesuíta.

Todos los lunes de tarde tenía lugar el *Consejo Central* que controlaba la realización rigurosa del programa designado y presentaba un informe detallado de todos los asun tos. De este modo no se nos escapaba nada. Las resoluciones detalladas por el Consejo fueron mimeografiadas en hojas y entregadas al día siguiente a cada uno de los interesados, señalando en cada punto la fecha en que debía informar del estado en que se encontraba su trabajo. Nosotros por nuestra parte anotábamos en nuestras agendas para el mismo día, quiénes y sobre qué tema tenían que informarnos sobre sus trabajos realizados.

Así entró en el escritorio semanalmente Dr. Hajdók István, un profesor de historia muy capaz, jefe de nuestra *Sección Editorial,* que recopiló cinco o seis tipos de *"Bibliotecas Campesinas".* La menor constaba de veinte libros y costaba 60 ó 70 pengos. A pesar de que no ganábamos ni un centavos en estos libros, nos empecinábamos para que no falten de ninguna casa campesina; hasta regalábamos junto con los libros los estantes para colocar sobre las paredes. Lo había visto en Finlandia, de ahí la idea. Durante semanas elegíamos entre los libros para determinar los más útiles para representar la literatura mundial y la húngara a un campesino. Además había bibliotecas de 50, 100 y 200 libros, para todas las exigencias . Vendimos también bibliotecas que constaban de 3.000 tomos. A través de las conversaciones semanales me enteré del desarrollo de la sección editorial, y cada tanto, de ser necesario, le di un impulso o bien lo retuve según las posibilidades razonables.

El día siguiente vino el Dr. Kákonyi Esteban, jefe del *Centro de Programas,* sacamos los mismos ejemplares de hojas: 1er. punto; hablar con Muharay Elemer para que escriba una obra teatral cuyo argumento tiene que ser el choque de la cultura de la ciudad con la de la aldea. Se habló con él, prometió terminarla dentro de tres meses. Ambos anotábamos en nuestras agendas tres meses más adelante : obra de Muharay. 29 punto: si salió la propaganda para las asociaciones de nuestro libro de "La técnica del teatro".

Todavía no, la imprenta no la ha terminado todavía. Esto lo anoté entre otras cosas para tratar con el P. Kerkai porque la imprenta pertenecía a su jurisdicción. El 2? punto hacia al Dr. Kákonyi, se postergó hasta la próxima visita. 3er. punto: ¿terminaron la confección del programa de las fiestas patrias para distribuir dentro de dos meses a las aldeas? Falta el discurso de un joven y una canción para terminar, los demás números ya están; contamos este año con 3.000 aldeas que lo pedirán. Festejarán las 3.000 aldeas simultáneamente con los mismos discursos, recitales, canciones de acuerdo a nuestros pensamientos. Para las fiestas patrias y religiosas distribuíamos programas completos. Esta sección desarrolló una actividad singular en la propalación de nuestros ideales, al mismo tiempo que dejó pingües ganancias.

Había entre los colaboradores algunos que se destacaban lejos por su preparación y aptitud, ejemplo Antonio Ijjas, escritor de renombre, quien dejó una redacción superior a la nuestra, haciendo suyo nuestro ideal. Fue redactor de nuestro semanal, *Magyar Vetes* más tarde, sacó una revista mensual destinada a la clase intelectual y universitaria, titulado *Népünk,* buscando simpatizantes para nuestra causa. Pasábamos horas inolvidables con Antonio Ijjas cuando venía semanalmente a informar del material para el siguiente número. Juntos calculábamos la manera de escribir para que en esos tiempos cada vez más difíciles pudiésemos quedar en la superficie sin riesgos.

En las mismas horas el P. Kerkai trataba con sus colaboradores. Sus secciones eran más importantes, pero menos pintorescas: tesorería, empresas económicas, escuelas superiores, sección de minorías, cooperativas, asuntos legales, etc.

* * *

Para que nadie crea que nuestras actividades eran puramente color de rosa, debo confesar que tuvimos también nuestros fracasos. Algunos planes no dieron resultados; por ejemplo: agrupábamos 120 ó 130 estudiantes secundarios para llevarlos por 15 días a una escuela superior para acercarlos a los campesinos y a la cultura vernácula, pero eran tan indisciplinados y tan faltos de seriedad, que nos vimos en la obligación de despedirlos antes del tiempo concertado.

El Kalot tuvo también fracasos financieros, varias de sus empresas comerciales fueron a la quiebra. Algunos colaboradores ocasionaron pérdidas cuantiosas por falta de pericia o por indolencia. Una vez para cubrir una suma importante de pérdida, el Kalot se vio obligado a vender parte de sus tierras. Hubo un caso, en que el director de una escuela, especuló la fortuna íntegra de su escuela causando el cierre de la misma. Un colaborador de la sección de administración a quien habíamos sacado con el P. Kerkai de una situación embarazosa anterior, lo agradeció con sustraer y tirar gran parte de la correspondencia para no tener que contestarla. En otra oportunidad, un empleado de la Provisión Central falsificó parte de las cuentas por sumas considerables.

Estos errores y contratiempos eran frutos de las flaquezas humanas y jamás por un segundo desfallecíamos por ellas. Comprendíamos que no podía haber camino por llano que fuere sin pérdida alguna.

Mientras tanto nuestra situación dentro la Compañía de Jesús se consolidó. Ya no había necesidad de dar explicaciones a los nuevos P. Ministros para que no nos designen al confesionario, porque nos disculpaba un derecho tácito. Al entrar en cualquiera de las casas, los Padres nos distinguían con su cariño, salvo alguno que otro Padre mayor refunfuñaba que en su tiempo los jesuítas no eran tan revolucionarios y no se ocupaban con reformas agrarias. Al mismo tiempo más de un Padre entrado en años, cuya tarea designada era en el catálogo *"Orat pro Societate".* "Reza por la Compañía", nos llamó a su cuarto lleno de humos de pipa y nos confió que el sueño de su vida era especializar algunos padres en este terreno y ahora ve cumplidos los proyectos de su juventud en nosotros. Y cuando fuimos a una casa donde estudiaban los jóvenes, al entrar nosotros, se desbarató el horario, se aglomeraban alrededor de nosotros, y nos acosaban que hablásemos de los trabajos del Kalot. Guardo hasta hoy numerosas tarjetitas anónimas, que fijaban en mi ausencia sobre la puerta de mi cuarto, algunos jesuítas jóvenes, diciendo que ofrecían todas sus oraciones por los éxitos del Kalot.

Muchos del cuerpo episcopal se pusieron de nuestra parte. Esto fue favorecido por lo siguiente: el P. Provincial me designó a mí para que dictara los ejercicios espirituales anuales al Cardinal Primado de Hungría, Seredí Justiniano y a su capítulo entero. Esta disposición fue poco común, puesto que para este honor solían designar a Padres mayores y los de más prestigio en este terreno. Huelga decir que entre ejercicios espirituales y organizaciones sociales hay ciertos matices de diferencias y mi fuerte era este último. Muy honrado acepté mi misión. El silencio durante los ejercicios espirituales no fue cumplido a lo San Ignacio, dio oportunidad de largas sobremesas con el Cardenal después de las comidas. Estas circunstancias permitían un coloquio tranquilo y enriquecido de mil temas que dejaban transcurrir en parte el fino humor poco conocido del eminente jurista. El Cardenal era reposado y sabio, en su juventud era el adjunto del Cardenal Gasparri, durante la primera conflagración mundial en la redacción del *"Codex Juris Canonici".* Su educación romana y sus amplios horizontes lo hicieron amigo sincero del Kalot. Entramos en serios tratos con su eminencia sobre una entrega de miles de hectáreas del latifundio de su diócesis para las colonizaciones del Kalot, aparte prometió ayuda monetaria para su realización. Todo hubiera llegado a terminar si los graves acontecimientos no lo hubiera interrumpido. El Cardenal Serédi, visitó nuestras escuelas superiores y participó de varias grandes asambleas.

Para hacer justicia, debo mencionar que muchos de los obispos se declararon a nuestro favor: Barón Vilmos Apor, obispo de Gyór, andaba por los ministerios para facilitar nuestros asuntos con su influencia, nos otorgaba grandes sumas para la causa del Kalot; José Grósz, arzobispo de Kalocsa envió una vez al Kalot 25.000 pengos por telegrama /era una suma grande en ese tiempo/ para sacarnos de apuros; Francisco Virág, obispo de Pécs, después de obsequiarnos su mansión con su frutal de 30 hectáreas, nos decía que nunca comía fruta tan excelente como la que le mandaban de su frutal después que este fue cultivado por el Kalot; Luis Shvoy, obispo de Székesfehervár, quien al principio nos miraba con animosidad, más tarde se volcó hacia nosotros participando él mismo en la organización de su diócesis lo que originó que esta fue la diócesis mejor organizada de todas; José Péterí, obispo de Vác, ofreció 10.000 hectáreas para la colonización del Kalot. Para traer un ejemplo antagónico he aquí el caso de Julio Czapik, arzobispo de Eger, quien mucho antes de finalizar la guerra, hablando una vez con el Dr. Conde Américo Hu-nyady quien nos regaló una escuela superior con un enorme parque, le decía que estos dos padres son medio comunistas y habría que colgarlos en el primer árbol. Más tarde aquí en la Argentina llegó una revista húngara "Hungary", July 1953, N? 6, que tenía la foto del arzobispo Czapik teniendo su discurso en un congreso mundial comunista. *"Témpora mutan-tur et cum illis Czapik".*

A pesar de las dificultades y tropiezos, el Kalot seguía frime por su camino previamente indicado, llegando siempre antes del término a sus determinadas estaciones. Nuestras esperanzas fueron oscurecidas por el vertiginoso acercamien - to del final de la segunda guerra mundial.

VI. LUCHA POR LA VIDA

La guerra se acercaba a su fin. Budapest fue bombardeado diariamente por 300 ó 400 aviones. El Centro fue alcanzado, se perdió el archivo íntegro, los ficheros, los muebles, las pinturas valiosas, en una palabra todo. Los colaboradores enmudecidos de dolor con los ojos llenos de lágrimas, removían los escombros durante días para salvar algo y seguir trabajando en otro local. No podíamos enviar

cartas a las asociaciones porque los rusos ya estaban dentro del país ocupando regiones extensas. Estalló el pánico: las noticias más horroríficas iban y venían, huía quien podía hacia occidente, los empleados nacionales, conventos enteros, ministerios y las familias de los militares, etc.

Nosotros con el P. Kerkai nos pusimos a considerar las posibilidades y tras largas conversaciones llegamos a la conclusión de que haríamos lo posible para disminuir esta huida insensata porque todos debemos permanecer en nuestros puestos de lo contrario que será del pueblo abandonado, si sus dirigentes huyen. La clase trabajadora y campesina fue la única clase social que quedó firme como si ella sola hubiera sido quien tenía raíz en esta tierra tantas veces bañada por sangre, corriendo el riesgo de ser presas de los nuevos impulsos de los nuevos amos.

Designaron en esos días al general de brigada Francisco Farkas de Kisbarnok para la evacuación total de Budapest. Según el plan encaminarían a la gente a pie hasta Austria que llevaría 25 días haciendo 25 estaciones de comida. El P. Kerkai conocía a Farkas y fue a verlo para reprocharle como pudo aceptar este plan loco. A punto de llorar confesóle Farkas su intención de suicidarse en su desesperación: fue él quien confeccionó este plan demente y ahora ve que conducirá a la catástrofe. El P. Kerkai le recomendó quedarse en su puesto para salvar la situación y sabotear toda orden y no evacuar ni una casa. Así fue. El general de brigada nos surtió de toda clase de certificados oficiales con su firma y sello en blanco que certificaba que el portador viajaba en nombre de él con derecho a penetrar en zonas militares.

Llené uno de estos certificados para mí y al día siguiente emprendí la tarea más difícil y más cansadora de mi vida.

Con la lista en mano durante dos semanas sin descanso visitaba dos ciudades por día, a la mañana una, a la tarde otra. El único coche de los nuestros que quedó sin destruir estaba en arreglos y como no había tiempo que perder, monté sobre una motocicleta con mi impermeable, era otoño y ya había comenzado la interminable lluvia de esta época que me acompañó fielmente en todo el camino. Organicé una primera conferencia a las 9 de la mañana todos los días; seguí de nuevo y después de almorzar llegué a la ciudad siguiente al atardecer, a donde dictaba la segunda conferencia, de ahí emprendí mi marcha ya entrada la noche al próximo lugar adonde llegué a la 1 ó 2 de la madrugada. Estaba exhausto por falta de descanso y para añadidura por la lluvia fría constante en mis viajes, había adquirido una colitis que terminó por agotarme. En un momento, por la extenuación física y la desesperación moral me vinieron deseos de acostarme sobre la carretera y sucumbir en medio del barro. Pero me estaban esperando y junto conmigo esperaban esa pequeña seguridad y esperanza de que carecían. Trataba de asegurarles que no era cierto que los rusos colgaban a todos los dirigentes y si bien había abusos y crueldades, esto era propio de la guerra y teníamos que soportar y no abandonar el pueblo. Me acosaban con un torrente de preguntas queriendo saber algo seguro —y yo que iba a decir—, contestaba lo que se me ocurría.

Parecieron interminables estos 15 días. Sucedió un día que se me pinchó una goma y a grandes esfuerzos logré desmontar la rueda, pero acostumbrado al auto, mi pericia no llegaba hasta colocar la misma y estaba bajo la lluvia desconcertado. En medio de mi desesperación a la que contribuyó en gran parte mi estado físico, me pasó lo que nunca: sin llorar caían mis lágrimas haciendo competencia a la lluvia. Al fin la casualidad vino en mi ayuda, un camión perdido me levantó junto con la moto y me trasladó hasta la próxima ciudad.

Al regreso de los 15 días caí de paso en la residencia del obispo Shvoy quien preocupado por mí me aconsejó esconderme porque según le habían avisado, me buscaba la policía de la capital por efectuar actividades comunistas en todo el país. Le agradecí su solidaridad y sonriendo aceleré mi moto hacia Budapest donde ya me esperaba la policía que si bien con mucho tacto, pero me arrestó. El interrogatorio fue prolongado y yo había reconocido todos los cargos imputados pero aclaré con astucia que mis acusadores habían transgiversado mis palabras. Me dejaron en libertad. Ese mismo día tomé mis certificados falsos, me vestí de obrero sin avisar a mis superiores para que no tengan que mentir al decir que ignoraban mi paradero por si me buscaban, alquilé una pieza en los suburbios. Con grandes esfuerzos logré encontrar al P. Kerkai escondido en un claustro franciscano en Granbudapest. Tras un día de cavilación, llegamos a una grave resolución; la guerra la perdimos, tenemos que buscar una posibilidad de existencia, la manera para que los rusos nos permitan seguir con el movimiento, esto sería mil veces mejor que abandonar todo por desesperados y huir al exterior. Probemos lo imposible: el P. Kerkai se queda en territorio no ocupado por los rusos manteniendo contacto con los dirigentes del movimiento y salva lo que se pueda con los partidos clandestinos y yo por mi parte me paso al territorio ocupado por los rusos y trataré de llegar a los más altos dirigentes rusos y obtener de ellos un permiso para seguir con la organización y recorrer luego con este permiso a las ciudades y aldeas, sacudir y unir a la posiblemente desorientada organización antes de que la guerra termine y cuando los dirigentes comunistas comiencen sus organizaciones nosotros ya estamos nuevamente de pie. El proyecto parecía tan arriesgado e irrealizable que nos mirábamos llenos de duda. Al final convinimos en que casos extremos exigen extremos medios. Tomé cuarenta libras esterlinas, las cocí dentro de mi ropa, busqué a José Ugrin, uno de los colaboradores principales quien era viudo y sin hijos y le inquirí si se aventuraba en una empresa de peligro de muerte. Naturalmente que sí, fue su respuesta y los dos al día siguiente montábamos en la moto y nos dirigimos a Miskolc que ya estaba medio rodeada por los rusos. Pensábamos escondernos ahí hasta que las olas de las guerras cerraran encima de nosotros y salir de nuestro escondite ya en terreno ruso. Pero la resistencia del ejército húngaro-alemán en Miskolc era más intensa de lo acostumbrado y nosotros ya hacia tres semanas estábamos en el sótano de un convento y la ciudad no había sido aún tomada. Mientras tanto no podía menos que pensar que ya pudiera haber llegado hasta el Mariscal Malinowsky quien era entonces amo de vida o muerte en el país ocupado y se me ocurrió una idea alentadora: una evasión exitosa por el frente sería la recomendación más valiosa para los rusos, esto merece todo sacrificio. Ugrin no quizo seguirme por considerar mi empresa una locura. Así no me quedó otra alternativa que seguir adelante solo.

He mencionado varias veces que llevaba un diario de todas mis actividades. A veces escribía apenas algunas pa labras y otras prolongadamente, según permitía la situación y mi tiempo; siempre tuve la costumbre de anotar todo
De introducción voy a mencionar que en Miskolc salí del sótano del convento y fui a las Fundiciones y encontré unas monjas que me informaron que los rusos estaban a 80 ó 100 metros de distancia:

"... al cesar el fuego cruzé hacia el edificio vecino donde me encontré con húngaros; pregunté por el comandante; le expuse mi plan que consideró de extraordinario y le impresionó mi riesgo por el cuidado espiritual de los húngaros abandonados. Esto fue lo que decía a todos ocultando mi verdadera meta. El comandante no me

recomendaba su sección del frente por dos razones: una porque era controla da por los alemanes, otra por la situación acá con los rusos se había agudizado".

"Volví a la escuela vecina y le conté el resultado a la su-periora. Me recomendó que fuera al extremo de las Fundiciones, donde había un hospital de infecciosos, según ella ahí estaban los rusos más cerca donde se refugiaba un joven que había estado por el otro lado; que intente por ahí la evasión".

"Después de comer, tomé el maletín y me fui al hospital de infecciosos. Esto acaeció el día miércoles 29 de noviembre de 1944."

"El hospital estaba situado en una pequeña colina fuera de las casas. Esta colina se elevaba hacia el sur, donde estaban los rusos. Era un pequeño edificio macizo, rodeado por un cerco de madera. Al salir del amparo de la última casa al pie de la colina, dos balas silbaron al lado mío. Desde el aserradero cercano que estaba en manor de los rusos desde hacía una semana, tenían en vista el camino y lo tenían bajo fuego. Me paré sorprendido y miré desde donde provenían las balas, en ese instante otra silbó cerca de mi cara y otra tocó el suelo a unos centímetros de mí, salpicando el barro.

Salté detrás de una casa y avancé sigilosamente hasta la otra punta del hospital."

"Nunca en mi vida había visto un lugar tan desolado. La casa olía a una fetidez particular, encontré dos viejos moribundos de inanición que en una de las piezas gemían y lloraban. Las hermanas les mandaban de cuando en cuando alguna comida. En otra pieza encontré un soldado húngaro convaleciente de tifus, inerte de debilidad. Era horroroso el solo mirarlo. El servicio oficial del hospital había huido hacia tiempo y estos acá estaban medios vivos, medios muertos librados todos ellos a quien sabe que destino."

"En otra de las piezas encontré al joven buscado, estaba bajo un gran acolchado defendiéndose contra el frío; con pocas palabras le expuse mi plan que consideró muy audaz. Le ofrecí recompensa si me acompañaba ya que conocía el camino. A duras penas pude convencerlo prometiéndole 700 pengos —2 meses de sueldo de un empleado nacional—."

"Salimos a echar un vistazo detrás de la loma de la colina donde según él estaban los rusos. Cruzamos el frente del hospital que miraba el aserradero ocupado por los mismos. Miramos por el portón. Delante de nosotros había un nido de ametralladoras con un solo soldado alemán encorvado otean do el aserradero. Cada tanto tiraba una serie. Y nosotros no se nos ocurrió que si el soldado alemán se escondía a pocos metros de nosotros también corríamos peligro de vida y al señalar hacia el aserradero de repente una bala atravezó el pestillo al lado de mi estómago, otra a la altura de mi rodilla y la tercera paso por poco rozando mi cadera

Saltamos sin aliento detrás de un ángulo de la casa."

"Esta fue la primera vez en mi vida que experimenté la guerra cerca de mi persona. El bombardeo más feroz hasta ahora lo tomaba como un peligro común, las granadas tiradas sobre nuestra casa tampoco iban dirigidas a mí. Pero hoy ya por segunda vez alguien con fusil en mano me apunta a mí, a P. T. Nagy y me quiere fusilar como a un perro. Era una sensación extraordinaria. Sabía que el seguir

viviendo se debía a que el individuo no tenía puntería o no quería acertar, porque según me enteré después, respetaban a los sacerdotes."

"Una vez en la pieza nos sentamos algo desilusionados, habíamos perdido las ganas de evadirnos pero poco a poco nos recuperamos y resolvimos partir a la madrugada y esperar la claridad ante la posiciones rusas. No queríamos dejarnos capturar de noche porque de noche todos tienen más miedo y tiran más rápido y afloran más .fácilmente los instintos animales."

"Oscurecimos la pieza y a la luz de una vela cenamos de los paquetes preparados por las hermanas. Después nos acostamos. En balde esperaba el alivio del sueño, éste era ahuyentado por la mar de pensamientos que pululaban en mi cabeza caótica. Hoy sería incapaz de reconstruir mi vida con la fidelidad de aquella noche, veía mi pasado cual una película, este fenómeno suele acaecer antes de saberse en peligro. Lo bueno y lo malo todo vino a mi memoria. Recordé días gratos, mis amigos, mis colaboradores y tenía el presentimiento que los dejaba para siempre."

"Serían las dos, cuando me levanté y salí a inspeccionar. La luna llena iluminaba, pero gracias a un fina capa de nube hizo la luz más difusa. Las ametralladoras se contestaban y a ratos volaba un cohete. De lejos llegaba el rumor de los cañonazos. Era una noche tan desolada, tan alevosa y pavorosa que de nuevo sentí desvanecer en mí la valentía de mi evasión. Recordé el sótano amable de las hermanas y casi me arrepentí de haberlo dejado. En ese momento sentí el ruido de pasos: eran los dos soldados alemanes de relevo que venían conversando. Sentí parar el latido de mi corazón, únicamente mi cerebro trabajaba y me decía, si estos me encuentran acá no podré persuadirlos de mis intenciones y éstos no conocen piedad. Tuve la presencia de ánimo de saltar tras una puerta. Pasaron justo al lado mío, experimenté el miedo de la muerte, un sudor frío me cubría el cuerpo y me sentí mareado. Al volver a acostarme sobre el colchón sucio del hospital, me parecía estar descansando sobre almohadones de pluma."

"A las cuatro nos levantamos. Le pagué los 700 pengos a mi compañero por si me fusilaban primero. Sacamos una camisa blanca del hospital para hacer la bandera, levanté mi sotana y la até debajo del sobretodo y me puse una bufanda gruesa por el cuello. El maletín también lo até al cuello para que pueda arrastrarme por si era necesario. Salimos. Mientras viva no me olvidaré esa niebla gris que envolvía todo como una telaraña, el lodo que salpicaba al caminar, los tiroteos cercanos y lejanos que parecían ecos de los primeros y el frío húmedo que penetraba hasta los huesos."

"Como a 15 metros del vigía debíamos evadirnos por una ranura del cerco; yo deseaba que el alemán tirara de una vez para que el nido apagase el rechinar de nuestros pasos porque si nos descubre nos mata. El alemán no tiró pero tampoco nos descubrió, Dios parecía estar con nosotros. Profundamente agachados nos apuramos hacia la loma de la colina, porque así, si el vigía nos descubre, hasta que de vuelta la ametralladora, tenemos tiempo a correr hacia la loma y detrás, según mi compañero había una cuneta, ahí estaremos a salvo. Pero hasta allá faltaban unos cincuenta metros."

"A mitad del camino tuve que parar porque me invadió una lasitud y palpitaciones que no podía seguir caminando. Las actividades agotadoras de este último tiempo y las profundas emociones sufridas habían debilitado mi organismo. Le hago señas a mi compañero que no me ve y sigue; recién al rato se da cuenta de que está solo.

Se acurruca y me espera, yo me acurruco junto a él y le pido que me espere porque nuevamente me ataca la fatiga. Seguimos acurrucados y rezábamos. Bendigo a Dios que el soldado alemán no nos haya descubierto y que en nuestra sección sige el silencio. Era increíble cómo brotó de mí el deseo de vivir, volví a sentir la seguridad que no me había abandonado hasta entonces, sí, seguiré luchando, no quiero defraudar esas masas de almas que esperan protección de mí. *«Alea jacta est»."*

"Seguimos arrastrándonos hacia adelante con una duda profunda: ¿ qué habrá adelante de nosotros ? ¿ Nos espera quizá una ametralladora o un fusil apuntándonos? ¿O un nuevo vigía alemán? Esta inseguridad era pavorosa. Al fin llegamos y saltamos a la cuneta. Delante de nosotros había un cadáver de un soldado ruso. Estaba de bruces con los brazos estirados. Su fusil a su lado. Por su fetidez juzgamos que hacía tiempo que ha muerto. Pensé, quizás a mi me espera el mismo destino."

"Ya estábamos por alcanzar el borde de la zanja y pasábamos por un nido vacío de ametralladoras, cuando de golpe se avivó todo. De todas las direcciones se oía un ensordecedor fuego de ametralladoras, no pude comprender cómo no lo oíamos antes. Al instante nos enterramos en la zanja; mientras saltaba alcancé a ver el fuego de una metralla que cayó seguido por una cola de color rojo vivo. Los tiros alemanes contestaban de lejos. Las balas cortaban las ramas de la zanja como podadoras gigantes, pero nosotros por el momento estábamos seguros. Nos escondimos dentro del barro líquido. De nuevo me invadió la alegría de saberme vivo y vencedor, le murmuré a mi compañero que rezábamos agradeciendo a Dios por su ayuda en esta nuestra gran empresa."

"El gran concierto no duró más que minutos, pero si nos alcanza fuera de la zanja, habría bastado para darnos el mismo destino que al soldado ruso anterior".

"Estábamos empapados por le sudor por dentro y por fuera por la fría llovizna, nuestros pies dormidos por la posición forzada dentro del barro, empezaban a ponerse rígidos. Miré el reloj eran las 5 y cuarto, así que pusimos hora y cuarto para ganar esos 300 metros, nos creíamos más rápidos."

"Resolvimos esperar un centinela ruso para entregarnos, si era necesario hasta mediodía. No nos animábamos a salir de la cuneta por miedo a alguna bala pérdida. Se vislumbraba un viñedo cercano, empezamos a arrastrarnos hasta allí, pensando que sería un buen escondite. Abajo en el llano se veían los contornos de las casas. Se oía cabalgar y alguien que tosía. De lejos venía el ruido pavoroso de los tiroteos; encima de nosotros las granadas chasqueaban y silbaban y estallaban lejos en la ciudad. Pero en nuestra sección reinaba la calma. Según mi compañero no solía haber tanto silencio por aquí. Seguíamos sentados en el barro de la zanja. Al rato avanzábamos arrastrándonos, me pareció haber pasado lo peor. La tos y el carraspear se oía cada vez más cerca y captamos algunas palabras rusas."

"En ese momento estalló un infierno. Fuego de todas las direcciones, las balas que se iban y venían cerca de nosotros, y durante la hora y media que duró este concierto dantesco, cien veces perdí la esperanza de salir vivo. Estaba temblando de cuerpo entero, creí volverme sordo de los estallidos cerca nuestro y el humo de pólvora me irritaba los ojos y la garganta."

"La artillería alemana buscaba las posiciones rusas; al virar sus cañones, los estallidos se acercaban cada vez más: a 30 mtros, a solo 20, a nomás de 10. Me convertí en un bulto pequeño, apreté mi cabeza contra el tronco de un árbol, el maletín lo puse contra mi pecho, acto seguido estalló una granada a cinco metros de mí. La tierra me sacudió, creí asfixiarme por la presión, después de un terrible crugido que por poco nos sepulta en la tierra."

"A los ocho y media cesó el infierno y nosotros poco a poco nos recuperábamos. Rogábamos por que viniera alguien : nosotros no nos atrevíamos a levantarnos porque aunque más débilmente el tiroteo seguía. Cerca de las 10 corrían hacia nosotros dos soldados rusos con ametralladora liviana en mano. Sacamos la bandera blanca en señal y les gritamos de lejos en ruso que eramos amigos húngaros. Al acercarnos hacia ellos alcanzamos a ver las posiciones rusas semides -

"Nos agachamos junto con los soldados después de cambiar algunas palabras; nos mandaron hacia atrás y seguían corriendo; en ese momento vinieron varios y gritaron que corriéramos si no queríamos ser alcanzados por las balas. Llegamos a las casas, un soldado nos inquirió por si teníamos armas, pero lo mismo nos inspeccionaron. No nos quitaron nada ni nos hicieron daño alguno, posiblemente porque había cerca un comando. En caso contrario, lo habrían hecho".

"El comando se había instalado en una mina de arena, el capitán estaba en la puerta. Se sonrió, yo le devolví la sonrisa. Me hizo pasar a la mina me ofreció una silla y comenzó la presentación. Le dije que era sacerdote, profesor de teología y me evadí en medio de mil peligros para ofrecerles ayuda en la reorganización del país, esperando que los rusos me aceptaran. Los soldados alrededor mío al oír mis palabras, me ovacionaban. Sobre todo les fascinaba que siendo cura, fui a unirme a ellos. Me preguntaban que quería. Llegar al comando más alto, respondía yo, para iniciar conversaciones. El capitán quien de particular era un abogado moscovita, me prometió darme un soldado que me conducirá a su comandante inmediato y ese a su vez me llevará a otro. Me rodearon con respeto y me convidaron con pan y manzanas. A José Sándor, mi compañero lo recomendé con benevolencia y me encaminé con el soldado. Los alemanes parecían tener de blanco a este pueblecito, porque las balas venían con constancia y nosotros corríamos de una casa a otra. Atrave-sávamos huertas embarradas y yo volví a fatigarme tanto, que en cada segunda casa teníamos que descansar un rato. La visión que ofrecían estas casas desvastadas, estrujaban el corazón, sus dueños habían huido con lo puesto y lo que dejaban por detrás era presa de estos soldados que destruían hasta los muebles de la casa para hacer fuego y calentarse."

"En una de las casas encontramos al comando superior. Me recibió un mayor de cara enérgica. Se me ocurrió en el camino, que el teniente general Veres me estaba esperando. Conocía a Veres y sabía que había desertado ya anteriormente y en esos días era la máxima autoridad húngara en territorio ocupado. Pensaba que su autoridad me salvaguardaría, mientras paso de mano en mano en el comando ruso. Así fue. Este mayor también me interrogó, se veía que no tenía ningún interés en el asunto, pero me juzgó persona de importancia al querer ver a Malinowsky y porque me esperaba el teniente general Veres. Y para quedar bien hacia arriba, me invitó a comer. Esta invitación fue muy oportuna puesto que no había probado bocado desde la noche anterior. Comimos carne asada con vino y pan blanco, este último hacía ya años que no habíamos visto. Aproveché la estufa para secar mis ropas antes de salir."

"La pieza estaba llena de soldados que me observaban con curiosidad y explicaban entre si con entusiasmo mi supuesta autoridad. Tuve la impresión de que mi presentación tuvo éxito, les caí bien. Me comporté tranquilo y con cierta superioridad, para impresionar como un hombre seguro de sí. Una vez seca mi ropa, el Mayor me envió esta vez con dos soldados a un comando superior, ordenando a mis escoltas que llevaran mi maletín. ¿Quién hubiera dicho?".

"El bosque estaba lleno de municiones tiradas, carros destruidos, caballos muertos y cadáveres por doquier. Era una vista espeluznante. Todo esto era saldo de un combate importante. Al orientarme descubrí que íbamos hacia Tapalco."

"Ya oscurecía cuando llegamos a un galponcito donde encontré a un coronel sentado en el suelo rodeado por unos veinte soldados acurrucados junto a él. Riendo a carcajadas me trajeron un sillón de cuero. Tuve la impresión de que me iba a dar trabajo desarmarlos. Les expuse mi leyenda. Entonces me preguntaron: ¿Si era comunista? No, respondí yo. ¿A que viene aquí, pues? Porque pertenezco al ambiente de Veres, soy su amigo y él me espera. ¡A sí, Veres! Vi que esto sonaba bien acá. Cuando dije que sería colaborador de Veres me convidaron con fino té ruso. Me preguntaron qué rango ostentaba. No soy militar, dije. Se sorpredieron. Tengo que añadir que mi sotana seguía atada bajo mi sobretodo y mi cuello estaba tapado por la bufanda, así no habían notado que era sacerdote. Soy profesor y sacerdote decía. Esto provocó un grito. ¿Y que enseñaba? Sociología, contesté con inocencia. ¿Y del comunismo que enseñaba? Por momento me confundí; de pronto, contesté que un arzobispo le dijo a un conde que había que colgarme en el primer árbol. —Fue Czapik a quien en este momento estaba muy agradecido—, es por eso que estoy aquí. Me ovacionaron entusiastas y me dieron otro té." *Para acortar la extensión de mi diario desde aquí citaré solamente partes de él.*

"Vivía en un estado de peligro de ser saqueado, golpeado y olvidado en una cuneta como habían muertos tantos anónimamente. Fui conducido de un comando a otro y tuve que contar cada vez mi historia corriendo el riesgo de que alguno no se la creyera. A la noche siguiente llegué a Góromboly donde me metieron en una casa de campesinos que estaba llena de soldados rusos. Ni bien me había sentado, vino un soldado soviético y empezó a palpar mis bolsillos. Le dije que era un individuo de autoridad, amigo del general y si no me dejaba en paz lo haría ahorcar. Esto lo puso furioso, se sentó delante de mí y comenzó a mirarme desafiante. Le devolví la mirada enérgicamente. Me gritó preguntando cómo me atrevo a mirarlo de ese modo. Para no olvidar tu facha, le contesté fríamente. Se quedó sentado un rato y luego salió. Al otro día me enteré que estaba haciéndome propaganda entre los soldados diciendo que era amigo del general. Claro está que pensaban en el general ruso. Desde entonces me respetaban y me surtían de gillette y jabón al saber que no tenía. Yo por mi parte no quería abrir mi maleta delante de ellos para no tentarlos."

Podría citar páginas de cómo había amanecido lleno de picaduras de piojos, chinches y pulgas.

"Comenzaba las mañanas con una autodesinfección matando estos bichos que suelen ser portadores de enfermedades infecciosas. Una vez sólo en mi chaleco de piel encontré 70 piojos."

Otras páginas relatarían con detalles cómo uno de los generales para que no me aburra, me envío un mayor, profesor de literatura de la universidad de Kiev, con

quien en medio de estallidos de granadas, en el fondo de una casa campesina, discutimos de literatura por toda una tarde. Los primeros días fui objeto de los tratos más diversos. Un coronel brutal para probar quizá mi resistencia, me mandó fusilar. Me pusieron frente a la pared, dos soldados me apuntaban y yo me encontré frente a la muerte. Querían vendarme los ojos, pero me resistí diciendo que no hacía falta. Mientras observaba los caños de las ametralladoras livianas que me apuntaron, sentí durante un segundo una tristeza infinita por tener que sucumbir acá entre cadáveres de cab> líos. Al conducirme de nuevo a la casa, mis ropas mojadas, estaban adheridas a mi curepo y me dominó una sed tan imperiosa que creí desfallecer."

De a poco al transpasarme a otro comando, enviaban unas líneas sobre mi persona que mejoró mi situación de modo especial. *De mi diario del día siguiente*

"A la tarde temprano me pusieron en un carro para en-viviarme a un comando superior. Al costado de la carretera de ambos lados, autos destruidos, caballos muertos, carros dados vueltas y aquí y allá cadáveres. Sus caras gangrena-das y a la manera como estaban tirados en el barro cual trapos viejos, ofrecían un aspecto repugnante y desolador. No pude menos que pensar en que éstos también tienen madre, esposa, novia quienes lo recuerdan con cariño y lo esperan de vuelta. Al lado de estos cadáveres había dos soldados soviéticos observándolos tal vez querían descubrir algo más para sacarle. Al pasar por un tanque inutilizado, un cosaco venía cabalgando tras de nosotros. Era una vista pintoresca el jinete en el camino que se perdía en la llanura. Vino a llevarnos de vuelta. Me invadía una preocupación: cuál será el motivo de esta nueva orden. Tal vez una contradicción en mi confesión. Recordaba una con claridad. Bajé del carro afligido. Un Mayor vino sonriendo, dando explicaciones que había llegado un Coronel y quería verme, al mismo tiempo que los había retado por enviarme en carro, por lo visto seguiría el camino en auto."

"Al correr los días, me daba cuenta que el respeto hacia mi persona iba en aumento. Esto culminó al llevarme en un jeep en medio de un mar de lodo hasta un auto grande que estaba a 150 metros de mi casa para llevarme al cuartel ge-general. Como los rusos no tenían apuro de enviarme de un comando a otro, tuve oportunidad de mantener largas conversaciones con ellos. Nos estudiábamos mutuamente. Vino a verme un historiador de arte con quien discutía hasta la ma-drugada del arte clásico, burgués y comunista. A medida que fui alejándome de las tropas militares, las conversaciones se tornaban más interesantes, debía cuidarme cada vez más, hasta en menudas expresiones porque a la mínima contradic ción me caían encima como un águila sobre su presa. Sentía de repente que estaba enfrentando a rivales dignos".

Mi situación se volvió crítica al confesar que era sacerdote y profesor, omitiendo mi calidad de jesuíta y copresi-dente del Kalot. Hablaba siempre del partido Demócrata Cristiano del Pueblo que me enviaba. (Este partido se había formado clandestinamente bajo nuestro control y apoyo moral en las últimas semanas.) Di mi segundo nombre, Alejandro en vez de Tohótóm porque no quería comprometer a la Compañía de Jesús. Mi intención era evitar que la radio comunista propale victoriosamente mi sensacional «huida». Estas páginas de mi diario están llenas de un debate deses perante y una permanente tensión nerviosa. En semejante estado tenía que batirme en un duelo intelectual de cuyo fin dependía si podíamos reorganizar el Kalot o *t^íé* fusilado en el camino.

De mi diario: "Por fin nuestro auto llegó al Cuartel General. La aldea estaba totalmente evacuada por los rusos y no pude saber su nombre. Todos debían abandonar las casas e irse a alojarse entre los viñedos y puestos. Posiblemente era TiszafÓldvar. Al fin encontramos el grupo que se ocupaba de las interrogaciones. Me recibió un teniente asaz simpático, dominaba seis idiomas, era doctor en ingeniería y había cursado academia de guerra."

"Se alojaba en una simpática casa campesina. Me hizo traer agua caliente y me instó a ponerme cómodo y descansar la fatiga del viaje. Apenas me fui lavado, ni tuve tiempo de afeitar mi barba de cuatro días, cuando vino un coronel a avisarme que querían verme. La primera audiencia no fue exitosa. Como seguía en la convicción de ocultar mi verdadera identidad y al Kalot, hablando únicamente del partido, mi cuadro expuesto era confuso. Me preguntaron por ejemplo: ¿cuándo se había formado el partido Demócrata Cristiano del Pueblo?, no pude contestar porque su existencia databa de varias semanas y podían averiguarlo. Y si se formó ahora, ¿cuántos miembros poseía? Si digo poco, no va tener autoridad y creerán que somos oportunistas, si digo mucho, dirán cómo pudimos organizarlo en tan poco tiempo. ¿Cual es mi rol en el partido? No soy miembro, pero si confieso que soy dirigente de un gran movimiento, me preguntan el nombre y mañana la radio de Londres o quizá de Moscú también propale la noticia de la disidencia del Kalot. Me preguntaron donde vivía. Calle Horánsky 20, era la entrada de atrás de la residencia y bajo el nombre de Dr. Alejandro Nagy, profesor de teología. Después de anotar mis datos, percibí cuando el general le dijo en voz baja al otro: «control». Ya me pareció ver al pequeño portero menear la cabeza diciendo que allí no vivía, acto seguido avisan para acá en sus radios clandestinas diciendo que mis datos son falsos."

"En una palabra, me encontraba en una situación harto complicada y penosa. Los oficiales que me han interrogado hasta ahora lo hacían superficialmente, pero estos acá eran profesionales y tenían a disposición una red de espionaje para controlar cada palabra."

"Me pedían las credenciales del partido; no las tengo conmigo, respondí, por miedo a que los alemanes me lo encontrasen encima y me fusilen. Entonces con que puede identificarse, inquirían con una consecuencia tenaz. Me costó trabajo conservar mi tranquilidad en mi desesperación ya no sabía que decirles y recurriendo a una idea les dije que el obispo Hamvas de Szeged —Szeged ya estaba en manos de los rusos— me conoce y me tiene afecto y en vez de llamarme por mi nombre Alejandro me llama por mi nombre de niño Tohótom, vaya decían y a este último no lo querían anotar. En balde trataba de subrayar que el obispo siempre me llamaba así, no parecía interesarles un supuesto apodo sino mi nombre ordinario. Un sudor frío me cubrió, me sentí como la presa caída en la trampa. Qué opinarán de mí, pensé ; seguramente creerán que soy un hombre arriesgado quien con la bravura de decirles que me dedicaba a las organizaciones y que los cimientos del partido los habíamos puesto tiempo atrás; entonces porque salimos recién ahora con la formación del partido y porque cooperábamos recién ahora con los social demócratas, me preguntaron. Porque no queríamos dejarnos aniquilar por los gobiernos anteriores que miraban mal nuestros programas sociales. La realidad fue distinta, porque a los social-demócratas los azotábamos adonde podíamos, más tarde les dije esta verdad con sus explicaciones correspondientes."

"Al volver a mi alojamiento pensaba muy afligido en el resultado del control, confiaba que al serenarme encontraré la manera de salir de este atolladero. Tenía la

obsesión que si les confieso todo, aprovecharían la posibilidad de propaganda que el asunto encierra y la propalarían por radio. Sabía que la disidencia de un jesuíta que a su vez es vicepresidente del Kalot, es tan importante para la Iglesia como la disidencia del general Veres para el ejército, cuya personalidad fue bien aprovechada para la propaganda. Antes de retirarme de la audiencia les dije que tenía la impresión de que mi confesión era confusa, esto lo explicaba con qua hacía cuatro días que no había dormido después de pasar por un infierno y que hoy todavía no había ingerido nada en cambio había viajado desde la madrugada. Quería conversar con ellos en condiciones tranquilas porque tenía mucho que decirles en su interés."

"Al acostarme en la cama me hice un balance de lo acontecido y llegué a la conclusión que debía decirles la verdad de la situación al mismo tiempo atarles las manos de algún modo para que no se aprovechen de mí con fines de propaganda. ¿Pero se podrá llevar a cabo?"

"El teniente coronel con quien cenaba la noche anterior quería sacarme una foto en sotana, imprimirla en una proclamación mía con mi firma y arrojarlas desde aviones en territorios no ocupados. Me costó trabajo disuadirlo, se vislumbraba también acá este peligro."

"Me acosté temprano en mi habitación caldeada, pero pese al gran cansancio, no podía dormir. Al rato llamaban a la puerta y acto seguido entró el teniente y me preguntó si quería ir a su cuarto a conversar porque se hallaba solo y tranquilo. Mi cansancio desapareció como por arte de magia, me vestí de prisa sintiéndome vigoroso, fresco y me dispuse a seguir al teniente."

"Comenzé a decirle cuanto temía a la propaganda i'adial ya que esta sería prematura todavía porque mis colaborado res y amigos vivían bajo la ocupación alemana todavía y estos los maltratarían. Me tranquilizó con absoluta firmeza que no corría ese peligro, que estuviera seguro porque nada publicarían sin mi consentimiento. Debo dejar constancia a posteriori que no habían faltado a su promesa."

"Sus palabras sonaban tan a sinceras que me puse a aclarar la situación exponiéndole el porque de mi posterior reserva. He aquí todos mis documentos de identidad, le decía; mi partida de bautismo, con mis dos nombres Alejandro y T'ihótóm y dos cédulas de identidad con dos fotos una de civil y otra de religioso con sendos nombres. Le aclaraba porque tenía que esconderme en la capital de civil con el nombre de Alejandro. Se rió buen rato de los documentos; al rato según lo había supuesto llamó una ordenanza y le explicó largamente el asunto de los dos nombres. En adelante me controlaran por estos nombres. Después seguíamos conversando amigablemente y comprendió mi aflicción anterior."

"Después de explicarle el Kalot, nuestra gran organización, los preparativos para un futuro partido y su apoyo, el cuadro era satisfactorio. Afirmó diciendo que acababa de comprenderlo todo y lo consideraba de gran importancia. Le hice conocer los resultados propagandísticos y organizadores de los cursos de las escuelas superiores, nuestra prensa, nuestra posición y nuestra autoridad ante el clero y los prelados ; los cursos para sacerdotes y los grandes esfuerzos para la formación del partido. Al final quedó convencido que si bien nuestro partido era el más joven, en la coalición era el que tenía una retaguardia mejor organizada y éramos nosotros los que disponíamos de un movimiento estructurado y sobre todo de grandes

posibilidades futuras. Además el hecho de que era jesuíta lo tuvo de gran apreciación. Conocía bien la historia de la Orden y su importancia."

"Después le hablaba de los comunistas nuestros, señalándole que éstos no eran como los soviéticos, que según lo que rae había relatado seleccionaban mucho a los miembros del partido, y a los ebrios y vagos no los dejaban entrar. Entre nosotros era lo contrario le decía; ayer su buena mayoría era fascista, hoy son comunistas y cuando llegue el ejército soviético a Budapest, estos serán todos unos saqueadores bolcheviques. Los social-demócratas ya eran renegados. El coronel de anoche hablaba de lo mismo. Los social-demócratas cuando alguna fábrica tenía su stock completo y les habría convenido una huelga, estos dirigentes pagados por los fabricantes organizaban huelgas hasta de quince días con un re sultado de un par de centavos para los obreros y sumas para los fabricantes. Yo tenía perfecta noción de estas cosas, le decaía, porque nosotros también habíamos organizado huelgas pero no camufladas y luchábamos contra los social-demócratas."

"El entusiasmo me hacía hablar cada vez más. Al final mi posición ante el teniente se tornó favorable. Parecía satisfecho mientras hacía sus anotaciones. Al despedirme me dijo que iba a comunicar todo a sus superiores. Al otro día vino el teniente trayendo papel en mano a pedirme en nombre del general que confeccionara un relato detallado de la organización del Kalot y de sus principios. Me puse a trabajar de inmediato hasta terminar las 30 páginas que entregué a la noche. El escrito fue de su agrado y me dijo que lo iba a entregar el mismo día al Mariscal Malinowsky."

Así fue que me enteré de la identidad del supuesto general. En mi diario aquí consta la descripción detallada de como fueron a buscar a mi colaborador José Ugrin al colegio de hermanas trayéndolo adonde me alojaba. Además había descripto cómo comencé una huelga de hambre porque juzgaba demasiado prolongada mi permanencia en el cuartel general y cómo, en consecuencia, me prometieron llevarme a Debrecen, donde ya se había formado el gobierno húngaro provisorio. Me prometieron además un permiso para la reorganización del Kalot, más un certificado ruso diciendo que yo y mis familiares estábamos bajo la protección del Comando Supremo Ruso pudiendo utilizar cualquier vehículo ruso para mis viajes. Debo confesar honestamente que el Comando Supremo Ruso había actuado tanto frente al movimiento Kalot como frente a mi persona con una corrección excepcional. Consideraban los principios sociales del Kalot, dieron crédito a nuestro amor sincero por el pueblo y nos concedieron libertad de acción.

El certificado me fue extendido y me di cuenta de su importancia en mis viajes constantes[1] en todo el país, más de una vez fui dejado pasar por los guardias en los puentes cerrados. Me excedí en mi audacia a tal punto que viajando llevaba conmigo como familiares a cinco o seis hombres desesperados para pasar así los controles rigurosos.

Mientras yo en el Cuartel General hacía posible lo imposible, cayó la mitad de Budapest en manos rusas. El P. Kerkai, a pesar de vicisitudes, logró llegar también hasta Debrecen. A gran susto suyo no me había encontrado a pesar de las noticias previas sobre mi posible llegada a esa. Seguramente me habían deportado o fusilado, pensaba. Al fin fue llevado a Debrecen. Nuestra alegría al encontrarnos fue indescriptible. Mis resultados logrados los consideró esenciales ya que sin ello el partido comunista húngaro con un solo gesto hubiera arrasado con nosotros. Así en cambio no pudieron menos que reconocernos. Después de un día de larga

deliberación, habíamos resuelto que el P. Karkai iba a reorganizar el centro del Kalot en la captal y ampliar las ramificaciones en toda dirección; yo por mi parte con mi certificado especial ruso recorrería el interior y sacudiría al movimiento, lo despertaría del estado de desesperación, inseguridad y pánico entonces reinante. Seguiré los pasos de los rusos y seré el primero en llevar noticias de que seguíamos viviendo y podíamos trabajar en libertad y de ser posible me acercaría al mismo partido comunista que estaba en camino de ser todopoderoso, ahora cuando había emprendido una carrera loca de juntar fieles en la tierra de nadie para una ideología nueva.

Así fue que el P. Kerkai, mientras Buda permanecía en manos de los alemanes, en Pest juntó a cuarenta o cincuenta colaboradores y organizó una reunión. Después él mismo iba viajando sobre vagones, prendido de locomotoras trayendo bolsas de cereal y papas a fin de abrir una mesa en el Centro del Kalot para los colaboradores hambrientos.

El P. Kerkai mismo visitó varios centros importantes en el interior, mientras que en otras regiones todavía seguían los combates desesperados. Al describir esto, recuerdo que en el mundo entero viven emigrantes húngaros dispersos, quienes no han visto un soldado ruso en su vida más que en páginas de revistas, porque han huido hacia occidente días y semanas antes de que llegara el feroz ejército ruso, dejando a la nación al abandono, en cuyo himno se cantaba: *"Aquí, debes vivir y morii"".* Y ahora para justificarse, ante nosotros quienes en interés del pueblo sufriente, a riesgo de nuestras cabezas, armados con mil astucias entrábamos en trato con los rusos, nos tildan de traidores. Dicho sea, nosotros del Kalot tuvimos parte importante en el resultado de las primeras elecciones, cuando el partido comunista tuvo nada más que el 16 % de los votos a pesar del amparo militar ruso. Este hecho en su época fue motivo de admiración en el mundo occidental y considerado como un milagro y el mismo Vorosilov encolerizado por esta derrota del comunismo, en el mismo día de las elecciones sacó de su pieza a M. Rákosi, líder del partido comunista, a puntapiés.

* * *

Encontré anotaciones muy interesantes en mi diario a partir del 9 de febrero de 1945. Éstas, casi olvidadas, se revivieron ahora con motivo del Concilio Vaticano II, donde fueron invitados los delegados de diferentes credos; citaré algunos acontecimientos de entonces que movieron a muchos a condenarnos: la figura en cuestión era el prelado Dr. Ladislao Bánáss a quien presenté al papa Pío XII más tarde en segundo lugar para la dignidad del primado de Hungría. Recibió en cambio el obispado de Veszprém pero al poco tiempo de su nombramiento falleció. Los demás personajes, quienes actuaron en los acontecimientos que voy a contar, creo que siguen con vida.

Debo anteponer que desde hace mucho tiempo atrás me dedicaba al problema del entendimiento con los protestantes, y en representación del Kalot muchas veces participaba de numerosos congresos protestantes ante el escándalo de muchos católicos fanáticos. El diario dice: "El P. Kerkai me decía aún en Pest, al encontrarnos días atrás en esa, que yo debiera organizar ahora en Debrecen las conferencias católico-protestantes proyectadas por mí desde hace mucho tiempo".

"Bánáss en los primeros días de la ocupación rusa en la reunión para formar el nuevo gobierno exigía la presencia del obispo Dr. Révész quien accidentalmente se

encontraba ausente, porque no le llegó la invitación. El Dr. Bánáss no quizo representar a la iglesia católica en esta importante reunión sin la presencia calvinista. Es de imaginar lo bien que impresionó al obispo esta actitud solidaria. El prelado nos reunió al P. Kerkai y a mí con el obispo protestante ni bien habíamos llegado a Debrecen. El obispo me invitó a una conversación con los pastores protestantes sobre el tema del entendimiento."

"Al volver yo el 5 de febrero a Debrecen, ya traía conmigo de Budapest el pensamiento básico de los detalles confeccionados con el P. Kerkai; estos eran los siguientes:

1) Tanto los católicos como los protestantes queremos seguir nuestra vida religiosa por nuestros caminos.
2) Las actividades sociales y culturales se harán mancomunadas (Kie-Kalot. Partido de Pequeños Terratenientes. Partido del Pueblo).
3) El resultado de esto será: una proclamación publicada por la prensa y radio.

"El día 6 entregué estos puntos al Dr. Bánáss y al señor obsipo Dr. Révész, quien a su vez me dio los siguientes principios a seguir:

1) No nos retractaremos en cuestiones dogmáticas.
2) No coincidiremos en partidos comunes de política porque esto nunca había dado buen resultado.
3) En cambio en terreno social y cultural desempeñaremos actividades comunes al máximo.

"Nos reuníamos dos veces, una en el palacio del episcopado y la otra en la residencia del prelado. En estas reuniones frente a los seis pastores, nosotros también éramos seis: un sacerdote secular, dos franciscanos, un dominico, un escolopio y yo el jesuíta. Desde el principio de la reunión nos habíamos trenzado en una polémica: la proclamación fue atacada por el dominico P. Albert, quien alegaba que una manifestación así estaba demás; teníamos que dedicarnos al culto de las almas en silencio y no debíamos actuar en público, sino en silencio entre la gente sufrida."

"Mi respuesta era la sigiuente: con este principio realizaremos nosotros mismos la meta final de los comunistas, quienes quieren reducir la iglesia a los templos, privándonos de toda actividad pública. El resto de la concurrencia menos un pastor mayor que tenía algunas dificultades, disentían con el padre dominico."

"Con la omisión de algunos detalles y con la ampliación de otros se aceptaron los puntos básicos."

"La reunión final a la tarde del 9 de setiembre tuvo lugar en la habitación del Sr. Obispo, con su presencia y con la del Dr. Bánáss. Ambos pronunciaban algunas palabras de introducción. Entonces el Dr. Révész, pidió informaciones del resultado de las reuniones anteriores, de sus polémicas y nos dijo que añadiéramos nuestras observaciones."

"Entre las diferentes observaciones, la del padre dominico era característica por su

rigidez. Decía que nosotros éramos insignificantes para resolver esta cuestión y que esta debía ser llevada ante el cuerpo episcopal. Por su parte, recomendaba tener acta de los puntos convenidos, firmarlos y esperar con su publicación."

"Respondí al Padre que si la proclamación no se llegara a publicar por el momento porque éramos insignificantes, más tarde tampoco sería apto para publicar porque seguiremos igualmente insignificantes y más tarde al mudarse el gobierno a Budapest, que hoy es imposible por los combates librados en ésa, Debrecen perderá su calidad de capital provisoria, pero hoy todavía posee esta importancia que justifica la publicación de nuestra proclamación; y si juzgábamos que ésta no está suficientemente madura para la publicación, entonces no tiene sentido que lo tomemos en acta."

"Fue el gran peligro común que nos unió acá y no tenemos tiempo para esperar que un día lejano el cuerpo episcopal sea posiblemente reunido."

"Todos se declararon a favor de la publicación menos un profesor universitario, Dr. Czeglédy, pastor calvinista, quien inquirió cual sería el resultado político de esta proclamación."

"Le contestó el Sr. Obispo con una inteligencia excepcional. Al terminar surgió una pequeña discusión por un detalle."

"El Sr. Obispo quería darle un significado a esta proclamación común y a este fin nos recomendaba tomar por punto seis la no disolución del matrimonio, cosa que ellos no reconocían y ahora estaban dispuestos a reconocer. Entonces el prelado Bánáss por su parte encomendaba que nosotros los católicos añadiéramos que «esperamos y confiamos en que Roma será más benigna en la cuestión de reversalis» y esta esperanza está fundamentada en la no disolución del matrimonio porque la causa principal de esta, era la tesis protestante que abogaba por la disolución del matrimonio."

"Aquí yo había traído cuatro o cinco motivos que peligrarían de nuestra parte la aceptación de la proclamación. Entonces el Dr. Révész dio su conformidad que lo ofrecido por nuestra parte no figurase expresamente en el texto, sino bastaba si esta esperanza la llevaríamos en nuestras almas."

"Una vez terminado el texto, lo pasamos a máquina en el acto en 14 ejemplares y lo firmamos todos. Después nos pusimos de pie tomados de la mano y profundamente emocionados cantamos el «Veni Sante Spiritus», después una canción similar en versión protestante. Todos experimentábamos la magnitud de este encuentro." *Aquí se termina mi diario.*

Quien iba a pensar en aquel entonces que vendría un Papa Juan XXIII que designará un lugar en la basílica de San Pedro para los hermanos protestantes en el Concilio Ecuménico de la Iglesia. Pero nosotros no sabíamos nada de lo que iba a ocurrir quince años después, sólo habíamos hecho lo que presentíamos de la evolución del tiempo y de sus situaciones peligrosas. Hoy me hace feliz saber que he tomado parte activa en esta pequeña iniciación, siendo uno de sus dirigentes.

* * *

A medida que los combates se desplazaban hacia el oeste, nos dábamos cuenta poco a poco todo lo que había perdido el Kalot: el Centro fue bombardeado, de las *¿0* escuelas superiores 17 fueron destruidas, bombardeadas o incendiadas y no habían quedado más que escombros, las escuelas no destruidas fueron saqueadas. De los centenares de colaboradores profesional quedaron 52: sabíamos de muchos que fueron fusilados o simplemente asesinados pero la mayoría desapareció hasta hoy sin dejar rastro alguno. Millares de jóvenes del Kalot fueron deportados a Rusia; esto no fue herida propia del movimiento, sino una tragedia tristísima del país entero. Todas nuestras empresas del interior fueron incautadas arbitrariamente. Nuestra imprenta de rotación fue invadida y expropiada por el Partido Comunista. Podríamos decir que prácticamente se perdió todo lo que era material en el movimiento y no quedó más que el instinto de conservación, el espíritu y la fe.

Cuando instalamos nuestro Centro por tercera vez con los restos de nuestras reservas y fijamos en la puerta una cédula obtenida por el *Comando Supremo* ruso, que nos daba el permiso para funcionar, una mañana antes de entrar los colaboradores vinieron los del Partido Comunista Con camiones y arrancaron la cédula y saquearon el local llevándose las máquinas de escribir, los mimeógrafos y todos los muebles. Quedamos entre las cuatro paredes heladas. En esos días me fui al interior y al volver encontré en una calle distinta un nuevo Centro —el cuarto ya— bastante equipado. Como pudo hacer este milagro el P. Kerkai en esos tiempos, en que solo transitar por las calles era peligroso, no me imaginaba.

Desde entonces dejábamos un guardia en el Centro.

Nos venían encima tiempos muy confusos. Nuestra lucha por la existencia fue agravada por defectos internos. Varios de nuestros colaboradores más íntimos nos abandonaron dejando recuerdos dolorosos. Algunos se fueron sin saludar, otros se fueron pidiendo certificado de que desempeñaban únicamente tareas administrativas. De los 52 que quedaron con vida, restaron sólo 30, para luchar junto a nosotros en esos tiempos de lucha encarnizada.

En la residencia de los jesuítas también nos encontramos con enconos. Cuando volví de Debrecen a Budapest, seguían todavía las terribles luchas callejeras. En el sótano de los jesuítas encontré un profundo desdoblamiento: un grupo, que era la mayoría y eran los padres de las modestas tareas diarias y un otro grupo más pequeño alrededor del P. Raile. Este hombre era un genio financiero, él llevaba la economía de la provincia y si los Padres aún tenían que comer, se lo debían a él. Pero cada día se tornó más vano y menos jesuíta. Lo triste del caso era que, un pequeño grupo, los más capacitados, se habían aglomerado alrededor de él. En medio de la semi oscuridad del sótano, me recibieron al parecer con gran entusiasmo y acto seguido me invitaron a comer y beber con ellos fino cognac; pronto me di cuenta que de la despensa particular del P. Raile no faltaba nada. El grupo estaba separado del vulgo en un rincón del sótano. El P. Varga estaba jugando a los naipes con el P. Vid, quien entonces era el superior de la casa. Todo esto me causó una impresión muy triste.

En los últimos años el P. Raile se dio a una vida más liberal. Yo mismo cuando entraba en su cuarto, no rechazaba una copa a pesar de ser contra el reglamento. Pero ahora después de las vicisitudes pasadas, de haber estado a punto de que me fusilaran, de haber recorrido un país pisoteado, gemido, he vuelto de tan lejos que ante este cuadro no podía menos que consternarme. Nunca oculté mis sentimientos, ahora tampoco callé mi observación, sobre todo porque en la otra mitad del sótano, los boreros del viñedo del Señor se quejaban con amargura. Agravaba la situación que el P. Vid era el compañero principal del P. Raile en estas faltas graves, pero él expió todas sus culpas en la cárcel de los comunistas, donde murió heroicamente. El P. Borbély, el provincial también pertenecía a este círculo, anteriormente a su nombramiento como provincial. Si bien se había retirado de éste, encubría el libertinaje del P. Raile ignorándolo. Lo vimos tomado en varias oportunidades. Esto fue sabido por todos, inclusive por el P. Borbély. Durante los dos meses del estado de sitio el provincial estuvo ausente en Bu-da, de donde no pudo regresar hasta la ocupación total de la ciudad. En circunstancias normales este libertinaje no hubiera tomado tales contornos, porque algunos professos hubieran informado a Roma, donde habrían tomado medidas inmediatas contra el P. Raile y contra sus superiores. Pero aquí nos arrasó una guerra mundial, la correspondencia había cesado ya hace tiempo y una guerra hace más daño dando rienda suelta a los principios inmorales que con los impactos que hacen sus armas. El P. Varga se plegó a ellos más por oportunista que por falta de integridad. Surgió un vacío entre este grupo, y nosotros con el P. Kerkai. A menudo nos decían con ironía que queríamos redimir al mundo entero. El P. Raile más tarde huyó del país y se fue a los EE. UU. donde murió en un accidente automovilístico.

Todos tenemos reacciones diferentes: en ellos la revuelta de todo lo que hasta entonces era orden, provocó esta reacción, al P. Kerkai lo hizo más asceta. Al poco tiempo en la oportunidad de mi primera evasión por la frontera ya en Roma, el P. Vicario General me pidió un informe detallado de la situación de la provincia húngara; confeccioné un escrito de once páginas. Escribí mucho de la parte buena de la provincia: la guerra dejó a los escolásticos en la miseria a tal punto que todos iban una vez a la semana a mendigar víveres para poder así sobrevivir; a pesar del hambre y de toda clase de incomodidades —hasta las mesas faltaban— seguían estudiando bajo un frío intenso, mantenían las disputas semanales, rendían sus exámenes dando así ejemplo de un espíritu digno de la Compañía.

Los padres durante el estado de sitio se dedicaban a cuidar enfermos, enterraban los centenares de muertos con sus propias manos: ayudaban a sacar las víctimas de los escombros; muchos de los padres tomaban a su cargo la custodia de los colegios de monjas y casas de apartamentos contra los raptores y violadores. Otros padres visitaban diariamente al ghetto, cuando esto implicaba peligro de muerte. Las obras clásicas de la Compañía, como las Congregaciones Marianas, publicaciones de revistas y misones populares, momentáneamente no tenían campo.

El P. Raile y su grupo eran pocas veces vistos en estos nobles menesteres. Como era mi deber, relaté en mi informe las experiencias tristes alrededor del P. Raile y que el P. Bor-bély provincial hace caso omiso de este cuadro. Agregué diciendo que tantos nobles padres merecían mejores superiores.

Al volver de Roma a Budapest escapando por las fronteras hice las anotaciones siguientes en mi diario: *"19U5, í de setiembre.* Anoche hablé con el P. Provincial, y al preguntarme le dije abiertamente todo lo que he informado de él y los otros al P. Vicario General. El P. Provincial me ha escuchado sin decir una palabra".

Con la descripción de estos problemas jesuítas internos me anticipé a los hechos, ya que entonces todavía estaba en Hungría junto al P. Kerkai y los colaboradores principales, entre ellos Alejandro Meggyesi, quien se destacó de lejos entre los otros. Recorríamos el interior sin descansar, reorganizando todo, retomando contactos anteriores. No exagero al decir que el correo al iniciar de nuevo su función, la empezó distribuyendo nuestras circulares. Las luchas todavía seguían en algunas provincias del oeste.

Una noche, al final del mes de marzo de 1945, nos sentamos con el P. Kerkai a deliberar y llegamos a la conclusión de que nuestros fondos secretos estaban por terminar. Yo sabía muy poco de la parte financiera del Kalot, porque ésta pertenecía al P. Kerkai. Durante mi odisea con los rusos el P. Kerkai vendió todo lo que no era de absoluta necesidad y lo añadió al capital restante, lo cambió por libras esterlinas, luego lo escondió bajo tierra en el sótano de una casa vecina. ¿Qué será de nosotros y de nuestro movimiento si esto llega a acabar?, nos preguntábamos. Surgió la única solución: que yo me evadiera por las fronteras secretamente primero a Roma y de ahí, con una recomendación de la Curia, a los EE. UTJ. a conseguir dinero para el sustento de la organización. No había tiempo que perder. Al día siguiente ya habíamos decidido y, para darle más importancia a mi viaje, pedimos autorización a los obispos que podíamos alcanzar para que pueda yo dar parte en sus nombres al Vaticano de la situación reinante.

Yo, por mi parte, visité algunos personajes conocidos del Cuartel General Ruso, que ahora desempeñaban funciones en la embajada rusa y mantuve largas conversaciones sobre una fórmula entre ellos y la Iglesia. Les sugerí la idea de un acuerdo mutuo en el nivel del Vaticano. La idea tuvo éxito y me pidieron que fuera al día siguiente. Al encontrarnos de nuevo, me comunicaron que la idea fue del agrado de Vorosilov y que éste trataría gustosamente el asunto.

Pedí entonces que me diera esto por escrito, sea como deseo o una autorización y yo podría traerles respuesta. Pero no querían saber nada de escritos.

El P. Provincial, por su parte, me munió con los documentos formales y una autorización especial en idioma latino para ir al exterior en busca de apoyo para la provincia húngara y sus obras.

No podía ir a Occidente porque allí todavía seguían las luchas. El camino hubiera sido más corto por Yugoslavia, pero allí seguían las sangrientas matanzas. Así que no había otro medio que escapar a Rumania a los jesuítas; ellos me ayudarían a pasar a través de Bulgaria a Turquía, donde en la embajada francesa de Angora trabajaba un jesuita, el P. Derecskei, con quien estudié un año el turco durante la *Filnsnfía,* él podría ayudarme a llegar a Roma por el camino más corto. Una vez en la Ciudad Eterna ya me sentiría como en casa.

VII EN EL SERVICIO DEL VATICANO

Cuando el 9 de abril de 1945 salí de Budapest, había creído que ésta mi misión, después de la evasión al frente ruso, iba a ser fácil. En aquel entonces no pensaba que iba a ir y volver cinco veces y las cinco ilegalmente por diferentes fronteras, empleando mil tretas en mis evasiones. Estos dos años, que desempeñé en el servicio del Vaticano, tenían dos facetas: una, el manejo de las graves conversaciones diplomáticas, las mediaciones entre partes importantes por mensajes verbales sin escrito, debido a su carácter delicado; la otra, la realización física de las evasiones. Esta última serviría de argumento para una novela de aventuras de suspenso. Fue el cumplimiento de mi misión el que me indujo a estas aventuras y no la búsqueda de sensaciones. Prescindiré de la descripción de estas aventuras aunque mi diario iiel las guarda todas en la frescura del tiempo presente. Le restaría seriedad a mi relato, si en medio de mis misiones y las delicadas maniobras diplomáticas hiciera un alto para contar con detalles cómo llegué a ser fogonero en un barco rumano, luego comerciante de porcinos o cómo crucé el arroyo de Raba llevando toda mi ropa y maleta en la cabeza en un frío de invierno, y cómo me había empastado en medio de un mar de lodo al cruzar 20 kilómetros en Pécska entre Hungría y Rumania, etc. Después de esta mención los descartaré.

Llegué a la capital de Rumania sin tropiezos y mientras preparaba mi camino entre Bulgaria y Estambul, la guerra había terminado, quedando así libre el camino más corto hacia Occidente. Había vuelto a Budapest en calidad de judío deportado, y para ocultarme de todos, inclusive de los jesuítas, puesto que esta nueva ruta de mi evasión encerraba un peligro mayor por el Kalot, me alojé en una pieza común en una calle donde nadie me hubiera buscado. Tuve que permanecer diez días allí hasta que curé una herida en mi pie que imposibilitaba mi marcha. Las experiencias adquiridas en éste mi nuevo alojamiento eran las más crudas y tristes que jamás conociera. Mis coinquilinos de la pieza común eran meretrices, rateros y cacos. Cuando volvieron a la madrugada de sus "trabajos", se ensuciaban mutuamente con ¡os relatos más tristes de la bajeza humana.

En uno de mis viajes tuve que llegar de Roma a Bucarest para llevar algunas cartas importantes al nuncio de Rumania. En esa oportunidad estuve a punto de perderme. En una estación fui arrestado y entre dos guardias querían llevarme de vuelta a Bucarest. Sabía que una revisación prolija en ésa encontraría documentos delicados y a eso no podía arriesgarme; como última salvación aproveché el momento en que mi tren llegó a una estación y éste fue atacado por una muchedumbre que quería viajar. La oscuridad densa vino en mi ayuda y yo me escapé de entre mis guardias en momentos en que el tren había comenzado su marcha. Me eché a correr por campos abiertos con el corazón en la boca; al menor ruido me echaba en el barro para esconderme; la lluvia helada me mojaba por horas cuando, exhausto de cansancio, monté en un tren de carga y fui devuelto a la vida.

Poseo hoy todavía todos mis documentos falsos de esa época. Algunos de ellos fueron recibidos, otros comprados y otros los había extendido yo mismo; desde profesor finlandés hasta pope ortodoxo con barba había variado mucho mi identidad, pero en mi corazón permanecía siempre el mismo jesuíta y consideraba todas las dificultades con alegría porque sentía que estaba en el ejercicio de la esencia en mi calidad de jesuíta al poder ser siervo incondicional de su Santidad y

de la Iglesia.

Una vez en Roma, mi aparición en la Curia causó sensación ya que había sido el primero en venir de territorio ocupado por los rusos munido de noticias fidedignas.

Encontré al *P. Norberto de Boynes,* Vicario General al frente de la Curia, ya que después de la muerte del P. General Ledohowsky, al no poder reunir la Congregatio Ge-neralis para la elección del nuevo general por causa de la guerra, ésta quedó postergada y el P. Vicario permanecía en su función. El P. de Boynes era un jesuíta francés de grandes horizontes excepcionales, quien recorrió en calidad de visitador a EE. UU. y Asia y además, como es natural, conocía bien Europa con todos sus problemas. En el primer día de mi llegada fui llamado por el P. de Boynes y después de largas conversaciones me pidió que entregara mis informes de la situación de la iglesia húngara y su política también por escrito.

Después de haber entregado el informe detallado, fui buscado al día siguiente por el sustituto de la Asistencia francesa para que ayudara a aclarar ciertos pasajes de mi informe. El P. Sustituto me enteró que el P. de Boynes destinaba mi informe a Su Santidad y ya había encomendado al P. Leiber para su entrega al Papa Pío XII. Pedí en el acto la ampliación de mi redacción porque para Su Santidad traía informes también de algunos miembros del cuerpo episcopal húngaro.

A los pocos días fui visitado por el *P. Leiber* en mi cuarto en la Curia; traía consigo el amplio informe pronto para su entrega a fin de repasarlo juntos y conversarlo. Pasamos la tarde entera en esta conferencia. Levanté mis ojos con gran estimación hacia ese hombre bajo, flaco, enfermizo, de quien sabía que era el confidente del Papa Pío XII. No quisiera ofenderlo elogiándolo con lugares comunes, pero quie ro añadir que fueron pocos los que sirvieron a su amo con tanta fidelidad, desinterés y tanta objetividad como este jesuíta alemán. Servía desde hada ya dos décadas al cardenal Pacelli, luego a Su Santidad el Papa.

Mi informe le había agradado: lo consideró frío y objetivo por su consideración tanto de lo bueno como de lo malo sin influencias de pasión alguna. Le mencioné que mi misión era irme a los EE. UU. en procura de ayuda material para nuestra organización, a lo que contestó que si la Santa Sede consideraba que yo podía desempeñar tareas más útiles acá, entonces Su Santidad se encargaría de la ayuda monetaria del movimiento. En ese caso sería muy ventajoso que fuera a ver al nuncio Angelo Rotta, quien permanecía actualmente en Milán después de su destierro reciente de Hungría. El nuncio podría dar informes de Kalot, puesto que su permanencia de 16 años en Hungría lo convertían en la persona apropiada para ello.

Al día siguiente iba viajando encima de barriles de arenques salados en un camión del Vaticano hacia Milán, donde tras largas búsquedas me orientaron a Venegono, una aldea cercana, donde localicé al monseñor Rotta. El nuncio me recibió con marcada alegría en uno de los seminarios más importantes del mundo, cuya belleza rivalizaba con todos, los oue conocí.

El nuncio firmó la siguiente declaración:

"Venegono, 19 de agosto de 1945.

"El que suscribe da testimonio gustosamente que el movimiento Kalot es la más grande de las organizaciones en Hungría, reconocido en todo el país y de gran importancia por su número de campesinos organizados y por el espíritu dinámico profundamente cristiano y social que lo caracteriza de modo que los rusos no han osado tocarlo hasta ahora.

'También lo aprecia mucho el cuerpo episcopal de Hungría, que lo había recomendado en una pastoral de 1942 al clero y a sus fieles, y lo apoyó también con ayuda financiera. Es la única organización que es capaz de dirigir una lucha organizada contra el bolchevismo.

"El sostenimiento, pues, de semejante asociación, es plenamente aconsejable. Especialmente en las circunstancias actuales, porque el sentido profundamente realista y la altura moral de sus dirigentes garantizan que la ayuda concedida será utilizada hasta lo último en el mejor modo posible.

Angelo Rotta Arzobispo. Nuncio Apostólico."

Tuve una prolongada charla amena con el nuncio, honorable arzobispo sectagenario, evocando tiempos pasados, cuando lo visité en su palacio bombardeado y tras interminables trámites con los rusos logramos mudarlo a Pest, donde conseguí alojamiento para el anciano nuncio en el colegio de las Hermanas Inglesas. Luego nos acordábamos de cuando nos plegamos con el Kalot a la Ayuda de Emergencia de la Nunciatura y de muchos acontecimientos como el episodio siguiente:

En ocasión de una visita del Kalot pro Ayuda de Emergencia en la diócesis del arzobispo Czapik, quien sin que nosotros le pidiésemos escribió una carta al Nuncio en su estilo ampuloso, elogiando nuestras modestas personas; incansable en sus actividades, el arzobispo Czapik, en el mismo día, escribió otra carta al director de la Acción Católica en que testimoniaba en su estilo ampuloso de nuestras modestas personas, que éramos peligrosos nazis y que había que desplazarnos por cualquier medio.

Y como sucede en las novelas y muchas veces también en la vida real, el director de la Acción Católica corrió con su valiosa carta al nuncio para hacer un favor a éste, pidiendo nuestras cabezas. Mons. Rotta tomó la segunda carta in criminada guardándola para sí, para poder enseñarnos las dos al día siguiente, cuando entre los tres nos escandalizábamos al mismo tiempo que nos divertíamos a cuenta del arzobispo Czapik.

Nuestra plática llegó a su término porque yo tenía que volver a Roma con premura, no sin antes lamentar esta hermosa quietud bajo el cielo diáfano de Italia.

A la noche viajaba en un camión viejo hacia Roma —la comunicación en ese tiempo era muy escasa por los puentes destruidos—. El tercer día de, mañana llegué con el aspecto de un fasc'ineroso a la Ciudad Eterna. Traía conmigo el escrito valioso: ambos, el P. Vicario y el P. Leiber estaban contentos. No había

podido descansar todavía cuando a gran sorpresa mía, la tarde del mismo día, una comunicación telefónica me invitó al Vaticano para las 18,30, hora insólita para audiencias, a tratar con el Mons. Silvio Sericano, quien reemplazaba al Secretario de Estado en vacaciones. Mi sorpresa iba en aumento al enterarme que su invitación fue para pensar sobre los nombramientos para las vacantes de las dignidades episcopales húngaras y principalmente la designación del primado. Según me confió Mons. Sericano, el Vaticano se inclinaba a la no designación de primado por ahora, esperando un esclarecimiento de la situación. Yo por mi parte acentué marcadamente la urgencia de los nombramientos de obispos y en primer término del primado. Mi argumento no fue el lugar común que no se puede dejar el rebaño sin pastor, sino que la Santa Sede debe demostrar que quiere ejercer sus derechos en los países ocupados por los rusos; digo más, hay que efectuar los nuevos nombramientos sin previo aviso para no dar oportunidad de una negativa que ocasionaría complicaciones en el Vaticano. Además un previo aviso significaría el reconocimiento del gobierno que no se efectuó aún tampoco por los aliados; en segundo término los nombramientos se deben efectuar de inmediato, especialmente el del primado, para que no se le ocurra al gobierno nuevo ejercer su dudoso derecho de presentación, designando personajes desagradables para la Santa Sede, que significaría una complicación mayor aún. Cada día de demora aumenta el peligro. Conferenciamos sobre los posibles candidatos durante una hora y media. Me despidió el Mons., pidiéndome un escrito sobre mis razones y sobre mis candidatos. Me acentuó que fuera mesurado en cada una de mis palabras, porque van a considerar mis presentaciones desde el momento que soy estimado como hombre bien orientado. Esto sucedió el 4 de agosto. Durante tres días estaba trabajando en la confección del documento. En la primera parte traje seis argumentos para nombrar con urgencia por lo menos al primado y había pedido con tres argumentos más que le otorgaran también la púrpura cardi-nalicia aunque ésta no sea ligada con la dignidad de primado. En la segunda parte di información sobre 16 personas en total. Para la dignidad del primado recomendaba en el orden siguiente: *José Mindszenty,* Dr. *Ladislao Bánáss, Lilis Shvoy.* Para el episcopado de Veszprém (diósesis de Mind-szenty) al Dr. *Ladislao Bánáss* y a continuación de los candidatos de quienes se hablaba en el país. Caracterizaba a cada uno en la forma en que voy mostrar en mi informe sobre Mindszenty.

Razones favorables:

1. — *Es consecuente, firme, impávido ante cualquier adversidad.*

Organizó durante años a varias provincias para que exijan abiertamente la reforma del matrimonio civil. **Condenó** firmemente las condiciones injustas de las autoridades civiles. Cuando un ministro frente a su conducta invocó su poder ante él —siendo todavía un párroco— le contestó: tu poder es mayor, pero el mío es más duradero.

Durante los 20 años de su decanado fundó 18 parroquias, las instaló y abrió 12 escuelas católicas. Como obispo de Veszprém en el primer año fundó 16 nuevas parroquias y ya tenía pronto los proyectos para el segundo año, cuando entraron los rusos y todo se estancó.

2. — *Talento organizador excepcional.*

Como párroco de Zalaegerszeg aglomeró a todas las capas sociales de la ciudad en organizaciones católicas.

3. — *Posee espíritu social.*
Se dedicó durante años a la ayuda de los pobres gitanos. A las pocas semanas de su nombramiento de obispo ascendió los salarios de los obreros en los latifundios de la Iglesia húngara, quienes vivían en la miseria.

4. — Sacerdote ejemplar.
Oriundo de hogar modesto, al ser obispo repartió sus bienes particulares entre sus parientes avisándoles que en el futuro no esperaran ninguna ayuda material.

Sus enemigos acérrimos tampoco podían acusarlo de defectos morales.

Yo mismo lo había visto rezar largamente sólo en su Iglesia. Hombre dúctil, no es obstinado.

5. — *Hombre erudito.*
Escribió varios libros: estudios históricos de menor importancia, además una obra monumental de tres tomos de los deberes de las madres cristianas, lleno de piedad.

6— *Los comunistas también lo estiman.*
Por el factor de que los nazis lo deportaron.

Razones adversas:

1.—*Es demasiado austero.*
A los sacerdotes de la ciudad les obligaba a convivir en el edificio ampliado de la parroquia, manteniendo una disciplina tal, que su parroquia fue llamada "pehminario". (Su apellido en ese entonces era Pehm.)
Desde su ejercicio de obispo su austeridad ha menguado empleando un trato más paternal.

2. — *A menudo dice la verdad con brusquedad.*
Esto ocurre tan a menudo, que es superfluo ilustrarlo con pruebas. De ahí que muchos le temen, le estiman, pero no le quieren.

3. — *El vigor de su voluntad es enorme.*
A lo que cree justo, no aplica ninguna indulgencia. Removió a un gobernador de provincia de su puesto, arruinando su carrera política, porque lo obstaculizaba en su lucha contra el matrimonio civil.
4. — *Tomó parte en el anexo de los territorios Vend.* Y volvieron a pertenecer a Yugoslavia.

5. — *Es notorio partidario de la monarquía.*
En su cuarto estaba colgado permanentemente el retrato del heredero Otto Habsburgo. En el aniversario de la muerte del último rey Habsburgo Carlos IV, cada año celebraba exequias solemnes.

6. — *Últimamente los comunistas se indignaron contra él.*
Como los comunsitas querían emplear su autoridad en provecho propio, anuló sus intenciones.

Conclusión final:

En José Mindszenty concuerdan los méritos y defectos de los hombres destacados.

En esta forma seguía mi informe detallado de los 16 candidatos. Creo haber escrito el documento directamente en la tín, porque no encuentro en mi archivo un texto en húngaro. Lo presenté al P. Vicario que lo consideró de una objetividad excepcional. A la misma tarde a las 18,30 lo llevé a Mons. Sericano con quien habíamos repasado el documento y discutido durante una hora. Extrañó que omitiera a cierta persona de la lista; di mis razones para ello.

En los días siguientes confeccioné un hermoso álbum del Kalot para presentar luego a Su Santidad con motivo de mi audiencia. Como disponía de tiempo*, frecuentaba la Universidad Gregoriana diariamente para visitar al P. Américo Mocsy quien hacía mucho tiempo vino a recibirme a la estación cuando llegué como candidato al noviciado. Hoy era profesor acá en la Gregoriana, pasábamos horas conversando de los asuntos internos de la Iglesia y de la Compañía. Muchas veces me explicaba su teoría especial sobre el contenido de la palabra de San Pablo "plenitudo". Vivía su vocación de profesor íntegramente.

A menudo encontré al P. Tibor Gallus en compañía del P. Mocsy quien enseñaba a Su Santidad el idioma húngaro cuando todavía era cardenal, durante un año casi todos los días, cuando se preparaba para el Congreso Eucarístico de Budapest. Practicaban juntos el largo discurso húngaro que pronunció de memoria. El P. Gallus acompañó al cardenal Pacelli en su viaje a Hungría y pertenecía a su séquito interno. Una vez Papa, Su Santidad lo llamaba a menudo cuando tenía algún asunto húngaro. No hace mucho lo nombraron en la radio del Vaticano de locutor húngaro, que significaba no sólo la lectura de las noticias diarias, sino también su confección. Aquí supe cuan difícil era este servicio: a veces contribuíamos todos al desesperado P. Gallus en juntar noticias interesantes al mismo tiempo fidedignas.

El 14 de agosto estuve en audiencia con Su Santidad. Era una experiencia sublime. Al pasar por los corredores que emanaban tradiciones seculares, se evocaba ante mí, tan fascinado por todo lo ancestral, el pasado con sus glorias y tristezas y sentía una fuerte emoción, cuando vino el camarero en servicio a conducirme hasta la puerta. Su Santidad me recibió en audiencia privada en su biblioteca. Al quedarme de rodillas según la etiqueta, me invitó a sentarme junto a su mesa. Me acordé del caso del escritor jesuíta más profundo del siglo, P. Pedro Lippert, quien fue presentado por el mismo P. General a Su Santidad. El P. Lippert fue embargado por una emoción tan excepcional, que fue incapaz de pronunciar una sola palabra a pesar de las instancias afectuosas de ambos. Salió de la audiencia de Su Santidad sin haber podido siquiera saludar. Yo por mi parte también me sentía conmovido por la magnitud del momento, pero este no había afectado mi labia, por el contrario comencé a hablar ; sólo que para esto empleé los idiomas que sabía y todos a la vez. Esto no originó ningún trastorno ya que Su Santidad hablaba otros tantos y me contestaba siempre en el mismo que yo utilizaba. Había sido benévolo y paternal. La tensión se aflojó y seguimos conversando durante una hora en que dispuse de tiempo hasta para enseñarle el álbum del Kalot, que miraba con gran atención

mientras yo le explicaba.

Me interrogó por la situación en Hungría; pidió explicaciones más detalladas sobre los distintos puntos de mi documento de informe.

Atendió mis razones para el nombramiento inmediato del primado y para la concesión al nuevo primado, de la púrpura cardinalicia. Luego me interrogó con detalles sobre los candidatos. Más tarde comenté con Su Santidad las intenciones de acercamiento de los rusos hacia el Vaticano; su opinión al respecto fue la siguiente: La Iglesia está dispuesta a hacer sacrificios siempre que los rusos demuestren algo positivo. Al finalizar la audiencia me obsequió con un rosario y yo tuve la osadía de pedirle otro para el P. Kerkai de quien había hablado con tanto reconocimiento. Después de la bendición de Su Santidad corrí contento a casa en la Curia y a la tarde hacíamos amplios comentarios con el P. Vicario y el P. Leiber. Ambos decían que ya podré hacer mis maletas porque pronto volvería a Hungría. Mencioné al P. Leiber las posibilidades de acercamiento hacia los rusos y pedí su opinión. Me confesó a gran sorpresa mía que altas dignidades del Vaticano influencian a Su Santidad para buscar un camino que conduzca a un "Modus vivendi" con los rusos. Tarde o temprano esto va a suceder porque la situación de hoy es una situación de intervención quirúrgica y como ningún enfermo puede vivir en una operación permanente, algún día esto va a tener que terminar, entonces trataremos de conciliar.

A los dos días vino a verme el P. Leiber y me entregó en nombre de Su Santidad una suma importante que bastaba para la financiación del Kalot con todos sus gastos por un año, pero mi alegría llegó a completarse cuando a los pocos días nuevamente el P. Leiber me entregó un sobre modesto, fino, sin señas y se limitó a decir: el nombramiento de Mind-szenty, entregúeselo a Su Eminencia. En ese mismo día me puse la carta y el dinero bajo el forro de la maleta y los pegué cubriéndolo con el mismo. Acto seguido me puse a estudiar la manera de volver a Hungría cuanto antes. Al día siguiente fui a despedirme del P. Mócsy, este me recibió algo excitado diciendo que había llegado anoche un teólogo de Eszter-gom, llamado Nicolás Toth, trayendo consigo una lista de las opiniones de numerosas destacadas personalidades eclesiásticas respecto al nombramiento del primado.

Como estuve a punto de partir aprovechando una oportunidad ventajosa no pude hablar con el teólogo. Al volver de nuevo a Roma obtuve una copia del escrito original del teólogo fechada del 24 de agosto. El escrito también señalaba en primer lugar a Mindszenty.

* * *

¡Necesité 12 días para llegar de Roma a Budapest. El P. Kerkai no estaba en su cuarto, tenía una conferencia con los colaboradores en el Centro. Habían capturado una transmisión húngara de Nueva York, el 20 de agosto, reconociendo mi voz en la del locutor, y estaban esperando con gran entusiasmo las primeras ayudas. Es de imaginar el estupor del P. Kerkai al encontrarme sentado junto a su mesa, cuando abrió la puerta. Se dibujaba en su rostro una amarga desilu-ción nunca experimentada. ¿Cómo Ud. acá, no fue a los EE. UU. ? En mi exitación no sabía por dónde empezar. Estábamos mareados al pensar, que Su Santidad posee cono-

cimiento de nuestras luchas en medio de este mar comunista; que disponíamos de abundantes fondos para el sustento de Kalot y que teníamos el nuevo primado, cuyo nombramiento se lo entregamos nosotros. Le dejé abrir el forro de la maleta, porque sabía de experiencia cuan excitante era abrir los paquetes de regalos. Me había contado que el grupo del P. Raile no hacía más que burlarse de nosotros; que más daba su actitud, cuando el P. Brust en Roma, Asistente alemán a quien pertenecía también la provincia húngara, al despedirme me dijo: "Estoy feliz en haber conocido el gran movimiento Kalot de Uds. Es grandioso, una obra digna de jesuítas".

Según el P. Kerkai el provincial P. Borbély ha manifestado que nuestros esfuerzos por una causa pérdida eran en vano, ya que los rusos son intratables, es un pueblo que está debajo del nivel humano y el que se siente a conversar con ellos, se ensucia. El P. Raile andaba propagando que nosotros éramos nazis feroces y yo demostré esto con haber escapado al exterior, olvidando que en los últimos meses de la era nazi nos escondíamos de la Gestapo que arrestó a varios colaboradores del Centro y los sometían a torturas para sonsacarles nuestros paraderos. Los desafortunados los ignoraban.

Hicimos un balance con el P. Kerkai de nuestra situación: en uno de los platos de la balanza estaba toda la Curia romana con su apoyo moral, con la carta preciosa del nuncio, con la bendición de su Santidad y su ayuda material; en el otro plato estaba la triste figura de un jesuíta deformado, el P. Raile, quien se dedicaba últimamente sólo a cambiar divisas y no bajaba al comedor durante semanas a compartir nuestro pan negro y el potaje de zanahoria. Junto al P. Raile estaba también su pequeño grupo. Lo triste del caso es que estos eran justamente los superiores': el P. Vid y el P. Borbély. Este último vio con sus propios ojos lo ocurrido y no le dio la carta de dimisión a este hombre infeliz, de quien no quisieron creer en Roma ni la mitad de lo informado. Un agravante para el provincial Borbély era, que no tenía nervios para soportar el comportamiento incalificable del ejército ruso; le faltaba mucho de ese apostólico espíritu jesuíta que condujo a un Padre Bobola entre los tártaros y de cuyo espíritu, la Fórmula Instituti S. J. dice lo siguiente: "est ... illíco, quantum in nobis fuerit, sive nos ad Turcos, sive ad quoscunque alios... mittendos censuerint, exsequi tenea-mur".

Decidimos con el P. Kerkai que él entregará el documento a Mindszenty primero porque él había sido alumno suyo en el liceo, y segundo porque no me convenía dejarme ver en público ahora que pronto debía escapar de nuevo a Roma. Por parte de los rusos estaba seguro, pero la prensa comunista húngara exigía a diario la disolución del Kalot y nuestra ejecución. Vociferaban así contra nosotros durante un año pero a excepción de algunas riñas en las provincias no han logrado nada, porque los rusos no los dejaban atropellarnos. Era mejor vivir así y poder trabajar que estar obligados a una inactividad. Este nuestro principio fue apoyado por todos sin excepción en Roma, donde animaban a seguir trabajando para procurar una posible existencia; únicamente acá nos combatían por estos esfuerzos nuestros, aquellos quienes debían haber sido nuestros compañeros de armas.

A los dos días vino el Obispo Mindszenty a verme en mi cuarto. De mi diario: *"11 de setiembre.* El obispo Mindszenty estuvo conmigo hoy una hora y media. Me reveló todas las dificultades objetivas y subjetivas relacionadas con la aceptación de esta

dignidad: su ineptitud personal para el cargo: seguramente debo haber informado a la Santa Sede unilateralmente respecto a su persona, y esa es la causa de su nombramiento. Le contesté que sí, había revelado su inep titud personal al Santo Padre, así la decisión resultante fue por obra de libre albedrío y por la inspiración del Espíritu Santo".

"En ese momento me sentí convencido que jamás voy a tener otra oportunidad para señalarle sus flaquezas y le hice saber los defectos enumerados en mi informe al Papa y los ejemplos con que los había ilustrado. Había dicho más de lo escrito porque en Roma también me había explayado verbalmente. Me había escuchado cabisbajo, en silencio, hasta el final, entonces en son de disculpa y como justificán - dose me contestó: —Cómo Ud. puede ver, Padre, me he enmendado mucho en mis defectos en los últimos tiempos, ya no soy tan austero y hasta acepto consejos. Yo he interpretado sus palabras de modo que en adelante iba a ser yo el más indicado para servirlo con consejos. Aproveché esta oca sión para aconsejarle que adjuntara un amplio programa a su carta de agradecimiento, que yo mismo haré llegar a manos de Su Santidad quien al aprobar el programa le dará la importancia de su magna persona; este consejo no fue aceptado."

"Después me ha enumerado sus razones para aceptar la dignidad de primado pronunciando la palabra «affirmative» visiblemente conmovido." *Hasta aquí él diario.*

En los comentarios posteriores con el P. Kerkai llegamos a la conclusión que en frente del clima de aversión difundido por el P. Raile y por los superiores más inmediatos, el Primado estará de nuestra parte.

A los dos días nuevamente me visitó el Cardenal. De nuestro coloquio no había notado más que la siguiente frase: "Le hice conocer los principios de Roma en cuanto a la actitud a seguir en la situación actual". La ausencia de comen tario hace suponer que Su Eminencia se limitó a contradecir.

La vez próxima fui yo quien presenté mis honores en su palacio cuando aprovechó a sacar sobre tapete la cuestión monárquica exponiéndome que según la Constitución Húngara él representa hoy al *"homo regiiis"* o sea el personaje de más alta dignidad del país y como tal haría suyo el deber de activar la restauración del estado de derecho. Hungría, decía, es un reinado, su rey her edero, Otto Habsburgo, vive y lo menos que él, Mindszenty, podía hacer como el primer paso por la magna causa, era un homenaje de sumisión a su rey heredero. Por esta causa quería enviarme a su Ma jestad con una carta credencial para presentarle sus proyectos que por el momento consisten en impedir la proclama ción de la república e interpretarle su ruego personal que *"haga algo "por nosotros los húngaros, para que liosotros también podamos hacer algo por Él".*

Lo escuché estupefacto, que hoy cuando la bot a rusa pisa media Europa con todo su peso, las primeras preocupaciones de este hombre se orientan a dar pasos hacia una restauración de la dinastía de los Habsburgos o al menos expresar su sumisión ante el heredero Otto como ante su rey legal. De qué mane ra encolerizará esto a los pocos pacíficos rusos y a los comunistas, que tienen el país entero en sus manos. Qué tormenta inútil va a desencadenar esto, justo hoy, cuando me dia

docena de vendavales distintos nos arrancan ya hasta nuestros techos. En base de su declaración anterior del otro día, traté contradecirlo, pero él me contestó con firmeza, que esto era su deber de Primado. El Primado no es una dignidad sólo eclesiástica, me decía, sino también constitucional. Le contradije, que el ejercicio de sus derechos profanos podrán ocasionar grandes daños hasta catástrofes en el ejercicio simultáneo de sus derechos eclesiásticos religiosos. Me respondió que los deberes están para que uno los cumpla. Sí, le respondí, cuando las circunstancias lo permiten, pero hoy estamos viviendo en medio de un alboroto producido por una conquista y una revolución y no debemos olvidar que una revolución puede ser fuente de derechos. Mis palabras lo escandalizaron y era obvio que no se podía discutir con él en este terreno, puesto que con su preparación de seminario provinciano no alcanzaba a comprender que desde Suárez, cuantas polémicas jurídicas importantes, y qué evolución se desarrolló en el gran mundo y fueron justamente los jesuítas quienes han abierto una tendencia nueva en la evolución moderna del derecho.

Convencido de lo correcto de su proceder y de que yo aceptaba su voluntad, Su Eminencia me extendió una carta ológrafa para Su Majestad.

Después de unos días me envió otra carta credencial con el P. Kerkai, algo más detallada y escrita a máquina:

"Majestad:
Presentando mi más profunda sumisión informo a mi rey heredero, como arzobispo de Estergom, nombrado por la más alta gracia de Su Santidad, como primado del estado y con esto poseedor de la más alta dignidad constitucional del país efectivamente carente de jefe de estado.

En la actual organización de estado no es fácil ejercer esta dignidad constitucional en toda su medida, ya por la ruptura ocasionada por mi antecesor, pero lo que concierne a mi fidelidad hacia su Majestad, esa no será variada ni por las circunstancias más difíciles.

El portador de mi presente carta padre Nagy S. J. Dígnese recibirlo con confianza. Informará a su Majestad en mi nombre y en mi encargo va exponer el interés común respectivo al reinado y a la causa de la nación. Mi pedido de importancia vital. Presentando a Su Majestad, la reina, mi más profunda sumisión, quedo de Su Majestad.

fiel servidor José Mindszenty Primado Arzobispo de Esztergom
Veszprém, 22 de setiembre de 1945.

Las fotocopias de ambas cartas constan adjuntas al final del libro. La redactación exclusiva de cada carta pertenecía a Su Eminencia el Primado y la ortografía también.

Acepté la misión porque sabía, que un posible rechazo lo convertiría en mi enemigo acérrimo. Nos mirábamos con el P. Kerkai preguntando ¿qué soy yo verdaderamente, nazi feroz, medio comunista o calificado monarquista? En verdad, quería ser una sola cosa: jesuíta, servidor de la Iglesia.

No había hablado de esta mi misión con nadie, no como el vizconde Pallavichini a quien el Primado —quizás no confiando en mí— lo envió también al rey. El vizconde, durante su largo camino hacia París le ha contado a una docena de personas, que iba en misión secreta al rey en nombre del Primado. En Salzburg me han dicho muchos, que el vizconde había pasado por ahí en su misión secreta. Aparentemente, lo único que faltaba, eran los heraldos que proclamaran con clarines su llegada: en la frontera estaban esperando los hombres de AVO y el vizconde no ha aparecido hasta el día de hoy. En cambio, aparte de los pesares y miserias, una nueva ola de terror nos cayó encima.

No publiqué todo esto antes porque el cardenal Mindszenty estaba bajo proceso primero, luego cumplía su condena, pero ya que ahora está seguro, siento que no hago daño al publicarlo, puesto que la historia tiene derecho a saber la verdad.

Fui a la embajada rusa a hablar con mis conocidos y decirles que si algún día de algún modo querían emplear medios humanos para gobernar y crear un clima llevadero, entonces deben saber que no lo conseguirán jamás sin una reconciliación con la iglesia. Demuestren un gesto positivo hacia la iglesia y verán cómo nacerá un clima más sano en todo el país. En respuesta enumeraron un torrente de acusaciones contra la iglesia inculpándola de todos. Vi, que no quedaba nada por hacer con ellos. Me desmoralizó el fracaso.

Estaba haciendo nuevamente los preparativos para el próximo viaje. El Primado me dio una carta para Su Santidad en que junto con su agradecimiento me encomienda a mí también como informante en su nombre y escribió del Kalot, que era su orgullo y su corona.

Poseo una copia de esta carta interesante, que él mismo nos dio para dejar constancia de cómo elogiaba al Kalot. Mientras pegaba estos documentos bajo el forro de mi maleta, supe que el Kalot abrió dos escuelas superiores nuevas, en lugar de las perdidas. Me enteré además, que el P. Ker-kai, fue al ministro del interior a fin de protestar contra los comunistas, que azotaron los jóvenes del Kalot en 5 aldeas. En respuesta le mostraron una lista en que constaba que en otras 4 ó 5 aldeas fueron los jóvenes del Kalot quienes azotaron a los comunistas en defensa de la sede de sus asociaciones; supe también que en esos días había entrado un joven campesino al Centro y colocó 600 pengós sobre la mesa diciendo: para que no falte. Afluían de todas partes los informes de la función del Kalot; se repartían a las aldeas las *"Fuente de Trabajo"* mimeografadas. Un párroco nos escribía que el padre de uno de los jóvenes había prohibido a su hijo servir de monaguillo alegando que era "cosa de Kalot", he aquí el Kalot que ya no es sólo nombre de una asociación sino sirve para designar a una idea. Se convirtió en Idea.

Había surgido una situación nueva para nosotros: la de dos facetas marcadamente diferenciadas: una era la gente que cada vez nos apreciaba más, la otra que cada vez nos odiaba más. Era una reacción natural debido a las circunstancias.

* * *

Esta vez necesité 16 días para llegar a la Ciudad Eterna. La lentitud de mi viaje era

debido a que llevaba conmigo las cartas comprometedoras de Mindszenty para el heredero Otto, además mi documento de informe al Santo Padre en una extensión de 22 páginas. Me había evadido con suma precaución. Para seguridad llevé conmigo a un joven padre jesuíta para que en caso de peligro se hiciera prender por mí para poder yo escapar. Felizmente no había necesidad de recurrir a esta posibilidad y una vez que pasamos la zona inglesa, nos abrazamos y él volvió a Budapest.

En Roma ya me esperaba mi cuarto anterior en la Curia. Esta casa donde reinaba la paz, el orden, la disciplina, la seguridad y el afecto me hacía más amargos mis recuerdos de ese pobre país pequeño, donde reinaba lo contrario de todo esto, desatado en un libertinaje.

Al abrir la ventana vi ante mí la cúpula majestuosa de San Pedro. Algo me llamaba. Después de mis saludos con mis superiores, me fui de inmediato a la basílica y me puse de rodillas ante la Confesión debajo de los baldaquinos grandiosos de Bernini y me puse a meditar. Rezé mi agradecimiento por el viaje afortunado y me puse a meditar sobre las luchas del reino de Cristo. Me pareció sentir físicamente que acá en la Confesión me encontraba en el centro de nuestra fe: aquí solemos localizar nosotros católicos nuestra fidelidad para la Iglesia. Después recorrí el interior de la basílica. Admiraba de nuevo la cúpula majestuosa, los rasgos delicados de La Pietá de Michaelangelo, el patético éxtasis de Longinus y la postración sobrecogida de Benedicto XV: él fue el Papa de la primera guerra mundial, eso explica la caída sobre el reclinatorio de un hombre encorvado y aminalado. Entre los recuerdos artísticos de San Pedro estos son para mí los más fascinantes.

♦ ♦ ■ ■♦

Pronto se terminó el ejemplar final de mi informe extenso en la Curia. El P. Leiber lo consideró óptimo y lo entregó al Papa Pío XII, el 21 de octubre.

En la mañana del día siguiente llegó la invitación de Su Santidad sin mi previo pedido para el día siguiente a las 11 horas en audiencia privada. Según los padres de la Curia, esto ya era una acumulación de las gracias especiales. Fue Su Santidad quien me invitó al momento y a una hora tan temprana que está destinada a las largas e importantes audiencias. Al entrar por la enorme puerta de bronce, cruzé el patio Damasco, pasé a lo largo de las sali-tas de audiencias, entré en la antesala cuando sentí embargarme por la emoción como la vez de mi primera audiencia. Su Santidad esta vez también me invitó a sentar y como ahora me sentía más tranquilo, eché una mirada sobre su escritorio. Recuerdo dos cosas que se habían grabado en mi memoria: un crucifijo de tamaño mediano, que ya había conocido de relatos y una hermosa estatuita de Jean D'Arc. Esta vez me llamó la atención la memoria privilegiada de Su Santidad al pedirme que esclareciera algunos detalles, y me citaba partes del documento de memoria. La audiencia duró cerca de 45 minutos. Si hasta ahora había sido fiel militante de la Iglesia, desde hoy esto será multiplicado bajo la fascinación personal de Su Santidad.

Citaré algunos pasajes no más de la audiencia. Se habló de que el Kalot se organizaba para una larga convivencia con los rusos, en cambio el Cardenal Primado y con él millares de personas esperaban una guerra cercana y esto de-

determinaba sus conductas. Según la opinión del Santo Padre que sostenía con firmeza, no se vislumbraba ningún conflicto mundial cercano. *"Están muy cansados los hombres para una nueva guerra",* decía. Luego apareció el tema delicado: ¿Sobre quienes se apoya la política católica oficial? Por la voluntad del Cardenal Mindszenty, se adelantan los representantes de las clases privilegiadas antiguas y la restauración de los Habsburgos es el tema básico de las conversaciones secretas. Su Santidad me contestó con palabras llanas, lo siguiente: *"No irán a creer algunos que otra vez va a volver el mundo antiguo. Quizás minea hemos estado tan lejos de la restauración como hoy."*

Tuve que hablar largamente de las luchas del Kalot, Su Santidad le interesaban todos los detalles y además apreciaba sobremanera que una capa social de trabajadores se enfrentaba organizada y disciplinada contra el comunismo al lado de la iglesia.

Cuando me levanté y me arrodille ante el S. Padre me dijo en voz baja: "Ahora bendecimos todo el país, a sus dirigentes católicos, sus movimientos católicos y a vosotros hijos luchadores." En el momento de irme, me dijo sonriente con acento correcto húngaro: *Dicsértessek a Jézus Krisz-tus!*

En la Curia, después, había informado al Vicario P. de Boynes y aproveché la oportunidad de pedir permiso para la entrega de las cartas al Heredero. El P. de Boynes lo negó terminantemente diciendo que esto ya era política partidista y como tal prohibido para nosotros. Después me dijo: "Si le interesa encima de mi negativa mi opinión particular, puedo decirle que una restauración en este momento la considero sin esperanza por motivo de que la evolución de hoy tiende a la democracia; por lo demás, ¿quién va a elegir un rey por ahora en Europa Central? Mis razones para sostener que la restauración carece de esperanza se basan en los conservadores de los cuales salen los monárquicos; estos han cometido un gran pecado —"hanno fatto uno peccato grande"— porque fueron ellos en los últimos años, que contradecían y obstaculizaban las reformas sociales. Principalmente en Hungría. Con esto han perdido la confianza del pueblo para ser dirigentes".

Me sentí tan consternado frente a la ubicación política terminante del P. de Boynes que a la noche del mismo día fui a ver al P. Leiber: quería saber otras opiniones competentes, ya que había en juego nada menos que la marcada tendencia política del primer hombre de la iglesia húngara, Mindszenty, quien es capaz de llevar a la lucha el país entero que hoy ve en su persona la resistencia contra el enemigo odiado. Yo sabía de sus yerros aquí, lejos de los horizontes estrechos de las ciudades provincianas, vi emerger en toda su desnudez el error fundamental de la política del Cardenal. La contestación del P. Leiber la había anotado en el acto, él mismo habló lentamente a fin de que la anotación sea exacta: "La posibilidad de la restauración la considero sin esperanza alguna, principalmente porque en ambos países especialmente Hungría está amparada por la desacreditada aristocracia conservativa. Por esta razón pocos confiarían en que la restauración representara un progreso social y una verdadera democracia. Más bien temen lo contrario, lo que hoy significa un obstáculo esencial".

Me invadió una inquietud nerviosa. Comencé a percibir todas las consecuencias para mi persona, que el Primado a quien yo había recomendado y por cuyo

nombramiento he luchado, representa ahora una política de la cual los corifeos de la iglesia mundial opinan desfavorablemente.

Necesité más datos, para acumular argumentos para mi próxima entrevista con el Cardenal cuando vuelva. Le pedí al P. Mócsy que me presente al barón Gabriel Apor, quien fue el último embajador húngaro en el Vaticano. El mismo vastago de una antigua familia aristocrática acaudalada actualmente la pasaba jugando al golf con oficiales americanos de alto rango y con delegados políticos. Pronto recibimos de Su Excelencia una invitación a un té. Le he relatado la muerte heroica de su hermano, el obispo de Györ, en la puerta de un claustro de monjas, donde cerró la puerta con su propio cuerpo a los soldados rusos para que no puedan penetrar en el recinto: Después de recibir 18 balas en su cuerpo los soldados franquearon la puerta y, pisotearon el cadáver del mártir sacerdote.

Luego volvimos al tema en cuestión: Consideraba completamente sin esperanzas una restauración de los Habs-burgos. Ya la monarquía no era más que la ruina de la fortuna de una antigua familia opulenta. Se parecía a un banco en quiebra que sin embargo poseía una casa en Viena, otra en Praga y otra en Budapest. Los pueblos de aquel entonces huyeron de los turcos en el amparo de la poderosa dinastía de los Habsburgos, pero los mismos, al principio de este siglo, ya no sabían por qué estaban juntos. Por lo mismo se han separado en fracciones y sería absurdo forjarlos de nuevo para la dinastía Habsburgo. Una posible unión de los pueblos será la base de alguna confederación pero no van a volver al reinado.

Contradije, al barón Apor diciendo que el heredero Otto era acreditado de tener posibilidades en los países centro-europeos que se podían unir bajo su nombre. Su excelencia respondió que por el contrario, no tenía posibilidades y es justo en su nombre en que no se podía unir a los pueblos. Entonces repetía la idea de una gran confederación centro europea, sin límites aduaneros y con una moneda común, pero según él ésta no se hará nunca en base de un reinado. Después seguimos con la tendencia política del catolicismo húngaro y a este respecto alegaba que únicamente una tendencia popular sincera podría ganar terreno y no el apoyo de la aristocracia. Debemos confesar sinceramente que esta reforma agraria actual hizo partícipes de tierras a importantes masas del pueblo arruinando a 3.000 familias, entre ellos a mí, decía. Estas familias sacrificadas y esto es irrevocable.

Finalmente le pregunté a su excelencia cual de sus declaraciones de nuestra conversación quiere que yo le trasmite al Primado Mindszenty. Puede transmitirle todo dijo, añádale únicamente con respecto que esta es mi modesta opinión. Añadió luego, si el Primado me pidiera algún consejo, le recomendaría que no se expusiera tanto. El difunto Primado Serédi posiblemente esquivaba las cosas tal vez demasiado, pero el otro extremo es más peligroso.

Poseídos de malos presentimientos abandonamos el modesto albergue de este gran señor. Sentíamos el viento de una tormenta arrasadora. En casa guardé las cartas del Primado, que iban con destino al Heredero y me quedé pensando : yo no voy a entregar las cartas, pero según conozco al Primado, este mandará 2, 3, 4 si juzgara necesario y alguna quizá caerá en manos de los rusos. Ignoraba entonces que al Vizconde Pallaviehini ya lo estaban espiando en la frontera.

Al día siguiente recibí una invitación a Mons. Tardini secretario de Estado del Vaticano de asuntos extraordinarios para las 12 horas.

El Monseñor quería orientarse en diferentes puntos respecto al restablecimiento de la Nunciatura de Budapest y enviar de ello noticias al Cardenal. Se mencionó la primera pastoral de Mindszenty, que fue objetado marcadamente por el gobierno húngaro debido a las exigencias hechas en ella por los latifundios de la Iglesia húngara. Mons. Tardini explicaba largamente el punto de vista del Vaticano y me pidió que se lo transmitiera al Cardenal. Recalcaba que los latifundios en todo tiempo, significaban tropiezos y obstáculos para la iglesia. Me dijo que desde 1922 la Santa Sede sugería y pedía en reiteradas oportunidades al Cuerpo episcopal húngaro que se adelantara a los sucesos si, se adelantó a las palabras del P. Kerkai en: "no vaya a pronunciar esa palabra!" porque si bien según el Derecho Canónigo debemos sostener la tesis de la defensa de los latifundios eclesiásticos, debemos reconocer también, que existe una evolución histórica, que no se puede ni impedir, ni revocar. Pero el cuerpo episcopal húngaro se aferraba a esas riquezas, cuando en ninguna parte del mundo existían ya riquezas semejantes a la disposición de la Iglesia. Finalizaba que el Primado nuevo, siguiendo la tendencia antigua, quiere respaldarse también hoy en las fuerzas aristocráticas y no en las fuerzas populares.

"Ha llegado el momento propicio que Su Eminencia, el Primado y el cuerpo Episcopal húngaro se acerquen al pueblo, de lo contrario sería de lamentar que el catolicismo húngaro oficial, después de la cuestión de latifundio, ahora en esta cuestión nuevamente llegara tarde a razonar."

Había salido de Su Excelencia asaz desmoralizado por tener que soportar tales lecciones en nombre de nuestro Primado. Estábamos pues nosotros húngaros, ante el Vaticano, en el papel de ofuscados que ni por un derrumbe semejante pueden escarmentar, y los que había que enseñar la política real como el a, b, c, a los niños. Pero esto no rezaba para nosotros. Nosotros en el Kalot habíamos proclamado a gritos todo esto durante cerca de 10 años. Esto si reza por los dirigentes oficiales. Profundamente desesperado había previsto, que íbamos a perder la batalla. Ahora pueden vanagloriarse los obispos después que le quitaron las 1.000.000 hectáreas que "nosotros no le habíamos entregado!".

Faltaba todavía para mí la aclaración del punto más delicado, el problema del "modus vivendi" con los rusos. Estas dos palabras en Hungría reemplazaban ahora a otras dos, "latifundio eclesiástico", que acababa de convertirse en pasado. Éstas, en un tiempo, eran tabú, cuyo solo roce ya era pecado mortal húngaro, cuya consecuencia si bien no era el infierno, pero sí la cólera de la iglesia oficial húngara. Del mismo modo, ahora no se podía pensar siquiera en Hungría en el "modus vivendi", sin llevarse el calificativo de traidor.

Cómo no miraron el mapa europeo para descubrir nuestra posición geográfica que determinaba con una lógica férrea nuestra única posible actitud a seguir: podemos guardar rencor a los rusos, pero no podemos estar enojados con ellos. Aquí no se trataba de prescindir de los principios, sino una práctica cristiana ancestral, que ya San Pablo había proclamado buscando el modus vivendi con las autoridades profanas.

Fui a ver de nuevo al P. Leiber, de quien se sabía que era más que vocero oficial de Su Santidad, para inquirir su opinión en esta cuestión. Le he preguntado si su opinión la confiaba sólo a mí particularmente o podía transmitirla en mi país. Me autorizó de transmitirla a los interesados.

Esto lo tomé tan estrictamente que, al redactar mis impresiones, todavía en Roma, en un informe para el Cardenal, hice la traducción de las palabras del P. Leiber y del P. de Boynes y le enseñé las partes respectivas a su persona.

"El P. Leiber me hizo recordar que el Santo Padre no había emitido nunca una palabra de aliento, ni proclamación alguna que hubiera animado a los pueblos a la guerra contra los rusos a pesar de que esta guerra entonces recibió el nombre de cruzada y habían presionado fuertemente al Santo Padre para que hiciera su declaración. Ahora también pueden observar que, si bien el Santo Padre se conduele con profundo pesar de todos aquellos que están sufriendo incalculables miserias bajo el dominio ruso, no ha protestado hasta ahora y, según lo preveemos, tampoco lo va a hacer aunque muchos quisiesen convencerlo para que lo haga .

“Muchos se habrán escandalizado en la primera Sesión y ahora en esta segunda harán lo mismo otros tintos pío a Santa Sede se deja guiar por consideraciones de horizontes mas amphos, porque puede observar los sucesos de la altura de la imparcialidad, no como aquellos que están sumergidos en un sufrimiento producido por la presión del aro soviético";

"La Santa Sede sabe y calcula que la mitad de Europa, aproximadamente, está ocupada por los eslavos y éstos, hoy, han tomado vigor ocupando mitad de ella y quien sabe cuándo se irán. Se espera su fortificación permanente, porque en contraste de occidente, que practica el sistema del único hijo, los eslavos son prolíferos. Además debemos constatar objetivamente que poseen valiosas virtudes humanas; lamentablemente el bolchevismo los está minando.

"El aspecto decisivo en esta cuestión es que, la Santa Sede confía, y lo que es más, lo da por seguro y se está preparando desde ya, que en menos de 20-30 años el territorio misionero más extenso y más bendecido va ser Rusia.

"Estos aspectos determinan la política de la Santa Sede para con los rusos y es bueno que los húngaros lo sepan."

Aquí había mencionado al P. Leiber que muchos en Hungría, alegando sus experiencias propias, no confían en absoluto en la conversión de los rusos y por eso siguen la política rígida de las intransigencias, mas tildan de inseguros y desorientados a los que sostienen una actitud de acercamiento y confían en un posible cambio.

Así respondió el Padre: "Nosotros, en primer término, no confiamos en la conversión del bolchevismo, sino en la conversión del pueblo ruso. Además, el concepto por usted mencionado no es un concepto católico y estoy extrañado que esto lo digan aquellos húngaros de quienes en un tiempo, mil años atrás, toda Europa opinaba que era un pueblo pagano condenado al infierno y a desaparecer.

"Estas grandes corrientes de ideas de hoy se asemejan en algo a las grandes invasiones de bárbaros, pero posiblemente se tranquilizarán más pronto y los pueblos también se convertirán antes."

Seguidamente le pregunté al P. Leiber si era cierto que Moscú ha dado pasos de acercamiento hacia el Vaticano. Respondió lo siguiente: "No es cierto que Moscú se hubiera acercado, en cambio nosotros le hicimos saber a Moscú que estábamos dispuestos a entablar relaciones. Por la primera vez se hizo en Ankara, pero no vino ninguna respuesta que mereciera la pena. Después, todavía en vida de Roosvelt, un destacado diplomático católico del presidente mencionó a Molotov mismo la inclinación del acercamiento del Vaticano, pero el ministro ruso en parte esquivó la respuesta y por otra parte dio algún pequeño aliciente. A través de Estocolmo también se dan pasos de acercamiento actualmente de ambas partes, pero hasta ahora no podemos hablar de ningún resultado concreto. El Vaticano seguramente quiere entablar relaciones con Moscú y a este fin considera muy desagradable, si algunos de la iglesia en su función oficial agudizan por su parte a la situación ya de por sí desfavorable". *Hasta aquí la conversación con el P. Leiber.*

Me invadió una intranquilidad en la pacífica Roma, porque no podía menos que pensar continuamente que, mientras el Cardenal Mindszenty en Hungría sigue por su camino, yo tendría que estar allá para transmitirle estos mensajes. Estaba sólo esperando por la entrega de una suma mayor para el Kalot, cuya historia fue así: Su Santidad en mi audiencia me la había ofrecido, sin que le pidiera y me preguntó si la quería en dólares o francos suizos.

Mientras esperaba, pasó algo importante conmigo. El P. Leiber me avisó que Mons. Montini, secretario de estado del Vaticano de asuntos ordinarios, quería hablarme. Al encontrarme con el prelado Luttor, quien era el último consejero de la Embajada Húngara en el Vaticano y conocía bien a su Excelencia, éste se ofreció a acompañarme y presentarme. *He aquí mi diario-*

"Debo haber sido muy bien recomendado porque al entrar juntos con Luttor, Su Exc. Montini me pasó por alto y comenzó a conversar afablemente con el prelado, pero cuando éste me había presentado, cambió su actitud de repente, expresando alegría al conocerme; quería preguntar mucha3 cosas y conversar largamente; este rato actual era poco, para ello, necesitaremos más tiempo; vuelva el viernes a las 19 horas. Dijo que iba a hacer una lista con las cuestiones a conversar. Principalmente quería preparar conmigo el modo de entablar las relaciones diplomáticas con Hungría." I En ese cierto viernes sucedió lo siguiente:

"Tenía hora con Su Excelencia Montini para recibirme con el Dr. Luttor para una prolongada conferencia. En la mañana me avisan del Secretariado que Su Excelencia quería verme ahora a las 11 y solo.

"Al cruzar el patio Damasco, como era mi costumbre, había preparado una excusa por si me encontraba con ei Dr. Luttor. Y así sucedió: por el corredor del Secretariado me encontré con el prelado, y al preguntarme dónde iba le dije que quería ver a Mons. Verolino en busca de unas cartas que quería enviar a Hungría. Fui nomás al escritorio del Monseñor y le pedí que le hablara a Su Excelencia Mon -

tini que estaba acá y no me animaba a ir por el camino usual. La solución fue de su agrado y vino a los pocos minutos al escritorio, donde lo estaba aguardando. Me preguntó por muchas personas: me mostró la última carta del Primado Mindszenty y me dio instrucciones detalladas sobre el restablecimiento de las relaciones diplomáticas". Como desde entonces Mons. Montini, bajo el nombre de Pablo VI subió al trono papal, por respeto a Su Santidad no doy detalles de la entrevista.

Una vez más fui llamado por Su Excelencia Montini en circunstancias extraordinarias: "Su Excelencia hoy no estuvo en su oficina por encontrarse indispuesto, sin embargo, recibí un aviso telefónico que me esperaba a las 18.30 horas. En el vestíbulo del Secretariado me recibieron extrañados, pero después de preguntar por teléfono me acompañaron al aposento privado de Su Excelencia".

Hablamos cerca de hora y media. Con esta conferencia se arreglaron todos los asuntos y yo al día siguiente me preparaba a viajar. Me dieron una cantidad de cartas, algunas de ellas tuve que entregar al nuncio de Bucarest con numerosas instrucciones verbales confidenciales que no iban escritas.

Este viaje duró desde el 22 de noviembre hasta el 5 de diciembre, cuando llegué a Budapest. Más de una vez me había sentido como un preso en fuga y no como un honesto padre jesuíta.

* * *

Esta vez me había quedado más de dos meses detrás de la cortina de hierro. Describiré estas experiencias con parquedad para dejar más espacio a los sucesos de mi próximo viaje.

Había permanecido en Budapest sólo un par de días y constataba sorprendido cómo el Kalot se había resucitado y fortalecido. Para asegurarnos la gracia de Dios, el P. Ker-kai tomó cierta parte en la fundación de un convento Tra-pense: entre los cistercienses se separaron 12 miembros con la dirección de] Dr. Pius Halász y volvieron al rigor origina] ancestral. Esta es una parte heroica de la historia de la orden cisterciense húngara y constituye un ejemplo de las reacciones que pueden provocar en las almas los sufrimientos de un país. El nuevo convento Trapense contrajo una estrecha alianza espiritual con el Kalot y ofrecieron gran parte de sus oraciones para el éxito de nuestros trabajos.

Al mismo tiempo todos los colaboradores profesionales del Kalot realizaban unos ejercicios espirituales enclaustrados de tres días y ubicaron al movimiento dentro de las perspectivas de la vida eterna.

Tomaban tan en serio las disposiciones que al querer hablar con uno en el pasillo no contestó más que con una señal indicando el silencio. Otro de los colaboradores, Francisco Sinkó, escribió y publicó un libro sobre el dolor que fue concebido en su alma en medio de las atrocidades del sitio de Budapest. Yo mismo volví a trabajar en un libro que había empezado tiempo atrás sobre la presencia de Dios, del cual había publicado algunos pasajes en el segundo capítulo de éste. Tuve que ir luego a Rumania a entregar el correo diplomático al Nuncio con las instrucciones personales. Aprovechando mi segunda ida a Rumania y mi demora

en el Balea-no, recopilé gran cantidad de datos de la actuación y fuerzas internas de la ortodoxia rumana. Escribí un gran informe de esto al Vaticano a mi vuelta.

En Budapest reinaba un relativo silencio. El provincial P. Borbély no me había escuchado con tranquilidad en ninguna oportunidad, cuando transmitía las opiniones de los de Roma. Hasta hoy no sé si era porque dudaba de mis palabras o porque las opiniones de los de Roma las consideraba erróneas. Una vez me contestó irascible diciendo que sería mejor que Leiber y Montini vinieran primero a viviv P Budapest y luego dieran consejos. Me prohibió terminantemente que le dijera cosas al Primado que le fueran desagradables, porque según él esto serviría para agudizar más la situación ya que el Cardenal estaba convencido hasta el martirio de su verdad.

En esos días fuimos invitados con el P. Kerkai a una comida en la Embajada del Soviet. A gran sorpresa mía entre los invitados había cinco oficiales rusos, a quienes había conocido en ocasión de mí evasión al frente ruso. Ellos fueron mis interrogadores en esa oportunidad y ahora estábamos en la misma mesa recordando esos días angustiosos. Supe que no fue tan fácil el reunirlos para la comida. Esta atención esmerada aumentó la sensación de la noche, que fue una conferencia de las posibilidades de acercamiento entre Roma y Moscú. Nos prometieron que si volvía de Roma con una disposición positiva del Vaticano, el embajador Pus-kin hará posible que la próxima conferencia confidencial tuviera lugar en Moscú. La conferencia duró hasta la madrugada, cuando un coronel ruso nos llevó a casa. Me pro-motieron que antes de mi viaje, tendré una entrevista con Vorosilov mismo que será un encuentro de formalidad ya que el Mariscal está enterado de estas conferencias y éstas se realizaban con su venia.

Aunque parezca paradojal, en esos días en Hungría la única cuestión que interesaba a la opinión pública era que el país, que no tenía rey desde ya 24 años, seguirá como reinado o se podrá transformar en república. El Primado Mindszenty entró en la lucha con toda su autoridad moral excediéndose hasta haber privado al partido católico oficial del ejercicio de su carácter católico por no declararse partícipe de la idea de reinado. Se dio Comienzo a una lucha cívica tumultuosa por las calles, aumentado por arrestos colectivos. Nos conmovía a muchos ver como se precipitaba la nación en una lucha riesgosa sin la mínima esperanza de éxito; muchos de nosotros sentíamos que habríamos sido capaces de un martirio por la fe y por Cristo, pero nunca por una forma de estado o por una dinastía por digno de estima que fueren. La lucha por parte católica tomó incremento hasta el fanatismo, siendo éste un terreno, donde podían hacer demostración ruidosa del odio contra los rusos, seguros de que los anglosajones, dentro de un par de semanas, emprenderían la tercera guerra mundial contra Rusia. El mismo Cardenal me dijo que tenía testigos quienes vieron cómo pintaban de blanco a los tanques americanos en Austria preparándose para el avance de invierno. El P. Provincial me rió en la cara, dándome la espalda físicamente, cuando tildé estas charlas de sueños quiméricos. Lo contradije con mis informaciones que, según fuentes oficiales, están trasladando aceleradamente al ejército americano de vuelta a los EE. UU. De a poco el país entero juraba que la nueva guerra estaba en puerta: la fuente principal de estas noticias y de su propalación fue el Primado Mindszenty. Testigo de esto es el país entero.

Debemos reconocer que aparte de la cuestión de la forma de estado Mindszenty se había convertido en vocero del pueblo en sus protestas por los abusos y atrocidades de las autoridades comunistas y exigía lenitivo y solución para ellas.

En medio de circunstancias semejantes de balde iba yo a preguntar por la entrevista con el Mariscal Vorosilov. Según el sistema ruso nunca me daban negativas, sólo me decían que no se encontraba.

A todo esto hice mi maleta y me escapé a Roma. Debo confesar aquí que los rusos, si bien conferenciaron conmigo, no me habían dado ningún certificado para abandonar el país, tampoco intervinieron por mí ante las autoridades húngaras, quienes ignoraban estas conferencias. Dejaban que me escapara nomás y escuchaban contentos cuando les contaba mis aventuras. En la próxima vez ya había vuelto con pasaporte diplomático del Vaticano: entonces ellos también me dieron un pase e inclusive me prometieron una escolta hasta los límites de la zona rusa, porque en esos tiempos un viaje normal también iba acompañado por ciertos peligros: se corría el riesgo de ser asaltado.

Nunca antes deseé llegar a Roma tan pronto como ésta, porque el Cardenal Mindszenty también fue a ésa a recibir su púrpura cardinalicia, y nunca tuve tantas dificultades en mis evasiones como esta vez: fui arrestado por los ingleses como persona sospechosa, y cuando les dije que era jesuíta no podía identificarme por llevar conmigo un solo certificado de identidad, que esta vez estaba extendido a un comerciante de porcinos. Los ingleses querían devolverme a los rusos; ante este peligro me escapé una noche entre muchas dificultades, perdiendo tanto tiempo que demoré 15 días en llegar a Roma, donde encontré al Cardenal haciendo sus maletas para volver. Al visitarlo me dijo, muy afligido, que su avión tenía un día de retraso y tenía que volver con rapidez para no llegar tarde a la tercera guerra mundial, que podía estallar de un momento a otro. Lo escuché con estupor y le pregunté de dónde sacaba esas informaciones; me contestó: de los cardenales americanos, que también vuelven de prisa por lo misma. Hasta hoy no sé si estos príncipes de la iglesia también estaban tan mal informados o fue Mindszenty quien entendió mal. Su secretario Zakár le enseñó con gran júbilo al P. Mócsy un periódico italiano, en cuya primera plana decía en letras grandes: "¿Habrá guerra?", con un pequeño signo de interrogación, y le preguntó con sorna: "¿Qué dice de esto el P. Nagy?". "Él sabe leer los periódicos", fue la respuesta del Padre.

Me había enterado en los días siguientes que el Cardenal Mindszenty dejó detrás suyo toda una serie de impresiones desfavorables. Trató de imponerse al Vicario P. de Boynes, exigiendo la iglesia Stefano Rotondo, creyendo que esa iglesia fue erecta en honor de San Esteban, rey de Hungría, cuando era una de las más antiguas de Roma. Al Santo Padre le pidió "canonjía", en el San Pedro, para el Prelado Dr. Luttor, pese a mis informaciones de que el prelado no era más persona grata en el Vaticano. Fue por este motivo que Su Excelencia Montini no quiso hablarme delante de él en la primera entrevista conmigo. Como era lógico, Su Santidad no le dio la canonjía pedida. En una sacristía tuvo un encuentro secreto con el ex premier húngaro Nicolás Ká-llay, a quien quiso persuadir para formar un gobierno en exilio. Al poco tiempo me encontré con Kállay en la isla de Capri, quien me lo contó sonriéndose ante la ingenuidad del Cardenal, que éste, al parecer, ignoraba que un gobierno en exilio siempre es formado por un gobierno interesado,

que *lo* financia con sumas considerables. Había pedido plata a tantos el Primado que según el P. Leiber por un tiempo no querrían saber nada de húngaros en lo que al dinero respecta. E3to me supo mal ya que era mi intención pedir ayuda para el Kalot. Pero después de lo ocurrido no me atrevía ni siquiera mencionarlo a Su Santidad. En cambio Su Excelencia Mons. Montini, enterado de las dificultades materiales del movimiento, me ofreció una suma mayor, la cual, dadas las circunstancias señaladas, habíamos apreciado de sobremanera.

De nuevo tuve mi audiencia acostumbrada con el Papa Pío XII: ésta fue la más importante hasta ahora. Su Santidad empleó en dos oportunidades, respecto al Cardenal Mindszenty, el término *"demasiado imprudente"* / troppo imprudente / y me preguntó, afligido, si había esperanza para que cambie.

Recibí largas instrucciones de Su Santidad respecto a las conferencias con los rusos. Luego tuve que ver a Su Excelencia Tardini, secretario de estado por otras instrucciones más detalladas. Mi situación había cambiado esencialmente: contando con las intenciones de acercamiento de los rusos, Su Santidad resolvió darme en vez de la autorización verbal de hasta entonces, un escrito que me autorizaba conferenciar con plenos poderes. La alegre noticia de esta resolución de importancia singular me fue comunicada por carta por el P. Leiber, una mañana. Me visitó la misma noche en la Curia para entregarme la carta credencial escrita con formalidades usuales en caso de previas conferencias de sondeo. Creo que esta carta tiene valor histórico por ser la primera dada por escrito de parte del Vaticano para conferenciar con el Soviet de Moscú. Después habrán venido otras más importantes, pero ésta sigue siendo la primera.

La primera carta que fue un aviso rápido rezaba de Ja siguiente manera:

18-3-1946.
Reverendo Querido Padre,

Una noticia alegre: el Santo Padre a la pregunta que su Reverencia qué debe contestar a sus encargados, manifestó del modo siguiente:

"La Santa Sede siempre está dispuesta entrar en relaciones con el gobierno de Moscú" —esto puede comunicar con los interesados rusos—. Después de todo lo que sucedió y sucede a diario, es una prueba difícil de parte de la Santa Sede confiar en las buenas intenciones de la otra parte. En cambio, si el gobierno de Moscú deseara un acercamiento y conferenciar con la Santa Sede, ésta está dispuesta en cualquier forma como ya en tiempos de guerra estaba siempre dispuesta de ello. De este modo opina Pío XII.
Por favor, hable con Tardini también.

Su fiel y dispuesto servidor **Rob. Lbr.**

La Segunda y definitiva carta rezaba así:

"Vat. 18 de marzo 1946
8 horas p/m

Reverendo, querido padre Nagy.

Su Santidad me encargó recién, que comunicara a Ud. lo siguiente:

P. Nagy puede comunicar a sus encargados que la Santa Sede está dispuesta a entrar en relaciones con el gobierno de Moscú en cuanto aquél lo desee, puesto que ya durante los años de guerra la Santa Sede tenía disposiciones de esta índole.

Su fiel servidor en Cristo Roberto Leiber S. J.
Rev. P.
Nagy Tóhotóm S. J.

Borgo Santo Spirito 5. Roma." A lo3 pocos días visité a Su Excelencia Montini para pedirle que facilitaran mis viajes al menos hasta la cortina de hierro dándome pasaporte. Me fue dado un pasaporte diplomático, que guardo con reverencia en recuerdo por la firma de Su Excelencia Montini. Durante esta audiencia Su Excelencia me dijo que hablara con el Primado Mindszenty: lo enviamos a usted con este propósito.

Más tarde supe que Su Santidad le dijo al Cardenal, durante su estadía en Roma, con motivo de la entrega de su púrpura, que *"espera que conduzca los asuntos con inteligencia":* pero el Primado no alcanzó a comprender que la fina expresión del Papa Pío XII, quien acostumbraba a guardar el máximo tacto en sus expresiones para evitar que hieran, esta frase contenía una observación seria.

* * *

En esta oportunidad viajé en avión hasta Viena. Me acompañó hasta el aeródromo mi amigo Esteban, conocedor de mis múltiples luchas. Mientras esperábamos la máquina, me relató que me había asociado con un pequeño episodio de la noche anterior. En un bar había un grupo alegre de polacos y demás nacionalidades, tomando. Los músicos comenzaron a tocar una canción triste que provocó una protesta de los polacos, diciendo que era una canción rusa. Los músicos pararon de tocar, cuando una joven les dijo que siguieran, y ellos obedecieron. Se hizo un silencio embarazoso, luego, a mitad de la canción, un oficial polaco comenzó a cantar despacio, solo, luego otros se habían acoplado y al final todo el grupo cantaba la canción con impulso.

Me acordé de usted, dijo mi amigo, usted también está cantando una canción audaz, hoy todavía solo, al final todos cantarán con usted.

De Viena me escapé a Hungría. La primera ciudad alcanzada fue Sopron. Visité al Mons. Coloman Papp, párroco cuyo nombramiento para obispo lo llevaba conmigo, pero se lo oculté. Hablábamos de la política del Primado: la criticó intensamente y dijo que quería avisarle que está siguiendo un camino fatal.

En Budapest encontré la situación agudizada al extremo. Los representantes del mundo viejo liberal aristócrata poco a poco se fueron alineando detrás del Cardenal. Ni una vez podían los nuestros aparecer allí sin ver algunas de estas figuras. En el mismo día de mi llegada fui yo también a ver al Primado para entregarle unos tres kilos de cartas del correo del Vaticano. Me recibió austero y con animosidad. Lo único que me preguntó sobre el Vaticano fue si el Santo Padre dijo algo respecto a su persona. Sopesé la respuesta por un segundo; si le digo en el acto que el Papa

Pío XII lo calificó de *"demasiado imprudente"* se arma un escándalo y yo no podré decirle las demás cosas que quisiera, porque no me va a escuchar; de todos modos no se lo puedo decir tan fríamente, por eso respondí lo siguiente: "Su Santidad expresó ante mí, que espera que Su Eminencia sabrá conducir en estos tiempos que exigen gran circunspección el barco de la Iglesia con prudencia inteligente". ¿Dónde estaba esto del *"trvppo imprudente?* El Cardenal me contestó con otra pregunta: "¿Ordenó Su Santidad esto o sólo se *lo* dijo a usted?". De repente no sabía qué contestar a esta pregunta privada de sentido; esto era un principio en sí: ¿No irá a esperar el Cardenal que el Papa le enviara semejante orden? Le contesté llanamente que me lo dijo a mí. *"Entonces lo ignoraré",* fue su respuesta y salió de la habitación.

Traté de analizar la respuesta de Mindszenty, ¿qué es lo que ignorará?, ¿que los tiempos actuales exigen circunspección o que él necesita prudencia inteligente? Si a ninguno de los dos, entonces hay una sola probabilidad, que en esta frase vio una observación a la que quiere ignorar. Su respuesta de todo punto de vista es indigna: indigna de la importancia de la época, de su calidad de sacerdote y frente a mi persona, olvidando que al aceptar su nombramiento me había confesado que estaba por enmendarse y ya aceptaba consejos y he aquí que no solamente de mí, sino ya ni del Santo Padre aceptaba ni una observación.

Me fui tranquilo a casa y me puse a redactar una carta para el Cardenal, en que pensaba decirle de una vez por todas lo que había callado y que juzgué oportuno para el bien común. Al terminar algunas partes las leía al P. Kerkai, al P. Varga y al P. Kollár, aceptando sus observaciones después de discutirlas. Cuando estaba pronta se la leí al provincial de los dominicos, P. Badalik, y al prelado Dr. Zoltán Nyisz-tor, uno de los más destacados autores sacerdotes; redactaba por mucho tiempo el periódico jesuíta "Magyar Kultura". Actualmente se encontraba escondido de los comunistas, quienes lo buscaban.

Después de leer la carta, el P. Badalik me dijo: tiene razón el cien por ciento, salvo en una cosa, que el Primado es héroe, porque Mindszenty será héroe recién al aceptar esta carta; el Dr. Nyisztor agregó: es una carta altamente clásica, que se convertirá en documento histórico y hará plena la responsabilidad del Cardenal Mindszenty.

Mientras redactaba dicha carta, venían a diario y cada dos días esquelas de tres o cuatro renglones del Primado en un tono agresivo —los poseo a todos en mi archivo— en que exigía una justificación de nuestra conducta. Habíamos contestado a cada una; una vez el P. Kerkai, otra el P. Provincial, quien fue a verlo personalmente pidiendo que tuviera paciencia hasta terminar la carta.

Al terminar la carta, el provincial P. Borbély, no se encontraba en la capital, y debimos haber dado la carta a censurar al P. Varga, quien en ese momento fue nuestro Superior. Pese a que conocía bien el texto de dicha carta, consideró mejor ausentarse para no ser partícipe de la ira prevista del Primado.

Para lograr una censura como prescribe la Orden fui a ver al P. Badalik de nuevo, aunque él era dominico y yo jesuíta, pero momentáneamente sin Superior acudí a él, que fuera censor en esta cuestión, que estaba por encima de las órdenes. La volvió a leer de nuevo y me autorizó diciendo: Es fuerte, pero se puede enviar.

Como mi carta justificativa demoraba, ya que un escrito de esta importancia no se hacía en un día; el Primado, a pesar de nuestro pedido por un poco más de paciencia, envió circulares al cuerpo episcopal con el siguiente texto: *"El Kalot se desvió del camino católico"* y naturalmente nosotros, jesuitas, también. Fue más el asombro entre los obispos que el escándalo que causó dicho circular.

He aquí mi carta:
Eminentísimo Cardenal Primado.

Su Eminencia.

El P. Kerkai ya anunció en su carta fechada del 13 de junio de 1946 que el informe justificativo será terminado a la brevedad.
He aquí lo que presentamos a Su Eminencia el Card.

Como el tema no es un asunto exclusivamente húngaro, sino parte de un estado general europeo que está en conexión con principios europeos orientales de la Santa Sede, resolvimos que este informe lo escribiré yo a Su Eminencia porque mi modesta persona fue enviada por el Vaticano confidencialmente para tratar sobre ciertos asuntos con los rusos.

Si esperábamos de Su Emmo., el Cardenal, este deber primordial del sentido de la justicia de vuestra parte, era porque hasta hoy nos hace difícil creer que el Emmo. Cardenal pudiera dudar de la fidelidad de los jesuitas hacia la Iglesia, cuya orden justifica esta fidelidad con méritos extraordinarios a través de su pasado de cuatro siglos. Ocasionaría una confusión nociva en las almas, si se propagara de a poco la impresión que Su Eminencia no confía en la fidelidad de los jesuitas hacia los principios de la Iglesia porque se hace cada vez más notorio que los mismos padres que son víctimas de vuestra Condena, en la misma cuestión, gozan de una confidencia especial de Su Santidad el Papa Pío XII.

Tenemos la impresión que Su Eminencia desconoce el estado de nuestra conciencia y no conoce los conceptos que influencian con decisiones nuestras actitudes. En este momento también sentimos el pesar de la responsabilidad de informar a Su Eminencia de estos conceptos, sabiendo que vuestra sabiduría hará de estos objeto de su máxima consideración. Nos permitimos exponer, más allá del caso concreto incriminado, todo el problema desde sus principios.

Ante todo, debemos dejar sentado que la única e invariable gran meta que jamás perderemos de vista es: la salvación de los valores del cristianismo, de la nación y su servicio fiel. Consideraremos peligroso convertir cualquier proyecto o intención que no es más que un medio, en una finalidad, aunque tenga relación con la misma cuestión de la elección entre reinado o república o se relacionare con los intereses de una capa privilegiada. El mantenimiento correcto del orden de los valores, finalidades y medios, hemos aprendido en la teología, filosofía y de los ejercicios espirituales de nuestro P. San Ignacio. Así que en toda nuestra exposición nos guiaremos por este principio universal húngaro-cristiano, ajustando a ello nuestro sistema. Se puede arriesgar todo, menos la nación, y no podemss aceptar ninguno de los medios como de eficacia única. En esta cuestión tenemos delante esas grandes figuras húngaras a quienes la historia ya justificó: el Primado Szcitovsky, Pedro Pázmány, un Jorge Martinuzzi y muchos otros, quienes con su sentido de diplomacia sinigual sirvieron la nación tentando diferentes caminos a la vez.

Una de las posibles tácticas de nuestro tiempo que puede seguir el catolicismo húngaro es la intransigencia rígida, la desconfianza total y la protesta permanente. Podemos calificar esta táctica, con buen sentido, un método de impulsos, porque no se apoyan en los cálculos fríos de tristes hechos reales, sino en motivos externos o internos; brota del repudio instintivo de las almas profundamente heridas, de la mar de amarguras de una nación arrasada y vejada, surtido por una aglomeración de pecados y maldades diarias. Quien pone una noble solidaridad y un cariño instintivo, casi maternal por sus compatriotas en vista de tanto engaño, mentira, injusticia y sufrimiento, despierta en él como es comprensible un complejo tal de impulsos que los empuja hacia la rigidez del método impulsivo. Una de las características principales de esta actitud es el ánimo heroico y el espíritu de mártir.

En cambio no debemos olvidar que este método de los impulsos instintivos es justificado, para el sentido común, únicamente en caso que esté basado en un cambio cercano como ser: una guerra, una liberación, un posible retiro del ejército ruso, una ayuda eficaz de los anglosajones, una revolución interna o algo similar pero siempre que signifique un cambio radical. Sin esta posibilidad, se la podría tildar de un método de los impulsos ciegos.

La única pregunta decisiva que apela al intelecto y no a los impulsos y en que se basa la justificación íntegra del método es, si vendrá un cambio radical o no? Porque el que no está plena e incondicionalmente seguro, en un cien por ciento, ya no puede seguir exclusivamente la política de los impulsos, porque seguirla sin fundamentos sólidos significa audacia y como se trata de todo un país, también una gran responsabilidad. No sé quién se atreve a asumir esta responsabilidad para seguir una política de hermetismo e intransigencia rígida, al no estar absolutamente seguro de que la ayuda ya está en camino.

Sin que esta ayuda segura esté en puerta, esta política no es más que la provocación de una presión aún más intensa, de la persecución y destrucción; los que siguen esta política demuestran con su ánimo de mártir que la muerte no está tan lejos de su método; y si bien cualquiera tiene derecho ir por un ánimo de mártir a la muerte, nadie tiene ningún derecho a conducir una nación por este camino. Vuelvo a recalcar: quien no está completa y absolutamente seguro de un gran cambio inmediato, asume una gran responsabilidad al seguir una única táctica, especialmente si ésta, debido a su carácter provocativo, atrae graves consecuencias. Sí, podemos asumir la muerte por la causa del catolicismo húngaro, pero no podemos llevar la causa del catolicismo húngaro a la muerte antes de tiempo.

Lo menos que podemos comprobar es, que esta única base lógica del método impulsivo: el gran cambio inmediato es, por de pronto, muy dudoso. Esto deben reconocer los mismos que siguen esta táctica, al recordar los tiempos en vos meses a los términos vencidos y podemos predecir, que nueva guerra, luego se dilataron los términos en meses y según informaciones ulteriores, ahora están añadiendo nuevos meses a los términos vencidos y podemos precedir, que esto seguirá así, hasta que el error se pondrá plenamente manifiesto. Edificar una táctica tan peligrosa por sus consecuencias, sobre un terreno tan movedizo, constituye una grave responsabilidad. La historia no conoce un único camino; aquél quien a pesar de todo lo elije y cae, puede ser estimado como héroe, pero si arrastra consigo a una nación entera, la historia lo hace culpable.

Hace un año solamente que no se puede decir de Luis Kossuth, que frente a la sabiduría de Széchényi fue su obstinación rígida que condujo la nación hasta Világos y fue el sabio convenio de Francisco Deák que salvó la nación.

Sin embargo en esos tiempos había pocos húngaros que opinarían distinto de los verdugos de los 13 mártires de Arad, cte todo el pueblo austríaco, de sus funcionarios, del asesino Haynau y del emperador, como nosotros opinamos hoy de los rusos. Pero el sabio Francisco Deák tuvo el coraje de pactar, mientras el muy festejado Luis Kossuth de fama legendaria fue a América en busca de ayuda, donde ya en aquel entonces no recibió más que promesas. La historia se repite muchas veces. ¡Así que ayuda americana; Esta es la única base lógica de la intransigencia rígida de hoy. Veámosla de cerca. Mis más diversas y numerosas informaciones, fruto de mi última estadía de cerca de seis meses en el exterior a través de una red de valiosos vínculos coinciden en que no debemos contar con ninguna posible guerra, ni con cambio alguno y tenemos que tomar nota de que estamos condenados, por ahora, a quedar bajo intereses rusos. Al mismo tiempo nos advierten que nos preparemos a una prolongada guerra de nervios que al parecer, acá muchos confunden con los síntomas preliminares de una verdadera guerra.

Esta actitud ciega de las esperanzas ya la Conocemos de los tiempos de la leyenda de las armas secretas alemanas.

Juan Arany en su balada de "Nagyídai cigányok" decía así: "Más vale un sueño que mil despertares".

La política anglosajona, por el momento no quiere guerra, porque el desarrollo interno del Soviet en el espacio de 5 a 10 años, traerá para ellos resultados importantes, bien que éstos no signifiquen, al mismo tiempo, el cambio deseado por nosotros. Las potencias occidentales recalcan reiteradamente que estamos abandonados a nuestras propias fuerzas y a nuestra inteligencia. Lo máximo que los anglosajones quieren lograr y lograrán es, que el Danubio sea camino internacional y que participen de nuestros tesoros económicos como la bauxita y que el ejército ruso se retire en parte o totalmente, pero, esto no significará ni aproximadamente salimos de la esfera de interés de la potencia rusa. Aquí, seguirá ejerciéndose la influencia rusa; y no esperemos que por la libertad interna de nuestras vidas, den algunos pasos importantes las potencias del exterior. En perspectivas mundiales y por otras cuestiones, éstas potencias occidentales están en una posición ventajosa tal, que podrán hacer valer sus intereses también sin guerra. Una de mis grandes experiencias resultantes de mis estadías en el exterior es la visión clara de cuan afectos somos de sobreestimar nuestra importancia encima la realidad. Basta que un diplomático inglés manifieste una mirada de interés, para que nosotros ya nos creamos grandes ilusiones.

Si los argumentos cimentados en serias informaciones hacen vacilar aunque sea un poquito las esperanzas en el cambio inmediato, se requiere una responsabilidad enorme para que alguien arriesgue todo sobre tales fundamentos. Es por este motivo que los anglosajones nos consideran hoy, como un pueblo falto de equilibrio y políticamente poco maduro, y lo expresan en estos términos, porque nuestros dirigentes ora siguen el método de la sumisión incondicional, más aún, el método vergonzoso del servilismo, ora, si no se someten, actúan con extremismos y con el desahogo de sus impulsos instintivos y ni siquiera intentan emplear la única arma de los pueblos chicos: la prudencia, la cual siempre encuentra el camino de un convenio, sin hacer abandono de los principios. Los anglosajones prudentes, maes-

tros del reconocimiento de situaciones, a ésta nuestra política ilusórica, como la llaman, nunca la comprenderán ni nunca la apoyarán.

Lo más característico de esta táctica de intransigencia rígida es que el deseo de una pequeña nación no lo podemos ubicar entre las grandes relaciones y realidades internacionales; sin ésto, sin embargo, no podremos ser nunca políticos realistas. Transformamos nuestros sueños y deseos nacionales en intereses anglosajones, mientras que las personas que frecuentan el extranjero y alternan con personas influyentes, ven con claridad que hoy se lucha por continentes y océanos y que esto llegará a definirse sin armas; y que los anglosajones no darán un paso serio por los países balcánicos y centroeuropeos. Pero si este cambio se hiciera esperar sólo 4 ó 5 años, ya sería muy grande la responsabilidad de aquél, que no tolerará otro método que la táctica de la intransigencia rígida y que provocará una persecución y opresión mayor, sin las cuales o con la demora de las cuales, la totalidad católica de la nación misma podría posiblemente soportar los años difíciles. Ya ésta posibilidad mayor justificaría y haría necesaria la táctica doble.

La política de la intransigencia exclusivista tiene otras dificultades también: las masas perciben con instinto natural que la única base lógica de esta táctica y su única justificación razonable puede ser sólo la inminencia del cambio esperado. A menudo se oye decir a la gente que Su Eminencia en base a los mensajes directos de los anglosajones sabe que se están preparando y que están por llegar. Con este mito propagado se tranquiliza la gente, que siente instintivamente que sin éstos o parecidos testimonios ésta táctica entera tendrá un saldo trágico. ¿Y qué será si no llega la ayuda anglosajona?. Me cuesta creer que Su Eminencia estuviera tan segura de esta ayuda como las masas, para su tranquilidad, lo suponen.

Con aflicción filial hacia el padre, no podemos menos que ver cómo se permite en nombre de Su Eminencia, contra vuestra voluntad, que se arraigue en el alma de la nación una esperanza equívoca, justamente porque la gente ni remotamente supone que Su Eminencia se atrevería seguir su política actual, sin la seguridad absoluta de una ayuda inminente. Nos embarga un sentimiento angustioso al pensarlo; ¿qué será si la historia le pedirá cuentas a Su Eminencia por haber dejado que se desarrolle en el alma de la nación tamaña irrealidad?.

Porque más que lamentarnos, este gran cambio es inverosímil, aún más, es seguro que hasta dentro de varios años no sucederá y en ese caso estamos temiendo desde ya, que la gente acusará a Su Eminencia por esa desolación, que según las leyes sicológicas, suelen reemplazar las esperanzas derrumbadas. Claro está que el derrumbe se intervendrá, en cuanto se ponga de manifiesto, que el gran cambio no tuvo lugar, porque la gente hoy arriesga todo por este sueño.

Este derrumbe de las almas será aumentado por el hecho que el decreto de cesantía es usado malevolentemente para despedir de sus empleos a muchos de los partidarios confesados del Emmo. Sr. Cardenal Primado, o aquellos que en su entusiasmo a veces hacen alusiones indiscretas. Nos enteramos con profunda tristeza que los decretos con esta finalidad ya fueron dispuestos. Suponemos que Su Eminencia tenga noción de éstas cesantías. De los partidarios así perseguidos, podemos afirmar con seguridad, que su fidelidad está basada en las esperanzas del gran cambio inminente. Porque nadie asume penurias económicas por perspectivas de 5 a 10 años. Ahora, si se calcula que se trata de 2 ó 3 meses, en ese caso merece la pena sufrir perse-cusiones, especialmente si éstas aportarán beneficio,

pero resistir prolongadamente la persecución y la miseria únicamente los héroes verdaderos son capaces.

Y estos héroes no abundan. La mayoría son gente sencilla de modesta capacidad, en quienes el Emmo. Sr. Cardenal Primado mantiene las esperanzas de que en los meses cercanos se operará el gran cambio. Ahora se afianzaron en su fe por las esperanzas exaltadas, en su defecto vendrá la defraudación que los privará de la fe.

No se debe olvidar que la política de intransigencia rígida que se apoya en las esperanzas del cambio inminente y que, además, no se permite ninguna otra dirección de táctica, inflama las pasiones para actos fanáticos en la psique de las masas. Profundamente estupefactos oímos por doquier de personas serias la observación silenciosa que las "conspiraciones" de las cuales muchas son fundamentadas, son consecuencias equívocas y aberraciones resultantes de la política de Su Eminencia. Una cosa es segura, que sabemos de experiencias personales directas, que estas personas, a menudo, se justifican ante sí mismos, con el concepto de táctica de Su Eminencia.

Al mismo tiempo, el cariño por nuestra Iglesia nos hace afirmar que el verdadero espíritu retrógrado culpable con su tendencia antisocial, que siempre había sido también nuestro enemigo y siguen siéndolo, ahora especula con la política de intransigencia rígida. Y con esto compromete también a Vuestra Persona y sirve de base a la acusación propagada que el espíritu retrógrado antirreformista, culpado por nosotros también, se esconde detrás de la Iglesia.

Todo ésto unido, puede provocar un ataque drástico efectuado contra la Iglesia. Estamos convencidos, que la sabiduría de Su Eminencia prevé que a los rusos les conviene sumamente esta intransigencia rígida, ya que ésta les ofrece un blanco para reiterados ataques, pero Su Eminencia sin embargo ya en el principio intentó el ejercicio de esta táctica. Sabemos del Soviet mismo que toda su tendencia es anticlerical pero hemos oído mil veces de ellos mismos que se abstienen de atacar a la Iglesia, por eso los enemigos verdaderamente peligrosos somos nosotros, quienes sin prescindir de los principios, seguimos la táctica del "modus vivendi" y de este modo tomándoles la palabra les obligamos al cumplimiento esmerado de sus promesas o a que nos ataquen con el incumplimiento abierto de su palabra. En cambio, Su Eminencia con vuestra más noble intención consigue de los rusos que éstos se aprovechen, contentos del hecho que Su Eminencia no quiere ni siquiera que alguien intente a llegar a un acuerdo con ellos; con esto se sienten con derecho a no cumplir sus promesas anteriores. No debemos darle esta ventaja considerable.

Sabemos, que algunos contestarán a ésto que los partidarios del modus vivendi prescinden de sus principios, más aun, algunos del ambiente de Su Eminencia han afirmado que con nuestras proclamaciones firmadas abusamos de la jurisdicción de los obispos, inmiscuyéndonos en cuestiones de la fe y de la moral, haciendo acusaciones equívocas. Repecto a estas acusaciones, quisiéramos pedir respetuosamente a esos individuos, que vuelvan a leer los textos de dichas proclamaciones y los equiparen con las enseñanzas de la fe y la moral y verán como no encierran ninguna idea equívoca.

Ahora bien, lo que concierne al supuesto abuso nuestro de la autoridad exclusiva reservada del cuerpo episcopal no merece la pena de alguna reflección, ya que él mismo que emitió esta idea no lo pudo creer en serio.

Finalizando, con respecto de Vuestra conducta hay un hecho que debemos mencionar. Sentimos profunda comprensión por la tristeza, del Emmo. Sr. Cardenal Primado, que aparece en sus declaraciones en algunas oportunidades, según la cual, Su Eminencia ya tiene conocimiento de que cada vez mayor parte de Vuestros sacerdotes se alejan de los principios de Su Eminencia y los colaboradores más inmediatos también vacilan en jurar fidelidad. No sabemos si de nuestra parte va a ser una ofensa grave, o una acusación el suponer de ellos que son hombres resignados quienes por miedo se inhiben a exponer por sus principios.

Paralelo con la política de la intransigencia, según nuestros modestos conceptos, el catolicismo húngaro necesita también de la táctica del modus vivendi, seguramente Su Eminencia comprenderá que en una lucha de mil tramas, donde el adversario mismo puede ser cercado y contrarrestado en diferentes maneras, sería un grave error jugarse todo en una carta.

A parte de esto, la meta final de la política católica es el servicio de las almas. Por este motivo no se debe permitir que esta política se convierta en un estado de ánimo que, lamentablemente, se está generalizando hoy entre las masas.

Actualmente se hace oportuno el dicho que, es más fácil ser héroe que sabio. Nosotros quisiéramos de algún modo asemejarnos a ese tipo sabio del que el evangelio también habla en la parábola del rey, quien al ver que no puede enfrentar con diez mil al que viene con veinte mil, pide la paz. Este es el modus vivendi. Pedir la paz no significa amistarse; el modus vivendi no significa prescindir de los principios, ni someterse, pero tampoco significa irritar la fiera con la cual estamos encerrados en la misma jaula. La historia puso el catolicismo húngaro ante hechos consumados y nosotros tenemos que valemos de todos los medios y no de sólo uno, para poder salvar cuanto más de nuestros valores. Uno de estos medios principales es ganar tiempo, con el modus vivendi si más no, esto lo conseguiríamos. Aunque aceptamos que el Soviet quiera suprimir el catolicismo en Hungría, hoy por hoy, todavía no lo hace. Sin el modus vivendi es más fácil que le demos pie para que acorte el lapso de tolerancia estratégico. Este lapso, con habilidad, con la casi única arma de los pueblos chicos y con el modus vivendi, lo podemos prolongar, y mientras tanto pueden suceder muchas cosas, especialmente la transformación interna del Soviet, tesis sobre el cual edifican los anglosajones su política.

Su Eminencia comprenderá la lucha interna con nuestra conciencia, cuando individualmente dispuestos al martirio, quisiéramos salvar con todos los medios posibles, la nación misma de este martirio. Antes que la pena de muerte, siempre es mejor la condena perpetua. Para la ejecución del primero el Soviet está dispuesto en cualquier momento, si se sigue una política contra su gusto, más si se repudian hasta las conversaciones del entendimiento; en cambio, la condena perpetua significa por lo menos tiempo ganado y la esperanza de posibles cambios. Entre nosotros, especialmente bajo Szállasi, el principio a menudo declarado era: antes la muerte que pactar. La ética cristiana exenta de pasiones dice otra cosa; con el primer sistema es seguro que perdemos, con el otro quizás no perderemos y por este "quizás" debemos intentar lo máximo. Hoy no es sabio el que se mantiene en guerra con los rusos, en el mejor de los casos es héroe, sino el que puede aprovecharse de ellos. Y esto se consigue, únicamente, si junto a nuestro amor propio húngaro disponemos de un auténtico ascetismo católico. El Kalot ha logrado que los comunistas húngaros, quienes aparte de los rusos son nuestros verdaderos enemigos peligrosos, observen con recelo que el Kalot con sus vínculos logrados con los rusos, por una parte asegura su defensa contra éstos; por otra parte quitó el

privilegio de los comunistas de poseer vínculos monopolizados con los rusos. Ese es el motivo que el Kalot últimamente sea objeto de ataques en serie de parte de los comunistas húngaros, porque quieren desacreditar el movimiento ante los rusos.

Hubiera sido más fácil y más glorioso ante la opinión pública inflamada por las pasiones, si nos enfrentábamos rígidamente y mantenemos encono con los rusos, pero en ese caso, primero, ya nos haBrían disuelto y no creo que de parte católica, alguien consideraría esto como ventaja, por otra parte, no hubiéramos podido jugar nuestra carta en beneficio de intereses de una diplomacia superior. Porque no debemos olvidar que el Soviet tiene la intención oculta de hacer aquí en Hungría una política propagandista para demostrar a occidente cuan tolerante es al permitir el desarrollo de diferentes fuerzas. Con una genial y hábil política, nosotros podríamos amplificar esta intención del Soviet y aprovechar todos sus beneficios en nuestro favor, pero la primordial condición para esto, es que tratemos con ellos, aunque esto nos costara humildad. Sabemos positivamente que el Soviet participaría de esta política porque les convendría a ellos también, mientras nosotros húngaros podríamos sobrevivir estos tiempos de tormenta y juntar energías. Pero esto requeriría un reconocimiento razonable de la situación, sin embargo, entre nosotros, reina a menudo un estado de ánimo, según señales aparentes, que nos pone contento si fracasa algún intento de acercamiento, creyendo que con esto salvamos la patria. Sin embargo esta táctica es inepta para toda obra constructiva, y preparamos con ella una gran negatividad, la ruptura total.

He aquí al descubierto toda nuestra lucha interna ante Su Eminencia y creemos ser comprendidos por la sabiduría paternal vuestra. Vislumbramos con claridad los grandes proyectos del Vaticano para Europa oriental, conocemos sus preparativos en curso en pos de la segunda obra misionera de la historia de la Iglesia; y sabemos del mismo Vaticano cuan digno rol desempeñaría la pequeña y fiel Hungría en esta obra, siendo un pionero encajado en el mar orthodoxo. Esta obra de importancia mundial tiene sus preludios, sus movimientos bélicos preparatorios. Es un verdadero "gaudium logicum" observar de Roma esa estratagema digna del Vaticano, en que nuestro Kalot tendrá también su misión calculada, y sabemos cual será nuestro provecho de esto al dar los siguientes pasos. Podría desarrollarse una posición clave de la nación húngara por medio de una dirección genial de la política eclesiástica, y se desarrollarían a través de nosotros las grandes empresas de la historia de la Iglesia salvándonos más eficazmente que si seguimos solos por el camino proyectado por nosotros. Al volver de Roma nos despertamos con tristeza al constatar que somos enanos quienes sólo podemos imaginar nuestras posibilidades dentro de marcos estrechos. Tratamos salvar nuestro patriotismo a precio de hacer peligrar nuestra Iglesia, cuando el orden contrario sería un camino más transitable: salvar con todos los medios, hasta con la humillación, a la Iglesia, para que ésta igual como en los tiempos de los turcos, sea la salvadora de la patria y su baluarte único. Puede suceder a veces, que por la política profana se pierdan las causas de la Iglesia.

La busca del "modus vivendi" y la adaptación, no es desconocida en la historia de la Iglesia. Un ejemplo clásico de esto era la polémica del rito chino. No era por mera casualidad que entonces también hayan sido los jesuítas la piedra de escándalo en los ojos de muchos, porque se adaptaban a las cuestiones secundarias para ganar con ello la esencia misma. Entonces, en la polémica de ritos, venció el concepto de intransigencia rígida y los jesuítas recibieron orden de retirarse, pero el arrepentimiento tardío ya no pudo resucitar la misión destruida. Cesó la polémica y en su lugar vino una pausa silenciosa de varios siglos, pero según el libro de A.

Wolkenberg este silencio, era el silencio de la muerte. Se derrumbó toda la misión china en pleno desarrollo, para esperar el papa, que hace unas décadas prescribió oficialmente el método jesuíta prohibido entonces. Este hecho está registrado por la Iglesia como un error; hoy toda la China sería ya católica si entonces concepciones enanos no hubieran interrumpido la función de los jesuítas.

Nuestra patria pobre es ahora como un ejército cercado, y no está conciente de que está cercado, por eso se comporta como lo hace. Nuestras fuerzas no bastan para liberarnos gloriosamente y el ejército libertador vive únicamente en nuestros sueños, así no nos queda otra alternativa que una táctica realista para lograr con sabiduría alguna posibilidad vital.

¿En qué consiste esta posibilidad vital, este modus viven-di? Ya su mismo nombre indica que no se habla en absoluto de asimilación, ni de prescindir de los principios, tampoco de mantener amistad, porque en ese caso no buscaríamos ningún modus vivendi, sino marcharíamos del brazo con ellos por los caminos nuevos. La esencia de la política de inteligencia no significa vendernos, sino evitar de dar blanco para ataques. Por eso mismo, en cuanto a relación nacional, significa una vecindad soportable. Si llegamos a un acuerdo con ellos habrá una posibilidad mayor, para que nos hagan algo de esa democracia tan mentada, y se sobreentiende, que nos darían más que siendo enemigos proclamados. El punto muerto del antagonismo de principios entre los dos conceptos reside en que los partidarios de la intransigencia rígida dicen: la completa libertad o la lucha permanente ; nosotros en cambio lo redactamos así: con luchas permanentes pierdo lo poco que tengo, porque soy un ejército cercado, en cambio con inteligencia puedo ampliar el espacio de mi libertad de movimiento y luego veremos si puedo revindicar nuevos terrenos y después de probar todo, siempre tengo tiempo de entrar en lucha final contra ellos.

En relación a la política eclesiástica el modus vivendi significa la conservación de la esencia. Por esta esencia estamos dispuestos siempre a morir.

En relación a la política eclesiástica el modus vivendi significa también el restablecimiento de la nunciatura. La Santa Sede está pronta para pactar con Moscú y crear un modus vivendi siempre que el Soviet presente sus aspiraciones para lo mismo. Testigo fidedigno de esto es mi modesta persona. Lo que puede hacer el Vaticano en dimensiones mayores, ¿porqué no hemos de poder hacerlo nosotros también en menor escala? Por lo tanto, no se puede volver contra nosotros la autoridad de Roma, por el contrario, gozamos de su confianza.

En relación con el movimiento, el modus vivendi significa la supervivencia del Kalot, que aparte de nosotros nadie podría asegurar. En uno de los platos de la balanza están algunas concesiones locales y en el otro, está el funcionamiento del Kalot. Y esto pudimos lograr sin entregar nuestros principios, únicamente con sentarnos a pactar.

Sabemos que muchos contestarán a esto, que disolvimos la unión católica. La verdad en cambio es, que la unión no reside en la uniformidad, sino en la armonía; igual como una orquesta tampoco toca bien, si todos soplan por la misma flauta, sino cuando logran la armonía a través de diferentes instrumentos. Esta armonía nosotros nunca la herimos, por el contrario, esperamos del Emmo. Sr. Cardenal Primado que a las diferentes tácticas y métodos, dejándoles su calidad original, los forja en una importante política ca-tólica-húngara. Este es el magno deber histórico que la Divina Providencia otorgó a Su Eminencia.

Alguien podría añadir que este modus vivendi es un juego harto peligroso de consecuencias imprevistas. Nosotros en cambio opinamos que en nada es más peligroso que el otro método, cuyas consecuencias, por desgracia, son bien previsibles. Vemos con claridad la magnitud de las apuestas que hay en juego. Si el movimiento Kalot fuera desalojado de las aldeas con una desautorización de parte de los rusos, esto traería a colación la afluencia de ideas y organizaciones comunistas en su lugar. No ayudaría nada si en caso de la disolución del Kalot éste se convirtiera en una sección juvenil de la Acción Católica, porque según nos hemos enterado, los comunistas están preparando un decreto que a la Acción Católica no se permitirá más que el ejercicio de la religión suprimiéndole las actividades culturales externas, diversiones y deporte. Una sección juvenil así sería completamente inerte. Se puede mantener unidos a nuestros jóvenes campesinos únicamente con un movimiento social impregnado de espíritu social y empuje como el Kalot. Es un grave problema de conciencia para nosotros la causa de la juventud campesina húngara y meditando sobre todo lo escrito aquí, esperamos que Su Eminencia considerará el haber descubierto nuestro estado de conciencia y comprenderá la veracidad de nuestro método. Que nos sea permitido esperar que el grave castigo que se nos ha impuesto ante el Cuerpo Episcopal tenga remedio después de la entrega de nuestra justificación.
Rogando por la bendición paternal del Emmo. Sr. Cardenal Primado.

Vuestro humilde siervo. *P. Tóhótom Nagy S. J.*

24 de junio de 1946

Mi diario del 27 de junio: "Esta tarde llegó el P. Bor-bély. Cuando el P. Kerkai le dio la copia de mi carta dirigida al Primado, después de leerla, nervioso al extremo dijo que esta no se podía entregar al Cardenal y señaló algunos pasajes insignificantes en que según él debíamos suavizar algo. Cuando el P. Kerkai le dijo que la carta había sido entregada ya cuatro días atrás, el P. Provincial quedó sin aliento, luego suscitó una discusión violenta. Él le expuso todos sus argumentos hasta vencerlo. Lo único que objetó es que no debimos invocar la autoridad del Vaticano como estando de nuestra parte. No se debe emplear un argumento así contra el Primado, decía. Según parecía el P. Provincial se inclinaba a nuestro favor.

"Nos hizo saber a la noche que recibió una invitación del Cardenal para el domingo. Para esa oportunidad confeccionó una declaración cuya publicación iba solicitar al Primado. Esa declaración era tal leal a nosotros que me había extrañado y lo interpreté como una actitud favorable por parte de él hacia nosotros. Pidió mi opinión y mi conformidad con el texto. Le contesté que a través de esa declaración podía surgir una nueva era para todos, siempre que el Cardenal tenga tanta entereza y humildad como para publicarla. El P. Borbély, confiado, esperaba la entrevista. Hoy me visitó Mons. Dr. Banass y hablando de Mindszenty, calificó su política, como "un desastre nacional".

"30 de junio: La audiencia entre el Primado y el P. Borbély, duró tres horas. Durante este tiempo, el Cardenal le hizo saber su opinión de la carta que le envié, tildándola de "un oprobio" y de ser párroco todavía, decía, hubiera protestado pero ahora como cardenal no tengo tiempo que ocupar en nimiedades; y seguía encolerizado que no iba a tolerar que empleáramos dinero del Vaticano "contra la Iglesia" y que revisaría la contabilidad del Kalot. Dos alternativas se doducen de esta frase carente

de sentido: una, la falta de criterio y una sobreestimación de su jurisdicción; la otra, una ceguera pasional.

"Según el P. Provincial, no tuvo ni una única objeción contra los argumentos de dicho escrito, guiado ciegamente por sus pasiones dejó traslucir que no había pensado en abso luto sobre las ideas expuestas en mi carta. Esto dejó anona dado e impresionado al P. Provincial, quién hubiera esperado que el Cardenal hubiese hecho objeto de serias consideraciones y estudios tanto mi carta como su declaración presentada que equivalía a un comienzo de modus vivendi, trayendo a colación importantes conclusiones y desiciones; en vez de esto vio un torbellino de pasiones incontenidas."

Debo añadir aquí que este proceder del P. Borbély a favor de nuestra causa, fue un alto, nada más, en su comportamiento de animosidad para con nosotros. Seguramente, él tampoco se recordará de este "alto", y a no ser por mis apuntes conservados en mi archivo, yo tampoco lo hubiera recordado. La declaración hecha por el P. Provincial en apología de nuestra causa fue una verdadera obra maestra teológica-filosófica, con un razonamiento y una argumentación científica singular. Esta obra fue digna del profesor de teología más destacado de la provincia húngara que fue el P. Borbély. No la publico aquí por su extensión puesto que todavía tengo mucho para decir. Ese día nos dijo el P". Provincial con amargura que sus exposiciones fueron totalmente ignoradas por el Primado, dando prueba de que éstas no fueron comprendidas ni lejanamente. Un razonamiento cristiano escolástico sin igual exigía pre estudios previos a la par.

Luego me dediqué a reavivar mi vinculación con los rusos. Al cabo de mucho de ir y venir, me enteré por informaciones confidenciales, que en este tiempo en Budapest, encima de los representantes de cargos oficiales, la autoridad y potencia máxima, era un señor llamado Ostjukin a quien se le encontraba en la embajada rusa. A los pocos días, munido por recomendaciones visité a este señor.

Ostjukin expresó su asombro ante la tentativa, con esta la tercera, de la Santa Sede en pro de un acuerdo con el Soviet, ya que estaba convencido que el papa era marcada mente anticomunista. Después de haberle señalado que la Santa Sede jamás emitió una declaración de animosidad contra Rusia durante la guerra, pese a una presión intensa de esta índole, me contestó; "entonces ¿por qué instruye a Mindszenty a atacarnos tan irraciblemente?" Le respondí que un cardenal es independiente de la Santa Sede en sus ideas políticas y que el Primado en estas cuestiones obra con la máxima autoridad de la nación según la Constitución Húngara; a lo que Ostjukin inquirió: ¿llegaría el Papa Pío XII a retar al Primado Mindszenty, en el caso de que éste como máxima autoridad de Ja nación, se enfrentara a su propio papa, porque Su Santidad entabló relaciones de inteligencia con nosotros ? Porque el Cardenal condena severamente a cuantos hayan intentado cualquier conversación con nosotros". La posición es imposible, dije y así también la conclusión.

Entonces Ostjukin, cambiando de tema me afirmó que los jesuítas han perdido toda influencia en el Vaticano. Guardé un silencio profundo, al comprender que este diplomático ruso quería oir de mí lo contrario, para que pueda hacernos responsables a los jesuítas por no influenciar a la Santa Sede para que ésta logre contener al Cardenal. Añadió que el Soviet, desde que verificó que podía trabajar manco-munadamente con la ortodoxia, apoyaba a la Iglesia rusa.

Le contesté irónicamente que estábamos enterados de las grandes obras misioneras soviéticas, y que lamentábamos mucho que emplearan los mismos métodos de Cario Magno y San Esteban, tan criticados por los rusos: convirtiendo con fuerza pública a todos los católicos griegos a la ortodoxia.

Del restablecimiento de la nunciatura hizo la siguiente objeción: ésta colmaría la táctica dual del Papa con el Soviet, atacándonos a través de Mindszenty y amigándose a través del Nuncio. Me costó mucho hacerle ver la ventaja que significaría la Nunciatura y dije que establecidas una vez las relaciones ordinarias con la Santa Sede, prevalecerían sus tendencias pacifistas. Me prometió que iba a transmitir la cuestión a Moscú, y me dio esperanzas para su logro, puesto que el Soviet quiere la paz con la Iglesia. La conferencia duró cerca de dos horas.

Como estaba seguro que el Cardenal daría pasos contra mí y el Kalot ante Su Santidad, me apuré a volver a Roma. No había pedido permiso de Ostjukin para este viaje a pesar de que éste me lo había ofrecido, pues iba a darme una escolta y esta me hubiere impedido que llevase conmigo al destacado escritor y redactor prelado, Dr. Zoltán Nyisztor a quien le había prometido. Este enérgico sacerdote fue preso por los rusos durante ocho meses en un cuarto de baño estrecho donde le sorprendió un invierno crudísimo con sus frios glaciales y cuando ya corría el peligro de congelarse, lo libertaron con la condición que debía hacer espionaje para ellos de las actividades del Primado. El Dr. Zoltán Nyisztor obedecía rigurosamente a las autoridades rusas, apareciendo ante ellos semanalmente con informes tan insignificantes que estos se dieron cuenta de que este espionaje era un simulacro y lo amenazaron. Ante el peligro de la amenaza el prelado juzgó conveniente esconderse en un claustro, donde permaneció en condiciones deplorables hasta el día en que lo rescaté llevándolo conmigo al exterior. Lo dejé en Viena donde tomé el avión para Roma, seguido por el Dr. Nyisztor quien por otros medios llegó pronto a ésta, donde fue recibido con gran apreciación y fue dispuesto de acuerdo a sus capacidades en la sección de prensa del Vaticano. Siguió apoyando nuestra causa de la que fue siempre uno de los pilares.

El vicario P. de Boynes me recibió la misma noche de mi llegada esperando mis informes. Le había relatado extensamente lo ocurrido con la promesa que pronto entregaré todo por escrito. El P. de Boynes estaba plenamente de parte del modus vivendi y decía: Ustedes deben sobrevivir y el único modo de esta sobrevivencia es entrar en conversaciones con los rusos. Del Primado lo único que dijo era: *Podrá ir cobrando los reproches de Su Santidad por haberlo recomendado para su nombramiento.*

El P. Asistente, aunque solidario plenamente con nosotros, expresó su temor por haber chocado con el Cardenal, aclarando que aquí en la Curia no gusta cuando los jesuítas están en conflicto con autoridades eclesiásticas.

Lo tranquilicé diciendo que la historia de la Orden está llena de estos conflictos que el tiempo siempre justificó en nuestro favor. Así será esta vez también.

"24 de junio: El P. Leiber también culpó al Primado y se extrañó que yo no le haya dicho abierta y concretamente que Su Santidad disiente con él, tal cual, me había expresado el Santo Padre en su oportunidad. Había contestado que temía cometer indiscreción al emplear las palabras de Su Santidad: "troppo imprudente" al considerarlas muy fuertes pensé que fueron dichas sólo para mí. Al día siguiente me encontré de nuevo con el P. Leiber quien habló con Su Santidad informándole de mi

llegada y le adelantó parte de mi relato. Me apuró para la confección de mi informe ya que Su Santidad lo esperaba impaciente, muy interesado en la causa húngara cuyo desarrollo favorable es causa común en la Iglesia".

"26 de julio: El calor intenso y el cansancio del viaje me debilitaron mi sufrido organismo y caí en cama, atrasando así el escrito de mi informe cuando nuevamente fue urgido por el Santo Padre. En cierto modo esto vino bien, porque mientras tanto tuve oportunidad de contarle al P. Leiber cada vez más detalles de los sucesos, quien a su vez refería a S. S. quien de momento a momento se interesaba más por mi informe completo."

"29 de julio: Hablé nuevamente con el P. Leiber. Le expuse que lo mejor sería si el Papa Pío XII escribiera un breve al Kalot con motivo de su próximo décimo aniversario, recalcando algunos aspectos que nos justificaría del mismo modo como lo hizo la vez anterior en la cuestión con los obispos. Al P. Leiber le gustó mucho la idea y me encargó que redactara el texto de dicho breve. Hoy hablé con el asistente P. Preseren él es sinceramente solidario con nuestra causa, convencido que de este enorme caos bolchevique al final vendrá a luz una potencia paneslava. Según él, no debemos perder de vista este factor, sino prepararnos aun que sea a precio de sacrificios. Al escuchar estas palabras me acordé del P. Borbély, quien perdió su objetividad frente a los rusos a tal punto que en una oportunidad me dijo, que el "Collegium ítussicum" de los jesuítas era una institución ingenua, que podría ser disuelto."

"30 de julio: Hoy terminé mi escrito cuya entrega fue urgida por S. S. ya por la cuarta vez. Después de entregarlo al P. Leiber, éste me mandó decir con el P. Mócsy que lo consideraba extraordinariamente interesante y como el más valioso de mis informes y que interesaban de sobremanera a Su Santidad. Según el P. Mócsy ningún informe mío dejó impresión tan onda en el P. Leiber como éste, quien le dijo que habría que dárselo al Cardenal Mindszenty esto cambiaría con seguridad su parecer; el P. Mócsy le dijo riendo que este informe en su esencia no era más que la famosa carta escrita al Primado quien en vez de mudar de parecer la tildó de "oprobio". Mientras, le relaté al P. Leiber los resultados de mi entrevista con Ostjukin quien a su vez los transmitió al Papa. Su Santidad me mandó decir que le enviara un informe escrito de esta entrevista."

"1 de agosto: Terminé el informe sobre Ostjukin, Su Santidad lo urge a través del P. Leiber quien transmitió el interés del Santo Padre sobre todas las palabras dichas en esta entrevista. N. B. Se ventilaron varias cosas más de lo arriba expuesto como ser: elogio de Ostjukin en forma irónica a los jesuítas por su política elástica: por ej.: en España apoyaban a Franco.

"Entregué también el texto del breve papal, pidiendo al P. Leiber que no lo entregue a Su Santidad antes de leer el informe sobre Ostjukin."

No recuerdo bien, cuándo llegó al Vaticano la carta del Cardenal Mindszenty escrito seguramente en reacción a mi larga exposición. El P. Leiber me dijo que Su Santidad le mencionó indignado que nunca en su vida había recibido una carta semejante.

Así se convenció el Santo Padre por sí mismo que el Cardenal era un hombre de muy difícil trato, porque sus reacciones son violentas. Más tarde, en la audiencia, Su Santidad me hizo reproches por haber recomendado a Minszenty en primer lugar

para su nombramiento. No contesté nada porque sabía que tenía razón, pero quien podía preveer tamaña obstinación.

He aquí el breve confeccionado por mí: "A nuestros queridos hijos, dirigentes del Movimiento Kalot, a los padres jesuítas Jeno Kerkai y Tóhotom Nagy. Papa Pío XII.

Nos habéis pedido nuestros queridos hijos, que a vosotros y a toda la Organización con motivo de su décimo aniversario, demos nuestra bendición. Gustosamente cumplimos con vuestro pedido porque viendo vuestras actividades, hemos observado, que nunca os habéis desviado de] camino no netamente católico, sino por caminos diferentes tratabais de servir siempre los intereses universales de la Iglesia y el bienestar de los humildes. Hoy más que nunca se hace indispensable que los dirigentes de la vida católica, vean con claridad tanto lo que es esencial, aferrándose a ello, como lo que es accidental, que puede ser objeto de tratos. Vosotros nuestros hijos queridos que disteis prueba de conservación de la eterna esencia, en pos del logro de la posibilidad de existencia en las cuestiones subordinadas a posibles cambios, habéis obrado con inteligencia. Os advertimos afligidos, que seguid como hasta ahora sin comprometer al catolicismo, que debe permanecer por encima de toda política parcial, ya que el progreso de la Iglesia no depende de una sola forma..."

Después seguían las admoniciones para la vida católica pura y honesta que ya no trata el objeto en cuestión.

"2 de agosto- Al día siguiente fui a la Gregoriana en busca del P. Leiber por la contestación. Me dijo que aunque mi informe convenció a Su Santidad quien condena la intransigencia rígida del Primado, teme otorgar un breve tan fuerte, debido a las reacciones violentas del Cardenal Mind-szenty, para no exponerse a una nueva carta aún más violenta de parte del Primado. ¿Cuanto tiempo puede esperar por este breve? inquirió el P. Leiber. Dos o tres días fue mi respuesta. Esta fue la primera y última vez que oí reir al P. Leiber con ganas. ¿Quiso decir, quizás dos o tres meses?, dijo: ¿pueden esperar hasta entonces? Expresé mis dudas. Contestó que, Su Santidad está dispuesto a escribir en el acto una carta más simple y más suave, y que debía reconocer que esta era algo fuerte. Su Santidad está dispuesto, más, es su deseo de darme la respuesta en una audiencia privada, verbalmente, de manera que pueda utilizarla. Pero lo escrito tiene que meditarlo mucho.

"No me sorprendió la respuesta, ya me la suponía que la otorgación de un breve tan importante en la Ciudad Eterna no se puede esperar en tres días. Aquí hacen madurar las cosas, toman informes de todos lados. Esto sólo así como está, ya significa pleno éxito y un resultado inesperado. No pude menos que acordarme de la respuesta del Primado, que "si fuera todavía párroco protestaría, pero ahora como Cardenal na tengo tiempo para ocuparme de nimiedades".

El asunto tuvo continuación según mis anotaciones de entonces.

"6 de agosto- A la noche durante la recreación, en tiempo insólito, me mandó buscar el P. Vicario General para verlo en su cuarto. Me recibió muy afable y me relató que ayer, o sea en día domingo, también en tiempo insólito fue llamado por el Papa, quien le inquirió si sabía de mi proyecto para un breve que le había entregado y le pidió su parecer, para su emisión. El P. de Boynes le confesó que yo solía mostrarle

todos mis escritos, pero éste lamentaba no haber visto. Su Santidad entonces le mostró dicho breve y decidieron en común que no convenía emitirlo.

"En verdad esta única carta no le había presentado al P. de Boynes por haberla confeccionado con prisa, aunque no es obligación presentar nada de lo que está destinado a Su Santidad, hubiera sido correcto hacerlo.

"Al querer disculparme ante el P. Vicario lo mucho que lamentaba haber causado a Su Santidad una mala impresión con mi pedido, el Padre explicaba las cosas de manera que tuve la impresión que fue el Santo Padre, quien se sentía molesto al no cumplir este pedido mío y precisamente por eso llamó al P. Vicario quien a su vez me llamó a mí expresamente con el propósito de suavizar un posible resentimiento mío. Expresó reiteradamente que Su Santidad no está resentido, por el contrario, habló de mí con reconocimiento y apreciación. Me siento feliz aquí en Roma, donde me distinguen hasta cuando me hacen saber una negativa."
Ahora tengo que retroceder unos días en mis anotaciones.

"2 de agosto Su Excelencia Montini secretario de estado, me llamó. Me hizo múltiples preguntas de la situación de Hungría y al final añadió: *"¿No hay un padre confesor al menos que le dijera al Primado a donde llegaría por este camino?* "Él también condenaba esta intransigencia rígida, supo de mi llegada del mismo Santo Padre. Esto me sorprendió."

"Su Excelencia Montini me comunicó un proyecto, según el cual Su Santidad quiere unir todas las ayudas pontificias húngaras y nos designa al P. Gallus y a mí para la confección de un proyecto unificado presentando las recomendaciones respectivas de las personas."

"4 de agosto: Fuimos con el P. Gallus a Su Excelencia Montini para conversar de la acción pro ayuda. Su Excelencia expuso breve y claramente su proyecto y después de conversar el resultado, lo redactó. El P. Mócsy será la cabeza de la acción pontificia húngara. Dentro de unos días debemos volver con el texto final para el parecer de Su Excelencia."

Concluyendo di por terminada mi actuación en Roma y el día 7 tomé el avión y me fui hasta Viena y de ahí seguí en auto a esa aldea donde me había evadido con el prelado Nyisztor, semanas atrás. El párroco me recibió con el mismo afecto de entonces.

"9 de agosto: El párroco Reuter me recibe contento, pero yo tampoco me he olvidado de mis promesas: a todos he traído algo: al él, un documento de lujo de la bendición del Papa, a su hermana un rosario bendecido por el mismo, a su anciano padre tabaco para su pipa, a los chicos bombones, a su cuñado sellos del Vaticano y a la casa finas conservas. A mis conocidos de Budapest, suelo llevar siempre algunas pequeñas cosas. A las Hermanas Misioneras de Bucarest, llevé chocolate en una oportunidad que había pedido expresamente a la Hermana Pascualina para ellas."

"10 de agosto: De nuevo en Budapest. Encuentro con el P. Kerkai. Nuestra situación empeoró. En relación con un asesinato cometido a las 12 del día por un supuesto joven del Kalot, contra un oficial ruso, el Kalot fue disuelto. El partido comunista embaucó al general ruso Sviridov a que firmara la orden de disolución. Al tercer día

dicho general recibió un serio reto de Moscú y al cuarto día el ministro del interior llamó con urgencia al P. Kerkai a quien rogó que nos fundáramos de nuevo.

"El P. Kerkai quizo someter la cuestión a la decisión del cuerpo episcopal, pero el ministro del interior, sin más, otorgó el permiso pidiendo, para guardar las apariencias, el cambio del nombre del Kalot por Kapsz. En la reunión de la conferencia episcopal que se efectuó en esos días, el Primado por su parte optó por no restablecer el Kalot, pero los obispos restantes pidieron unánimemente su reestablecimiento. Esto así, objetivamente, se convirtió en el más importante triunfo de la historia del Kalot, pero el Primado se apuró a eclipsarlo: al día siguiente, escribió un artículo, en el único periódico católico, reprobándonos y poniéndonos de ejemplo para que vean cómo terminan los que pactan con los rusos. Este proceder nos hizo caer en forma de avalancha los reproches de muchos que hasta entonces temían hacerlo abiertamente y de todos aquellos que junto al Primado esperan, de una semana a otra, la llegada de los tanques blancos de los americanos. Dentro de la Orden experimentamos una comprensión muda, nadie hacía mención porque no querían herir, únicamente preguntaban aquí y allá ¿a qué nos íbamos a dedicar ahora? ¿Cómo a qué?. Seguiremos. ¿Acaso nos conocen así, que un fracaso nos puede desviar de nuestro camino? Vino un padre a vernos, un partidario ferviente del Cardenal y nos dijo: supongo que ahora Uds. también se plegarán a la opinión pública católica, le contestamos con el P. Kerkai que nosotros solemos actuar de acuerdo a nuestros principios y no según la opinión pública. Muchos, entre ellos el P. Superior, nos tuvieron en consideración por nuestra firmeza. ¿Cómo no habíamos de tener firmeza sabiendo que debíamos prepararnos para una convivencia prolongada con nuestros enemigos y debíamos actuar para poder vivir y no estar esperando pacientes ese momento cercano, sobre el cual juraba media nación influenciada por el fanatismo que irradiaba del Primado, quien sigue esperando el avance americano junto a sus fieles partidarios, quienes a más de los tanques americanos esperan los brillantes puestos en recompensa alrededor de Otto II, quien llegaría detrás de los americanos...

"A menudo sentimos una profunda compasión por este rebaño engañado y nos reprochamos la culpa de haber sido nosotros quienes les dimos su pastor."

Estas palabras amargas fueron anotadas en mi diario de entonces. Hoy, después que los sucesos de los años nos justificaron plenamente, siento dolor por todos esos húngaros encarcelados, víctimas de una política ciega, cuyo sufrimiento se podía haber evitado con un poco de visión y otro poco de inteligencia.

El Primado mandó al Rector Géfin, del seminario, para conversar con nosotros, diciendo expresamente que S. S. o condena al Cardenal abierta y firmemente o se abstenga de las cuestiones húngaras.

Nos costó creer que personas que desempeñan ciertas posiciones puedan pensar de manera tan simple y rústica. Es de lamentar que un Cardenal Primado tenga una noción tan pobre del estilo del Vaticano, de los grandes valores de expresiones finas, de simples alusiones que fueron tomadas en la diplomacia durante siglos, como órdenes.

Es obvio ya, que Mindszenty sabe que el Vaticano disiente con su política, pero él no quiere doblegarse, en primer término, porque está convencido de su razón, y segundo porque su inflexibilidad no le permite aceptar un pensamiento que no sea el

suyo. Géfin nos pidió que no le dijéramos a nadie que el Vaticano no respaldaba al Primado. Al día siguiente el P. Superior fue llamado por el Cardenal. Éste le habló en la misma manera, diciendo que sabía que el Vaticano disentía con su política, pero según él el gran cambio, la liberación del país estaba tan cerca que nosotros no debemos dignarnos en hablar siquiera con el enemigo odiado.

Entonces nosotros, con el P. Kerkai, Con energías reforzadas, emprendimos la reorganización del nuevo Kalot. Trabajábamos ya de tiempo atrás en la retaguardia, porque para presidente del mismo elegimos a un destacado joven del Kalot; Francisco Babóthy y de director general, al fiel Alejandro Meggyesi. El dinero para su manejo estaba ya en nuestras manos.

Para solidificar los cimientos del nuevo Kalot fui a ver a Ostjukin en la embajada rusa. Le reproché enérgicamente por que el Partido Comunista asestó un golpe casi fatal en las relaciones de acercamiento en desarrollo, con la disolución del Kalot. Reconoció todo y expresó que Moscú mismo reparó el daño causado y Sviridov recibió un grave reto. Aproveché mi situación ventajosa y le dije que Su Santidad me encargó la redacción de un breve, que hubiera sido un reconocimiento de nuestra política del modus vivendi, pero después de la disolución del Kalot se tambaleó la confianza de Roma en los rusos y ahora depende del Soviet que adelanten la inteligencia entre las dos potencias con un hecho positivo, le hice ver el triunfo diplomático que perdieron por el engañado Sviridov.

Ostjukin naturalmente no se dejó vencer y me contradijo que la disolución del Kalot obedeció al asesinato del oficial ruso cuyo autor fue un joven del Kalot. El Kalot recluta nada más que campesinos, le dije, y dicho joven fue tecnó-logo. Pero en 1943 fue miembro del Kalot, replicó Ostjukin; en 1946, en cambio, era estudiante de tecnología y hubiera sido más lógico disolver la tecnología y no el Kalot, más, disuelvan toda la Iglesia, porque ya antes de 1943 era católico; además deben disolver el Partido Social Demócrata también, porque el joven llevaba encima un carnet del partido.

En el Kalot, argumentó Ostjukin se esconden muchos reaccionarios. Puede ser, le repliqué, pero esto siempre es mejor que el Partido Comunista donde, según propia confesión, se albergan masas enteras que habían sido nazis, pero el partido los justifica porque supone que han cambiado de idea. Finalizando, Ostjukin argumentó contra nosotros diciendo que ellos creen en la tendencia sincera de la dirección del Kalot, pero nosotros no podemos controlar a los dirigentes provinciales para que no hablen y no subleven contra los rusos. Ya podremos controlarlos, les respondí, cuando ustedes controlen sus soldados para que no asalten, todavía hoy, a diario a la gente indefensa.

Entonces me inquirió Ostjukin: ¿Cuáles serían mis pedidos concretos para llevar a Roma como resultados positivos? El reestablecimiento de la nunciatura, contesté. Es imposible, dijo él, porque una vez hecho esto, el Cardenal Mindszenty lo vindicaría para sí como un triunfo suyo y daría motivo para que todos creyesen: he aquí cómo se doblegaron los rusos ante la intransigencia del Primado.

Tal vez se podrá encontrar una fórmula para su ejecución, de modo que esto excluya triunfos para el Cardenal. A quien recomendaría para nuncio, preguntó. A Mons. Vero-lino, a quien conozco como talentoso y eminente diplomático. Después de pensar un poco me dijo Ostjukin, que si encontrábamos una fórmula, que evitaría

que el restablecimiento de la nunciatura fuera para el éxito del Primado, él me prometía concretamente que iba dar curso al asunto para su realización segura, que originaría un permiso definitivo de Moscú.

Nos vimos tres veces más con Ostjukin y discutíamos cada vez hasta altas horas de la noche. Describo aquí una de sus exposiciones que causó una impresión peculiar de boca de un miembro del Soviet. Lamenté mucho que ya no pude informar de to do esto a Su Santidad, tampoco de lo respectivo a la nunciatura, porque no me dieron más oportunidad, a pesar de que Su Santidad me otorgó una autorización escrita para una inteligencia con los rusos y para presentarle los resultados positivos de la misma. Lo hago ahora cuando 17 años pasados justificaron en gran parte los pensamientos de Ostjukin, y la Iglesia conducida por principios similares sigue el camino empezado en aquel entonces.

"18 de octubre:

"Al pedirle que haga observaciones sobre lo expuesto por mí, Ostjukin comenzó diciendo: Ellos saben que tienen que llegar a una inteligencia con la Iglesia y lo harán, pero actualmente existe una tirantez debido al comportamiento provocativo del Primado Mindszenty que hace difícil tratar en serio. Está convencido que se requerirán unos años hasta que se llegue a un acuerdo sincero. Ellos también cuentan con el concordatum y están convencidos que no habrá obstáculos por principios, porque si la Iglesia pudo mantener modus vivendi, más aún, entró en colaboración con el liberal-capitalismo, a pesar de que la idiosincracia religiosa de éste tampoco está más cerca a la Iglesia, que el comunismo. El comunismo llegó al poder por medios crueles, aunque no más crueles que los de la tan mentada y excelsa revolución francesa y este nacimiento sangriento de la nueva forma, todavía sigue. Tienen conocimiento de no estar aptos todavía para sentarse frente a la Iglesia porque la aniquilación de los hombres del pasado todavía sigue y ellos mismos saben que es una carnicería. Pero esto con el tiempo se va a aplacar y quedarán las conquistas y el hombre nuevo apto ya para acordar con la Iglesia. Me acordé de las palabras del P. Leiber: *«estas grandes corrientes de ideas de hoy se asemejan en algo a las grandes invasiones de bárbaros; pero posiblemente se tranquilizarán más pronto y los pueblos tam bien se convertirán antes».* Así que de parte del Soviet vendrá el acercamiento. Ellos temen que el obstáculo lo pondrá la Iglesia porque los fieles del liberal-capitalismo se cobijan en el seno de la Iglesia empleándola de escudo al mismo tiempo, que son ellos los hijos menos fieles de esa misma Iglesia. Cuan distinta sería la situación de la Iglesia si estuviera a la cabeza de las reformas sociales y no estuviera comprometida, al menos individualmente, en sus dirigentes hacia la capa de los privilegiados. En terreno de la fe y sobre el materialismo podrían llegar más o menos a un acuerdo, pero en los principios de la revolución social no. Este último, decía Ostjukin, es la gran novedad que nosotros aportamos al mundo y esta novedad es el último paso positivo en la evolución de la historia del hombre y la Iglesia, junto con otros, tendrá que apurarse para seguirnos. Entonces llegaremos a una paz duradera por caminos naturales y sin previas conversaciones. Pero es bueno apurar las cosas con conversaciones para llegar cuanto antes a alguna inteligencia, por eso está usted aquí."

Todas estas ideas expuestas me han fortificado en mi convicción de que el comunismo perderá su esencia de tal, convirtiéndose en medio para las aspiraciones por una potencia paneslava; y llegará el tiempo en que ya no podremos diferenciar uno del otro.

Estaba haciendo mi maleta de nuevo, cuando supe de las últimas instrucciones políticas del Primado: trató de llegar a un acuerdo hasta con tres partidos para que representen a la Iglesia oficialmente; entre ellos, uno rebajó más el crédito de la Iglesia que el otro. Finalmente él mismo formó uno a pesar de que hasta ahora ningún Primado lo hizo, porque todos trataban de mantenerse por encima de los partidos.

Una tarde vino a mi pieza el mismo Ostjukin y me trajo el permiso para viajar. Lo invité a sentar y nos pusimos a conversar sobre la declaración del Primado en que exige la liberación de los internados. Vea, dijo mi huésped, es un caso típico: tres días antes de la declaración del Primado, Rákosi había prometido en la asamblea de Miskolc que van a libertar a los internados; pudo haber pensado el Cardenal que si ahora él también lo pedía no podíamos libertar a esos hombres, porque una vez liberados peregrinarían de a diez mil a Esztergom a agradecer al Primado su libertad.

Así no serán liberados y agradézcancelo a su Cardenal.

* * *

Entre tantos males y dificultades que nos rodeaban, un día el P. Kerkai me dio un consejo insólito: citaré mi diario palabra por palabra.

"8 de octubre:

"Hoy el P. Kerkai me aconsejó que sería bueno si iría a visitar a mis familiares en Putnok, decía, para sacar fuerzas de sus ejemplos. Tenía razón porque todas son personas íntegras.

"Mi hermana no quiso abandonar su hogar, donde vivía sola, sin emparo, con su hijito de cuatro años y uno por nacer, cuando los nazis evacuaban la ciudad de Csongrád en su retirada. Los gendarmes, para cerciorarse de que no quedó nadie más, recorrieron la ciudad por última vez, en un camión, cuando descubrieron a mi hermana en la ventana; la obligaron contra su voluntad a subir, en su estado avanzado junto al niño de cuatro años, al acoplado del camión. A causa de las peripecias del camino dio a luz a una niña antes de tiempo.

En las mismas semanas su esposo, el barón Luis Bihary de Felhéviz, teniente de artillería de reserva, había llegado cerca de Praga en la retirada ante los rusos con su unidad de cuatro cañones, 280 soldados y equipo completo. Los alemanes querían apoderarse de todo su equipo militar, del mismo modo como lo hacían en esos días con la mayoría de las unidades militares húngaras, pero él no quiso entregar nada, por el contrario, después de estar cercado durante dos días, salió quebrando el anillo alemán y tomó camino hacia Hungría. Pasó por el frente quebrado sin darse cuenta en mucho3 casos, defendiéndose con sus armas contra los guerrilleros eslovacos, que intentaban desarmarlos. En estas guerrillas perdió cerca de cien de sus soldados. Así llegó a Komárom —Hungría—, donde la gendarmería de la frontera quería desarmarlo, pero mi cuñado se resistió diciendo: «Hasta ahora no me he dejado desarmar y no pienso dejarme ahora tampoco. Entregaré mi unidad al Comando respectivo y si fuera necesario, echaré mano a mis armas para poder entrar en territorio húngaro». Ante tanta entereza, lo dejaron pasar

y Bihary, junto a sus ciento ochenta soldados que le quedaron y sus cañones, entraron sobre carros a Papa. Tuvieron que esperar en los límites de la ciudad, hasta que en la plaza principal de ésta levantaron un arco de triunfo en sus honores.

Así volvió Luis Bihary, mi cuñado, desde Praga, cumpliendo siempre con su deber, al mismo tiempo que otros huyeron hacia Occidente.

Ahora, mientras los visitaba, he visto con mis propios ojos algunas cosas muy amargas y otras muy alentadoras. El caso siguiente fue el que me impresionó más.

Apareció entre nosotros, durante mi estadía en ésa. el tío de mi cuñado, Árpád Dapsy, terrateniente; vino cansado, mal vestido y arrugado, sin embargo, contento. Se sentó entre nosotros, mientras yo observaba sus manos callosas, su rostro cansado y como contraste, sus ojos brillantes y sonrientes. Poseía alrededor de tres mil hectáreas y tres criaderos de cerdos tan grandes que años atrás, cuando murieron 300 cabezas por una plaga, pudieron ocultar el daño ante su madre, quien se ocupaba con mucho esmero por la estancia. Hoy le quitaron todos sus bienes y él se empleó de peón en uno de los hacendados vecinos, porque según la norma comunista quien poseía más de mil hectáreas le sacaban todo, en cambio a los que tenían menos de mil les dejaban algo.

Sí, se empleó de peón y pasaba el día arando y rastrillando con dos pares de bueyes y en otras faenas duras del campo. Ahora, al venir a través de los bosques a pie, porque dinero para el tren no tenía, juntó un bolsillo lleno de semillas de manzana que piensa plantar, decía contento, y el año que viene los injertará con los brotes finos de los manzanos nobles del frutal de mi cuñado. Otra ayuda no pedía ni aceptaba. Está lleno de confianza y proyectos: Ahora quiere convertirse en medianero en el arriendo de diez hectáreas. Ya se van a duplicar, dice sonriente y de aquí veinte años tendré cincuenta hectáreas propias. Era emocionante y mucho más que eso, edificante, ver tanta confianza en un hombre que acaba de perder todo el bienestar de su vida. Ahora se va de caza de jabalí con un amigo, porque la carne ahumada de éste constituirá el alimento de la familia durante el invierno.

No hice más que observar a este hombre varonil, a quien el infortunio de su vida no pudo abatir, por el contrario lo ha endurecido. Hombres así son los pilares del porvenir de la nación. Al despedirse de nosotros, se alejaba atajando camino detrás de los jardines y desapareció en las curvas del mismo, mientras yo lo seguía larga y profundamente callado con mi mirada. Su figura creció en un símbolo dentro de mi alma y desde entonces, cada vez que me topo con personas que no hacen más que quejarse y llorar por el pasado, aparece ante mí la imagen del mal vestido barón juntando semillas de manzana para comenzar así, desde el principio, una nueva vida.

Otro caso digno de mención, era el Conde Serényi, a quien vi personalmente cómo traía, de la localidad vecina, sus dos cerdos en un carro, para venderlos en la feria. Pasó de largo bajo nuestras ventanas saludando con un gesto amplio a mi cuñado. La Condesa, mientras tanto, estaba ordeñando las vacas para vender la leche. Como sus tierras no alcanzaban las 1.000 hectáreas, les dejaron unas 10, las cuales convirtieron en una granja. Lo instructivo del caso para mí era la manera de cómo aceptaba esta gente su situación adversa y cómo desempeñaban sus tareas duras con manos delicadas de otrora, con alegría y esperanzados en el futuro.

Conversamos todo con el P. Kerkai de "cabo a rabo", luego nos despedimos. Ni remotamente pensé que sería nuestro último encuentro. No había estimado a nadie en la tierra tanto como a él. Era todo actividad, consecuente, resistente, de voluntad decidida y hombre arrojado con una lógica sin igual. Vivía de su fe y sacaba de ahí como de una fuente desde las pequeñas decisiones hasta las más importantes y la fuerza para su realización.

Aunque sea difícil de creer, Dios es mi testigo de que nunca habíamos tenido un roce siquiera, en la armonía de la colaboración mutua de una década. Ni el remoto pensa-mieto de celos pudieron empañar ese compañerismo sincero. Éramos dos caracteres opuestos que se complementaban y en las metas finales éramos todo uno. Luchábamos por la misma causa y el mismo ideal. Éramos felices por los éxitos mutuos. Esto dio motivo de comentario en toda la provincia.

Este fue el primer caso en que, desde el final de la guerra, podía viajar normal y cómodamente desde Budapest hasta Roma. Pero la ironía del destino dispuso que ayudara a evadirse a los padres que iban a la *"Congregatio Genera-lis",* hasta Viena; luego volví de la misma manera por las fronteras, entonces ya muy vigiladas, para que de nuevo en Budapest, ante la presencia de Ostjukin, emprenda mi viaje, esta vez oficialmente.

Cuando llegué a Roma, las elecciones ya habían terminado: el nuevo Prepósito General era el P. Juan B. Janssens y el P. de Boynes, hasta ahora Vicario General, su Admonitor. Entonces, gran parte de los padres reunidos del mundo entero, estaban todavía en Roma. Encontré entre ellos a los húngaros: El P. Csávossy ya estaba en camino a la frontera pero el P. Borbély y el P. Varga seguían todavía en la Ciudad Eterna.

Los sucesos que se encadenaron con mi llegada permitirán una visión profunda dentro de los entretelones de la vida jesuíta. Era una carrera entre la sabiduría de la Orden y la pasión humana. Éramos partícipes de un combate decisivo: el Primado Mindszenty no estaba presente, en cambio, el P. Borbély, mi Provincial, lo representaba, e hizo lo máximo para sacarme de en medio. Juzgué correcto que la presentación de este último capítulo la haga sin el menor comentario, tal cual sucedió. Mi diario lo proyectará en su absoluta fidelidad.

III. LUCHAS INTERNAS

"5 de noviembre de 1946:

"Ni bien llegué a Roma, mi primera visita fue al P. Mócsy, quien estaba acompañado por el P. Varga. Encontré un clima de tensión nerviosa. Ya me estaban esperando; según ellos, el P. Provincial vino decidido a Roma para aniquilarnos a todos quienes estamos de parte del modus vivendi. Yo había encargado al P. Varga que me le dé una carta mía al P. Mócsy en cuanto llegue; en ella le pedí al P. Mócsy que no entregara mi diario y apuntes del que era depositario, al P. Provincia], hasta que yo llegue. El P. Varga hizo entrega de la misma a posteriori. El P. Provincial, olvidándose de que no tenía derecho alguno de revisar mis informes escritos a Su Santidad, los pidió al P. Mócsy y valiéndose de los mismos le dijo al P. Asistente y al P. Leiber que yo había informado unilateralmente y con exageración; a lo que el P. Leiber se asustó porque se sintió responsable por mí ante S. S., habiendo sido él quien me presentó en su oportunidad y siguió protegiéndome hasta el final. Recobró

su tranquilidad cuando el P. Borbély le presentó su informe, con la descripción del comportamiento de los rusos y el P. Leiber extrañado, le dijo al P. Mócsy: no entiendo al P. Borbély; escribió esencialmente lo mismo que el P. Nagy. ¿Cómo y con qué conciencia pudo el P. Borbély, después de todo eso, propalar a todos que yo era un observador equivocado, ingenuo y unilateral, cuando fue él quien, durante la revolución española, juró por la caída de Franco y cuando su entusiasmo por el Premier Bidault fue más fervoroso que el de los mismos franceses, aprobando su política rusófila que dictó el miedo por los alemanes; vaticinó la caída definitiva de De Gaulle y cuando volví de mi primer viaje de Roma diciendo que Inglaterra perderá sus colonias, no perdió oportunidad para burlarse de mí. Testimonio de lo poco conocedor del género humano que era, es su predilección, por G. J., su favorito, cuya dimisión de la Orden de la mañana a la tarde fue un escándalo. El colmo de su desorientación política era que, cuando Budapest estaba medio cercada por los rusos, el P. Borbély todavía seguía convencido de la victoria final de los alemanes. Y hoy, aquí en Roma, jura por una inminente tercera guerra mundial".

"La actuación del P. Ladislao Varga en esta lucha aquí es harto triste: salió convencido de nuestra razón y una vez aquí dice a todos que hay que eliminarnos. En la oportunidad de nuestro primer encuentro expresaba con insistencia que él no entendía nada de nada, que todavía no se ha orientado, no conoce todavía el clima de Roma y no hizo más que mirar las iglesias. Le dije con conmisceración que aquí en Roma nadie espera de él que se orientara, sino que él orientara a otros. El P. Varga oscila entre las dos partes.

"Voy a alojarme en la Curia donde me reciben con el cariño de siempre."

"6 de noviembre—

"Me presento al P. Provincial, con quien hablamos media hora de cosas sin importancia, por lo visto estaba juntando coraje para algo mayor.

"Al fin salió diciendo que el Primado me denunció al Papa acusándome de que en una carta a él sostuve que S. S. no apoyaba su política sino aprueba la táctica del modus vivendi y esta afirmación se está propagando por el país.

Después de esto yo no podía permanecer más en él porque la Compañía no puede oponerse al Primado. El P. Borbély arregló ya todo esto con el P. General y ahora no tiene más que comunicarme la decisión final: no puedo volver más a mi trabajo, debo elegir entre Nagykapornok y Argentina.

"Mi primera pregunta fue: es ésta la decisión del P. General o la suya, porque me conformo con la decisión del P. General, pero no con la de cualquier otro; no deseo ser condenado aquí en Roma por el P. Borbély, primero porque lo considero parcial, segundo porque aquí está también el foro máximo. Me respondió que ésta era la decisión del P. General a tal punto que no necesito ni hablar con él. Esto lo acentuó reiteradas veces.

"Al oír esta sentencia, en un segundo comprendí que no había apelación, y que no había escapatoria: esta es mi caída.

"Deseaba siempre ser jesuíta de veras por eso contesté que me alegraba mucho poder ejercer la obediencia jesuíta en su totalidad y ahora sin una única objeción

haré lo que me manden. A la elección de los dos destinos le contesté que no elegía. Con este desplazamiento liquidaré todo en mi vida: mi pasado y mi futuro, esa actividad que llenaba mi vida con la cual me despertaba y me acostaba. Servía esta causa con todo mi ser, y no voy a empañar este gran cambio de mi vida con mi elección. Que me envíe el P. Provincial donde quiera y yo obedeceré.

"El P. Borbély en cambio no decidió. Quería a toda costa que yo eligiera. Entonces le dije que no me humillara hasta en estas horas anteponiendo Nagykapornok a la Argentina, cuando aquél es un lugar de deportación de la provincia húngara, donde reúnen a los inútiles, sino diga nomás dónde debo ir. Para mí, pensaba: qué táctica barata, me ofrece Nagykapornok para que yo elija la Argentina, cuando fue él mismo quien dijo al P. General que no podía volver a Hungría. Qué juego indigno de un Provincial.

"Entonces explicaba con profusión las ventajas de la Argentina. Él intentó pedir dinero a los padres norteamericanos, pero se dio cuenta que ellos tampoco tenían. En cambio, en Sud América había dinero a montones. El Provincial argentino le contestó que gustoso daría dinero a la provincia húngara, pero ésta también debía mandarle sacerdotes porque hay carestía de ellos.

"A esto le contesté: así que a José lo vendieron sus hermanos. Se rió y confesó que recibe por mí una buena suma. Después podré juntar yo también, decía, y podré mandar paquetes porque allá hay grandes posibilidades para ello.

"Después de esto todavía, seguía manteniendo mi decisión de no elegir; quiero solucionar este problema en base a la obediencia exclusiva. Que decida él. En vez de decidir, alegaba cada vez más argumentos a favor de Argentina. En esta argumentación me supo muy mal que traslucía que me tomaba por un aventurero quien se deja embaucar por ofrecimientos de posibilidades de viajar. No le contesté, porque no me interesaba cambiar su opinión de mi persona. La psicología siempre fue su lado flaco.

"Después de un tira y afloja le dije: el espíritu de la obediencia exige que el deseo del superior sea orden para nosotros; como veo que su deseo es Argentina, sea, pero exclusivamente por esta causa. Se enteró contento de mi decisión y yo ya estaba archivado. Al rato, como liberado, comenzó a hablar de las bellezas de Roma que vio por primera vez, de las hermosas iglesias y de los museos.

"Al salir de su cuarto tuve la impresión de haber perdido la batalla. Muchas veces había presentido algo así, dado lo delicado de mi situación. Un *"uomo finito",* pensaba; la acusación es obvia: un jesuíta no puede oponerse a un Primado, esto no da lugar a apelaciones. No quiero chocar con mi propia Orden que significa todo para mí en esta vida. Concebí en segundos todo el peso de lo que voy a ente rrar ahora. Los diez años de Kalot, con todos sus esfuerzos, sus magníficos resultados, las luchas sobrehumanas de loa dos últimos años, mi empresa arriesgada con los rusos, maniobras diplomáticas, su continuación, sus resultados, sus ventajas, mi patria... todo enterrado. Y viene en cambio un país nuevo, nuevas actividades, nuevo idioma, nuevos superiores y ¿quién sabe que más?

"No importa nada, porque sigo siendo un jesuíta de veras y esto es lo más importante de todo.

"Entré en el cuarto del P. Varga y le dije: míreme bien porque no me va a ver por mucho tiempo, voy a la Argentina. Se sorprendió más que yo ante el P. Provincial. Objetó mi rápida decisión, debía haber pedido tiempo para pensar. ¿Para qué? Fue decisión del P. General, ¿para qué pensar?, al menos salvo para mí la belleza de la obediencia. Y ésta la ambiciono. Ya me tranquilicé pero una cosa empaña mi tranquilidad: había muchas cosas en este asunto, hasta lucro también, porque al P. Borbély le dieron dinero por mí, lo único que faltó era caridad; se hubiera podido hacer esta operación de otro modo, pero al P. Provincial por lo visto no se le ocurrió.

"El P. Varga trató de consolarme pero le pedí que me estimara lo suficiente para no hacerlo, no hacía falta. Lo ocurrido conmigo es destino común de los guerreros. Si hubiera enseñado matemáticas en algún colegio, ahora no me pasaría nada. Al elegir esta actividad acepté también sus riesgos.

"El P. Varga me sugirió que escribiera unas líneas a Ostjukin para que él tomara mi misión con él.

"He aquí la vida con sus seres humanos, mi cadáver aún está caliente y ya están repartiendo las herencias. ¿Cómo, el P. Varga con Ostjukin ya no sería modus vivendi?

"A la tarde volví al P. Provincial por mi propia seguridad y le pregunté de nuevo: si todo éste, mi asunto, fue de cidido por el P. General, porque no quisiera dejarme condenar por otro. Me tranquilizó diciendo que el nuevo Padre General sabe de mi asunto y lo decidió él mismo. Le agradecí y resolví que no voy a pedir audiencia del P. General, sino trataré de ausentarme cuanto antes.

"Pensé ir a ver al P. Mócsy, mi fiel amigo, e informarle de los sucesos. Estaba muy indignado, sobre todo por las maneras. Lo tranquilicé diciendo que nosotros somos como los gladiadores a quienes no prodigan piedad, por lo mismo, yo tampoco la anhelaba. Sin embargo, de un momento a otro, a consecuencia de las reacciones contenidas por los sucesos repentinos, prorrumpió una amargura insólita de mí. El P. Varga, también presente, trataba de explicar a pos-teriori que él siempre me había advertido que fuera más cauteloso y que él hubiera procedido de otro modo y de haber sido mi superior no me dejaba salir de Budapest antes de revisar los informes al Santo Padre, etc. Sus palabras me dejaron perplejo y le dije que era una lástima que su previsión surgía siempre posteriormente. Una sola vez fue mi superior, mientras el P. Borbély estaba ausente. Esa sola vez pudo haber actuado con "inteligencia" y previsión con motivo de la entrega, a fin de censura, de la carta incriminada al Primado; y él se ausentó para no asumir la responsabilidad de la censura a pesar de conocer todo el texto. A lo que respecta a mis informes, desde ya le digo que si por alguna causa inesperada volviera a desempeñar actividades en este terreno, de ser mi superior no le dejaría revisar nada, puesto que para escribir al Papa estoy excento de toda censura. El P. de Boynes, cuando era todavía Vicario General, al presentarle mis informes destinados a S. S. por vez primera, me dijo que él no tenía derecho de leerlos, únicamente si yo lo estimaba con mi confidencia y lo autorizaba para su lectura.

"A la noche, al quedarme acompañado por mi soledad, volví a sumar y restar todo de nuevo y reconocí que no guardaba rencor en mi corazón y tampoco perdí mi deseo de trabajar."

"7 de noviembre-

"El P. Mócsy habló con el P. de Boynes, quien a su vez habló con el P. General —él fue su Admonitor— y ambos juzgaron que el P. Borbély había precipitado las intruccio-nes y el P. de Boynes le hizo conocer el movimiento Kalot al P. General, quien quedó sorprendido ya que ignoraba todo pese a su conversación con el P. Borbély. El P. Admonitor le dijo que yo seguía aún en Roma y sería bueno que el P. General me recibiera no sólo por el Kalot, sino con motivo del modus vivendi.

"Mientras tuvo lugar este coloquio en la habitación del P. General, el P. Borbély fue a ver al P. Travi, provincial argentino, quien hace poco fue nombrado Asistente de Latinoamérica y le dijo: he aquí un padre que cometió una imprudencia y no puede volver a su patria. Gustoso se lo pasaría a la provincia argentina. La imprudencia la cometió contra el Primado. Según me contó el mismo P. Borbély, el P. Travi le preguntó si el Primado no cometió también alguna impi-udencia, a lo que éste le contestó que sí; aquél también fue imprudente. Entonces no importa, fue la res-puesta y con ella fui incorporado a la provincia argentina. Acto seguido vino a verme para informarme que esta tarde a las 15.30 horas me esperaba mi nuevo provincial.

"El P. Travi fue muy afable conmigo. Pronto me enteré que no sabía nada en absoluto de mí, excepto que había sido imprudente. No sabía si era profesor, confesor, orador o qué, y tampoco cuál será mi designación futura. Al parecer, el P. Borbély no me traspasó, porque en estos casos se hace un informe concreto de orientación sobre la persona en cuestión; él, en cambio, simplemente me arrojó. Me pre guntó qué trabajo quisiera hacer; le contesté: cualauiera -Entonces me enumeró las posibilidades: en el Uruguay hacía falta un Espiritual para el Seminario; pero podía ir al Paraguay, donde había dos o tres padres para enormes extensiones de tierras que visitan a caballo las colonias distantes ; en la Argentina había un padre anciano que se ocupaba con obreros y éste necesitaba ayuda. Tiene 4.000 obreros organizados que los domingos van a misa, habría que ocuparse con éstos. Me sonreí para mis adentros pensando en los cerca de 2.000.000 que habíamos organizado con el P. Kerkai. Pedí al P. Travi que dispusiera de mí según su criterio. Al no querer elegir, pese a su interrogatorio prolongado, decidió destinarme de Espiritual a Montevideo-

"En eso sacó fotografías para mostrarme cuan lindos eran los Colegios de su provincia, a lo que contesté que no hacía falta propaganda alguna porque iba lo mismo. Respecto a mi viaje juzgó mejor si en dos días tomaba el avión a Madrid donde permanecería en un colegio para aprender el español hasta mediados de diciembre, cuando podía ir junto a los demás padres sudamericanos que volvían de la elección.

"Mi nuevo provincial P. Travi me invitó a dar un paseo mientras me decía palabras en español para ver mi pronunciación. Estaba contento. Luego me preguntó por mi pasado. Le narré el Kalot, el motivo de mis luchas con el Primado, le mostré mi poder para tratar con los rusos. Parecía asustado al mirarme. Nos volvimos a casa donde me pidió que le llevara mi último informe y el álbum del Kalot.

"En la misma noche, tarde, vino a mi cuarto y me dijo en un tono diferente, que este asunto era más delicado de lo que se imaginaba. Mi último informe que ya no entregué a S. S. lo halló extraordinariamente interesante y podrá romperse la cabeza el P. General dijo, para encontrar solución. Sobre el Kalot no tenía más que

elogios, dijo que era "uno laboro inmenso" y no podía menos que felicitarme. Luego añadió que procedía contra sus intereses al prometerme que hablará con el P. General, que a mí no se me podía sacar de estas actividades, que apreciaba de muy importantes sobre todo en estos tiempos. Se extrañaba notablemente que el P. Borbély, al pasarme a su provincia, no hubiera dicho de mí únicamente que había sido imprudente.

"Sinceramente, me impresionaron mucho las palabras del P. Travi.

"Ni bien me recobré de la visita del P. Travi, me llamó por teléfono el P. de Boynes para que fuera a verlo enseguida. Me recibió con simpatía y cariño excepcional y preguntó qué me pasaba, porque había oído ciertas cosas. Le había relatado todo; la acusación, el castigo, mi nueva disposición al Uruguay. Estaba indignado, parecía sulfurarse. Disintió conmigo en mi negativa en cuanto a intentos de justificación. Según él, el P. General estaba informado uni-lateralmente y como está ejerciendo su cargo recién hace unas semanas, carecía de conocimiento de causa; debo pedirle audiencia. El mismo hablará con él. Sacó de su cajón mis informes anteriores, previamente preparados y me los dio para que los entregara al P. General. Le agradecí y confuso en mis sentimientos bajé a mi cuarto pensando en las sorpresas que deparará todavía ese día. Pero la noche ya era entrada."

"8 de noviembre:

"A las diez de la mañana fui a ver al P. De Aldama, secretario del P. General, para relatarle los sucesos y decirle que venía por instancias exclusivas del P. de Boynes a solicitar audiencia del P. General. Él también se indignó por las instrucciones precipitadas y carentes de candad. Me prometió anotarme.

"Esto fue a las diez de la mañana. Pensé: tendré que esperar días para poder llegar hasta el P. General ya que en estas semanas es más fácil llegar al Papa que a él. Se encuentran muchos provinciales acá que esperan desde tres semanas para una audiencia. Me fui después a la Gregoriana a ver al P. Mócsy. Volví a mediodía y encontré estupefacto un aviso en mi puerta que decía que el P. General me esperaba a las 11,30. Había llegado tarde; corrí al P. Secretario diciendo que no esperaba ser recibido tan de prisa y le pedí otro turno. Me Comunicó el P. De Aldama que el P. General se extrañó de sobremanera de mi nueva disposición y dijo: ¡Miramur! ésta es la famosa palabra que encabeza las cartas de censura.

"Después de comer, en momento de entregar mi pasaporte al P. Substituto a fin de visarlo, nos vio el P. De Al-dama y me llamó aparte para decirme que suspenda la visación. Pero no lo hice pensando que esto le correspondía al P. Borbé ly."

"9 de noviembre:

"No fue en esta audiencia que conocí al P. General. El P. de Boynes me lo había presentado en la recreación de la primera noche de mi llegada. Sentados frente a frente tenía que relatarle, durante todo el tiempo, mis evasión e y la situación de Hungría.

"Su persona, entonces, me impresionó profundamente; irradiaba serenidad, firmeza y bondad. Se reía con alegría de algunas frases de mis relatos, parecía interesarse por todo.

"Antes de la audiencia de hoy me encontré en el pasillo con el P. de Boynes. Se alegraba de mi pronta audiencia y me acompañó hasta la puerta, tocó el timbre y me explicó con cariño las formas. Parecía afligirse por mí. Me dijo al oído que había hablado con Su Paternidad.

"El P. General me invitó a sentar sonriendo e inquirió por el idioma que deseaba hablar. Elegí el italiano. Después empezamos a mirarnos uno al otro sin decir palabra. Fui yo quien rompí el silencio prolongado que ya comenzaba a tornarse embarazoso, diciendo que el P. de Boynes me instó a pedir esta audiencia contra mi deseo de no querer molestar a Su Paternidad, sabiéndolo tan ocupado en estos días. A mi parecer, mi asunto está claro y concluido: mi Provincial decidió, en nombre de Su Paternidad, enviarme al Uruguay; así no me resta más que decirle directamente que seguiré siendo fiel y obediente hijo de la Compañía al obedecer sin objeciones; contento de poder expresar éste, mi sentimiento, directamente a Su Paternidad, pido su bendición paternal para este cambio importante de mi vida.

"La respuesta del P. General me hizo contener el aliento: "No entiendo, querido Padre, de qué está hablando Ud., yo no tengo noción de ninguna disposición a la Argentina y no he conversado en absoluto de Ud. con el P. Borbély. Hablamos en general de la táctica a seguir frente a los rusos, a lo que yo añadí que ésta requería una mayor prudencia. Pero que Ud. hubiera errado y que por esto hubiera recibido nueva disposición, no se habló una palabra.

"Entonces respondí: no entiendo nada del asunto.

P. General: yo tampoco entiendo. Y nos miramos desconcertados el uno al otro. El P. General comenzó a manosear los papeles en su escritorio, mientras repetía: no entiendo nada, a lo que yo respondía lo mismo. De repente, cual un relámpago prorrumpió dentro de mí el tremendo descubrimiento: el P. Borbély me mintió y en base a su mentira provocó mi obediencia incondicional de jesuíta para perjudicarme. Más: abusó de ella para mi completo desplazamiento. Entonces el P. General me dijo, que lo primero que podía comunicarme era, que no iba a ir a Sudamérica y me instó a recobrarme y relatar mi visión de la situación.

"Entonces le referí que el Primado me denunció al Papa por invocar la autoridad de la Santa Sede contra él. Para justificar el porqué de la entrega de dicha carta, le referí al P. General la conducta humilde de Mindszenty en ocasión cuando le entregué su nombramiento que había conseguido yo para él. Esto fue la base que motivó mi carta. La invocación de la Santa Sede fue por la instancia del mismo Santo Padre quien en reiteradas veces me autorizó que tratara de frenar al Primado de algún modo calificándolo más de una vez de *"troppo imprudente".* Su Paternidad, le decía, puede negarme su crédito sobre estas cosas, pero Dios es mi testigo que digo la absoluta verdad. Pertenece también a la verdad que de las posiciones más altas del Vaticano recibí instrucciones similares que acentuaban la transmisión expresada del deseo respectivo de Su Santidad. Y yo obedecí. Ahora me denuncian y como suele suceder, a mí me cargan con la culpa, porque a un cardenal primado nadie se atreve a decirle abiertamente lo que se comenta a espaldas suyas. Y yo no puedo tener razón frente al Primado. Veo con claridad que no hay ninguna alternativa para mí. Lo que más siento, es que mi desplazamiento perjudicará mucho al Kalot.

"El P. General me expuso largamente que en Bélgica hubo una situación semejante. Durante la invasión alemana el Cardenal belga mantenía la política de la intransigencia rígida, mientras los jesuitas, en interés de salvar las instituciones, colaboraban, cosa que motivó el resentimiento del Cardenal. Después del cambio de los acontecimientos surgieron dificultades, que luego tuvieron solución, mientras quedó el hecho positivo: la salvación de las instituciones y su mantenimiento durante los tiempos difíciles, que de otro modo hubieran sido imposible. Hoy es obvio que el tiempo justificó a los jesuitas. Esta es la situación de Uds. también dijo; y pese a la similitud de ambas yo no voy a decidir porque no soy húngaro y no vivo en el país de Uds. La táctica a seguir la dejo a la sabiduría de Uds., deben juzgarla razonablemente Uds. mismos. Aunque vuelvo a repetir que en Bélgica hemos salvado a las instituciones con lo mismo por lo que a Ud. lo acusan hoy en Hungría.

"Tuve la impresión que la amplia comprensión del P. General hacia nuestra situación fue motivada por la situación análoga de los jesuítas de su país, la diferencia reside sólo en que ese Cardenal sería de horizontes más amplios para que las divergencias no hayan pasado a mayores.

"Después volvimos al tema de mi disposición y tratamos de explicar la actitud del P. Borbély, que posiblemente se había comprometido demasiado al Primado, hasta no poder volver sin mi desplazamiento.

"Un atenuante para este cumplimiento en el P. Borbély era su convicción absoluta de que la tercera guerra prometida por el Primado era inminente. Eso explicaba que bastó una palabra del P. General que indicaba prudencia para que le sirva de base para mandarme al Uruguay. A ese respecto esté tranquilo, dijo el P. General y espere aquí la disposición que le voy a dar.

"Al final me interrogó prolongadamente sobre el Kalot. Me dio a entender que no tenía ninguna noción del movimiento más que su mera existencia, que supo de mí aquella noche en la recreación.

"Pidió informes detallados, se lo prometí, junto al gran álbum que contenía las distintas faces de la función del Kalot ilustradas con fotografías. Calificó al movimiento como la obra más importante de la provincia húngara que se debe sostener bajo cualquier circunstancia. Según el P. General, Bélgica fue salvada por su movimiento social y Hungría será también salvada por el mismo. Volvió a recalcar que consideraba al Kalot de mucha importancia y por esta sola razón ya no convenía que me desplazaran.

"La audiencia de 45 minutos fue interrumpida por el timbre que llamó a examen. Al salir tuve la impresión de no estar solo y este sentimiento traducido en solidaridad me reconfortó.

"Después del almuerzo en la recreación me apartó el P. de Boynes y se interesó por mí con amable aflicción. Al cabo de oir mi relato me hizo acordar que no olvidase la entrega de mis informes.

"Le dije que quería entregar sólo el último para no abusar del tiempo de su Paternidad; este era suficientemente elocuente para un buen entendedor.

"Después fui a ver al P. Provincial y le narré todo con detalles le añadí que el P. General quiere que suspenda el trámite de mi visación. Vamos a ver, fue la respuesta. Después inquirió por mi última estadía en Roma y el porqué no he ido todavía a ver al Papa. Le traje mi diario de mi cuarto y le leí las partes referentes. Estas no ayudaron a justificarlo. Vamos a ver, dijo de nuevo. Parecía tan empecinado en salirse con la suya, que tenía la seguridad que llevará a cabo mi disposición a cualquier precio. Más tarde volví a su cuarto y vi que estaba escribiendo a máquina al parecer un informe en francés, su título se refería al Kalot.

"A la tarde fui a ver al P. Mócsy quien estuvo más que contento frente a los acontecimientos, traté de menguar su entusiasmo llamándolo al campo de la realidad.

"11 de noviembre-

"Me pongo a confeccionar un informe corto de dos páginas al P. General sobre las luchas de sobrevivencia del Kalot. Al parecer el Primado quiere disolver al Kalot y a ese fin quiere mi desplazamiento.

"En la recreación de la noche paseábamos algunos por el patio cubierto y se nos acercó el P. General. Pasamos la noche en una amena charla. Causó honda impresión sobre mí su modestia y espontaneidad con que nos trataba y la manera llana, con que rodeábamos su presencia. Llega como cualquier Padre, no se aglomeran cuando se presenta, nadie lo acompaña, a pesar de ser una de las pocas figuras que tienen la rienda de una potencia de gran espiritualidad: es el amo plenipotenciario de la militante Compañía de Jesús. A una orden suya se mueven cerca de 40.000 soldados, y sus decisiones marcan rumbo en los grandes cambios ideológicos. Durante la recreación muy amena, conversábamos de las famosas figuras antiguas de la Curia y de personajes característicos de algunas provincias. Yo había contado una serie de las anécdotas del difunto P. Toth Mike. El P. General contó muchas experiencias coloridas de su vida."

"12 de noviembre:

"El P. Leiber afirma que Su Santidad no sabe nada de mi desplazamiento y no es su voluntad, al menos él no está enterado de nada semejante. Es cierto que el Primado me denunció al Papa pero Su Santidad no lo tomó a la tremenda.

"Encontré al P. Varga, su actitud es de los que se sienten culpables, trata de disculparse diciendo que él no habló contra nosotros en ningún lugar oficial y que no pudo defenderme porque el P. Borbély no le confió nada, sino sigue el camino que le marcó el Primado."

"14 de noviembre-

"Tuve un coloquio con el P. Borbély. Me sorprendió su seguridad de mi ida al Uruguay. Ni le avisó al P. Travi que suspenda la visación a pesar de que el P. General le mandó decir. A mis preguntas había expresado: si yo volvía a trabajar en el Kalot, *entonces vaya también conmigo el P. General a Budapest como provincial, porque él no puede seguir más en su puesto.* Una expresión así tan violenta, no había sentido hasta entonces en la Compañía, en relación al P. General. Veo con claridad que él no puede volver y enfrentar al Primado sin mi cabeza y con este

hecho argumenta con el P. General. Acentuó nuevamente que un Pri mado no puede salir perdedor contra un Padre. Le pregunté : *en qué página del evangelio encontró esta tesis ? y cuál de las filosofías enseña que la autoridad se ante pone a la justicia-?'.*

"Una vez solo, me quedé meditando por largo rato. Cómo puede un hombre tan capaz, un destacado profesor de teología como el P. Borbély tener una visión tan estrecha y una pasión tan incontrolada!.

"15 de noviembre:

"El P. General llamó al P. Borbély para tratar mi asunto. Él mismo me refirió las palabras del P. General, según las cuales yo no podía volver a Hungría por ahora, por las circunstancias de tensión reinantes; pero la Argentina quedaba muy lejos para mí."

"16 de noviembre:

"El P. Borbély de nuevo visitó al P. General. Antes de ir le pedí que transmitiera la idea de un viaje de conferencias en Europa que sugirió el P. Kerkai para que yo aprovechándolo, fuera a tomar contacto directo con las organizaciones sociales agrarias de los países europeos: de este modo me ausentaría trabajando al mismo tiempo para el Kalot. Asintió y me prometió que lo iba a transmitir. Al salir le pregunté por la contestación; *"no le dije nada porque no me alcanzó el tiempo",* fue su respuesta.

"El P. Borbély hace sus maletas y vuelve mañana a Budapest y yo seguiré esperando la decisión del P. General."

"18 de noviembre:

"Antes de su partida fui a ver al P. Borbély y le dije: El día en que me comunicó que me había vendido a la provincia argentina, alegó dos argumentos para mi disposición ante las cuales me incliné sin objeción. De uno de los argumentos, o sea que fue el P. General quien decidió mi disposición, ya sé que no fue verdad. Este es un antecedente para sospechar que el segundo argumento, o sea el deseo de Su Santidad sobre mi desplazamiento, podría ser tan veraz como el primero. Le pedí detalles, a lo que me dijo que debía guardar secreto del asunto, y si quería apelar al Papa, tenía derecho. Sabía bien que yo sería incapaz de apelar a nadie tratándose de la Orden.

"Descontento con la respuesta, deseaba saber la verdad de las cosas y a ese fin quería hablar con el P. Leiber. Últimamente era muy difícil alcanzar al Padre, así que fui a ver al P. Mócsy y le pedí que enviara el siguiente mensaje al P. Leiber. "Pido que me devuelvan del archivo papal el gran álbum de fotografía del Kalot, que presenté a Su Santidad en su oportunidad, porque no quiero que sea documento para la generación venidera, que en la misma semana en que Su Santidad expuso ante los campesinos tan pintorescamente la importancia de su organización, arruinó un movimiento tan importante". El mensaje fue transmitido fielmente. El P.Leiber dijo indignado que Su Santidad no tenía que ver con el desplazamiento del P . Nagy, lo ignora todo. Me mandó decir que fuera a verlo en la mañana siguiente a las ocho en la Gregoriana."

"19 de noviembre:

"Estuve conversando con el P. Leiber más de dos horas. Me contó que el Primado pidió a Su Santidad con audacia, por medio de una carta agresiva, que se declarara exclusivamente a favor de él, aprobando su actitud. Su Santidad mandó escribir una "respuesta administrativa" que en realidad no decía nada. Además, el Santo Padre está resentido con el Primado porque exige o ejerce derechos extra-jurisdiccionales por encima de los obispos, cuando, según derecho canónigo él no constituye la cabeza de los demás obispos. El P. Leiber se manifestó todo el tiempo dispuesto y afable causando la impresión que seguía fiel a nosotros."

Voy a añadir a esta parte de mi diario algunos párrafos de una carta del P. Kerkai / 11-2-1948. Roma./ por su relación al tema. "Estuve hablando con el P. Leiber: expresó de nuevo, por poco invoca su palabra de honor, que "el Santo Padre no tenía idea de porqué tuvo Ud. que ir a Sud-américa". Y esto lo dijo sin que le preguntara nada, sería una bajeza dudar de su palabra. Añadió además, si el P. Nagy vuelve, el Santo Padre le va a preguntar porqué se fue tan lejos. Si se habla del P. Nagy, continuaba el P. Leiber, Su Santidad siempre lo recuerda sonriendo. He aquí cómo están los asuntos en el Vaticano."

¿Cuál será el "secreto" que comprometía al P. Borbély?.

"25 de noviembre:

"Esta mañana recibí un llamado inesperado del P. General. Comenzó diciendo que ha cavilado y meditado sin descanso en mi asunto. Llegó a la conclusión de que él no podía decidir. Tal vez nadie pueda. Lo único que ve con claridad es que por momento no puedo volver debido a la tensión. El motivo de su cavilación es mi nueva disposición. Debo creerle que lo apena de sobre manera el tener que sacarme de los trabajos del Kalot porque lo considera sumamente importante y de actualidad.

"Según informaciones adquiridas y en base de mis experiencias propias, estoy convencido que Ud. posee tanta energía y disposición que me atrevo a enviarlo a Sudamé-rica, donde podrá franquear las enormes dificultades que allí lo esperan. Ud. tiene un pasado extraordinariamente rico en el terreno de las organizaciones. Ahora apártese por medio año para aprender el idioma en España, luego em-prenderá las tareas sociales. Considero que es obra de la providencia que esté obligado a sacarlo de las actividades de su país, porque con ello ganará la Iglesia universal en otro continente.

"Siguió detalladamente el tema elogiando profusamente mi modesta persona a tal punto que me avergüenza describirlo. No tuvo una sola palabra de amonestación por si hu biera sido imprudente y percibí en el momento que esta persona de horizontes amplios aprovecha mi disposición involuntaria en interés de sus proyectos y reformas universales. Cuando le contesté que asumiría toda clase de tareas que me asignara, me respondió que lo esperaba y contaba conmigo, por eso se atrevió a darme dicha disposición.

"Cuando alegué mis dificultades con el nuevo idioma, me dijo que yo era una persona que no conocía obstáculos y ésta tampoco lo iba a ser.

Finalmente le pedí poder esperar aquí en Roma hasta que mis amigos me trajeran mis apuntes, mi diario y archivo. Lo consideró natural y me autorizó a quedarme uno o dos meses en la Curia.

"Esta vez mi audiencia duró cerca de una hora. Al salir me sentía confuso por los más diversos pensamientos que pululaban en mi cabeza. Nuevos deberes, una dispocisión importante que prometía tan poco. Puedo desempeñar las actividades que están más cerca a mi espíritu y a mi personalidad, pero con lo mismo fracasé en Hungría porque los húngaros de amplia visión también fueron conservadores; ¿qué será de mi cuando en un mundo extraño? ¿Un nuevo fracaso?

"Seguramente el P. General se dio cuenta que tenía a disposición un hombre robot que servía para abrir caminos y aunque se quebrara él mismo se podrá utilizar de nuevo. Por eso me envía allá, donde seguramente seré destruido.

"Mi alma está invadida por graves dudas. Veo en mi imaginación como se unen los argentinos conservadores contra mí y me denuncian a Roma, donde no me juzgarán, tampoco me defenderán; porque el secreto de "eternidad" de la Ciudad Eterna reside en que siempre se inclina, razón por la cual no se quiebra, siempre pacta, por lo mismo siempre participa. A las personas como yo, los usa como dinamita, si la explosión tiene éxito la gloria es suya, ella va a la cabeza, ella es quien hace todo por los obreros, ella es la moderna, la magnifica; pero si el éxito de la explosión es sólo a medias y quedan algunos que protestan, amenazan y denuncian, entonces aquí en Roma no querrán saber nada del pobre "apóstol"; ellos nunca lo habían instigado y jamás lo habían ayudado. Puede ir a otra parte, si todavía posee energías para comenzar de nuevo desde el principio el enorme sueño de su vida.

"Mi nueva disposición es grandiosa y me digna, pero en su esencia estoy condenado a muerte."

"28 de noviembre-- Escribí al P. Kerkai, me despedí de él y de los colaboradores. Vertí en esta carta amargura, ironía, cumplimiento del deber, sumisión y al final esperanza."

"29 de noviembre- Las distintas reacciones que causa mi nueva disposición. Hoy hablé con Mons. Verolino auditor de la exnunciatura en Budapest. Estuvo perplejo al enterarse de mi nuevo destino y quería hablar con el P. General para protestar, me costó trabajo disuadirlo, no quería ni remotamente que el P. General creyese que lo envié yo. Encontré a Mons. Dr. Nyisztor, estaba contento, según él mi físico no huebira aguantado mucho tiempo este tren de esfuerzos. Además, conoceré nuevos mundos, se abrirán nuevas perspectivas que serán útiles para el futuro y enriquecerán mi vida. A cada uno de los padres que sobresalían los deportaban por algún lapso de tiempo, ya es norma, añadió.

"Fue muy amable de parte de Mons. Nyisztor el pintar mi futuro con tanto optimismo, hubiera querido contestarle a este fiel amigo que lo que yo quería no era ampliar mis horizontes, sino luchar por una causa que beneficiáis a muchos.

"Luego me hizo algunas observaciones sobre el Primado que me limito a escribir."

"2 de diciembre- Un encuentro con el P. Leiber. Preguntó; ¿Que dirán en Hungría de mi desplazamiento? Dirán que Su Santidad apoya a los pobres sólo con palabras y permite aniquilar aquellos que hacen algo por ellos. Sabrán que el motivo de mi caída reside en lo siguiente: el Primado es un gran señor barroco, con el entusiasmo de los recién llegados.

"El P. Leiber protestó vivamente contra la supuesta participación mínima de Su Santidad en este asunto y si lo creyeran así, dijo, se equivocarían. Le contesté que a menudo no es la verdad la que importa, sino lo que cree la opinión pública.

"Luego le expuse que trato de solucionar este problema en mi alma con que la Iglesia está predestinada a que alrededor de ella pululen los cojos, ciegos y mendigos. La parábola dice: los fuertes, valientes y poderosos no acudieron a la comida del rey, por eso mandó juntar a los pordioseros para llenar con ellos su regia casa. Esto sigue así desde hace dos mil años y somos nosotros los equivocados cuando queremos arrear a los fuertes dentro del retablo del Señor, porque esto es para el rebaño, para los viejos y beatones.

'El padre sonrió diciendo que no tenía razón y comprendió que era la amargura que motivaba mis palabras. Y yo seguía con mis injurias: Aquí si queremos vencer, tenemos que ser humildes, nosotros en cambio queríamos organizar una capa campesina conciente que no reza por sus derechos sino lucha por ellos. Sabemos que más tarde, con la lógica de la evolución histórica, madurará también la Iglesia para esta ideología social, entonces nos exhumarán de nuestras tumbas para lucirse vanagloriándose: He aquí, la Iglesia que ya hace 50 años exigía fervorosamente estas reformas.

"Mientras tanto el buen P.. Leiber repitió sin cesar: ¡no tiene razón querido Padre! Al final me arepentí por haber hablado con tanta amargura. Al despedirnos volví para mirarlo largamente, su figura frágil, enfermiza despertó en mi un cariño tierno. ¡Con que fidelidad sirve a su amo! Más tarde supe que transmitió mi monólogo a Su Santidad."

"3 de diciembre- Mi actuación en el Vaticano no permitió que me fuera sin despedirme de Su Santidad y le pida su bendición, con este motivo escribí una carta. Puesto que en los últimos tiempos mis cartas provocaban incidentes, para evitar nuevas complicaciones, la entregué al P. General a censura aunque no estaba obligado a hacerlo. Mis sospechas se confirmaron al recibir su respuesta que meditará sobre el asunto.

"Hoy me visitó el P. Leiber y me interrogó sobre el P. Kerkai. Espera que no sea desplazado también. Quería cerciorarse si podía seguir sin mi con el Kalot. Lo tranquilicé diciendo que sí, siempre que lo dejen, pero el Primado lo sacará también del medio, porque éste aniquila a todos los que no se someten incondicionalmente a su voluntad. Además, los principios sociales del Kalot contradicen los principios y objetivos feudales del Cardenal, una de las pruebas contundentes de esta afirmación fue su declaración en la conferencia plenaria ante el cuerpo episcopal, contra el restablecimiento del Kalot, que a su vez fue votado unánimemente por el cuerpo espiscopal. Prepárense, que el Kalot una vez relegado a la dirección del Primado, será disuelto por los rusos a la brevedad y podrán enviar una linda corona a su entierro.

"Un gran entusiasta del Primado, Luis Alföldi, ex-auto-ridad ministerial, perteneciente a la Acción Católica, me dijo personalmente y con toda sinceridad que los americanos invadirían Rusia y lo gobernarán con nosotros húngaros. ¿Qué se puede hacer con personas tan ciegas?

"El P. Leiber se calló gravemente, yo tampoco tenía más ganas de hablar. Que lleve Mindszenty al país donde quiera y si los americanos no vienen a liberarnos, pídale cuentas al Vaticano por la disolución de las organizaciones católicas, por los sacerdotes encarcelados, que por el sufrimiento atroz del pueblo entero ya le pedirá cuentas la historia, porque todo esto pudo haber sido disminuido y parte de ello evitado cí>n una política más flexible o ai menos sin eóta dictadura clerical que ejercía."

"9 de diciembre- El P. General me contestó por escrito pidiéndome que hiciera este último pequeño sacrificio y no envíe mi carta a Su Santidad, en cambio no hay ninguna dificultad en pedir su bendición a través del P. Leiber.

"12 de diciembre: Disputa solemne en la gran universidad Gregoriana de la Compañía de Jesús. Voy yo también. El defensor fue un teólogo de cuarto año, los objetadores oficiales fueron nada menos que el profesor mundialmente famoso del Angelicum: P. Garrigou Lagrange O. P. y Fares profesor del Atheneum de Lateran. Era un espectáculo imponente. En la primera fila se ubicaron nueve cardenales, algunos embajadores, varios superiores de diferentes órdenes y el "público" comenzó con 40-50 arzobispos y obispos. Después seguían los alumnos blancos y negros, morenos y amarillos ataviados con las vestimentas clericales del mundo entero. Coptos y otros orientales con sombreros altos y con barbas: hijos de todas las naciones europeas y los más destacados seminaristas de las tres Américas. Habían sido cerca de 5 mil alumnos de la primera universidad pontificia. Luego comenzó el duelo; después de las dificultades de Faras, el P. Garrigou Lagrange penetró hasta el fondo del problema. Finalmente el P. Rector en nombre de la Gregoriana dio lectura a un proyecto de la tesis de Su Santidad pidiendo su definición. Estaba profundamente impresionado y orgulloso de poder pertenecer a esta Orden."

"20 de diciembre: Mi causa se movió una vez más aun que la consideré ya definitivamente cerrada. El deseo de Su Excelencia Montini era que yo permanezca en Roma para tomar la dirección suprema de la Ayuda Social Húngara Pontificia. Su Santidad designó al P. Leiber para la averiguación del asunto.

"El Padre habló con el P. General ai respecto, quien respondió que según el P. Borbély *el P. Nagy no puede permanecer en Roma.* Entonces el P. Leiber consultó la opinión del P. Mócsy quien le dijo que en caso de que esta acción de Ayuda sea una, de gran escala sí que retenga acá al P. Nagy, pero si esta significase sólo escuchar lamentos de los refugiados, entonces sería una lástima desaprovechar aquí semejante energía, en ese caso es mejor que vaya a Sudamérica, donde puede hacer mucho más a mayor gloria de Dios."

"21 de diciembre-- El P. Travi me habla muy afectuosamente. Acentúa siempre que él sabe que sacrificio es para mí ir a Sudamérica, pero debo creer que allá también encontraré campos valiosos para trabajar. Aprecio sus buenas intenciones y le pido que se digne creerme que iré en plena integridad a desempeñar mi nuevo destino. Pero este hombre generoso vuelve siempre a elogiar mis sacrificios y heroísmos.

"La verdadera dificultad no reside en estos planes sino en lo más profundo de mi alma. Yo estoy dispuesto a ir hasta la puerta del infierno a trabajar hasta deshacerme y seguiré inquebrantable, pero veo que aquí las cosas de la Iglesia son tan profanas, entonces muchas veces siento como si todo fuera una comedia. No son los que rezan quienes sostienen la Iglesia y la causa de Dios, sino los que trabajan a lo profano con habilidad audaz. Estos son intimidados por los orantes quienes dicen que nuestros trabajos no valdrían nada sin la ayuda sobrenatural, así los beatos e importantes son ellos, y no nosotros; y si nosotros nos rebelamos ya quedamos excluidos del sistema y nos convertimos en enemigos. Y la causa de los orantes sigue adelante con éxito, porque siempre surgen nuevos activos, y audaces que se dejan subyugar en el yugo de los beatos.

"Ya sé que este es un pensamiento pagano pero muchas veces la tengo en mi cabeza; leí del famoso P. Lippert S. J.: ¡Qué suerte que la dirección del mundo no está legado a los santos de Dios porque entonces el universo sería ruidoso por un solo ronquido!" Esto es lo que está escondido en el fondo de mis dificultades."

"2 de enero-- Pasado mañana viajaré a Buenos Aires. Esta tarde se reunieron todos los jesuítas húngaros en la habitación del P. Mócsy, los que están en Roma estudiando o enseñando. Hubo café, fruta y dulces. ¡Después una rifa! Yo había rifado todas mis pertenencias: ropas interiores, ropas de abrigo, mi sobretodo, medias, mi pullover y demás chucherías. No llevo conmigo más que mi máquina de escribir y la cámara fotográfica, unos pañuelos y mis apuntes. Mis manuscritos los mandará el P. Kerkai más tarde. Después de la rifa cantamos lindas canciones húngaras de despedida.

"Encontré al Mons. Nyisztor quien manifestó que estaba esperando que me fuera para escribir una carta extensa al P. General del Kalot sobre mí; esperaba mi ida para no dar la impresión que lo hacía por retenerme. Expondrá en esta carta su opinión más sincera de todo y presentará al P. General el Movimiento como la empresa máxima del catolicismo húngaro en las últimas décadas o quizás en el siglo y quiere señalarle que el camino más correcto era, el que seguíamos nosotros.

"Unas semanas atrás conseguí de una Acción de Ayuda 20.000 francos suizos que logré hacer llegar a manos del P. Kerkai. Esto fue lo último que pude hacer por el Kalot."

Aquí termina mi diario, su narración de todas mis actividades, luchas, cansancios, ideas, principios y esperanzas que viví en el viejo mundo.

El avión que me alejó de mi pasado, voló sobre Koma, describió un círculo y voló cerca de la cúpula de San Pedro, permitiendo una última visión de la Curia y del Vaticano. Confieso que la amargura invadió mi alma.

Después de un día y medio estaba sentado en la habitación del P. Moglia en Buenos Aires proyectando el futuro.

IX. LA EMPRESA NUEVA

Alrededor del 10 de enero ya estuve en Montevideo en la villa del seminario interdiocesano donde los jóvenes teólogos se turnaron para enseñarme el español.

En febrero ya ejercía de confesor como P. Espiritual y desde el primero de marzo, además de todas las actividades de P. Espiritual, comencé a dar unas pequeñas conferencias diai'ias de quince minutos. Mientras empleé canto medio se me fue ofrecido para conocer los problemas de los obreros y campesinos y las posibilidades de su organización. Escribí a Mons. Cardijn fundador de la J.O.C. a Bélgica dándole a conocer un proyecto sobre una posible organización de los jóvenes del campo uruguayo. Enseguida recibí respuesta del Monseñor dándome direcciones para vincularme, cosa que hice en el acto.

El 30 de mayo hice mi primer informe al P. General que se limitó a una mera orientación. El 22 de julio elevé un proyecto positivo al P. Asistente. Esta carta fue contestada por el P. General quien me hizo saber que estos detalles pertenecían a mi P. Provincial. Tenía razón, ya que yo no le había escrito, que no daba un paso sin previa consulta del P. Provincial quien me apoyaba al máximo. Para setiembre confeccioné un proyecto detallado en que condensé todas nuestras experiencias del Kalot, modeladas a las circunstancias presentes. Se trataba de confeccionar para sacer dotes, instrucción de los primeros jóvenes para que ellos comiencen los trabajos de organización entre sus compañeros, publicación de Fuentes de trabajo, etc. Adjunté además un presupuesto detallado muy modesto e insignificante. Hice confeccionar por los teólogos el material del primer curso. Los proyectos fueron elevados a la consideración del P. Mo-glia, Provincial, quien dio una respuesta que era de esperar; según ésta tenía que solicitar la venia del arzobispo de Montevideo Mons. Barbieri, quien unos años después fue elevado *a* Cardenal. Debo atenerme dijo el P. Provincial, en todo lo que el Monseñor dice y concede.

Fui a ver al Arzobispo y le expuse mis proyectos. Me contradijo en todo diciendo: nosotros no tenemos problemas sociales. Lo poco que hay, él mismo puede solucionar. Está por reunir a los industriales más importantes para convencerlos, que aumenten los salarios a sus obreros.

Cuando le pedí que aclarara concretamente qué cantidad me concedía en el terreno de la organización de los jóvenes del campo, satisfizo mi pedido gustosamente. ¿Qué era lo que me concedió ?, lo voy a escribir para que "ad risum teneatis amiri". Lo citaré de mi carta al P. Provincial (23 de octubre de 1947) : "He hablado con Mons. Barbieri Arzobispo, quien me concedió autorización para comenzar el trabajo pero con una limitación tan estrecha, que no me animo ponerle a este trabajo futuro el título de "obra social"; en un sindicato agrario católico, que tiene 25 años de actividad con 40 círculos, de los cuales 8 están en el departamento de Canelones. Yo a estos 8 debo inflamar el espíritu católico y religioso, por medio del catecismo. Según el Mons. Barbieri, hasta que yo a estos hombres no los haga católicos prácticos, no puedo pensar conquistar nuevos miembros para nuestra organización, pues aquéllos no saben ni el Padre Nuestro.

¡ No concede nada más! Y para, realizar esta obra ímpor tante, se necesita de mis experiencias de una década del Kalot . El mismo Arzobispo condenó a sus sacerdotes al expresar que éstos no han enseñado en 25 años ni el Padre Nuestro, ¿qué hicieron entonces sus sacerdotes? Con esto la organización en el campo agrario fue cancelada.

El P. Provincial me escribió una carta consoladora y me pidió que probara ocuparme con los obreros de la capital. Pensé que en la Argentina tendría más suerte y no

quería ensayar en nuevos terrenos al lado de un Arzobispo tan poco comprensivo. Mientras tanto, sucedieron algunas cosas inesperadas. Citaré la descripción de los sucesos de una carta que escribí al P. Kerkai:

"En los últimos tiempos¡ fui protagonista de sucesos ruidosos. Me invitaron a dar una conferencia al Club Católico. Hablé con franqueza y sinceridad, que provocó algunas controversias. Se corrió la voz y fui invitado a dar una conferencia en el Círculo Católico de Obreros. Su presidente eclesiástico era un P. Capuchino —el Arzobispo tamben lo era—. Yo hablé de lo siguiente a grandes rasgos durante hora y media: tomemos el espíritu de la época, que vive en el aire y en los sueños de las gentes, la necesidad de reformas sociales. Únicamente esas organizaciones obreras tienen el futuro, las que exigen las reformas con sinceridad. No debemos olvidar que al hombre de hoy le interesan los hechos y no las promesas. Si queremos proclamar nada más que principios, mejor no empezemos nada. Nuestros fines principales deben ser los resultados de derechos concretos, reales, palpables, cotizables en dinero y codificados en una legislación social. Finalmente, hoy no es la unificación de obreros, que viven ya beatamente, sino deben fijar como programa el movimiento de las masas.

"Al cabo de mi conferencia se levantó el presidente P. Capuchino y comenzó su discurso elogiando mi brillante dialéctica, pero no se identificaba con ninguno de sus puntos.

La sala fue dominada por un estupor general. Durante una hora trataba de refutar a cada una de mis afirmaciones. Decía que lo social no tenía importancia, sino la vida religiosa, la oración; lo social es una moda no más y nosotros no debemos seguir la moda. Además, no son los hechos que interesan a los hombres de hoy, porque podemos ver como se espiritualiza el mundo, la propagación del espiritismo es un ejemplo para ello. Sobre la organización de las masas dijo, que nosotros debemos ocuparnos siempre con la élite, el evangelio también exige la invitación de los pobres e infelices y no de movimientos.de masa.

"A todo esto repliqué en una exposición durante una hora, —la reunión terminó a las dos de la mañana—. Desmenucé las afirmaciones del bien intencionado P. Capuchino a modo que los presentes manifestaron con calurosos aplausos en favor mío. Varios pidieron la palabra para apoyarme, la reunión se disolvió en un clima ardiente. Al día siguiente el P. Capuchino me denunció al Arzobispo, quien expresó su serio disgusto sobre el caso al P. Provincial, quien se encontraba accidentalmente en Montevideo. El P. Moglia me lo contó y me advirtió con cariño, que otra vez no hable tan abiertamente.

"El asunto no terminó aquí. Al Cabo de una semana la dirección del Círculo Católico de Obreros hizo su aparición en la residencia del Arzobispo para pedirle que releve al P. Capuchino y me nombre presidente eclesiástico a mí. El Arzobospo quedó perplejo y no me nombró. A la semana, apareció de nuevo la delegación insistiendo, que me nombre a mí, a lo que el Arzobispo despidió al P. Capuchino y me nombró a mí pero lo que sintió en su corazón respecto a mí, es fácil de adivinar. El P. Capuchino se resintió tanto que ni vino a hacer entrega de la asociación y no lo vi más. Es de imaginar toda la aversión que había cosechado con este caso. Y para peor, sin comerla ni bebería, puesto que de todo el movimiento de la delegación me enteré, cuando ya estaba nombrado. Y cuando protestaba contra todo al no querer

aceptar dicha presidencia, me contestaron riendo que el P. Capuchino ya está avisado de mí nombramiento.

"Entonces comencé a trabajar. Me pidieron que confeccionara un programa. Estos hombres estaban llenos de buenas intenciones y entusiasmo, no puedo menos que recordarlos con estima. Mi proyecto fue aceptado unánimemente: era real, concreto, abarcó la esencia del problema. Pero según una orden del Monseñor debí esperar medio año para su comienzo. Pensó el buen Mons. Barbieri, que en seis meses he de cometer alguna imprudencia y entonces me echa de la asociación. Pero yo ya era ducho en esto de las imprudencias. Me cuidé mucho de cometer alguna, y aunque no pude echarme, tampoco me dejó trabajar.

"Mientras otra nube de tormenta aparece encima mío. Los capuchinos ya me miran de reojo. Ahora vienen los dominicanos.

"Poseen alguna asociación obrera. El otro día vino un conocido mío a decir que en la última reunión de esta asociación dijeron los obreros que me querían a mí de dirigente. ¡Otro problema para mí! ¿Para qué quiero yo estos motivos de rivalidades, que terminan en todos los casos con aversiones? En momento de comenzar esta carta me avisaron que han llegado los dirigentes de un grupo de estudiantes femeninos de la Acción Católica para pedirme, que les dictara ejercicios espirituales y de continuación aceptara la dirección del grupo. Consulté al P. Rector quien respondió, naturalmente que sí. Debo añadir que su dirigente era el secretario del Arzobispo."

"Para evitar nuevos roces no acepté el ofrecimiento, sólo los ejercicios espirituales. Pero la astilla ya quedó en el secretario." *Aquí termina mi carta.*

Al ver que el Arzobispo no me dejó más actividad que catequizar, traté de hablar con personalidades católicas, quienes después de una conversación, convencidos, intervinieron por mi causa ante el Monseñor quien me permitió hacer una tentativa con los jóvenes del campo.

Logré algún dinero de la Unión Cívica Económica, quienes demostraron, a gran alegría mía ser comprensivos. *Mi informe de estos trabajos al P. Kerkai.*

"¿Me pregunta qué hago por el momento? Sigo trabajando hasta el final. Acabo de dictar el segundo curso para jóvenes del campo aquí en el Uruguay, ateniéndome siempre en los detalles a las instrucciones del Arzobispo. Tengo un colaborador también en la persona de un joven sacerdote ordenado recientemente. Compramos una máquina de escribir también: este es el *"Centro".* Puse dos meses para la confección del primer curso convoqué a 84 jóvenes y vinieron 6. Sin embargo les dimos el curso de 2 días. El segundo curso salió mejor: los participantes fueron 9. A éstos les dediqué 4 días. Querido Padre, ustedes no se hacen idea cuanto esfuerzo significan estos resultados minúsculos y son imposibles de seguir, porque lo que no hago yo mismo muere por la indolencia de los de aquí. Hice dos ejemplares con el nombre "La Fuente" copia similar del nuestro "Forrástár", con artículos de esímulo, material para reunión, poesías, etc. Hago esfuerzos por la fundación de algunas asociaciones con varios miembros. Haré, humanamente lo posible para que algo se mueva. Con tanta energía, allá, podría construir uno de los puentes del Danubio. Ahora me dicen que la Acción Católica realizó una reunión extraordinaria en que declaraba, que va a incorporar este nuevo movimiento."

Mis posibilidades en el Uruguay se redujeron al mínimo: el Arzobispo me llamó varias veces y al final no me dejó hacer más, que catequizar y predicar. Mientras, mis trabajos en el seminario también me desmoralizaban. No quisiera hablar mal de esos teólogos, pero ¿dónde estaban ellos del ideal de un mediocre sacerdote secular? Trataban de hacer lo que podían, sin embargo consideré mis esfuerzos para con ellos completamentes estériles. Tenía la convicción que ni la cuarta parte tenía vocación, sino que para evadirse de la pobreza del campo, se refugiaron entre las paredes que ofrecían un porvenir seguro. Había visto a diario reducirse y perderse en manos del hombre la causa del Reino de Dios. Mi única posibilidad de existencia a poco se con* vertía en resignación. Pero para esto era incapaz.

Despertaron en mí las antiguas dudas, desde la finalidad de la vida, hasta los problemas de la Iglesia, que no tenían solución. La identidad de la predestinación y la premoción física en la vida real, los resultados desesperantes de la reprobación positiva y negativa, si no los considero como tesis dogmáticas que están disecándose en los libros, como una colección herbarea, sino las aplico sobre mí, veo cumplirse sus afirmaciones desesperantes. Respecto a la Iglesia me inundaban las dificultades. El libro de Doellinger hasta hoy irrefutado, "El Pontificio", que muestra, que éste es el resultado de una evolución histórica, cuyo desarrolo como potencial céntrica, se puede ubicar en una época fija y está ligada a determinados nombres históricos.

La historia vergonzsa de la cisma de la Iglesia oriental; la famosa carta del Papa Honorius y todo lo que fue error, en su aceptación y comprensión, requiere mucha buena voluntad y tolerancia, pero al sumar todo, vemos cuanto la afean y convierten en algo demasiado profano la creación de Cristo. Papas que todavía en el principio del siglo XVII emiten bulas de la existencia de brujas y de su cremación. Ese odio que en nombre de Jesús, durante la guerra de 30 años, exterminó media Europa. ¿Para qué seguir más? Estoy obsesionado de estos pensamientos; y ellos me domi - nan siempre.

Mientras tanto, mantenía mis conferencias a los seminaristas de todo lo contrario, de la fé, de la humildad, vinieron a mí con sus problemas espirituales y yo los consolaba y ayudaba con afectuosa comprensión, como digno de un Padre Espiritual, mientras en mi interior no había más que una viva revolución, carente de fé con deseos de escapar. Mantenía correspondencia extensa con ocho o diez Padres de mis antiguos compañeros, entre ellos con mi antiguo espiritual P. Daniel Hunya, quien gozaba de fama de santidad y murió después como un santo. El mismo en sus cartas me confesaba que luchaba también con dificultades que lo invadían desde décadas y vivía en la oscuridad. Un resto de su fé y su voluntad eran los que lo mantenían en la superficie. Al mismo tiempo, hizo lo posible por ayudar me a franquear este abismo en que había caído, pidiéndome que siguiera su camino. Si bien sus palabras me movieron a una profunda estima y reconocimiento ellas no llegaron a ser lenitivo para mis problemas. Entre las cartas de otros también se vislumbraba que a menudo los asaltaba la duda. No se trata de sentimientos respecto a mí ni a los otros, sino de una ruptura intelectual la que un trabajo intenso puede subyugar pero que una actividad sin mayor finalidad saca a la superficie.

En este tiempo ya cambiaba cartas con el P. General a quien había expuesto mis problemas en toda su extensión. Recibí sus respuestas escritas con tanta bondad y comprensión paternal que nunca podré olvidar ni agradecerle lo suficiente. Mi

ambición principal era irme sin quebrantos: que me vuelvan al estado laico con un indulto; y que no lo sepan dentro de la Orden ni afuera de ella. Tomaré otro nombre; aquí creerán que volví a Europa y allá que me fui entre los indios.

Abandoné el Uruguay como terreno sin esperanza. Mi actuación allá tuvo un final interesante. Después de mi salida Mons. Barbieri dio una conferencia en el seminario, exponiendo largamente que la organización de los obreros, según objetivos sociales, es un método comunista que nosotros no podemos seguir; nuestra solución reside en ocuparnos de los ricos y persuadirlos a fin de que paguen mejor sus obreros. Por ese motivo prohibe en adelante toda clase de organizaciones sociales que hablen de derechos. El obrero cumpla primero con su deber, después se hablará de derechos; se hablará con los obreros de exigencias sociales, sin que esto peligre, cuando sean católicos prácticos. Con esto ms han aniquilado en el Uruguay. El día siguiente los dos teólogos más destacados hicieron sus maletas y se fueron del seminario; en lo que el Arzobispo, vio comprobado su afirmación que el P. Nagy era un hombre peligroso. Su conferencia fue concebida por los Padres y alumnos como una especie de exorcismo que purificó de mi espíritu "maligno" al seminario.

Para escribir algo de las actividades sociales del Mons. Barbieri, *voy a citar parte de una carta que escribí al P. Kerkav-*

"8-11-1947:

"Dios es mi testigo de la veracidad de lo que voy a relatarle, querido Padre. Hago esta introducción para el caso que sigue, porque nosotros allá ni imaginar podríamos semejante cosa: el Arzobispo, no hace mucho, realizó una semana social; grandes anuncios, invitaciones, propaganda durante un mes. Fui yo también a la primera conferencia, quería ver en qué consistía esta semana social. ¡Pues, lo vil Ud no me va a creer: con el Arzobispo y yo reunidos, éramos 15, y el mismo orador también brilló por su ausencia. Después de una espera prolongada, al ver que el orador no apareció, el Mons. Barbieri tomó la palabra y pronunció una conferencia brillante que hubiera servido tanto en una reunión de jóvenes de la Congregación Mariana como en una fiesta de bomberos o en una función de beneficencia para los no videntes. No frecuenté a las demás conferencias de la "semana social", pero me dijeron que tuvieron más éxito. Los concurrentes ascendieron a cuarenta o cincuenta y los oradores también estaban presentes casi en todas." Hasta aquí mí carta.

Acá, en la Argentina, comencé a revivir. Hice tentativas de averiguar si podía hacer alguna obra mayor, a lo que fui enviado por el P. General. Naturalmente, la condición primordial aquí también era atenerme al permiso del Emmo. Cardenal Copello, el Primado. Pedí audiencia y le expuse mis proyectos. Tuve la impresión que Su Eminencia no me prestaba atención; ni bien callé me dijo que toda iniciativa social estaba demás. Aquí hay asociaciones muy bien cimentadas; y a los problemas sociales los soluciona Perón, el presidente actual, de manera singular. Puedo dar misiones y escuchar confesiones cuanto me plazca, porque le faltan sacerdotes y con esto cerró la audiencia.

Al salir me puse a meditar sobre la situación: tuve la convicción que no se trataba de mala intención en ninguno de los dos príncipes de la Iglesia. Ni el uruguayo ni el ar-gentino hacían suponerlo, y si hubiera sido así se podía haber rechazado o

esperado la vuelta de otro, pero aquí se trataba de otra cosa: de la falta de visión; la falta de perspectiva los hacía sordos al llamamiento de la época. El alto estilo de Roma de todos los tiempos no les llega. Como Mind-szenty en Roma no comprendió otra cosa que, en dos sema nas estallará la tercera guerra, su sueño quimérico, y se apuró a volver a su puesto, así otros también, si van a la Ciudad Eterna, no ven más que lo que tienen interés de ver, y con vencido de ello, vuelven.

Me refugié en el *Colegio de San Miguel,* donde los jóvenes jesuítas absorbían sedientos los principios del Kalot; la casa parecióme como un oasis en medio del desierto. Jóvenes talentosos, de espíritu moderno, llenos de entusiasmo fr esco, inexpertos pero decididos, y yo los observaba escép-tico, pensando ¿qué destino les tocará? Aquí, entre mis jesuítas, me sentía bien y feliz, al mismo tiempo seguía debatiendo conmigo mismo, queriendo recuperar la fe perdida; dejé la celebración de la misa porque no quería simular, así lo dictaba mi consciencia. El cariño con que me rodearon, obstaculizaba mi ruptura que veía venir con fatalidad.

Los jesuítas chilenos que estudiaban aquí en San Miguel escribieron de mí a su Provincia, de modo tal que pronto recibí una invitación, con el pasaje de avión adjunto, a Chile.

Me esperaba en el aeródromo el P. Hurtado. Un padre joven que estudió en Europa, lleno de entusiasmo y de proyectos sociales, autor de varios libros. Me llevó a conocer la hermosa capital Santiago y me mostró también las llagas conocidas, los graves problemas de la clase modesta, los deberes y posibilidades por delante: refugios nocturnos fundados por él, mesas y asociaciones. Mantenía ciclos de conferencias. El destino del P. Hurtado era similar al mío: más allá del ejercicio de la caridad quería arar en lo profundo del terreno social. Comenzó organizaciones con este fin, pero el obispo vicario del Cardenal octogenario escribió contra el movimiento un artículo tan fuerte que el P. Hurtado se vio obligado a abandonar el país. Después de algún tiempo se filtró de nuevo en su patria, trayendo consigo una biblioteca entera de libros sobre la cuestión social. Quería seguir sus obras de caridad. El mismo problema del Uruguay y de la Argentina. Hasta que el espíritu de Roma llega acá a las fronteras, va a pasar medio siglo y mientras aniquilarán a todos los precursores que traen el mensaje de la época. ¿ Para qué quedarme en Chile donde ni al P. Hurtado, dotado de espíritu altruista, per miten campo para sus actividades sociales a fin de equilibrar agudezas? Una noche, durante la recreación, donde reinaba un clima lleno de cariño y comprensión, propicio para confidencias, me había abierto ante estos normanos chilenos, exponiéndoles mis d ebates interio-res, todas mis dificultades y luchas. No se escandalizaron, ni me juzgaron, pero sucedió algo insólito en mis experiencias jesuítas: el P. Rector prolongó la media hora destinada a conversar hasta media noche, tiempo en que discutimos mis problemas con la máxima comprensión, que eran míos, sólo en parte, porque el móvil de mis problemas era común. Más tarde, supe que el P. Provincial chileno escribió al P. Genera] pidiéndole que me dispusiera a Chile porque es peraban que entre ellos podía sanar. El P. General me escribió de inmediato para hacerme saber el ofrecimiento y su aprobación. Pero mi ruptura interior fue provocada por motivos intelectuales, terminando así con la pérdida de la fe y ésta no la podía devolver, ni el afecto sinigual de los jesuítas chilenos. Ellos también han contribuido en grado mayor a que siga profesando por la Compañía de Jesús el mismo cariño que sentí durante mi noviciado y a lo largo de mi vida jesuita. El mundo no conoce a los jesuítas por dentro, conocen únicamente su preparación intelectual y el rigor de su disciplina, pero no saben que detrás de ese rigor cuánta bondad y comprensión se

esconde. Que hubiera aquí o allá un superior como el P. Borbély, quien en vez de un criterio razonable fue guiado por sus pasiones, y que haya habido un P. Raile, quien se desvió lejos del ideal religioso y que, encima, los dos se hayan encontrado en la misma casa, eso no es más que un accidente, que puede ocurrir en cualquier comunidad humana. Mientras, la Compañía de Jesús sigue inquebrantable por el camino de San Ignacio.

Estando en Chile recibí la siguiente carta de los jóvenes jesuítas chilenos que estaban cursando sus estudios en el Colegio de San Miguel de la Argentina:

"Muy querido P. Nagy: profundamente agradecido a sus ideas, consignas y a su colosal espíritu, nos hacemos presentes a su onomástico, que para bien nuestro lo ha pasado en Chile, nuestra querida patria. Los hermanos filósofos chilenos no encontramos mejor obsequió que decirle que trataremos de ser sus seguidores y realizadores de las ideas revolucionarias que sembró en nuestras mentes. Sólo Dios sabe el bien que ha hecho entre nosotros y la responsabilidad que implica el ser depositario de la solución de Cristo a los problemas del hombre. A usted le debemos el conocer mejor la respuesta que el mensaje de Cristo trae al hombre moderno.
Unidos siempre en el señor sus amigos y discípulos."

Seguían quince firmas.

Muchas cartas similares guardo con cariño en mi archivo que me escribían teólogos húngaros, napolitanos y romanos y otros húngaros y de otras nacionalidades.

El P. Kerkai me escribió en su carta:

"Veo estupefacto cómo lucha usted, querido Padre, en medio de tantos obstáculos, en el estado en que se encuentra, ¡ esto significa casi un milagro! Es difícil comprenderlo psicológicamente. Siempre hablamos de usted con el P. Hun-ya, él está seguro que vendrá el "milagro" para su alma y yo leo con admiración, de sus cartas, con qué fuerza tenaz espera marcar esa hora que no ve ni cree. Nosotros en estas horas difíciles lo queremos más que nunca y estoy seguro que en el cielo, en que usted ahora no cree, ocurre lo mismo.

"Aquí luchamos nosotros también sin esperanzas. El Primado sigue su camino fatal contando siempre con una gue rra cercana. La opinión pública responde a su influencia como si fueran millares de ebrios y este estado es fortificado por occidente. ¡Y esto cuando una guerra nueva significaría un peligro total! El P. Ladislao Varga también vocifera al lado de él. Mientras, sus predicciones, mi querido Padre, del 1945 se están cumpliendo sucesivamente."
Partes de mi contestación a esta carta.

"Es incomprensible ante mí también la tenacidad con que sigo mis trabajos como si fuera a quedarme para siempre, a pesar de que ya pedí mi dimisión. Escribe, querido Padre: Que no se puede explicar psicológicamente. Yo mismo no lo puedo explicar, sólo veo que se aglomeran los obstáculos y no se cómo salir de ellos. Pero esto no importaría si tuviera fe, porque hasta ahora no he temido a nada, pero sin fe no puedo ni luchar, ni trabajar, todo me parece estéril. Había tenido tentaciones anteriormente también, pero entonces pude vencerlas, mientras que ahora me hundo en ellas. El otro día, durante la recreación, estuve conversando de los protestantes bien intencionados que sin embargo no se convierten al catolicismo, a

lo que el P. Rector dijo que esto era porque la fe es una gracia que se da gratis. Sí, éste es mi caso desde el punto de vista teológico: perdí esta gracia. Dios no me otorga más mi sueldo, me puedo ir. Podría seguir comiendo el pan de los jesuítas, pero para esto tendría que rebajarme ante mí. Rece, mi querido Padre, rece por una fe para mí o una bajeza para que pueda seguir comiendo gratis el pan de los jesuítas.

"Ya sé de otras fuentes lo que me escribe, mi querido Padre, que la opinión pública es como si fueran millares de ebrios y esto es fortificado por occidente. Pues esta es la política de Norteamérica: estos millares de ebrios constituyen su quinta columna, esa tensión de la espera de la guerra es su ejército dentro del territorio ocupado por los rusos; con ella qiere provocar el desorden permanente y causar una revolución interna. Con este método quiere obstaculizar que los rusos puedan fortificarse tranquilamente. Esta embriaguez es la quinta columna más barata de los norteamericanos y lo amargamente triste del caso es que la poca visión de un primado facilita la nación entera para la quinta columna americana. Con otra política, todavía hoy podríamos entrar en tratativas, vivir y no sufrir martirios por los intereses políticos de otra potencia." *Aquí termina mi carta.*

Recuerdo un detalle de mi último informe al Papa: En Hungría un profesor de religión M. K. me había comunicado como un gran triunfo que setenta de sus alumnos se armaron con ametralladoras robadas y granadas de mano y le pidieron que avisara confidencialmente al Primado que están prontos en cualquier momento a una insurrección. Y esto no fue un caso aislado. Eso, por supuesto, nada tuvo que ver con el levantamiento espantoso en Hungría en 1956.

Pero, ¿cómo se podrá esperar que el ejército norteamericano interviniera a iniciativa propia a libertarnos cuando esto es contrario a su política, testimonio de ello es el hecho que no prestó ayuda alguna a la nación en el momento de su sublevación por su libertad.

En este tiempo ya había cambiado la sexta carta con el P. General respecto a mi dimisión, quien en su extrema bondad se extralimitó en retenerme a pesar de que, según las prácticas de la Compañía, suelen dejarlos ir.

Nuevamente al P. Kerkai:

"No me cabe la menor duda que fue un error el enviarme aquí después de mi desplazamiento. Sudamérica no es campo para las grandes actividades. Sin embargo, sigo con una perseverancia tenaz por el camino que considero justo hasta el último día. Me dedico a los jóvenes jesuítas en el Colegio Máximo, son alrededor de 170. Mantuve un semestre a los filósofos en sociología y ahora quieren que siga dictándoles fuera de programa. Aparte de los filósofos y teólogos, dicto conferencias libres varias veces a la semana en los tiempos libres, a la que acuden todos. Fundamos círculos sociales y ya se dedican los jóvenes al estudio de las ensí-clicas. Me dedico también a sus problemas espirituales, yo, quien necesita más ayuda que ellos, pero esto ellos lo ignoran. Les hablé mucho de los preparativos preconcebidos para sus trabajos futuros. Alguno decidió prepararse para misionero, otro se instruye en trabajos juveniles. Enviaban cartas al P. Provincial para que les permita

prepararse desde ya para algún determinado trabajo futuro. El P. Provincial mismo me dijo que los jóvenes estudiantes se han movido como por impulso. En las semanas anteriores el mismo P. Espiritual me llamó a su cuarto a una conversación prolongada. Entre otras cosas, me enteró que estaba notando marcados resultados en la vida espiritual de los jóvenes."

Hice lo indecible para salir de esta oscuridad espiritual. E] P. Moglia, mi Provincial, consideraba con respeto mis debates. Para mí la Compañía significaba todo y ahora buscaba desesperadamente la fe que podría ligarme a mis queridos hermanos.

P. Kerkai en su carta siguiente dice:

"Lo que más me sorprende, querido Padre, es que a pesar de su estado quebrantado sigue con esfuerzo heroico la lucha sin esperanza. Esto encierra un rasgo varonil y fascinador. Quizás nunca chocaron en usted tantas energías como desde que la oscuridad precipitó sobre su alma.

"Yo, muchas veces invoco su recuerdo ante mi alma y todas las veces siento un cariño de compañero, mejor dicho paternal, que nunca he experimentado. Nos comprendíamos y nos queríamos mucho. Pase lo que pase en su vida, mi querido Padre, esta comunión no la voy a negar jamás. Dondequiera que vaya sírvase escribirme su dirección para mantener siempre nuestros vínculos.

"Aquí empeoran los tiempos cada semana. De a poco, todo trabajo central se torna imposible. Pero las tareas de provincia siguen con tenacidad. Los colaboradores luchan fielmente. Hablando con Alejandro Meggyesi dijo el otro día: No nos quejamos, hacemos lo posible hasta el último aliento; el quejido se escuchará únicamente bajo la horca. Los resultados de esta actitud heroica son maravillosos. Imagínese, Padre, que en las aldeas en vez de las escuelas superiores fundamos "casas de ejercicios espirituales". Y hombres selectos —4.500— cursaron ejercicios espirituales simultáneos con cursos para dirigentes. El número de jóvenes que participaban en las peregrinaciones masculinas pasan los 100.000. Y todo esto bajo presión comunista, en presencia rusa, acompañados por la vista adversa del Primado a quien le gustaría ver todo enmudecido.

"A pesar del empeoramiento de la situación, el Primado no percibe nada. Sigue eseprando dentro de semanas a los yardas libertadores, quienes presentarán sus homenajes ante el homo regius y él pondrá la corona húngara sobre la cabeza de Otto II y podrá pisotear a los "rusófilos católicos izquierdistas". Sin embargo, creo que desempeña una gran misión: *nunca en Hungría hubieran extirpado tan de raíz al mundo viejo, si él no lo representaría tan ciegamente.*

"Acabamos de perder todas nuestras escuelas, fueron incorporadas al Estado. Mindszenty mismo decretó con su conocida sabiduría que las religiosas y sacerdotes no podían enseñar más. Así que abandonamos por nosotros mismos nuestros principales baluartes. A esto no puedo decir más que los Benedictinos y Cistercienses estarán obligados a seguir donde habían empezado en un tiempo: asumiendo comunidad con el destino de los humildes.

"Algo de mí también: muchos me instigan a que me escape como tantos. Pero yo no lo hago, más, lo llamo a usted también, mi querido Padre, encontrará solución en Roma.

Si está condenado nuestro pueblo, muramos nosotros también junto a él. Si usted también siente que su vida vale poco, venga de vuelta, aquí hoy es muy fácil morir."

Mi respuesta al P. Kerkai:

"A menudo converso prolongadamente con mi P. Provincial revelando ante él los más recónditos rincones de mi alma, las dificultades, las misas sin fe, todo.

"La última vez que me expresó seriedad y comprensión de mis males, que él en circunstancias semejantes tampoco podría seguir en la vida sacerdotal. En semejante estado no se puede ser religioso y no se puede funcionar como tal. Me acompañó en mis debates y tomó mi causa con el P. General como un Padre. Todo esto se hace en secreto, porque mi salida, según dijo el P. Provincial, sería un peligro muy grande para los jóvenes jesuítas argentinos, porque me quieren de modo extraordinario y los chilenos más aún.

"Todos me despiden, creen que vuelvo a Europa... es-pei-o la decisión de la Santa Sede, al mismo tiempo lo espero con temor... no puedo vivir con la Iglesia, pero al parecer tampoco sin ella..."

Sigue la carta con la enumeración de todas mis dificultades, a las que no hallé hasta ahora ni respuesta ni solución. No citaré esta parte porque no quiero exponer cosas que podrían perturbar a otros y causar daño y amargura en las almas de otros. Con mi fiel compañero, P. Kerkai, siempre compartíamos nuestros pesares, luchas y fracasos, aparte de los triunfos. Ahora también acudo a él con mí carga, sé que su espíritu de apóstol me ayudará a llevarla sin que le haga daño.

El P. Kerkai me contestó por telegrama. "Su resolución como solución pasajera me tranquiliza. Mantendremos comunidad fraternal. Libros, cartas llegan luego. Rezaré por recuperación de ánimo, hasta volver. Jenó Kerkai".

Esta carta anunciada por el P. Kerkai llegó recién el 29-XI-1959, porque este hombre, que dedicó su vida para el bien de los demás, junto con otros sacerdotes fue encarcelado por los comunistas durante nueve años, de ahí la demora de su preciosa carta.

Desde que recibí este telegrama han pasado 16 años. Al escribir estas líneas, tengo delante de mí las ocho cartas, que me escribió el P. General con motivo de mi salida de la Orden. Hasta hoy siento de cada una de sus líneas emanar su apreciación y cariño paternal. En la primera, consuela y anima; en la segunda, trata de darme fuerzas y me ofrece que elija el país que quiera para mis actividades futuras y me lo concederá; en la tercera, me llama a Roma, a la que contesté que en Europa soy conocido y sería más complicado esconderme. En la cuarta, me pide que vaya a Roma nada más que para conversar con él, luego podré volver, cubrirá los gastos del viaje; en la siguiente, aclara un mal entendido, y en otra me comunica con

alegría que los chilenos me piden con gran afecto para su provincia, prometiendo que ellos me curarán. En la séptima, me escribe con gran tristeza que si sigo firme en mi resolución no tendrá otra alternativa que hacer entrega de mi pedido a la Santa Sede. Luego le escribo una carta de despedida en que agradezco a la Compañía de Jesús y aparte a él todo el bien y la bondad de que me hicieron partícipe y le prometo a Su Paternidad que nunca lo olvidaré y jamás daré motivo de ingratitud. En la última carta me contesta el P. General con frases hermosas prometiendo que me recordará con cariño.

Para mí la salida de la Orden fue como una muerte, porque con ella había enterrado una vida enriquecida por grandes ideas e ideales. Y dolorosa, porque quería a la Compañía de Jesús con devoción y había sido muy feliz bajo su disciplina.

* * *

Del Provincial P, Moglia me despedí en armonía y con cariño. Habíamos quedado en encontrarnos cada tanto en casa de su señora madre. Con el hábito de la Orden y una pequeña maleta y con el precio del pasaje hasta Europa, salí por las puertas del Colegio de San Miguel. Miré a un lado y a otro y me encaminé con una infinita tristeza en mi corazón.

Después de meses, a posteriori, el P. General, una vez más, me hizo objeto de su siempre ejercida bondad y aprecio al otorgar a nombre de mi madre mi diploma de doctor de la Universidad Gregoriana Pontificia. Este gesto de generosidad hasta hoy lo aprecio en su totalidad.

Conclusiones

Desde que el Emmo. Cardenal Primado Mindszenty emprendió su camino acompañado por los representantes del viejo mundo, condenándonos y desplazándonos sin piedad por la idea del *"modus vivendi",* han pasado casi 18 años. *Este lapso prolongado, como es de lamentar, nos justificó en todo.*

Todo lo que voy a decir acá no es mera dialéctica, sino hechos consumados.

La intervención norteamericana contra los rusos en Hungría, la base en que edificó Mindszenty toda su política, no sucedió. Nadie ha emprendido ninguna intervención por Hungría. Nos han abandonado completamente; aún más, cuando en 1956 la nación húngara se levantó contra sus opresores rusos, los habitantes de Budapest en vano esperaban desesperados, en los techos de las casas, a los aviones americanos, sus salvadores. Éstos no llegaron. En cambio voló un telegrama a través de Tito a Moscú que dejó a Hungría definitivamente bajo la cortina de hierro.

La restauración de la monarquía, este sueño quimérico y demasiado caro y a su vez anacrónico de Mindszenty, la que el pueblo mismo ni deseaba ni esperaba, tampoco sucedió. Sólo Mindszenty seguía preparando sus cimientos con la ayuda de sus partidarios monarquistas, quienes estaban condenados a muerte hacía tiempo, no por tribunales, sino por la historia. Con la guerra que no tuvo lugar, se eliminaron las grandes ventajas, quedando la nada, mejor dicho: el completo abandono de la

situación a merced de los rusos; porque todo opresor hubiera respondido a una intransigencia semejante con otra igual, j Así ocurrió! Esta respuesta arrasó con el Primado y con todas las instituciones católicas que encabezaba. Puede ser que los rusos entonces no fueron cumplidores en sus promesas, pero no existe situación por desesperante que fuera, a la que no se pudiera aliviar con medios de inteligencia, salvo que por principio se renuncie hasta el pensamiento de la posibilidad de inteligencia. Esto ocurrió en Hungría. Las instituciones fueron disueltas, entre ellas el Kalot y las distintas órdenes. Gran parte de la provincia jesuíta se escapó al exterior y se dispersó en 42 distintos países. Se perdió una generación jesuíta húngara. Los adictos al Primado despedidos en masa de sus empleos, sacerdotes encarcelados, la nunciatura no restablecida y finalmente condenado el Primado mismo. No hubo que recurrir a la tortura ni a drogas para que confiese las acusaciones contra él: porque las divisas fueron encontradas y en las conversaciones de la restauración con el heredero Otto faltaban únicamente las actas firmadas.

Llevar la nación y su catolicismo a sacrificios tan grandes por una miopía política, constituye una grave responsabilidad.

Fue un triste epílogo cuando niños de 10-12 años ofrecieron sus vidas inocentes en aras por la libertad de la nación en las crueles luchas callejeras, el Cardenal Mindszenty, quien siempre parecía prepararse para el martirio, en su primer discurso radial, creyéndose vencedor, pidió indemnización por los institutos eclesiásticos incautados. Luego, despojando la nación de una gloria secular y reserva moral, en vez de morir junto a los demás mártires, se refugió en Ja embajada norteamericana y miraba a través de las ventanas seguras cómo llevan a los húngaros a la horca. La ayuda americana, que fue la base de toda su política, llegó sí, pero únicamente para su sola persona.

P. Borbély y P. Varga se unieron a los que tiempo atrás escaparon del país para evadirse de la participación del destino de un pueblo, que estaba condenado a sufrimientos. P. Kerkai quedó, y después de cumplir su condena permaneció junto a ese pueblo del que era apóstol social.

Mientras tanto la Santa Sede seguía cada vez más abiertamente el camino del "modus vivendi". No fue el maravilloso Papa Juan XXIII de memoria santa, quien emprendió este camino con el hecho de recibir en audiencia privada al yerno de Kruchev, redactor principal del Izveztia, sino ya Su Santidad Pío XII por quien fue enviado a negociar; y su Secretario de Estado, quien me dio instrucciones, Mons. Montini, actual Papa Paulo VI quien sigue por el camino empezado. El jesuíta P. Bea Cardenal conduce la primera delegación del Vaticano a Rusia con motivo de la gran fiesta ortodoxa. Después de ver ahorcar a los húngaros, ahora puede Mindszenty seguir viendo esto también por las ventanas de la embajada americana y si piensa ser consecuente, tendrá que romper con la Santa Sede, porque ésta practica el modus vivendi.

Pero puede ser que el Cardenal Mindszenty esté ocupado en escribir sus Memorias, cuyo título será: *"Cómo me dejé engañar por los americanos".*

Qué suerte para el Cardenal Bea que no depende del P. Borbély, de \o contrario, ahora podría estar haciendo sus maletas para ir al Uruguay como Padre Espiritual.

Para añadir, mi pérdida personal ya no me duele: 16 años hacen olvidar muchas cosas, lo único que todavía me llena de amargura, es el saber que una política más sabia y más flexible pudo haber aminorado los sufrimientos de ese amado pueblo húngaro.

FRANCMASONES

X. UNA NUEVA META

Hoy estuve en el Ministerio de Educación y hablé con el Sr. E. J., pero él tampoco pareció comprender mis indirectas cada vez más atrevidas. Van a hacer tres meses que he emprendido una campaña contra un enemigo invisible. No quiero nada más que hacerlo visible, y me conformo con conocer uno solo de sus soldados. Cualquiera que sea, con tal de que fuera un auténtico francmasón; eso es lo que busco y ras¬treo desde hace tiempo sin éxito. Todos saben de ellos, de su influencia, de su poder que consideran enorme, pero hasta hoy nadie pudo suministrarme un solo nombre o dirección donde hubiera podido encontrar un miembro de este ejército tan temido.

Desde que perdí ese ideal que llevaba y envolvía mi vida, ha quedado un gran vacío en su lugar. La vida carente de alguna actividad que esté por encima de la del sustento, me parecía estéril y mezquina. Echaba de menos este ideal que era el móvil de mis impulsos. Echaba de menos el haber pertenecido a una organización que era movida por ideas; sentía la necesidad de seguir luchando por alguna idea supe¬rior, siempre que ésta significara un bien común.

En medio de estas cavilaciones despertó en mí un proyecto fascinante: conocer al enemigo mayor de la Iglesia, penetrar sus secretos y saber la verdad. Este pensamiento ocupó mi mente. He aquí una meta, me decía, una nueva actividad que puede ser benéfica y puede ir llenando ese vacío incoloro que hacía eco dentro de mí.

Me puse al habla con mi ex Provincial, P. Moglia, a fin de un encuentro con él en casa de su madre, según habíamos convenido. Al día siguiente estábamos sentados en un amable cuartito sorbiendo nuestro té, cuando le expuse mi proyecto. Al principio no se animaba a decidirse, le pareció una empresa peligrosa. ¿ Qué ocurriría si descubrían que fui jesuíta y lo sigo siendo en mi alma? ¡ Me matarían!

Pintaba las posibilidades de mi situación futura muy oscura, ya que estos masones son unos ateos crueles, dispuestos a todo; mantienen una disciplina sin par entre ellos y su organización secreta es una fortaleza inexpugnable. Lo tranquilicé diciendo que no iban a ser peores que los rusos y a aquéllos ya los conocía; además uso el apellido de mi madre y mi segundo nombre, así que no me descubrirían. Insistí en que quiero conocer al enemigo dentro de sus posiciones. Mi arma principal va a ser la verdad: yo quiero ser masón con la mejor de las intenciones. Si son malvados, siempre tendré tiempo de decidir sobre mis actos, pero si no son tan malos como los pintan de parte de la Iglesia, esto lo descubriré y en ese caso serviré

al bien común intentando entre ellos la paz. El Padre juzgó ingenua mi idea, porque los masones, decía, no se dejan traicionar; sus brazos alcanzan a todos y arrasan cruelmente con los que le son desagradables. Vi que ni remotamente suponía la posibilidad de que los masones pudieran ser buenos, morales y de buenas intenciones y no poseídos únicamente por el poder. Pero aún así vale la pena introducirse en su mundo, contestaba yo, porque veremos al fin todo con claridad.

El Padre poco a poco fue familiarizándose con la idea y me dio su consentimiento. Sería exagerar al decir que me envió porque era mucho más cauteloso, pero yo lo tomé como una misión, porque para mí la Compañía de Jesús seguía siendo el mundo entero. No se puede arrancar así porque sí un pasado y una educación semejante de un hombre. No había dentro de mí, parte del sistema y vida jesuítas, sino que yo mismo era completa e íntegramente jesuíta. En el comienzo del noviciado me investí con los hábitos talares, pero esto no me convirtió en jesuíta; fueron los años siguientes que me transformaron en ello; la larga convivencia con los jesuítas y el ejercicio de su sistema, habían penetrado en todo mi ser tanto que al final seguí siendo jesuíta sin los hábitos también.

El proyecto ahora consistía en que un hombre así, convertido en jesuíta penetrara en la masonería e intentara con la misma sinceridad convertirse en masón. Veamos qué resulta. ¿Sería posible unificar los dos extremos, o se produciría un choque interior? Desde que subsisten ambas Ordenes que significan las dos potencias morales más sólidas de la historia, al mismo tiempo los enemigos más acérrimos de ella, no se dio el caso de que una misma persona, con esta buena fe, pudo haber sido las dos cosas a la vez. Apóstatas y traidores siempre hubo; y echaron cuanto mal pudieron, a ambas partes. ¿Y por qué no lo iban a creer cuando fueron testigos oculares? No fueron testigos, sino simplemente querían justificar su traición, por eso ensuciaban la casa que habían habitado anteriormente. Otro motivo muchas veces era el lucro: un libro así tiene más aceptación, aplauden más gustosos aquéllos que ven en el odio la única actitud contra el otro. Yo en cambio, con mi preinstrucción jesuíta, conociendo de primera instancia todo lo concerniente a la Iglesia, sincero y entusiasta, buscando la verdad me introduzco entre los masones. Seré el primero, quien exento de pasiones podré orientarme con justicia y medir las cosas equitativamente con la objetividad que es el resultado de mi vida rica en las más diversas experiencias.

Si es verdad que son tan malvados como lo dice la Iglesia, saldré perdiendo y en una noche oscura me cortarán la cabeza, pero al menos llegaré a conocerlos; en cambio, si no son malos, mi función podrá tomar incremento, puesto que podrá mitigar un mal entendido y derrumbar calumnias históricas de ambas partes, dando comienzo a una nueva era en que habrá un odio menos. Esta posibilidad merece todo riesgo.

Al final de nuestra conversación, hasta el P. Moglia estaba entusiasmado, sin dejar de recomendarme cautela y para ayudar a orientarme prometió enviarme un libro sobre los masones del Cardenal Caro, primado chileno. Recibí dicho libro y de poseer nervios más débiles hubiera desistido de mi plan, ya que éste encerraba innumerables horrores.

Puse manos a la obra. Trataba de orientarme entre mis conocidos averiguando con displicencia lo que supieran de los masones. Quería saber si eran muchos. Sí, era la contestación de siempre y venían las grandes afirmaciones según las cuales todas las posiciones claves en todos los ministerios están en sus manos. Buscaba vincularme con personas influyentes y obtenía alguna reacción con indirectas pero sin fruto alguno. Hice tentativas inclusive en la casa de gobierno, donde fui presentado por un conocido a varios personajes importantes. Pero en todas partes coseché negativas, cosa que no sabía cómo interpretar; si bien es cierto que están en todas partes, entonces saben disimular a la perfección, o si no, su infiltración es una mera leyenda. Mientras mis conocimientos al respecto iban en aumento, supe que era más difícil entrar entre ellos, que los aranceles eran altísimos y una vez adentro según mi suerte, se puede tocar el deber de hacer desaparecer a alguno. Rapto de personas, orgías inmorales, un caudal enorme de dinero y poder. Ellos hacen la guerra y la paz y esta última de modo que nazcan nuevas guerras. Los causantes de todo mal son los masones.

Se oye decir a diario de cualquier suceso político desfavorable que éste es producto ora de la masonería inglesa, ora de la masonería inglesa, ora de la norteamericana. Cualquier desorden se le imputa a ellos.

Mi curiosidad iba en aumento, ahora más que nunca estaba decidido a entrar, pero me fue imposible encontrar la puerta, ni siquiera una pequeña rendija por la cual hubiera podido echar una mirada entre ellos.

Parece increíble pero busqué cerca de medio año la persona que supiera no sólo de leyendas, sino algo concreto, un dato o una dirección. Pensar que no debí haber hecho otra cosa que abrir la guía telefónica y hubiera encontrado la Francmasonería Argentina: Cangallo 1245, T. E., y no tenía más que entrar y pedir mi incorporación. Pero esto, ni remotamente se me ocurrió, entre las historias espeluznantes y leyendas misteriosas.

Finalmente, estaba invitado a visitar a una familia de un acaudalado comerciante. A la tardecita mi anfitrión, en medio de disculpas, fue a cambiarse para salir, su señora dijo simplemente, que su marido tenía reunión en la masonería todos los viernes. Por poco salté de mi asiento. Me invadió una inquietud peculiar y cuando volvió mi conocido, con una tranquilidad forzada le pregunté, si podía entrar yo también entre los masones. Si lo recomiendo yo, sí, fue la respuesta. Le pedí que intercediera por mí, cosa que hizo gustoso. Me dijo que fuera dentro de unos días a su escritorio, donde me daría un formulario que tendría que llenar y acto seguido le daría curso a mi incorporación.

Así sucedió. En su escritorio encontré a parte de él.a un señor extraordinariamente simpático y serio, Francisco Camera, quien fijó su mirada cálida y al mismo tiempo penetrante sobre mí, y tuve la impresión que me atravesaba. Luego supe que era un personaje importante en Cangallo, en uno de los ciclos fue Gran Secretario. Más tarde, por una triste tragedia familiar se retiró de todo y las logias echaron mucho de menos su actuación. Ahora en este, nuestro primer encuentro nos observamos mutuamente. Tendríamos la misma edad. Me interrogó de todo y yo medía mis palabras. Llené el formulario; preguntas y respuestas que obedecían a un simple

formularismo. Supe que mi logia será la Estrella de Oriente N<? 27: ella me va dar a luz siempre que me consideren apto. Pero antes, tenía que esperar.

Pasé tres meses en espera por la invitación. Ahora a posteriori sé todo lo que sucedió con mi petición: fue enviada a todas las logias argentinas, donde se dio su lectura para que todos se enteraran de que yo quería entrar y cualquiera pudiera objetarlo si sabía algo incorrecto sobre mi persona. Más tarde yo también escuchaba estas listas de nombres y prestaba atención a ellas, que era comprensible ya que se trataba de futuros miembros de familia, de hermanos. Fuimos anotados sobre el pizarrón también, para que todos nos fueran viendo, ya que una bolilla negra en la votación secreta puede anular la posibilidad de entrar.

Recuerdo que una vez, un abogado de prestigio pidió su admisión y en la votación, contra las 35 bolillas blancas había también una negra. Como es de costumbre, el Venerable Maestro ordenó la repetición de la votación por si la bolilla negra fuese un error, porque todos tienen derecho de apelar a la justicia. Además esa bolilla negra significa que no solamente en esta votación no será admitido, sino que su admisión en la Argentina ya no será posible más. En la segunda vez volvió a estar la bolilla negra entre las otras. Según el reglamento, la persona que echa la bolilla negra, debe ir secretamente al Venerable Maestro y comunicarle el motivo de haber votado en contra. En el caso del abogado, la causa del voto en contra, era su fama de ser implacable con sus clientes en cobrar sus honorarios; en el año anterior, llevó a remate a una de las máquinas del dueño de una imprenta para cobrarle sus exigencias. Una persona así no puede ser masón.

Entre los muchos casos interesantes, recuerdo otro que viene a colación: un médico, con una gran preparación, quien ya había pronunciado una conferencia en una sesión en la que pueden participar profanos también; lo consideraron ya como futuro hermano, en la votación recibió dos bolillas negras ante la sorpresa de todos. Una la echó un antiguo conocido de él quien sabía que dicho médico había azotado a su mujer. Con motivo o sin él, un hombre de bien no recurre a medios semejantes para solucionar diferencias conyugales. La segunda bolilla informaba que la persona había sido masón anteriormente y pertenecía al Gran Oriente de Francia como ateo confesado. Éste era otro motivo primordial para negarle la admisión, porque la Francmasonería Argentina tiene relación con la Gran Logia de Inglaterra que profesa la fe en Dios y lo prescribe como condición primordial para la admisión de sus miembros y Considera al Gran Oriente como masones heréticos.

Según el reglamento, se requiere la garantía de dos Maestros mayores en la admisión de un candidato.

Mis garantes fueron M. C. y Camera. No he escrito las señas del primero a pesar de que fue mi Venerable durante un año, porque su vida se desvió del camino moral. Cayó en las redes de una mujerzuela que a más de arruinarlo económicamente, rebajó su moral. Después de perder su fortuna le dio por falsificar cheques. Fue juzgado por los tribunales dejando a su familia en la miseria y la vergüenza.

Huelga añadir que la Masonería lo expulsó de su seno y sus ex hermanos masones quedamos perplejos y con compasión ante hechos tan tristes que movían a meditar

sobre los pavorosos altibajos de la vida humana. Una vez en la pendiente es difícil parar. Su tragedia no terminó ahí. Al escribir estas líneas M. C. está en la cárcel por robo de autos; según se deduce, al no poder conformarse por haber perdido sus dos coches propios, se adueñó de uno ajeno y sin haberlo camuflado siguió usándolo. Una vez estando al lado del coche mal adquirido en una calle céntrica la coincidencia hizo que apareciera el dueño de éste, quien después de reconocer su propiedad lo reclamó alborotadamente y el desafortunado M. C. se refugió en los baños de un cine próximo, de donde fue sacado por la policía en medio de un escándalo.

Nosotros nos enteramos por los diarios del triste hecho de un individuo que otrora fuera un hombre honesto y buen jefe de familia.

Ninguna comunidad está exenta de individuos que se hayan desviado del camino del bien: en el ministerio de interior de Inglaterra hubieron altos funcionarios que realizaban espionaje contra los intereses de la nación y no hace mucho tres padres capuchinos fueron descubiertos como miembros de la maffia siciliana; ninguna institución puede responsabilizarse por las bajezas humanas de algunos de sus miembros.

Mientras esperaba mi invitación, una tarde me visitó un señor de agradable aspecto. Se presentó y me dijo que venía de la masonería a recabar informes sobre mi persona. Nos sentamos a conversar; fue un coloquio agradable, discutíamos de religión, de política y sobre distintas fases de la vida. Miró mi biblioteca haciendo mención de algunos de sus autores y discutía sobre otros; tuve la impresión de haber caído en una sociedad donde sopesaban mucho al que iban a tomar entre ellos: examinaban mi cabeza, mi biblioteca y mis actividades para una apreciación justa de mi persona. Mi visitante misterioso colmó su indiscreción al preguntar por mis ingresos económicos. Más tarde yo mismo fui uno de estos examinadores y procedí en la misma forma para conocer al candidato nuevo. La denominación oficial de este examen es: aplomo.

Al fin, un día llegó la carta deseada. Como remitente figuraba: "Ateneo Oriente". Nunca figura una Logia ni la Francmasonería, sino cualquier dato neutral. La invitación además del día y la hora, prescribía traje negro.

Al fin estaba ante la iniciación de la que había oído y leído tantos horrores, y más aún, había visto dibujos en el libro del famoso Leo Taxil. A duras penas pude adquirir el ejemplar de este libro escrito en el siglo pasado. Su introducción fue hecha por el religioso francés Mons. Fava, obispo de Grenoble, quien presentó a este masón apóstata como uno que se convierte de la maléfica oscuridad a la luz de la Iglesia; y después seguía Taxil desenmascarando a los masones con suculentos relatos enriquecidos por ilustraciones espeluznantes.

Gabriel Jogand-Pagées, alias *Leo Taxil* se inició en la Masonería, donde no pasó de aprendiz. Al parecer, esto ya había colmado sus fines premeditados: en 1885, entre bombos y platillos se convirtió al catolicismo y dio comienzo a la publicación de varios libros sobre la Masonería. Estos sobrepasaban toda imaginación razonable por su carácter fantasioso, morboso y carente de sentido, logrando una publicidad

sin par entre los lectores católicos, ávidos de sensaciones para quienes buscaban bases a su odio contra los masones. Entre las descripciones de Taxil sobre las reuniones masónicas se encontraban apariciones de diablos, su adoración, sus ceremonias efectuadas con múltiples cadáveres, iniciaciones que terminaban con asesinatos, hermanos que bailaban alrededor de féretros, etc. La salida de esos libros aportaron al autor una fortuna considerable.

Según me enteré más tarde, el libro de Taxil fue el ardid más grande e ingenioso y al mismo tiempo, más bajo de su época. Los católicos en base de los libros de Taxil, se reunieron en un congreso en París en 1897 en el aula magna del Instituto Geográfico, con el intento de presentar al autor como la atracción del siglo, quien haría exposición personal de todos los relatos de Paladismo de sus libros, como testigo ocular. La aparición de Taxil pareció colmar muchas esperanzas; cuando éste subió al estrado, esperó que terminara el fervoroso aplauso con que recibieron a la oveja descarriada, y ante el estupor del público expresó que todo lo relatado en sus libros eran patrañas preparadas con la idea de averiguar hasta dónde llegaba la credulidad ingenua de los católicos, pero según las experiencias, podía haberse extralimitado mucho más, contando mayores horrores aún. Acto seguido, tomó su sombrero, se inclinó y salió presuroso de la sala, antes de que lo lincharan. Sus amigos lo esperaban afuera para su seguridad. El público, despertado de su estupor, siguió su ejemplo abandonando la sala con la misma prisa y desde entonces un silencio profundo cubre el caso Taxil y sus libros duermen olvidados en viejas bibliotecas.

Lo triste del caso de Taxil es que, la ignorancia y el hambre de odio del público, hizo que estos libros sirvieran de una base difamatoria que fue lucrada contra la Institución, cuyos efectos perduran hasta nuestros días.

Antes de describir los detalles de las ceremonias de la iniciación voy a hacer una pausa. Fue a través de largos y peculiares caminos, en la segunda fase de mi vida, cuando llegué a la puerta de la masonería. Otros, llegan ahí mismo por caminos diferentes. Hay algunos hermanos que nacen directamente dentro de la institución. Uno de ellos es Hermano B., con quien estoy enlazado en la Logia Kossuth, quien es ya la cuarta generación como masón y como ingeniero; su bisabuelo era compañero del gran escritor Mor Jókai con quien estaba en la misma logia a mediados del siglo pasado. Hay otros, que entran en la masonería por algún interés: una vez, al investigar a un candidato le inquirí por el motivo que lo llevaba a la institución, este tímido me confesó que se tenía un nuevo pogrom y esperaba acá tal vez encontrar una defensa. Si hubiera alegado cualquier otro interés material, le hubiera cortado su admisión, pero consideré que todos tenemos derecho a buscarnos una defensa cuando nos parece imprescindible.

Hay algunos que llegan a la masonería por los caminos llanos, y un ejemplo instructivo de ello es el Dr. R. A. A. S.

Estuve en su iniciación como huésped en la Logia Libertad y después de dos meses, escuché su primer "trabajo" obligatorio cuyo tema debía tratar sobre la iniciación. Era un relato profundo y humano que nos cautivó a todos. En su espontaneidad y sencillez estaba a la altura del estilo de De Amicis. Lo invitamos los hermanos de la Estrella de Oriente para la lectura de su trabajo en nuestra logia.

Consideré digno de publicar este escrito porque permite una ojeada de cómo llega una persona profana al conocimiento de la masonería.

El Dr. R. A. A. S., aprendiz masón, comenzó así su primer trabajo:

"Era yo un niño, no podría precisar la edad, tal vez 5 ó 7 años, y en ese entonces venía frecuentemente a mi casa un señor amigo de mi padre, y se entablaba entre ellos una larga y cordial conversación que yo siempre juzgué importante : «de hombres grandes», a las que asistía casi involuntariamente desde mis juegos en la misma habitación, pero de las que luego me alejaba porque me resultaban aburridas e incomprensibles. Los temas eran variados y por lo general versaban sobre política, historia, religión o humanismo por los que mi padre sentía un particular interés. Se hablaba de cosas y de un mundo totalmente extraño al mío y al que no podía penetrar en esos años pero al que desgraciadamente la vida me obligaría un día. El asiduo visitante, un señor maduro de edad imprecisa, correcto, serio y al mismo tiempo cordial, me era particularmente simpático y atrayente. Cuando hablaba, inspiraba confianza y la sensación de una comunicación importante provocaba en mí un curioso interés: algo dulce y misterioso. Su saludo me llegaba con cariño y afecto, con esa paternalidad que siempre agrada a los niños y que él repartía con generosa naturalidad. Aún me parece verlo con sus ojos claros y transparentes, preguntándome por mis cosas y mis juegos, haciéndome sentir importante y llenando mi espíritu con su tranquila y contagiosa seguridad."

"Mi padre decía que era muy preparado, que había viajado mucho, recorriendo casi todo el mundo, conociendo y tratando a grandes personalidades. Cuando yo quería saber cómo eran una ciudad o un punto geográfico cualquiera, le preguntaba a mi padre: ¿Ha estado don José en tal o cual lugar? Y mi padre invariablemente respondía: Sí, seguramente, o no lo sé, pero es muy probable; se lo preguntaremos cuando venga. Esto último para complacerme, pues sabía que me agradaba.

"Don José fue para mí como la figura de un sueño, un personaje de leyenda, y lo fue durante casi toda mi infancia y parte de mi adolescencia, si bien en ese entonces mis ocupaciones del colegio no me permitían verlo con la misma frecuencia en las cada vez más espaciadas visitas que hacía a mi padre.

"Nunca supe precisamente cuál era su ocupación; recordaba vagamente que había realizado negocios en México, luego en Cuba, Gibraltar... y creo que mi padre tampoco lo sabía. Un día me trajo de regalo un «mecano», uno de eses maravillosos juguetes para armar y desarmar que enloquecen a los niños y también entusiasman a los grandes. La importancia de este hecho me dio ánimo para preguntarle a mi padre:

"—¿Es rico don José?

"—¿Rico? ¿A qué llamas tú ser rico? —respondióme mi padre, a lo que acaloradamente repliqué:

"—Rico, bueno, una persona que tiene muchos pesos.

"Rio mi padre y me explicó:

"—No, hijo mío; don José no tiene muchos pesos, como tú dices, pero sin embargo es muy rico, inmensamente rico, porque tiene un alma buena y noble, porque es íntegro y los hombres son sus grandes amigos, ha viajado mucho, no tiene enemigos. Esa, hijo mío, es la más grande y la mejor riqueza.

"Desde entonces mayor fue mi admiración por don José.

"De todos estos recuerdos de mi infancia conectados con la inolvidable figura de don José, ha quedado grabado en mi mente un relato que en su momento me intrigó y después recordé vagamente en distintas circunstancias de mi vida.

"En uno de esos acostumbrados días en que atendía mi desordenado mundo de juguetes y de inocencia, mientras mi padre y don José en la misma habitación charlaban animadamente, de pronto me sentí atado al hilo de la conversación, que me pareció más interesante que en las otras ocasiones.

Relataba don José que residiendo en La Habana, tuvo que viajar inesperadamente a Nueva York, por importantes asuntos de negocios y que llegado a la Estación Central extravió su valija con documentos y efectos personales. Desconociendo el idioma, se encontraba en serias dificultades con las autoridades aduaneras y demás inconvenientes derivados, que hoy puedo entender mejor pero entonces me impresionaron como serios y graves. Así las cosas, don José se detiene en medio de la estación —esto lo imaginaba a través de la conversación—, efectúa una señal extraña, secreta, y un señor elegantemente vestido —continúa mi imaginación—, se le acerca, le pregunta cuáles son sus dificultades y de qué modo puede serle útil. Don José trata de hacerse entender; el desconocido no interpreta pero no obstante extrae una abultada billetera, los niños siempre exageramos, repleta de dólares y la pone a disposición del náufrago. Don José sonríe ahora, agradece; no es eso lo que necesita sino una ayuda para explicarse e identificarse ante las autoridades. A poco, el caballero también sonríe, abraza a don José, lo acompaña y todo queda solucionado afortunadamente para el atribulado viajero.

"Esta escena casi vivida por mí, constituyó con el correr del tiempo, magnificada, una leyenda que no se borró de mi mente y muchas veces en momentos difíciles de mi vida, cuando tuve necesidad de ayuda amplia y fraternal, el recuerdo afloró a mi memoria.

"Aquella conversación escuchada al paso y mezclada con mis juegos infantiles, pero con vivo interés, despertó en mí una maraña de preguntas en las que en vano pretendí envolver a mi padre, un verdadero cuestionario de curiosidad infantil, pero él, distraído o consciente, no hizo nada para ayudarme con sus explicaciones.

"—¿Papá, qué señal hizo don José cuando estaba en,la estación de Nueva York?

"Mirada seria de mi padre; luego una sonrisa:

"—Tonto, preguntón, vete a jugar y cuando seas grande lo sabrás.

"—Papá, si algún día me pierdo, ¿qué señal debo hacer para que me ayuden?

"—No te preocupes, hijo mío; a su debido tiempo lo aprenderás. —Y ninguna otra explicación, que me sacara de mis dudas, lograba de mi padre.

"Pero un día, sin pensarlo, una palabra mágica para mi, se le escapó de sus labios, una palabra llena de sugestiones: «masón»: don José es masón.

"Ahora sí tenía nuevas preguntas para asediar a mi padre:

"—Papá, ¿qué es un masón?

"—Bueno... masón es el miembro de una asociación de hombres que aman la libertad por encima de todas las cosas y dispuestos a los mayores sacrificios para preservarla y defenderla, que viven una hermandad de plenos y generosos ideales de asistencia y ayuda mutua.

"—Papá, ¿sabes una cosa?; ahora comprendo por qué ese señor ayudó a don José cuando estaba en la estación de Nueva York. Porque don José es masón.

"—¿No es así? "—Claro, por eso.

"—Papá... —ahora la pregunta intrigada—... ?y qué seña hacen los masones para pedir ayuda?

"—Es una señal que... bueno, una señal secreta que solo conocen y practic an ellos.

"—Papá, ¿tú eres masón?

"—No, hijo, no soy masón.

"Nuevamente yo, con insistencia:

"—Y por qué no eres masón, si eres tan bueno, te gusta ayudar a las gentes y... además eres amigo de don José?

"—Hijo mío, eres tan bueno como preguntón y hemos conversado bastante, tengo muchas cosas que hacer, vete a jugar. Otro día te lo diré.

"Otro día... otro día, pero nunca más mi padre volvió sobre el tema y solamente mucho tiempo después, cuando ingresé en la universidad, conversaciones, lecturas, veladas referencias sobre ciertos hombres de la política, me hicieron conocer algo referente a estos misterios y las contradicciones que distintas fuentes interesadas generalmente atribuían a la masonería.

"En una de las raras veces que ahora veía a don José y aprovechando que estábamos solos, con aire de discreción y reserva le pregunté si era masón, quería saberlo de sus propios labios, me miró con sus ojos eternamente tranquilos y claros, afablemente me preguntó cómo lo sabía y admitiéndolo con voz queda, casi lamentándolo:

"—Lo era, ahora he pasado a ser un masón dormido.

"—¿Por qué, es malo ser masón?

"—No, hijo, por el contrario, es la luz que puedes recibir en tu vida, ella ha iluminado la mía durante la mayor parte de mi existencia y me ha brindado las más brillantes oportunidades, llenado de felicidad los días de mi vida. Ahora, por razones privadas, estoy alejado de mis queridos hermanos, y no pudiendo trabajar con ellos he pasado a ser un masón en inactividad, es decir, un masón dormido, pues así se los llama.

"—Y yo... Don José, ¿puedo ser masón?

"—Seguro que puedes, y lo serás algún día, si realmente te inquietan y preocupan los problemas humanos y estás dispuesto al sacrificio. Cuando ese día llegue, alguien, una persona en la que menos habrías pensado, pero que te conoce y que ha leído el fondo de tu corazón, se te acercará y se ofrecerá a conducirte hasta el portal de una logia, se te invitará a golpear y abierta ella de par en par, un mundo maravilloso se mostrará al asombro de tus ojos.

"Pasaron los años, los azares de la vida me alejaron de mi casa y de los míos, no he vuelto a ver a don José, pero aún perduran en mí el recuerdo de su extraña personalidad, que tan viva y tan firme impresión dejara en mi sensibilidad infantil.

"Hoy, un amigo, ese alguien de quién él me hablara, se aproximó a mí, me ofreció su mano fraterna y guióme hasta vuestra respetable puerta, a ella he llamado.

"Aquí no he estado solo, me acompañó la cálida presencia de don José, su inefable personalidad, su sonrisa, sus ojos claros y profundos y hasta su voz de tono seguro y persuasivo la misma que tan hondos recuerdos dejara en mi niñez.

"Así mi conciencia se sintió segura, asistida por el aliento de ser útil a los demás desde el seno de una comunidad que hoy abre sus puertas, preocupada de ser creadora de la confianza depositada por ese amigo que me ofrece la amistad y la solidaridad de sus hermanos compartiendo conmigo su Verdad y su Fe. Depositario de tan pesada responsabilidad y valioso tesoro sentí la misma calmosa y confiada seguridad que de niño admirara en el propio don José, iniciando así mi viaje a través de los misterios y las tinieblas con paso firme, guiado por la cálida mano que un hermano me ofreció para reemplazar la ceguera de mi ignorancia; en ella deposité plena confianza, esa mano no me era desconocida, era la de don José, que nuevamente estaba a mi lado como cuando jugaba de niño; él me acompañó entre las llamas para que no me abrasaran e impidió que las aguas me detuvieran y cuando recibí la luz y la acerada punta de una espada amenazó mi corazón, exigiendo el pronunciamiento de mi compromiso de lealtad y de obediencia, dos ojos transparentes y una sonrisa franca iguales a las de don José acogieron mi juramento expresado sin temor ni reservas.

"Seguro estaba de mi paso, pero por sobre todo tenía confianza en vosotros, mis hermanos de hoy y de siempre, desde los lejanos días de mi infancia; la voz del Venerable Maestro grave y timbrada era la extraordinaria reminiscencia de aquella que exponía sus ideas a mi padre y arrullara el subconciente de mis inocentes juegos de niño.

"Hoy he querido, he necesitado saber algo de don José, pero no verlo, prefiero conservarlo tal como lo muestran mis imágenes de leyenda: sé que vive, muy anciano y ciego; sus ojos, estoy seguro que mantienen la misma claridad y transparencia, y si bien no le permiten observar los objetos de este mundo, otros ojos, los de su alma, hacen su felicidad en la contemplación de otro mundo, al que un día ha de marchar tranquilamente haciendo un extraño y secreto signo y miles de signos le darán la bienvenida desde donde termina Esto y comienza Aquello.

"Queridos Hermanos, esta noche, os pido que cerréis los ojos como en fraternal homenaje a don José, estoy seguro que lo veréis tan bien como yo, con sus ojos claros y transparentes y su inspiradora personalidad y comprenderéis, porque, si bien hay un masón dormido y viejo, hay uno nuevo y despierto al servicio de vuestra causa que es la mía."

* * *

Al fin llegó el día señalado. No era más borrascoso, ni más luminoso que otros, pero para mí fue muy significativo. Estaba adiestrado por los grandes cambios de mi vida, y sin embargo, ese día fui invadido por cierta inquietud. Trataba de analizar su porqué y llegué a la conclusión de que ésta era motivada por los misterios oídos que envolvían a la masonería. Un hombre de criterio puede juzgar que, todas estas

sensaciones no pueden ser fundamentadas, pero, ¿ quién sabe, quizás, tal vez ?... y cientos de dudas se escondían dentro de mi alma.

Me vestí de negro y me presenté con la citación a su debido tiempo. Eché un vistazo sobre la fachada del edificio: un muro sencillo y reservado, arriba la estatua de Moisés, símbolo de la ley y del monoteísmo. Por las paredes del corredor me observaban barbudos, gran-maestros del siglo pasado, llenos de emblemas masónicos. Algunos de los retratos de tamaño natural ostentaban rajaduras y agujeros que hablaban de violencia; al parecer fueron producto de odios de profanos que irrumpieron en un asalto; mi fantasía me hizo ver la lucha desesperada a lo largo del corredor. Posiblemente fue la policía que restableció el orden. ¿Qué me espera acá, pensé? Me enteré después de meses que en el año anterior, unos obreros fueron a hacer algunas refacciones en el edificio y al querer introducir su larga escalera, ésta dañó los cuadros que todavía no han sido restaurados. ¡Lo que no puede la fantasía! Claro está que yo en ese día memorable, no vi más que los agujeros y la mirada grave de los gran-maestros que contribuyó a aumentar los misterios de los muros de fama temible.

Me introdujeron en una sala chica, donde tenía que esperar. Encontré sentado a un señor menor que yo, al parecer él también sería iniciado junto conmigo. Nos saludamos con un movimiento de cabeza y nos sentamos a cierta distancia. Guardamos silencio por si no estaba permitido conversar, quién podría saber qué secreto hay detrás del otro: ¡ de los masones nunca se sabe lo que hacen y lo que no! Al menos nosotros entonces así lo pensábamos. Mientras esperábamos, me puse a mirar en derredor y con gran sorpresa mía, pude ver los retratos de las dignidades de la historia argentina desde San Martín, hasta Bartolomé Mitre. En aquel entonces no conocía todavía muchos detalles de la historia argentina, pero pude constatar que, salvo Rosas, el Dictador con mayúscula, todos los proceres más conocidos salieron de la masonería. No quiero enumerarlos: basta con decir, aproximadamente todos.

Esperamos una buena media hora, mientras, ora nos mirábamos, ora mirábamos a los proceres y no hice más que pensar cómo es que en este país haya todavía alguien que hable contra los masones, cuando a ellos deben la libertad de su patria, su bandera; Belgrano consagró los colores de su logia para el emblema nacional, su Constitución, su Himno Nacional, la base de la enseñanza pública, su prensa y su literatura. Al mismo tiempo comprendí que, las leyes de España califiquen de actos penables el simple hecho de pertenecer a la masonería y lo castiguen con cárcel y prisión si éstos pasan los 18 grados, cuando a ellos se debía el haber perdido en aquel entonces a toda Sudamérica, una de las colonias más grandes y más ricas del mundo...

Al fin entró un hermano mayor: tenía puesto su "mandil" ribeteado de rojo y con iniciales en el medio. Algunas medallas colgaban en su pecho, al parecer recuerdos de su logia, de sus funciones y los años pasados. En su cuello llevaba una especie de estola, color bordó, recogida con un emblema. Después de sus primeras palabras sabíamos que era el tesorero de la logia y vino a cobrar los aranceles. Esta suma la determinaba cada logia arbitrariamente. En los EE. UU. estos aranceles son sumas considerables.

El hermano tesorero hablaba con fuerte acento español, supe más tarde que emigró de la península, siendo un niño y acá comenzó su vida como mandadero, luego aprendiz, después oficial y hoy es un comerciante adinerado. Sus dos hijas cursan la universidad. Todos lo recuerdan desde años como tesorero, porque ésta fue siempre su función, al mismo tiempo ejemplo de honestidad.

Después de "saquearnos" nos dejó, y al momento entró otro hermano, quien además de los accesorios mencionados, llevaba una espada desenvainada. Hablaba con acento extranjero que me pareció eslavo. Nos pidió que le entregáramos todo lo que llevábamos encima de valor, sobre todo lo que fuera metal; puso todo en sobres grandes, anotó nuestros nombres y los llevó. Al final de la iniciación supimos que de haber quedado encima de nosotros algún objeto de metal, toda la larga ceremonia hubiera sido anulada y obligada a que fuera repetida. Recuerdo haber leído en un libro que hablaba contra los masones, criticando con ironía este proceder, tildábalo de ridículo, que la admisión pueda depender de detalles tan insignificantes. No tenía razón. Durante los estudios de teología discutíamos en serio si era válido el bautismo de ese chino a quien el agua tocó sólo su trenza; porque su trenza no era su cuerpo y según la regla, ésta tenía que tocar el cuerpo. Otro caso era: si la madrina que toca sólo la ropa del bautizado en momentos del bautismo, ¿será o no legalmente madrina, cuando el contacto debe ser con alguna parte descubierta del bautizado? Se debe saber que, en este caso no se convertirá en madrina con todas sus consecuencias legales y no habrá entre ellos obstáculos de matrimonio de tercer grado y no tendrá la obligación de ocuparse de la educación religiosa de su ahijado, en caso que sus padres lo descuidaran. Pues, si los masones consideraron por simbolismo, la prescripción de esto como condición para la admisión, ¿por qué no respetarlo de la misma manera como respetamos las condiciones impuestas por la religión católica?

Simbólicamente despojados de todo, hasta de nuestros trajes debemos permanecer, en estado natural, ante la iniciación para recibir en condiciones de nuestra sola existencia, la luz de la nueva vida, sus ropas y emblemas. Esta nueva vida no niega la anterior como quisieran tergiversar los enemigos de los masones, para hacer ver que la iniciación significa la negación de la cristiandad, porque por nueva vida se entiende la muerte de la anterior. Según el concepto masónico, la nueva vida significa una reedificación, un plus y un ensanche de horizontes, pero nunca negación, cuando justamente sin una fe positiva en Dios no se admite a nadie entre ellos. La nueva vida significa la muerte del fanatismo, o con otras palabras: la tolerancia frente a las religiones ajenas; acaso, ¿no resucitó también la misma iglesia en lo que respecta a la tolerancia, al invitar a los representantes de las confesiones perseguidas, al Concilio Vaticano II y al recibir a éstos con respeto?

Acaba de volver el segundo hermano que desempeñará el papel de experto durante las ceremonias. Nos pidió que dejáramos vendar los ojos porque nos iba a conducir a algún lugar; acto seguido nos tomó del brazo y nos llevó aquí y allá, a la derecha e izquierda, escalera arriba, escalera abajo durante unos diez minutos. Al fin nos condujo a cada uno por separado a un pequeño cuarto frío y húmedo; al parecer era un sótano. Ahí me quitó el pañuelo negro de los ojos. Miré en derredor mío. Parecía una prisión medieval o mejor una cripta abandonada. Una mesa pequeña, una silla, una vela prendida, una calavera e inscripciones en las paredes negras. Me quedé sólo, al oír que cerraban la puerta por fuera. Había papel y pluma preparado y yo

tenía que responder por escrito a cinco preguntas. Este escrito es llamado testamento por la liturgia masónica, aunque de ello no tiene nada, pues más bien es una respuesta a los grandes interrogantes de la vida. Muchos suelen escribir frases ampulosas, otros por la falta de espacio emplean letras pequeñas y asustan a los miembros de la logia con verdaderas diser taciones, que luego el secretario deletrea ante todos con dificultad penosa. Yo todo esto no lo sabía y respondí a cada pregunta llanamente, con pocas palabras. ¿Qué espera Ud. de la masonería?: "Nuevo contenido para mi vida."

Antes de ponerme a escribir, miré en derredor mío. Junto a la entrada vi una pequeña puerta contra el hueco de la escalera. La corrí con cautela y vi un esqueleto entero tendido, parecía tener algo de cabello y restos de ropa. Des pués de unos años, un día bajé allí para echar una mirada, pero el esqueleto no lo vi más. El hueco estaba limpio del todo. Sentí un poco de desilusión: a mí me gustó más con el esqueleto. Cierto es que a mí, ni el esqueleto con su pelo, ni la calavera, ni la vela titilante, o las paredes sórdidas me impresionaron en lo más mínimo. Esto es cuestión de temperamento. Sin embargo, estaba confundido en todo mi ser, y quizás hasta conmovido, porque yo no vine aquí por interés, aunque tuve grandes metas lejanas, pero a éstas las quería alcanzar entregándome con sinceridad a la institución. Acá abajo, en la cripta, tuve la sensación de que estoy satisfaciendo un instinto humano de raíces profundas. Me consi deré uno de aquellos que hacía milenios buscaban algo más que comer, dormir y vivir y se incorporaron entre los buscadores del misticismo. Estos creían encontrar las soluciones de los enigmas de la vida dentro de sociedades de cere monias secretas y se sometieron a las liturgias de iniciación en Eleusis y Menfis, en Siracusa y en otros cien lugares. Y estos ritos secretos comenzaron siempre con meditaciones solitarias y fueron seguidos por símbolos de purificación. Resistieron todo tiempo, lugar, razas humanas y persecución, porque brotaron de las fibras más profundas del hombre. Aquí en Cangallo, en el húmedo sótano, cumplo con una tra dición milenaria, soy uno de una larga cadena humana interminable. La masonería no sucede legalmente a los iniciados de Pitágoras, sino que ambos despertaron a las vibraciones idénticas del alma y perseguidos por instintos idénticos se refugiaron bajo tierra para meditar. Fue la conexión en este eterno circuito humano que me conmovió. Sentí que acá también cumplía con una vocación. Mi conversión en la francmasonería, ahí entre los muros de la Cámara de Reflexiones, lo había concebido así. Quería ser un buen masón, del mismo modo como traté de ser buen jesuíta.

Al volver el Experto, hubiera querido decirle, que me dejaran hasta el otro día. Pero sabía que se hubiera reído de mí, o me hubiera creído un fanfarrón, porque de dónde iba a saber que yo había sido jesuita y sigo siéndolo en mi a lma y que me había acostumbrado a la meditación en mi vida pasada: yo acá me sentía en casa y recordaba los tiempos felices de antaño con sus meditaciones a la media noche a las que era tan afecto y tuve años, siendo todavía un padre joven, en que me dedicaba mucho a estas meditaciones.

El experto llevó mi "testamento" que considero ahora, a posteriori, escandalosamente corto. Los destinos de estoa testamentos tuve muchas ocasiones de verlos más tarde en iniciaciones de otros candidatos: los dos testament os los pin-chó con la punta de la espada, los llevó ceremoniosamente ante el Venerable Maestro y se los entregó, quien los envió con el diácono al secretario para su

lectura. Después de esto, los miembros de la logia discutían en base a sus respuestas si se podía admitir al candidato a la institución. Recuerdo casos interesantes; voy a citar alguno para ilustrar. Un personaje de uno de los bancos importantes desempeñaba el rol de candidato en la Cámara de Reflexiones. Su respuesta a la primera pregunta no dejó traslucir claramente si creía en Dios o no. Algunos hermanos pidieron la palabra y se suscitó una polémica al respecto. Yo salí en su defensa diciendo que se podían interpretar sus palabras a favor, pero me vetaron y un delegado de tres hermanos —"Triángulo"— como lo llamamos, bajó a pedirle declaración concreta, si creía en Dios o no.

Volvieron triunfantes diciendo que fue su confusión lo que hizo que escribiera tan ambiguamente; y por lo mismo siguió su iniciación. De lo contrario hubiéramos sido capaces de mandarlo a su casa desde el mismo sótano. ¡Y todavía hay quien dice que los masones son ateos!

Mi experto volvió pronto, nuevamente me vendó los ojos, y tomándome del brazo me llevó por la escalera trayendo consigo a mi compañero de candidato. Sería un pequeño hall donde nos detuvimos para sacarnos los sacos y nos arrollaron los pantalones hasta arriba de las rodillas. Debíamos ofrecer un espectáculo lamentable en ese estado, semidesvestidos. Quien no ve en esto el símbolo, no puede menos que sonreír con indulgencia, pero un observador que mira a través del alma, buscando el significado, se mueve a meditar y considera la ceremonia como algo serio. En algunas logias, ponen una soga en el cuello del candidato y tirándolo por ésta lo conducen al templo. Jamás pude sonreír al presenciarlo, porque entendí que un hombre que no puede dominarse, que se entrega a sus pasiones, no es más que un animal tirado por una cuerda. Oía esto cientos de veces entre los jesuítas durante los ejercicios espirituales, y acá lo veo demostrado con toda la fuerza dramática de su significado. ¿No procede la Iglesia de modo semejante. Cuando los sacerdotes durante la semana santa enrrollan la casulla y ofrecen un aspecto cómico en sus celebraciones, o en España los procesos macabros que arrollan a la gente en un ambiente de la tragedia de la Semana Santa? Estos son conceptos eternamente humanos y sólo los superficiales se ríen de ellos, pero éstos están de más en todas partes.

Al permanecer ahí, como dos figuras desgraciadas, el Experto comenzó a golpear la puerta de la logia. Daba miedo como la puerta vieja con sus pestillos flojos, con sus goznes desvencijados y sus rajaduras, devolvía varios so nidos a la vez y se oyó la voz decidida del guardatemplo interno que decía al Venerable: "A la puerta del templo llaman profanamente." Se oyó la respuesta de un acento marcado: "Ved quien llama de ese modo." Era un ex coronel del ejército griego, H. Stefanidis, quien ocupó el trono del Venerable y desempeñaba las funciones del mismo en la iniciación. Esto motivó que la ceremonia impresionara por su tono terminante, concreto y de seguridad. El experto gritó adentro que habían dos profanos que deseaban penetrar en nuestros Augustos Misterios. Ahora comenzó un diálogo entre ellos, en que el Venerable dijo que nos retiráramos porque no nos necesitaban para nada, a lo que el Experto contestaba que insistíamos en entrar y pretendíamos que nos abrieran las puertas del Templo. Al fin, con grandes ruidos, se abrió la puerta y en el silencio absoluto reinante subimos a tientas los escalones y sentimos que entramos en una sala grande de cuyo silencio emanaba el calor de muchos cuerpos humanos. A pesar del pañuelo negro se vislumbró que anteriormente íbamos por

pasillos iluminados, pero acá la oscuridad se hizo densa. En verdad, la logia estaba iluminada por tres velas, cada una titilaba ante una autoridad y éstos estaban sentados separados ante las tres paredes del Templo. Más tarde, al estar presente muchas veces en iniciaciones semejantes, todas las veces me quedé impresionado por esta penumbra, las filas mudas de los hermanos sentados en círculo a lo largo de las paredes, el silencioso ir y venir de los funcionarios de las ceremonias, los pasos inseguros de los neófitos semidesvestidos y la fuerza de las palabras que caían con peso muerto. Más de una vez vi los ojos de los candidatos empañados de lágrimas por la emoción al caer el pañuelo negro de sus ojos.

Nos condujeron al medio del Templo y nos hicieron sentar sobre una silla. Acto seguido, sentí la punta de una espada en mi pecho rozando mi piel. El Venerable pregun tó qué era lo que sentíamos en nuestro pecho: "Una daga", confesamos; entonces nos explicó que esta espada simbolizaba el remordimiento que sentiríamos en caso de traicionar la orden.

Esta espada, mucho tiempo atrás, era puntiaguda y el que la empuñaba tan frío como el mismo acero y los traidores se sentían remorder no sólo por la conciencia, sino por el acero también. Al menos, así dicen muchos y debe ser cierto, ya que en esos tiempos fácilmente destellaba la espada y no era muy recomendable indagar por el autor.

En esta cuestión ninguno puede reprocharle nada al otro, nosotros tampoco lo hacemos, aunque habría un caudal de cosas interesantes que enumerar. Sólo hacemos mención de que hoy en ninguna parte emplean más estos métodos, y entonces, ¿para qué seguir reprochando mutuamente errores pasados, cuyos responsables descansan con su conciencia cargada y no sólo la tierra, sino el tiempo también los cubrió? Además la discordia no edifica, por el contrario, divide y envenena. Es de considerar entonces que es más inteligente olvidar viejos rencores y mirar el futuro y su construcción, especialmente cuando ambas partes son cul - pables por igual.

Luego el Venerable preguntó si estaba dispuesto a perdonar desde ya, en el caso de que encontrara un enemigo entre los hermanos. ¿Quién sería capaz de no afirmar en tales circunstancias? Después nos instó a reflexionar, porque todavía teníamos tiempo de echarnos atrás si no nos considerábamos dispuestos a cumplir con los deberes masónicos. Durante el silencio de minutos tratábamos de percibir con nuestros cinco sentidos todo el misterio que nos rodeaba y no cavilar sobre si queríamos quedarnos o volver a practicar la vida burguesa.

Al sonar la voz firme del Venerable, nos sometió a un verdadero examen. Nos inquirió por nuestros conceptos sobre la libertad, la democracia, la ley, la religión, la filosofía y los deberes. Si el candidato no sabe contestar es el Venerable quien contesta por él. El hermano orador también puede hacer preguntas, ya que el propósito de esto es que los miembros de la logia puedan adquirir un conocimiento cada vez más amplio de los candidatos, de sus principios y su ilustración. El Venerable nos llamó la atención de que seríamos excomulgados por la Iglesia al entrar en el seno de la masonería y de que si no aceptábamos ese castigo, teníamos tiempo para retirarnos.

Este examen suele pasar sin tropiezos, pero por ahí puede ocurrir alguna controversia. Se cuenta del hermano Limón con quien trabajo en el mismo Capítulo, que en su iniciación, hace treinta años, en Francia, el Venerable le hizo preguntas tales que ofendían a los principios políticos del candidato, y éste contestó pidiendo llanamente que hicieran el favor de conducirlo hasta la puerta, porque quería volver a su casa. Después de dos años, en una reunión, un señor desconocido le había preguntado si no quería entrar en la Orden. El hermano Limón contestó con un "no" terminante, cuando el señor desconocido le expresó que esta vez no le harían preguntas molestas en la iniciación, ya que ese año, el Venerable era él. Y como se supo después, el desconocido había estado en la fila de hermanos cuando sucedió el pequeño escándalo.

Después del examen, el Venerable nos preguntó: "¿Estáis dispuestos caballeros, a emprender las pruebas?" Al oír nuestra afirmativa se oyó la orden hacia el Experto: "Conducid a los profanos en su primer viaje." Tomados del brazo por un hermano nos encaminamos hacia algo inseguro. En ese momento, la logia hasta entonces de silencio sepulcral estalló en un alboroto de ruido infernal: de todas partes se oían golpes y voces estrepitosas, y daba la impresión de que el templo se venía abajo. Tuvimos que pasar una especie de puente que en un determinado punto se Cerró con un estallido que nos hacía creer que íbamos a caer en un abismo. Cuando el ruido alcanzó su culminación y nosotros describimos en medio de toda clase de obstáculos un semicírculo, de repente ante nuestras narices se oyó un estruendoso golpe de mallete ordenando un silencio sepulcral. En este silencio se oyó nuevamente la voz varonil que preguntaba: ¿Quién va? Tuvimos la impresión como si a través de mil peligros, luchas y dificultades hubiéramos llegado a un lugar seguro, donde un centinela nos detuvo con su pregunta: ¿quién va? Nuestro protector fiel, el Experto, respondió por nosotros y fuimos conducidos a nuestros lu - gares anteriores.

El símbolo del primer viaje significaba: la vida está llena de pasiones humanas, guerras, traiciones y desgracias y nosotros debemos adelantarnos venciéndolas. Y la masonería nos ayuda en esta tarea puesto que entre sus finalidades está el desarrollo de las virtudes humanas. Recordé las ceremonias de la semana santa, las lamentaciones de Jeremías que siempre me han conmovido. Estas también terminaban con un bochinche hecho en el coro, por medio de golpes de libros simbolizando el derrumbe y la devastación. Para mí fue fácil entender la riqueza simbólica de los masones, porque la Iglesia también está llena de ella y este lenguaje me era muy familiar.

Una vez en nuestro lugar, el Venerable explicó el significado del primer viaje e inquirió por nuestras opiniones sobre el fanatismo y las virtudes. Luego nos preguntó si estábamos dispuestos de seguir las pruebas y nos envió al segundo viaje.

Este tenía menos obstáculos: teníamos que andar a tropiezos por un camino pedregoso y en vez de ruidos infernales del primer viaje, nos acompañaba el chasquido del choque de muchas espadas. Era una impresión como si centenares de seres estuvieran en un duelo a vida o muerte. Pero en este ruido había algo más noble que en el estruendo anterior. Al llegar al final del camino, se oyó de nuevo el malletazo ordenando silencio y la voz preguntó de nuevo que queríamos; el Experto

respondió nuevamente por nosotros cuando el vigilante nos mandó a purificarnos por el agua, entonces sumergieron nuestras manos en un recipiente con el líquido. Acto seguido nos llevaron a nuestro lugar.

¡ Ah, sí, el agua! La conozco bien. Desde tiempos remotos este elemento honesto viene siendo símbolo de la vida, la purificación y la fuerza creciente: en las tablillas suméricas de arcilla que datan de cuatro mil años a. J. los sacerdotes rociaban con agua los altares, luego, corre el agua a través del antiguo y nuevo testamento, purificándolo todo; la utilizan: San Juan Bautista, los apóstoles Pedro y Pablo y la siguen los católicos, protestantes, anglicanos y los sacerdotes de todas las sectas. Los masones no son sacerdotes, pero sí hombres humanos y por eso la emplean ellos también. Los sacerdotes tampoco la usan en sus liturgias porque son católicos, sino porque el catolicismo también ha tomado pretensiones humanas para edificar en su liturgia.

Aquí, durante la iniciación, otra vez es el agua quien habla por nosotros y predica en un lenguaje usado en todos los tiempos por hombres de todos los colores diciendo cuanto necesitamos purificarnos. Esto fue lo que pensé mientras estuve ahí con las manos mojadas, oyendo las exposiciones de la voz varonil que decía, que dominándonos cada vez más, nuestros caminos serán más fáciles.

Entonces el Venerable nuevamente nos hizo preguntas, esta vez sobre cómo comprendíamos el progreso. Después nos mandó al tercer viaje.

Este ya fue fácil y llano. El ruido iba en descenso pero ya en forma de ráfaga de viento y nosotros después de describir un círculo entero, fuimos detenidos por el mismo Venerable con un golpe de mallete en nuestro pecho. De nuevo el Experto nos defendió y nos enviaron a purificar por el fuego. Pasaron una pequeña antorcha delante de nuestra cara y debajo de las manos, y por un segundo sentimos la fuerza del fuego.

Cuando el fuego rozaba mi cuerpo y sentí apenas más que su calor recordé que una vez, siendo niño, tendría 13 años, me quemé intencionalmente tres dedos de mi mano izquierda; los apreté contra la estufa hasta que sentí olor a piel quemada. Quise probar si podía resistirlo sin decir nada. Después mis padres me retaron seriamente por la imprudencia de hacerme esa herida.

Más tarde también me he encontrado con el fuego, pero ya en sentido figurado en mis meditaciones y en los más diversos significados: ora como el fuego del infierno abrasador, ora como el del entusiasmo que me inflamó. La llama de la vela, la brasa del incienso, el centelleo de la lámpara eterna... en verdad todos predicaban sobre lo mismo: la purificación y la vida virtuosa. Después he venido hacia los masones, a quienes consideré como el enemigo mayor de la Iglesia, donde encontraré la lucha, mediré el odio; estaba seguro que desde el primer día vociferarían contra los sacerdotes, tejerían proyectos con artimañas para exterminarlos, y desde que entré no oigo otra cosa que hablar de las virtudes. la abnegación y la purificación, como si aquí desde el Venerable hasta el Experto, todos no ambicionarían otra cosa que hacer de mí un hombre de bien. Y para esto no usan solamente las palabras, sino que al lenguaje colorido de una liturgia lo prensan dentro de mí a través de mi

sistema nervioso. ¿Cómo no me bastó estar entre los jesuítas durante un cuarto de siglo ? ¿ A esto vine yo acá ? Al momento estaba al borde de rebelarme. Mientras el Venerable volvió a hablar y explicar que el fuego purificaba y yo también debía ser purificado, traté de tranquilizarme ya que de golpe me di cuenta que acá también tenía que escuchar predicaciones y nada menos que de industriales, médicos, comerciantes, abogados y empleados jubilados. Entonces me surgió una idea: que ésta es la introducción y el disimulo para la mayoría ingenua, pero ya vendría más tarde lo que busco acá. Continuemos. El Venerable seguía: la prueba del fuego os indicará que al masón no deben arredrarle los peligros, per-secusiones ni castigos, ni impedirle propagar sus doctrinas salvadoras de la Humanidad, por el temor a los sacrficios. ¿Os encontráis con el valor suficiente para arrostrar la muerte, si fuera preciso, antes de abjurar de las ideas de progreso y libertad sustentadas por la Francmasonería? Esto ya me gustó más y contesté con un sí afirmativo. Entonces el Venerable nos preguntó cuánto destinábamos para ayudar a una pobre viuda con los valores que teníamos. Iba a enviarnos a un hermano a quien le diríamos al oído. Después de susurrarle, éste se retiró con pasos firmes, siguió adelante y subió unos peldaños: esto dejó deducir que el Venerable estaba en un estrado; la contestación vino de ahí agradeciendo nuestra generosidad y nos llamó la atención para que en el futuro tratáramos de ayudar a los necesitados.

Así llegamos al voto solemne. Primero leyeron su texto para darnos tiempo de pensar, por última vez, si lo aceptábamos o no. Se hizo un silencio por unos segundos y yo sentí eme hacía el voto con sinceridad. Entonces nos llevaron a un pequeño tablado, nos hicieron hincar, pusieron nuestras manos sobre un libro que supimos por el Venerable era la Biblia y repetimos el texto del voto tras el Venerable.

El juramento era de fidelidad, obediencia, su cumplimiento formal, de socorro fraternal y de que me cortarían el cuello si llegara a ser traidor. El gesto del saludo oficial demuestra evidentemente la ejecución de esta promesa. Para ser fiel, debo añadir que este texto de juramento, según el último ritual, ya fue modificado, lo mismo que lo de la espada con la que apuntaron contra mi pecho en el comienzo de la ceremonia. El nuevo ritual expresa que éste simboliza el remordimiento, contra el texto anterior que no suavizaba las cosas. Evidentemente, la masonería se ubicó en el mundo moderno que ya no practica la violencia de los tiempos antiguos. Piensa, que si la Iglesia no quema más a nadie, entonces ella tampoco corta el cuello a ninguno. Aunque guardo la sospecha en lo profundo de mi corazón, que muchos de ambas partes quisieran seguir ejerciendo los métodos antiguos, pero éstos fueron monopolizados por el Estado para su ejercicio y no permite que instituciones filantrópicas dispongan de ellos.

Estábamos de rodillas. Para mí fue un movimiento acostumbrado que me pareció natural y no pensé que hubiera alguien que se revelara en contra. Sin embargo, sucedió una vez después de 14 años. Yo había sido fiscal y orador cono cedor de las reglas y de su control. Un hombre alto, de cerca de dos metros, de cara varonil, el candidato 6., salió de la oscuridad, se hincó y juró, pero luego manifestó que le había costado mucho y estuvo a punto de pedir la suspensión de las ceremonias y que lo condujeran fuera de la logia, porque era judío y su religión prohibe hincarse, lo que no practican nunca, ni ante Dios. Le contestaron varios, y yo como orador con derecho a la última palabra le di la respuesta: elogié su sinceridad y valentía, aquí todos pueden decir, porque respetamos los principos de cada uno y en lo futuro si se

da el caso de tener que arrodillarse, no lo haga, su juramento será válido lo mismo. Al mismo tiempo quería tranquilizarlo, pues destacados hombres judíos se hincaron ante otros, y de las diferentes graduaciones de arrodillarse, practicaron la más grave, cuando más allá de hincarse se habían postrado e inclinado sus cabezas hacia la tierra, como Abraham ante los tres varones "inclinóse hacia la tierra" o los hermanos de José que "inclinaron ante él su rostro por tierra"; el profeta Nathan sabía bien lo que podía un judío y lo que no, y sin embargo "el cual como entró el rey, postróse delante del rey, inclinando su rostro a tierra". Lo mismo hizo Saúl quien "entonces entendió que era Samuel y humillado, el rostro a tierra hizo gran reverencia". El hermano G. se convirtió en un buen masón y cumple todos los deberes tan concienzudamente como aquella noche el de arrodillarse.

Nosotros dos, con mi compañero candidato, al terminar nuestro juramento, nos pusimos de pie y fuimos conducidos al lugar primitivo que supimos se denomina "entre Columnas". Permanecimos de pie, cuando el Venerable dio un ma-lletazo enérgico y ordenó con voz firme: "¡De pie y a la orden !". Los hermanos se levantaron con gran alboroto y luego siguió el silencio. Sonó la voz del Venerable desde el estrado: "Hermano Primer Vigilante; ¿qué pedís para los candidatos que se hallan entre las Columnas?". La respuesta vino desde atrás: "¡Luz!". De nuevo el Venerable: "Hermano Segundo Vigilante; ¿qué pedís para los candidatos?". Esta vez la contestación se oyó de al lado: "¡ Luz!". En ese momento el Venerable dio un golpe fuerte de mallete y dijo: "Hermanos que decoráis ambas Columnas y el Oriente, ¿qué pedís para el candidato?". Resonaron como trueno a través de la sala las voces varoniles que parecían arrasar al emitir la palabra: ¡Luz! Esta palabra echada a la oscuridad encerraba algo subyugante y fascinador. El Venerable habló con solemnidad excepcional: "La luz les será dada al tercer golpe de mallete que parta del Altar", y acto seguido se oyeron los tres golpes secos, algo espaciados. Estábamos dominados por la tensión de la espera: ahora por fin conoceríamos el secreto. Al tercer golpe, cayó el pañuelo negro de nuestros ojos y todavía alcanzamos a ver la oscuridad de la sala con las siluetas de los presentes que parecían estatuas oscuras en tupidas filas, con los brazos extendidos y en la mano de cada uno destellaba una espada desenvainada dirigida hacia nosotros. Pero esta visión oscura y sórdida tuvo la fugacidad de un segundo cuando fue seguida por una luminosidad que inundaba la sala. El cuadro oscuro anterior se tornó en una realidad jubilosa y al mismo tiempo temible: cuerpos rígidos, caras recias, trajes oscuros, mandiles lujosos, estolas de colores, en el estrado las autoridades, con cadenas de oro en el cuello y en los hombros. Al principio mirábamos parpadeando a ese ejército peculiar iluminado, en su gesto de actitud hostil. ¡Así que éstos sois vosotros! Os había buscado ya hace más de medio año, sois ese segundo ejército de quien meditaba tanto durante los ejercicios espirituales en la contemplación de las "Dos Banderas". Sois temibles y misteriosos. Me habéis hablado de virtudes hasta ahora y tomáis la actitud como si fuerais a matarme a indefenso de mí que estoy parpadeando como presa en una trampa. ¡ Pero ya soy hermano vuestro y pido una espada también para mí, porque quiero aprender su manejo aquí mismo!

El silencio prolongado fue quebrado por el Venerable: "Esas espadas que se dirigen hacia vos demuestran que la Francmasonería os castigará si faltáis a vuestras promesas; pero también os defenderá en toda circunstancia, siempre que cumpláis vuestros deberes. Retirad esas espadas y ocupad vuestros puestos. Hermano Experto y Maestro de Ceremonias, acercad al Ara a los neófitos.

Después que los hermanos se hubieron sentado, nos condujeron ante una mesita que se encontraba en medio de la sala, encima estaba la Biblia abierta, sobre ésta una escuadra, una regla y un compás. Pusimos nuestras manos sobre la Biblia. Mientras, el Venerable se acercó a nosotros. Lo miré bien: era un hombre magro, su cara llena de energía, su andar liviano pero firme. Claro que más tarde conocí a otros venerables gordos y panzudos, pero H. Stefanidis era una figura imponente y lo observé con simpatía. El Experto y el Maestro de Ceremonias cruzaron sus espadas por encima de nosotros y el Venerable apoyaba la suya flamígera sobre las otras dos, formando así la bóveda de acero y nos hizo saber que nos instituirá y consagrará en Aprendiz masón y miembro activo de este Taller por el número simbólico del grado. Tres golpes sordos sobre la hoja de la espada flamígera y continuaba: "Ahora, queridos hermanos, puesto que ya puedo daros ese dulce nombre, recibid el abraso fraternal que por mi conducto os dan todos los masones esparcidos por la superficie de la tierra". Luego, nos pusieron los mandiles, nos entregaron los libros oficiales y nos devolvieron los valores que nos habían quitado. Nos sentamos sobre el lugar de los aprendices, nos instruyeron sobre los signos, toques y palabras, las maneras de saludo y las normas de encuentro en el Taller; de pedir palabra si queríamos hablar; cuáles son nuestras herramientas simbólicas, su significado. Nuestros testamentos fueron quemados ante nosotros. Nos dieron flores para aquellas personas que estuvieran más allegadas a nuestros corazones, tallamos en la "piedra bruta" tres golpes (esta piedra nos simboliza a nosotros), formamos la cadena, escuchamos a varios brindis y los contestamos, participamos de un pequeño ágape en otra sala y finalmente, con la cabeza confusa, en la noche ya entrada, volvimos a casa. La segunda parte fue tan larga como la primera pero una descripción detallada sobrepasaría los límites de este libro: el Diccionario Masónico contiene palabra por palabra y todos los ritos al alcance de quienes quieran adquirirlo. Tenemos secretos, pero en verdad no los tenemos.

XI. LA VIDA DE LAS LOGIAS

Después de la iniciación, andaba por las calles como uno que se apoderó de una gran novedad. Sentí un plus en mi vida y tuve la sensación de estar amparado, aunque nada había cambiado dentro de mí, ni alrededor mío: atendía mis quehaceres diarios y esperaba la primera tenida. El amor propio de varón quería prorrumpir de mí: "aquí estoy, yo también pertenezco a los temibles masones". Pero tenía que guardar el secreto. Bueno, este secreto es a medias nomás, porque si bien es cierto que no revelamos directamente pertenecer a la masonería de ninguno de los hermanos, ni de nosotros mismos, hay muchos que usan insignias y anillos con la escuadra y compás y cuyo significado puede conocer cualquiera, y hasta hay comerciantes que ponen este signo bajo la firma de sus negocios. Esta discreción frente al mundo nos parece más interesante.

Me enteré en la primera reunión que las tenidas están divididas según los grados, igual que los masones mismos. Yo, en mi calidad de aprendiz nunca podré participar de las de tercer grado, porque esa está limitada a los maestros. Los de grado superior pueden frecuentar tenidas de grados menores, pero al revés nunca. Generalmente desconocemos la graduación de la mayoría, especialmente en los grados superiores. Las tenidas ordinarias semanales o quincenales se hacen en el

grado de aprendiz, y los de grados mayores se quedan después para seguir la reunión si se presentan asuntos que no incumben a los novatos.

Como aprendiz no conozco el toque de los maestros, por lo que el guarda templo ya me detiene al oír mis toques. Pero en el caso de que lograra entrar lo mismo, antes del comienzo de las tenidas se hace un control de los reunidos con las señas y toques para asegurar que todos los presentes estén en sus derechos. Había observado un fenómeno psicológico sobre mí: de no ser masón, hubiera consultado llanamente con el diccionario masónico los signos de los maestros, pero como era aprendiz no me interesaba y no lo supe hasta que llegué a ser maestro. Dentro de la masonería uno se siente obligado a proceder con corrección y honestidad, pese a que cualquiera podría saber cosas anticipadamente si se lo propusiera.

Después de años, cuando ya frecuentaba el Capítulo, en una oportunidad no me acordaba de la palabra de paso. Estábamos todos en nuestros puestos y el maestro de ceremonia iba alrededor de la columna de hermanos arrimándose a cada uno, quien tenía que decirle al oído la palabra de paso. Al tocarme el turno, el Hermano Alfón, maestro de ceremonia, me sonrió al reconocerme de la logia de Lealtad de la cual fue miembro y yo visitante asiduo, y esperaba que dijera el paso, pero yo callaba pese a que los hermanos trataban de soplarme, seguía sin acordarme de la palabra mágica. En ese momento, con gran estupor mío, el hermano se encaminó al centro de la sala, donde se detuvo para comunicarle al M. S. Athesatha (título de presidente del Capítulo) que hay un hermano presente que no sabe la palabra. ¿Qué debe hacer? Cuatro o cinco de los presentes me sacaron de la situación embarazosa, afirmando que ya estaba en el grado 14, lo que sobraba para esa reunión.

Recuerdo vivamente mi primera tenida de aprendiz. En primer término, los presentes éramos en número mucho menos que en mi iniciación, puesto que a ésas vienen visitantes de otras logias. Nuestro lugar era del lado de la Columna del Norte, donde encontré también a mi hermano de "leche", a H. Migoya, quien, aunque modestamente, iba y venía con entusiasmo. Años después se convirtió en líder de una pequeña revuelta: a pesar de sus buenas intenciones, su entusiasmo lo llevó a extralimitarse. Editó, en compañía de otros, un periódico mensual muy bien redactado con el título de "Tres Puntos", pero como lo vendían por la calle se armó una tremolina por causa de la censura que existía parcialmente, pero ellos escribían a su antojo a pesar de ésta. Después del tercer ejemplar, estalló en Cangallo un escándalo al respecto: se dividieron las opiniones; algunos entusiastas por demás querían expulsarlos de la Institución y otros se conformaban con menos. Ellos se retiraron pidiendo su "pase y quite", pero la parte legal del asunto se alargó por años; creo que todavía no llegó a su solución.

En la primera tenida conocí a los demás hermanos de mi logia: era una compañía selecta, es decir, eran seleccionados de las más diversas capas sociales. Había un profesor universitario, algunos comerciantes ricos, un taxista nocturno que hace 40 años que es masón y por su permanente buen humor es el favorito de todos, varios abogados, industriales y hombres de diferentes ocupaciones. Tuve la impresión que existía una unión verdadera entre este conjunto pintoresco, más aún, estaban fundidos. Stefanidis dominaba sobre nosotros con tal energía que nos movió a respeto por el ejército nacional griego. A veces, apareció entre nosotros un piloto de

barco retirado, el H. Rivadura, quien era conocido, pues pedía la palabra en todas las tenidas: estaba acostumbrado porque según testigos fidedignos, era presidente de unas 15 asociaciones.

Estaba orgulloso de su calidad de "masón libre" que incluía en todos sus **discursos.** Masón **libre** quiere decir que, debido a su antigüedad en la masonería esté absuelto del deber de pertenecer a alguna logia.

Este conjunto multicolor se ordenó al sonar el golpe de mallete del Venerable Stefanidis y se puso de pie, cada uno en el lugar que correspondía a su cargo y los simples miembros del cuadro entre Columnas. Yo también estaba ahí, equipado con mi mandil sencillo de aprendiz. La ceremonia de la apertura de trabajos consiste en un diálogo entre las autoridades, que reflejan las grandes épocas de antes, cuando los masones operativos antecesores de éstos se reunían con fines de verdaderas tareas y cuando en sus reuniones todavía la espada en la mano del vigilante era filosa. El Venerable le pregunta al Primer Vigilante que se sienta ante una mesita triangular, sobre un pequeño estrado junto a la entrada. ¿ Cuál es el deber de un vigilante en la Logia ? Asegurarse si el Templo está a cubierto de los profanos, contesta el hermano interrogado. Servios cumplir ese deber, hermano mío, continúa el Venerable. El Primer Vigilante insta al guardatemplo interno a que averigüe si no hay algún profano espiando. Todos saben bien que no hay nadie, inclusive el guardatemplo, quien sin embargo golpea fuerte tres veces y se contesta a sí mismo con tres golpes apagados en nombre del guardatemplo externo (que ya no existe más) y esto significa que todo está en orden. Luego sigue el Venerable: ¿cuál es el segundo deber? Asegurarse de que todos los hermanos que se hallan en el Templo son masones. Acto seguido se hace el control. La última pregunta es la siguiente: ¿a qué hora acostumbran los Aprendices masones a abrir sus trabajos? La contestación: ¡A medio día en punto! Puesto que es medio día en punto, sigue el Venerable, aunque es de noche oscura, nadie se sorprende porque acá todo es simbólico y cada gesto o palabra tiene un significado diferente del que se le da; por eso el Venerable "a la gloria del Gran Arquitecto del Universo" declara abiertos los trabajos en grado de aprendiz.

En cada ocasión oigo estas palabras al comienzo de las tenidas y aún no se han gastado para mí, porque las tradiciones de siglos las hicieron resistentes al tiempo. Cuando veo la espada en la mano del guardatemplo, no pienso que está representando una comedia, puesto que nadie nos agrede y en caso de que lo hicieran lo harían con ametralladora en mano, sino reflexiono sobre el hecho de que en un tiempo lejano, únicamente los nobles tenían derecho de usar la espada en la vida particular y fue la masonería la primera que puso esta arma en mano de los burgueses como símbolo de igualdad. Hasta hoy sigue significando lo mismo. ¡ Cuántas veces oí burlarse de las distintas partes de la liturgia masónica, como la mayoría de los libros católicos que tratan este tema y no hacen más que reírse olvidando por ejemplo que todos los sacerdotes con motivo de la celebración de la misa, se ponen sobre su brazo izquierdo un "manipulus" que en un tiempo fue un pañuelo atado destinado para secar la transpiración. Hoy casi nadie sabe para qué sirve ese manipulus en el brazo, no hablando de que sería imposible darle el uso para el que fue destinado, puesto que está tan ricamente bordado en oro y plata que no serviría, y sin embargo todos los días lo usan. Las ceremonias de la Semana Santa están llenas de diálogos dramatizados. La investidura de los religiosos y

mucho más de las religiosas es una representación de pensamientos profundos que ponen a prueba los nervios y sobre esto se ríen los masones. Hay religiosas que en el momento de tomar los hábitos son llevadas a la eterna clausura en ataúdes, simbolizando que han muerto para el mundo profano. Todo esto es producto de los sentimientos que arraigan en lo más profundo del hombre y al mismo tiempo es propia del hombre la falta de visión con que condenamos recíprocamente en el otro lo que ejercemos nosotros mismos también.

Desde el primer día observé que aquí ocurrían más coincidencias que acercan a las dos instituciones que lo que da motivos sinceros para enemistarse. Al mencionar esto más tarde al P. Moglia, me contestó entre otras cosas, que los masones deben guardar algún secreto, de lo contrario ¿por qué no permiten que los aprendices asistan a las tenidas de los maestros? A lo que yo pregunté: ¿cuándo permiten a los novicios asistir al Consejo de la Casa en la Compañía de Jesús? Claro que no les permiten, ni siquiera en las recreaciones de los Padres y yo soy testigo fidedigno de que no ocultan nada en especial. Pero hay jerarquía y disciplina.

De todos modos, quería estudiar a fondo este problema y me puse a confeccionar la obligatoria conferencia de presentación. Pero primero tuve que conocer el mecanismo de las tenidas ordinarias y su función. La parte litúrgica iniciadora terminó con que el Maestro de Ceremonias se encaminó hacia una mesita triangular que está colocada ante el Venerable, abrió la Biblia y puso encima el compás y la escuadra. Supe más tarde que si es una reunión de oficiales y maestros, estas dos herramientas en cada caso están colocadas de distintas maneras, teniendo sendos significados. La lectura del libro de actas aportó algunas sorpresas para mí.

Una era la frase: "A la gloria del Gran Arquitecto del Universo", que encabezaba el libro y fue entonces cuando había concebido que al firmar el Libro de Asistencias en la "sala de pasos perdidos", ante la fecha se leían las siguientes abreviaturas: A.L.G.D.G.A.D.U. que significaban lo mismo. Aunque las de los jesuítas A.M.D.G. son más breves, ellas dicen algo más, porque encierran la palabra "Mayor" y esta palabrita explica mucho de la actitud de un jesuíta. En cambio el uso del lema de los masones es más frecuente, lo imprimen sobre las invitaciones y en todas las publicaciones oficiales en testimonio de la confesión de la fe. ¡Y pensar que hay quien quiere disputarles su fe!

Seguían con las invitaciones de otras logias, luego se dio lectura a una nómina que pretendía entrar en la Institución. Finalmente excusaron a los no presentes. Se notaba la disciplina. Para hablar era menester levantar el brazo y pedir la palabra al superior más inmediato: el superior de los aprendices era el Segundo Vigilante, y su lugar para este fin, estaba al medio del lado sur para que pudiera atendernos. En aquel tiempo, aunque no tenía conocimientos al respecto, tuve la impresión, por el estilo reinante, que estos detalles debían tener su origen en tiempos antiguos. Ese respeto tenaz por las tradiciones me gustó y comencé a sentir aprecio por la Orden... Y siguió reinando el estilo antiguo en la persona del Venerable, quien instó al Maestro de Ceremonias a pasar con el "Saco de las Proposiciones". El hermano se encaminó con pasos reposados hasta la entrada, se detuvo entre las dos columnas y esperó la señal para el comienzo. Este era el momento de introducir las disertaciones, las declaraciones de los candidatos y etc..., en el pequeño saco. Claro está que esto no es tan simple, porque en la Edad Media un aprendiz no debió tener

voz ni voto y esto no se ha ampliado con el curso del tiempo. Si un aprendiz tiene algún asunto, debe pedirle a un maestro que presente su caso, porque el "saco" se detiene únicamente ante los maestros que se encargan de poner también los trabajos de los aprendices.

No recuerdo la lectura de mi primera tenida, tampoco su autor, pero sí que de semana a semana, entre los trabajos modestos de los hermanos, hemos disfrutado de algunas conferencias sobresalientes. De éstas haré una mención luego. La lectura es seguida siempre por discusiones. Estas tienen dos características: la completa libertad de pensamiento y una rigurosa disciplina: se pide la palabra por turno, nadie puede interrumpir y después que el Orador hace una síntesis del tema y deja expresado su punto de vista, ni el mismo Venerable puede tocar más el problema discutido. Debo hacer mención de esta disciplina con el mayor reconocimiento, porque no la he encontrado en ningún círculo profano. Es por este motivo que las discusiones entre los masones no degeneran. Recuerdo polémicas agudas, cuando el Venerable no permitió al hermano C. G. que interrumpiera a cada rato, mientras hablaba su contrincante, a lo que él iracundo pidió permiso para cubrir el templo (irse). Por su indisciplina le fue notificado el abandono definitivo de la logia. Algunos no gustan de esta disciplina y despacio abandonan. Muchos se acostumbran y no se esmeran demasiado en polemizar y otros, en cambio, parecen disfrutarla en pleno. A mí me gustó sobremanera por haber estado acostumbrado ya en la Compañía de Jesús. He aquí un rasgo análogo más entre las dos Ordenes.

El Saco de Beneficencia también hace su viaje entre los masones hacia el final de la tenida. Cada hermano introduce su mano dentro del saco y echa la cantidad que estimule justa a disposición de la logia para aquéllos que más la necesiten.

Sigue el homenaje a la bandera nacional y el texto final de la ceremonia que es similar al de la introducción. El Venerable con sus últimas palabras alude a la gloria del Gran Arquitecto del Universo, y nosotros, absueltos de la disciplina de la tenida, en medio de las conversaciones amenas, nos dispersamos.

Llegó el día en que yo también eché mi primer trabajo por intermedio de un maestro al saco de proposiciones, donde permaneció "bajo mallete", o sea bajo la censura del orador hasta la próxima reunión. Entonces me invitaron a ocupar el lugar del orador, que éste me cedió, y di lectura a mi primera disertación. Este trabajo entonces, y de boca de un aprendiz, era harto audaz. No suscitó las polémicas usuales por su carácter delicado, pero tuvo eco por mucho tiempo.

Hace poco todavía dos hermanos se acordaron de la crítica aguda a la masonería que había hecho en esa oportunidad. Yo sabía lo que quería de la Orden: conocerla hasta su raíz para ver si se ofrecía la posibilidad de una paz. Desde entonces, tengo la plena convicción de la existencia fundamentada de esta posibilidad. Pero entonces ahí, como aprendiz lo hice como un tanteo para ver la reacción que suscitaba. He aquí su texto:

"Al expresar mis primeras impresiones, prometo ser franco, tal vez en demasía, por ser sólo un aprendiz".

"Mi opinión anterior de la masonería era la de una institución enemiga y cruel, que no tolera adversarios y venga impíamente a todos aquéllos que tienen intención de eclipsar sus intereses, inclusive a sus propios miembros. Creí conocer sus finos cálculos en la persecución de sus fines y la disciplina sin igual que sabían mantener. No me refiero a aquellos miembros que se atascan en el inofensivo ejercicio de los ritos, sino a aquellos que han llegado más allá".

"El por qué de estas opiniones se basaban sobre el enigma que envolvía a esta institución frente al mundo profano. Aunque dice un escritor masón famoso, que el gran secreto de la masonería es, que no tiene secretos, pero la psicología humana dice lo contrario, esto es: una "nada" no puede quedar oculta por largo tiempo, porque muy pronto revelará que es "nada". Por el contrario, donde un secreto nace y prevalece por años, décadas, aún por siglos, significa que guarda algo. Además una opinión tan común que se mantiene constantemente, no puede carecer de fundamento, porque cuando el río suena agua trae. Y como ya se sabe, es muy conocida y común la opinión de que la masonería guarda en su seno fines secretos. Estas y otras deducciones me indujeron a opinar de este modo."

"Heme aquí, pasada la iniciación: ¿cuál será mi nueva opinión? En son de respuesta tengo que confesar que hay cosas que no llego a comprender; todos los símbolos me hablaron de la perfección y de los ejercicios de virtudes como la caridad, templanza, modestia y de las otras pero sin embargo desde la pared del Gabinete de Reflexiones me amenazaron las palabras serias de una venganza terrible en el caso de traición. Pero si no tiene secretos la masonería, ¿ que puedo yo traicionar?

"Tuve que declarar solemnemente que voy a perdonar a todos mis enemigos, si se encuentran entre los hermanos, porque entre nosotros deben reinar únicamente la caridad y comprensión, pero a mí no me van a perdonar. Ya en los ritos de la iniciación uno de los hermanos —el Terrible— apuntaba mi corazón con una espada, dando así una importancia subrayada de mi fidelidad y de la venganza de los hermanos. En nuestras tenidas cada uno participa con su contribución en las obras grandes de caridad, somos verdaderos benefactores de la humanidad y sin embargo según el texto de mi juramento solemne, ofrecía mi cuello para cortarlo en el caso de infidelidad y traición a esta institución de pura beneficencia. Cada rato nos levantamos y saludamos a los superiores pero en el gesto de mi saludo tengo que reconocer siempre el símbolo de una amenaza de venganza en el caso supuesto de que lo mereciera-, ¿pero qué caso existe para merecerla si la masonería no tiene secretos? ¿Por la traición a los ritos van a cortar mi cuello? Nuestro objetivo es aminorar el mal social, promover la instrucción y levantar el imperio de la virtud, y sin embargo el Guarda Templo Interno pide signos, toques y palabras secretas de todos para que no entre ningún profano; tengo que subir en la Escala de Jacob ejerciendo todas las virtudes, especialmente las de la fe, la esperanza y caridad, y sin embargo no puedo contar a mis amigos con alegría que estoy aquí y desde hoy me dedico al cultivo de las virtudes porque estoy obligado a conservar el secreto; más aún, no puedo tratar de los secretos y misterios de la Orden únicamente con Hermanos Regulares del mismo grado".

"No comprendo por qué un comienzo tan ruidoso. ¿Para qué tantas amenazas si luego debo seguir los ejercicios de inocentes virtudes? No hay equidad y proporción entre esas amenazas y el piadoso ejercicio de virtudes. Si me hago socio de una

institución, supongamos, de la Mutualidad Caritativa de Ayuda Social, no me amenazarán en el momento de mi iniciación. No cabe duda, cuando se desarrolló esta norma en los ritos masónicos, que tenía su significado vital y a veces sangriento. Porque de acuerdo a leyes físicas y psicológicas, no hay causas sin razón y tampoco la masonería se escapa de estas leyes. Ahora pues, una cosa me inquieta: ¿los ritos que conocí en este templo con motivo de mi iniciación, ocultan algo o son meros recuerdos de una dura y pesada disciplina de una era lejana? Quisiera saber si las espadas que me apuntaban, eran puntiagudas u oxidadas por el transcurso del tiempo. Con otras palabras, tengo la curiosidad de saber, si lo que encontré, es un león o solamente su cuero curtido. Vea mos ahora, cuáles fueron mis opiniones antiguas y cuáles las primeras impresiones que experimenté al estar iniciado. En una época de mi vida tuve la convicción de que la masonería tenía en sus manos la suprema dirección de la política mundial. Creía que un pequeño grupo en la cima de la pirámide de grados dirige la política mundial hacia un único fin determinado. Algunos fenómenos y estudios me convencieron de la posibilidad de estos hechos. Creo que todos nosotros tenemos el conocimiento de que son muchos los que opinan de este modo. ¿Cuál es mi opinión? Si fuera verdad que la masonería dirige la política mundial y emplea las naciones, las masas y los políticos para su manejo unificado y conciente, hoy mismo tomaría mi sombrero y saludando cordialmente al Venerable Maestro, me mandaría mudar, porque al pensar en el desarrollo de la actual situación política mundial, que se encuentra tan confusa, clamando por mejores soluciones, me abrumaría saberme miembro de una sociedad que maneja al mundo de un modo tan villano. Aún más, el observador puede notar que no se trasluce en la política mundial una supuesta dirección única. Por ejemplo: el desarrollo de la política del siglo pasado y la evolución social en toda su extensión fue una consecuencia necesaria de un desarrollo histórico interno. Aquí no tuvo manejo de nadie, la evolución histórica dictaba sus ideas y los políticos se acomodaron a ese dictamen. La única conquista que se puede calificar como tal, sería el comunismo, que fue un desarrollo sistemático de la fuerza conquistadora que avanza conciente de su poder. Si la masonería no tiene la hegemonía política, sí puede tener en sus manos la dirección interna de la vida cívica de cada nación, esto no exige un poder autónomo de su política. Creo en esta influencia y supongo su existencia. Porque si queremos ser más que un club, donde los socios se entretienen con el ejercicio de ritos tradicionales, si queremos ser más que una asociación cultural, donde se realizan conferencias de temas científicos y pláticas de cuestiones piadosas que generalmente ninguno ejerce; si queremos ser más que una asociación de beneficencia, donde se induce a los hermanos al ejercicio penoso de las virtudes guiándolas hacia el perfeccionamiento espiritual, entonces los Hermanos deben ocupar posiciones en los directores de las empresas editoriales, donde podrán impedir la publicación de las obras que vayan contra el espíritu masónico y facilitar aquellas que van paralelas con los principios nuestros. Después deben influir en la dirección de los teatros, deben ocupar numerosos puestos en los diversos consejos, en las redacciones de los diarios, en los puestos estratégicos de la vida económica. En este caso comprendo la necesidad de la conservación hermética de los masones. En este caso comprendo las amenazas desde las paredes del Gabinete de Reflexiones para todos aquéllos que traicionen su juramento. Únicamente así comprendo el símbolo de saludo y la absoluta disciplina reinante. Por estas razones ya vale la pena cortar un cuello".

"Pero, y aquí nace mi nueva duda: ¿acaso este país, donde funciona mi logia, demuestra algo al mundo de esos grandes beneficios que prometen nuestros fines?

La conducta del país, su organización económica, la tendencia de la prensa, el nivel moral de su teatro y cine, el grado cultural de la radio, no creo que reflejen mucho de nuestro programa henchido de grandes virtudes".

"¿Y esto será porque no dominamos a las posiciones claves, o al llegar a ellas, nosotros también traicionamos nuestros principios? Ambas alternativas agravan las dudas...".

Esta fue mi presentación entre los masones. Desde ese tiempo he mantenido muchas conferencias en Cangallo: algunas pacíficas, otras de tensión, pero siempre con sinceridad. Esta condición nació conmigo y me acompañó durante la primera fase de mi vida y nunca me arrepentí de haberla ejercido y siguió conmigo como un perro fiel que sigue a su amo. Estaba convencido que si podía existir un camino hacia la pacificación entre estas dos Ordenes, ése tenía que ser la sinceridad. Trataba de comprender a la masonería y pronto me di cuenta que la clave de esto era la concepción de sus símbolos. Estos le prestan el carácter misterioso y si logro penetrar en el sistema enriquecido por ellos, recién entonces me convertiré en masón. Me dediqué pues, con la sistematización y el esmero adquiridos entre los jesuítas, a revelar el problema. En primer término me puse a analizar hasta su raiz el símbolo mismo y llegué a la conclusión, sorprendido, de que toda nuestra vida está llena de símbolos. Los perendengues que cuelgan de los distintos uniformes de soldados, policías, marineros, ferroviarios, son también símbolos de su nacionalidad, su rango y poder. La luz roja simboliza lo prohibido y el peligro, la flecha, la dirección y todos los libros, periódicos y demás publicaciones simbolizan el pensamiento. Cada hombre lleva algún distintivo que simboliza su partido, su club, sus pasiones, sus viajes y etc. Estos son algunos, nada más, de los millares de pequeños símbolos de la vida cotidiana.

Pero hay símbolos de otra categoría: el edificio de la Facultad de Derecho de Buenos Aires es uno de ellos. Columnas imponentes están de guardia a lo largo de su fachada y el estilo de estas no es el lujoso corintio, tampoco el alegre jónico pero sí el estilo sobrio y monumental del dórico, fiel intérprete de la ley a la que simboliza.

Entre los símbolos curiosos de la vida diaria está el cilindro de cintas espirituales en movimiento ante las peluquerías, símbolo de la corriente sanguínea que data de aquéllos tiempos en que los peluqueros a más de rasurar la barba, practicaban sangrías. El apretón de mano es otro símbolo, que se desarrolló en la Edad Media, del saludo de los antiguos romanos que levantaban el brazo con la palma abierta hacia afuera, tal cual practicaban los fascistas, en señal de demostrar amistad ya que venían sin armas, con las manos vacías. Este saludo evolucionó en la Edad Media en el apretón de manos a fin de que el contrario pudiera comprobar que no llevaba ningún puñal ni veneno.

La historia conoce otros símbolos interesantes: en la ciudad muerta de Pompeya que fue sepultada por las cenizas del Vesubio en el año 71 después de Cristo, se encuentran cuadros pintados de escenas como por ejemplo; un nuevo rico que en la entrada de su casa está pesando en una balanza su órgano viril desproporcionadamente grande. En su época, eso no significaba pornografía, sino un simple símbolo de riqueza, que provenía de las tradiciones etruscas donde el órgano del hombre simboliza abundancia, prosperidad y riqueza. Por eso los

romanos, hombres y mujeres llevaban como dijes, pequeños órganos viriles de oro o de plata del mismo modo hoy se lleva un trébol o herradura simbolizando la suerte.

Una costumbre de los judíos antiguos era colocar la mano sobre sus órganos en momento que juraban, en símbolo que este juramento lo hacían por todas las generaciones venideras.

Buscando en tiempos aún más remotos, encontramos a nuestra estrella de cinco picos que era el símbolo del hombre con su cabeza, sus brazos, y sus piernas extendidas: este símbolo nunca estaba puesto de cabeza, porque los antiguos sabían concretamente lo que con ello simbolizaban.

La cruz también es un símbolo muy antiguo que significaba el poder que se extiende a los cuatro puntos cardinales. La cruz svástica simbolizaba el dominio que abarca todos los territorios de los cuatro puntos cardinales.

Si remontamos al hombre de las cavernas, encontraremos a éste cargado de un centenar de símbolos: sobre sus muertos echaba tierra roja que simbolizaba por su color a la sangre, y ésta a la vida misma. Con esta costumbre en los entierros querían simbolizar el deseo de que sus muertos tuvieran en la vida de ultratumba sangre, o sea vida en abundancia.

Las figuras de animales talladas en las armas primitivas de huesos no eran más que símbolos del dominio del hombre sobre los mismos. Hé aquí la aparición del símbolo como fuerza mística. Este es el motivo por el cual el hombre primitivo y salvaje no se deja fotografiar temiendo entregarse al dominio de otro por medio de la imagen. Las pinturas de las paredes de las cavernas del hombre prehistórico, no eran destinadas para adorno, puesto que la falta de luz tampoco permitía disfrutar de ellas como tales, sino símbolos de fuerza mágica sobre los mismos animales. Se encontraron en las profundidades de las cavernas estatuas de animales de barro de tamaño natural; por la microbiología se descubrió que eran en verdad los cueros de estos animales rellenados de barro. Estas estatuas ostentaban huellas de golpes del hombre prehistórico, quien los mató simbólicamente ante su caza verdadera. Esta fe en el poder mágico de los símbolos persiste hasta nuestros días ya que todavía campesinos de muchas regiones, pinchan las fotografías de sus enemigos con alfileres en la creencia de hacerles daño.

Naturalmente las religiones tampoco pudieron sustraerse a esta ley universal del uso de los símbolos; y a pesar de la semejanza entre ellas, no podemos decir cuales son las originales y cuales las adoptadas; rozando la verdad podemos afirmar que todos las sacaron de la misma fuente original, de la eterna inclinación instintiva del hombre hacia ellas. El simbolismo de la Iglesia es excepcionalmente rica y bella. La llama titilante de la lámpara eterna ante la Eucaristía nos dice una infinidad de cosas y aunque muestra semejanza con la llama eterna de las Vírgenes Vestales, no tiene relación con ésta. Son dos símbolos parecidos Con significados completamente diferentes. Los colores cambiantes de la Iglesia, desde el blanco a través del rojo hasta llegar al negro, hasta qué grado simbolizan los distintos matices de las fiestas. El uso de la sal en el bautismo nos recuerda la conservación; y el aceite en la confirmación la lucha por la fe. La Iglesia nos unta con aceite del mismo modo, como

los luchadores griegos y romanos consideraban la unción con aceite parte de su oficio, la Iglesia todavía hoy nos empolva con cenizas y en el comienzo de la era atómica nos advierte con determinación, usando el símbolo más primitivo y antiguo, que de polvo somos...

¡Símbolos por doquier! Todos los tiempos y lugares en que actúa el hombre están llenos de símbolos. ¿Acaso se necesita un argumento más elocuente para concebir que los símbolos pertenecen a la esencia de la sicología humana? De este modo hemos llegado a la filosofía de los símbolos.

Los símbolos son la expresión más clara y evidente que el hombre tiene espíritu y es más que un simple animal. No es el cariño y el amor que nos distingue del animal, puesto que los indios primitivos desconocían el amor hasta en su forma sexual tanto que no tenían palabra para expresarlo; por otra parte muchos animales dan señales de amor. Tampoco la fidelidad y gratitud constituyen la expresión más exclusiva del espíritu superior del hombre porque éstas también se encuentran entre los animales. La lengua tampoco es argumento de nuestra superioridad, porque la comunicación de sentimientos y aún de pensamientos, aunque en forma rnás primitiva es practicada por los animales. Del lenguaje de las abejas y de las hormigas abundan libros. Únicamente el fanatismo puede negar que estamos frente a descubrimientos nuevos y muy interesantes. Muchos animales llevan la cuenta de sus crías hasta 3 ó 4 percibiendo si falta alguno, en cambio muchos de los pueblos primitivos para decir 2 dicen mucho y para 3 "como mi cabello".

Amor, gratitud y comunicación de impresiones, todos se encuentran en el reino animal, pero ¿dónde está ese gallo que colgara una pluma de su cola como símbolo de su clan; y dónde está ese león que matara una presa artificial simbólicamente antes de su caza diaria; y dónde hay un toro, que agrupara todas sus vacas bajo la misma bandera?

El uso de los símbolos es la única y exclusiva propiedad del hombre que no coincide en forma alguna con el animal.

Todo esto, son hechos registrados pero ¿cuál es la explicación filosófica? El amor y la gratitud, fundamentalmente, son solamente instintos a los cuales la inteligencia del hombre puede refinar y sublimar; el habla es solo un medio que supone la existencia de algo para comunicar; el uso de los símbolos es un argumento concreto para que el hombre posea algo más que materia y de este modo hemos llegado al grano del problema: el símbolo es el descubrimiento y reconocimiento de la relación entre dos cosas diferentes, cosa que desconoce la materia. Existe el uno y el otro, por separado, e independientemente, pero que ambos puedan compararse y relacionarse entre sí, esta ya es una novedad en la materia: esta comparación y relación que es fundamento necesario del símbolo, no existe en la materia. Existen en el mundo físico material muchos hombres, existen los colores blanco-azul-blanco pero que estos dos pudieran tener una relación y que la combinación de estos colores simbolizaran un grupo determinado de hombres, o sea argentinos, no existe en el mundo físico, es efecto de abstracción, una novedad no existente antes, es producto de la inteligencia que es única en descubrir relaciones y símbolos.

Ya los miembros de la masonería operativa, al ejemplo de las demás cofradías, adoptaron el cariño de los símbolos, esta condición eternamente humana, desarrollándolo en alto grado. El desarrollo máximo llegó cuando la masonería operativa fue reemplazada por la especulativa, que en vez de catedrales, "edificaba" la humanidad y que practicaba los trabajos de los constructores en el plano espiritual: el tallado de la piedra bruta se convirtió en pulimiento del propio yo; el mantenimiento de los pies en ángulo recto, simbolizan la rectitud. El espíritu de la época ayudó a expresar a los formadores de la primera logia especulativa, todo lo que querían comunicar y todos los principios morales de la Orden, con símbolos. Estos no requerían traducciones a otros idiomas, porque hablaban por sí solos a los hombres de cualquier nacionalidad. En vez de explicaciones profusas, la masonería proveniente de Inglaterra señalaba la plomada y los hermanos franceses, españoles, italianos, alemanes y japoneses comprendieron todos a la vez que se trataba de la corrección, de la honestidad y de la actitud proba. Era lo mismo que el número: escribo 1963 y los hijos de todos los pueblos aunque lo pronuncien diferente lo comprenden igual. La masonería creó con los símbolos una especie de esperanto y lo empleaba del mismo modo, como la Iglesia el latín o el simbolismo universal de los templos. Cualquier masón de idioma extranjero, que entra en una logia, puede leer todo de las paredes, alfombras de la firma de las mesas y del movimiento de ceremonias: desde el primer momento se siente en su casa y comprende todas las instrucciones morales. Este simbolismo encierra una fuerza unificadora excepcional y la masonería pudo desarrollarlo al máximo, propagarlo y aprovechar su beneficio. La inclinación instintiva del hombre hacia los símbolos le ayudó en la tarea. Este es el problema del simbolismo en cuanto a la Orden.

Contemplemos ahora lo mismo, en cuanto al hombre que es miembro de esta Orden y veremos por qué un masón a través de comprender los símbolos se convierte en un verdadero miembro de la Orden. Aquel que entra buscando compañía nada más, o porque espera vincularse para fines comerciales o porque quiere instruirse por medio de las conferencias de las tenidas, ese también será masón si presenta dos garantes. Pero si queda ahí no más, no se convertirá jamás en un verdadero masón aunque frecuente las tenidas y cumpla con las contribuciones. Yo por mi parte hice la experiencia, qué es lo que sucede si uno aprende el lenguaje de los símbolos.

Con trabajo concienzudo, con la concentración adquirida entre los jesuítas, me obligué a tomar conciencia que los cuadrados, de la alfombra de la logia significaban que todos somos iguales, la cadena pintada sobre el friso de la pared, me hablaba de nuestra unión y experimenté alegría al saberme acá. Cada vez que entré en la Sede de Cangallo sentí que fui presa. Trataba de analizar de dónde me llegaba esta sensación. ¿Actuará este simbolismo rico de los masones como una irradiación radioactiva que influencia actualmente? Creo que habría una influencia así aunque positiva. Al menos lo creo así, puesto que experimenté alegría al entrar en la logia; me gustan los movimientos angulosos, disciplinados y ricos en significados, las fascinantes ceremonias y las palabras mudas de los emblemas. Me siento con familiaridad con los hermanos y tengo la sensación de haber enriquecido. Los muchos símbolos despiertan en mí la impresión como si fuese por un camino conocido desde hace años y oyera hablarme los hermanos del pasado a través de los símbolos. Estos me conectan en una circulación que se dilata lejos en ,el espacio y en el tiempo. Al levantar la copa y al brindar por todos los masones esparcidos por la superficie de la tierra, me parece ver lo muchos que son y están en todas partes y

me esperan, porque si aparezco entre ellos mostrándoles algunas señas, me ayudan, me hospedan y no me sentiré solo. En estos momentos miro la cadena del friso: es por ella que me recibirán así en cualquier parte que vaya, porque en todas las logias está presente sobre el friso de la pared como símbolo de nuestra unión férrea. Y esto me llena de seguridad y quisiera que viniera ahora mismo un negro africano o un blanco de cualquier nacionalidad y me apriete la mano de modo especial y me susurre una o dos palabras al oído y sabré cuánto hace, que es masón y qué grado ostenta y estaré a su disposición en todo lo que pueda serle útil o movilizaré a los demás si fuera necesario.

Ahora pienso que nuestros enemigos exclaman en coro: ¡eso es, he aquí la maldad de los masones, se ayudan y se unen todos! En primer término, desgraciadamente no nos unimos todos, porque los masones también son nada más que hombres, entre los cuales se distinguen los que quieren dar y aquéllos que quieren recibir. Además, no se abren todos a las predicaciones permanentes de los símbolos. En segundo término: ¿desde cuándo es pecado ayudar a un hermano? ¿Por qué no hacen lo mismo los católicos entre sí?; de hacerlo no habría tantos desamparados en el mundo. Recuerdo, en el tiempo en que dirigíamos el "Kalot" con el P. Kerkai, pudimos lograr un espíritu solidario tal, que los miembros del mismo, al descubrir el emblema del Kalot en otro, aunque desconocido, se ayudaban automáticamente. Esto prueba, que una fraternidad así es cuestión de educación y organización, y donde no existe, es por indolencia y por falta de identificación con el principio. Acaso, los miembros de la Congregación Mariana no se ayudan? y si no lo hacen, tanto peor. En vez de criticar y condenar a los masones por su espíritu fraternal, harían mejor si se dedicaran a este gesto evangélico para el bien de todos. De los francmasones se puede decir en este siglo XX lo mismo, lo que dijeron los paganos de los católicos en el primero y que la Iglesia lo recuerda orgullosa: ¡He aquí, mirad cómo se quieren y se ayudan!

Los jesuítas húngaros recordarán si describo aquí que el P. Bus en Szeged, quien descansa ya en la cripta del domo, en 1930, en la misma ciudad, fundó una asociación entre los católicos con el nombre de Ave —Asociación pro Defensa de la Iglesia— cuya meta secreta era ayudar a ocupar las posiciones claves por católicos. Esto fue logrado a tal punto, que llegó a crear una municipalidad católica, casi en su mayoría. Recuerdo también que dicho P. Bus era el enemigo de los protestantes, y que predicaba duramente contra ellos. Más duramente aún hablaba contra los masones; yo también lo escuché muchas veces por ser un gran orador y mi profesor de retórica. Qué inconsecuencia fue eso, recién ahora lo veo en su totalidad.

* * *

Los años pasaron, y yo según la regla, ascendía en los grados. Llegué a ser oficial y los derechos otorgados con mezquindad permitieron ver y saber algo más. Participé de las instrucciones a los aprendices, y pude observar que el cariño por los símbolos y su aplicación dominaba tanto en la masonería, que hasta impide el conocimiento del pasado. Escuché muchas conferencias sobre el origen de la Orden, pero la mayoría lo hace remontar por lo menos hasta la construcción del templo salomónico. Ahora ya sé, que en los grados mayores la riqueza de los ritos va en aumento, pero va unido con ellos la apreciación razonable. No tuve paciencia de esperar los turnos respectivos y me interné en la biblioteca de Cangallo investigando las raíces de las tradiciones y datos históricos. Me abrumaron cantidad de teorías e historias

fantásticas y parecía perderme como en una jungla, según éstas, los antecesores de los masones fueron los constructores de los dólmenes, los proyectores de las pirámides, la escuela silenciosa de Pitágoras, las cofradías de los templarios y constructores de catedrales. Puesto que me especializaba en la historia de la aurora de la humanidad y de todas las culturas, llegué en mis investigaciones a resultados razonables.

Colaboró conmigo en esta tarea el Hermano Dr. O. profesor universitario, quien poseyendo una vasta cultura penetró en el problema. En las oportunidades en que nos encontrábamos escuchaba sus exposiciones: fraternidades secretas de iniciación como la masonería se pueden localizar en distintas formas ya en el comienzo de la historia. Es de suponer pues, que hayan existido ya en épocas prehistóricas. En las sociedades primitivas al agremiarse algunos grupos para la distribución de trabajo o para ciertas actividades colectivas, sus agremiados a menudo formaron una sociedad secreta de iniciación. Un ejemplo eran los cazadores en épocas prehistóricas o en épocas modernas, entre los pueblos primitivos. Formaban corporaciones, en las cuales la incorporación de nuevos miembros se hacía por medio de la iniciación; éstas y otras ceremonias eran guardadas en secreto. Estas ceremonias secretas; originalmente, se basaban en la creencia, de que para el éxito de la caza o demás actividades no bastaba el conocimiento de la técnica, la fuerza y la habilidad, sino se requería también influencias mágicas que aseguraran los buenos resultados. Situaciones análogas se encuentran en las corporaciones sacerdotales antiguas, donde el elemento mágico tiene rol aún más importante. Cañáis en su libro Prehistoria de América, afirma que las sociedades secretas de iniciación de los hombres, constituyen la característica importante de las culturas mesolíticas, que se encuentran aún hoy entre los pueblos primitivos mesolíticos.

Las ceremonias francmasones no tienen característica mágica sino simbólica y tradicional. Aquí añadiré lo siguiente: las ceremonias de la Iglesia también tienen una fuerza simbólica enorme con la diferencia que el factor de la trasmisión de gracia le da otro concepto y rango distinto. Un observador exento de toda fe, un pagano, podría decir que estas ceremonias de la Iglesia, por ejemplo, el bautismo u ordenación sacerdotal han conservado la fuerza mágica de las ceremonias ancestrales, o sea que trasmiten fuerzas internas. Así que, los menos indicados para burlarse de las ceremonias de los francmasones es la Iglesia y sus fieles católicos y los menos indicados para privarlos del derecho del ejercicio libre de éstas, siendo ellos quienes están mucho más sumergidos en el ejercicio diario de este instinto humano ancestral. La suministración de todos los sacramentos, observada sin fe católica, parece ceremonia simbóloca de fuerza mágica. En el tiempo de la Iglesia primitiva éstas fueron secretas del mismo modo que las ceremonias de los masones.

La misa era secreta y participaban de ella únicamente los instruidos. La puerta era guardada por un ostiario, que era una orden inferior de la Iglesia y sigue existiendo hasta hoy aunque privada de su función. Entre los masones sigue su función hasta hoy, y los guardatemplos externos e internos están en sus puestos durante las tenidas.

De nuevo el Dr. O.: Al desarrollar durante el curso de la historia, la metalurgia, los herreros, etc., aparte de sus trabajos racionales efectuaban también ceremonias má-

gicas, en la creencia, que éstas eran muy importantes para el logro de los resultados necesarios. Estos maestros antiguos guardaban secreto sobre sus ceremonias como sobre sus conocimientos objetivos necesarios para el buen resultado de su artesanía y a estas ceremonias mágicas y conocimientos técnicos los tansmitieron únicamente, a los que pasaron por la iniciación, poco a poco, durante los años de aprendizaje. Las ceremonias de la iniciación, ya en ese tiempo, eran simbólicas. Los herreros, etc., sabían, que el fuego al fundir al metal lo limpiaba y lo tornaba dúctil y que el agua lavaba sus escorias solubles. Este fue el origen de las pruebas simbólicas de fuego y de agua, que siguen su ejercicio en las ceremonias de los masones actuales; más, inclusive en la Iglesia, en el bautismo lavan con agua el pecado original.

Luego el Hermano Dr. O. F., habló sobre las sociedades de iniciaciones más conocidas de la edad antigua. Estas ya me eran familiares y pude agregar datos concisos, y así surgió el tema de los famosos misterios de Eleusis. Sus raices se pueden retrollevar aproximadamente hasta la era prehistórica. Al abandonar la caza, los pueblos convertidos en agricultores disponían de más tiempo, ésto los hizo más tranquilos. La paciencia impuesta con que tenían que esperar la germinación de la semilla, indujo al hombre paulati námente a pensar. El proceso de la semilla lo movió a meditar. El hecho que, lo que había enterrado bajo tierra germinó o sea resucitó; y que esta nueva vida, fue provocada por una muerte anterior seguida por un entierro, lo llevó a hacer comparaciones. Esta experiencia adquirida de la vida de las plantas, la aplicó para la solución del problema de su propia muerte. El también vivía en ese momento una vida, pero según el ejemplo de las plantas él también tenía que volver a la tierra, tenía que morir, para poder resucitar. Sus nuevas observaciones importantes las ilustró con personajes imaginarios, personificó a la espiga y los demás cereales y le puso el nombre de Ceres, quien fue, como es natural, una madre. Su hija la semilla fue raptada por Pluto quien la llevó, bajo tierra, murió y fue enterrada en los campos. Pero la madre desesperada vagaba buscando a su hija perdida y su pena fue tan grande que la naturaleza lloró con ella su dolor solidariamente. Entonces llovía sin consuelo, las hojas caían muertas, las plantas se morían, vino el frío invernal y siguió congelando y desvastando todo, ante lo cual los Dioses se asustaron y ordenaron a Pluto que restituyera a la hija de Ceres a su madre todos los años y cuando ésta apareció de nuevo sobre la tierra, la alegría de la madre fue desbordante y toda la naturaleza reía con ella y resuscitó todo, se llenó todo de brotes, luego de hojas y flores, luego vino el vivificador calor de verano, pero al otoño, la semilla tenía que volver a la tierra oscura de nuevo y su madre Ceres, nuevamente se entregó a la pena y la naturaleza solidaria con ella comenzó a sufrir.

¿Pudo acaso el hombre imaginar más bellamente el problema de la muerte para su propia tranquilidad? Esta idea encerraba una verdadera filosofía. En la aurora de la cultura el hombre no filosofaba con términos abstractos, sino con pensamientos activos, revestidos y personificados. Y como ya entonces eran los menos los que se dedicaban a los grandes interrogantes de la vida, estos pocos se agruparon en sociedades cerradas y expresaban sus filosofías a través de figuras representativas en dramas alegóricos.

Pero esto ya no era comprensible y aplicable para las masas: "¡Odi profanara vulgus et arceo!". A los novatos hubo que introducirlos, iniciarlos, esto ya encerraba la con-

servación del secreto, el juramento, la venganza a los traidores y la formación de los grados.

Según la leyenda, Ceres en su vagabundeo azorado fue recibida por la ciudad de Eleusis con gran cariño y ella para demostrar su agradecimiento los instruyó en la agricultura. Exigieron un templo inmenso en su honor y la historia de su vida, el gran problema de la muerte y la nueva vida, los avesados lo ocultaban jcomo misterio secreto y lo desarrollaron entre sí.

En otras regiones también se crearon misterios parecidos con fines y contenidos filosóficos como en Menfis; o se relacionaron con algunos personajes míticos, como los misterios orficos, que asociaron a la persona de Orfeo el problema penoso de la desaparición y regreso y su solución aunque deficiente. Estos lugares eran los santuarios de las pre-tenciones del hombre por algo mayor; los iniciados se distinguieron y los grandes clásicos como Diodoro de Sicilia hablaban con respecto de ellos. Pindaro afirma que ellos conocían bien la finalidad de la vida. Aristófanes en un coro de iniciados dice que sólo para ellos es el sol y la luz.Cicero también los describe con reconocimiento y dice que son ellos los que encontraron el modo de identificarse con Dios.

Estas y otras tradiciones de sociedades secretas de iniciados fueron heredadas en la edad media, ejerciendo influencias intensas sobre muchas instituciones de la Europa medieval. Hermandades de iniciados medievales eran por ejemplo las órdenes de caballería como los templarios. Den tro del sistema de gremio de artesanos algunos tenían ritos de iniciación y liturgias secretas. A nosotros nos interesan, en primer término, las ceremonias de los constructores, alba-ñiles, picapedreros y especialmente las cofradías de grado de cultura mayor, como los gremios de constructores de catedrales. Nosotros, a estos gremios de constructores, los denominamos masones operativos. Estos albañiles como constructores de catedrales gozaban de una estima mayor y estaban en un grado social y cultural mayor que los otros gremios en general. El hecho que tenían liturgias secretas y señas para identificarse, ya en 1326 llamó la atención de la Iglesia y el sínodo de Avignon los condenó. Estas señas secretas tenían utilidad práctica: los constructores de catedrales, iban de país en país y se identificaban en el extranjero con estos signos secretos. Los constructores de una catedral se reunieron en una —logia— para conversar sus asuntos y mantenían secretas sus liturgias ante los profanos. Albañiles extraños no podían entrar en estas logias, únicamente si se identificaban los signos y toques secretos. Parte de estas logias eran edificios "ad hoc" cerca a la catedral en construción o dentro del mismo. La palabra "Loge" tiene origen común con la alemana Laube y significa edificio provisorio; en cambio los albañiles alemanes usan la palabra —Hutte— de significado parecido. La logia alemana permanente más famosa de albañiles estaba en la catedral de Estrasburgo. Las más antiguas probablemente estaban en Magdeburgo y Colonia en 1211 y 1250. Sabemos que existían también cinco grandes logias, simultáneamente sus sedes estaban en Colonia, Estrasburgo, Viena, Zurich y Magdeburgo. Los masones operativos alemanes convocaron un gran congreso en el año 1275 en Estrasburgo donde eligieron a Ervin de Steínbach como gran maestro. Volvieron a convocar otro congreso en el año 1459 en Regensburgo; el último de éstos tipos de congreso lo tenía en 1564 otra vez en Estrasburgo.

De la vida de estas logias operativas y de su disciplina interior constan anotaciones harto interesantes. Reinaba entre ellos la misma subordinación que caracteriza a los masones especulativos. Para frecuentar las tenidas era menester el empleo de las palabras de paso; allí todos poseían su lugar correspondiente de acuerdo a su rango; a los asuntos tratados los conservaban bajo riguroso secreto.

En Inglaterra reinaba situación análoga. Entre los documentos más antiguos de este país, el manuscrito Halliwell nos enteró que los gremios albañileros o hermandades de su época también tenían tradiciones y liturgias secretas. Se ocupa de estas algo más tarde, en 1430 el manuscrito Cooke. Sabemos de la existencia de otros importantes documentos como ser el Oíd Charges.

Las logias de los masones operativos se transformaron, en Inglaterra, en logias especulativas, o sea en francmasonería. En Francia las logias operativas seguían funcionando hasta el siglo xvili y las logias de francmasonería se originaron a influencia británica, independiente de las operativas.

¿Cómo sucedió pues, esta transformación en Inglaterra? ¿Por qué motivo se transformaron los gremios y logias de los masones operativos en sociedades especulativas intelectuales? Ya en el medioevo surgió la costumbre que los gremios de artesanos admitieron también a no artesanos en calidad de "miembros honorarios". En los gremios de masones operativos éstos fueron los "masones aceptados". Se trataba de personajes de alta sociedad quienes patrocinaban a los gremios y le prestaban ayuda. Por regla general, éstos salían de los donadores de catedrales. En el siglo XVI las construcciones de catedrales, mayormente llegaban a su tér mino y los masones se dedicaban más bien a las construcciones de edificios profanos. Al mismo tiempo, estaba cada vez más en boga la admisión de los masones aceptados. Al cesar la construcción de las grandes catedrales las hermandades y logias masónicas, en especial aquellas de nivel intelectual más alto, iban perdiendo, cada vez más, los miembros auténticos, a los masones operativos, aumentando el número de los miembros adoptivos, los francmasones aceptados. El nivel intelectual de los auténticos masones operativos se había reducido y ya no se hallaban bien entre los "intelectuales". En 1670 las tres cuarta parte de los miembros de la logia de Aberdeen no eran más masones operativos, sino los aceptados. Nos consta, que en 1694 Guillermo III de Orange, también era miembro aceptado de una logia así. El 1703 entre los reglamentos de la logia San Pablo de Londres, encontramos lo siguiente: pueden disfrutar de los privilegios de la masonería no sólo los masones operativos, sino, de acuerdo a las costumbres vigentes, individuos de otras ocupaciones, siempre que hayan sido admitidos e iniciados como miembros de la Orden. Esta costumbre no fue más que un factor en el desarrollo del reglamento, que sin embargo no da completa explicación a la misma. El otro factor importante era la moda de esos tiempos en que individuos intelectuales de espíritu progresista pedían sus admisiones a las logias, porque éstas se convirtieron, poco a poco, en lugares de encuentro de destacados intelectuales y de autoridades.

Este proceso se cerró en 1717 cuando cuatro logias de Londres cuyos miembros ya eran exclusivamente "especulativos" adoptados, o sea, francmasones, formaron una Gran Logia y sentaron su constitución en base de las ceremonias y reglamentación tradicionales de las antiguas logias y gran logias operativas.

La formación de esta constitución desarrolló a través de una larga evolución histórica; la primera gran logia de Londres no hizo más que confeccionar su texto y tomar actas de ello en base a documentos antiguos. Así que los francmasones no son una institución formada deliberadamente, cuyos estatutos son discutidos, votados, confeccionados y en caso de necesidad modificados.

No es posible determinar la francmasonería exactamente. Aproximadamente podemos decir que es una institución que desarrolló a través de un pasado largo y está al servicio de una fraternidad humana y al progreso. Los francmasones, guardan secreto tradicional sobre sus simbólicas ceremonias antiguas, ante los profanos no iniciados, lo mismo que sobre sus tenidas. Los profanos no iniciados no pueden comprender estas ceremonias y costumbres y concebir el significado de éstas; por lo tanto las hallarían incomprensibles Según los francmasones, estas ceremonias y costumbres pueden ser conocidas por aquellos que las puedan concebir e identificarse con ellas.

La iniciación misma es una ceremonia solemne que sella al iniciado dentro de la masonería en forma simbólica. La masonería es una organización de iniciación, mejor dicho: una fraternidad secreta de iniciación.

El hecho histórico que la francmasonería dentro de los marcos de la auténtica masonería, haya tomado su origen de esta última, tiene un significado profundamente simbólico. Los genios constructores del medioevo retrollevaron sus tradiciones legendariamente a la construcción del templo de Jerusalén, especialmente a Salomón, quien fue símbolo auténtico de la sabiduría. La catedral de los constructores especulativos es simbólica, lo mismo que sus trabajos constructivos; ellos trabajan en la enorme catedral intelectual del mundo y gran parte de sus ceremonias, es decir, símbolos se relacionan con esto: a Dios, también lo denominan como el Gran Arquitecto del Universo, ellos usaban los emblemas de los maestros constructores y hasta sus libros de actas llevan el nombre de "proyectos arquitectónicos".

* * *

Ocurrió muchas veces al entrar en la Sede de la masonería, que me puse a observar, ahí al final del pasillo, debajo de la vieja cúpula a los hermanos que iban y venían y me hice la pregunta; ¿qué es lo que buscamos acá? ¿Para qué tanto movimiento? ¿Qué objeto tiene que hombres adultos vistan pequeños delantales y atentos a la cantidad de pequeños golpecitos pidan permiso para entrar a las tenidas en que los allí reunidos son de su grado? El otro día sucedió que un venerable, en compañía de un aprendiz fue de visita a la Logia Humanitas, donde accidentalmente trabajaban en el segundo grado, porque algunos fueron exaltados a compañero. Fue muy molesto para nosotros tener que hacer salir al Aprendiz. Pudo volver a su casa en subte primero, luego en colectivo, mientras llovía a cántaros. ¿Qué clase de secreto se comentaba en esa tenida, a altas horas de la noche, para que un hermano llegado de tan lejos, tuviere que volverse por faltarle un grado? No se habló de secreto alguno, en cambio se practicaba la disciplina de la Orden. La exaltación a compañero es de lo más simple, no merece la pena describirlo. Hasta resulta aburrida en comparación con la iniciación o con la ceremonia de la exaltación a maestro que es imponente. Durante la ceremonia se colocan sobre las paredes

cuatro carteles, sobre éstos se leen los nombres de algunos sabios antiguos, los de diferentes estilos arquitectónicos y otros de distintas ciencias; sigue un comentario y sobre todo la explicación de sus símbolos, puesto que el compañero no irá a hacer cálculos matemáticos ni esculpir columnas corintias. Es posible que el hermano que esa noche fue enviado a su casa era justamente arquitecto, pero ahí, entre nosotros, nada más que aprendiz.

En una oportunidad, cuando le pedí al bibliotecario "El Consultor del Masón", obra importante de Aurelio Almeida que publica los ritos de todos los grados, éste me dijo que yo no debía leer todavía eso. Tenía razón, pero al mismo tiempo el libro de Almeida puede ser adquirido por cualquier profano o prestado por grandes bibliotecas, dando oportunidad a quien quiera, leer los secretos masónicos, desde la primera palabra hasta la última, siempre que tenga suficiente paciencia para ello. Lo tragicómico del caso es que nadie creerá que los masones no ocultan otros secretos que éstos. Desde entonces, ya me he convencido que son éstos los únicos secretos y nada más. Ocultan por ejemplo: con qué símbolos instan a los recipiendarios del grado 18 para el ejercicio de los méritos. El secreto guardado bajo numerosos candados es, cuando el Venerable Gran Comentador en el grado 32 dice lo siguiente: "Sólo los que se conforman a las leyes y a las leyes físicas, realizan empresas perdurables y fecundas; los otros sólo preparan su propio aniquilamiento". Esta es una de las frases que acompaña a la larga ceremonia de exaltación. Se hacen desfilar todas las ideologías de la historia de la humanidad. Las más grandes figuras exponen con pocas palabras la esencia de sus programas. Las más grandes corrientes espirituales confiesan sus doctrinas y el candidato al grado 32 escucha atento y aprende de todos ellos, por qué su alma debe estar abierta para recibir todo lo bueno y bello. Cuando le toca el turno a las Cruzadas, uno de los hermanos dice de acuerdo al ritual lo siguiente: "Las Cruzadas tuvieron su razón de ser, su utilidad, su grandeza. Han sido una admirable manifestación de abnegación y de sacrificio al servicio de un ideal desinteresado. Ellas comenzaron a sacudir el letargo de la edad media; han dado nacimiento a las Ordenes caballerescas; han preparado la emancipación de las Comunas; han engendrado el sentimiento de una Patria cristiana y abierto el período de las relaciones internacionales, tanto en Europa como en el Oriente. Sin embargo, el fin que persiguieron ya no puede ser el nuestro. La idea de empuñar las armas para imponer una religión a poblaciones que la rechazan ya no tiene la virtud de excitar nuestro entusiasmo; más aún, nos es profundamente antipática. Si la Francmasonería debiese practicar una cruzada, sería para establecer la libertad de conciencia, que es la antítesis de la guerra a los Infieles como la comprendían los cruzados. Pero nuestra Orden no admite el recurso de la fuerza para la propagación de las ideas. Es por la persuasión, en los límites de la legalidad, como entiende favorecer el triunfo de la razón, de la justicia y del progreso bajo todas sus formas".

Cité esta parte del largo texto, que contiene el Ritual del grado 32, porque penetra hasta la raíz de los antagonismos. A menudo buscaba el enigma de la existencia de la masonería, especialmente la razón de la cantidad de ceremonias, símbolos y su secreto. Me habrán visto, los hermanos en la Sede, más de una vez apoyado contra la vieja estatua del pasillo que parecía simbolizar una deidad hindú, sumergido en meditación y de la cual nadie pudo decir exactamente a quien representa. Era mi lugar favorito para meditar porque al mirar esa cara enigmática sentí que ésta era la masonería. Después, un buen día, se la llevaron, en cambio trajeron otra, negra,

sobria y real de bronce, el busto de San Martín en pos de homenaje al libertador de la Patria y fundador de la primera logia argentina Lautaro y miembro entusiasta de la francmasonería. Me apoyé de nuevo al pedestal de la nueva estatua y me pregunté; si este cambio no querrá representar también un símbolo de significado profundo? Puesto que los "secretos" de la masonería, aunque de comunicación profunda, encierran grandes verdades, pero como secretos, son de yeso frágil, en cambio su contenido son los San Martines y éstos son de bronce.

Ahí junto al busto, meditaba una vez más, sobre si nosotros aquí no hacemos más que recomendar el ejercicio de las virtudes, de la sabiduría, y juntamos todos los símbolos del mundo; ¿qué es lo que puede reprobarnos la Iglesia? Y recordé lo citado recién del Ritual respecto a las cruzadas. El Ritual habla de ellos con gran reconocimiento al mismo tiempo, los condena o mejor dicho condena al principio de convertir a la fuerza. Esta confirmación tiene un pequeño error, puesto que las cruzadas no querían convertir, sino reconquistar la Tierra Santa de los infieles, pero queda en pie la verdad, que la cristiandad en muchos casos empleó la fuerza para la conversión como ser: en tiempo de Carlos Magno o en el del rey San Esteban y en aquellos siglos en que reinaba el principio de "cuius regio, eius religio", cuando junto a los señores feudales incitados a cambiar su confesión, ora por una parte, ora por la otra, masas enteras, que dependían de ellos estaban obligadas a cambiar su religión de un día para otro.

La masonería, en cambio, jamás trató de convertir a alguno por la fuerza para su verdad; si luchó, esto lo hizo siempre por el librepensamiento. He aquí, el gran abismo. La masonería en su época era revolucionaria por el librepensamiento, que trató de ocultar al principio, luego emprendió una lucha abierta en pos de su doctrina y mientras en la calle las propagaba abiertamente, en su casa, en la logia las revistió con ritos y símbolos, para comunicarlas a sí misma y esta clase de propagación de sus doctrinas abiertas, guardó en secreto hasta nuestros días con el empecinamiento llevado hasta la falta de sentido del hombre atacado. Al mismo tiempo, toda su actuación externa proclamaba con trompetas y revoluciones libertadoras en fila, sus doctrinas ocultadas por dentro. No he podido encontrar ninguna otra explicación lógica.

En el tiempo en que la Francmasonería fue excomulgada por guardar su secreto, éste tenía todavía algún sentido, porque en aquel entonces la opinión pública general mejor se aferraba a las tradiciones del pasado y tomaba con desconfianza el progreso; la Iglesia misma guardaba sus doctrinas tradicionales con rigor draconiano, hasta en los casos en que no había necesidad para ello, como el proceso de Galileo. Entonces era harto recomendable ocultar, que uno de los valores más grandes del hombre es la libertad. Pero, ¿para qué seguirá ocultando todavía hoy, la masonería sus ritos que hablan de estos principios, cuando ya el mundo entero piensa de este modo?

El libre-pensamiento de los francmasones, en el pasado, era un principio que marcó rumbo, digno de pioneros, ya que la mayor parte del mundo civilizado de entonces no se identificaba con ello, por el contrario se aferraba con tenacidad a las tradiciones del pasado. Pero hoy, el mundo entero está impregnado por este principio con todo anhelo, más aún, se precipita, cada vez más, hacia el otro extremo, que es la persecución de lo nuevo, que es ya rayano en una credulidad

ante todo lo fantástico e imposible, cuya atracción para los tiempos actuales, es la novedad. Hoy día, el libre-pensamiento razonable, digamos "clásico" de los franc-masones ya quedó atrás, convirtiéndose en reaccionarios frente a la nueva ola que ya no respeta nada, ni considera nada sagrado. Al mismo tiempo sería injusto de imputarle a la masonería que habría corrido la misma suerte que el aprendiz de brujo de Goethe, quien despertó las fuerzas y ya no puede dominarlas, porque éstas tuvieron otro origen y la masonería respecto a ellas ya se siente más cercana a la Iglesia que a este concepto de libertad o para ser más justos de libertinaje, que se sonríe de todo símbolo y tradición, tanto de la masonería como de la misma Iglesia.

La Iglesia superó ya lejos su antigua rigidez y se transformó en tolerante frente a las otras confesiones, comprensiva con las investigaciones científicas, ayudando a los científicos profanos en demostrar las distintas fuentes que sirvieron de base para la redacción de la Biblia, cuando en un tiempo no lejano todavía no se debía dudar siquiera de ninguna de sus palabras. La Iglesia de hoy tiene que ser tolerante porque ella misma, en más de uno de los casos, necesita de una tolerancia razonable con relación a su pasado. Así nació la "Pacem in terris". Tuvo que nacer de una obligación mayor aún, que la otrora "Rerum novarum", relacionada con otros problemas. Esta ostentó exigencias tan modestas en medio de las exigencias atronadoras del mundo entero por las reformas sociales, que pasado cuarenta años, hubo que desterrarla y elevar el significado del problema con la "Quadragesimo anno", si no quería la Iglesia, acostumbrada a marcar rumbos, a llegar justo a último momento. La "Pacem in terris" guarda gran semejanza con la "Rerum Novarum", en lo que respecta a su actualidad y sería harto lamentable si el programa revolucionario del Papa Juan XXIII tuviera el mismo destino, por el cual, después de 40 años éste también tendría que ser reforzado por otra encíclica. ¿Cuánto hubiera ganado la Iglesia en la conquista de nuevos fieles, en incremento de su prestigio, si hubiera hecho más por la realización de la "Rerum Novarum"? Aún dos décadas después de la "Quadragesimo Anno", nosotros en el Kalot, tuvimos que sufrir verdaderas persecuciones por el programa social de éste y principalmente, por no habernos quedado a la altura digna de cátedras universitarias, sino por haber descendido a los caminos de la realización, a menudo sucios de tierra. Quisiéramos de todo corazón ver al "Pacem in terris" encaminado hacia la realización, todavía hoy y no después de 40 años. Hoy nos dice lo siguiente: "Todo ser humano tiene derecho natural al debido respeto de su persona, a la buena reputación, a la libertad para buscar la verdad y, dentro de los límites del orden moral y del bien común, para manifestar y defender sus ideas". Unos renglones más abajo continúa así el Papa revolucionario: "Entre los derechos del hombre hay que reconocer también el que tiene de honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia".

Son palabras de importancia extraordinaria, que marcan un rumbo revolucionario en la conducta de la Iglesia para con los de otras confesiones y por consecuencia, también para con los masones, que fueron condenados tan gravemente por su tolerancia ideológica. No soy yo quien debe analizar estas máximas excelsas del Sumo Pontífice y sacar conclusiones prácticas, sino citaré las palabras del Emmo. Cardenal Dr. Agustín Bea, S. J. Después de Su Santidad, él es el más competente de toda la Iglesia, por ser presidente del Secretariado de Unión de los Cristianos, dentro de la organización del Concilio. Las Agencias Informativas del 16 de abril de 1963 anuncian: El Cardenal Agustín Bea, uno de los consejeros más "oídos" por el Papa Juan XXIII y vocero del Vaticano sobre unidad cristiana, días pasados des-

cribió a la Iglesia Católica Romana como un "exponente secular de libertad religiosa".

Dijo el prelado que "el derecho del hombre a elegir su propia religión o el derecho a no tener ninguna, es un postulado aceptado por la Iglesia". La otra noche el Cardenal Bea ocupó la cabecera de la mesa en una cena ofrecida en su honor por el Consejo Norteamericano para la Promoción Internacional de la Democracia en el Plaza Hotel de Nueva York. Junto al Cardenal Bea presidían el banquete Mons. Cushing, Cardenal de Boston; Mr. Nelson Rockefeller, Gobernador del Estado de Nueva York; el mayor R. Wagner, Alcalde de la Ciudad de Nueva York; C. D. Jackson editor de la revista Life; El Rev. Dr. Henry P. V. an Dusen, presidente del Seminario Unión Teológica y Rabino Dr. Abra-han Joshua Heschel, del Seminario Teológico Judío. Se hallaban además, Muhammed Zafrulla Khan, presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas; U Thant, secretario general de la UN; el Arzobispo Iakovoz, Primado de la Arquidiócesis Ortodoxa Griega y el Obispo Stephen G. Spottswood de la Iglesia Metodista Episcopal Africana.

En su conferencia de prensa, el Cardenal Bea volvió a repetir su declaración anterior añadiendo, que sus puntos de vista sobre libertad religiosa y libertad de conciencia no eran sólo personales, sino de la misma Iglesia. Terminó su declaración diciendo: "Individuos y sociedad deberán dejar a cada uno en libertad de aceptar y cumplir sus deberes y obligaciones, como resultado exclusivo del uso de su propio libre albedrío".

Sería difícil redactar con más claridad los principios de una tolerancia religiosa, y no hay derecho de tildar a esta tolerancia de indiferencia religiosa, cuando es ejercida por otros. La Iglesia con la encíclica "Pacem in Terris" en mano no puede mantener una excomunión cuyo origen data de una época intolerante. Mucho menos, porque la Iglesia ya puso en práctica el uso del templo en común con otras confesiones.

Recuerdo mi niñez, cuando aprendí que el entrar en una iglesia de otra confesión era pecado. Más tarde en la teología me enseñaron que era pecado sólo, si participaba de las ceremonias de otra confesión —comunio in sacris—. Con este criterio era comprensible, que condenaran a la masonería, porque ésta aceptó todas las confesiones y sectas permitiendo a sus miembros el ejercicio libre de sus religiones. Más aún, las exaltaciones a los distintos grados, hace hablar a todos los grandes fundadores de religión para que cada uno pueda escuchar al suyo propio y le sirvan de conocimiento los pensamientos respecto a la humanidad universal de los otros. Citaré como ejemplo, del texto de los grados 32 las palabras de Kong-Fu Tse: "Yo soy Confucio el Sabio, que dio a la China su cultura moral, cien veces más preciosa que su civilización material. Mi doctrina en su totalidad consiste eiffenseñar la rectitud del corazón y el amor al prójimo. Existe una regla universal de conducta, está contenida en la palabra "Reciprocidad". He sido el primero en formular la máxima: No hagas a los demás lo que no quisieras que te hagan a ti." Es digno de mencionar que al tratar de las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo se cita correctamente del evangelio. Sus primeras palabras sirven de esencia: "Yo soy Jesús de Nazaret, Aquél que dio su vida para la salvación de los hombres". Y su última frase contiene una de las enseñanzas básicas: "Buscad, en primer lugar, la justicia, y el resto os será dado por añadidura".

Hoy, cuando la Iglesia implantó en sus prácticas diarias el posible empleo del mismo templo, con los de distintas confesiones y reconoció el derecho de todos de elegir libremente sus religiones, qué motivo hay para escandalizarse de que los masones otorguen amplia libertad a los hermanos, para que cada uno pueda ejercer su propia religión? Los masones no son indiferentes, sino tolerantes y éste fue el motivo de su excomunión, ¿pero se puede acaso mantener esa condena todavía hoy, por algo que la misma Iglesia también ejerce? La absolución no puede tardar, porque no se puede proclamar principios de tolerancia y seguir dejando en la excomunión aquellos que fueron siempre portadores del mismo principio de tolerancia.

La Iglesia según el Derecho Canónigo y su dogma, condenó a los masones por este principio. Ahora, lo que añade el gran público al hecho concreto, es una cuestión aparte —más adelante la trataré detalladamente—. Según éstos, los masones tienen el comando del mundo en sus manos siendo responsables de toda maldad que se comete sobre la tierra. Pastorales episcopales proclaman esto desde los pulpitos. A este respecto, yo que conozco a ambos adversarios, por dentro y en sus esferas altas, puedo expresar lo siguiente : esto es tan cierto, como la veracidad de algunas lecturas y afirmaciones de algunos masones en las tenidas, según las cuales, los de la Iglesia tienen en sus manos el comando del mundo, siendo responsables de las atrocidades que en él acontecen. La verdad no está en ninguna de estas dos imputaciones.

La masonería no posee ningún centro mundial, ni ningún comando invisible y único, que diera órdenes para millones de masones, quienes obedeciendo a ciegas, condujeran al mundo al desastre. Las Gran Logias de los distintos países se reconocen mutuamente y mantienen una especie de relaciones diplomáticas entre sí. Permanecen, al mismo tiempo, independientes una de la otra. El único lazo que une es, que la autoridad de la Unión de la Gran Logia de Inglaterra es tan grande que las otras Logias reconocidas por ella son reconocidas especialmente entre las demás. Esta Gran Logia de Inglaterra tiene sus estatutos que enumera taxativo y que toma vínculos únicamente con aquellas logias, que cumplan con determinadas condiciones: por ejemplo, la creencia en Dios; colocar sobre el ara la Biblia durante las tenidas, etc. Al formarse una nueva Gran Logia, los ingleses, con su prolijidad acostumbrada constatan, si las condiciones están cumplidas al cien por cien. Si el resultado es evidentemente favorable, entonces la reconocen, de lo contrario la Gran Logia queda excluida de esta comunidad, convirtiéndose en herética y cismática, que puede unirse al Gran Oriente de Francia o, también, a ninguna otra. Pero en ningún caso se puede admitir la existencia de un comando único universal, dentro de la masonería. Es digno de sonreir, cada vez que ocurre alguna maniobra política dudosa, cómo la opinión pública imputa ésta a la masonería. Para servir de testigo a la irresponsabilidad de la opinión pública, citaré un ejemplo de experiencia propia: participé en una reunión en casa de un aristócrata amigo, donde uno de los invitados, un ex oficial del ejército húngaro —callaré su nombre por discreción— quien hablando de los masones, como causantes de todo mal, expuso bajo su responsabilidad con toda importancia, que ellos desde hacía tiempo estaban controlando a estos traidores por la Av. Santa Fe, donde está la Sede de la masonería y junto está afiliada la logia húngara Kossuth y ya han registrado los nombres de 500 personas, que pertenecen a dicha logia, que la frecuentan semanalmente. Estos registros lo han efectuado cerca de la puerta de dicha Sede. Escuché el relato pintoresco del bien informado ex oficial, quien en su importancia

parecía impresionar, como que él también se turnaba con un lápiz grande en mano, para anotar nuevos datos a los ya tan precisos, pero como no era el momento todavía de descubrir mi identidad, no pude aclarar a este enemigo de la masonería, y guardián del orden, que si bien es cierto que la logia húngara se llama Kossuth, pero que en la Av. Santa Fe hubieran controlado a alguien, eso era totalmente carente de verdad, puesto que en esa avenida no existió jamás sede alguna de masonería, ésta se encuentra en Cangallo que queda algo distante de la primera. Además, los miembros de la logia Kossuth, en vez de 500 son 45 y sus reuniones no son semanales, sino se reúnen una vez al mes, faltando cada vez unos ocho o diez. Así son los "bien informados" datos que nacen en los salones de té, en páginas de panfletos baratos y en libros de algunos fanáticos irresponsables.

Más de una vez eché una mirada sobre el grupo de la Dirección Suprema de la Gran Logia con la mirada escudriñadora de un jesuíta y con la más sincera intención del conocedor, preguntándome, ¿cuál de estos señores correctos y honestos, no queriendo ofender, burgueses será el que toma las órdenes que sirven intereses internacionales, y las ejecuta? ¿Y con quiénes las ejecuta? Si pudiera sospechar siquiera de uno sólo, los enumero uno por uno de nuevo, los conozco tan bien que ni remotamente podría ofenderlos suponiendo semejante cosa. Considero como una misión que mi vida sirva de garantía a que ni yo soy un engañado, ni éstos hermanos aquí pueden ser siervos de secretas voluntades del exterior. Hay leyes de psicología en la vida y estas las conozco y sé que aquél médico honesto, o ese profesor universitario o bien ese carpintero quienes llegaron a la cumbre de la pirámide masónica, excelentes padres de familia, como los demás soldados de las logias, no pueden tener parte en disturbios como todos los elementos dudosos con - tra la seguridad de la patria, o bien en cualquier atentado contra el bienestar civil de la gente. Sin embargo se oyen a menudo estas acusaciones, por un lado cómicas y viles por el otro. En el ámbito mundial ocurre algo similar, cuando se carga sobre los masones ya aburguesados, la segunda guerra mundial, la bomba atómica de Hiroshima, el progreso del comunismo y el terremoto de Serbia.

El hombre busca siempre culpables, para los males cuyo origen desconoce. La epilepsia, durante siglos, fue curada con la mayor seriedad y recogimiento por sacerdotes, con la liturgia del exorcismo, cuyo texto fue redactado y autorizado por Roma. Sobre esto no hay que sorprenderse ni escandalizarse: Roma tampoco pudo extraerse a la convicción de la época, los dirigentes de la iglesia y sus sacerdotes eran hijos de la misma y traían consigo de su cuna la ideología de la época. Lo mismo reza para la medicina. No quiero enumerar la cantidad de historias fantásticas de las terapéuticas practicadas en aquel entonces; la humanidad ya las ha superado. Pero existe un grupo de enfermedades, que no aparecen en el individuo, sino atacan a las sociedades en su desarrollo moral, económico, etc. Éstos también tienen sus causas complicadas, sus responsables, que aparecen igual que una úlcera o una epilepsia; pero como no se trata de individuos, las denominamos guerras, crisis, relajamiento de la moral, etc. La opinión pública, la literatura de panfletos todavía emplea métodos antiguos y quiere curar estos fenómenos también con exorcismo. Lo más barato es imputarle todo esto a la masonería. En este campo no se ha hecho todavía la misma investigación minuciosa y concienzuda para descubrir el origen del mal o los causantes de las enfermedades sociales, tal como investigan hoy los gérmenes causantes de los distintos males del organismo.

Cuando recuerdo los hermanos de Cangallo, tengo que sonreirme al pensar, que fueran partícipes activos, de una potencia por encima de las naciones, que guía el destino del mundo. Son individuos que pasan sus vidas ocupadas en medio de sus quehaceres, tratando de solucionar sus problemas y los de los suyos, del mismo modo como los demás, con la diferencia que éstos restándole tiempo a sus descansos o diversiones, se reúnen sistemáticamente para satisfacer una inquietud hacia el bien; con fines de practicar filantropía y caridad y muchas veces en busca de comprensión y de poder expresar sus pensamientos e ideas.

Yo creo que ha llegado el momento, en que se comprendan mutuamente aquellos que siempre han luchado por una superación espiritual al mismo tiempo uno contra el otro.

XII. ¿ES O NO RELIGIÓN LA MASONERÍA?

Venció el tiempo reglamentario para que dos de los hermanos, pasen del grado 14 al 18. Se investigó sus conductas anteriores y se discutió si habían sido suficientemente diligentes en pro de la masonería. Se sometió a votación y yo como fiscal y orador enuncié el resultado: "Todas las bolillas son blancas, puras y sin manchas". El secretario, por medio de una carta oficial, avisó a los dos hermanos, señalando el día, en que debían presentarse, vistiendo traje negro, en la Sede. Los tres grados intermedios se reciben por simple comunicación, pero al 18 se exalta en medio de ceremonias formales.

Estábamos en la sala del Capítulo que lucía adornada especialmente. No voy a describir todo para no ocupar espacio, puesto que las ceremonias tendrán lugar en tres cámaras: cámara verde, negra y roja y cada una está decorada de modo diferente. En la cámara verde se hacen los actos preliminares a la ceremonia, que sigue en la cámara negra. Ésta está decorada, con un drapeado negro sembrado de lágrimas de plata e iluminada con 33 luces colocadas en tres candelabros de once brazos. En tres ángulos de la cámara hay tres columnas, de seis pies de altura soportando, cada una, un transparente triangular con las palabras : Pe, Esperanza y Caridad. Sobre el ara la Biblia abierta.

A la apertura de la ceremonia, los postulantes esperaban afuera. Dentro de la sala se da comienzo a la liturgia con los diálogos usuales: el presidente pregunta al primer Vigilante, ¿cuál es su primer deber y cuidado? —Ver si el Capítulo está cubierto interior y exteriormente—. Se toman las seguridades, cuando el presidente sigue: Es la hora en que el velo del templo fue rasgado, en que el sol se oscureció y las tinieblas se extendieron sobre la tierra. La Estrella Flamígera se eclipsó, los instrumentos de la Masonería fueron rotos y dispersos, la piedra cúbica sudaba sangre y agua y la Gran. Pal. Mas. fue perdida y la tristeza y consternación se apoderaron de nosotros.

Suenan los golpes de mallete usuales, símbolos de la ceremonia empezada. Las ceremonias de este grado representan sobre todo la búsqueda, por parte de los hermanos, de la verdad y de sus cimientos entre los reveses del mundo. Golpean en la puerta con los toques de grado inferior, a lo que el Capitán de Guardia —j el

ostiario de la iglesia!— enuncia que son caballeros de Oriente y de Occidente, que se han extraviado en las tinieblas, entre las rocas y precipicios y que buscan un guía para volver a su camino. El presidente los inquiere si saben bien los signos y las palabras de paso y les hace preguntar, ¿cuál es el objeto del viaje de éstos Caballeros? La respuesta: Ellos no lo dicen, pero parece que se ocupan de grandes designios.

Hacen entrar a los postulados y los presentan a los reunidos. Todo esto se efectúa con seriedad y dignidad.

Entonces toma la palabra el presidente que está sentado bajo un baldaquino: Hermanos míos, nos hallamos en la aflicción, en el decaimiento, en la desesperación. Profundas tinieblas rodean la tierra y han sembrado en ella el desorden y el luto. La fuerza reina en todas partes como dueña soberana. La palabra, tan poderosa en otros tiempos, ya no es capaz de convencer a los hombres. Se han vuelto rebeldes a la razón, a la justicia, y a la verdad. Ya no escuchan más, que la voz de sus pasiones y de sus apetitos. En este fatal cataclismo de la inteligencia, han sido turbados nuestros trabajos, ya no se conocen los obreros entre sí. ¿Qué podéis esperar de nosotros?

Los Caballeros extraviados contestan: ¿No nos habéis enseñado, que el hombre no puede nada sin el concurso de los demás? Os pedimos un guía para conducirnos.

El Presidente: ¿Adonde queréis ir? La respuesta es excepcionalmente profunda: A donde la voz del Maestro nos ha mandado. Huimos de los países miserables donde el error destruye la verdad, donde todas las nociones de justicia se han extinguido, donde el hombre se echa a perder al soplo del egoísmo y de la ambición. Buscamos una patria favorecida para cumplir nuestro terrenal destino, pues el mal no puede reinar en todas partes.

Entonces el Presidente les pregunta: ¿Quién es ese Maestro de quién me habláis? La respuesta, es una clásica respuesta masónica: El nuestro y el vuestro. Esto es deciros bastante.

Ahora el Presidente con palabras profundas, los envía acompañados por un guía al camino recto. Es un espectáculo inolvidable, cada vez que participé en estas ceremonias, siempre he quedado conmovido. Los masones con sus trajes negros, con las espadas apoyadas en el suelo, en sus manos, están en fila a lo largo de las dos paredes largas. Y ahora desfila delante de ellos el pequeño grupo precedido por el guía con un modesto farol sujeto en la punta de su bastón. La inmensa sala está sólo iluminada por las velas y ellos caminan en círculo dando ya la tercera vuelta, cuando el guía se detiene delante de una de las columnas y lee la inscripción iluminada por dentro. ¡ Fé! Y añade: Este es el principio. Acto seguido, continúan el camino incansable en medio de la sala. El ritmo de sus pasos tiene una fuerza sugestiva y junto a la llama de las velas todos meditan obligados sobre lo oído recién: La Fe. Pero ya se detienen de nuevo, esta vez delante la segunda columna negra en que está iluminada la palabra: ¡ Caridad! El guía vuelve a leer la máxima y añade: Estamos en buen camino. Hace tiempo yo también fui guía y más de una vez pude ver de cerca la emoción que invadía a algunos de los hermanos. ¡Quién sabe,

pensaba para mis adentros, si este hombre ha recibido cariño desinteresado alguna vez en su vida! Pero ya sigue de nuevo el pequeño grupo buscador del camino recto y después de una nueva vuelta se detiene ante la tercera columna: ¡Esperanza!, a lo que añade el guía nuevamente: Nosotros llegaremos.

Los postulantes son conducidos a sus lugares primitivos y el Presidente les inquiere, ¿qué habéis aprendido en vuestro viaje? Le contestan relatando que han encontrado las columnas de la Fe, Esperanza y Caridad. Entonces el Presidente les expone largamente, el significado de estas y con un último viaje simbólico los instruye para el caso que se extraviaran de nuevo. Él mismo se encamina acompañado por el guía quien le ilumina el camino con su modesto farol y cuando llegan a la columna de la fé, ésta se apaga y lo mismo sucede con la columna de la caridad, únicamente la columna de la esperanza sigue luminosa, a lo que el Presidente se vuelve hacia los hermanos diciendo: La Esperanza nos alumbra constantemente; seguid esta luz, Hermanos míos, con ella encenderemos la Fé y la Caridad. Con algunas palabras de aliento, se cierra esta parte de la ceremonia y comienza la recepción de los candidatos en la Cámara Roja.

Aquí se representa, igualmente, con dramatismo cómo los dos hermanos siguen su camino con la luz de la esperanza, buscando la "palabra perdida", a la que finalmente encuentran y leen en voz alta: I.N.R.I.; a lo que las luces de las columnas de Fé y Esperanza se iluminan de nuevo. El texto del juramento comienza así: Juro y prometo sobre esta espada símbolo de honor y de valor, delante de Dios... y recién al final viene la expresión masónica tradicional al "Gran Arquitecto del Universo". Y entonces el Presidente tocando el hombro izquierdo de los candidatos les dirige las siguientes palabras: Que la Fé, la Esperanza y Caridad hagan que os bendigan todos los hombres, vuestros hermanos. Al terminar, todos los reunidos se pasan a otra sala donde en medio de una ceremonia llamada "Cena Mística" se da testimonio del lazo fraternal irrompible. Esta ceremonia también es extraordinariamente bella, plena de expresiones profundas y de símbolos. En la sala oscura está colocada una mesa larga en forma de cruz romana, cubierta por manteles blancos bordados en encarnado; en el centro está ubicado el candelabro de once velas; pan colocado en una bandeja de plata y copas con vino. Todos con una varilla en su mano izquierda pasan al modesto Cenáculo; en un braserillo con fuego, sostenido por un trípode se queman sahumerios durante el tiempo de la cena.

Los hermanos se colocan alrededor de la mesa silenciosos, cuando el Presidente toma la palabra: Antes de separarnos, vamos a comer el mismo pan y beber el mismo vino y de este modo estrecharemos más y más los lazos que nos unen y nos amaremos mejor. La varilla que lleváis es el báculo que ha de sosteneros en vuestros viajes. Emblema modelo de la vigilancia, es también la señal de mando y del derecho de ejercerlo. Acerquémonos a la mesa fraternal; Hermanos míos, sentaos.

Se sientan todos en silencio, mientras el Maestro de Ceremonias pone el pan y el vino en una gran bandeja de plata ante el Presidente, quien representa en este momento al jefe de familia y de acuerdo a las costumbres ancestrales, con palabras sencillas pide la bendición de Dios: Gran Arquitecto del Universo, Tú que provees a las necesidades de todos Tus hijos, bendice el alimento que vamos a tomar que sea para Tu mayor gloria y nuestra satisfacción. ¡ Qué este pan os mantenga con fuerza

y salud! ¡ Que este vino símbolo de la inteligencia eleve nuestros espíritus! Comed y dad de comer al que tiene hambre! Cada uno comparte con su vecino el pedazo de pan y el trago de vino recibido. Los sobrantes los echan al fuego de las brazas, lo mismo la palabra sagrada del grado, escrita en un papel de figura triangular se quema en el fuego. Durante la ceremonia todos están de pie y en orden. Las últimas palabras de despedida del Presidente: ¡Retirémosnos en paz y no olvidemos que hemos de propagar en la tierra todas las virtudes que nacen de la Fe y de la Caridad! Que la paz sea con vosotros. Y se contesta:

Así sea. Y todos salimos silenciosos.

Así es una exaltación al grado.

Ahora siento que me invaden un torrente de preguntas y objeciones. Hay quien considera cómica una representación así, e indigna para hombres adultos. No tiene razón, porque esto obedece a una condición humana, profunda y ancestral. Lo mismo ejerce la Iglesia, cuando por ejemplo en el día jueves de la Semana Santa el obispo lava los pies a doce mendigos, o cuando representa con distribución de personajes la historia de la Pasión. Además, es completamente personal lo que cada uno considere cómico: un protestante a lo mejor juzga cómico cuando un obispo bendice al óleo y todos los sacerdotes presentes, se hincan en turno tres veces ante la botella y cantan: ¡ Ave Sanctum Oleum! y expiran dentro de la botella. Sin embargo, aquél que lo hace acompañado por su fé, siente la magnitud del momento. Las costumbres de bodas de algunas confesiones guardan parentesco con el simbolismo ancestral. Se pueden citar numerosos ejemplos de costumbres simbólicas que se ejercen hasta nuestros días, especialmente las que se encuentran en los clubes anglosajones, respetuosos de las tradiciones, como recuerdo de tiempos mejores.

Otros dirán al leer esta verdadera liturgia, que la masonería es una religión. Si esto fuera cierto, entonces tendría que estar en el Concilio Vaticano II entre los observadores de otras confesiones y no debieron haberlos excluido porque hayan luchado contra la Iglesia, pues los otros también han luchado contra ella a veces más duramente que los masones. Justamente la gran Noticia Buena —Euangelion— que el Papa santo Juan XXIII de espíritu apostólico proclamó, era la paz y reconciliación para todos por igual. ¿ Por qué hemos de suponer que el Papa de la paz, hubiera querido excluir de ésta únicamente a los masones?

Nuevamente habrán algunos que dirán respecto a las ceremonias arriba descriptas: ¿qué clase de institución es, que proclama las grandes verdades con dramatismo semejante y recomienda a sus miembros el ejercicio de las virtudes con tanta consecuencia, cuando éstos siguen siendo llenos de flaquezas como los demás? En vez de responder, más vale hacer otra pregunta: ¿Acaso se nota en los católicos que les predican tantas cosas hermosas con tanta insistencia? Nadie va a hacer responsable a la Iglesia porque tanta gente adultera, ladrona y estafadora, hayan recibido educación católica. Es propio del ser humano que el bien no le es fácil; a la verdad hay que probarla con un torrente de argumentos y a duras penas es aceptada; en cambio la estupidez se propaga por sí sola. La moral hay que proclamarla continuamente y sin cesar, tiene sin embargo tan poco eco, mientras que la inmoralidad se desparrama como un río desbordante.

El problema en cambio sigue en pie y tenemos que afrontarlo: ¿es la masonería religión o no? Reconozco que tenía momentos en qué yo mismo no pude dar respuesta concreta y para hacerlo tuve que reunir con prolijo esmero los argumentos en pro y en contra. No podemos atenernos a impresiones infundadas para juzgar, sino buscar una base sólida de hechos concretos para esclarecer posibles dudas. En posesión de experiencias y un cúmulo de argumentos al respecto, di una conferencia sobre el mismo problema en mi Madre Logia. El problema despertó gran interés entre los Hermanos y era obvio que los inquietaba. A lo largo de los años el tema volvía a aparecer en tapete en más de una oportunidad cosa que dejaba traslucir una inquietud latente. En una oportunidad, hablando con uno de los personajes de la Suprema Dirección de la masonería argentina, a gran sorpresa mía, dejó traslucir que le agradaría si la masonería fuera una de las sectas de la cristiandad. Una vez al realizar uno de los actos litúrgicos me sorprendió el recogimiento y dignidad con que se desempeñaba, parecía asemejarse a un sacerdote. En la Logia Estrella del Oriente, el Hno. Lloverás que es el superior inmediato de los aprendices disciplinó al grupo de sus numerosos neófitos a tal punto que no les permitía ni cruzar las piernas durante las tenidas. Me rebelé contra este rigor, especialmente a causa de uno de los aprendices, ya hombre maduro y muy entusiasta. El Hno. defendió su disciplina diciendo que él se sentía ahí como en un templo verdadero. A todo esto me puse a reflexionar sobre los argumentos y los puse en la balanza.

A primera vista, la masonería posee muchas prácticas que prueban que estamos frente a una religión. El local donde se hacen las tenidas, se denomina templo, y estos suelen tener sólo las religiones; toda la sede puede ser llamada como tal. El edificio de Buenos Aires se presta especialmente para esta denominación.

Recuerdo que mientras buscaba la masonería, en una ocasión pasé delante del edificio y éste me llamó la atención, me detuve un segundo para adivinar de qué clase de confesión sería; al no poder precisarlo seguí, buscando los masones.

Aunque hay muchas sedes de la masoneiúa que no parecen en absoluto templos, también hay iglesias modernas que no reflejan su calidad de tal. Una vez, un destacado escritor húngaro denominó a una de estas iglesias modernas de Budapest, no sin razón de "Garage de Dios".

No sólo el aspecto externo, sino también la instalación de la Logia indica que no es una sala de reunión profana, sino un templo. En primer término, el templo masónico, al menos en teoría, está orientado con su eje hacia Oriente y Occidente, como los templos ortodoxos y demás iglesias de muchas otras confesiones. Esta orientación está acentuada con el fresco del cielo raso, que frente de la entrada representa el sol saliente con algunas nubes que la oscurecen cada vez más en su lado, hacia la puerta, donde se apaga en la noche oscura.

Junto a las dos paredes laterales de la entrada se ubican dos columnas altas que llevan los nombres de las columnas colocadas en el templo de Salomón. Si no fuera templo verdadero, se podrían colgar cuadros en las paredes; ¡pero no se puede! Ni los retratos de los grandes masones famosos: éstos están en los pasillos y en las

salas* de reuniones. Esta distinción indica que la Logia misma es un templo donde se realizan ceremonias religiosas. Según prescripción no puede tener más ventanas, que algunas rendijas arriba para la ventilación, que comunica con el exterior. Esto era un¡». característica de algunos templos en las épocas antiguas; por ejemplo: los santuarios subterráneos en honor de Mithra. Es posible que esta prescripción de los templos masónicos es una reminiscencia de las catacumbas cuyas capillas disponían de ventiladores semejantes. Además, en los templos masónicos existe un pequeño soporte denominado ara, para la Biblia que permanece abierta durante las tenidas. Al menos así es como lo prescribe con firmeza el reglamento de la masonería clásica y únicamente las Logias de los masones ateos herejes, son los que no respetan este reglamento y en vez de la Biblia, colocan un libro cualquiera de legislación, o bien un libro en blanco que, según ellos, sustituye para cada uno su libro sagrado. Pero estos masones están excluidos de la comunidad masónica, que guarda la tendencia sajona. Es precisamente esta diferencia la que demuestra que la Biblia tiene para los masones una característica litúrgica de confesión, cuya relación religiosa es innegable.

En la glíptica, la espada flamígera es expresamente de significado religioso, según la liturgia masónica; el Gran Maestro, durante las tenidas usa esta espada a diferencia con las de los hermanos que son lisas. En algunos casos se prescribe el acompañamiento de órgano y es a este fin, que las Logias mejor instaladas poseen este instrumento. Se percibe mejor su significado religioso si observamos el argumento por su lado opuesto: no podría imaginar que en los momentos de tensión de la ceremonia de iniciación, cuando el Venerable llama al neófito a reflexionar sobre si quiere verdaderamente entrar en la masonería y cuál es su motivo, tocara alguna orquesta de jazz una canción alegre para animar en su decisión al candidato de los ojos vendados. El órgano tuvo su nacimiento en las iglesias y es ahí donde sigue escuchándose con familiaridad.

Dentro de la Logia, los cargos y algunos grados tienen nombres especiales que distan mucho de la terminología de las instituciones de carácter profano; estas denominaciones tienen origen en las más diversas religiones: el superior de la Logia es el Venerable Maestro, el que está sentado a su lado es el diácono, a quién envía con algún mensaje si es preciso. Al lado del primer Vigilante se sienta el Subdiácono. De las numerosas denominaciones de carácter clerical, pongo de ejemplo el nombre del presidente de los grados 18 Athesatha cuyo significado original es: Jefe de los Sacerdotes.

Las instalaciones del templo, los utensilios a emplear en las prácticas litúrgicas, dan testimonio de que estamos frente a una religión El uso de velas y la prescripción según el caso de su cantidad 3, 7, 9, 11 son cifras sagradas. Durante la práctica de alguna liturgia en que se apagan las velas una por una, encontré semejanza con las ceremonias católicas de la Semana Santa. En más de una de las ceremonias queman incienso sobre brazas; someter al neófito con motivo de uno de sus viajes a la purificación por medio del agua, que es una reminiscencia lejana del bautismo. Todo grado tiene su cuadro simbólico, que está lleno de dibujos: los signos más diversos de la Deidad y símbolos de religión son ancestrales. Quien observa estos cuadros peculiares, puestos sobre la alfombra cuadriculada en el suelo, al medio de la Logia, no va a sentir nunca que está frente a una creación de la pintura profana, sino despertará en él recuerdos religiosos.

Los textos de las ceremonias masónicas parecen indicar el ejercicio de una religión. La misma masonería los denomina liturgia y habla de distintos ritos; ambos términos salieron del diccionario de los términos religiosos. Y no sólo sus nombres son de carácter religioso, sino sus prácticas también. En cada tenida, el libro de actas y cualquier escrito o formulario oficial se encabeza "A la gloria del Gran Arquitecto del Universo". Más de una ceremonia termina con un vigoroso amén de los concurrentes pero no en su forma hebrea, sino en español: ¡Así sea! La liturgia de algunas exaltaciones a los grados, está entretejida con motivos religiosos y alusiones a sucesos bíblicos; la construc ción del templo de Salomón, la actuación del personaje legendario Hiram Abif, arquitecto encargado de los trabajos, es rodeado por la mayor parte de las tradiciones; además, la búsqueda de la "palabra perdida" a lo largo de los grados, es la gracia perdida; o la verdad escondida que el masón, al subir a los grados, al fin la encuentra. Según apariencias esto también encierra un carácter religioso. La estructura de los grados y su mecanismo superior pese a sus denominaciones pomposas, guardan orígenes antiguos y pre sentan señales de una purificación y superación constante, recuerdan también la fuerza religiosa de la purificación y perfeccionamiento. Visto a través de una crítica imparcial, que traté de conservar en todo momento, puedo afirmar que en el curso de los grados existe una tendencia hacia lo más noble y lo más purificado que merece respeto. Únicamente la mala intención puede traducirlo en poses teatra les y en snobismo fanfarrón, olvidando completamente, que aquél que juzga ésto con ironía mordaz, practica cosas similares, a unas cuadras de ahí y no las considera grotescas, porque nació en su tradición y desde monaguillo participa de ellas. Ninguna de ellas es grotesca, ya que se funda en tradiciones y toma su origen de los tiempos, cuando el hombre acompañaba a las cosas dichas con una multitud de gestos, hasta llegar a la representación. A primera inten ción puede parecer un absurdo, para aquél que no conoce, pero el significado del curso de los grados, su enseñanza y lo que espera de sus adeptos, me evocó una verdadera seme janza con la estructura de los ejercicios espirituales de San Ignacio. Se podría exponer el tema en un estudio esmerado, pero no es mi meta, lo acabo de citar por ser argumento comprobante respecto a que la masonería es una especie del ejercicio religioso.

Aumenta el carácter litúrgico o sea religioso de las teni das y de sus prácticas el hecho de que las dirige un Maestro de Cerem onias; además que cada frase esté prescripta y que durante las prácticas reine el silencio. tNo puede uno levantarse ni caminar de un lado a otro, y por supuesto está prohibido fumar. Participé de alguna tenida, donde durante la cual se fumaba y en donde, en vez de la Biblia pusieron un código nacional como protesta contra los princi pios de la Gran Logia Unida de Inglaterra, cosa que pueden hacer, ya que tienen libertad para ello, hasta que no se enteren en Londres o en E. U. en cuyo caso los excluirán s in emoción alguna, de los grupos masones de tradiciones clásicas, convirtiéndolos en heréticos de la familia original. Este es otro hecho que aumenta el carácter religioso de la masonería, puesto que la historia de religiones ha practicado esta clase de c ismas y excomuniones por causas análogas.

Otro grupo de argumentos es, que la masonería también posee ceremonias solemnes, para las grandes ocasiones de la vida, seguidas por prácticas litúrgicas. Estas son tres: la ocasión de nacer, de formar familia y de morir. Cada religión reserva un ramillete de lo más bello de sus ceremonias para comunicar en estos

momentos. Una lo denomina ritos, otro magia y la Iglesia con todo derecho los llama sacramentos. El hecho con que la masonería también pide la palabra p ara estas tres ocasiones fundamentales de la vida, demuestra su concepto de sí misma, porque ni a la Real Academia Española, ni tampoco al Círculo de Prensa jamás se les va a ocurrir lo mismo.

Lowton es el nombre del hijo de un masón que ha sido adoptado por una Logia. Esta adopción acontece en medio de un rito simbólico de significado profundo, que los masones conciben como un equivalente del bautismo.

Mucho más interesante es el Reconocimiento Conyugal, que denominan impropiamente de Matrimonio Masónico. La belleza de su liturgia y su riqueza sólo es superada con la de la iglesia ortodoxa. No lo voy a describir, porque cualquiera puede presenciarlo, ya que se efectúa en "Tenida Blanca". Citaré sólo una frase de la introducción del Venerable: "El espíritu de unión, de amor y de paz, que emana de nuestra Institución y de nuestros trabajos, puede contribuir mucho a mantener en la concordia la indisolubilidad del matrimonio". No hace mucho, estuve presente en un acto de reconocimiento conyugal y observé todos los detalles del acto solemne : decoración floral, un pequeño altar, el colocar de las alianzas en los dedos y cuando el Venerable extendió sus brazos encima de la cabeza de los jóvenes, consagrando el acto de ratificación del matrimonio, tuve la impresión de que no existe dialéctica que pudiera restarle su carácter sacerdotal y la Institución en cuyo nombre esto se efectúa, tiene que ser una de las tantas religiones.

La tercera gran ocasión de la vida es, cuando se sale de ella. Los masones dicen que se fue al Eterno Oriente.

Al oírlo por primera vez, confieso que me sonó algo peculiar, y lo tomé con cierta reserva; me pareció un legado de los libros de Carlos May donde los indios al morir van al Eterno Coto de Caza. Traté de desligarme de los prejuicios y de la idea afincada en mí por mi educación, según la cual después de la muerte, se sube al cielo; para ser justo en mi apreciación llegué a juzgar que el Eterno Oriente es una expresión simbólicamente indicada; puesto que no subimos al cielo ni vamos al Oriente después de la muerte, porque el Más Allá está fuera de la forma, del espacio y del tiempo; pero para indicar una dirección, Oriente expresa el nacimiento de la luz y éste puede significar la nueva vida.

Una vez al año los masones recuerdan sus muertos en medio de ceremonias funerales. Con esta ocasión todos dan vuelta sus mandiles que están forrados por atrás de negro y guardan una pequeña calavera aplicada de paño blanco; se coloca en el medio del templo un catafalco con un modesto ataúd negro, del mismo modo como en las misas de exequias y lo rodean don velas y adornos de flores. Esta recordación de los muertos, aunque está vestida de negro, se denomina Tenida Blanca, porque está libre a la participación de profanos. Por lo general, la frecuentan muchos de los parientes y amigos de los masones. Los visitantes son recibidos por el Maestro de Ceremonias en la entrada del Templo Grande, quién los conduce a sus lugares. La ceremonia comienza con la entrada de las autoridades de la Gran Logia, igual, como cuando un obispo hace su entrada con su cortejo solemne, sólo que éste último con su cola, báculo pastoral, ínfula, etc., es más majestuoso. Pero aquí entre los masones tampoco faltan los anchos collares de oro, que ostentan las

autoridades de la Gran Logia y la actitud solemne. No voy a describir la ceremonia con detalles, porque cualquiera puede presenciarla: se efectúa en medio de los diálogos usuales entre los cuales, en un momento preciso el primer Vigilante se acerca al ataúd y, lo golpea tres veces con el mallete y a la pregunta del Gran Maestro, si recibió respuesta del Hermano, contesta que no, ya que éste se fue hacia el Eterno Oriente. Todas las veces que participé de estas recordaciones, me puse a observar al público, que en todos los casos demostró: emoción, devoción y profundo silencio. Más de una vez, recordé en esos momentos las afirmaciones, del Cardenal Caro, de las ceremonias masónicas: "Lo grotesco en lo solemne" y me pregunté: ¿Con qué derecho se puede burlar de una ceremonia simplemente porque ésta es efectuada por otros? Todas las ceremonias del mundo son grotescas al mismo tiempo que solemnes, de acuerdo a la predisposición de ánimo con que se participe de ellas. Sería más instructivo sacar en conclusión de esta ceremonia, que la institución, que la adhiere a su programa, cree en la inmortalidad del alma. Cualquiera que fuera guiado por intenciones maléficas; no podría acaso burlarse de las ceremonias de la religión católica para ridiculizarlas? Y sería el mismo error el que se comete contra los masones. Después de la encíclica Pacem in Terris esta conducta la pueden seguir únicamente aquéllos, para quienes la palabra de Roma es vana o un simple camuflage.

La conclusión en cambio está en pie: be aquí que la masonería puede ser considerada como religión, porque dispone de una liturgia desarrollada. Este hecho se colma con la norma según la cual el Venerable con el motivo de su instalación promete en su juramento, guardar las "dogmas masónicas". Las dogmas son siempre base de las religiones.

Entre las demás ceremonias masónicas está el año litúrgico con sus fiestas como por ejemplo los días del solistício y el jueves de la semana santa, cuando se hace la cena mística de los del grado 18.

Pese a todos los argumentos enumerados, mi opinión responsable y sentada es, que la masonería no es religión. Con la ayuda de mis estudios de teología y filosofía, analicé para mí todos los detalles de esta cuestión, Para poder hablar de religión, deben haber presentes tres factores sin que falte ninguno de ellos: primero un sistema de dogmas sobre Dios y sobre su criatura dependiente de Él y quien tiende retornar hacia Él; segundo: un sistema de normas morales; tercero: un culto organizado que reconoce el poder Supremo de Dios y la dependencia de Él. (Tanquerey: Brevior Sinopsis Theologiae Dogmaticae, pág. 11). Ya la primera condición falta en toda la masonería: no tienen ningún sistema de dogmas. He investigado los reglamentos masónicos, todo el sistema de sus reglas, todos los textos de su liturgia y exceptuando el juramento del Venerable, no he encontrado ñi un punto, que hablara de un sistema dogmático. La palabra dogma en el texto señalado según mi convicción, debe ser por un error, puesto que el que lo redactó no ha previsto las consecuencias del grave significado de esta palabra, que puede tener relación únicamente con los principios masónicos y en ningún modo puede ser empleada sin un sistema dogmático existente. Si a toda costa quisiéramos hablar de dogmas, la masonería reconoce uno solo: la libertad y la tolerancia y esto es demasiado poco como base de una religión. La segunda razón perentoria es, que la masonería no posee sacerdotes dedicados al ejercicio de un culto, cosa que es parte esencial de una religión. Los protestantes niegan al sacerdocio como

sacramento fundado por Cristo, pero en la práctica no pudieron menos que adoptar el sistema e instruir en escuelas superiores de teología a sus pastores. Y si aquí o allá, los masones ejercieron alguna actividad similar a la de un sacerdote, a ésa jamás la traducen en una transmisión de la gracia divina. No debemos olvidar que la masonería en todo tiempo negaba rotundamente que fuera una religión, y a mi entender, nadie sabe mejor que ella misma lo que quiere ser, y los fines que persigue.

Aunque posee un sistema de moral definido, éste no e9 suficiente para integrar una religión, del mismo modo, como las instituciones educacionales profanas también tienen su sistema de moral, sin embargo a nadie se le ocurre que por eso la denominaran como religión.

A lo que respecta a las prácticas de su liturgia, está lejos de imputarles fuerza sobrenatural alguna, cosa que es elemento indispensable en la liturgia de todas las religiones; pues bien, si falta el elemento indispensable, queda el simple simbolismo que es propiedad eterna del hombre. Es tan eternamente humana que las religiones mismas también lo adoptaron de la misma fuente para sus fines. Y si bien tienen el mismo origen en la aplicación, difieren por su naturaleza.

Las liturgias masónicas no son más que interpretaciones de la psicología humana. Sus ritos parecidos a las prácticas religiosas se sostienen, no para ejercer una religión, sino porque éstos encierran una fuerza eterna para enlazar a los hombres, motivo por el cual también las mismas religiones los adoptaron. Hasta el yudo posee ciertos ritos, sin dejar de mencionar a los clubes universitarios. Yo mismo he experimentado en distintas oportunidades en Alemania cuan rica en símbolos es la vida universitaria. La Masonería recibió la mayoría de sus ritos como legado de las asociaciones de cofradía de los masones operativos y éstas como todas de esa época estaban llenas de los más diversos símbolos y de prácticas de sucesos simbólicos. Éstos fortalecieron en parte la unión entre ellos, y, por otra parte, sirvieron fines profanos para una defensa lógica y permitida frente a los intrusos, quienes sin autorización alguna, querían penetrar en los secretos del oficio. El conocimiento de algunos ritos y su práctica, fue adoptado a fin de mantener una estricta disciplina interior. Los oficiales de cofradías deambulaban a través de los distintos países a fin de ampliar sus conocimientos sobre el oficio, para probar su calidad de operarios instruidos, tuvieron que conectarse hábilmente a través de estos ritos. Después de que se incorporaron en las obras y llegaba el día de pago, la suma de los salarios dependía de los grados que ostentaba cada uno. Como en ese tiempo carecían de lista de salarios, el obrero le dijo al oído al pagador la palabra secreta, o sea la que determinaba su grado o instrucción, y la cantidad de dinero correspondiente. Este fue el origen de la "palabra de paso" que vive hasta hoy en la masonería y su ejercicio pertenece a su liturgia. Un ejemplo es, cuando se cierra una tenida, el Venerable, pregunta: ¿Cuál es el segundo deber del segundo Vigilante? Cuidar que cada obrero reciba su salario.

Vistas a través de su evolución histórica, las liturgias masónicas pierden inmediatamente su significado religioso y se apreciará la fuerza educativa que encierran. Descubren alguna enseñanza ante el hombre, sin querer instituir vínculo alguno entre Dios y el hombre, base esencial para una reli gión. Un factor primordial para la liturgia religiosa es el reconocimiento, por parte de la misma del supremo

poder de Dios y de la dependencia de él. Como la liturgia masónica no hace mención de este factor, no puede tener carácter religioso.

El conjunto de esas pequeñas reglas, que en su totalidad parecen fortalecer la presunción de que estamos ante una religión, se dispersan una vez que nos ponemos a juzgar sin prejuicio. El hecho de que no se pueda colgar cuadros en sus "templos", no prueba nada, ya que con ese criterio las salas de los tribunales serían también templos, puesto que no se puede colgar en ellas por ejemplo, una linda reproducción del cuadro "Silenio ebrio" de Rubens. En los salones de conferencias por regla general está prohibido fumar, como también el silencio exige respeto, sin que esto despierte devoción religiosa alguna. La apelación con insistencia al Gran Arquitecto del Universo tampoco significa que la Institución se deba convertir en secta alguna, sino el simple reflejo de su fe en Dios, que cree estimar al recordarlo amenudo. Pero deja liberado el ejercicio religioso de esta estima, a la convicción o libre albedrío de cada uno; más aún, espera de sus miembros que pertenezcan a alguna religión. Este hecho en sí es argumento completo de que no se considera capacitado para desempeñar exigencias religiosas, aunque ante la observación superficial impresione lo contrario. El único gesto sacerdotal en toda la liturgia, es el brazo extendido en pos de bendición del Venerable, con motivo del Reconocimiento Conyugal a lo que se puede alegar, que un gesto es muy poco para hacer una religión; además, en todos los actos consagratorios y juratorios juega papel importante la espada extendida encima de las cabezas que es una remembranza de los tiempos de caballería. Huelga decir, que este gesto típico, quedaría de pésimo gusto en el caso del Reconocimiento Conyugal, don de sobre las cabezas de la pareja nueva, en vez de la espada, en este único caso, el Venerable extiende sus brazos.

Para terminar, debo añadir que jamás ni por un segundo me he sentido como miembro de una nueva confesión. A la afirmación de un hermano entusiasta, al querer persuadirme que la Logia era un templo verdadero, yo le respondí, que entonces la masonería es una religión y en caso que esto fuera cierto, me vería obligado a abandonar la Institución.

XIII. INQUIETUD

Cada tenida tiene un esquema, según el cual se desarrolla. La apertura del trabajo y el cierre del mismo abarca un or¬den del día más libre. Aquí tiene lugar por costumbre, una conferencia seguida por disputas. Nadie puede pasar por los grados sin presentar algún estudio propio, de acuerdo a sus capacidades. Algunos presentan trabajos a menudo; apenas se los puede parar, otros renuncian a los grados con tal de no tener que enfrentar a la Logia con un es crito propio. Re¬cuerdo la Hermano G. a quien animábamos con otros dos hermanos con el propósito que presentara algo, cuando al fin se animó a una lectura breve, reflexiones sobre su inicia¬ción. Se percibía que tenía nudos en su garganta cuando se sentó en el estrado del orador y leyó sus pensamientos en medio de gran embarazo. El éxito fue grande e inesperado, todos quedamos sorprendidos, inclusive él mismo. En vez de las frases ampulosas y expresiones rebuscadas de costumbre, sonaba de sus palabras espontáneas una profunda sencillez humana. Aunque de introducción se disculpaba prolongada¬mente alegando que hasta ese momento no había escrito otra cosa, que cuentas y alguna carta que otra. Su sinceridad lla¬na despertó tal

entusiasmo que sirvió de aliciente tam¬bién a él, que al cabo de unas semanas, presentó un nuevo escrito, esta vez de un tema más asbtracto: la "amistad". Su esfuerzo ahora también fue coronado por el éxito. Mientras leía este su segundo trabajo no hice más que observarlo: su rostro varonil parecía tallado en un gran trozo de quebracho, imaginé verlo en su casa por la noche redactando su escrito, un nuevo color en su vida, seguramente estaba nervioso, mientras buscaba los pensamientos. Supuse que lo leyó a sus familiares y que éstos lo alentaron. La vida a veces es tan monótona y sabe tan bien un nuevo matiz entre las cuentas, pagarés y mercaderías. Comencé a sentir un afecto sincero por este pedazo grande de hombre, que viene aquí con entusiasmo, cada dos semanas, y para quien nosotros significamos una novedad y un plus en su vida.

El gran público suele imaginar a los masones de otro modo. Años atrás yo mismo me hice un cuadro muy distinto de ellos: los vi con sus trajes negros y guantes blancos (en algunas Logias todavía es obligatorio) cómo se reúnen a deliberar para lograr una posición clave; decidiendo los destinos de las luchas culturales, desplazando un ministro católico de prestigio, evacuando a los jesuítas de Francia, otorgando grandes sumas para un movimiento entre los negros contra los blancos en el corazón de África, porque ahí juegan parte intereses económicos de un país católico, etc. En vez, encontré una institución que cultiva las virtudes y cuyos miembros se instruyen con conferencias y mantienen polémicas intelectuales sobre un problema de biología, hasta medianoche, porque en sus filas hay media docena de bioquímicos, que dan a conocer los descubrimientos revolucionarios más recientes. Así pasa en los grados inferiores y en mayor medida en los más altos, hasta llegar a la Academia de los superiores, cuyo estilo le hace honor a su denominación. ¬La misma inquietud intelectual en toda la línea: los más modestos en experimentos más sencillos, los de más capacidad dan conferencias brillantse, pero todos, henchidos por un afán sincero de autoinstrucción, frecuentan las tenidas cada quince días, o semanalmente. En la cumbre de la pirámide masónica, también reina el mismo espíritu. Hay que hacer les y decir claramente justicia que la masonería ya está lejos del estado perenne de conspiración y que no se emiten órdenes secretas como otrora, porque aunque hubieran intenciones bélicas en los grados superiores, los hombres de los grados menores ya no son soldados para combates.

Aquí y allá se oyen conferencias anticlericales, pero éstas parecen hechas a molde al presentar siempre los mismos argumentos : las atrocidades de la inquisición y la fortuna fabulosa de la Iglesia, que resultan ya cansadoras a los hermanos, entre los cuales siempre hay algunos católicos que a pesar de la excomunión, salen en defensa de esa iglesia que los echó de su seno.

Hay algunos que vienen a la masonería con el fin de efectuar negocios, pero éstos al verse defraudados, apagado su entusiasmo se van retirando poco a poco de la institución. En casos peores hacen víctima a algunos hermanos ingenuos con estafas por sumas cuantiosas y para esquivar el sumario y su secuela, la expulsión, desaparecen de golpe. He sido testigo de algunos casos así. La mayoría en cambio progresa en el camino honesto, participando de la vida intelectual de los masones, mientras absorbe la enseñanza del simbolismo de la liturgia masónica. Estas dos deben ir paralelas. He visto "caer las columnas" de algunas Logias porque al decaer su vida intelectual, la congregación se redujo a la sola práctica de los ritos y su actividad quedó agotada con las lecturas del Boletín Oficial. En cambio he sido

visitante asiduo de otras Logias, donde permanentes polémicas intelectuales alejaban a los más modestos.

Por mi parte traté de amparar siempre a los que dieron sus primeros pasos en la Logia con sus trabajos prolijamente redactados, con el mismo afecto que me profesaban el P. Bangha y el prelado Dr. Zoltán Nyisztor en mi juventud jesuíta, al protegerme.

Uno de mis protegidos es el H. Director padre, quien luego trajo a su hijo. Este hermano, después de su primera lectura que obtuvo más críticas que reconocimiento, describió la historia de su infancia, con tanta fuerza dramática que nos hizo recordar a Maxim Gorkij. Era un profundo reflejo de miseria y de padecimiento: sus palabras llanas traducían el sufrimiento silencioso de una familia pisoteada en medio de las atrocidades de la primera guerra mundial. Fue ésta una descripción sin poses, enlazadas por esas minúsculas alegrías, que ni la tormenta más desvastadora puede extinguir de una familia, donde el único consuelo es el cariño. El H. Director sacó como conclusión de su relato que todo ese sufrimiento pasado, sirvió para pulirlo; por cuanto a su lectura, la tituló "Hacia el perfeccionamiento".

A menudo sucede que algún hermano avisa su próxima ausencia por motivo de un viaje al extranjero. Al poco tiempo llega una postal a la Logia recordando a los hermanos con afecto; luego de un tiempo llega el hermano que en una conferencia relata sus experiencias adquiridas. Más de una vez hemos disfrutado de disertaciones sobre brillantes observaciones, producto de los viajes de los hermanos. De este modo recibimos las últimas novedades y curiosidades del mundo de primera mano. En otras oportunidades nos instruyen con interesantes relatos de sucesos artísticos; a veces hay conferencias que no nos enseñan más que la capital de Francia es París c que Ñapóles está ubicada a los pies del Vesubio. Cada uno expone de acuerdo a sus aptitudes. El simple hecho, que cualquiera de los hermanos tenga campo libre a exponer sus pensamientos y que tenga un público que no sólo lo escuche, sino que reflexione sobre lo expuesto, es un verdadero don para todos aquellos a quienes la vida no les permitió encausar sus inquietudes en marcos académicos. Esta posibilidad no sólo aumenta la confianza en sí del individuo, sino mucha;? veces lo hace consciente de sí mismo.

Después de una conferencia sobre las impresiones del viajante, llueven las más diversas preguntas: uno se interesa por la educación pública de algún país, el otro quiere informarse de las posibilidades de compras, un tercero averigua si es cierto que en el interior del Esfinge han encontrado una Cámara de Reflexiones, que está conectada por un túnel con la pirámide Keops. El pobre peregrino no da abasto ante tantas preguntas. Los hermanos cuando viajan, visitan las Logias del lugar de paso y al volver informan de muchas experiencias interesantes. Esto en algo se asemeja a la Curia Romana adonde llegan Padres de todas partes del mundo quienes dejan impresiones y experiencias para enriquecer a la misma.

A menudo oímos relatos de ayuda fraternal de los masones de otros países, hecho que merece todo respeto y nos hace reflexionar sobre los éxitos de una institución si esta toma en serio sus principios.

Pero no hay que pensar que faltan abusos; el ser humano no es mandado a ser para eso; desde ya, recomiendo a los exentos de pecados, que vayan juntando piedras para arrojar sobre la masonería. Hace unos años se dio lectura en todas las Logias, a una instrucción de la Gran Logia, según ésta la otorgación del "pasaporte masónico" que equivale a una recomendación para el extranjero, se hará en adelante únicamente para los de grados mayores, ya que se han cometido abusos al respecto; y se llamó la atención a todos que los vínculos masónicos no son para que se utilicen con fines de lucro. El hecho fue el siguiente: comerciantes hábiles se incorporaron a la masonería y al poco tiempo de su iniciación viajaron a los EE. UU. donde fueron recibidos con la confianza y afecto acostumbrado, dispuesto a ofrecer cualquier ayuda a los hermanos inexpertos en el extranjero. Los individuos mencionados expusieron con pudor su modesto pedido, según el cual quisieran importar a su país una partida de televisores y otro tanto de anilinas y agradecerían mucho la dirección de un hermanito que los fabricara y en todo caso, diera un descuentito de unos centavos o dólares en nombre del Gran Arquitecto del Universo. ¡ Cómo no!, fue la respuesta, y dichos señores, con cinco o seis direcciones en sus bolsillos abandonaron el amable local de la Gran Secretaría. Claro está, que los hermanos americanos pronto descubrieron el abuso inmoral y escribieron a todos los países interesados para que disciplinaran a los hermanos, porque la ayuda mutua según la ética masónica significa otra cosa. Después de la bromita, dichos señores se retiraron de la masonería y siguen sus actividades caracterizadas por su "viveza" desacreditando por doquier a la institución.

Se conocen casos concretos de individuos que fueron expulsados de la Orden por haber aprovechado ésta para sus fines de lucro. Esta ayuda mutua tan mentada de los masones ha adquirido carácter legendario y como tal exagera su medida.

Entre los hermanos que han viajado últimamente y con ese motivo ofrecieron conferencias pintorescas y muy instructivas debo mencionar al Hno. Dunayevich quien acaba de dar su segunda lectura sobre el tema a pedido.
Existen también Tenidas de Instrucción, a una de ellas se invitan los aprendices de todas las Logias. Claro que al oír la palabra aprendiz, uno se imagina cadetes, en cambio hay entre ellos hombres maduros hasta algún juez jubilado, que pese a sus años recién están dando sus primeros pasos en el nuevo oficio. Para los maestros también hay Tenida de Instrucciones una vez a la semana, de ella se encarga el Hno. Maldonado con una preparación versada en historia. En la primera ocasión de oír sus conferencias le inquirí cual era su cátedra universitaria cosa que tomó por un cumplido de mi parte; sin embargo mi pregunta fue sincera ya que me sorprendió la presición singular de los datos aglomerados de su exposición que rezaba de la historia de la masonería, su posición jurídica, la concepción de su simbolismo y los debates contra los adversarios. Estas tenidas son frecuentadas por muchos.

Cada tanto cuando aparece un famoso visitante extranjero, escritor o profesor universitario de renombre, éste es invitado por una de las Logias para una conferencia a la que se invita a las demás Logias. Estos invitados en todos los casos son de primera línea, cotizadas autoridades de sus especialidades y muchas veces no son masones. No enumero sus nombres porque todavía, desgraciadamente, puede acarrearles algún perjuicio el haberse vinculado con la masonería, aunque nada más que en calidad de visitante. Más de una figura destacada de la vida

intelectual argentina ha dado conferencias de alto nivel en la Sede de Cangallo. Espero que no está lejano el día, en que si alguien quiere demostrar sus conocimientos o resultado de alguna de sus investigaciones ante un auditorio competente, entonces vendrá a la masonería y nos sentiremos honrados mutuamente.

Una de las principales atracciones de la masonería está, para mí, en las inquietudes intelectuales allí encontradas. Algunas Logias o Capítulos rivalizan entre ellos sobre el desarrollo de su nivel intelectual. Como es natural yo considero el mejor al que pertenezco, a "Roque Pérez", a lo que se oponen otros, muy amigos míos, afirmando que el mejor es el Lux ex Tenebris, desde luego porque ellos pertenecen a ése. Este es el cuadro íntimo de aquellos que son juzgados por fuera como propagadores de inmoralidad y responsables de todo trastorno turbio internacional.

En seguida se corre la voz, si algún hermano ha dado alguna conferencia interesante, e inmediatamente le abruman las demás Logias con sus invitaciones .

El Dr. F. E. Mandl es el presidente del Capítulo que yo frecuento. Son varios entre nosotros, que gozan de una cultura y preparación muy por encima del medio, y es una verdadera recreación estar entre ellos. Una curiosidad de este conjunto digno de mención es que oscilando alrededor de los cuarenta integrantes, compuesto de 18 nacionalidades y de la mitad de las religiones, esta diversidad jamás provocó roce alguno; por el contrario, es uno de los conjuntos más homogéneos. Las tenidas son precedidas por una verdadera Confusión de Babel. Uno de los integrantes se destaca por hablar como siete u ocho lenguas, pero a todos, sin excepción muy mal: al propio ya no lo domina y a los otros todavía no los habla.

El personaje más interesante del Capítulo es el presidente o como dice su título oficial: el Muy Sabio Athesatha, título al que el Dr. Mandl hace mucho honor.

Una vez alguien del conjunto dio una conferencia sobre el sabio griego Solón y de su significado. Entre los comentaristas uno fue el Presidente quien, así al vuelo, durante media hora, completó la conferencia con datos valiosos respecto al gran legista y sacó en conclusión su importancia frente a Draco. Al final nos preguntábamos, que fue más interesante, la conferencia o el comentario? En otra oportunidad fui yo el conferenciante sobre la cultura sumérica y su influencia en el origen de las religiones. El Dr. Mandl comentó también a ésta con tanta pericia que no pude menos que preguntarle de dónde sacó sus conocimientos al respecto, ya que el tema no era de los corrientes, a lo que contestó con modestia que conoció personalmente a Sir Leonard Woolley, y que estuvo presente en las excavaciones efectuadas en el valle del Tigris y Eufrates a las que asistió en parte. En una nueva ocasión otro hermano dio a conocer las teorías del cuantum de Plank y el Muy Sabio Athesatha brilló de nuevo con un comentario que reveló un conocimiento profundo al respecto. Al final él mismo dio una conferencia de interés especial sobre los elementos, esto ya era su especialidad, aparte de su vasta cultura, el Dr. Mandl es bioquímico.

Algunos años atrás, este Capítulo dedicó los trabajos de un curso a profundizar un solo tema. Se repartieron partes de la tesis en cuestión a todos los que querían

participar en su confección y al final del año editábamos las contribuciones en un solo volumen.

Muchos de los miembros del Capítulo poseen una biblioteca propia extensa cuya adquisición, a menudo, costó una serie de renuncias. Al observar a menudo las filas de hermanos, sentados atentos a las conferencias reflexioné sobre ellos. Han venido aquí por una inquietud sincera queriendo superarse, casi todos padres de familia. La mayoría ha logrado posiciones en la vida. Integran los elementos responsables de la sociedad y puedo afirmar de ellos, con una convicción absoluta, que ninguno se mueve bajo órdenes secretas y que estas órdenes constituyen un mito basado en hechos pasados. El sólo pensamiento que éstos fueran elementos de una conquista del poder mundial, mueve a risa. Entonces por qué acaba de separarse un noviazgo al enterarse la novia católica de que su novio aunque hombre apto para sus exigencias, era miembro de la masonería? Uno de los miembros de la Logia Kossuth tuvo que ocultarle a su esposa sus actividades masónicas. ¿Acaso asumen la magnitud de sus responsabilidades quienes cometieron esta injusticia inmensa, de que la opinión pública haya degenerado a calumniar a masas inocentes, sin tener conocimiento de causa y sin que se hubieran tomado la molestia de averiguar con criterio imparcial y justo la verdad de esas acusaciones falsas? ¿Cómo se puede seguir juzgando sin tener pruebas concretas de algo que condenamos?

La vida intelectual de algunas Logias, tienen la característica de que la misma se compone de miembros de las más diversas capacidades; esto tiene sus desventajas, pero mucho más ventajas. Se desarrolla una verdadera fraternidad que hace que el hermano de exposición más modesto es escuchado con el mismo interés y afecto que el más destacado de la Logia. La desventaja puede traducirse en casos reales de servilismo. Sucedió el año pasado en una Logia de este tipo, donde estuve presente en una conferencia del Hno. X. quien es la estrella oficial de su Logia; él es la retórica personificada a quien escuchaban con devoción. Hablaba de un tema abstracto, en un lenguaje florido, tuve la impresión que esas frases hermosas envolvían hábilmente la nada, ya que nada pude sacar en conclusión de esa mar de expresiones pulidas. Al terminar el orador su exposición sofística, llegó el turno de los comentarios: el primero dijo, modestamente que todas sus palabras valían oro; el segundo lo comparó con las cartas de San Pablo; el tercero quería sacarle quince copias; el cuarto lo aumentó a ciento cincuenta; el quinto propuso su publicación en quinientos ejemplares; la proposición fue sometida a voto cuyo resultado fue unánime a favor, entonces se incorporó el tesorero poniendo coto a la subasta diciendo que la caja no podía cubrir los gastos. Hubiera apostado que ninguno de los comentaristas entusiastas hubieran podido citar siquiera alguna frase de la brillante plática. Cosas así también suceden en las Logias.

Uno nunca sabe cuándo descubre algún tesoro. La Logia "Libertad" goza de un número reducido de miembros a tal punto, que si algunos maestros de otras Logias no fueran a ayudarles, no podrían realizar las tenidas por "falta de luces". Yo también hago lo posible de presentarme todas las veces que puedo, de ahí traje la historia de "Don José" que ubiqué en uno de los capítulos anteriores. El estrado de orador lo ocupa el Hno. Villar, hombre ilustrado, que dispone de altos grados. Su figura distinguida e impecable aparece a diario en Cangallo, todos lo saludan aun sin conocerlo como si obligara a ello. Hace unas semanas mantuvo una diser tación en respuesta a la pregunta de un Aprendiz exponiendo la diferencia en tre la mentalidad

oriental y occidental. Sus pensamientos profundos prorrumpían con fuerza arrolladu - ra, era un placer escucharlo. Habló de Rabindranath Ta-gore a quien conoció personalmente acá en Buenos Aires muchos años atrás. Describió la figura del gr an escritor premiado Nobel con una fidelidad que nos parecía ver su rostro páiido casi transparente terminado en una barba color de nieve, ataviado con su túnica blanca, parecía sin cuerpo, cual una aparición astral, con dos ojos de fuego que pene traban hasta las entrañas... Los comentarios fueron tan elevados como la exposición misma y todos tuvimos la impresión de haber enriquecido. El Venerable miró su peque ña familia contento, pocos en número pero dignos.

Luego le inquirí al Hno. Villar si era cierto que Tagore era masón. No, contestaba, pero la organización de su colegio, sus principios y espíritu equivale a los masónicos a tal punto, que lo agrupan entre las organizaciones parama-sónicas. Pero si bien Tagore no fue masón, no faltaron otros escritores premiados Nobel quienes impregnaron sus espíritus entre las columnas de las Logias. Uno de estos masones fue Rudyard Kipling, quien cantó en un poema inolvidable los miembros de su propia Logia.

MI LOGIA MADRE

Rundle, el subteniente,
Beazle, el ferroviario y Achman, el intendente:
Denkin, el inspector, y Blake nuestro
buen Primer Vigilante por dos veces maestro,
en la calle conversan con Edulgee, delante
de su tienda. Allí afuera, en el mundo profano,
dicen ceremoniosos "Señor" o "Mi teniente"...
Y dentro solamente
"Hermano mío", Hermano sin gesto de obediencia o de poder...
Tras la puerta cerrada
de la estancia en que se unen el Templo y el Taller
Todo lo han nivelado la escuadra y la plomada.
Rangos y vanidades han de quedarse fuera.
Al orden de Aprendiz... Llamemos y adelante...
Y entrábamos en Logia… La Logia en que yo era
Segundo Vigilante.

Luis Sinclair sacó su fuerza y pasión del espíritu libertador de la masonería para reflejarlo en sus libros de espíritu profundamente social, medios para luchar por los usurpados. El inolvidable poeta italiano *José Carducci* es otro insigne masón premiado Nobel. De los grandes literatos de antaño citaré algunos destacados masones: *Goethe, Schiller, Lessing, Herder, Klopstock, Wieland, Beranger, Byron, Víctor Hugo, Mark Twairh, Puskin, Walter Scott, Lewis Wallace,* autor del *Ben Hur, Lamartine, Mazzini* y muchos otros que han depositado sus tesoros en el arca de la humanidad.

El mundo científico también ofrece sus grandes valores masones. Entre los agraciados con premos Nobel se encuentra el destacado químico alemán *Wilhelm Ostwald; Charles Richet,* eminente fisiólogo francés; *Sir Alexander Fleming,*

prominente bacteriólogo inglés, a quien la humanidad debe el descubrimiento de la penicilina.

Son pocos los que tienen conocimiento de que la Flauta Mágica de Mozart es una ópera simbólica y es una descripción de la iniciación masónica: la construcción de la misma, los tres viajes simbólicos, los principios confesados, los tres golpes en la puerta, el roce de los sables son todos tomados de la liturgia masónica. Algunos la interpretaron como un simple cuento de hadas (Blümml), otros la explicaron como la liberación del pueblo francés (Francisco Gráffer) o también como el reinado de María Teresa de Austria (Zille), pero la mayoría concuerda en que para los que conocen las distintas fases de la iniciación masónica, la ópera es clara y comprensible (Batzko, Sonnleithner) ; no es más que la lucha eterna entre el bien y el mal en el alma humana, que la iniciación masónica trata de expresar en su lenguaje simbólico. Entre los grandes compositores se pueden enumerar: J. W. Amadeo Mozart, Francisco Liszt y Jan Sibelius.

Hace cerca de dos décadas, la Logia "Lealtad" mantenía peñas quincenales independientes a la Logia, a las que invitaba, para el conocimiento y discusión de algunos temas, a personajes de renombre. Estas reuniones eran famosas por las tormentas que levantaban sus polémicas, que duraban hasta después de medianoche, para las cuales nos preparábamos con anticipación, de acuerdo al tema y el orador. Era una vida intelectual vibrante, pero no duró más que un año ya que es difícil persistir con duración en tamaño impulso. Pero quedó el recuerdo de los motivos intelectuales que nos ofrecieron tanto placer ya que transmitían las novedades y resultados del mundo científico y literario. El gran impulso de Lealtad se apagó para despertar en otra parte y los interesados en estas inquietudes se consagraron nuevamente para disfrutar de algo que la lucha diaria le priva al hombre mediocre.

Al finalizar cada tenida, se da lugar a una elocuente práctica simbólica: los hermanos se paran formando círculo, luego cruzan sus brazos en el pecho y tomándose de las manos constituyen una cadena apretada. Uno de ellos hace una breve alocución sobre la unión, solidaridad y la práctica de caridad fraternal. Esta pequeña arenga es toda una prueba de la espontaneidad, porque toma de sorpresa al que la pronuncia y por ser la "cadena" un tema harto explotado. Al final todos repiten tres veces la palabra: Unión. Esta cadena se abre y se cierra en tres oportunidades, causando emoción cada vez: en caso cuando uno de los hermanos deja de existir y nosotros apenados lo dejamos salir de entre nosotros; cuando alguno se torna indigno de la Institución y nosotros tiramos el eslabón roto; finalmente al entrar un hermano nuevo: éste está esperando fuera del aro humano y en un momento determinado la cadena se abre, el neófito entra y la cadena se cierra. En la primera oportunidad en que me tocó ser incorporado, me invadió una impresión agradable: la sensación de no estar más solo, de que en lo futuro seré amparado en caso de que lo necesitare; y que en cualquier parte del mundo hallaré hermanos y yo mismo socorreré a otros que lo necesiten.

Desde entonces me he convencido que en la Masonería existe una acepción superior de la fraternidad, pero ello no es ni lejanamente un fundamento para que se les tilde de una institución de beneficiencia especial. Muchos de ellos viven en situaciones modestas, sin embargo los hermanos no se aglomeran para ubicarlos en empleos de gran rendimiento, ni siquiera es ayudado sin una causa justificada. Una larga experiencia y mi responsabilidad son testigo de que la leyenda que envuelve a los hermanos masones, respecto a su ayuda mutua incondicional, es completamente errónea. Yo mismo caresco de holgura y de la financiación del

presente libro se encarga un amigo pudiente. Una vez al discutir largamente este problema de la ayuda-mutua, en una conversación instructiva, llegamos a la conclusión, de que ésta no está organizada, ni controlada en la Masonería en sí, empero vive latente entre nosotros. "Nadie se ocupa de tí —dijo un hermano— puedes vivir modestamente durante toda una vida, pero una vez que estés en dificultades y pidas ayuda, verás como vendrán a socorrerte". Existe una frase de texto especial que si alguno la grita, cada masón está obligado bajo juramento a socorrer la persona, aún a riesgo de su propia vida, aunque dicha persona sea desconocida; basta la frase indicada para dar la seguridad que el desamparado es un masón. Esta asistencia puede ser física, en medio de un tumulto callejero o cualquier situación análoga, también puede ser una ayuda económica dentro de la Logia o fuera de ella.

Años atrás, se nos fue dado a conocer, que el hermano Kazilari, tenía un hijo gravemente enfermo cuyo estado requería transfusiones diarias. Al presentarme, queriendo ser entre los primeros dadores, especialmente porque Kazilari había sido mi Experto cuando mi iniciación, llegué a ser el vigésimo segundo. Durante muchas semanas concurrían los hermanos al banco de sangre, por turno, para contribuir con su ración diaria. Lo que más me impresionó en esta colaboración, fue que ninguno de nosotros la consideró como mérito, sino como cosa natural de un masón.

A veces en los Consejos Oficiales, se ventila confidencialmente que algún hermano lucha con dificultades. En estos casos se pone a votación una ayuda discreta o bien un préstamo, a veces una pequeña mensualidad por tiempo determinado. Cada Logia dispone de fondos para este fin que logra con otra práctica, que consiste en que el Hermano Hospitalario circula con el saco de beneficencia al terminar cada tenida, mirando en otra dirección para ignorar la cantidad de la contribución coloca el saco ante los hermanos quienes introducen el puño cerrado con la cantidad que juzguen correcta. Se cuenta, que en algunas Logias era costumbre que aquéllos que necesitaban en vez de poner sacaban del saco. Esto último parece algo romántico; yo no he tenido experiencia alguna al respecto.

En cambio, con motivo del entierro de un familiar de uno de los hermanos, sucedió que en la casa mortuoria nos sorprendió la situación precaria de la familia, debido a los enormes gastos de la prolongada enfermedad del difunto.

Algunos de los hermanos juntaron la cabeza, acto seguido, uno, con la mayor discresión, acudió a los presentes, juntando así una suma mayor en calidad de emergencia. Nunca nadie llegó a hacer mención alguna de lo ocurrido: todos lo tomaron como cosa natural.

En algunas Logias europeas se estila regalar al recién iniciado un guante blanco con el sello de la Gran Logia en su interior, a fin de que el neófito depositara dicho guante en el familiar más allegado para caso de peligro, puesto que el portador de éste pueda invocar ayuda, en cualquier Logia, para el necesitado. Esta ayuda puede ser tanto moral como económica. Varios de la Logia Kossuth guardan todavía este guante que les fue dado en Pozsony donde fueron iniciados. Generalmente, fueron las viudas o los huérfanos que recurrían al empleo de éste guante "mágico" que habría puertas y la máxima comprensión fraternal. En posesión del reconocimiento que uno no está solo en este gran mundo, uno es invadido por un sentimiento de seguridad.

Esta cuestión fue muy a menudo explotada contra los masones: esas señales secretas con que se conocen entre ellos, esas pequeñas frases peculiares que delatan la graduación del otro con quién se habla; ¿cómo se ayudan, cómo invaden las posiciones claves? etc. Sí, es cierto que cada grado posee sus pasos y señales, pero esto no basta para que con ello los masones conquisten el mundo, porque efectivamente donde yo trabajo como masón practicamos todas esas señales raras y todavía no hemos conquistado con ello nada en absoluto, ni ubicamos a nadie en ninguna posición ventajosa ya que nuestra importancia no es mayor que la de cualquier entidad seria.

Huelga decir que el modo de juzgar por pequeneces semejantes, obedece a mentalidades primitivas. Hace más de una década y media que soy masón y hasta ahora no hube de utilizar las señas para reconocimiento mutuo, porque o sabíamos que éramos hermanos o bien fui recibido como hermano recomendado, por medio de otro que habló de mí previamente. Una vez entré en la Sede de Cangallo y como era temprano todavía no había nadie en la Gran Secretaría; en el pasillo había un señor que al verme en seguida se dirigió a mí, y sin echar mano a esos firuletes de señales sacó su pasaporte masónico que otorga la Gran Logia a todo hermano con motivo de algún viaje y me pidió que le ayudara, ya que acababa de llegar de Brasil y dentro de un par de horas tenía que seguir viaje a Chile y tenía algunas dificultades administrativas. Con el mayor agrado busqué un empleado de la Secretaría de la Gran Logia, quién a su vez buscó con premura en el fichero un abogado para el caso y lo movilizó, minutos más tarde el pasajero estaba ya en un taxi camino a la casa del abogado. Al otro día supe que sus problemas fueron disipados a tiempo pudiendo seguir su viaje sin dificultades. ¿Que tiene esto para ser juzgado? ¿Acaso dos miembros de un club de fútbol no se ayudan de modo semejante?

Una sola vez en mi vida hube de reconocer a alguien por señas y esa fue durante mi vida de jesuíta. Sucedió en Budapest, antes de la segunda guerra mundial, que nos pidieron de la Comisaría Central que fuera un Padre a identificar a un individuo a quién prendieron mientras cruzaba la frontera de Rusia que decía ser jesuíta sin tener documento alguno. Fuimos con el P. Reis quien fue entonces el P. Socio. En seguida hicieron comparecer ante nosotros un hombre cuarentón de barba, de ojos centellantes cuyos movimientos irradiaban energía. Se detuvo ante nosotros sonriente, sosteniendo con una mano sus pantalones para que no se caigan ya que los policías, como es de costumbre, le quitaron su cinturón para impedir que se colgara. Mi primera palabra fue: Vixdum Genus Humanum. A lo que el detenido debía contestar: E Condituris Sui Manibus Pro-dierat, pero no contestó. Eran las primeras palabras de introducción del discurso improvisado del P. Ribadeneira, 400 años atrás, cuyo texto y práctica oratoria todo novicio conoce de memoria y practica semanalmente. Se corrió la voz entre nosotros que los jesuítas se reconocen por esta frase; al parecer fue un error, o los jesuítas polacos habrían empleado alguna otra señal, porque el P. Moskva —así dijo llamarse el fugitivo que sostenía su pantalón— contestó en latín sí, pero no con el texto indicado. Claro está que de mil detalles a disposición pudimos aclarar sin demora que era uno de nosotros. Inmediatamente lo pusieron en libertad. Este fue uno de aquellos padres que trabajaban clandestinamente en minas y fábricas rusas como simples obreros. Acababa de evadirse para ir a Roma con el fin de informar. A los dos meses estaba de vuelta y como era en pleno invierno glacial con grandes nevadas, adquirió un par de esquíes y se deslizó entre las montañas. Supimos de él más tarde, que llegó bien a su destino, donde siguió trabajando por un tiempo hasta que fue descubierto. Lo vieron por última vez en una estación de ferrocarril

donde lo arrestaron dos agentes. Se decía que lo sometieron a torturas pero nada pudieron sonsacarle.

Así que puedo decir que en ningún momento de mi vida me fueron útiles las señas de reconocimiento. En la Masonería es de lo más engorroso el uso de las señas de los grados más altos por su complicación ya que requieren una memoria despejada si uno quiere hacer uso de ellas en una Logia de un país extranjero. Por lo mismo es más sencillo presentar el pasaporte para ser identificado y amparado si el caso se diera.

La solidaridad y ayuda-mutua de los masones se presta en verdad para muchos comentarios, pero los casos de mi experiencia no fueron más que el cumplimiento del espíritu evangélico y no un arribismo a perjuicio de otros. Supe de un hermano que desempeña actividades en uno de los ministerios por un salario muy modesto pese a su capacidad y cargo relativamente importante.

Estaba meditando en mi lugar de orador, sobre estos hechos: nadie trata de adelantar a este hermano en un cargo mejor, al mismo tiempo está sentado a su lado un abogado quién representa ante los tribunales los asuntos de tres hermanos sin remuneración alguna por la razón que son hermanos que luchan con dificultades económicas.

El Dr. Alberto Mazziottí, Gran Comentador, prestigiado médico, ex director de un hospital, es conocido por su altruismo sinigual; basta avisarle de cualquier enfermo que no disponga de medios, sea masón o no, para que este médico auténtico lo haga tratar en un hospital con las atenciones requeridas y si es preciso él mismo se encarga de transportar al enfermo en su coche.

No quiero detallar aquí como aportan los hermanos pudientes sumas considerables para el fondo de ayuda, puesto que esto se sobreentiende. Tampoco quiero repetir hechos conocidos, por ejemplo, de la Masonería de los EE.UU. donde los hermanos mantienen series de hospitales modernos, orfelinatos, asilos para ancianos, instituto para no videntes y demás, porque esto también es natural, dado que la Masonería norteamericana es muy extensa.

Tampoco quiero entrar en detalles sobre el *Hogar Ber-nardino Rivadavia,* que sostiene la Gran Logia Argentina, donde niños huérfanos y pobres reciben educación en un instituto experimental modelo, donde ejercen una especie de autogobierno entre ellos y dirigen completamente independientes una granja modelo. Esto también considero natural: es lo mínimo que se puede esperar de una Gran Logia.

Cabe señalar, que esta Gran Logia no posee fortuna alguna, que el edificio de su sede tampoco es su propiedad exclusiva.

Quiero aclarar solamente, que los casos citados no los menciono como obras de beneficencia de singular importancia, sino por el sólo hecho de que estos por pequeños que sean reflejan la ideosincracia del individuo masón.

Otro caso masón es el de Guillermo Leicht cuya generosidad espontánea es notoria. En la localidad en que vive se dio el caso de una huelga de tamberos privando al público de leche. Este hermano, sin vacilar, subió cuatro vacas lecheras de raza en un camión y las envió a un orfelinato, a fin de proveer a los

niños de leche; una vez pasada la huelga, la dirección del orfelinato, desconocinedo el valor de los animales, los permutó por cuatro caballos, cuyo valor total era menor que el de una de las vacas.

Sin tener que ir más lejos, la Providencia me hizo conocer un caso que demostrará el espíritu masónico en su totalidad. Se trata de una labor individual, ya que no se efectúa dentro de Logia alguna, tampoco disfruta de apoyo oficial. Es una obra espontánea que comenzó porque un hermano aprendió en la Masonería que cada individuo vale tanto, cuanto bien hace a su prójimo.

Manuel Sary es uno de los tantos que actúan conmigo en el Capítulo Roque Pérez. No es ni más alto, ni más bajo que los otros. Su situación económica no pasa de mediocre. Hombre callado y tranquilo. Este hermano al pasar, hace tres años ante la casa de un médico, observó en el cajón de basura gran cantidad de medicamentos, "muestra gratis". Se detuvo callado ante el cajón meditando lo que había visto, mientras en su alma había concebido una idea, luego se encaminó lentamente gestando la idea concebida. Más tarde fue a ver a un médico amigo suyo para pedirle que le regalara sus medicamentos obsequiados por los laboratorios. Y así sucesivamente fue mendigando estas muestras gratis, hasta juntar una cantidad considerable. Acto seguido, separó un rincón en su pequeña y modesta fábrica de camisas y clasificó las muestras por el alfabeto en cajoncitos. Su esposa y su niña colaboraban con él. Y siguió juntando los remedios, hasta que un día hizo correr la voz de que regalaba medicamentos a cualquiera que los necesitare, siempre que los pedidos coincidieran con su stock. Pronto aparecieron algunos, pero esto no satisfizo los fines del Hermano Sary cuyas ideas eran de mayor envergadura. Tomó una medida drástica y puso un aviso en los diarios según: agraciaba a cualquiera con medicamentos "muestras gratis" en la calle Gaona 4113. Al día siguiente al dirigirse a su pequeña fábrica que consiste de un solo local, vio estupefacto una cola de 300 personas aproximadamente, que esperaban en silencio el reparto de medicamentos. La comisaría en vista de la concurrencia envió un policía para averiguar la causa e impedir cualquier desorden. El pobre Hermano Sary se agarraba la cabeza, corriendo de un lado a otro, no sabía como dar a basto con la provisión de tanta gente. Esto sobrepasó sus cálculos. Al reconocer que no podía menos que actuar, llamó un comerciante de enfrente y a su hermano quién no sabiendo de qué se trataba corrió alarmado. La tarea de la fábrica se interrumpió. En la calle se abrían las ventanas para los curiosos que preguntaban qué era lo que repartían allí, medicamentos fue la respuesta, a lo que se añadieron nuevos clientes. Mientras los "farmacéuticos" improvisados, buscaban febrilmente entre centenares de muestras para satisfacer los pedidos de los solicitantes. Algunos no recibieron nada, puesto que el arsenal del Hermano Sary era harto incompleto, éstos se alejaban en parte resignados, otros refunfuñando contra el dadivoso hermano y sus colaboradores.

De este modo pasó \& primera mañana de la nueva empresa, en medio de agradecimientos y protestas. A la tarde ya era obvio que el caso clamaba por solución ya que la fábrica así, ya no podía producir, los medicamentos estaban por agotarse, los solicitantes en cambio iban en aumento.

En el mismo día movilizó a todos sus conocidos para que colaboraran con muestras gratis para su obra. Afluían los paquetes en cantidad y la familia pasaba altas horas de la noche clasificándolos. Ya no había modo de detenerse: el aviso surtió efecto y la gente acudía todas las mañanas; nuevamente acudió la policía. Así transcurrió más de una semana, lo más problemático fue la adquisición de los

medicamentos. Otro problema constituyó la mengua de la producción de la fábrica.

Se hizo presente una comisión policial para investigar el caso, al no hallar infracción alguna, ya que el Hermano Sary hizo firmar por todos los adquirentes que los remedios recibidos fueron adquiridos completamente gratuitos, la policía no pudo menos que felicitarlo por su obra.

Claro que las cosas no paraban ahí: las farmacias del distrito protestaron ya que no veían otra cosa en dicha empresa que una competencia ilegal, luego algunos laboratorios también se oponían no faltando entre ellos quién prohibiera a los médicos toda contribución de muestras al Si% Sary si no querían ser privados de ellas: y para completar el ataque, aparecieron los provocadores quienes insistían en ofrecer sumas para la causa, o al menos querían pagar. El Hermano Sary siendo un armenio circunspeccioso no aceptó jamás un centavo de las cada vez más frecuentes ofertas, en cambio les contestaba que fueran a la farmacia de enfrente ai querían contribuir, y vuelvan con remedios. Entre los adquirientes no faltó alguno que armara un escándalo si no recibía el remedio deseado.

Mientras el hermano tuvo pérdidas considerables por la disminución de su producción a tal punto que se vio obligado a reducir el reparto en el día jueves de la semana, día en que interrumpe su fábrica, suspende los empleados pagándoles el jornal —ya que no tengo derecho de exigir sacrificios de mis empleados, decía— y se dedicaba al reparto caritativo.

Durante medio año fue objeto de toda una persecución. Iban y venían comisiones de la Salud Pública exigiendo su diploma y permiso, revisaban sus cajones ya mayores que reemplazaban los cajoncitos anteriores, para verificar si los remedios estaban en buenas condiciones, luego inspeccionaban si el reparto estaba en buenas manos y no alteraban los específicos, si entregaban algunos sin receta, si los colaboradores ganaban algo, y si Sary ha adquirido algún coche. Todo se encontró en orden; de los colaboradores se supo que eran filántropos y que ninguno tenía coche; así se cansaron de molestarlo. Al último lo visitó una autoridad del ministerio que examinó todo minuciosamente y luego le dijo al Hermano Sary quien estaba entre sus cajones con cara de pocos amigos: "Lo felicito amigo y espero tenga constancia en seguir esta obra ingrata"; luego le dio un apretón de manos y Sary no fue molestado más.

En una oportunidad se presentó entre los "clientes" un señor que esperó su turno mientras observó todas las actividades y al final le dijo a Sary, sin decir su nombre, que era médico y vino a cersiorarse de la veracidad de la causa, y que, ahora convencido de ella, lo felicitaba y le prometía contribuir con medicamentos. Desde entonces todas las semanas aparece el médico anónimo trayendo su paquete de contribución.

En otros casos al no poder satisfacer algún pedido, ante el aspecto necesitado de la persona, Sary mandó buscar dicho remedio a la farmacia, cuyas boletas van llenando poco a poco una pequeña caja.

El Hermano Sary adquirió 17 sillas que coloca en su patio los jueves para aliviar la espera del reparto; ahí están sentados los clientes, conversando, tejiendo mientras Sary y los colaboradores hurgan con atención en los cajones para satisfacer los pedidos. Una estadística de los remedios regalados arrojó el saldo de un valor de varios millones, durante los tres años de su existencia.

Por último, quiero elogiar de esta labor masónica lo más valioso: la constancia. Los tres años consecutivos de su práctica, porque los grandes impulsos suelen apagarse pronto, esta es la característica típica de muchas acciones caritativas. Después de medio año se requiere voluntad para seguir, al cabo de un año exije convicción: y pasado los dos años una altura moral interior. El Hermano Sary no es movido por impulsos y entusiasmos, por lo mismo su actuación, no fue seguida por desfallecimientos, sino sigue una filantropía que brota del interior del alma y que es una característica masónica, no queriendo decir privilegio.

Son pocas las veces en que puedo ayudar a Sary, pero me acuerdo todos los jueves, que ahora interrumpe su pequeña fábrica y los clientes ya sentados en el patio esperan su turno y pienso, con qué belleza podría describirlo Kipling en o tro poema, cómo seleccionan los remedios. Crasi, el electricista; Palópoíis, un empleado; Collura y Díaz, de la fábrica misma; Agob, el hermano de Sary, y el joven Baliari, que viene de lejos para ayudar. Todos solamente: Hermanos míos.

En el campo de la filantropía, la Masonería puede vanagloriarse con méritos de alto valor: la mayor autoridad moral de la edad moderna es indiscutiblemente la Cruz Roja Internacional, sus datos y estadísticas son legendarias, por haber instruido hasta ahora a millones de personas, ayuda y consuelo; su fundador fue Henri Dunant entusiasta masón, quien hizo firmar el 22 de agosto de 1864, la famosa Convención de Ginebra. El organismo creado por él ganó el Premio Nobel de la Paz en tres oportunidades: 1902, 1917, 1944. Los masones de algunos países también trabajaron mucho con finalidades como ésta, ver ejemplo: en la Argentina a mediados de 1880 hubo una lucha sangrienta entre dos partidos políticos. La Masonería organizó entonces con premura un cuerpo denominado *Protección a los Heridos* cuyos servicios ofreció a ambos beligerantes.

La proposición se aceptó oficialmente y acto seguido, se emitió el siguiente decreto:

Belgrano, junio 14 de 1880. Departamento del Interior.

Acéptase el ofrecimiento que hace la Institución Masónica de Buenos Aires para formar un cuerpo neutral denominado: Protección de los Heridos, que llenará ese propósito en la forma que se establece por los Estatutos acompañados que se aprueban en todas sus partes.

Por el Estado Mayor del Ejército se darán las órdenes respectivas para que las ambulancias y personal de esa Asociación gocen de las garantías que por estos estatutos se establecen.

Avísese en respuesta y dése Registro Nacional. Avellaneda. - Benjamín Zorrilla.

Este decreto es la partida de nacimiento de la Cruz Roja Argentina.

Uno de los hospitales más grandes de Buenos Aires, el Hospital Italiano, fue fundado por los siguientes masones: Bartolomé Víale, Marcelo Cerrutti y Juan B. Albini. Mas la iniciativa no pudo tener mayor trascendencia hasta tanto la Logia *Unión Italiana* puso como uno de sus objetivos el apoyo moral y económico al hospital en comienzo.

En las actuaciones personales está a la cabeza José Roque Pérez, quien en tiempos de la epidemia de la fiebre amarilla de recuerdos trágicos, ofreció un alto ejemplo del sacrificio heroico rayano en el martirio, para los médicos de todos los tiempos. Su figura es envuelta por verdaderas leyendas de su actuación en esos días amargos. Roque Pérez no sólo fue masón, sino constituyó el Primer Gran Maestre de la Gran Logia Argentina.

El 24 de diciembre de 1871, Buenos Aires y Montevideo despertaron a una Navidad trágica. El barco, titulado "América" que recorría el río entre las dos capitales, repleto de pasajeros, después de incendiarse se hundió. Sólo muy pocos pudieron salvarse de este duelo entre el fuego y el agua: entre los pasajeros, había un señor, Luis Viale, quien en posesión de un salvavida se contaba entre los que iban a sobrevivir la catástrofe, hasta que percibió una madre con un niño a quienes cedió su salvavida: la madre y el niño se salvaron, mientras Luis Viale fue tragado por las olas. Hoy, un monumento imponente hace honor a su sacrificio. En su pedestal yo mismo leí hace unos años, una pla queta de bronce que trasmitía el orgullo de sus hermanos masones. Al escribir estas líneas, acabo de venir de la costanera, donde fui a observar de nuevo el monumento: la figura de Luis Viale algo encorbada, con el salvavida, al que renunció, en la mano, me evocó la trágica escena ocurrida; pero la plaqueta de bronce ya no estaba más, únicamente los agujeros de los clavos hablaban de su existencia anterior. Miré por largo tiempo este corpus delicti del bajo odio que dictó la eliminación de esta prueba, de que este hombre de espíritu superior ha ya pertenecido a la Masonería. Mejor dicho, la intención no fue privar a la Masonería de su ex miembro, sino una cobardía de querer borrar este hecho histórico del conocimiento público.

Está lejos de mí querer acaparar la virtud del altruismo y de la soli daridad para la Masonería, ya que entre eZ también existen indolentes e indiferente, Tom tambfe entre los no masones abundan los espíritus apostólico? m" intención fue querer reflejar a través de ejemplos muchas de e os de discreta importancia, el espíritu retante entre aquellos que durante ya dos siglos fueron tantas veces afren tados por calumnias ignominiosas.

XIV. OBSESIONADOS POR LA LIBERTAD

Me encanta curiosear en columnas de periódicos del siglo pasado: siempre se halla algo interesante. El móvil de este interés creo que estriba en que nos gusta constatar cuanto más fácil y confortable es nuestra vida en comparación con la de nuestros abuelos. En estos días, llegó a mis manos un atado de diarios que datan de la segunda mitad del siglo pasado.

Al echar una ojeada, de pronto descubrí en una sección titulada "La voz del lector" que una señora respetable a quien el destino permitió vivir con toda elegancia en una casa de altos, se quejaba amargamente porque los aguateros no querían subirle este artículo de primera necesidad. De balde grita al hombre del carro tirado por bueyes, porque éste se hace el sordo y sigue de largo. "Como si no tuviéramos derecho a que nos surtan del precioso elixir, exclama indignada la señora". Puse el diario sobre la mesa y a la gloria del siglo xx bebí un vaso grande de agua de la canilla. Hoy aceptamos como cosa natural, que nuestra casa dis - ponga de agua, gas, luz y teléfono, productos indispensables de nuestra civilización. No obstante la existencia de estas comodidades para el uso ilimitado de ellas requirió conquistas y arduas luchas.

Así sucede con los derechos humanos, con la libertad y con todas sus derivaciones. En el siglo pasado lo que más falta hacía y lo que más víctimas costó era la conquista de la libertad. No quiero echar mano a la historia de las censuras profanas y de la iglesia, por todos harto conocidas con sus atrocidades y víctimas, porque mi meta no es buscar efectos baratos. Esos sufrimientos ya son del pasado. Que se dediquen otros a detallar el caso de la muerte lenta de Giordano Bruno, porque su hoguera preparada la noche anterior fue mojada por la lluvia nocturna, no quiero añadir a los ya millares de torturados, que no habían sido asesinos, sino culpables de tener menos o más fe de lo permitido. Hubieron esclavos y libres a quienes les estaba prohibido durante toda su vida mudarse de un señor feudal al otro, al mismo tiempo que tenían obligación de trabajar gratuitamente tres días de la semana para sus amos, quienes a su vez estaban librados del pago de impuestos. Con el trabajo del resto de la semana podían lograr las escasas necesidades de su triste existencia y los impuestos desmedidos para el estado; y no han recibido en cambio, ni derechos, ni defensa, nada. Porque se había declarado que la igualdad existía únicamente ante Dios y la fraternidad se encontraba sólo en el más allá, y de la libertad podían gozar únicamente aquellos que han nacido en ella. Se puede atenuar estas injusticias ahora a posteriori, alegando al espíritu de la época, no obstante quedan los hechos irremediablemente tristes. En este mundo de los privilegios, en el siglo de las tradiciones y del rigor, muchos se rebelaban, pero las rebeliones de prisión siempre son vencidas; otros conspiraban, pero este también conducía a la delación. Muchos intentaban quebrar la cadena de la subordinación, pero éstos también habían fracasado. Uno sin embargo sobrevivió a los vencidos; esto no era ni por milagro, ni por resistencia especial, ni tampoco arrojo excepcional, porque estas virtudes no faltaron tampoco de los rebeldes anteriores, que pagaban sus rebeldías a precio altísimo. Este único, logró sobrevivir, ya que la fuerza interna y lógica de la evolución, a la larga, tuvo que abrirse camino por medio de alguno. Éstos fueron ellos. Podían haber sido otros también, pero ellos fueron algo más hábiles, sabían guardar mejor el secreto, ya por costumbre. Conquistaron cada vez más potencias intelectuales, quienes los apoyaban o colaboraban con ellos. Se propagaban bajo tierra y encima de ella. Practicaban ritos, signos, centenares de curiosidades: pero la substancia interna siempre fue la misma y sigue siendo hoy también: ellos fueron los obsesionados de la libertad: los francmasones.

Después de escalar los grados de la masonería, de conocer los ritos de las exaltaciones, de haber participado de las reuniones de los menos, luego de curiosear los libros amigos y enemigos de la biblioteca de Cangallo, traté de descascarar cada vez más capas de la masonería, ávido de curiosidad buscaba el principio esencial, el único y más importante y finalmente se descubrió: "el amor por la libertad". Todo gira alrededor de ello. Los ritos no hacen otra cosa que mentar esta libertad. En las tenidas de primer grado, cuando el Venerable abre la reunión en nombre del Gran Arquitecto del Universo, los hermanos contestan aclamando: ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad! Y en el grado 33, como la máxima exigencia moral, brilla el juramento por la lucha por la libertad. Enlaza a los grados intermediarios, dándoles a todos un único sentido común; cada vez se va descubriendo más; esta fue la causa de la demora de años, hasta que se reveló ante mí, con la claridad de la luz, que este amor por la libertad es el principal entre los principios morales de la masonería.

Una vez aclarado todo ante mí, llegué a comprenderlo todo. Comprendí el porqué de la persecución tan conse cuente de los masones, a través de siglos, puesto que en esos años en la lucha por la libertad humana y por la igualdad de ésta, la masonería atacó la ubicación económica de aquéllos, que estaban en el

poder, atacó además a los privilegios milenarios de las castas favorecidas y como la iglesia fue partícipe, en las mismas bases del poder, no podía ser aliada de los masones, a pesar de que el espíritu de los evangelios la hubiera predestinado a ello. Pero entonces no había llegado todavía el tiempo de los Juanes XXIII. Con un poco más de previsión, además, con la proclamación sin reserva del espíritu evangélico y la demostración de la vida cristiana de los primeros siglos, la iglesia podría lograr todavía hoy, que llegue a ser aliada de la cuarta orden que está en su emancipación y no sea que sólo reconozca la nueva forma de vida, a posteriori, como tuvo que hacer con los principios de la masonería.

Hoy estamos en una etapa histórica de la evolución final, el logro máximo de nuestro siglo es que las Naciones Unidas codificó los derechos humanos, cuya sola mención dos siglos atrás hubiera sido rebelión y revolución. Hoy día hasta la iglesia se identificó con ellos, ya que no pudo menos, y es por eso que se hizo actual la absolución de ese anatema, que en un tiempo pronunciara sobre los masones en intereses comunes con las castas privilegiadas. No fue la conservación de secretos de los masones que provocó esta condena, sino la libertad del pensamiento que ellos proclamaban. Una prueba contundente para esta afirmación es el caso de tres eminentes sacerdotes franceses en la primera mitad del siglo pasado, que nada tenían que ver con la masonería, no obstante Roma al condenarlos no pudo menos, aunoue con una sola frase, que aludir a los francmasones.

Felicité de Lamermais, P. Lacordaire y Montálambert en 1830 fundaron un periódico titulado *"L'avenir"* y como tuvieron talento y suficiente arrojo para anticiparse con un siglo a su época entre los eclesiásticos, atrasados al mismo tiempo con otro siglo detrás de los masones, abogando por la libertad de pensamiento. El papa Gregorio XVI el 15 de agosto de 1932 en la encíclica "Mirari vos Arbitra-mur" los condena a ellos y a sus principios peligrosos: *la libertad de consciencia* —"Asserendam esse ac vindicamdum cuilibet libertatem coscientiae"— *y a la libertad de opiniones* causante de errores pestilentes — "Cuiquidem pesti-lentissimo errori viam sternit plena illa atque immoderata libertas opinionum" Denzinger-Bannwart 1613— y añade como para marcarlos que estas cosas peligrosas "sostienen los masones". Hoy el Pacem in Terris confiesa otros principios, pero para esto el mundo tuvo que evolucionar primero. En esta evolución los masones tuvieron la parte principal; ellos fueron los precursores de-esta libertal, víctimas muchas veces, pero victoriosos al final.

Entre las primeras señales ruidosas se contaba el hecho que *Diderot, D'Alembert, Helvetiits* en compañía de otras grandes figuras como *Rousseau, Voltaire, Condülac, Marmon-tel y D'Holbach,* etc., comienzan la publicación de los primeros tomos de la *Enciclopedia Francesa.* Todos fueron miembros de la Logia *Les Nevf Soeurs* que abarcó las más esclarecidas mentalidades, *Lalande,* eminente astrónomo, miembro de la Academia de París fue el primer Venerable. Le siguió *Benjamín Franklin,* el veterano de la Masonería americana, entonces embajador en París, en representación de los Estados Unidos. Un acontecimiento que merece ser destacado, lo constituye el ingreso a la misma Logia de *Voltaire.* La ceremonia tuvo lugar en presencia de doscientos cincuenta hermanos el 17 de febrero de 1778. Un hecho históricamente comprobado respecto a la figura extraordinaria del iniciado, fue una curiosidad según la cuál el historiador abate *Cordier de St. Perusin,* que pertenecía a la misma Logia, junto con otros trece eclesiásticos, fueron quienes pro pusieron la iniciación de *Voltaire.* Además de *Lalande,* el conde *Straganoff,* gentilhombre de cámara de la emperatriz de Rusia, y otros hermanos le prepararon en pasos perdidos, para la iniciación.

Voltaire debido a su edad avanzada, penetró en el Templo masónico apoyado en el brazo de *Benjamín Franklin.*

La aparición de la *Enciclopedia* dio comienzo a una nueva evolución histórica, que marcó época. Esta fue una labor masónica. Quizo abarcar todo, con tanta prisa y en un momento en que las investigaciones científicas eran tan en su comienzo todavía, que observada bajo este punto de vista, la obra era grandiosa, al mismo tiempo que superficial. Requería correcciones posteriores; su valor era más político que literario ya que contenía una nueva tendencia que era toda una revolución: la adoración de la libertad, que arrasaba por su crudeza insólita y subyugaba. Podían llover los anatemas de la Iglesia, y las amenazas, el incendio había estallado. Roma y los Reyes ya no podían ofrecer a la gente otro hechizo y la imposición de la autoridad tampoco surtía efecto. No hay que olvidar, que era en la época del absolutismo que fue el siglo del único poder, emergente de un mar de privilegios.

En el año 1751 cuando apareció el primer tomo de los 28 de la Enciclopedia, *Franklin Benjamím* publica en el Mundo Nuevo sus cartas sobre "Experiencias y observaciones eléctricas" y en el año siguiente obsequió al mundo con el primer pararayo. Este gran descubrimiento sirvió de símbolo para que las grandes tensiones del siglo fueran descargadas por los Franklin. Apenas pasan seis años cuando *Jorge Washington* desaloja a los franceses del *Fuerte Du-quesne* —hoy Pittsburg—; algunos años atrás en el 4 de agosto de 1753 Washington fue exaltado al grado de maestro en la Logia N° 4 de Frederiksburg. Se suceden los acontecímientos: en 1776 se declaró la independencia de las Colonias Inglesas de América del Norte y Franklin va a París como embajador y se reúne con los demás hermanos masones. Al año siguiente el *Marqués María José Lafayette* con los ojos vendados es conducido por los tres viajes simbólicos, luego se hinca y poniendo sus manos sobre la Biblia presta su juramento como aprendiz masón, en presencia de Washington. En aquel entonces fue consagrada la Constitución de los Estados Unidos de América: los que la redactaron fueron masones quienes transmitieron a ella todos sus principios básicos.

Surgen otros pueblos y otras figuras: en 1782 *Francisco Miranda* inicia en Europa las gestiones por la libertad de Sud América. Se convierte a la masonería para que más tarde se inicie como padre de las luchas por la independencia sudamericana en este continente, al organizar la sublevación en Venezuela en 1806. Estas regiones se mueven con lentitud, están apartadas de los acontecimientos del mundo, motivo porque la revolución tiene lugar primero en Europa.

En 1789 se reúne la Asamblea nacional de Versalles y surge una nueva figura: el *Conde Homoré Gabriel Mirabeau,* quien se inició en la Logia de Amsterdam 13 años antes. Sucede la caída de la Bastilla y se declaran los *Derechos del Hombre.* Mirabeau empero no está sólo, a su lado luchan *Georges Jaques Danton,* miembro de una Logia parisién, *Jean Paul Marat* quien recibió la luz en la Logia *At The Kings Head* en Londres y *Maximiliano Robespierre,* aunque hermanos entre los masones, en la vida particular era un revolucionario implacable. Sucedió con los masones de entonces lo mismo lo que escribió *Goethe,* otro hermano masón en el *Aprendiz de Brujo:* despertaron el espíritu de la libertad y este fue tan hambriento, que devoró a sus propios hijos, regla que fue conocida a través del curso de toda la historia. ¿Se puede acaso controlar tamaña insurrección, el desborde del odio, venganza, celos e injusticias y su embriaguez? La historia reconoció que las raíces de la revolución francesa llegan hasta los 28 tomos de la

Enciclopedia, mientras Diderot y sus compañeros no contaron con este desenlace. El resultado sin embargo fue grandioso y glorioso. Un niño al nacer deja a su madre en sangre y sufrimiento, del que la una sana y el otro crece: esto sucedió con la revolución francesa también y esperamos que sea el destino de la revolución de la cuarta orden. Sobreviven los derechos vindicados, la liberación de otra capa social y su elevación a un nivel más humano y la abolición de privilegios injustos. La Marsellesa revolucionaria, hoy es cantada hasta en las iglesias, pese a su texto sublevador y antirreligioso al que hacen caso omiso todos para sus instigaciones a la venganza.

Aunque los mismos masones fueron diezmados por la revolución francesa, éstos seguían propagando sus principios en otros países y en otros continentes. Es digno de mencionar una gran cualidad de la masonería, respecto a sus arduas luchas por los oprimidos; no fueron los mismos oprimidos los que organizaron estas liberaciones, sino aquellos masones quienes salieron por lo general de las capas altas y medias, contándose entre ellos muchos miembros acaudalados, dignatarios, aristócratas, príncipes y reyes. Este es un mérito sinigual, ya que esta agrupación de gente que podía haber disfrutado de su bienestar, se dedicaba con el fervor de los justos a una lucha encarnizada por intereses ajenos con el más sublime altruismo, siendo muchas veces víctimas de ello.

En los últimos años del siglo xvni se difunde por los países americanos la *Declaración de los Derechos del Hombre.* Los primeros movimientos de Miranda pronto son seguidos por otros. Los sudamericanos héroes de la libertad se conocen y conspiran en Logias londinenses, para trasladar los principios de libertad al nuevo continente, que vivía, en opresión colonial. En 1810 y en los años siguientes estallan simultáneamente las revoluciones libertadoras y todos sus héroes consecuentemente son masones: *José San Martín, Bernardo O'Higgins,* en Chile, *Simón Bolívar* en el norte de Sudamérica, *Belgrano* en el Alto Perú y Paraguay, *José Martí* en Cuba, *Benito Juárez* en México, el *rey Don Pedro I* en el Brasil, Emperador y Gran Maestre, *José Antonio Páez* en Venezuela; se destaca además el héroe de la libertad mexicana *Miguel Hidalgo y Corona* quien fue sacerdote católico y pese a la excomunión fue masón; fundó el periódico *Despertador Americano,* luego despojado oficialmente de sus rangos eclesiásticos, fue muerto en 1811.

Estas primeras figuras masónicas fueron apoyadas por sus colaboradores, que en su gran mayoría eran también masones. Años atrás en una tenida de la Logia Lealtad, el hermano Dr. J. Beltrán mantuvo una conferencia extensa, fundamentada por datos y textos históricos sobre las actividades políticas de ese tiempo en Buenos Aires. Los asuntos políticos fueron discutidos y decididos en las Logias dejando solo su ejecución a la vida pública. Los gobernadores fueron elegidos dentro de las Logias. Si un empleado tornó negligente en su asistencia a las tenidas, fue movido de su empleo. En la mayoría de los países la Constitución fue redactada por masones.

Está demás seguir enumerando más nombres y cargar con ello el texto, porque contra viento y marea debemos aceptar una vez por todas, que la revolución libertadora de todo el continente americano, fue una obra única y de importancia de historia mundial, realizada por la Masonería.

No fue por accidente, tampoco por mera casualidad la participación de los masones en este revuelco histórico, sino conscientes de su labor, acompañados por sus ritos, preparaban y confeccionaban los proyectos de ésta su obra grandio-

sa dentro de las Logias. El hecho de que se hayan suscitado discordias entre ellos, no es cosa de extrañar, ya que el hombre lleva consigo a todas partes sus pasiones y sus ambiciones. Ni la misma Iglesia fue exenta de estas flaquezas humanas a través de los siglos.

* * *

El amor por la libertad de la Masonería no fue satisfecha con la liberación de clases y naciones. En la liturgia de las Logias de todos los tiempos, junto también al principio de libertad, la igualdad y fraternidad se extiende hacia todos. En 1794 aparece la primera ley, producto de la revolución francesa, que es la abolición de la esclavitud en las colonias francesas. Ni bien se declara la independencia en Sudamérica, la situación de los esclavos es regulada. En una de las Logias de Buenos Aires nace la idea genial que la historia menta con la denominación de "Libertad de Vientre": cada niño negro que nace, ¡es libre! Con esta solución razonable y justa se libertaron los negros y los feudales tampoco se arruinaron por el cambio radical, ya que el lapso de una generación fue suficiente para la reforma económica, que originó la cesación del trabajo gratuito. En el Brasil un destacado hermano, *Eusebio de Queiroz,* senador, es el autor de la Ley de Abolición del Tráfico de Esclavos y así sucedió en los demás países, donde durante un tres cuarto de siglo los masones invadían a los gobiernos y la vida cívica.

Para apreciar mejor la magnitud y las dificultades enormes de la empresa de la Masonería, debemos conocer la idiosincracia contra la que tenían que luchar. La institución de la esclavitud fue observada por el mundo con una indolencia para nosotros incomprensible, al mismo tiempo, que tenían en sus manos el Evangelio con su humanismo más puro. Una característica de esta indolencia son los contratos de los Reyes Católicos españoles con vulgares negreros a quienes otorgaron permiso para la caza y venta de esclavos.

A cambio de este derecho, dichos reyes, cobraron sumas fabulosas. Más tarde, se formaron compañías para el desarrollo de este comercio ignominioso, que, en sus denominaciones emplearon la palabra "Real" del mismo modo como la Academia Española; *Real Compañía de Filipinas* era una con la cual, los reyes contrajeron sus contratos como si hubiera sido una compañía importadora de cuero. *La Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires* en el año 1944 publica en la serie de Colección de textos y documentos un tomo harto interesante: La Trata de Negros. El rey Felipe IV, contrae asiento "con Melchor Gómez Ángel y Cristóval Méndez de Sossa, por tiempo de ocho años, obligándose estos a introducir en las Indias Occidentales 2.500 esclavos cada año y pagar anualmente 95.000 ducados". Es una triste ironía de la coincidencia, que estos dos tenebrosos mercaderes de esclavos se llamaran Ángel y Cristóbal respectivamente, como si hubieran llevado uno *La buena nueva* y el otro al mismo *Cristo* entre los negros. El contrato contiene 47 párrafos en edición de formato grande que llena 34 páginas detalladamente con una prolijidad digna de una causa mejor, los pormenores de la infame compañía. Este tratado tiene en cuenta hasta la estadística, basada en experiencias despiadadas, que de las 20.000 "piezas" embarcadas en el África, morirían 8.000 durante el camino y por éstos los señores Ángel y Cristóval no tendrán que pagar las sumas estipuladas —parr. 25—. De la suma misma se ocupa el párrafo 23: "Los Contratadores de Caboverde fueron obligados a servir a su Magestad con la cuarta parte del precio, en que se vendiesen en las dichas Indias los Esclavos". Otro contrato —"Assiento séptimo"— que es contraído "en nombre de la Magestad Cathólica del Señor D. Phelipe IV" con Domingo Grillo y Ambi-osio Lomelin, en el párrafo III dispone de la

suma así: .. ."hemos de pagar precisamente a V. M. dos millones y cien mil pesos... que es a razón de los cien pesos por cada Negro". ¡Dinero fácilmente adquirido! Estos contratos por poco interminables, tratan de todos los detalles menos del trato con estos seres desafortunados, a los que ni siquiera aluden. El asiento sexto contiene una expresión, en el párrafo 36, que mueve a profunda indignación a todo hombre creyente en Dios con sinceridad, que reza así textualmente: "36 ítem, que si —*lo que Dios no quiera*— sucediese algún impedimento universal en las partes, de donde salen los esclavos para las Indias... se haya de suspender a los dichos Melchor Gómez Ángel y Cristóval Méndez de Sossa la paga del precio de este Assiento". ¡Así que invoca al santísimo Dios para que no obstaculice el éxito de la caza infame! No había que ser rey católico para apreciar el valor de una vida humana; el instinto de conservación nos enseña a todos apreciarla. Objetivamente, era más que pecado mortal arrojar estas vidas como artículo de comercio, sacando el 25 % de las ganancias en calidad de impuesto. El último contrato semejante según La Trata de Negros, data del 1787.

¿Es de extrañar pues, que los francmasones hayan atacado a la Iglesia con fervor e ironía, que los ha excomulgado por su librepensamiento, tolerancia religiosa y discreción de su liturgia, al mismo tiempo, que no levantó ni una palabra en protesta contra estos contratos kilométricos. Nadie diga que el tráfico de negros era sólo cuestión económica y que no tenía su faz moral. Los Reyes Católicos en cierto modo tenían derecho de equivocarse, porque después de todo, no eran más que reyes, pero al mismo tiempo y paralelamente con ellos, los Pilotos Supremos de la moral, se declararon contra la igualdad de derechos humanos. Cuando la evolución humana llegó al punto que la cuarta orden también golpeaba la puerta pidiendo entrada entre los iguales, el papa León XIII, una vez más, condena solemnemente en la encíclica *Humanun Genus,* a los fracmasones, obsesionados por la libertad, y entre las causas que merecieron esta condena señala que son ellos que enseñan esa peligrosa doctrina, que "todos los hombres tienen los mismos derechos y que son de condición perfectamente igual".

Desde entonces ha pasado mucho tiempo y muchas cosas fueron modificadas. Muchos sufrimientos humanos fueron suprimidos con el surgimiento de una vida más equitativa, pero la condena de León XIII y su excomunión todavía sigue en pie a pesar de que el Santo Papa Juan XXIII se pronunció en las páginas del "Pacem in Terris" contrario a lo anteriormente citado. Los masones no piden que sus méritos sean reconocidos porque ya dos siglos atrás se morían por estas doctrinas, ni esperan ser ensalzados a posteriori, por haber profesado principios más nobles que los reyes católicos, pero sí piden, y con toda justicia, no seguir siendo ana-temizados, (palabra que significa "maldecidos"), hoy día después que aquella Iglesia que los condenó tan injustamente, ha llegado a una convicción parecida a la de ellos.

Para completar, debo mencionar que la Masonería no sólo fue padre de la revolución francesa y que ni la liberación de las tres Américas ni la abolición de la esclavitud, por la que lucharon en la primera fila significó el fin de su misión histórica. Su obsesión por la libertad siguió dando sus frutos y luchaban nuevamente a la cabeza de los últimos grandes movimientos del siglo xix. La conferencia londinense reconoce la independencia de Grecia, hecho que erige un monumento al *Príncipe Alejandro Yysilcmti* héroe libertador, quien fue ayudante del zar Alejandro I y anteriormente, todavía en 1810, fue iniciado a masón en San Peters-burgo. Luchaba junto a él por la libertad de Grecia lord Byron, el gran poeta inglés, también miembro de la masone ría. Al año siguiente estalla el primer

levantamiento en Italia, que llega a su término en la revolución libertadora de 1848. Su líder fue el legendario *Giuseppe Garibáldi* convertido en símbolo de la libertad, quien fue exaltado a masón en Montevideo en la Logia *Les Antis de la Patrie.* Más tarde se convierte en Gran Maestre de Italia. La nueva Italia se forma bajo la dirección de la Masonería, obsequiando su pueblo con figuras insignes como el masón *Conde Cantillo Benso Cavour.* Otro destacado masón fue el héroe libertador húngaro, *Lajos Kossuth* y su eminente general *Gyorgy Klapka* quien se incorporó a la Masonería en Torino en la *Logia Dante Alighieri* en 1850. Manteniendo el orden cronológico: en 1852 *Justo José de Urquiza* en la Argentina, masón entusiasta, derrota a Rosas en la batalla de Caseros y en 1853 otro masón *Dr. Juan B. Alberdi* redacta la nueva Constitución de la Argentina, que sigue en vigencia hasta nuestros días. Entre los héroes libertadores modernos tengo que citar al *Bajá Kemál Ataturk,* presidente y gran organizador de Turquía y destacado genio militar, miembro de la Logia *Macedonia Resorta el Veritas.* Aunque no fue héroe libertador, debo mencionar también al Conde húngaro *Gyula Andrássy* reconocido como el más grande ministro de relaciones exteriores de la Monarquía, vistió su mandil en Paris, en la Logia *Mont Sinai.*

La idea de la Europa Unida y sus propulsores fueron masones, ideología típicamente masón ya que encierra el principio de la libertad y el pensamiento de la fraternidad: el Conde *Coudenhove Kalerghi,* fue uno de sus luchadores precursores; cuando hace años leí su libro con gran entusiasmo, no pensé que fuera masón y que algún día citaría su figura insigne, como la personificación del principio masónico. Dos grandes propulsores de la idea de la Unión Europea, fueron laureados con el premio Nobel de la Paz, *Arístides Briand* y el general *George Marshall,* ambos destacados masones.

* * *

Echando una ojeada abarcadora a la historia de la Masonería y a su esencia, veo con claridad que su misión primordial fue liberar el pensamiento y la conciencia, de sus ligaduras y afrontar a menudo solo y abandonado, todas sus consecuencias, contribuyendo a crear la libertad de religión, la libertad de opinión y política, etc.

Al meditar sobre los movimientos libertadores del siglo pasado, me detengo al pensar que si bien la Masonería apoyaba a todos, sin embargo se había comprometido con el liberalcapitalismo, con uno de los hijos de la revolución francesa y se adaptó a su forma de vida. Se detuvo en esta tierra firme y no puso pie en los nuevos terrenos movedizos, los que poco a poco fueron tomando solidez. Ese terreno nuevo y movedizo lo constituyó la liberación de la cuarta orden.

Si pensamos con sentimientos masónicos y con justicia, éstos tuvieron los mismos derechos de elevarse a la casta de los amparados, como los otros, que ya estaban del lado de adentro de los muros. La Masonería no los apoyaba, y esa es la causa de la tensión reinante entre ellos y el comunismo; del mismo modo como sucediera otrora entre la Iglesia y la Masonería. La Iglesia debió haber descubierto en los francmasones un caudal de grandes y modernas verdades e ideas, cuya maduración y propagación, como su imperio en el mundo entero, iba a ser cuestión de tiempo; tal cual sucedió. La Iglesia no debió agudizar la lucha, tenía que haber previsto, que llegaría el día en que no podría menos que emitir nuevas encíclicas, con nuevas ideas y reconocer con ellas verdades anteriormente rechazadas. Es de temer, que ahora ambas Ordenes erraron las tácticas con el revolucionario más joven, porque este nuevo gigante, no debemos negar que es,

los odia y persigue a ambas por el mismo motivo por el cual la Masonería odiaba y perseguía a la Iglesia: por la incomprensión. Al llegar a este punto en mi meditación, me pregunté con temor: ¿cuál será el motivo por el cual la Masonería se quedó a mitad de camino? ¿Faltaba quizás la genialidad del reconocimiento de la situación, de que las huelgas desesperadas de obreros sucios, encerraban una causa justa y sin reconocer su propia causa de otrora en ellos? Pero es posible que su compromiso los haya ligado al liberalcapitalismo del mismo modo, como la Iglesia de antaño estaba frente a los masones, comprometida con un mundo tambaleante de absolutistas. Al parecer los obsesionados por la libertad no reconocieron la ebullición de estos movimientos que han crecido en una avalancha imposible de frenar, ya que la necesidad imperiosa de la evolución histórica los constreñía. Tampoco previeron que esos sangrientos primeros de mayo, algún día se convertirán en una potencia mundial que obligará a tratar, en vez de terminar con una descarga de fuego de la policía. Cuanto mejor habría sido conectarse, orientarlos y crecer con ellos, ya que ambos eran obsesionados por la libertad. Pero ya se observaba un decaimiento en la vida de la Masonería, una vegetación que conducía a estos luchadores de la libertad a la tranquila vida al estilo club y el hecho que se hayan resignado a esta nueva vida de méritos en menor escala, demuestra, si la comparamos con su época de epopeya, que la Masonería ha perdido su rol preponderante en la historia. No se puede apartar la impresión que una vez cumplida su misión histórica, el gran luchador de otrora se haya dado a la vida burguesa. Surgió el ejercicio de la autoilustración y no falta un país en que los masones organizan desfiles callejeros, donde ostentan todos sus emblemas y vestimentas poco comunes. Las luchas que otrora libraran para libertar naciones, se han reducido a una controversia recíproca con la Iglesia, que consiste en un continuo reprochar de culpas añejas, que poco a poco ya no va a interesar a nadie más, que a los mismos intrincantes.

Pero si ya perdió la posibilidad que la dirección de un movimiento obrero le ofrecía, donde quizás hubiera podido impedir que esta nueva liberación de la historia, tomara caracteres dictatoriales y agresivos, le queda todavía algo para hacer, siempre que se apresure, una labor típicamente masónica: tomar parte, en base de los grandes principios de antaño, en la liberación de los pueblos de color. No debemos olvidar que en el África se repite la misma historia hoy que en la tres Américas ciento cincuenta años atrás; la liberación del colonialismo. Entonces se emanciparon las colonias blancas, hoy exigen lo mismo las de color.

La Iglesia si bien retrasada, trata de conectarse siempre en las grandes corrientes históricas, aunque sea a poste-riori. Pero el que llega tarde, pierde su lugar entre los dirigentes. El movimiento Kalot era una empresa con este fin; quería salvar la oportunidad perdida y participar a la par por la liberación de la clase trabajadora. Por este motivo enunciamos a las masas indigentes que lo que les llevábamos en nombre de la Iglesia no era ayuda y consuelo, sino derechos que les aseguraran un porvenir más equitativo y más humano. Si entonces el Cuerpo Episcopal húngaro, se hubiera puesto de nuestro lado y en sus latifundios de un millón de hectáreas, hubiera hecho importantes reformas agrarias, según habíamos proyectado, entonces en vez de grabarse la triste frase: "Ya sabemos que nos quitarán los latifundios, pero nosotros podremos decir siempre, que no los habíamos entregado"; la historia los habría recordado positivamente por haber contribuido generosos a que una clase social se elevara y la iglesia católica en Hungría no hubiera sufrido derrota.

El camino de los masones también se encuentra ante una bifurcación: afirmarse apoyados en un pasado glorioso, en actividades burguesas o bien buscar una

misión, que los coloque nuevamente a la cabeza. Ningún masón debe esperar que esto le sea dictado de arriba, ya que nunca en la Masonería reinó dirección suprema universal alguna, aunque sus enemigos quieran imputarle; todo masón impregnado por el espíritu masónico de su Logia, a través de las liturgias y las enseñanzas de los símbolos, trasmite a estos en las actividades que desempeña. La supuesta dirección suprema la lleva cada masón dentro de su alma y es la única a que obedece; esta es la experiencia de un observador jesuíta.

El clima de las Logias no ha variado, las liturgias siguen sembrando el mismo espíritu y los símbolos continúan enseñando los principios de siempre; entonces, ¿dónde están hoy los hermanos capacitados para misiones históricas de gran envergadura? No se vislumbra señal alguna de que la Masonería fuera a elevarse de nuevo a esa vocación histórica que desempeñara tan gloriosamente. Ella misma siente, que carece de una gran misión histórica, al parecer ya no hay más catedrales que construir. Pero sirva de consuelo, que los principios de la Masonería ya han penetrado en las capas no masónicas de la sociedad humana, desarrollando una nueva ideosincracia, que ya no se podrá extirpar. Este es uno de los blancos para el rencor de la Iglesia. Se puede aplicar a los masones, lo aplicado a los jesuítas: no fueron ellos los que declinaron, sino los otros que se elevaron.

XV. LUCHA SECULAR

Desde hace días vengo leyendo el "Misterio de la Masonería", libro de cerca de 400 páginas, cuyo autor no es menos que J. M. Caro, Arzobispo y Primado de Chile. Me he enterado a través de este libro, que pertenezco a la secta del satanismo, practico orgías sexuales además de otras perversidades; yo soy en el Apocalipsis —del cap. 17— "la gran ramera, con 3a cual han fornicado los reyes de la tierra... teniendo un cáliz de oro en su mano lleno de abominaciones y de la suciedad de su fornicación". — pág. 362.

Yo que había pasado por las distintas fases de la rica liturgia masónica, leí dicho libro con suma tristeza, ya que éste hirió de sobremanera mi sentido de justicia y no puedo ocultar mi extrañeza sobre el hecho que este prelado haya usado de su alta investidura tan irresponsablemente para identificarse con tamañas acusaciones, basadas en panfletos baratos e informaciones dudosas.

Me sigo enterando por el libro del Cardenal, que en el rito escocés —practicado en la Masonería Argentina— en el errado 30, debo pisotear al crucifijo, según el *texto litúrgico* citado por el Primado chileno: "Pisotea esa imagen de la superstición; quiébrala" (pág. 96). Me propuse hacer un experimento para ver la reacción de los hermanos: en una tenida empleé una expresión fuerte contra el crucifijo a lo que de inmediato fui llamado al orden en medio de indignaciones e instruido de que en la Masonería se debe *respetar todos los símbolos de cualquier cidto religioso.* Luego les expliqué que ésta, mi extraña conducta obedeció a fin de recabar una experiencia personal de la reacción de los hermanos a lo que respecta el agravio de la cruz.

Otro dato que no merece ni el Comentario es el empleo por parte de dicho Cardenal de la afirmación de Benoit, según la cual en las tenidas, en medio de horribles blasfemias, atraviezan con un puñal, una ostia consagrada; sigue citando también la iglesia de donde fueron sustraídas, por los masones, 800 ostias con este fin (pág. 134). Entre otras acusaciones desprovistas de sentido está la siguiente: "... es una escuela de lujuria que sobrepasa todo lo que se puede

imaginar, que también se practica allí el asesinato, siempre porque es desagradable al Dios cristiano y agradable a Lucifer…" (pág. 143).

Guiados por Prelados semejantes no es de extrañar, que un semanal católico local "Esquiú" en su número al hacer comentario sobre la encíclica Pacem in Terris, haya narrado, con una psicología incomprensible, una supuesta manifestación organizada por los masones en 1886 contra la Iglesia en la Boca (Buenos Aires), donde los integrantes de aquélla al pasar por una iglesia escupían sobre los muros de ésta. Yo me pregunto: de los masones de 1886, Bartolomé Mitre, Guillermo Rawson y Sarmiento; ¿cuál de ellos habrá organizado la supuesta manifestación? ¿Cómo se imagina el redactor del Esquiú, a los masones? ¿Cómo a pandillas? ¿Ha meditado antes de afirmar tales hechos? ¿Cómo puede suponer que hombres de bien, médicos, profesores, ingenieros y demás, padres de familia, que desempeñan cargos respetables, hayan sido capaces de agravio semejante? Y todo esto en momentos en que el Papa Juan XXIII grabó su nombre con letras de oro en la historia, con su iniciativa elevada por encima de los siglos para procurar la paz en la tierra!

Una vez más, tuve la convicción de que esta situación debe cambiar, terminando con los agravios mutuos una vez por todas. Una noche pronuncié una conferencia en el Capítulo Roque Pérez basada en un acercamiento hacia Roma de donde llegan nuevos principios de convivencia y pacificación. Traté de recalcar en mi exposición lo estéril de esta discordia mutua, que se ha transformado en un círculo vicioso. Los Hermanos se sorprendieron, ya que como es de suponer, ignoraban mi calidad de jesuíta; parte de ellos, los de criterio más reposado, me aprobaban ampliamente, pero una minoría se rebeló contra mí echando injurias. Las acusaciones que escuchaba lacónicamente, eran las de siempre y provenían de personas que hacían gala de su anticlericalismo, que se entregaban a la negatividad de azuzar ese odio secular sin poder perdonar a la Iglesia que haya querido aplastar a la Masonería.

De no haber tenido la convicción interior basada en razones intelectuales, de que ambas partes están en error al odiar e injuriarse recíprocamente, ya hubiera abandonado esta mi empresa de querer tender un puente entre los intrincantes. Pero sigo firme en esta desición y serviré sus fines demostrando la verdad.

Ambas Ordenes contribuyeron plenamente para que la situación se agudizara. Esta es la primera conclusión que conduce a la solución del gran problema. Tengo por objeto de demostrar la actitud de ambas con absoluta imparcialidad; creo estar en posesión de una situación especial al respecto: yo vine de muy lejos y fui hasta muy lejos y me sorprendo al comprobar que el cariño que profeso por ambas Ordenes se alojen en mi alma en perfecta compatibilidad.

Tengo delante de mí treinta y cinco nombres de obispos diocesanos del país que firmaron la declaración siguiente fechada 20 de febrero de 1959:

"A cuantos sienten en su pecho el amor a la Patria les señalamos, como enemigos de nuestras tradiciones y de nuestra futura grandeza, *la masonería y el comunismo que aspiran a la destrucción de cuanto kay noble y sagrado en nuestra tierra";* y no hago más que meditar sobre estos argentinos, todos hijos de esa patria que libertó para ellos la figura egregia de San Martín hijo preclaro de la Masonería Argentina. Estos mismos obispos argentinos veneran el emblema nacional, la bandera de Belgrano, destacado masón, quien consagró en la insignia de la patria nueva los colores azul y blanca de su Logia; estos mismos obispos,

patriotas argentinos, cantan con devoción el sagrado himno nacional obsequio al pueblo argentino por Vicente López y Planes, otro distinguido masón argentino. La Constitución Nacional que ampara los derechos de estos mons. obispos, fue redactada por el Dr. *Juan B. Alberdi,* otra figura insigne de la Masonería. Muchas veces habrán citado con justificado orgullo a uno de los tesoros de la literatura argentina, la poesía gauchesca *Martín Fierro,* cuyo autor fue un ilustre masón. La figura tan mentada en todos los colegios del gran educador *Sarmiento* a quien le rinden todos los años homenaje de admiración y gratitud, fue Gran Maestre de la Masonería Argentina.

Esta pastoral del cuerpo episcopal argentino conserva un prejuicio fanático tal que no puedo menos que considerarlo como un caso incomprensible. ¿ Cómo no pensaron en las consecuencias que podía provocar tamaña intransigencia?, y que un juez al condenar, junto a los principios morales debe disponer también de conocimiento de causa.

Caminando por las. calles principales de Buenos Aires cuya mayoría ostentan los nombres de tantos eminentes argentinos como: Rivadavia, Bartolomé Mitre, Carlos Pelle-grini, Quintana, Figueroa Alcorta, R. Sáenz Peña, Yrigoyen, Juan B. Justo, Alsina, todos ex presidentes y vicepresidentes, Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, Lisandro de la Torre, Ramos Mejía, Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Montes de Oca, Luis María Drago, etc. todos ellos masones de relevantes títulos a la gratitud de la Patria.

Podría seguir enumerando 30 o 40 figuras más, yo el venido del extranjero, para aquellos que a pesar de haber nacido acá no conocen la historia de su Patria.

Pero hay dos argentinos solos, muy conocidos por todos, cuyos nombres no adornan ninguna calle: Juan Manuel de Rosas y Juan Domingo Perón y estos dos no fueron masones. ¿No es una coincidencia?

Ahora no puedo menos que preguntarme; ¿quién de todos estos masones destruyó algo noble y sagrado en este país?

Pensar que entre los treinta y cinco obispos no hubo ni uno sólo que hubiera dudado de la veracidad de la afirmación y que hubiere vacilado en firmar esta afrenta, ni siquiera uno, que hubiere dicho, nosotros los argentinos tenemos una deuda muy grande para con esos masones, que fueron los grandes valores de la Patria. Lo infinitamente triste es, que estos monseñores, valiéndose de su investidura, propagan estas calumnias desde los pulpitos, mancillando a centenares de personas de bien, de conducta intachable, reservándose la ventaja de no tener que otorgar oportunidad alguna para que éstos puedan defenderse. Y esta propagación de calumnias la hacen ante los sagrados altares suscitando con ellas el desprecio y el odio entre pacíficos argentinos.

Por añadidura citaré la lista de masones, que fueron agraciados con el Premio Nobel de la Paz: *León Bourgeois,* premier francés, presidente de la Cámara de Diputados y esclarecido liberal; *Elio Ducommun,* publicista y filántropo suizo, que organizó la Oficina Internacional de la Paz, en cumplimiento de la resolución del Congreso de Roma en 1881; *Henri Dunant* (1864), fundador de la Cruz Roja Internacional, organismo que a su vez, en tres oportunidades (1902, 1917 y 1944), fue agraciado con igual Premio; *Alfred Fried,* literato austríaco y gran predicador en favor de la paz; *Henry Lafontaine,* jurisconsulto belga y presidente del Senado de su patria, miembro de numerosas organizaciones internacionales y recordado

Secretario General de la Unión de Asociaciones Internacionales; *Teodoro Roosevelt,* presidente de los EE. UU. y presidente de la Suprema Corte del mismo país, quien, viendo el peligro de la primera guerra mundial, recorrió toda Europa, predicando en favor de la paz; *G Streseman,* destacado político alemán, quien recibió en 1926 el Premio Nobel por la Paz, junto con *Arístides Briand,* el recordado premier francés, inolvidable abanderado de la Sociedad de las Naciones y propugnador de la *Parir europea; Federico Passy,* economista y político francés, fundador de la Liga Internacional de la Paz; *Ferdinand Buisson,* el gran pedagogo francés, fundador de la Liga de los Derechos del Hombre, propugnador del sufragio femenino y de la enseñanza laica, y de la enseñanza superior obligatoria; *Corder Hidl,* el recordado colaborador del presidente *Franklin D. Roosevelt,* otro eminente masón, en sus esfuerzos en pro de la política de buena voluntad. *Lord Boyd Orr,* médico inglés, investigador de los problemas de nutrición y alimentación, a cuya prédica y organismos por él fundados, se debe la actual Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas; *León Juheaux,* el famoso dirigente de la C.G.T. de Francia; *Charles Gates Danves,* financiero y político norteamericano, autor del Dawes-Dictamen; General George Marshall fue otro de los artífices de la Victoria de las Democracias. En su calidad de ministro de Relaciones Exteriores, fue el autor del famoso *"Plan Mars-hall"* que desarrollado durante cinco años, demandó la inversión de 17.000 millones de dólares. Así mismo el General Marshall, fue quien ideó la alianzas del Pacto del Atlántico Norte y de la *Unión Europea,* bellas realizaciones de convivencia internacional, de cooperación mutua.

Ante estos quince masones, distinguidos por sus enormes esfuerzos por el bien común, con el máximo premio que es el que se da por la paz, quisiera preguntar, cuál de los 35 obispos recibirán esta alta distinción? ¿No sería más digno de estos monseñores que en vez de tratar de desunir a los argentinos, propagaran entre los hombres la comprensión mutua, que en todos los casos conduce a la paz?

Nos cuesta creer que estos monseñores estén impregnados todavía con la ideología de Pío VII quien el 30 de julio de 1816 en una encíclica condenatoria ordena a todos los clérigos procurar "la sumisión de todos los feligreses a las autoridades superiores..., *(españoles)* justo y firme odio con que deben mirar a la revolución... *(libertadora),* desarraigar y destruir completamente la cizaña de alboroto y seducción que el hombre enemigo *(Bolívar, San Martín, O'Higgins)* sembró en esos países". Estas palabras fueron emitidas contra la Revolución Libertadora Sudamericana, que sigue siendo nuestra gloria.

El príncipe Felipe de Edinburgo al ser huésped oficial de la Argentina, dedicó tiempo de su corta estadía en esta, para visitar la Gran Logia del Distrito Sur, siendo él mismo masón, como casi todos los miembros de la familia real de Inglaterra obedeciendo una tradición secular. Cabe preguntar al cuerpo episcopal argentino si supone del príncipe Felipe que sea solidario con una entidad que "destruye todo lo noble y sagrado que hay en nuestra tierra".

Salgamos ahora de los límites de un país para ver de qué modo y con qué argumento se hubo expresado la Iglesia, a través de sus bulas, contra la Masonería. La primera data de 1738, emitida por Clemente XII conocida por *"In Emi-nenti Apostolatus Specule".* Me dediqué con interés especial a descifrar el famoso texto que tantas veces oyera mentar, pero en raro de los casos citar. Esperaba un documento fundamentado en argumentos teológico-filosóficos, puesto que esta bula fue la base de todas las siguientes: en vez de esto hallé un

escrito pequeño y deficiente agravado por una contradicción tan grave que no se explica que haya tenido cabida en la rica literatura de encíclicas.

La bula enumera sólo dos motivos de acusación. Según el primero los masones conservan secretos: "si esos hombres no hiciesen el mal, ¿tendrían tan grande horror a la luz?", escribe el Papa. Suerte que los catacúmenos de la primera fase larga de la Iglesia no opinaban igual, cuando los conducían fuera del templo en el principio de la misa, porque les estaba prohibido conocer el secreto de la Eucaristía. Como es natural se propagó entre los paganos que ahí se comía el cuerpo de un tal y se bebía su sangre, esto en su fantasía degeneró en la creencia, lo sabemos de los mismos Padres Santos, que los cristianos en las reuniones secretas, comían niños. Los romanos no se tomaron la molestia para averiguar en serio la veracidad de esta calumnia absurda, pero sí se podía esperar de un Clemente XII que adquiriera conocimientos más precisos de la verdad, antes de emitir una bula. Especialmente en esa época en que la mayoría de las cofradías medievales estaban aún "in floribus", estando éstas llenas de secretos. No quiero repetir la exposición anterior respecto a los masones especulativos que tomaron su origen de los operativos y que cometieron el error de tomar el sistema de la defensa del secreto profesional que se ejercía en toda cofradía medieval similar.

Quiero aludir que hubiera sido más justo si el Papa Clemente XII con la consciencia propia de los jueces, hubiera averiguado si existía en verdad "algún secreto" de contenido peligroso y no sólo "secreto". ¿Dónde está ese juez, que hoy condena a una sociedad sólo porque ésta guarda secretos? Pues el Papa no invoca ningún contenido concreto, que guardaran los masones, solamente el mero hecho de que guardan secretos. No quiero profundizar en esta exposición, sólo podría mencionar que aquello que ningún juez de hoy puede cometer por principios fundamentales, tampoco debió haber cometido Clemente XII, pero mi intención es permanecer indulgente ante el pasado. Quisiera saber más bien si este motivo hoy en 1963 posee alguna validez o no. Podemos afirmar con determinación que ¡no! Porque en el ministerio respectivo de cualquier país se encuntran los estatutos de la Gran Logia del mismo, presentados legal-mente y la dirección de cada ciclo está registrada en la policía. Las leyes de estado obligan a todas las asociaciones a proceder en esta forma. Que sus reuniones no pueden ser frecuentadas por cualquiera, es natural, puesto que hacen lo mismo los directorios industriales, los consejos ministeriales y los consejos de todas las Ordenes. Pero en la masonería es sistema, mientras que en los otros accidental, dirán algunos. Y es cierto, pero yo estoy entre los masones después de haber venido acá como observador para ver y oír todo con criterio jesuíta y ahora puedo afirmar que estos secretos causantes de tantos males para los masones mismos no existen, puesto que ellos están sentados en centenares de libros al alcance de cualquiera. Ya lo han dicho muchos que el secreto de los masones es que, no tienen secretos; yo tampoco quise creer, pero hoy ya sé que es verdad. Y Considero que por este pseudo-secreto es un precio demasiado alto la excomunicación de generaciones, las mutuas calumnias y esa cantidad de ultraje que ambos fuimos capaces de mandar a la imprenta. ¿Por qué no se toma Roma la molestia, después de más de 2 siglos para averiguar ella misma si encierra o no la masonería un verdadero secreto peligroso?; en vez de juzgar por charlatanerías de masones apóstatas, producto de resentimientos muchas veces o medios de conseguir simpatías y méritos.

Este es el aspecto del primer motivo contra los masones de la bula pontificia: ya en su tiempo era precipitado, sin hablar de que hoy carece de todo fundamento. El

segundo motivo es algo peculiar y fuera de costumbre; reza así: "y por otros motivos razonables y justos conocidos únicamente por nosotros". Lo leo sorprendido y hallo justificación para el Papa quien en el tiempo de la emisión de dicha bula era un hombre enfermo y ciego. Fue el secretario de estado el Cardenal José Firrao quien lo hizo firmar la bula.

Un Papa que está en plena posesión de sus facultades, jamás va a anular con su segunda frase la primera, cosa que sucedió aquí: peca por lo mismo que acaba de condenar. Emite una grave condena contra los que guardan secretos; ¡ a no olvidar! contra el mero hecho de guardar secreto, sin su contenido y en su segunda frase oculta su segundo motivo propio. Y esto lo hace aquél, quien en calidad de juez acaba de dictar una sentencia. Desde tiempos remotos los jueces descubrieron siempre ante el condenado las causas que motivaron su condena, su infalibilidad tampoco puede absolver al Papa de este deber primordial. No existe tribunal en nuestros tiempos que osara dictar una sentencia de este modo y dicha sentencia fue dictada del foro supremo, donde no hay apelación. Hubiera sido perdonable si el juez después de enumerar 8-9 cargos, hubiera añadido que todavía existen motivos cuyo texto sólo por nosotros es conocido. Pero no es así porque en total son dos las razones para un grave anatema y una de las dos la oculta, así que la mitad de las razones la guarda en secreto al mismo tiempo que la otra mitad alude a que es sospechoso si alguien oculta algo Reflexiono asustado al pensar que fue sobre esta bula que se levantó la más grande excomunicación quizás de la historia y fue la base para una avalancha de odios y calumnias. Es comprensible por parte de los masones la cólera con que contestaron tamaña injusticia. Y la cólera siempre es un mal consejero que no conduce al buen camino, porque ésta provoca otra igual y en medio de estas iras nacieron las calumnias y acusaciones falsas que el odio convirtió en reales.

Y esta fue la primera bula sentenciadora que fue base para las siguientes, que hizo época por su importancia a pesar de que su contenido fue tan deficiente. ¿Acaso se puede mantener todavía hoy una sentencia tan grave cuyo documento de base es evidentemente injusto o insuficiente? Se la puede añadir tranquilamente a las cartas del Papa Honorio. Cómo será la seriedad de esta bula, que Denzinger-Bannwart S. J. no la incluyó en su libro Enchiridion Sym-bolorum y pensar que fue la base de tamaña injusticia y error.

Veamos ahora la segunda bula sentenciadora la "Providas" de Benedicto XIV (1751). Tomaré el texto pontificio para su análisis del libro "El Misterio de la Masonería" página 339 del Cardenal José M. Caro Primado chileno, donde su Erna, cita palabra por palabra las partes más importantes traducidas al español. Nos facilita el hecho que el Papa enumera taxativo las seis razones de su excomunicación.

"La primera: que en estas clases de sociedades se reúnen hombres de toda religión y de toda secta, lo que puede evidentemente traer los más graves daños a la pureza de la religión católica". Este principio en 1751 tenía otra importancia, por lo mismo hay que medirlo con la medida de la época y no con la medida de la verdad absoluta, aunque tendríamos derecho de exigirla ya que se trata de una Iglesia y de ese Papa que se denomina a sí mismo, como el absoluto y eterno guardián de la verdad, que en cuestiones de fe y de moral, emplea la misma medida en 1751 como en 1963. Pero esta sentencia pontificia aún hoy está en vigencia, entonces debemos averiguar, cuál es su valor en 1963. Lamento no poder conservar mi objetividad prometida, ya que debo expresar la gran verdad con júbilo que esta razón primera no tiene absolutamente ningún valor. ¡Ninguno!

Voy a mencionar con todo respeto al Concilio Vaticano II en cuyo panorama excelso y subyugante hallamos los delegados de las distintas confesiones titulados como hermanos y no hallamos a todos, por el triste motivo de que, todavía guardan rencor a la Iglesia, por las cartas y principios como los de Benedicto XIV. No creo que el Papa Benedicto habría tenido la valentía de emitir su bula "Providas" contra los masones, si por algún milagro hubiese podido leer con anticipación histórica la encíclica "Pacem in Terris". Mucho menos de serle posible leer uno de los documentos del Concilio Vaticano II que es un llamamiento a todos los católicos para que "se identifiquen mejor con los protestantes, que los respeten y cooperen con ellos y busquen todos los medios posibles de abolir los obstáculos que cierran el paso a la unidad cristiana". El documento acentúa que la libertad religiosa es un derecho dado por Dios y todos los hombres deben tener la libertad de profesar la religión según los dictados de su conciencia. Son dos mundos diferentes el de Benedicto XIV y el de Pablo VI. El primero excomulgó a los masones por lo mismo por lo que el otro exhorta a los católicos del mundo. No debemos olvidar que aquí no se trata de la rotación de la tierra, sino de graves problemas morales y éstos son resistentes al tiempo y la Iglesia es el guardián de ellos. ¿Cómo se puede mantener sobre semejantes bases una excomunicación? La Iglesia sabe bien que tarde o temprano tendrá que anular esta sentencia injusta, entonces ¿para qué esperar tanto?

Veamos como sigue la bula de Benedicto XIV: "La segunda es el secreto riguroso e impenetrable con que se oculta todo lo que se hace en estas asambleas, de modo que se les pueda aplicar bien la palabra de Cecilio Natal referida por Minucio Félix: las cosas buenas aman siempre la publicidad, los crímenes se cubren siempre con el secreto". No quiero cometer esa falta de respeto de aplicar las palabras de Cecilio Natal a Clemente XII de quien acabamos de demostrar que de los dos argumentos de su bula, uno guardó en secreto. Pudo haberlo dicho con franqueza, evitando así las conjeturas maliciosas que de hace dos siglos vienen envenenando al mundo.

"La tercera, es el juramento que hacen los miembros de estas sociedades de guardar inviolablemente el secreto". Esta razón equivale a la anterior, por ser compendio de la misma. La cuarta, quinta y sexta, están demás para citar palabra por palabra por ser variaciones de cómo los pueblos y príncipes profanos condenan a los masones quienes "están en mala reputación". Me sorprenden los teólogos de Benedicto, quienes confeccionaron la bula para el Papa, ya que ellos también pasaron por la misma escuela filosófica como yo y no advirtieron con su mentalidad escolástica, que este es un simple y débil círculo vicioso, puesto que el Papa condena a los masones porque éstos están mal vistos por algunos príncipes y "personas prudentes y probas" cuando el comportamiento de éstos, obedece a la razón de que el Papa los haya condenado.

Los numerosos anatemas siguientes no merecen mención aparte, porque son repeticiones de los anteriores ampliados con algunas expresiones como sanatismo, crímenes y demás. Cito como ejemplo al Papa Gregorio XVI en la encíclica *"Mirari vos"* condena la Masonería, que "todo lo que ha habido de más sacrilegio, blasfemo y vergonzoso en las herejías y en las sectas más criminales, se ha juntado en las sociedades secretas como una sentima universal de todas las infamias". La misma encíclica señala la Masonería como "la principal causa de todas las calamidades de la tierra y de los reinos". Al parecer, esta fue la fuente de la pastoral de los obispos argentinos (1959). Lo curioso es, que los 125 años pasados no hayan movido a nadie en la Iglesia que se haya dedicado a verificar tales horrores. Pío IX los condenó 20 veces, dando motivo con su fervor al rumor,

según el cual, habría sido masón en su primera juventud y con estas repetidas condenas innecesarias querría justificarse quizás. En una cosa tenían razón las bulas, en que en esa fecha los masones ya eran tan implacables en acometer, difamar y afrentar a la Iglesia como ésta frente a ellos.

Las bulas en cada caso provocaron un torrente de contraacusaciones. Mejor no citarlos, ya pertenecen al pasado, a este cementerio enorme, que sepulta un caudal de grandes injusticias, crueldades, vergüenzas y errores. Además ya han perdido su actualidad, en su tiempo era el tema favorito de los salones de todos los círculos en pro y contra, su lenguaje grosero no escandalizaba tanto, como lo haría ahora.

Leo XIII fue el último de los grandes militantes en emitir la última bula contra los masones, pero él tampoco hizo más que enumerar las acusaciones de sus antecesores. Lo que añadió a ellas mejor no lo hubiera hecho ya que estas partes del texto sirvieron de base para una curiosidad en las luchas anticlericales, en que los masones argentinos en 1959 imprimieron de nuevo y propalaron sin comentarios la encíclica "Humanum Genus" emitida contra los masones, dando oportunidad para que cualquiera pueda leer, que el gran Papa social, redactor del "Rerum Novarum" con qué acusaciones arremete a los masones. Citaré alguno: "Aquí los naturalistas (masones) enseñan que todos los hombres tienen los mismos derechos y que son de condición perfectamente igual; que todo hombre es naturalmente independiente" : "Por lo tanto el pueblo es soberano, los que gobiernan no tienen más autoridad que la que el pueblo les confiere". Otra de las enseñanzas peligrosas de la masonería es: "el haber suprimido del mundo todas las distinciones sociales". Acusaciones de antaño que se convierten en virtudes de hoy.

El Código de Derecho Canónigo sobre estos antecedentes no podía menos que definir la excomulgación: (Can. 2335). Si intentara no *analizar* el contenido de las bulas de anatemas, sino, cambiando el sistema, *sintetizar* todos los cargos de la iglesia contra los masones y remontar todas a una sola, que quizás esté latente en el fondo de todas, llegaré a la siguiente conclusión: la iglesia es una de las instituciones más conservadoras del mundo, nada piensa tan prolija y esmeradamente como la innovación. Es enemiga por su esencia del pensamiento libre en base de su sistema dogmático. Los masones en cambio son antagónicos a este principio; son partidarios de la libertad, evolución y progreso. Según la Iglesia esto, en sí, teóricamente, sería correcto, pero llevado a la práctica es censurable, por su carácter temible ya que puede aportar innovaciones peligrosas. Por este dualismo, la Iglesia, al condenar a los masones, nunca puede decir que la condena se debe a su espíritu progresista, pero tiene que excomulgarlos porque en la práctica está contra las innovaciones audaces; es por eso que recurre a acusaciones como la del misterio, de la tolerancia religiosa que tilda arbitrariamente de indiferencia.

La iglesia de hoy no puede menos que pisar un terreno nuevo, que si bien en teoría nunca negó (aunque la acusaran de ello sus enemigos, entre ellos los masones) siempre se limitó a llevarlo a la práctica.

Este terreno es el de la tolerancia y entendimiento, para con sus adversarios, porque el mundo actual ya sigue su curso sin ella también, no como antes cuando en ese curso jugaba un rol decisivo. Una señal ruidosa de esta nueva forma de vida es, que las sectas condenadas de otrora, tienen su asiento en el Concilio Vaticano II como observadores y algunos asientos vacíos esperan a los delegados

masones, porque la Iglesia no puede parar a mitad de camino, no puede ser inconsecuente sin correr el riesgo de debilitar la confianza en algunos invitados con la exclusión de otros. Siempre que se quiera llevar la "Pacem in Terris" al terreno de la práctica con sinceridad y no dejar que sus buenos propósitos se ajen entre los folios y con ellos se pierda el acercamiento a la Iglesia de grandes masas que mañana podrán ser hermanos devotos de ella.

Contra los múltiples y reiterados ataques de la Iglesia, la Masonería tampoco quedó inerme. Cuál fue el que inició este agravio recíproco secular y sus debates, muchas veces despiadadas? sería harto difícil precisar. Por un momento había perdido la esperanza de poder hallar la clave del problema, cuando resolví escribir un capítulo guiado por la idea de no buscar el responsable, ya que sería similar a la búsqueda del iniciador de una riña que duraba por años; éstas suelen surgir impersonalmente, partiendo de pequeneces y al cabo de diez días ya ninguno sabe el motivo que dio base a dicha pelea, más aún, esto ya carece de importancia, puesto que durante los diez días transcurridos se han acumulado motivos nuevos, suficientes para que se justifique la continuación de la contienda. Un nuevo período siguiente asegura ya material de discordia de sobra para un año. Algo así fue la lucha entre la Iglesia y la Masonería.

Sus debates de hoy no obedecen a motivos que datan de dos siglos atrás, sino a causas recientes, ya que ambas poseen móviles harto suficientes para el odio, debido a nuevas heridas. La solución pues, sería borrar el pasado y hallar una fórmula nueva para el entendimiento, ignorando el promotor de la avalancha, ya que esto sería más que difícil averiguar. A pesar de todo, llegué a la conclusión, con que creo acercarme a la verdad: no se puede hacer responsable a ninguna de las dos, puesto que ambas comenzaron simultáneamente. La Masonería en su esencia era una revolución contra el pensamiento subyugado y revolución fue también el libre pensamiento individual en favor de la igualdad del hombre. Cuando enarboló esta bandera al extremo peligrosa, nadie dudaba de la confesión y religiosidad de los masones. Lo importante de la cuestión es, que hoy en 1963 ya está probado que esta revolución tenía razón de ser, puesto que sus tesis fueron feodificadas en el *"Derechos Flumanos"* por las Naciones Unidas y proclamadas por el *Pacem in Terris.* Al mismo tiempo la Iglesia en 1738 no estaba ni lejanamente madura para aprobar esta revolución, ni tampoco para ignorarla piadosamente. Puede darse el caso que centenares de individuos puedan comenzar una nueva era, pero una institución milenaria con sus tradiciones inflexibles, comprometida en diferentes direcciones, está incapacitada para salir de sí misma, para plegarse a una nueva idea tan audaz. Ninguna institución poderosa, como tal se ha rebelado jamás contra la estructura de su sistema. Pues a la Iglesia en 1738 no le cupo otra solución que condenar a la Masonería y para ello empleó sus fórmulas milenarias, que de acuerdo al espíritu de la época, fueron rígidas e ímprobas, pero ya no lo suficientemente eficaces como para aplastar esta revolución. La Masonería retrucó, hecho que fue replicado con nuevos anatemas y persecuciones y la controversia ya era imposible de detener, porque una defendía fanáticamente su revolución y la otra protegía su sistema de organización milenaria. Ambas fueron apoyadas, ora por algún genio ora por las armas de algún rey. Vistos los acontecimientos desde una altura, se logra comprender que Ja Iglesia haya condenado, a la revolución de las colonias sudamericanas, promovida por la Masonería (Pío VII. 30 de julio de 1816) que hoy llamamos gloriosa Revolución Libertadora, por el simple hecho que, España debilitada en la guerra contra Napoleón no pudo vencerla, en su defecto su nombre hubiera quedado insurrecció tan cual lo señaló Pío VII. La Iglesia en caso de poder hacerlo, habría aplastado la Masonería, era de esperar, que ésta una

vez vencedora, tomara represalias. Después de tantos anatemas no podía surgir otra réplica que la introducción del laicismo: la separación de la Iglesia del estado allí donde los masones triunfaron políticamente y cómo éstos cada vez seguían logrando más conquistas, en lógica consecuencia, la Iglesia fue excluida paulatinamente de su imperio: de la legislación y de la enseñanza pública. Todo esto no hubiera sucedido, si Clemente XII, en vez de la Bula *"In Eminenti"* habría emitido el "Pacem in Terris", pero esto es un absurdo, porque Clemente XII entonces no pudo emitir otra, que la bula condenatoria y de este modo tuvo que aparecer en la tierra un nuevo odio originado en una fatal falta de coincidencia en la evolución; y por este odio, no podemos inculpar por separado los debates de la Masonería contra la Iglesia, ya que calificada ésta como su enemiga acérrima, los masones no la contemplaban en nada. Voltaire emitió el lema; Pisotead a la infame, Pombal, el ministro portugués, eminente masón hizo capturar a los jesuítas en el imperio colonial y los sepultó en sórdidas cárceles donde permanecieron por 20-25 años en inanición, luego extorcionaron al débil Clemente XIV para que disuelva la Orden de los jesuítas (1773, "Dominus ac Redentor).

Los dos grandes rivales se obsequiaban con mártires, recíprocamente, y ambos llevaban control de los suyos; éste de los masones fue algo inseguro ya que las actividades de la inquisición fueron más rápidas, hecho que los masones tampoco dejaron sin retrucar.

Respecto a los debates en lo impreso todavía menos se puede precisar cuál de los dos tenía tinta más negra. Los masones abusando del lado débil de la Iglesia no perdían oportunidad en reprocharle que se haya identificado con todo cuanto Cristo rechazara: la riqueza, el rango, el boato y el orgullo. Con el Evangelio en mano desafiaban a la Iglesia que les señalara las páginas en las cuales Cristo enseña el uso de lujosos anillos para los sucesores de los apóstoles; en qué páginas permitía que los papas sostengan guerras (seis de ellos murieron en combate) y que los obispos sean grandes señores feudales? No callaban tampoco el hecho que el estado papal fue el último en abolir la institución de esclavos. Los masones en sus reproches miden el largo de los mantos de los obispos y no se conmueven ante el hecho, que esta indumentaria majestuosa haya sido creada por Miguel Ángel para un gran señor, un papa del renacimiento, sino la censuran por su uso, alegando que esta pompa está en oposición más aguda con la humildad evangélica. La riqueza acumulada, los incalculables tesoros de arte, también fueron motivo de su reprobación constante y centro para sus ataques agraviantes.

Al meditar sobre estos hechos resolví intercalar un capítulo titulado "Meditaciones de un libro". Este capítulo tenía por objeto narrar, que un Evangelio colocado sobre un altar móvil en el Concilio, un raro ejemplar del siglo XVII, despierta de un sueño prolongado y mira en derredor suyo, pero su vista se encandila ante tanto esplendor. Se retrae asustado dentro de su esencia interior y contempla su hermosa sencillez maravillosa: las palabras llanas del Gran Nazareno, los apóstoles, que saciaban su hambre con granos juntados; luego vuelve a observar lo que lo rodea y no sabe donde está, ya que éste es un mundo totalmente extraño para él; cree haber topado con la orgullosa Roma imperial, esplendorosa por el oro y púrpura, donde sus fieles eran hombres modestos y pobres, aunque dispusieran de bienes. Vuelve a refugiarse para seguir su propia lectura y cita las ocho bienaventuranzas y sus maravillosas palabras del Más Allá y le surge la idea de que, éstos aquí alrededor suyo deben ser malaventurados, por *al ser vituperados y 'perseguidos y calumniados por mentiras por la causa de Dios,* devuelven todo del mismo modo, más, anatematizan aquellos a quienes tendrían *que ofrecer también*

la otra mejilla. O es que no me toman más en serio? pregunta asustado el Evangelio o ya no me toman palabra por palabra llanamente como en aquél entonces, cuando me escribieron y me propagaron?

Pero no concluí este capítulo, por juzgarlo harto mordaz y pese a sus verdades lo consideré injusto. Recordé esa majestuosa misa pontificia de la que participé en 1946 en la Capilla Sixtina, al pie del Juicio Final de Miguel Ángel, que me conmovió hasta lo más profundo de mi ser, expresamente por su pompa, que contribuyó a elevarse por encima de las pequeneces cotidianas y a aproximarse al Excelso. Sí, yo mismo experimenté su importancia y al salir me sentí cargado de una tensión como de alta frecuencia y de ello sacaba fuezas para mis evasiones peligrosas en las fronteras por la causa de Cristo. No puedo ser injusto ahora con lo que entonces era parte de mi vida. Debe haber una solución justa para el problema.

Hace días que vivo debatiendo conmigo mismo, ya que no es necesario ser masón para advertir que nuestros prelados, quienes viven en un medio de púrpura, ostentando alhajas valiosas, al mismo tiempo, cuando hasta los reyes visten con discreción, no se asemejan en nada a los descalzos y pobres pescadores de Galilea. Por otra parte nadie espera que se asemejen, ya que la evolución de 2.000 años, vale también para la iglesia, tampoco Dios no pudo destinar al porvenir de su obra a una institución petrificada. ¿Cómo iba a hacer excepción Dios con su Iglesia, cuando puso al mundo entero en el camino de la evolución? Pues, razonando nadie espera que la Iglesia haya permanecido, literalmente, en el estado primitivo del Evangelio o que tuviera que volver a ello. ¿Qué es más natural que el hombre, en su liturgia en la casa de Dios desplegara en su homenaje cierta magnificencia? El mal comenzó cuando el siervo de Dios se llevó este esplendor a su propia vida particular, decorando hasta en los días hábiles, a sí mismo y su morada como si estuviera desempeñando funciones en la casa de Dios. Esto fue pronunciado por sus riquezas crecientes, que aumentaban fatalmente con el incremento de sus fieles. Por toda una serie de hechos la Iglesia fue arrastrada irresistiblemente hacia el poder. Este proceso, obedeciendo a una ley lógica, produjo la transformación paulatina del pescador de Galilea en príncipe de la Iglesia.

Si bien la Iglesia no permaneció en el estado primitivo del Evangelio, tampoco acompañó al mundo en su evolución hacia la sencillez ya que el pomposo estilo barroco, debido a la forma de vida moderna, que exige en todo lo práctico, se convirtió en un anacronismo. Una salida de este rígido tradicionalismo de la Iglesia, sería destinar la pompa sólo para las funciones litúrgicas.

Al llegar a estas conclusiones, en estos mismos días surgió la noticia a través de la prensa mundial, que el Mons. Helder Pessoa Cámara, arzobispo de Río de Janeiro, redactó un mensaje y lo envió en copias mimeografiadas a todos los obispos católicos del mundo. El título del mensaje es: Un intercambio de ideas con nuestros hermanos en el Episcopado. El Arzobispo expresa que "para facilitar la unión con nuestros hermanos separados, el retorno a la pobreza es muy importante". Ofrece algunas sugerencias prácticas "como puntos de partida para conversaciones fraternales de gran importancia". Entre estas sugerencias figura la de suprimir títulos como aquellos de *Excelencia* y *Eminencia,* como también el uso de emblemas y motivos heráldicos. "Éstas parecerían bagatelas pero valen para distanciar al clero de los fieles. Se separan por otra parte, del siglo que ha adoptado otro estilo de vida y se separan principalmente de los trabajadores y de los pobres". En materia de atavíos, el Arzobispo recomienda "cautela" en el uso

de los costosos anillos y pectorales y hace notar que los zapatos con hebillas de plata "resultan hoy ridículos por estar fuera de tiempo, y ni siquiera debemos hacer depender nuestra fuerza moral y nuestra autoridad de la marca de nuestros automóviles. Tengamos autos modestos y pequeños cuyo uso es comprendido y aceptado por todos y no por vehículos que escandalizan e irritan. Abandonemos de una vez para siempre —dice el Arzobispo— el dar la impresión, de una autoridad que insiste más en hacerse temer que amar, en hacerse servir antes que servir ella misma". Propone por último, que en la misa final del Concilio, los obispos depongan a los pies del Pontífice sus pectorales de oro y de plata, recibiendo en cambio cruces de bronce o de madera. También sugiere que durante la misa final, los representantes de las iglesias cristianas no católicas junto con los hebreos, budistas, mahometanos y sintoistas, se unan en la plegaria pontifical.

La misma noticia comunicó, que el Cardenal Francisco Spellman, arzobispo de Nueva York, se apuró para ser el primero en contradecir a su colega: "Creo que lo mejor que puede decirse sobre el particular es, que el Brasil es un país libre". En cuanto a la opinión del Arzobispo brasileño, se limitó a decir: "No estoy de acuerdo", pero no dio mayores detalles.

Que el Cardenal Spellman no comparta la opinión de su colega brasileño no es de extrañar, aunque cuanto más interesante y glorioso hubiera sido para dicho cardenal si este mensaje hubiera partido de él mismo. Pero su nombre, en la opinión pública está ligado al dólar,

Muchos disentirán con el Mons. Helder Pessoa Cámara, pero a medida que pase el tiempo aumentará el número de progresistas, según el optimismo de la historia universal y la Iglesia entonces se fortificará y muchas de las ramas disecadas del árbol cristiano reverdecerán. Esta forma redentora no es ni lejanamente deseada por el clero mismo, como lo es por los millares de fieles y por los millares de bautizados que no constituyen la grey de los fieles. Por encima de toda reforma teológica, ésta sería la más importante y decisiva y ya por ésta sola merecía la pena haber movilizado toda la jerarquía eclesiástica.

Es de esperar que los nuevos principios del Mons. Helder Pessoa Cámara tengan eco en el Papa Paulo VI ya que los principios sociales de Su Santidad son notorios. Yo mismo durante mis actuaciones en el Vaticano no lo había visto jamás de otro modo que ataviado con su simple hábito talar como cualquier capellán.

Naturalmente la beligerancia de los masones no se dirigió únicamente contra el boato de la Iglesia, sino que también expresamente contra sus riquezas fabulosas. Tengo delante de mí libros y folletos que llaman a la Iglesia adoradora de Mamón y demuestran sus enormes intereses en las acciones petrolíferas, en empresas de ferrocarriles, y los tesoros incalculables de la que es poseedora. No quiero entrar en detalles, ya que en tesoros históricos no comerciables la Iglesia sigue siendo la más rica, pero quién sería capaz de rematar por ejemplo la cúpula de San Pedro y aparte el grupo de Laocon.

En lo que respecta a sus acciones y depósitos bancarios no creo que me equivoque al afirmar, que existen todavía hoy tres familias cuya fortuna particular sobrepasa a la de la Iglesia.

Uno de los temas favoritos de loa masones contra la Iglesia constituyen los jesuítas, y yo les leo siempre con placer especial. El año anterior uno de los hermanos, en base de un folleto, dio una conferencia sobre la "Mónita Secreta". Algunos detalles de la exposición suscitaron indignaciones entre los presentes, como los "consejos" infames que enseñaban como había que desvalijar a las viudas ricas de sus fortunas. Recordé al P. Ministro de la casa de Budapest que luchaba siempre con sus asuntos pecuniarios, como recordé también al colegio de Szeged, donde al efectuarse amplias refacciones, nosotros hubimos de hacer las instalaciones eléctricas bajo la dirección técnica de un hermano, debido a los fondos tambaleantes de dicha "empresa". Hay numerosas familas argentinas que están en condiciones de poder levantar colegios mucho mayores que el Salvador de los jesuítas. Recordando a mis hermanos jesuítas me pregunto : ¿ Cuál de ellos hubiera sido capaz de apropiarse de la fortuna de alguna viuda? El solo pensamiento me mueve a una profunda indignación: ¿ Cómo se puede suponer, que estos hombres instruidos, de intenciones limpias, dedicados a una causa superior sean delincuentes? Estas acusaciones son tan ciertas, como lo son las orgías sexuales de los masones. Yo puedo ser un juez fehaciente en este asunto.

El supuesto lema de los jesuítas, según el cual el fin justifica los medios, es otra acusación vieja y carente de seriedad y hasta me molesta tener que refutarla. Ya el Tribunal Superior de Alemania falló en un proceso de resonancia medio siglo atrás, que este lema está "no comprobado". Sí, el fin justifica los medios neutrales, pero no a los nocivos. Caminar por la calle es, moralmente, una acción neutral, pero si alguien va por la calle con el fin de socorrer a un necesitado, la acción gana con ello un valor moral aparte. Así nos enseñaron en la teología y nunca ningún jesuíta lo enseñó de otro modo.

Mucho más hiriente y gravante es la acusación, de que el jesuíta es un hombre astuto, hipócrita y alevoso. En primer término, jamás se puede formar un juicio de una institución a la manera global; segundo, toda la educación jesuíta excluye hasta la posibilidad de tamaños defectos. Su control, posiblemente exagerado para la pedagogía moderna, la franqueza absoluta ante los superiores, quizás discutible, transforma al hombre no en hipócrita, sino en un ser disciplinado; en cambio, las grandes novedades de la pedagogía moderna, originaron una corrupción alarmante entre la juventud. La acusación de astucia tiene por origen la mente agudizada de los jesuítas a través de las polémicas escolásticas. A un polemista hábil es fácil tildar de astuto.

Traeré a colación dos ejemplos típicos recientes. El origen de ambos es mexicano, que atenúa la responsabilidad de la Masonería, ya que la mayoría de esas Logias no están reconocidas por la Gran Logia Unida de Inglaterra. Una de las publicaciones (2? Edición) se titula: *Horrores de la inquisición de la Iglesia Católica Romana* y cita palabra por palabra el informe oficial de un cierto coronel Lehmanovsky, oficial del ejercito de Napoleón del 4 de diciembre de 1808, quién después de tomar el edificio de Santo Oficio de Madrid prendió al inquisidor principal de los jesuitas junto a los demás Padres y después de interrogaciones dignas de novelas de horror, hallaron en un sótano a los herejes impíamente torturados y medio muertos. Este buen coronel en el extremo de su indignación puso en marcha las máquinas infernales de tortura y aniquiló a los crueles jesuitas uno por uno.

Después de leer esta edificante historia no hice más que echar una ojeada a la fecha en que dice haber ocurrido y no pude menos que sonreirme. La Compañía de Jesús fue disuelta en 1773 y restablecida recién en 1816. Por consiguiente en

1808 jesuitas vivos en España existían únicamente en las prisiones. Si bien la Inquisición existió, esta fue dirigida por los dominicanos.

Yo, por mi parte, aconsejaría a los falsificadores de semejantes publicaciones a que contrataran a un maestro o profesor entendido en la materia a fin de que revisara dicho "documento" antes de entrar en la imprenta.

El otro caso es mucho más interesante; relata el texto original del juramento de los Caballeros de Colón que logró obtener de "fuente fidedigna". Si dicho texto no fuera tan largo, sería digno de publicarlo por la hilaridad que causaría. Su falsificador no pudo ser católico, de lo contrario no hubiera amontonado tantas expresiones erróneas. En este escrito existe una falta total del conocimiento elemental de la fraseología católica, que dado el caso podría tolerarse en una carta privada, pero nunca en el texto de un juramento oficial de una sociedad militante bajo la dirección —como dice la publicación— de los mismos jesuitas, quienes tendrían que conocer el título de su Padre General. Dice el juramento: "Santísimo padre, el superior de la sociedad de Jesús" y más tarde "el superior de la comunidad del Santo Padre de la sociedad de Jesús". Tanto la ortografía como lo que expresan las frases son auténticas del autor, su significado además de erróneo es ridículo.

El mismo tipo de juramento con la distinción de ser de los masones, falsificado por eclesiásticos podría rezar así: "El tres veces poderoso grandioso comentador de la Logia Estrella de Oriente N° 27". Falta además, el conocimiento litúrgico elemental y el de la dogmática católica al decir lo siguiente: "bendita Trinidad y el bendito Sacramento" estas expresiones jamás ocurren en la fraseología católica. Qué diría un masón al leer lo siguiente: "por la gloria de la bóveda del bendito Arquitecto del inmenso Universo". Al final de dicho juramento dice así: "destruir todos los pode res legales.. . que colgaré, quemaré, estrangularé y sepultaré vivos a estos infames herejes... emplearé secretamente la copa de veneno... me proveeré de armas y municiones". La única reflexión que provoca este lamentable escrito es: *ridículo.* Durante el curso de los siglos se habrían dado casos de católicos o masones fanáticos que cometieron crímenes y hasta asesinatos secretos, como se propone el juramento supuesto, pero esos casos serían "de facto" y nunca "de jure". Esto es tan falso, como la afirmación que los masones juran para cometer asesinatos semejantes, igualmente este juramento es falso.

No debemos olvidar que los Caballeros de Colón se integran de estratos sociales de clase media para arriba del mismo modo que los masones. Quién irá a suponer que personas de bien van a jurar horrores semejante: "sepultaré vivos" y "me proveeré de armas y municiones", esperando las órdenes de algún superior a matar a sangre fría a algunas personas, únicamente porque éstas son herejes. Los Caballeros de Colón no son delincuentes sobrevivientes de la banda de Al Capone, como tampoco lo son los masones. Ya es tiempo que ambas instituciones repudien los estilos tan bajos para luchar entre sí, sin dejar de mencionar que el empleo de semejantes afrentas prueba la ausencia de argumentos concretos y valederos. Tanto el Cardenal Caro, como el fabricador del supuesto juramento, son batientes que tiran el sable para que en vez de batirse en duelo sigan peleando a la manera callejera.

El final del texto juratorio sirve para calificar todo el contenido: "Lo firmo con la punta de esta daga mojada en mi propia sangre". Demasiado pueril: ni los últimos piratas lo practicaban ya. Debemos tener más respeto a nosotros mismos para no dar a publicidad semejante charlatanería.

XVI. LAS DOS INSTITUCIONES

Ayer estuve departiendo con varios sacerdotes con quienes mantengo amistad estrecha. Conversamos esta vez sobre el Concilio Vaticano II y sobre las novedades resultantes de éste. Estamos a la expectativa con esperanzas fundamentadas en las reformas prometidas. El Papa Paulo VI está dotado de un espíritu evangélico y de suficiente personalidad, preparación, experiencia y firmeza para llevar a cabo las grandes reformas en la Iglesia. El Padre me leyó unas palabras del Cardenal Bea S. J. del L'Osservatore Romano, pronunciadas con motivo de "Salzburger Hochschulwochen 1963" "El mundo actual se está unificando; las expresiones del espíritu tienden a convergir hacia una unidad que es promesa de un porvenir mejor".

El Superior habló con reconocimiento de muchos prelados de espíritu moderno cuya actividad social es notoria. Entre ellos destacó al Cardenal de San Pablo, Vasconcellos Motta y al nuevo Cardenal chileno Raúl Silva Henriquez. Me entregó publicaciones que hablan de éstos príncipes de la Iglesia como futuros pilares de la misma, ya que en un día no lejano en que el número de éstos representantes del nuevo espíritu comprensivo se multiplicará, menguarán las agudezas, la convivencia entre las gentes será más ecuánime y la fe cristiana se fortificará.

A la noche tuve que ir a la Sede de la Masonería. Pasé de largo por los pasillos con familiaridad, ya no me asustan los retratos de los Gran Maestres barbudos del siglo pasado. Los Hermanos se conglomeraban mientras esperaban el comienzo de las tenidas y discutían sobre la nueva tendencia de la Iglesia, tema frecuente en los últimos tiempos. La mayoría hablaba con esperanzas del papa Paulo VI, y no había ni uno solo que no hubiera recordado a Juan XXIII como al hombre de intenciones más puras de los últimos tiempos. Luego se hizo silencio al ver que dos candidatos fueron conducidos por los pasillos con los ojos vendados, para dejarlos en las Cámaras de Reflexiones para que hagan su testamento filosófico. En el bar seguía la conversación, hasta que cada uno entró en su respectiva Logia y en el silencio no se oía más que los típicos toques pidiendo entrada para los que llegaban tarde.

Mientras observaba a los hermanos ubicados "entre columnas" recordaba mi visita anterior al P. Superior; en ambas casas me sentía con familiaridad. De haber conocido a fondo una sola de las dos Instituciones, ahora hubiera pensado en la otra con enemistad o quizás con odio. Pero mi situación privilegiada me dota de un criterio objetivo con que puedo afirmar que los jesuítas son hombres de intenciones absolutamente libres de tacha a quienes no llegan las calumnias; al mismo tiempo salgo en defensa de los masones que tan injustamente hayan sido calumniados. Si pongo la Iglesia en lugar de los jesuítas esto me permite hacer una firme afirmación que puede encerrar una importancia decisiva en el problema de la comprensión mutua. Quisiera hacer una distinción que puede ser la clave para hacer las pases y la hago en base de un conocimiento justo: No es la Masonería la irreligiosa tampoco lo es la Institución que en su sistema y principios fuera anticlerical sino los hombres que la integran mejor dicho parte de ellos; y si tuviéramos que tomar a éstos para base de un juicio sobre la Orden, entonces podríamos afirmar de igual modo que la Iglesia también es irreligiosa, ya que gran parte de los católicos confesados no creen en el infierno o en la Santísima Trinidad, o bien no están casados por Iglesia, leen libros puestos en índex o bien se defienden contra la bendición de la maternidad, etc. Podría enumerar diez motivos más por los que éstos católicos están excomulgados por la Iglesia y otros diez por los que son miembros muertos de la misma.

Los católicos no prácticos, que no escuchan la misa por años, que no comulgan por décadas y que dicen que "yo soy católico a mi manera", se les puede tildar prácticamente de paganos. Pues, si juzgamos a la Iglesia a través de estos miembros, ella es tan irreligiosa como la Masonería. En mi vida de profano había comprobado sorprendido a cuanto ascendía el número de los católicos que por algún motivo estaban excomulgados, juzgando según las normas teológicas.

Al mismo tiempo, los miembros de la Masonería no fueron impulsados en atacar a la Iglesia por motivos de principio, sino por reacción de haber sido atacados. La Iglesia misma indujo a los masones a que la contradigan en todo: y fortaleció su resistencia con sus reiteradas condenas.

Desde que la Iglesia pronunció su respeto por la convicción religiosa de cualquiera, es más, permitió el uso en común de Iglesias de otras confesiones, se derrumbó el mayor y tal vez único obstáculo entre las dos Instituciones. Ahora, con el espíritu liberado podemos enumerar los puntos en que coinciden la Iglesia y la Masonería. Al hacer alución a la Masonería, en todos los casos la hago en relación con la Masonería reconocida por la Gran Logia Unida de Inglaterra y las Gran Logias estadounidenses.

La base primordial y de más importancia es la profesión de ambas de la fé en Dios. Esto tiene un significado marcado en este mundo sumergido en el materialismo. He hablado ya en reiteradas ocasiones de la profesión de la fé en Dios de la Masonería, ahora añadiré sólo algunos datos para completar. En la Masonería Sueca se exige como condición para la admisión, la fé en la deidad de Cristo, hecho que sobrepasa los límites clásicos de la misma.

Este es el causante de la no admisión de judíos, de quienes se supone que no pueden aceptar la deidad de Jesucristo. Este rito sueco es seguido además de Suecia en Dinamarca, Noruega y parte de Alemania.

Los 33 grados masónicos están entretejidos por la continuidad de un pensamiento: la búsqueda de la "palabra perdida". Este símbolo en el comienzo parece vedado pero va aclarándose cada vez más, hasta, sugerirle a uno que ésta debe ser la fé perdida. En el último grado al fin se manifiesta triunfalmente al ponerse al descubierto. Los que conocen las acusaciones de la Iglesia, como yo también, según la cual los grados más altos encierran la maldad personificada, mientras los grados menores representan la grey de los engañados, esperan aquí una abierta negación de Dios, en cambio la "palabra perdida" se traduce en la forma siguiente: "El que existe eternamente por sí mismo". Algún antecesor de Juan XXIII podía haber hecho alguna objeción según la cual esta expresión no es suficientemente precisa, ya que no pronuncia la palabra oficial empleada por la Iglesia "Dios"; ésta expresión tal cual suena, puede aceptarse un budista o de un musulmán, hecho que puede concluir a la indiferencia religiosa. Para hacer justicia, ésta en su esencia es la expresión de Moisés (III Moisés 3-14) y es la definición del Dios personal; empero para no dejar lugar a dudas, durante la exaltación al grado 33 en un momento de la liturgia, toma la palabra el Soberano Gran Comentador, o sea el personaje más competente, representante de los grados filosóficos y da la siguiente instrucción: "Los Masones Escoceses creemos en un Dios, al que adoran los hombres. .. No admitimos que el ateo exista, pues el que por tal pretenda pasar, no es más que un extraviado, digno de nuestra lástima". Más tarde continúa: "Deus Meunque Jus, Dios y mi Derecho (lema de la Francmasonería grado 33). En ella está sintetizado nuestro objeto: Dios,

Soberano Arquitecto del Universo, a quién adoramos fervorosos... a cuya gloria consagramos nuestros trabajos". Este es el credo del grado 33.

Seguiré citando datos más sorprendentes de la liturgia masónica siempre de los grados más altos: en una exaltación es pronunciado por el Primer Principal el siguiente discurso litúrgico: "En esta placa de oro hay un círculo y un triángulo. Estas figuritas matemáticas, siempre han sido aceptadas como representativos de la Deidad o de algún atributo divino. El círculo es un emblema de la eternidad, pues no tiene ni principio ni fin y nos recuerda continuamente del Gran Porvenir, cuando esperamos gozar de vida sin fin y de felicidad eterna. La palabra en el círculo... significa, *"yo soy el que soy"* —el Alfa y la Omega— El que era y que es y que será— el Todopoderoso. Los caracteres en los ángulos del triángulo son de suma importancia y significan Padre, Palabra, Espíritu. Esta demuestra que este grado es la culminación de la Francmasonería".

Ni la misma Iglesia puede exigir más. Así es la Masonería descubierta por vez primera y acusada durante siglos de atea; éstos son sus ritos que conservaba en secreto y ésta su liturgia que tantas veces mancillaran.

Ahora me pregunto; ¿Dónde está el motivo para la excomunión? Buscando los puntos compatibles, tenemos por segunda condición: los principios morales de ambas instituciones, que imponen y exigen el ejercicio de las virtudes. Desde que fui iniciado, me molestaba la continua predicación del ejercicio de éstas, por los Masones, como si no hubiera recibido prédicas suficientes en mi vida anterior. La Masonería expulsa de su seno a todos los que cometen desvios morales del mismo modo como la Iglesia. Mi introducción en la Masonería como ya mencionara anteriormente era movida por el deseo de investigar la verdad del misterio que envolvía a la misma. Simultáneamente, quería recabar experiencias propias de si mis principios morales podían tolerar una convivencia con ellos. Y penetré en una institución de clima sin tachas dónde se ocupan de que me perfeccione en la acepción humana y católica <le la palabra. La finalidad de ambas Instituciones es similar: crear un mejor orden moral; desarrollar dentro de nosotros mismos al hombre superior. Ambas quieren dar ideales a una juventud carente de ellos. En el mundo actual en que la relajación de la moral ha tomado las dimensiones de un problema universal, debiera darnos alegría el hecho que ambas confesamos los mismos principios morales.

El problema de la moral tiene por principio la responsabilidad individual que supone a su vez el libre albedrío. Este es un punto más en que la Masonería coincide con la Iglesia.

Hoy cuando bajo el pretexto de la influencia de los genes, de atavismos e inclinaciones, de influencias ambientales y del subconsciente tratan de absolver al hombre de la responsabilidad individual causando con ellos una situación caótica para la juventud, la Masonería sigue enseñando a sus miembros sin cesar que el esfuerzo humano puede conducir al hombre a un nivel moral más alto.

El primer trabajo de un masón con motivo de su iniciación consiste en desvastar la "piedra bruta" con tres malle-tazos. La piedra simboliza al individuo que debe tener por meta ir puliendo su ser, hasta que esta piedra bruta se convierte en una "piedra cúbica". Este pensamiento enlaza a todos los grados y más de una vez me movió a respeto esta tendencia de las tenidas y conferencias, hacia el perfeccionamiento moral. Pensar que la Iglesia rechaza por falsos perjuicios y anacronismos a un semejante compañero de armas.

Otra coincidencia entre la Iglesia y la Masonería en los principios básicos es, que en ésta época de persecuciones raciales son ellas las dos entidades, que están más por encima de razas y nacionalidades. La Iglesia por su misión es internacional, esto lo acentúa su liturgia universal, su idioma latín, su simbolismo idéntico en todas partes. La Masonería por su parte también es guiada por principios parecidos: su organización es internacional, aunque carece de un gobernador, su liturgia es universal, sus signos, toques y palabras de paso son idénticos en todas partes. Viajando en los países más diversos encuentro a los hex'manos masones, sus templos y su amparo del mismo modo, como en mi vida de jesuíta. Ambas entidades son perseguidas por los estados dictatoriales extremistas. En la Alemania nazi muchos sacerdotes tuvieron oportunidad de conocer a otros tantos masones en las prisiones. Ambas instituciones trabajan con sincero afán por la paz mundial. Pese a todas las bases y principios análogos, qué contraste triste es el ejemplo que ofrecen al mundo en el ejercicio de la comprensión y de la paz. Trabajan por separado por un futuro mejor: cuanto más eficaz sería, si esta tarea tan edificante la hicieran mancomunadamente.

* * *

La Compañía de Jesús está a varios pasos más cerca a la Masonería, que la Iglesia misma. A menudo se oye hablar de los jesuitas como de "los masones de la Iglesia"; y no sin fundamento. Su analogía básica reside en que ambas poseen un espíritu expresamente progresista. Esta condición en los masones es sobreentendido, mientras que en los jesuitas es un mérito aparte. Ya que para lograr el predominio de este espíritu progresista se vieron obligados, en todos los tiempos, de sostener una resistencia tenaz contra la corriente tradicionalista de la Iglesia. Los dominicos en cambio representan el típico espíritu católico, aferrándose obstinados a las tradiciones del pasado. Santo Tomás y Aristóteles son los intocables. El mundo en su evolución puede derrumbar sistemas geofísicos creando absolutamente nuevos conceptos de la materia y del espacio pese a todo la Iglesia mantiene su sistema con que logra aclarar ciertos dogmas difíciles de entender. Sus defensores de primer orden son los dominicos quienes se valen del fanatismo para su apología. Empero debemos reconocer su razón: la Iglesia no puede echar mano a un sistema nuevo cada medio siglo, no puede refaccionar los muros de su dogmática según sistemas filosóficos en boga. La mayoría de los sistemas nuevos son prematuros. En el mundo de la filosofía la mortandad de los recién nacidos es pavoroso. Es menester esperar la maduración de un nuevo pensamiento y la comprobación de sus más diversas ramificaciones. La Iglesia es un bloque demasiado grande para convertirse en un revolucionario ágil obedeciendo a las nuevas corrientes. Ya por su mismo carácter tiene que permanecer reaccionario. Al mismo tiempo necesita evolucionar, tomar nuevas ideas y formas, hecho que realiza cada tanto; de estas reformas somos testigos contemporáneos con motivo del Concilio Vaticano II. Para esta evolución necesita la Iglesia de la Compañía de Jesús que colabora en la preparación interna de ésta. Los jesuitas han implantado un sistema completamente nuevo en la norma de vida de los religiosos, tanto que sus compañeros de otras órdenes no los aceptaban por mucho tiempo y los denominaban "sacerdotes regulares". Hoy, en cambio, todas las nuevas órdenes practican su formación de acuerdo a su sistema. Mientras los jesuitas, poco a poco, pasan a ser sosegados, aunque cada tanto surgen iniciativas descomunales de su parte, que a menudo no pueden progresar dado el tradicionalismo rígido de la Iglesia. Un ejemplo es la innovación de los "sacerdotes obreros" que trabajaban en minas y fábricas, hasta que Roma los prohibió. ¡No importa ! Ya comenzarán de nuevo y saldrán con la suya como con tantas otras iniciativas. Los jesuitas son los librepensadores de la Iglesia.

Siempre hay uno o dos libros jesuitas que esperan ser puestos en index. "Últimamente fueron los del P. Chardin, de su obra monumental del transformismo. Los condenaron al index, pero a último momento los absolvieron. Parece que la misma Iglesia lucha con su hijo rebelde: ¡Éste se propasó de nuevo! Pero el tiempo siempre lo justifica. La Iglesia prudente no quiere otro proceso Ga - lileico a pesar de que los fervorosos dominicos ya se reunieron bajo las bóvedas de María sopra Minerva.

No quiero enumerar la serie de innovaciones revolucionarias de la historia de los jesuitas —molinismo, probabilis-mo, etc.—, sólo mencionaré el hecho que Pío V ya había preparado una bula para condenar el concepto teológico de los mismos, para poner fin a una discordia por poco sangrienta, entre jesuitas y dominicos. Luego, cambiando de idea, redactó una nueva bula con la sola prohibición para ambas partes de tildarse recíprocamente de "herejes".

Lo único que saben los masones de los jesuitas es que constituyen uno de los ejércitos más temibles de la Iglesia, al mismo tiempo ignoran que dentro de los muros de la misma tienen fama algo así como "masones", ya que son sospechosamente librepensadores y dotados de una elasticidad intelectual. Debo confesar que, desde mi conversión a la Masonería, al observar la Compañía de Jesús de afuera, mi admiración y cariño por ella ha ido en aumento.

En la tendencia fundamental ambas Órdenes emplean el mismo método de lucha: pisando siempre en el margen del terreno permitido. No se distraen en detalles, saben concentrarse para lo esencial; tratan de conquistar posiciones claves : una quiere ser ministro al lado del rey, la otra su confesor. Ambas supieron dar en el blanco, conociendo el camino secreto o el confidencial, que conducía a la meta. Precisamente por ser tan duchas ambas en sus conquistas, se convirtieron en enemigas. Cada una reconocía en la otra un rival peligroso. Y ambas estaban en lo cierto.

Aun en los detalles guardan semejanzas: toda publicación jesuita lleva las iniciales: A. M. D. G. o sea a la Mayor Gloria de Dios. El lema principal de los masones, que figura en sus sellos, banderas y actas oficiales, es el siguiente: A L.G.D.G.A.D.U. A la Gloria del Gran Arquitecto del Universo. A esto se suma otro detalle que ocurre durante la ceremonia de instalación del presidente al Capítulo, en uno de sus pasajes está lo siguiente: a la *"Mayor* Gloria de Dios".

Es difícil entrar en ambas órdenes, las dos son exigentes por igual, respecto a la conducta de sus miembros; ambas poseen un sistema de informaciones y rechazan del mismo modo a los candidatos que no son de su agrado, ya que lo importante para ambas es la calidad y no la cantidad. Coin ciden también, aunque en distinta escala, en la imposición de la disciplina y de la obediencia, esto es requerido por el carácter militante de ambas. Una analogía sorprendente es el sistema de grados de las dos entidades, otra consecuencia del carácter militar, base de una gran disciplina, que es requerida por razgos característicos, como la conservación de secretos, la explotación de la ambición humana, culto al respeto y el reconocimiento de un sistema jerárquico riguroso, que ambas órdenes supieron enlazar con una verdadera fraternidad e igualdad. Los diferentes grados de ambas instituciones están diferenciados muy similarmente; el ascenso por ellos depende del comportamiento y exige méritos intelectuales, al mismo tiempo que está supeditado de la autorización del foro máximo.

He aquí dos instituciones excepcionales con altos fines morales, respectivamente, regidas por un sistema similar. Sin embargo, son contrincantes. ¿Por qué no intentan un armisticio e iniciar las conversaciones que podrían conducir a una convergencia y a una apreciación mutua? Hoy es el momento preciso para llevar a cabo esta reconciliación que marcaría época, hoy, en los momentos históricos del Concilio Ecuménico Vaticano II que fue movido con el fin de una unión cristiana por el gran Pontífice Juan XXIII, iniciador de una mejor comprensión universal.

XVII. PRO DOMO

Sé, desde ya, que no faltarán de ambas partes quienes me atacarán por mi libro. Dado el carácter delicado y complejo de las cuestiones en él tratadas, es imposible ganar la simpatía y aprobación de todos a la vez. Además, mi meta no constituye en querer ganar simpatías ni aprobaciones, sino servir una causa justa y a este fin he sentado hechos concretos e históricos y si éstos ofenden la sensibilidad de algunos, ello no es mi culpa. Probablemente no faltarán qui enes al sentirse ofendidos echarán mano a estilos viejos implacables para traducir su desagrado, a éstos no les contestaré. He escrito hacia ambas partes llana y objetivamente todo lo que juzgué veraz; puede que haya cometido algún error en mis conjeturas, pero nunca tergiversé ninguna verdad, tampoco exageré hecho alguno con premeditación. Puesto que pienso ignorar a los posibles atacantes, sobre todo a cuyo estilo carecerá de ética, quisiera responder de antemano a todos a fin de menguar posibles agudezas.

De parte de la Iglesia oficial, espero ser comprendido y apreciado en mi intención de querer tender un puente entre los dos intrincantes. Es más, quien está dispuesto de buscar entendimiento y hacer las paces con el comunismo, ¿por qué no ha de reconciliarse con los masones? La Iglesia de hoy expresa en su comportamiento la búsqueda de la paz. ¿Qué mejor para su programa que la abolición de un odio secular?

Sé bien que un libro como el que voy a poner sobre la mesa verde, unas décadas atrás habría sido puesto, sin miramiento alguno, en índex. Pero hoy en estos grandes momentos de transición, será un grano más que contribuirá a la paz uni - versal.

No espero comprensión del catolicismo español, ya que en la Península rige una ley de represión de la Masonería que reza así: (1 de Marzo de 1940). "Artículo I^{o}) El hecho de pertenecer a la Francmasonería constituye un delito que será castigado según las disposiciones de la presente ley". El artículo 5<? de la misma ley se castiga el "delito de la Masonería" con la pena de encarcelamiento, "y si las circunstancias agravantes señaladas en el art. 69, es decir, el hecho de haber obtenido los grados 18*? al 33, se presentarán, con la pena de reclusión." En el art. 89 incita a los masones a la delación, consideran do tan reprensible conducta como una "circunstancia atenuante". Las penalidades se aplican en todos los casos con carácter retroactivo, lo que va contra la propia norma del Derecho penal, y produce la expulsión automática del acusado de todas las funcione s públicas e incluso de las empresas privadas. Esta ley refleja el espíritu de la Inqui - sición, que constituye no sólo un anacronismo, sino objeto de condena del mismo Concilio Vaticano II. Por lo mismo no desacredita a Roma, como tampoco despreciamos al maravilloso coro de la Capilla Sixtina, porque haya habido el caso de un coro católico desafinado. Desde luego, esto atañe la sinceridad de Roma al proclamar el Pacem in Terris, sino acentúa al hecho que el Vaticano no posee suficiente autoridad para frenar la iglesia de un país, como el mismo Papa

Pío XII tampoco pudo frenar al Cardenal Mindszenty, cuando éste desvirtuó al bien encaminado —y según lo comprobamos hoy— necesario acercamiento entre los dos enemigos.

Pronto España también tendrá que identificarse con el espíritu de Roma; ella quien siempre se confesaba fervorosamente católica, no podrá oponerse. Es posible detenerse en la evolución, pero no por tan largo tiempo.

Lo que respecta a la actuación del Cardenal Barbieri, arzobispo de Montevideo, es absolutamente verídico, testigo de ello es el seminario íntegro. Sus principios "sociales" eran conocidos por todo el clero. Lo que escribí sobre su famosa Semana Social, con sus 17 participantes, más que lo lamente, es también verídico. Seguramente debe vivir alguno de los 17 para servir de testigo. Mi polémica en el Círculo Obrero con el antisocial Padre capuchino es tan ve raz que, de ser necesario, enumeraré los nombres de la Comisión Directiva que me ha aplaudido y que pidió al Arzobispo mi nombramiento.

No pude menos que mencionar la famosa pastoral de los obispos argentinos, ya que ésta no deja de ser una curiosidad en los tiempos actuales. ¿Qué contemplación puedo esperar de ellos, quienes han firmado dicha pastoral?

El problema de Mindszenty es más complejo, no tanto para la Iglesia universal, como para los emigrantes húngaros. Tuve ocasión de conocer la opinión sobre el primado húngaro en el Vaticano por los reproches recibidos del foro máximo, por haberlo recomendado para su nombramiento. ¿Quién iba a suponer tamaña obstinación acompañada por semejante falta de visión? y tamaño anacronismo de comprometerse hacia la casa de los Habsburgos en algo tan absurdo como la restauración, en las circunstancias conocidas. Quién podía esperar del Cardenal Minszenty que él, quien imponía obediencia al máximo a aquellos que de él dependían, negaría la misma al Santo Padre, su único superior. En cambio entre los emigrantes húngaros el primado se convirtió en ídolo nacional, especialmente entre aquellos refu giados, quienes antes que ocurriera el derrumbe nacional, se pusieron a salvo huyendo hacia occidente. Éstos formaron asociaciones, academias y coros en su honor y subestimaron al tan sufrido pueblo húngaro porque el primado haya perdido su batalla particular.

He cavilado durante años, si debía escribir toda la verdad sobre Mindszenty y con ello privar a esta capa de los refugiados de su ídolo y sobre todo de su autojustificación; ya que para ellos Mindszenty era un héroe de cuya gloria querían participar.

No quería destruir éste, su .gran sueño, pero la historia no contempla a nadie, es más, clama por la verdad, y yo sentí cumplir con mi deber para con ella, al poner en descubierto esta verdad.

De parte de los masones también habrán algunos que tomarán a mal que los haya puesto al descubierto, cuando no he hecho otra cosa que valerme de lo dicho en reiteradas oportunidades, según lo cual el secreto de la masonería consiste en no tener secretos.

La objeción principal por parte de los masones *anticlericales* partirá de mi fe en la sinceridad de la Iglesia. Nadie debe olvidar que aquí se trata de algo más que de sinceridad. El hecho de si es o no sincera al tender la mano en pos de paz a sus

enemigos seculares, es una pregunta mal planteada. Lo que interesa es si la evolución histórica y la situación mundial es o no la que la constriñe a actuar de ese modo. Si fuera sólo cuestión de sinceridad, el dudar de ello quedaría librado al criterio de cada uno. Pero si es verdad que estamos frente a una evolución y a un desarrollo, en ese caso, sean o no sinceros, de los pasos dados, ya no es posible retractarse. Podemos, pues, confiar en que la nueva tendencia de la Iglesia es un hecho irrevocable. ¿Acaso asumiría la Masonería la responsabilidad que, a causa de su conducta, prevaleciera esta situación deplorable? Es en vano que se haga gala que fue la Iglesia que se ha identificado con el principio masónico de la libertad y con su tolerancia religiosa y no fue la Masonería la que se adaptó al principio de la única religión redentora, cuando esto se sobreentiende. La Masonería, en vez de cambiar de principios, sólo debe sacar conclusiones de la nueva situación. Sería harto grotesco de parte de los masones condenar a la Iglesia porque al fin ejerce la tolerancia.

Otra objeción importante de parte de los masones es el acercamiento de la Iglesia al comunismo, cosa que choca con sus principios. Este pensamiento ya tuvo eco en algunas publicaciones masónicas. El juzgar las cosas de este modo supone una falta total de visión histórica. La Iglesia no entra a tratar con el comunismo sino con lo que *fue comunismo,* con el cual ya también la potencia capitalista de los EE. UU. busca abiertamente un convenio. Ya el P. Leiber, todavía en 1946, había predicho que el comunismo evolucionaría y perdería su rigidez, se amoldaría a un modus vivendi razonable y la Iglesia está convencida que en un ínterin de unas décadas Rusia constituirá su mayor territorio misionero. Guiado por esta suposición y no por el miedo al comunismo, fue que el Papa Pío XII me envió munido con un poder a preparar una inteligencia entre Roma y Moscú, cosa que fue desvirtuada por la miopía del Cardenal Minds-zenty. Los 17 años transcurridos fueron suficientes para una maduración visible, pero la sabiduría de Roma la había previsto dos décadas atrás al calcular con ella. El día que el comunismo firmará el concordatum con el Vaticano marcará el entierro del comunismo clásico. La lenta disgregación en el sistema férreo del comunismo, efectuada por la Iglesia, será acelerada con el logro de convenios del mismo con los países capitalistas; éstos aflojarán al comunismo, que hoy todavía vive en una disciplina espartana, con su propaganda del bienestar burgués. A su vez el comunismo transformará las normas capitalistas en más equitativas y el Vaticano por su lado cada día se hará más tolerante. De esta transición surgirá un porvenir feliz del que cada uno saldrá ganando. El que esta ganancia significativa traerá a colación mayores o menores pérdidas, no va a ser cosa de lamentar. Aquél que se descarte de este proceso tendrá muy poco papel que desempeñar en el siglo venidero. La Masonería tiene dos alternativas: una, la tantas veces condenada intransigencia rígida en otros, y el comienzo sincero de las conversaciones.

Trate la Masonería de elevarse a la misma altura espiritual en que el Vaticano tomó su decisión por la búsqueda de una inteligencia con el comunismo; vuelvo a repetir, no por el miedo, tampoco por conveniencia, sino inducida por una superioridad del conocimiento histórico basado en experiencias. La Masonería no debe olvidar que nó es sólo la Iglesia quien busca un convenio con el comunismo, sino su propio hijo, el liberalcapitalismo también. Después de tanta lucha desesperada tuvo que surgir una época de transición que conducirá a la humanidad a una ecuanimidad universal.

XVIII. UN ODIO MENOS

CARTA ABIERTA A SU SANTIDAD PAULO VI.

¡Beatissimo Padre!

Acudo a Su Santidad con profunda reverencia para extenderle una petición que madurara durante años. Dios es mi testigo que el móvil que me guía en esta acción es la más pura de las intenciones, es más, mi convicción completa de la verdad constriñe mi consciencia a dar este paso. Conozco bien los dogmas católicos y en posesión de esta preparación hallé el modo de recabar conocimientos del interior de la Masonería y de sus detalles a través de experiencias propias. El que la Masonería no guarde ningún secreto ante mí lo puedo afirmar, no en base de lecturas de libros que pueden ser irresponsables, sino por el ejercicio de la vida masónica, durante cerca de dos décadas, y este ejercicio lo hizo el observador jesuíta con ojos de un crítico.

En el presente libro de "Jesuítas y Masones" he vertido mis largas experiencias de una vida entera y la deposito con profunda reverencia y confianza en Su Santidad. El verdadero valor de este libro es su sinceridad, que brotó de una auténtica convicción interior y emana de sus líneas. La sincera búsqueda de la paz de las gentes en que la Iglesia actúa con un ejemplo singular me evidenció la gran posibilidad de la abolición de un odio y de luchas seculares. Este va a ser un paso importante en la realización de la paz universal tan buscada y lograble a fuerza de sacrificios.

Dos siglos hace desde que comenzó la lucha entre la Iglesia y la Masonería, agregando un odio más al mundo ya convertido en campo de batalla. La primera lucha espiritual pronto fue relevada por lamentables persecusiones en terreno judicial y penal.

Ninguna de las partes quizo quedar atrás y llenaban largos tomos con sus cargos recíprocos. La Masonería fue condenada por la Iglesia reiteradamente, pero de acuerdo a mis experiencias en la misma, puedo constatar que estas condenas, hoy por hoy, carecen absolutamente de fundamento. La Masonería ya no constituye una sociedad secreta, desde el momento que todos sus ritos han sido publicados, además ningún gobierno la toleraría como tal. Al adquirir su personería jurídica se somete al control absoluto del gobierno y de la policía. La Masonería universal se basa en la fe en Dios, ésta la exige de sus miembros y como ella misma no constituye religión alguna, permite a sus miembros el libre ejercicio de sus religiones reservándose como imposición única la fe en Dios; el ejercicio integral de la religión está prohibido a los católicos por la misma Iglesia que los excomulga. El Pacem in Terris ha proclamado una medida de tolerancia religiosa que compite perfectamente con la Masonería, ya que ésta no va más allá de esas parroquias que utilizan en común las iglesias con otras confesiones.

Llegamos al punto en que ya no existe fundamento para la excomunión, únicamente el recuerdo de luchas seculares. Improperios agitan todavía las almas de muchos; en este punto la Masonería no está en desventaja con ninguna de las sectas separadas de la Iglesia; es más, existe una analogía entre los cargos comunes. Es de esperar, pues, que todos sean medidos por la misma medida.

El acercamiento por parte de la Masonería hacia la Iglesia dejó sus huellas desde hace varias décadas. Ya se han dado pasos en pro de éste acercamiento y su interés va en aumento. Soy testigo de que vive en las masas de los masones el deseo expreso por una comprensión y la paz. Existen miles de masones bien intencionados que viven en permanentes conflictos con su consciencia, sufriendo sus consecuencias perjudiciales ya que conscientes de la vida masónica, libre de tachas, no comprenden por qué tiene que permanecer bajo anatema de la Iglesia, hecho que a menudo provoca controversias hasta en los matrimonios. A cuánto asciende el número de aquellos católicos probos que están privados del uso de los sacramentos y a cuántos miembros rechaza la Iglesia cuando éstos podrían ser tan fieles como los otros; y todo esto debido a una excomunión cuya base y causa pertenece ya al pasado.

Hoy, cuando la Iglesia revée sus antiguas querellas con sus hermanos separados, ha madurado el tiempo para que contemple las cuestiones pendientes con la Masonería. El arreglo de este asunto es considerablemente más simple que la reconciliación con las sectas, al mismo tiempo que dicho arreglo sería harto productivo, ya que ello causaría buena impresión entre los que colaboran con la Iglesia en la tan deseada paz universal. Sobre todo, sería un gesto grato hacia los hermanos protestantes ya que es sabido que ellos no sólo no han condenado a la Masonería, sino muchos de sus pastores y jerarcas participan de la vida masónica, asegurando así, por parte de ellos, el control de la moral y el mantenimiento de la fe. La Iglesia Católica con la excomunión, renunció de antemano a esta influencia ventajosa, aunque este terreno ofrecía los mismos beneficios que cualquier terreno misionero.

¡ Su Santidad, quien se emerge ante el mundo como Apóstol, dígnese, pues, a realizar el sueño de millones de almas! Su Santidad, quien acogió con cariño y con una comprensión amplísima, como hermanos, a aquellos que hasta ahora fueran condenados, no se olvide que otro hijo condenado espera el llamado paternal. Cómo podría negar Su Santidad de franquear las puertas de la casa paternal ante tantos hijos de cuya probidad y ansia de paz respondo al ser uno de ellos.

Hoy, cuando la falta de fe se propaga con un acelera miento pavoroso, debe considerarse si hay que seguir excluyendo de los muros de la Ciudad de Dios aquellos que siguieron creyendo y cultivan su fe dentro de una Institución que la exige. Éstos son los miembros de la gran familia de la Masonería Clásica, quienes ornan sus tenidas con la Biblia.

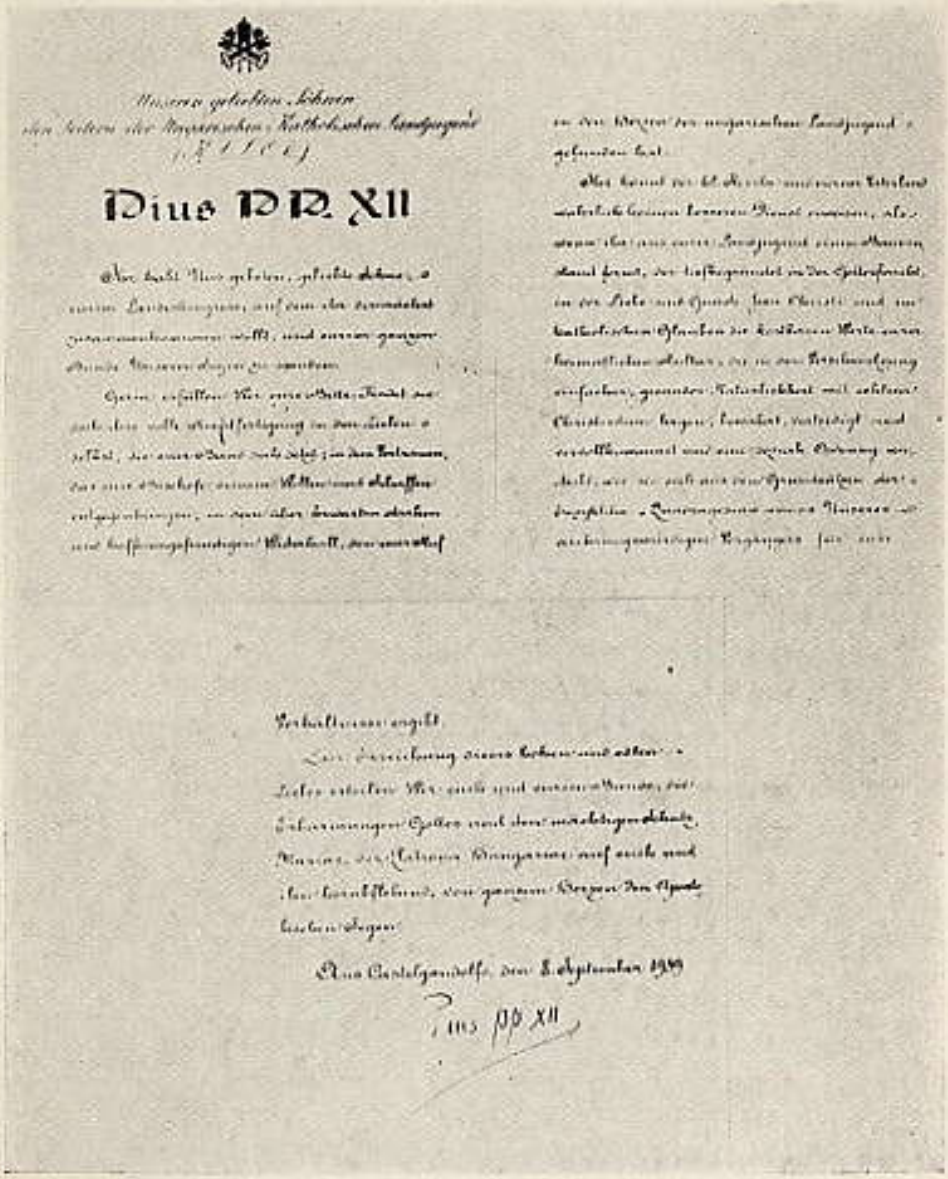
Será un júbilo en cielo y tierra si la humanidad diera un paso más hacia la paz universal, cuya realización depende tanto de Su Santidad; y el mundo será más bello y más limpio con un odio menos.

Postrado ante Su Santidad suplico con profunda veneración de otorgarme la Bendición Apostólica:

El siervo fiel de Vuestra Santidad en Cristo.

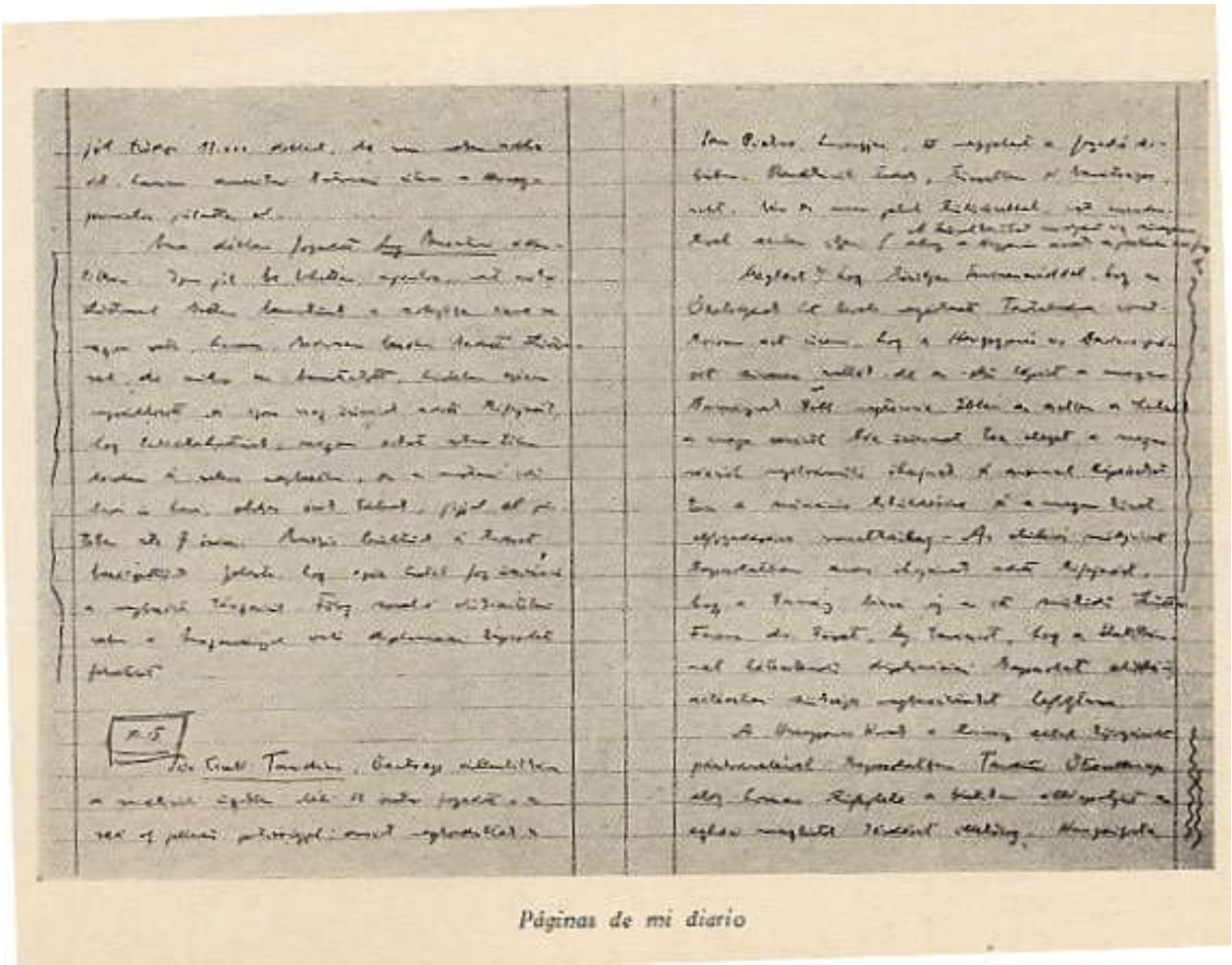
Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos
De la IMPRENTA DANUBIO S.C.A., Balcarce 605, Buenos Aires.
República Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

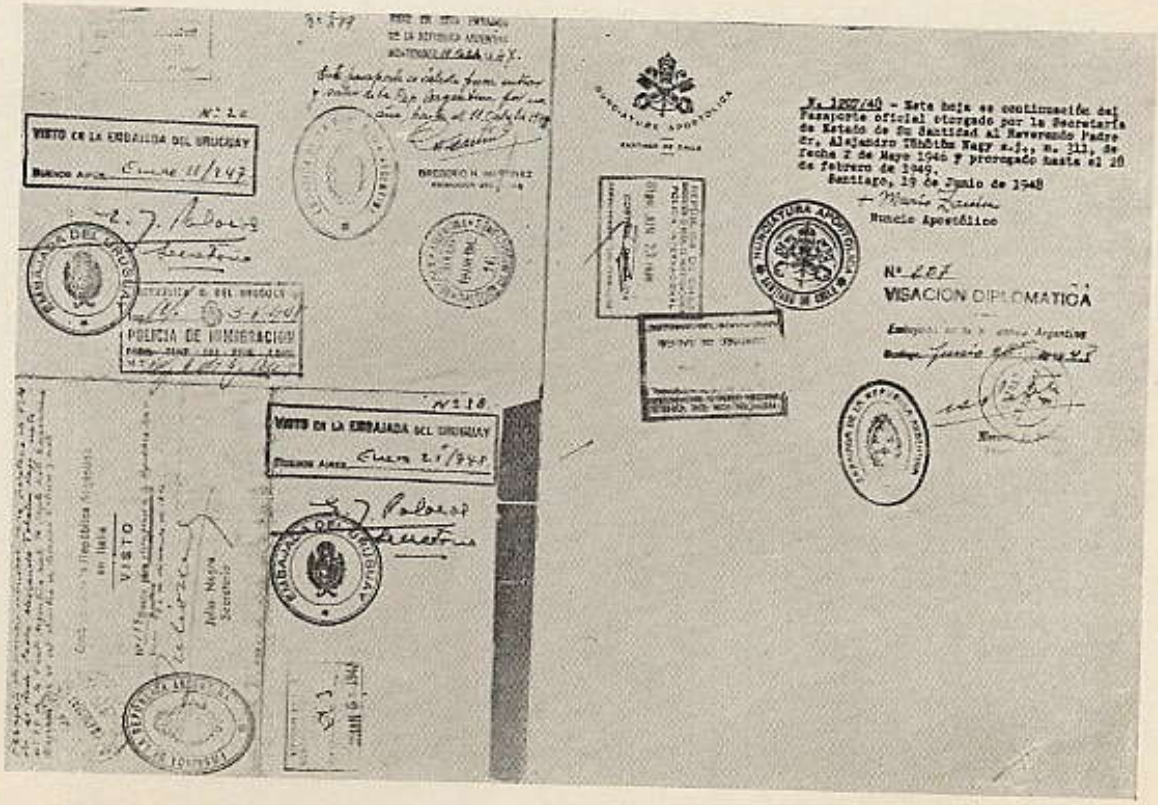


Pius PP. XII

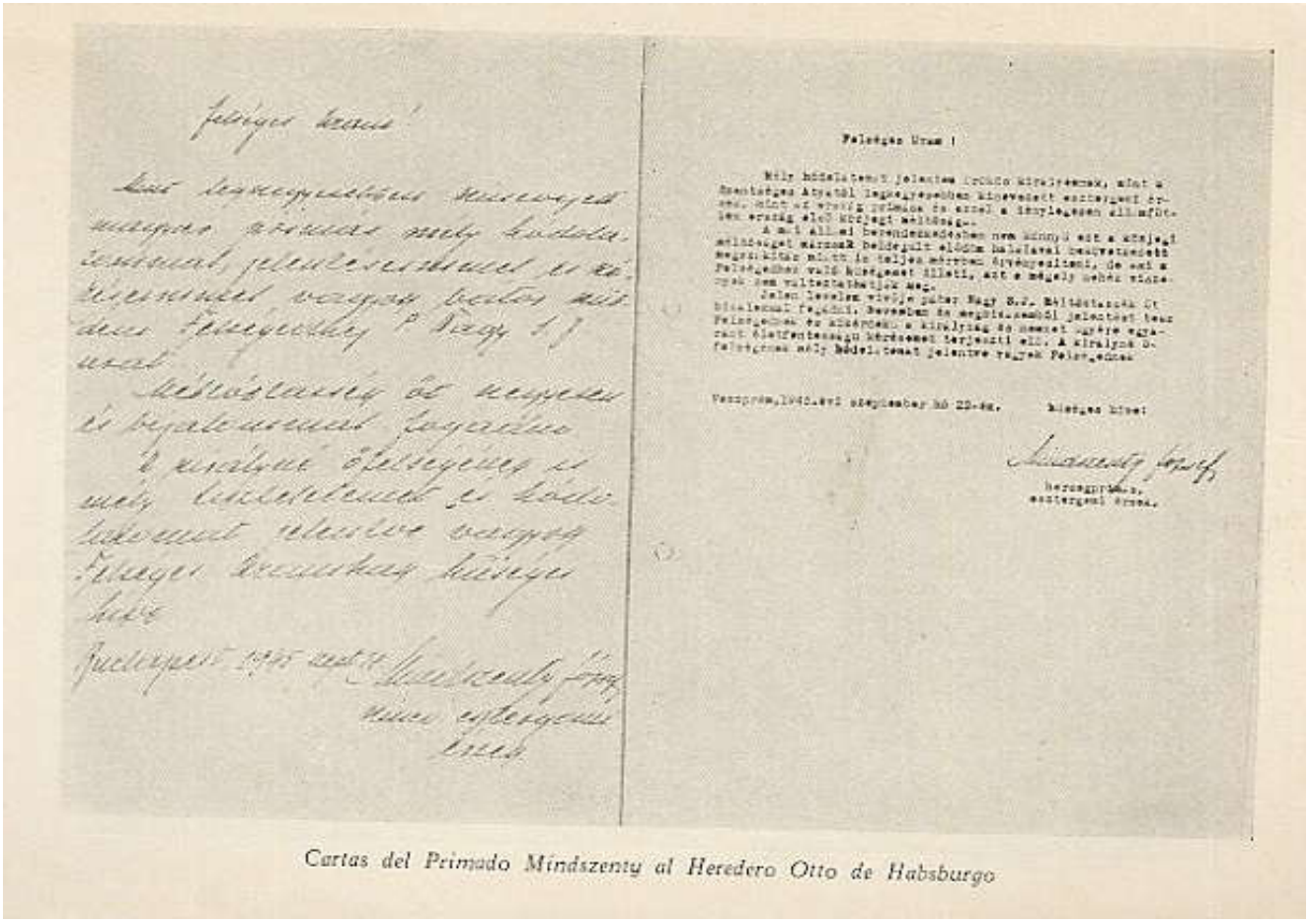
Breve de S.S. Pio XII para los dirigentes de Kalot



Páginas de mi diario



De mi pasaporte diplomático



Cartas del Primado Mindszenty al Heredero Otto de Habsburgo



Escuelas superiores de Kalot







népfőiskolája

egyidőben két, sőt három párhuzamos tanfolyam is tartható

















Distintas fases de la vida en las escuelas superiores



Arriba: Un festival de Kalot. Abajo: Asamblea de Kalot junto con Emszo



Madona Húngara por Miguel Kátay de la Escuela Superior de Arte Eclesiástico

Fellow-citizens and Brothers,
of the Grand Lodge of Pennsylvania

I have received your address with all the feelings of Brotherly affection mingled with those sentiments, for the Society, which it was calculated to excite

To have been, in any degree, an instrument, in the hands of Providence to promote order and union, and erect upon a solid foundation the true principles of government, is only to have shared with many others in a labour, the result of which let us hope, will prove through all ages, a sanctuary for brothers and a Lodge for the virtues —

Permit me to reciprocate your prayers for my temporal happiness, and to supplicate that we may all meet hereafter in that eternal temple, whose builder is the great Architect of the Universe

G. Washington

Carta de Washington a la Gran Logia de Pennsylvania

Dem würdigen
Bruderpaare
Johanne,
1830.

Fünfzig Jahre sind vorüber,
Wie gemischte Tage flohen;
Fünfzig Jahre sind herüber
In das ernst Vergängne sehen.

Doch lebendig, stets aufs neue,
Thut sich edles Wirken kund,
Freundesliebe, Männertreue
Und ein ewig wahrer Bund.

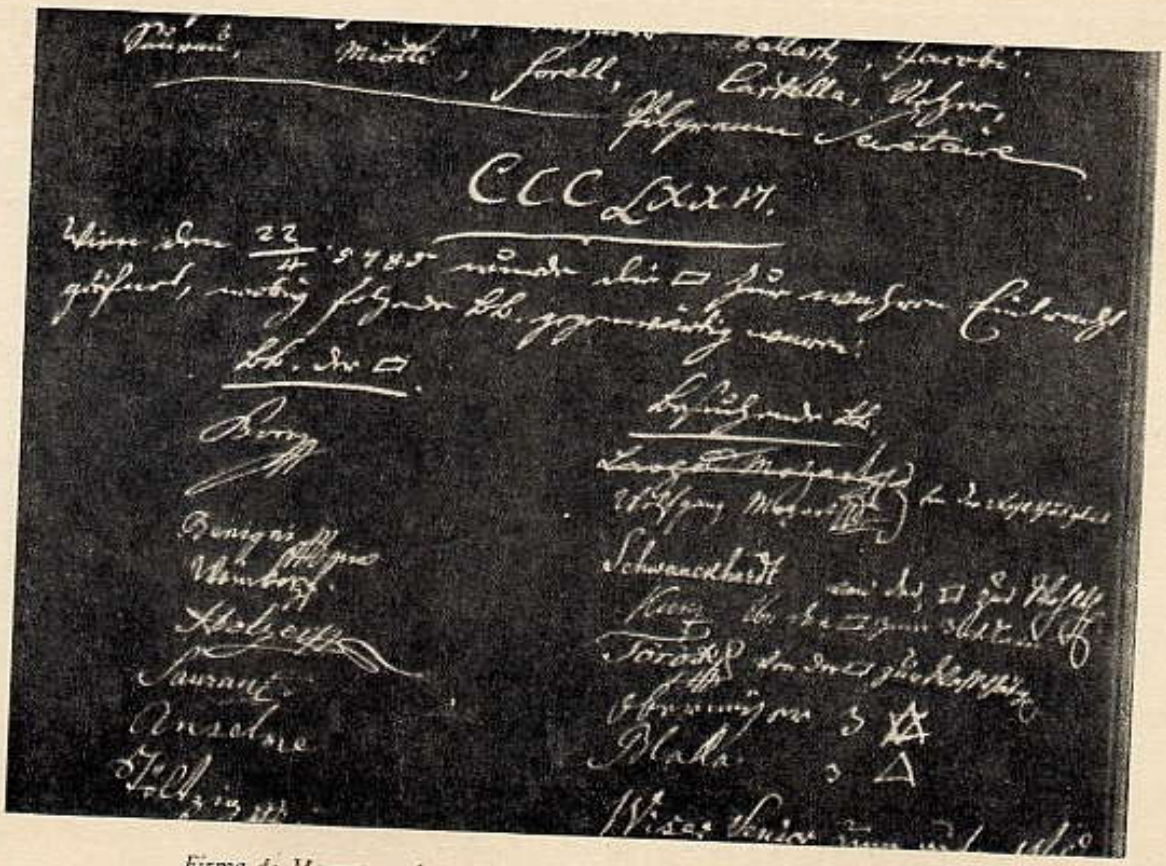
Ausgesät in weiter Ferne,
Nah, gebrannt, ein ernstes Streben,
Schimmern sie, bescheidner Sterne
Lieb' wohlthätigem Lichte gleich.

So! Die Menschheit fort zu ehren,
Lasset, freudig ueberein,
Als wenn Ihr beysammen wären,
Kräftig uns zusammen seyn!

Weimar

J. W. Goethe

Poema de Goethe a su Logia



Firma de Mozart, padre e hijo, en el Libro de Asistencia de una Logia



Entrega de anillo en el ascenso al Grado 33



Sede de la Masonería en Chicago

LIBRERIA KIER
AVDA. SANTA FE 1260
BUENOS AIRES